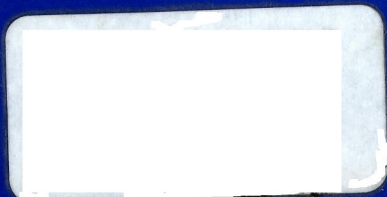


Diego García Monge, José Isla Madariaga y Pablo Toro Blanco

Los muchachos de antes

HISTORIAS DE LA FECH 1973 - 1988



UNIVERSIDAD
ALBERTO HURTADO

Diego García Monge

Nació en Santiago de Chile en 1966. Realizó sus estudios en el Colegio San Ignacio. Además, hizo estudios de música y derecho en la Universidad de Chile, y de filosofía en la Universidad Católica. Actualmente es profesor de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Alberto Hurtado, y se encuentra realizando un posgrado en la Universidad de Deusto, Vizcaya.

José Isla Madariaga

Nació en Santiago de Chile en 1969. Realizó sus estudios en el Colegio de los Sagrados Corazones. Posteriormente cursó estudios de pregrado en sociología y antropología en la Universidad de Chile y estudios de posgrado en la Universidad Católica y la École des Hautes Études en Sciences Sociales (París), donde actualmente finaliza un doctorado en antropología social.

Pablo Toro Blanco

Nació en Santiago de Chile en 1966. Realizó sus estudios en el Instituto Nacional. Magíster en Historia por la Universidad de Chile y Doctor en Historia por la Universidad Católica de Chile. Actualmente se desempeña como director de la carrera de Licenciatura en Historia en la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Alberto Hurtado.



Diego García Monge, José Isla Madariaga
y Pablo Toro Blanco

Los muchachos de antes

HISTORIAS DE LA FECH 1973-1988



UNIVERSIDAD
ALBERTO HURTADO

UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE FILOSOFIA Y HUMANIDADES
BIBLIOTECA EUGENIO PEREIRA SALAS

LOS MUCHACHOS DE ANTES.
HISTORIAS DE LA FECH 1973-1988

Primera edición: diciembre 2006.
ISBN 956-8421-06-8

© Diego García Monge, José Isla Madariaga
y Pablo Toro Blanco
Registro de Propiedad Intelectual 159.175

© Facultad de Filosofía y Humanidades
Universidad Alberto Hurtado
Alameda 1869
Teléfono (562) 6920209
www.uahurtado.cl

DISEÑO Y EDICIÓN
Frasis editores

Impreso en Chile.
Andros Impresores.

Están todos los derechos reservados.

Tabla de contenido

<i>Palabras preliminares</i>	7
CAPÍTULO I	
AÑOS DE DEPURACIÓN Y AGÜAITE	11
El último esfuerzo de Boeninger	12
La intervención militar de la universidad	18
Años de exilio universitario intramuros	24
Operativo policial en el Pedagógico	33
Descuelgues, desmarques y debate intrauniversitario	38
CAPÍTULO II	
ENTRE LA DEDOCRACIA Y <i>LA MURALLA</i>	55
El contexto: antorchas en el cerro, oscuridad en los patios	58
El Consejo y la FECECH: mucha <i>pichanga</i> , poca política	65
Estudiantes opositores: entre la resistencia, los pasquines y las marchas ..	77
¿Apagar la luz para iluminar al movimiento estudiantil?	82
Se agota la primavera	86
CAPÍTULO III	
CUIDAR EL FUEGO: LA REPÚBLICA UNIVERSITARIA DE LA ACU	89
Un breve recuento	90
Entre el duelo y la ironía	94
Universitarios, artistas y militantes	99
CAPÍTULO IV	
LA LEY GENERAL DE UNIVERSIDADES	107
La jibarización de la Universidad de Chile	124
Una grieta entre FECECH y rectoría	131

CAPÍTULO V

LOS JÓVENES TRAEN BUENAS NOTAS	139
Bienvenido sea el caos: el orden ha fracasado	149
Como pera madura	159
Echando a perder se aprende	163
Necesarias definiciones electorales	173
...y renació la FECH	177

CAPÍTULO VI

TIEMPOS VIOLENTOS	189
La propuesta de cambio	199
La sumisión nada engendra: sólo la desobediencia es fecunda	207
Las manos limpias	222
El quiebre de la unidad	236
Páginas astronómicas: del cometa al eclipse total	275

CAPÍTULO VII

¿GANAMOS O PERDIMOS? CAMBIOS DE PARADIGMA	293
Despiértame cuando pase el temblor.....	309
Egresado, maestro, estudiante, vibra entera la universidad.....	320
¿Ganamos o perdimos?	337

Índice onomástico	347
-------------------------	-----

Palabras preliminares

En plural y con minúscula, ofrecemos estas «historias» de la FECH. Al cabo de este esfuerzo, muchas veces gratificante, otras tantas inquietante, enfrentamos los dilemas propios de quienes nos vinculamos a un objeto del que, en una medida modesta pero no menos real, formábamos parte. En efecto, fueron muchas las ocasiones en las que esta investigación se demoró y hasta se detuvo, entre otros motivos porque el encuentro con los materiales que formaron parte de ella nos enfrentaba con nosotros mismos y, así, lo que pretendía ser no más que una crónica de estudiantes en la Universidad de Chile intervenida por la dictadura militar, terminó siendo un examen de conciencia, de los estudiantes que fuimos y de los ciudadanos que somos.

No obstante, ha primado finalmente un cierto ánimo de «echarse el alma a la espalda» y continuar el esfuerzo hasta ésta, la que parece ser su culminación. En último término, este ejercicio nos ha enseñado en la práctica que la producción historiográfica no es sino un diálogo entre el pasado y el presente, en términos tales que la falta de distancia cronológica para apreciar los hechos —objeción recurrente que se formula a quienes emprenden la narración de la *historia del tiempo presente*— no es razón suficiente para renunciar a la constatación de la historicidad de nuestro hoy, que vivimos directamente como historia, «que no depende del consenso futuro de los historiadores, sino que mana de las profundidades de las masas y de su vivir cotidiano, demasiado diverso, incierto y móvil para servir de fondeadero al pasado». ¹ El propio lector podrá comprobar por sí mismo cómo muchos de los acontecimientos que parecían no formar parte más que de la pequeña historia —acaso no más que anecdótico— de quienes transitaron por la Universidad de Chile en esos años, resultaron ser episodios experimentales, anuncios previos de instituciones, argumentos y conductas que luego se consolidaron a escala mayor en el Chile

¹ Pierre Nora, «Presente», en Jacques Le Goff, Roger Chartier y Jacques Revel (editores), *La nueva historia*, Bilbao, Editorial Mensajero, 1988, p. 535.

actual, dentro y fuera de los marcos de la educación superior. Tal como a nosotros, es probable que el lector se encuentre con episodios al mismo tiempo novedosos pero, por otra parte, demasiado conocidos. No existen ya hechos brutos, sino que los acontecimientos se encuentran integrados en una narración, son el resultado de ella y se encuentran saturados de un sentido, el que se refleja —*se deja ver en otra cosa*— en el nosotros que somos ahora.

En la historia del tiempo presente, la centralidad del presente como punto de mira hacia el pasado refleja de modo elocuente la dimensión contingente del conocimiento de ese pasado, pues nunca deja de tenerse en cuenta la provisionalidad de toda historiografía. Por ello, retrocede la exigencia de una distancia en el tiempo como requisito para elaborar conocimiento histórico, ganando sentido, en cambio, la consideración del acontecimiento dentro de una trama o estructura que se articula en la situación del intérprete, con lo que la disciplina histórica adquiere una vinculación indisoluble y explícita con la construcción de la realidad, en tanto que proceso en curso y expuesto a la precariedad. Esta es una de las razones para que estas narraciones sean «historias». Es probable que algunos se consideren «leídos» por ellas o fielmente interpretados. Otros en cambio, frente a la misma narración podrán experimentar reparos o hasta desasosiego. Estas páginas son una invitación a conversar. Al cabo de un esfuerzo a ratos maniático de exhaustividad en la fundamentación de sus afirmaciones, están escritas con conciencia de su menesterosidad, y anhelan entablar con sus lectores una discusión rigurosa, inmisericorde si se quiere —como lo fueron muchas de las de aquellos años—, pero ante todo entusiasta y amistosa. Para nosotros, no podría ser de otro modo. Al cabo de consultar muchísimas fuentes, y de no poder acceder a muchas otras extraviadas o de las que nunca se hizo registro, hemos aprendido que la reconstrucción del pasado es tortuosa. No sólo porque los meandros de la memoria juegan malas pasadas, o porque a ratos la fidelidad a los hechos deja su lugar a la debilidad de la mitomanía, sino porque en este caso, las fuentes escritas resultaron no ser mejores que las fuentes orales, de manera tal que numerosos documentos que, bajo otro criterio habría que considerar oficiales y concluyentemente probatorios, acá resultaban estar incluso al servicio de la desinformación o de la deformación ideológicamente interesada. Por ese motivo, nos hemos comprometido en un relato que fuera consistente, y en ello hemos colocado nuestro mejor esfuerzo. Pero, ¿basta lo dicho para considerarlo concluyente? ¿Y vale la pena aspirar a que lo sea?

Más bien nos parece haber participado, como en el baile nortino, de la confección de *una* trenza a la que cada cual aportaba un color, trotando

en círculos concéntricos, a veces en direcciones opuestas, a veces no sabiendo que, en el caso de los estudiantes de la FECH durante la dictadura, se estaba entrelazado con aquellos a los que incluso se había combatido.

Este trabajo acumuló, en el trayecto, muchas deudas con innumerables personas. A ninguna de ellas son atribuibles los errores que aquí se puedan haber producido, los que son de nuestra entera responsabilidad. Por de pronto, agradecemos a todos quienes accedieron a conversar con nosotros y que están citados como entrevistados a lo largo del texto. Un agradecimiento especial, en tal sentido, debemos a Genaro Balladares y a Esteban Romo, quienes nos facilitaron las entrevistas realizadas por ellos mismos como parte de su tesis de grado.² Nuestro reconocimiento, además, a los que animaron a que este proyecto se emprendiera y terminara: Germán Quintana, Juan Carlos Sáez, Jaime Cordero, Pablo Villarroel, Pilar García, María José López, Rodrigo Molina, Carola Pizarro, José Santos, Sebastián Kaufmann, Guillermo Bravo Acevedo y el curso de inglés del Campus La Reina de 1985. Un recuerdo especial para Gabriela Venturini y Cecilia Monge que, al igual que los anteriores, durante mucho tiempo, de vez en cuando y como quien no quiere la cosa, nos preguntaban, en el fondo, alentándonos: «¿Y en qué va lo de la FECH?».

LOS AUTORES
Noviembre de 2006

² Genaro Balladares y Esteban Romo, *La organización estudiantil en el Campus Macul de la Universidad de Chile, desde la reforma universitaria hasta la intervención militar (1964-1981)*, memoria de titulación de Pedagogía en Historia, Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, Santiago, 1997.

Años de depuración y aguaité

Los efectos que el golpe militar del 11 de septiembre de 1973 tuvo sobre la organización estudiantil de la Universidad de Chile se dejaron sentir desde esa misma mañana. El presidente de la FECH y diputado por Santiago, Alejandro Rojas, ocupaba el trigésimo tercer lugar del listado de importantes dirigentes y partidarios del gobierno de la Unidad Popular que figuraba en el Bando núm. 10 de la Junta de Comandantes en Jefe de las Fuerzas Armadas, en el que se ordenaba:

«1. Las personas más adelante nombradas deberán presentarse voluntariamente hasta las 16:30 de hoy 11 de septiembre de 1973 en el Ministerio de Defensa Nacional».

Agregando un segundo numerando cuyo texto, quizás por pretender un sentido límpido, resultaba especialmente abstruso y amenazante:

«2. La no presentación les significará que se ponen al margen de lo dispuesto por la Junta de Comandantes en Jefe con las consecuencias fáciles de prever».¹

Rojas, no obstante, tenía previsto otro itinerario. El presidente de la FECH concurrió en su citroneta temprano en la mañana a la sede Oriente de la Universidad de Chile, el campus Macul, desde cuyo centro de alumnos tuvo oportunidad de dirigir palabras al millar de estudiantes reunidos en esos momentos. El propósito de la alocución era llamar a los estudiantes a resistir el golpe de Estado. Sin embargo, el posterior discurso del Presidente Allende y el silenciamiento de las radios partidarias de la Unidad Popular evidenciaban a los estudiantes que el curso tomado por los acontecimientos era ya irreversible. Pese a sus primitivos deseos de resistir, Rojas fue conminado por el profesor Fernando

¹ *El Mercurio*, 26 de septiembre de 1973.

Ortiz, destacado dirigente comunista en el Consejo Normativo Superior de la Universidad de Chile y profesor de historia de la sede Oriente, a retirarse a su lugar de seguridad establecido previamente para una eventualidad como la que se vivía en esos instantes. Comenzarían así para Alejandro Rojas días de escondites en una docena y media de casas, ocho meses como asilado en una sede diplomática, para posteriormente iniciar un exilio en Checoslovaquia, Suiza y Canadá.² Mientras tanto, a media tarde de ese martes 11, los intentos de resistir que todavía mantenían algunos estudiantes eran evidentemente inútiles. Jaime Insunza, ex presidente del centro de alumnos del Pedagógico, recuerda que «resolvimos quedarnos unos ahí, tomar el Pedagógico en la medida de lo posible. Pero, a eso de las tres o cuatro de la tarde estábamos rodeados por tanques de la FACH y además había francotiradores en edificios vecinos. Ante esa situación resolvimos salir, hacia las cinco de la tarde. No hubo disparos ni detenidos ese día, que yo recuerde. Nos deshicimos de todo lo que hubiéramos podido tener que fuera problemático para nuestra seguridad, pero en realidad no teníamos nada. ¡Si hubiéramos tenido siquiera una bomba molotov...!, pero éramos sólo nosotros, un grupo de doscientas personas entre profesores y estudiantes, y decidimos irnos».³

La FECH no corrió mejor suerte. Ilegalizada desde el primer día del golpe, sus bienes y edificios fueron incautados y sus dirigentes fueron perseguidos.⁴

EL ÚLTIMO ESFUERZO DE BOENINGER

En los días posteriores al golpe de Estado, el rector Edgardo Boeninger desplegó sus energías para que la Universidad de Chile reiniciara sus labores en las condiciones de mayor normalidad posible. Reconocido crítico del gobierno de la Unidad Popular, inmediatamente producido el golpe de Estado retomó la iniciativa a objeto que la propia Universidad de Chile se diera a sí misma las condiciones de su futuro funcionamiento, en concordancia con lo que juzgaba era el nuevo espíritu que se instauraba en el país. Señalaba Boeninger que «la tarea de pacificación y reconstrucción nacional señaladas por la Junta Militar de Gobierno (...) no admite dila-

² Ricardo Brodsky, *Conversaciones con la FECH*, CESOC, Santiago, Ediciones Chile-América, 1988, págs. 148-149. Ascanio Cavallo, Manuel Salazar y Oscar Sepúlveda, *La historia oculta del régimen militar*, Editorial Antártica, Santiago, 1989, págs. 34-35.

³ Entrevista a Jaime Insunza Becker, realizada por Genaro Balladares y Esteban Romo, junio de 1996.

⁴ Ricardo Brodsky, *Conversaciones con la FECH*, op. cit., p. 150.

ción y requiere el apoyo y cooperación más decididos de todos los chilenos. La caída del gobierno de la Unidad Popular fue consecuencia inevitable del desastre económico y social, la corrupción moral, la violencia y el caos institucional en que había sumido al país la acción nefasta de quienes, siendo un sector claramente minoritario, pretendieron imponer por la fuerza un régimen marxista-leninista de corte totalitario». Luego de lamentar la pérdida de vidas humanas a raíz de la que estimaba una resistencia suicida de los extremistas, formulaba votos para que Chile enfrentara con éxito el desafío de restaurar la paz y producir el reencuentro de todos los ciudadanos. Finalizaba su declaración indicando que respecto de la normalización de las actividades administrativas y académicas, sesionaría el Comité Directivo Superior⁵ de la universidad, a fin de resolver numerosas situaciones de acefalías de cargos en algunas sedes.⁶

El lunes 17 de septiembre sesionó por fin el Comité Directivo Superior de la Universidad de Chile. Su resolución fue la de enviar delegados a todas las sedes de provincias y de Santiago, provistos de plenos poderes, a fin de realizar los estudios y elevar al Comité Directivo Superior las recomendaciones que estimaran pertinentes a fin de normalizar las actividades. En caso que verificaran vacancias de cargos o la imposibilidad de su ejercicio por parte de los titulares de los mismos, los delegados tendrían por misión designar los nombres de los sucesores, respetando el consenso de los académicos de la estructura respectiva o, en su defecto, comunicando el hecho al Comité Directivo Superior, el que procedería a la designación. Así, por ejemplo, se procedió a la designación de nuevo decano y secretario de la Facultad de Arquitectura, nombrándose a los académicos René Martínez y Ramón Menéndez, respectivamente, y se estimaba inminente una reestructuración profunda de la sede Oriente, por considerarse que allí se había centrado la acción de la izquierda más extrema, la que, se estimaba, habría implantado una dictadura sobre los demás sectores. En las restantes sedes, la situación se consideraba casi normal. Como medida general, se entendió suspendida la vigencia de toda norma que permitiera la autoconvocatoria de los cuerpos colegiados.⁷

⁵ El Comité Directivo Superior era un cuerpo colegiado compuesto por veinte miembros del Consejo Normativo Superior, conservando las mismas proporciones de representatividad triestamental de éste, y que ejercía atribuciones administrativas delegadas por el Consejo Normativo. Véase art. 18 del Estatuto Orgánico de la Universidad de Chile, DFL núm. 1 de 4 de junio de 1971, modificado por consulta plebiscitaria de 27 de abril de 1972 y por la ley núm 17.882 de 19 de enero de 1973.

⁶ *La Tercera de la Hora*, 18 de septiembre de 1973.

⁷ *La Tercera de la Hora*, 20, 21 y 22 de septiembre de 1973.

El propósito del rector respondía a la solicitud del nuevo gobierno de reestructurar la Universidad de Chile. En tal contexto, Boeninger señalaba lo siguiente: «Se trata de poner en marcha lo antes posible la universidad, para lo cual debemos reemplazar a las autoridades que de hecho hicieron abandono de sus puestos, y reemplazar a otras que deberán hacer dejación de sus cargos. Debemos terminar con el asambleísmo estéril y poner fin a los eternos e interminables debates políticos ajenos a la institución, que se habían entronizado en ella como un cáncer, producto de un esnobismo que entorpecía la labor eminentemente educacional que corresponde a una universidad». Pero agregaba Boeninger un aspecto que sería determinante para que prontamente separara aguas respecto de los propósitos y decisiones de la Junta Militar: «Estimo que debe conservarse un tipo racional de participación, para lo cual se conservarían los comités directivos básicos y los comités coordinadores provisorios». Como ya se vio, el Comité Directivo Superior estaba dando curso a designaciones de nuevas autoridades, promoviendo incluso la decisión por consenso de las comunidades académicas afectadas.⁸

El 25 de septiembre, Boeninger expuso personalmente su posición ante la Junta de Gobierno, en una reunión en que los integrantes del Consejo de Rectores fueron recibidos por los nuevos gobernantes, quienes mantuvieron a la vista de los presentes sus armas sobre una mesa. A juicio del rector, los personeros de izquierda que desempeñaban altas funciones debían renunciar, pero para proceder a su reemplazo, tenía que respetarse la autonomía universitaria, respetándose asimismo las atribuciones del rector para nombrar nuevas autoridades, o para destituir en razón de abandono de servicios, o para enviar en comisión de servicios a quienes habían reasumido sus funciones, como ocurría en los casos de Domingo Piga en la Facultad de Ciencias y Artes Musicales y de José Balmes en la Facultad de Bellas Artes.⁹ Tras esa reunión, los rumores sobre la renuncia de Boeninger se hicieron insistentes. Fuentes de rectoría, junto con desmentirla, afirmaban que las diferentes dependencias y funcionarios se encontraban en estado de alerta. La convicción del rector continuaba siendo que las universidades estaban en condiciones de autorregular sus actividades. El Departamento de Relaciones Públicas de la Universidad de Chile emitió un comunicado manifestando que: «El rector de la Universidad de Chile no ha presentado en ninguna oportunidad su re-

⁸ *La Tercera de la Hora*, 21 de septiembre de 1973.

⁹ *Revista Ercilla*, 3 de octubre de 1973. Sobre la inquietante costumbre de los miembros de la Junta Militar de dar audiencia con sus armas a la vista, véase Raúl Silva Henríquez, *Memorias*, Santiago, Ediciones Copygraph, tomo III, 1994, p. 10.

nuncia a su cargo ante la Junta de Gobierno ni ante ninguno de sus miembros por separado». Según un vocero, se trataba de convencer a la autoridad que, «como lo demostramos durante el régimen de la Unidad Popular, somos capaces de luchar con nuestras reglas por la defensa de una universidad libre, democrática y pluralista». ¹⁰

El 28 de septiembre la Junta de Gobierno tomó una decisión: fueron disueltos los consejos normativos, senados y otros organismos colegiados de las Universidades de Chile, Católica de Chile, Técnica del Estado y Federico Santa María; los institutos superiores fueron puestos bajo el control de delegados ante la junta militar; se dieron por disueltos los organismos cuya composición promovía prolongadas luchas internas en las universidades. Los delegados asumieron con plenas facultades reemplazando a los rectores, y los jefes de carrera y departamento cesaron de inmediato en sus funciones. Se informó que quedaban prohibidas las actividades políticas en las universidades. La Junta declaró que «la idea de autonomía universitaria es dejar a los centros de estudios superiores aislados de las presiones partidistas», recordando las palabras del general Gustavo Leigh en el sentido de arrancar la politización excesiva de los colegios y centros de estudios superiores. ¹¹

Ante esta determinación del gobierno, Boeninger declaró: «La respeto; obviamente, la acato, pero la lamento». Un día más tarde se extendería en una declaración en la que explicaba su salida del cargo: «Durante cuatro años he desempeñado el cargo de rector de la Universidad de Chile. Ha sido un período duro, de lucha constante y frontal contra quienes pretendieron someterla en un insensato afán de conquistar el poder total. La universidad, sin embargo, supo en este tiempo mantener su independencia y preservar sus más auténticos valores gracias a la fe, la solidaridad y la acción tenaz de su comunidad de académicos, trabajadores y estudiantes, que optó mayoritariamente por defender, hasta las últimas consecuencias, la democracia y el pluralismo. Producida la inevitable y necesaria caída del gobierno de la Unidad Popular estimé que era mi obligación hacer presente mi convicción de que el aporte de las universidades a las tareas de pacificación nacional debía realizarse en el marco de su propia institucionalidad y que correspondía a los universitarios, gobernándose a sí mismos, asumir la plena responsabilidad de lo que hubiera que hacer. Sentí, también, que mi permanencia en el cargo quedaba sujeta a la posibilidad de materializar tal solución. Como es de conocimiento público, la

¹⁰ *La Tercera de la Hora*, 29 de septiembre de 1973.

¹¹ *La Tercera de la Hora*, 26 y 27 de septiembre de 1973.

Junta (...) estimó necesario tomar una decisión diferente (...). Mi misión, en consecuencia, ha terminado».¹²

En cualquier caso, la exasperación de los ánimos imperante en la universidad al cabo de cuatro años de reforma universitaria había predispuerto el espíritu de numerosos destacados universitarios que no obstante haber sido importantes colaboradores de Boeninger, manifestaron un inicial respaldo a las medidas militares en la universidad. Así, por ejemplo, en los días en los que el Comité Directivo Superior procuraba dar gobierno a la corporación, funcionarios de la Facultad de Ciencias y Artes Musicales y Escénicas permanecían reunidos en la Casa Central, negándose a volver a la facultad debido a que en ella «las antiguas autoridades de tendencia marxista han seguido actuando como si nada hubiera ocurrido».¹³ Asimismo, profesores de la sede Oriente pedían que la reestructuración de la misma se llevara a cabo con la presencia directa de representantes de la Junta de Gobierno.¹⁴ Producida la salida de Boeninger de la rectoría, varios de los más destacados académicos independientes que lo habían respaldado durante el período reformista concordaron en dar prioridad a los propósitos de despolitización de la universidad. Entre ellos sobresalían Danilo Salcedo (Ciencias Políticas), Juan Morales Malva (Ciencias Químicas), Luis Izquierdo (Ciencias), Manuel Trejo (Odontología), Pablo Vodanovic (Arquitectura) y Enrique D'Etigny (Ciencias Físicas y Matemáticas). Señalaba el profesor Salcedo: «Las Fuerzas Armadas eran las únicas que podían imponer el orden aquí. Las pretensiones de Boeninger eran utópicas. Así opinaron hasta los académicos DC».¹⁵ El propio Salcedo, junto con lamentar la renuncia de Boeninger, definía de esta manera las opciones que las circunstancias admitían. De una parte, los grupos políticos querían mantener vigente el estatuto orgánico, por exigirlo así principios de pluralismo y democracia. La segunda tesis, en cambio, sostenía como básicas las tareas de despolitización y academización. Para esto, se requería evitar toda posibilidad de asambleísmo que distrajera el quehacer universitario, por estimárselo estéril e intrascendente.¹⁶

De esta manera, el intento del rector de realizar una reestructuración de la universidad por parte de los académicos que se oponían al régimen derrocado se encontró no sólo con la negativa de las autoridades militares, sino con el cansancio de los propios sectores que habían alcanzado

¹² *La Tercera de la Hora*, 30 de septiembre de 1973.

¹³ *La Tercera de la Hora*, 20 de septiembre de 1973.

¹⁴ *La Tercera de la Hora*, 29 de septiembre de 1973.

¹⁵ *Revista Ercilla*, 10 de octubre de 1973.

¹⁶ *La Tercera de la Hora*, 27 de septiembre de 1973.

con él la mayoría ponderada en las últimas elecciones de rector y de consejo normativo superior en 1972. Ante la disyuntiva, la opción por el restablecimiento del orden en los claustros cautivó la voluntad de parte importante de los académicos pertenecientes al Frente Universitario, desdénando la alternativa de participación y autogobierno postulada por el rector Boeninger.

Por lo demás, no es posible dejar de considerar que el intento de restablecer la normalidad por parte de Boeninger resultaba audaz, en la medida que con inmediata posterioridad al golpe de Estado, efectivos militares ya estaban operando de facto al interior de la universidad. La Escuela de Periodismo fue objeto de un incendio provocado por la ocupación militar el mismo día 11 de septiembre. Asimismo, se ocuparon locales universitarios, se detuvo a profesores y estudiantes y se allanaron residencias universitarias.¹⁷ Jorge Recabarren, estudiante de pedagogía en química en el campus Macul de la sede Oriente, y antiguo dirigente estudiantil democratacristiano, narra aspectos de la universidad durante los primeros días de gobierno militar: «El día 12, toque de queda temprano, y el 13, toque de queda todo el día. Entonces llega un jeep a mi casa, y en ese momento pensé lo peor, pues ya se sabía de los muertos. Me hacen subir, sin deferencias pero sin groserías, y me llevan al Pedagógico, donde me encuentro con Mario Orellana y con Antonio Estrada, dirigentes de los académicos y de los funcionarios, respectivamente, todos de oposición al gobierno de la UP. Ahí nos recibe el comandante Lapóstol,¹⁸ de la FACH, haciéndonos pasar para que visitemos el Pedagógico y verifiquemos que no hay ningún muerto ni nada anormal. En el Pedagógico había hogares universitarios, dos pabellones de hombres y dos de mujeres. Nos hicieron recorrer los pabellones, para que viéramos que los estudiantes estaban ahí y no desaparecidos o muertos. Yo no contaba con ningún registro, puesto que no sabía adónde me llevaban ni a qué, por lo tanto no sabía cuántos eran los estudiantes de los pabellones, y por lo mismo, quiénes estaban y quiénes faltaban. Ese día 13 fue toque de queda todo el día, no había nada en Santiago, sólo movimientos militares, y el Pedagógico estaba cerrado. Los cabros trataban de hacernos señas, pero nos prohibieron mantener comunicación verbal con ellos. Entendimos que las señas

¹⁷ Manuel Antonio Garretón y Manuel Pozo, *Las universidades chilenas y los derechos humanos*, Documento de trabajo núm. 213, FLACSO, Santiago, 1984, p. 12.

¹⁸ Presumiblemente alude al teniente coronel Ariosto Lapóstol, posteriormente designado Jefe de Zona en Estado de Emergencia en el Departamento de Huasco Freirina (Ascanio Cavallo, Manuel Salazar y Oscar Sepúlveda, *La historia oculta del régimen militar*, op. cit., p. 10).

nos las hacían porque faltaba algún compañero o compañera, trataban de decirnos algo, pero no podíamos tener comunicación directa. De pronto se abría una puerta, alguien preguntaba «¿todo bien?!», respondían que sí, pero nosotros no podíamos hacer mucho flanqueados de militares con metralleta y el comandante Lapóstol encabezando el grupo. Veíamos caras conocidas, que trataban de comunicarse, pero no era posible. Claro, estaban los estudiantes, pero ¿eran los cincuenta que vimos, o tenían que ser cien o doscientos? Este incidente significó que fuimos muy criticados después, porque se decía que habíamos avalado la muerte de algunos estudiantes. Costó que nos entendieran que habíamos sido sacados de nuestras casas y que habíamos sido llevados a algo consumado. Por ejemplo, faltaba (Alfonso) Chanfreau, pero ¿qué sacábamos si se lo habían llevado! Eso se nos criticó bastante durante mucho tiempo».¹⁹

LA INTERVENCIÓN MILITAR DE LA UNIVERSIDAD

Aunque el régimen militar demoraría siete años en crear su propio modelo universitario, al momento de tomar el poder de las universidades al menos tenía claro cuál era su adversario. Contra lo que pudiera pensarse inicialmente, no se trataba sólo de poner orden en universidades presumiblemente afectadas por la acción de la izquierda. Después de todo, al momento de producirse el golpe de Estado, siete de las ocho universidades existentes eran encabezadas por rectores que no podían ser confundidos con partidarios de la Unidad Popular, todos ellos elegidos por las respectivas comunidades universitarias, incluyendo entre éstos al rector de la Universidad de Concepción, considerada bastión del MIR. En efecto, Carlos von Plessing había triunfado en diciembre de 1972 sobre el

¹⁹ Entrevista a Jorge Recabarren, realizada por Genaro Balladares y Esteban Romo, 16 de marzo de 1995. En otros momentos de la entrevista, Recabarren alude con afecto a Alfonso Chanfreau, dirigente del MIR y estudiante de filosofía del Instituto Pedagógico, lo que tal vez explique esta mención durante la visita del 13 de septiembre, la que da a entender que la desaparición de Chanfreau se produjo en esas circunstancias. Sin embargo, de acuerdo con lo señalado en el *Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación* o *Informe Rettig*, la desaparición de Alfonso Chanfreau se produjo luego de haber sido detenido en su domicilio por efectivos de la DINA el 30 de julio de 1974. Fue visto en el centro de detención de calle Londres núm. 38 y presumiblemente fue llevado a interrogatorios a la Villa Grimaldi, sin que posteriormente se volviera a tener noticia de su paradero. A nuestro juicio, esta confusión no invalida el fondo del testimonio de Recabarren. Véase *Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación*, Santiago, Talleres de La Nación, vol. II, tomo 3, 1991, p. 100.

candidato de la UP Galo Gómez, con una votación ponderada de 53% contra 40,3%.²⁰ En el caso de la Universidad de Chile, la posición adversa del rector Boeninger al gobierno de Salvador Allende era evidente, y durante los difíciles momentos vividos por la universidad durante 1971, su actuación como rector en el conflicto mantenido con la mayoría de izquierda del Consejo Normativo Superior lo había transformado en una figura política nacional dentro de la disputa entre gobierno y oposición. Cabía entonces suponer que la restauración del orden como tarea inmediata pero acotada en el tiempo podía encomendarse a los propios académicos, manteniendo lo esencial de la universidad reformada en cuanto a los fines perseguidos por las universidades y al *ethos*, imperante al interior de ellas, de participación y diálogo crítico, de compromiso con la sociedad y pluralismo democrático. No fue así, sin embargo.

La primera medida adoptada por la Junta Militar de Gobierno fue la designación de rectores delegados de su absoluta confianza, pertenecientes a distintas ramas de las Fuerzas Armadas. En el caso de la Universidad de Chile, fue designado rector el general de aviación (r) César Ruiz Danyau.²¹ El fundamento de las designaciones radicaba en el Decreto Ley 50, del 1 de octubre de 1973. Teniendo a la vista los propósitos enunciados en el Decreto Ley 1,²² y considerando la necesidad de facilitar la unificación de criterio en la dirección de la enseñanza superior para la mejor consecución de los postulados establecidos en el Decreto Ley 1, el Decreto Ley 50 dispuso: «La Junta de Gobierno designará en su representación rectores-delegados en cada una de las universidades del país, los que cumplirán las funciones y ejercerán todas las atribuciones que corresponden a los rectores de las universidades de conformidad con las normas legales vigentes y demás acuerdos o resoluciones universitarias dictadas en su virtud».²³ Ahora bien, a juicio de los militares, los problemas de la universidad no tenían solamente que ver con la existencia de personas que introducían el desorden en los claustros, sino más bien con una estructura que posibilitaba tal situación. En la opinión del gobierno militar,

²⁰ Carlos Huneeus, *La reforma universitaria veinte años después*, Santiago, CPU, 1988, p. 77.

²¹ La Universidad de Chile fue asignada a la FACH en los primeros años de régimen militar. Sucedió en la rectoría a Ruiz Danyau el general (r) de la FACH Agustín Rodríguez Pulgar, quien por su parte sería sucedido a fines de 1975 por el último oficial de la FACH que se desempeñó como rector, Julio Tapia Falk. Posteriormente, la rectoría de la universidad fue desempeñada por miembros del Ejército hasta 1987.

²² En dicho Decreto Ley se señala que «la Junta Militar de Gobierno se propone restaurar la chilenidad, la justicia y la institucionalidad quebrantada...».

²³ Decreto Ley 50, *Diario Oficial* del 2 de octubre de 1973, artículo único.

era la universidad reformada la que merecía una intervención a fondo, la que fue emprendida con criterio quirúrgico, haciéndose reiterado el recurso a expresiones como *extirpar* o *depurar*. Para ello, se hacía necesario asegurar el principio de unidad de mando, lo que se manifestó en un conjunto de normativas legales dictadas especialmente al efecto en los meses inmediatamente posteriores al golpe de Estado.²⁴

A las ya aludidas disposiciones del Decreto Ley 50, se agregaban la facultad de reactualizar, designar autoridades unipersonales, formar consejos, manejar asuntos, funciones administrativas y presupuestarias, y formular políticas tendientes al cumplimiento de las obligaciones emanadas del Decreto 1.300 de Educación.²⁵ El Decreto Ley 111 estableció las atribuciones específicas de que el Rector Delegado de la Junta de Gobierno en la Universidad de Chile dispondría de todas las funciones y atribuciones que la legislación orgánica de la Universidad de Chile y demás leyes, reglamentos y decretos de cualquier naturaleza aplicables a ella hubieren entregado a las autoridades colegiadas y unipersonales de la Corporación y a sus jefaturas de servicios,²⁶ como asimismo las facultades y atribuciones que las leyes, reglamentos y estatutos entregaban al Directorio de la Corporación de Televisión de la Universidad de Chile, a su presidente y a su director general, incluyendo la facultad de modificar sus estatutos.²⁷ Más adelante, el decreto entregaba al rector la facultad de resolver todas las cuestiones relativas al personal de la universidad contando para ello con una amplia potestad disciplinaria. Además, el rector delegado podría efectuar nombramientos sin sujeción a las reglamentaciones de concursos.²⁸ Respecto de los estudiantes, el rector delegado dispondría de la facultad de ejercer sobre ellos amplia potestad disciplinaria, incluyendo las de aplicar sanciones de amonestación, suspensión, cancelación de matrícula y expulsión.²⁹ El Decreto Ley declaró disueltos a contar de la fecha de su vigencia los Claustros Universitarios y demás cuer-

²⁴ Paul P. Meyers, «La intervención militar de las universidades chilenas», revista *Mensaje*, vol. XXIV, agosto de 1975, págs. 379-384. Años más tarde, editorializaba *El Mercurio* en los siguientes términos: «No era sólo el problema del comunismo entronizado en numerosas facultades, sino que la politización en general que malograba toda la labor académica y pugnaba por seguir controlando sectores importantes de la enseñanza superior» (*El Mercurio*, editorial: «Hacia una normalidad universitaria», 21 de mayo de 1976).

²⁵ Decreto 1.300 de Educación, 3 de octubre de 1973.

²⁶ Decreto Ley 111, *Diario Oficial* 8 de noviembre de 1973, art. 2, núm. 2.

²⁷ Decreto Ley 111, *op. cit.*, art. 2, núm. 3.

²⁸ Decreto Ley 111, *op. cit.*, art. 2, núm. 5.

²⁹ Decreto Ley 111, *op. cit.*, art. 2, núm. 7.

pos colegiados que contemplaba el sistema de gobierno de la Universidad de Chile.³⁰ Por último, operaba con efecto retroactivo al dar poder al rector delegado para validar o no los acuerdos y decisiones tomadas por las autoridades colegiadas y unipersonales de la autoridad entre el 11 de septiembre de 1973 y la fecha de entrada en vigencia del decreto ley. Sin aprobación expresa del rector delegado, tales acuerdos y decisiones no producirían efecto alguno.³¹

Con posterioridad, se facultó al rector delegado para poner término, discrecionalmente, a los servicios de los funcionarios de su dependencia, fundado en los intereses superiores de la institución, el normal funcionamiento o la reestructuración de ella.³²

De esta forma, el carácter de la universidad reformada fue alterado drásticamente. El Estatuto Orgánico, aprobado por el Congreso Nacional el 4 de junio de 1971, declaraba que la Universidad Chile era democrática; que en su gobierno participaban todos los miembros de la comunidad universitaria; que se trataba de un establecimiento público autónomo, independiente de la administración central del Estado.³³ El conjunto de decretos leyes dictados por el gobierno militar implicaría entonces una rápida y aguda reversión de todo el sistema de gobierno fundado en la constitución de una comunidad universitaria que elegía a las autoridades unipersonales y que concurrían a la formación de cuerpos colegiados a través de representantes también electos. De ahora en adelante, la sola persona del rector concentraría un conjunto inédito de poderes en la historia de la universidad. Demás está decir que fue el conjunto del sistema universitario el que se vio afectado por este tipo de medidas. Con ello se dio inicio a la fase de depuración universitaria.

Esta etapa tenía como propósito explícito la expulsión de la universidad de quienes profesaban ideas afines a las del gobierno de la Unidad Popular. Así fue como se hicieron públicas peticiones o recomendaciones para iniciar una persecución en contra de académicos y estudiantes de izquierda. Un sintomático artículo del profesor Juan Antonio Widow, de la Universidad Católica de Valparaíso, indicaba la conveniencia de expulsar a todos los profesores marxistas, pues su permanencia en las aulas podría transformarlas en focos de subversión. Asimismo, debía expulsarse a los estudiantes cuya presencia significase agitación y proselitismo políti-

³⁰ Decreto Ley 111, *op. cit.*, art. 5.

³¹ Decreto Ley 111, *op. cit.*, art. 7.

³² Decreto Ley 493, artículo 2, *Diario Oficial* del 4 de junio de 1974; en relación con el Decreto Ley 139, *Diario Oficial* del 21 de noviembre de 1973.

³³ Decreto con Fuerza de Ley, núm. 1 de 1971, arts. 3 y 5.

co; debían cerrarse las unidades académicas creadas con el fin de divulgar la ideología marxista, como asimismo debían reestructurarse aquellas otras que, sin haber sido creadas con fines propagandísticos, hubieran sido copadas por profesores marxistas.³⁴ El Decreto Universitario núm. 8.731 del 8 de octubre de 1973, estableció un procedimiento de sumario muy severo que garantizaba al rector de la Universidad de Chile la posibilidad de controlar a la comunidad universitaria o reestructurar al personal. Aunque indicaba que la mera ideología o pensamiento político personal, cualquiera que fuera, no era reprochable ni sancionable, establecía no obstante entre las infracciones gravísimas del personal universitario cargos tan vagos como las actitudes sectarias o proselitistas, o cargos que extendían la competencia de la autoridad sumariante, eventualmente, hasta la propia vida privada de los sumariados. Así, consideraba infracción gravísima la inconsecuencia de la conducta extrauniversitaria con lo sostenido en la cátedra, conforme a los programas de estudios vigentes. Si se considera que los programas de estudios fueron drásticamente reformulados, difícilmente podía pedirse a los académicos de izquierda una conducta extrauniversitaria consecuente con los programas de estudio, cuestión por lo demás de comprobación enteramente improbable. Hubo casos como Ciencias Políticas y la sede Oriente en que se llevó a efecto una verdadera reelección de los alumnos antiguos, bajo criterios políticos dirigidos por funcionarios de derecha.³⁵ El llamado «ordenamiento interno» de la universidad se realizó a fondo sin que los procedimientos respetaran el derecho a defensa de los acusados.³⁶ Jaime Insunza recuerda que en el proceso de su expulsión, figuraron listas de expulsados o de citados a declarar: «Yo fui al tribunal, me acusaron de proselitismo, de sectarismo, qué sé yo, así que hice mi defensa. Testificó en mi favor Marino Pizarro, quien garantizó que yo no había tenido actitudes sectarias, en fin. Pero la sanción salió igual: expulsado de la universidad».³⁷

En la Universidad de Chile se estructuró un sistema judicial compuesto por 36 fiscales que tendrían a su cargo procesos en las sedes, sobre los

³⁴ Citado por Paul Meyers, *La intervención militar de las universidades chilenas*, op. cit., págs. 381-382.

³⁵ José Auth, *Las luchas estudiantiles en Chile, crónicas de una década: 1973-1983*, Documento de trabajo, núm. 91, Santiago, SUR, 1988, p. 1.

³⁶ Así lo admite de modo expreso el profesor de la Facultad de Derecho Claudio Illanes Ríos, quien se desempeñó como Vicerrector de Asuntos Estudiantiles de la Universidad de Chile en los años posteriores al golpe de Estado. Claudio Illanes, «Movimiento y participación estudiantil», revista *Realidad Universitaria*, Santiago, Centro de Estudios de la Realidad Contemporánea, núm. 3, 1987, p. 40.

³⁷ Entrevista a Jaime Insunza realizada por Genaro Balladares y Esteban Romo.

cuales se erigía un fiscal coordinador general y un tribunal de apelación como última instancia. Tratándose de casos de pública notoriedad, se notificaba por cédula al acusado, quien contaba con 24 horas para hacer sus descargos por escrito. El fiscal sentenciaba si la sanción era una suspensión inferior a seis meses. Si el cargo ameritaba una sanción superior, sólo podía ser aplicada por el fiscal general. En casos dudosos, el plazo para presentar descargos era de tres días. Ambos tipos de procesos se iniciaban a propósito de una denuncia o por iniciativa del propio fiscal, *sin que fuera necesario probar las acusaciones*. Si el afectado consideraba injusta su sanción, podía apelar al tribunal. Puesto que los decretos leyes núm. 6 y núm. 32 de 1973 declararon en interinato todos los empleos públicos y semifiscales, muchos casos se liquidaron por esa vía, y aun sin expresión de causa, como ocurrió con los profesores del Departamento de Teatro. En otros casos, se procedió a cesación del contrato o la expulsión, como aconteció con funcionarios del Hospital J. J. Aguirre.³⁸ No existe una determinación exacta de cuánta fue la gente afectada por este tipo de medidas de depuración. Estimaciones globales señalan que en los primeros meses del régimen militar y durante 1974, se marginó al 25% del personal docente, a un 10% de personal no académico, y entre un 15% y un 18% de los estudiantes, lo que implicaría a nivel del conjunto del sistema universitario de entonces, alrededor de 20 mil estudiantes.³⁹

Tratándose de organizaciones estudiantiles formales y reconocidas, salvo el caso de la FEUC, todas las federaciones estudiantiles fueron disueltas, como asimismo los centros de alumnos. En el primer tiempo, las autoridades de facto procedieron a la designación de delegados por curso para atender cuestiones de carácter doméstico de los estudiantes, lo que una vez más producía situaciones ambiguas, especialmente en aquellos casos en que las designaciones recayeron en estudiantes democratacristianos, puesto que las reacciones en este partido frente al cambio de régimen oscilaban desde la condescendencia y cautela de unos frente a la Junta Militar, hasta una oposición declarada de otros. Fue este último el caso de Jorge Recabarren. Luego de la visita a los pabellones del pensionado estudiantil del Pedagógico, fue designado ese mismo día delegado estudiantil para la sede Oriente. Poco tiempo después, asumido César Ruiz Danyau como rector delegado, se procedió a la reestructuración de la

³⁸ Paul Meyers, *La intervención militar de las universidades chilenas*, op. cit., p. 382.

³⁹ Manuel Antonio Garretón y Hernán Pozo, *Las universidades chilenas y los derechos humanos*, op. cit., p. 14. Sergio Micco, citado en Fernando Martínez y Julio Valladares, *La joven democracia: El movimiento estudiantil en Chile, 1973-1985*, Santiago, Ediciones Documentas, Instituto para el Nuevo Chile, 1988, p. 17.

sede Oriente mediante una comisión asesora del rector delegado para la formulación de recomendaciones de carácter académico. Ante esa comisión cabría plantear los problemas generales del alumnado de la sede, particularmente de tipo médico y socioeconómico que pudieran afectar su rendimiento y continuidad en sus estudios.⁴⁰ Sostiene Recabarren que «aunque el objetivo de la comisión era de tipo académico, yo no me pude dedicar a eso, porque estuve ocupado de atender a mamás, papás de cabros desaparecidos, o con sus expedientes perdidos, o sometidos a algún proceso disciplinario. (...) Yo era muy criticado, me acusaban de traidor, y me significó más de una discusión política con la gente del MIR, del PC, para tratar de explicarles que yo estaba tratando de amparar sus intereses». Jaime Insunza, quien mantendría contacto clandestino con Recabarren con posterioridad al golpe militar, al respecto refiere que «algunos demócratacristianos tomaron la defensa de estudiantes que estaban expuestos a sanciones, también algunos profesores DC hicieron acciones de este tipo, pero no recuerdo si eso fue o no relevante». Sin embargo, al cabo de un año, incluso los centros de alumnos subsistentes controlados por demócratacristianos ya se encontraban intervenidos o disueltos.⁴¹

AÑOS DE EXILIO UNIVERSITARIO INTRAMUROS

Los primeros cuatro años del régimen militar son de imponente vaguedad a la hora de identificar hechos que permitan reconstruir un itinerario de acciones estudiantiles organizadas, con excepción de las emprendidas a iniciativa de la autoridad militar delegada en la universidad. Numerosos testimonios concurren a configurar un cuadro donde no hay acontecimientos claros. Se refieren anécdotas carentes de temporalidad y cuya localización espacial es también difusa, en años en que los medios de comunicación son parejamente parcos a la hora de registrar actividades estudiantiles y juveniles. Al cabo, sólo es posible reconstituir apenas una atmósfera, un espíritu de época, un ambiente misterioso signado de manera preponderante por el temor y la desconfianza.

Desde muy temprano, y durante varios años, el régimen militar hizo explícita la inspiración del gobierno en las doctrinas de la seguridad nacional. En octubre de 1975, el general Gustavo Leigh, con ocasión del 81º aniversario de la Escuela de Derecho de la Universidad Católica de Valparaíso, indicó que el nombramiento de rectores delegados con am-

⁴⁰ Decreto núm. 14.752 del 22 de noviembre de 1973.

⁴¹ José Auth, *Las luchas estudiantiles en Chile...*, op. cit., p. 2.

plias facultades era el único vehículo para corregir la instrumentalización política, y para devolver a la universidad los verdaderos valores universitarios. De ahí que su presencia debía extenderse todo el tiempo que fuera necesario para que, «extirpado el virus, renazca una vida universitaria sana y auténtica», agregando luego que «estamos viviendo una nueva forma de guerra no conocida en el pasado al menos en estas dimensiones. Se trata de una guerra ideológica, en que el comunismo internacional, puesto al servicio del imperialismo soviético, busca apoderarse de los Estados, controlando sus centros vitales de poder y debilitándolos así por dentro. (...) No entregarle al enemigo lugares claves en esa lucha ideológica y de poder, como son las universidades, no es una actitud sectaria ni revanchista. Es un imperativo de sobrevivencia».⁴² Posteriormente, un editorial de *El Mercurio* sería mucho más claro para explicar la lógica militar subyacente a estas disquisiciones: «El frente universitario resulta delicado porque es de naturaleza explosiva. En los momentos más difíciles, ese frente se transforma en político y, entonces, resulta imposible enfocarlo desde elevados y serenos criterios académicos. Se diría que actualmente el tema universitario está en ese momento difícil en que sería equivocado abordarlo como puramente intelectual, neutral y científico, pero la política universitaria no debería olvidar jamás la naturaleza del campo en que actúa. El terreno, el teatro de la guerra, determina estrategias y posiciones».⁴³

Es posible distinguir en el proceder del gobierno militar hacia los estudiantes una secuencia que implica, una vez ocupado el territorio o centro de poder, la desmovilización del enemigo.⁴⁴ Para ello, como ya se vio, se procede primero a la eliminación de las organizaciones estudiantiles, especialmente las controladas por partidarios del régimen anterior y la eventual designación de delegados estudiantiles proclives a la nueva autoridad. La proscripción absoluta de las actividades políticas supuso no sólo la disolución de los partidos de izquierda y el receso de los restantes, sino la inserción en este esquema de todos los cuerpos intermedios. Se suspendió toda actividad estudiantil y se cerraron los espacios de participación.⁴⁵ Ya en diciembre de 1973, el Bando núm. 28 del Jefe de Zona en Estado de Sitio para la Provincia de Santiago, Sergio Arellano Stark, pro-

⁴² General Gustavo Leigh, «Misión de las universidades chilenas», citado en Jorge Baeza, *El discurso y la acción del Gobierno Militar chileno sobre el movimiento estudiantil universitario 1973-1980*, Santiago, ILADES, 1985, p. 11.

⁴³ *El Mercurio*, 21 de marzo de 1976.

⁴⁴ Jorge Baeza, *El discurso y la acción del Gobierno Militar chileno sobre el movimiento estudiantil universitario 1973-1980*, págs. 6-22.

⁴⁵ Claudio Illanes Ríos, «Movimiento y participación estudiantil», *op. cit.*, p. 40.

hibió todo tipo de elecciones, incluyendo las estudiantiles.⁴⁶ El propio general Leigh alentaba a los jóvenes a mirar el receso de los centros de alumnos no como una restricción sino como un desafío para sustituir estilos de participación superados por el movimiento del 11 de septiembre,⁴⁷ al tiempo que declaraba que el éxito de la nueva institucionalidad universitaria suponía que la etapa previa de depuración de elementos antiuniversitarios enquistados en la educación superior se encontrara definitivamente terminada.⁴⁸

La secuencia se completa con la acción dirigida al grueso del estudiantado, con medidas que inhiben sus actividades asociativas, fomentando la competencia entre los estudiantes en el campo académico, y la atomización y control de los mismos fuera del aula. Fue de esta manera que se hicieron recurrentes opiniones como las del rector delegado de la Universidad del Norte, Hernán Danyau, a juicio de quien lo primordial era despolitizar la universidad, dar al quehacer universitario las proporciones necesarias e indispensables. Anunciaba el rector que el estudio constituiría para el estudiante el 90% de su tiempo, el 10% restante se orientaría a las actividades extracurriculares y nada a la política. Además, se controlaría la asistencia a clases.⁴⁹ En la Universidad de Chile, por su parte, para la reapertura del año académico 1974, se trabajaba en pintar, limpiar y remozar los edificios con el objeto de dar a los estudiantes lugares tranquilos, agradables y con pasatiempos que los hicieran olvidarse de la política, al mismo tiempo que se completaban los concursos de académicos: sólo en la sede Oriente debían llenarse tres mil vacantes.⁵⁰ Se decidió que la universidad era para la academia y que los estudiantes estaban ahí para cumplir deberes: estudiar y mantener una rígida disciplina. Los reglamentos académicos se hicieron estrictos, impidiendo la mantención indefinida de estudiantes que repetían sus asignaturas reiteradamente. A los estudiantes les fue vedada toda clase de discusión de cuestiones con alcance político.⁵¹

El retorno a clases y los siguientes primeros años del régimen militar enfrentaron a los estudiantes a un panorama de estricto control de sus actividades. Se generalizó la fiscalización del ingreso a los recintos univer-

⁴⁶ *El Mercurio*, 16 de diciembre de 1973.

⁴⁷ Gustavo Leigh, *La Junta de Gobierno se dirige a la juventud*, discurso pronunciado ante dirigentes juveniles en el Edificio Diego Portales el 20 de diciembre de 1973, Editora Nacional Gabriela Mistral, Santiago, abril de 1974, págs. 12 y 13.

⁴⁸ General Gustavo Leigh, «Misión de las universidades chilenas», p. 14.

⁴⁹ Revista *Erilla*, 31 de octubre de 1973.

⁵⁰ Revista *Erilla*, 13 de marzo de 1974.

⁵¹ Claudio Illanes Ríos, «Movimiento y participación estudiantil», *op. cit.*, p. 40.

sitarios a través del uso de credenciales. Las medidas de control más agudas se adoptaron en el Pedagógico: funcionarios de seguridad, acompañados con perros, se ocupaban de impedir que se formaran grupos de más de tres estudiantes en los patios, y las reuniones, canturreos, juegos y descansos en los pastos recibían como respuesta un manguerazo de los funcionarios administrativos, práctica que se mantuvo hasta bien avanzada la intervención militar en los claustros. Entre los estudiantes imperaba la desconfianza y el temor de unos a otros, y siendo tan escasas las alternativas de reunión al interior de los recintos universitarios fuera de las clases, para muchos de ellos la vida universitaria se reducía al circuito que iba de la casa a la clase y de ahí a la casa. Carlos Pérez, alumno de física y más tarde importante dirigente comunista hacia finales de los años 70, recuerda que en esos primeros años de intervención «yo sólo podía dedicarme a ser estudiante universitario. Hasta 1976 lo pasaba en la casa, luego de las clases, sin hacer nada políticamente hablando. (...) No pasaba nada de nada, entonces me dedicaba a leer la *Crítica de la razón pura* de Kant. (...) Ya en esos años estaba tratando de formular en términos teóricos una crítica marxista del socialismo real, pero era algo que intentaba hacer desde mi casa, ¡porque no tenía a nadie con quien conversar! (...) Las dinámicas en las que uno estaba eran lo suficientemente atomizadas y oscuras como para que uno tuviera tiempo para estas otras cosas: me sacaba puros sietes en física».⁵² La nueva autoridad universitaria se preocuparía de diseñar mallas curriculares y horarias que mantuvieran al estudiante la mayor parte del tiempo ocupado del estudio, a objeto de que éste finalizara lo antes posible su carrera. El vicerrector de la sede Oriente, Gustavo Reyes Román, declaró al respecto que «los cambios en el régimen de exigencias hacen que los primeros años sean bastante rígidos. Hay un gran número de créditos obligatorios cuya elección no queda a criterio del alumno; quien no aprueba el 50% de ellos debe abandonar la universidad».⁵³ Concordante con eso, se hizo una crítica insistente al currículum flexible, considerándolo motivado en razones políticas —crear un ambiente de desorden que permitiera la obtención de «flexibilidades»—, y que redundaba en un malgasto del tiempo del estudiante. Esta crítica permaneció en el tiempo y de ella se hicieron eco más tarde los estudiantes partidarios del régimen.⁵⁴

⁵² Entrevista a Carlos Pérez, 18 de noviembre de 1996.

⁵³ Declaración del 9 de abril de 1974, citada en Manuel Antonio Garretón y Hernán Pozo, *Las universidades chilenas y los derechos humanos*, op. cit., p. 17.

⁵⁴ A juicio de Aníbal Vial, lo que debía privilegiarse era un currículum que al menos inicialmente orientara al estudiante dentro de una unidad estable constituida por el curso, entendido como grupo de estudiantes que ingresan juntos a una carrera,

Simultáneamente, la restricción de los contenidos críticos de las asignaturas, cuando no la supresión directa de carreras, suponía una desmotivación mayor en los estudiantes a hacer de la cátedra un espacio de reflexión racional y crítica. Fue así que, sólo en Santiago, en la Universidad de Chile se cerraron la siguientes unidades académicas: el Centro de Estudios Socioeconómicos (CESO); el Centro de Estudios Estadísticos y Matemáticos (CEDEM); el Departamento de Lenguas Eslavas; la Unidad de Historia Económica y Social del Departamento de Historia; el Servicio de Enfermeras del Departamento de Especialidades Médicas; la Facultad de Economía Política de la sede Norte.⁵⁵ También resultaron gravemente afectados por la partida de importantes grupos de trabajo académico en áreas como física, fisiología, biología, inmunología, medicina del tórax y psiquiatría.⁵⁶

Las iniciativas de reorganización estudiantil comenzaron temprano, pero en condiciones de la mayor precariedad. Dentro de los recintos universitarios, éstas se orientaron hacia los deportes y las artes. En el Pedagógico tomaron fuerte impulso los campeonatos de ajedrez y de fútbol.⁵⁷ En la Facultad de Arquitectura, numerosos militantes de izquierda casualmente se encontraban inscritos en un ramo electivo de baile folclórico. Al cabo de un semestre, el ramo era suprimido. Igual suerte había corrido en esa facultad el campeonato de fútbol, que estaba entusiasmando en exceso el sentido gregario de los estudiantes, a juicio de la autoridad académica.⁵⁸ En abril de 1974, los estudiantes de Medicina reanudaban su tradición teatral recibiendo a los mechones con la obra del estudiante Marco Antonio de la Parra *El quiebra espejos*, que en lo sucesivo se repondría anualmente con ese motivo.⁵⁹ Estudiantes que antes eran desaprehensivos frente a las expresiones artísticas, comenzarían sus primeros solfeos y co-

la cursan conjuntamente y egresan teóricamente al mismo tiempo, idea funcional a la orientación profesionalizante de las carreras. Véase editorial del Presidente del Consejo Superior Estudiantil Aníbal Vial, revista *Presente*, núm. 2, Santiago, noviembre de 1977.

⁵⁵ Paul Meyers, *La intervención militar de las universidades chilenas*, op. cit., p. 383.

⁵⁶ Simón de Ases, *El decaimiento de la Universidad de Chile*, revista *Mensaje*, vol. XXV, 1976, p. 174.

⁵⁷ Entrevista a Jaime Insunza realizada por Genaro Balladares y Esteban Romo.

⁵⁸ Entrevista a Miembros de la Agrupación Cultural Universitaria (ACU), 27 de septiembre de 1996.

⁵⁹ Juan Pérez, estudiante de Medicina Norte. Entrevista con Miembros de la ACU, 7 de septiembre de 1996. Beatriz Duque Videla y Verónica García Huidobro, *El teatro aficionado universitario chileno (1968-1983): Un teatro alternativo*, tesis de licenciatura, Escuela de Teatro, Universidad Católica de Chile, Santiago, 1984.

reografías en el ballet folclórico de la Facultad de Ingeniería y en el Ballet Antumapu, conjuntos sobre los que no recaía ningún tipo de sospecha y que incluso formaban parte de celebraciones oficiales de la universidad y del gobierno.⁶⁰ Carlos Contreras Maluje acuñó la máxima: «Hay que organizar a la gente, aunque sea por la pelota».⁶¹ Pero estos primeros agrupamientos políticamente inocuos demorarían no menos de cuatro años en revertir la atomización y la desconfianza entre los mismos estudiantes que se incorporaban a ellos.

Empresas de contenido político o gremial surgidas de la propia iniciativa estudiantil son prácticamente inexistentes al interior de los recintos, o bien, operan de manera eufemística. Tal como refiere Gustavo Rayo, estudiante de ciencias políticas al momento del golpe de Estado, una de las maneras de enfrentar la nueva situación de restricciones para los estudiantes, y las más complejas situaciones de represión, consistía en hacer públicos estos problemas y comprometer en tanto fuera posible a las autoridades en la defensa de los alumnos. Puesto que la represión golpeó inicialmente de manera casi excluyente a los militantes y simpatizantes de partidos de izquierda, entre un grupo de estudiantes de la Democracia Cristiana surgió la determinación de emprender iniciativas contra lo que consideraban que era sin ambigüedad una dictadura. «En un contexto de persecución a las fuerzas políticas de la Unidad Popular, alguien tenía que afrontar la tarea de hacer frente a la dictadura, y ese alguien teníamos que ser nosotros, los demócratacristianos; muy pronto nos pusimos en disposición de crear un frente político de oposición a la dictadura».⁶² En esos

⁶⁰ Entrevista con miembros de la ACU, 7 de septiembre de 1996.

⁶¹ Entrevista a Jaime Insunza realizada por Genaro Balladares y Esteban Romo. Carlos Contreras fue miembro del Comité Central de las JJ. CC. Fue detenido en la vía pública el 2 de noviembre de 1976 por miembros del Comando Conjunto. Conforme a la convicción de la Comisión Rettig, fue ejecutado en la Cuesta Barriga al día siguiente y sus restos fueron enterrados clandestinamente en ese lugar (*Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación, op. cit.*, vol. II, p. 107).

⁶² Entrevista a Gustavo Rayo Urrutia, 10 de agosto de 1996. Conviene insistir que en este período, la posición 'chascona' no es representativa de la generalidad de los universitarios DC. Una sintomática evidencia de ello es el siguiente párrafo extractado de la revista *Ercilla*, ligada entonces, bajo la dirección de Emilio Filippi, a las tendencias oficialistas del PDC, presidido por Patricio Aylwin: «Jóvenes DC de la Universidad Católica fueron sorprendidos por un panfleto firmado por la DCU (Democracia Cristiana Universitaria) —organismo político en receso— formulando un llamado a la formación de un frente amplio con la izquierda. Según los jóvenes DC, ellos no sólo no son autores del panfleto, sino que además discrepan de él en su forma y fondo» (revista *Ercilla*, 30 de julio de 1975, p. 7). Sobre la confusa actitud del PDC frente al gobierno en los primeros años del régimen militar, véase Wilhelm Hofmeister,

primeros años de intervención, la expresión pública de la disidencia democrata cristiana tenía un costo menor desde el punto de vista de los riesgos de la represión. Además, los democratacristianos acostumbraban hacer política en forma más abierta, no siendo, por lo general, particularmente avezados en el empleo de métodos de trabajo clandestino. En tales condiciones, no es de extrañar que algunas de las primeras expresiones públicas de disidencia organizada en la universidad aparecieran vinculadas a los democratacristianos. Ese fue el caso del CORREME, inicialmente un volante impreso por anverso y reverso, que editaban los 'chascones' firmando como Juventud de Chile (JDC), y que, circulando de mano en mano, procuraba comenzar las iniciativas de reestructuración del movimiento estudiantil.⁶³ Las posibilidades de la izquierda de perfilar liderazgos públicos eran evidentemente menores. De hecho, en casos de detención, los militantes de izquierda tenían instrucciones de declararse democratacristianos.⁶⁴

Sin embargo, la actitud de tender puentes hacia la izquierda no era compartida por el conjunto de la Juventud Demócrata Cristiana. Al interior de la JDC subsistían dos posiciones. Gutenberg Martínez, presidente de la JDC, encabezaba la tesis del submarineo, del quietismo, según la cual el objetivo primordial del momento era no arriesgar la organización, protegerla. Bajo este criterio los militantes DC se integraron a actividades de Iglesia, parroquias y comunidades cristianas. El PDC creó al efecto los llamados compartimentos estancos, es decir, un sistema en que el partido funcionaba a través de contactos personales, donde la información era de acceso restringido, quedando mucha base militante sin noticias acerca de la vida interna del partido. De hecho, la primera elección de jefatura de la Democracia Cristiana Universitaria se produjo recién en 1978. En el intertanto, y al igual que la izquierda, más que de partidos cabe hablar de grupos de militantes de un mismo partido, incluso sin mayor contacto de unos con otros. La otra tesis, en cambio, liderada por el anterior presidente de la JDC Ricardo Hormazábal, postulaba una política testimonial que desde ya hiciera visible a la población la existencia de expresiones de

La opción por la democracia. Democracia Cristiana y desarrollo político 1964-1994, Fundación Konrad Adenauer-CPU, Santiago, 1995, págs. 204 y siguientes.

⁶³ Entrevista a Gustavo Rayo. El CORREME, tiempo después, llegó a ser propuesto como una instancia de reestructuración del movimiento estudiantil a nivel de toda la Universidad de Chile, en 1979, cuestión que se abordará más adelante. Hay evidencia de la existencia de este boletín en José Rivas, «Protestas en la Universidad», revista *Mensaje*, vol. XXVIII, junio de 1979, p. 270.

⁶⁴ Entrevista a José Hidalgo, realizada por Genaro Balladares y Esteban Romo, 21 de febrero de 1995. Entrevista a Manuel Canales, agosto de 1996.

rechazo al régimen militar. Esta es la tesis alrededor de la cual converge un conjunto de personas que daría origen al grupo 'chascón' al interior de la Universidad de Chile. La tensión entre ambas posturas fue tal que en algún momento los 'chascos' temían ser expulsados de la JDC, y durante años serían vistos al interior del Partido Demócrata Cristiano como un sector tensionante y escasamente confiable, no obstante constituir mayoría dentro de los estudiantes DC de la Universidad de Chile en varias oportunidades.⁶⁵ Desde luego, en el fondo del problema estaba no sólo el tema de cuál era la actitud más prudente a adoptar por los DC respecto del régimen en las circunstancias que se vivían, sino también la actitud a tomar respecto de los partidos de izquierda y en particular el Partido Comunista. Inevitablemente, las acciones humanitarias que pudieran emprender conjuntamente quienes habían sido adversarios políticos durante la Unidad Popular, implicarían primeras experiencias de concertación política de los DC con los grupos de izquierda. Es lo que evidencia Rayo cuando señala que «nuestra escuela (Ciencias Políticas) fue la primera experiencia de concertación política entre la DC y la UP tras el golpe, alrededor de iniciativas culturales. No había propiamente una DCU y la vida política la protagonizábamos este grupo 'chascón'. Hacia mediados de 1974, en mi escuela se produjo el secuestro de Ramón Díaz Eterovic, un joven que luego fue presidente de la Sociedad de Escritores de Chile, y que militaba en la Juventud Socialista. Se me acerca la esposa de Ramón y me pide ayuda, porque un día simplemente se lo llevaron. Lo que querían averiguar sus secuestradores era el contenido de estos encuentros entre la DC y la UP; al día siguiente lo devolvieron con ese mensaje. Querían usarlo como delator, porque le dijeron que tenía que presentarse algunos días después en el Sheraton. Se nos ocurrió que la única forma que teníamos de protegerlo era abriendo el problema, dándolo a conocer. Justo en esos días se iba a realizar un acto público en la escuela, una inauguración en Ciencias Políticas, e iban a estar presentes las autoridades. Yo pido la palabra y les cuento a todos ellos el problema que tenía Ramón, y con eso obtuvimos del decano un compromiso por la defensa de él. Quedaron todos muy impresionados, pero el decano se comprometió. Nuestro propósito con estas actividades era romper nuestro propio miedo frente a la prepotencia militar, y ocupar el espacio público, dar la cara».⁶⁶

⁶⁵ Entrevista a Gustavo Rayo Urrutia. Entrevista a Rodolfo Fortunatti, realizada por Genaro Balladares y Esteban Romo, 1 de febrero de 1995. Entrevista a Humberto Burotto, 24 de noviembre de 1996.

⁶⁶ Entrevista a Gustavo Rayo.

Por su parte, los grupos de izquierda estaban en la «política del agüaite»,⁶⁷ donde lo primordial era rearticular pacientemente sus estructuras. Los estudiantes más activos estaban consagrados a las tareas de reconstrucción de aparatos partidarios, lo que en la práctica se tradujo no pocas veces en la división de los mismos. Son los años en que al interior de la izquierda se producen pugnas internas, recriminaciones mutuas y la división del Partido Socialista en numerosas fracciones. Todo lo cual es agravado por las sucesivas políticas de exterminio seguidas por los aparatos de seguridad del régimen en contra del MIR, el Partido Socialista y el Partido Comunista entre 1974 y 1976. José Auth, estudiante de sociología y posteriormente presidente de la Rama de Teatro de la ACU, agrega que «hacia 1975, y pese a ser militante político, no recuerdo haber hecho contacto con militantes en el Pedagógico sobre temas del Pedagógico, temas que no fueran la represión o cosas así. Para los que éramos militantes, todo estaba centrado en la reconstrucción del aparato. Por lo tanto, yo no vi reconstrucción del movimiento estudiantil en 1975, sólo tímidas miradas de encuentro con gente a la que yo había visto antes del golpe en actividades de la Federación de Estudiantes Secundarios (FESES), pero ni siquiera en condiciones de superar esa barrera de temor a encontrarse con alguien que estuviera siendo seguido o que hubiera traicionado».⁶⁸

En los extramuros universitarios, la reorganización era también menesterosa. Contactos clandestinos arriba de automóviles, o en lugares como cafés fueron la fórmula recurrente. Fue así que hicieron fama locales tales como el Café Pushkin, en calle Grecia, el restaurante Las Lanzas en Plaza Ñuñoa, o Los Cisnes en Macul. Los estudiantes más viejos del Pedagógico, por su parte, reiniciaron sus contactos en el Centro de Educación Media para Adultos que había fundado la FECH en 1966, y que desde 1973 se había transformado en una cooperativa cuyos miembros eran los propios estudiantes del Pedagógico que ejercían como profesores. Ubicado en calle San Ignacio, su cuerpo docente, que reunía un amplio espectro de posiciones políticas y universitarias, permitió durante los fines de semana el encuentro de opositores y partidarios del gobierno derrocado de la Unidad Popular.⁶⁹ Más masivos, el invierno de 1974 fue escenario de exitosos ciclos de cine arte con programas sobre Fellini, Greta Garbo, Buñuel y el neorrealismo italiano, exhibidos en la Bibliote-

⁶⁷ Entrevista a José Hidalgo realizada por Genaro Balladares y Esteban Romo.

⁶⁸ Entrevista a José Auth, realizada por Genaro Balladares y Esteban Romo, 27 de febrero de 1995.

⁶⁹ Entrevista a Jorge Recabarren, realizada por Genaro Balladares y Esteban Romo.

ca Nacional, en la Sala Isidora Zegers y en el Salón de Honor de la Universidad Católica, sesiones que tras la exhibición de la película daban paso a un foro entre los asistentes. El paroxismo de estos encuentros en medio de la luz negra tuvo ocasión con la exhibición comercial de *El conformista*, de Bernardo Bertolucci, cuya acción transcurría en Italia durante el régimen fascista, y donde, para más remate, una violetera entonaba *La Internacional*, acompañada por el público asistente a la sala en una algarabía que perduraba, paradójicamente, tanto como la oscuridad en el recinto.⁷⁰ De regreso la luz, terminaban las manifestaciones y los jóvenes quirópteros retornaban a su estado de interdicción cívica.

OPERATIVO POLICIAL EN EL PEDAGÓGICO

Hacia fines de 1974, la rectoría de la Universidad de Chile puso en marcha normativas destinadas a establecer un sistema de representación estudiantil que fuera de la confianza de las autoridades, a través de una red de delegados estudiantiles designados y controlados por autoridades administrativas a nivel de las sedes, advirtiendo el rector general (R) Agustín Rodríguez Pulgar que no estaba prevista la realización de elecciones entre los estudiantes: «La formación de organismos estudiantiles autogenerados no se considera conveniente ahora ni en el futuro, ya que este sistema desembocaría necesariamente en una lucha político-partidista, elemento que debe ser extirpado para siempre de la universidad. Se pondrá un sistema que permita a los estudiantes representar a las autoridades sus problemas relacionados con el régimen de estudios, con bienestar social y con actividades recreativas y deportivas».⁷¹

De regreso a clases en 1975, los alumnos reiniciaron la tradición de la semana mechona, caracterizada esta vez por un espíritu de estricto esparcimiento, y sin la intervención visible de las autoridades. Sin embargo, un curioso matiz destacaba en medio del apoliticismo imperante. Como parte de las actividades, se contempló una campaña llamando a donar sangre para Vietnam del Sur, en el contexto del controvertido conflicto de Indochina.⁷²

A las muchas dificultades existentes para que los estudiantes de oposición al gobierno militar emprendieran iniciativas de organización estudiantil en forma autónoma, se sumaba el que los estudiantes más antiguos

⁷⁰ José Auth, *Las luchas estudiantiles en Chile...*, op. cit., p. 3.

⁷¹ Declaración de 17 de noviembre de 1974, citada en Manuel Antonio Garretón y Hernán Pozo, *Las universidades chilenas y los derechos humanos*, op. cit., p. 16.

⁷² Revista *Erilla*, 30 de abril de 1975.

que permanecían en la universidad agregaban a todas las restricciones el nada despreciable hecho de estar en la necesidad de terminar sus respectivas carreras. Existe, sin embargo, un suceso que bien puede marcar el final de la generación de estudiantes que habían ingresado a la universidad con anterioridad al golpe de Estado y que habían tenido ocasión de participar del proceso de reforma universitaria.

Durante los años de la reforma universitaria, al interior de la sede Oriente se produjo en el Departamento de Filosofía una dura lucha académico-política, revestida de particular notoriedad.⁷³ A juicio de las fuerzas de izquierda partidarias de la Unidad Popular, el currículum de filosofía debía reflejar el proceso de transformaciones sociales que impulsaba el gobierno de Allende, por lo que debía enseñarse el marxismo en un sentido apologético, como un modo de contribuir desde la academia al proceso de cambios. Sin embargo, la propia comunidad de filosofía había emprendido una toma para frenar la instauración del currículum así inspirado, en 1971. No obstante, en lo sucesivo el Departamento de Filosofía continuó siendo objeto del ataque tanto de la prensa de izquierda como de derecha, como asimismo de la agresión física por parte de estudiantes de la Unidad Popular. En 1972 el incidente se repitió y la tensión fue en aumento. Pese a ser adjetivada con todos los epítetos imaginables que normalmente se reservaban a quienes se catalogaba de reaccionarios, la comunidad de filosofía formaba parte más bien de una cultura de izquierda intelectualmente crítica que se negaba a aceptar el determinismo político de los partidos tradicionales de la izquierda. Entre los profesores destacaba como representante más característico de esta actitud Juan Rivano, importante promotor del movimiento de reforma en el Pedagógico en 1967 (en aquel entonces junto a otros académicos jóvenes tales como Humberto Giannini, Mario Orellana y Sergio Villalobos). Entre los estudiantes, Edison Otero había encabezado este giro, primero en el MIR, con una lectura de Marx en un espíritu de verdadera reforma protestante, que permitiera enfrentar críticamente la lectura servil que, a su juicio, hacía el Partido Comunista y una intelectualidad que rápidamente se había convertido de manera oportunista al marxismo al estilo de una moda intelectual al interior del Pedagógico. Al cabo de pocos años, la contrastación entre la experiencia chilena y las fuentes teóricas marxistas conduce a este grupo del Departamento de Filosofía a una ruptura con el marxismo como tal y a un abandono de la militancia en partidos o movi-

⁷³ Iván Jaksic, «La tradición crítica del Instituto Pedagógico», revista *Realidad Universitaria*, Santiago, Centro de Estudios de la Realidad Contemporánea, núm. 7, 1989, págs. 94-99. Entrevista a Edison Otero, 10 de junio de 1996.

mientos: a juicio de Otero, la disyuntiva que se presentaba a los intelectuales era o el retiro o el poder. Hacia 1972, ya no se trataba de elegir entre una izquierda y otra, sino de advertir que la experiencia de que se era testigo expresaba concretamente la decadencia de la doctrina marxista, en particular en lo que decía relación con sus pretensiones de libertad y justicia. En la revista *En el límite*, que alcanzó a tener dos números, Otero publicó 25 tesis sobre el marxismo tituladas «Marxismo inofensivo». Proclamándose marxista en los fines y no en función de las experiencias comunistas reales y concretas, terminaba concluyendo que «Todo nos hace pensar que la ideología marxista se vuelve inofensiva y se convierte en apología del dogmatismo: se hace cristiana. (...) El marxismo-leninismo se ha convertido en una nueva ideología. Es la manera como se enmascara la dominación en los lugares no capitalistas». ⁷⁴ Esta postura herética consistente en ser de izquierda y mantenerse en oposición al régimen de Allende llevó a los miembros del departamento a apoyar, pese a las reservas que mantenían frente a los grupos que patrocinaban tales candidaturas, a Boeninger en las elecciones de rector de 1972, y a Juan Carlos Latorre, de la DCU, en las últimas elecciones de la FECH, fundados en consideraciones según las cuales estas candidaturas representaban mejor una mínima garantía de sobrevivencia de una convivencia universitaria cada vez más frágil. La posición declarada de rechazo al gobierno de la Unidad Popular al interior del Departamento de Filosofía era, en consecuencia, ostensible y conocida.

Producido el golpe militar, como ya se advirtió, la sede Oriente del Pedagógico fue objeto de una profunda reestructuración. A ello hay que sumar el clima de delación, persecución y miedo a que ya se ha hecho mención. Hacia 1974, agentes de la DINA que operaban abiertamente dentro del Campus Macul aprehendieron a varios estudiantes de filosofía e iniciaron una persecución en contra de los miembros del departamento de filosofía que, opositores a la UP, estaban muy lejos de hacerse solidarios del régimen de terror reinante y procuraban mantener el *ethos* de independencia intelectual y crítica política comenzado en los años anteriores.

Mientras tanto, entre los estudiantes se había iniciado un primer esbozo de reorganización política. Un grupo demócratacristiano, del que formaban parte Jorge Recabarren y Martín Poblete, este último estudiante de historia, comenzó a promover instancias asociativas, pero independientes respecto de la Democracia Cristiana. «No quisimos llegar a los estudiantes vía Democracia Cristiana, sino a través de un mensaje a los

⁷⁴ Citado por Edmundo Magaña, «De Carlos a Groucho en Chile», en revista *Pasaje*, núm. 25, Instituto Iberoamericano de Cultura, diciembre de 1995, p. 14.

estudiantes pacifistas, o promoviendo figuras como el Padre Hurtado, porque la gente tenía mucho miedo a reunirse. Martín fue una revelación. Estuvo mucho en el anonimato durante la UP, y después se acercó. Un brillante estudiante, con quien comenzamos a idear esta nueva iniciativa distinta de una DCU, más aún en una época en que lo vinculado a los partidos políticos creaba una serie de anticuerpos que el propio régimen se encargaba de estimular. Nos hacíamos llamar humanistas cristianos, sin ningún nombre específico. Nos juntábamos en los pastos o nos íbamos a Schöenstatt, y llegamos a reunir veinte o veinticinco personas». ⁷⁵ Se trataba de una forma curiosa de activismo político opositor, iniciada por el PDC, a la que adhirieron algunos estudiantes de izquierda. A juicio del profesor Aldo Yávar, «a mí me dio la impresión que esta gente que hizo oposición por primera vez en dictadura lo hacía de buena fe, pero al parecer no dimensionaban los alcances y consecuencias de la llegada del régimen militar. Creo que había algo de ingenuidad en lo que hicieron». ⁷⁶

El sábado 9 de agosto de 1975, los servicios de seguridad detuvieron a varios rondines de la sede Oriente. Durante la madrugada del lunes 11, harían lo propio con otros administrativos, académicos y estudiantes, quienes fueron detenidos en sus propios domicilios por servicios de seguridad en virtud de disposiciones del Estado de Sitio, completando un número total de 44 detenidos, entre los cuales figuraba nada menos que Isabel Alastuei, secretaria del vicerrector de la sede, Gustavo Reyes. Las detenciones habían sido ordenadas al más alto nivel. El propio Ministro de Educación, contralmirante Arturo Troncoso, no sólo ordenó las capturas, sino además las expulsiones de la universidad de todos los detenidos, no obstante que a algunos de ellos posteriormente se los reconoció inocentes y por lo tanto fueron reintegrados. ¿Cuál era el cargo? A juicio del ministro, se estaba produciendo un grave y concertado intento de algunos grupos que, quebrando el receso político partidista que la ley imponía, habían procurado socavar la convivencia universitaria e infringir abiertamente normas legales vigentes. Agregó el personero que los detenidos eran de tendencia marxista, aunque logró establecerse que al menos ocho eran demócratacristianos. Los académicos detenidos eran quince, figurando tres directores de departamento: René Chereau (francés), Rodolfo Rojo (inglés) y Daniel Bartet (química). Además, conocidos profesores como Juan Rivano y Eduardo Martínez Bonatti, este último de Bellas

⁷⁵ Entrevista a Jorge Recabarren realizada por Genaro Balladares y Esteban Romo.

⁷⁶ Entrevista al profesor Aldo Yávar, realizada por Genaro Balladares, 21 de junio de 1994.

Artes, formaban parte del grupo. Entre los estudiantes figuraban Jorge Recabarren y Martín Poblete.⁷⁷ Todos ellos permanecieron detenidos en el campo de prisioneros de Cuatro Álamos. Sólo algunos días antes, el general Pinochet había formulado una enérgica advertencia a los profesores que intentaban contaminar ideológicamente a la juventud y señaló que procedería enérgicamente contra aquellos educadores marxistas empeñados en esta tarea.⁷⁸ La semana siguiente, la madrugada del 21 de agosto, se agregaron tres nuevas detenciones: Mario Orellana, director del Departamento de Antropología; Hugo Chea, secretario general de estudios, y Roberto Olivares, jefe de personal. El ministro Troncoso advirtió en esta ocasión la existencia de actividad política en varios centros universitarios que estaba siendo investigada y no descartó nuevas detenciones.⁷⁹ Luego de cinco días en el recinto de Cuatro Álamos, estos tres detenidos fueron liberados. Esta vez, la acusación consistía en haber injuriado a las Fuerzas Armadas y al Gobierno en una reunión el 11 de agosto, convocada por las autoridades de la sede con el propósito de informar acerca de las detenciones practicadas esa madrugada. El profesor Orellana se había limitado a solicitar información acerca del estado de los detenidos y a recordar que ellos eran conocidos adversarios de la UP o bien personas sin posición política alguna. En consecuencia, la detención practicada se fundaba en acusaciones levantadas por asistentes a la misma reunión que habrían obrado como delatores.⁸⁰

En cuanto a los 44 detenidos iniciales, 14 de ellos fueron puestos en libertad, mientras que de los treinta restantes, a la casi totalidad de ellos le fue rechazado el recurso de amparo por la Cuarta Sala de la Corte de Apelaciones de Santiago, que fundó su negativa al amparo en que «para todos los detenidos en lugares que no contituyan cárceles de delincuentes comunes, sino recintos de reclusión transitoria, existe decreto exento que faculta al Ministro del Interior para no otorgar motivos causales de libertad, de acuerdo a las prerrogativas de la autoridad del Estado de Sitio».⁸¹ La mayor parte de los detenidos permaneció varios meses en Cuatro Álamos. Una veintena de profesores y estudiantes fueron expulsados de la universidad. En el caso de Juan Rivano, su detención alcanzó a un año y posteriormente fue exiliado del país. A juicio de Edison Otero, en estos

⁷⁷ Revista *Qué Pasa*, 21 de agosto de 1975, págs. 12 y 13. Revista *Ercilla*, 20 de agosto de 1975.

⁷⁸ *La Tercera de la Hora*, 14 de agosto de 1975.

⁷⁹ *La Tercera de la Hora*, 22 de agosto de 1975.

⁸⁰ Revista *Ercilla*, 3 de septiembre de 1975.

⁸¹ *La Tercera de la Hora*, 24 de agosto de 1975.

procesos, la explicación más convincente es que se procedió por revanchismo motivado por querellas personales: «La FACH organizó el sistema de soplónaje. No nos pueden haber echado por política ya que éramos públicamente anti-UP. Yo creo que Rivano tenía muchos enemigos y estos le pasaron la cuenta. Me cuesta creer que los delatores hayan querido que los sancionados pasaran meses en un campo de prisioneros».⁸²

Estas expulsiones son el único registro de actividades en que tuvieron participación organizada los estudiantes en los primeros años de intervención militar de la universidad. De alguna forma, esta represión en la sede Oriente cierra dramáticamente la etapa de participación de los estudiantes que habían formado parte en la universidad reformada. Los meses siguientes serían escenario de un nuevo endurecimiento por parte de la autoridad interventora. Pero en lo sucesivo, los protagonistas de las acciones estudiantiles serían jóvenes sin participación universitaria en el período de la reforma e inmediatamente posterior al golpe, o bien, estudiantes que ingresaron a la universidad con posterioridad a 1973, lo que supone una nueva era en esta crónica.

DESCUELQUES, DESMARQUES Y DEBATE INTRAUNIVERSITARIO

Los primeros meses de 1976 serían el escenario de llamativos acontecimientos dentro de la Universidad de Chile. En los días previos, se estaban haciendo ostensibles las diferencias de criterio entre el rector delegado, Agustín Rodríguez Pulgar, y el gobierno. El motivo inmediato tenía que ver con las reducciones presupuestarias que se estaban aplicando al sistema universitario, especialmente a la Universidad de Chile. En efecto, el gasto fiscal en educación superior había experimentado un aumento sostenido desde los años sesenta. El año 1960, este gasto representaba un 3,19% del gasto fiscal total, mientras que en 1972, había alcanzado al 6,71%. Así mismo, dentro del gasto fiscal en educación, lo destinado a educación superior había aumentado del 22,5% al 36% en el mismo período. Con el inicio de la intervención de las universidades por parte del gobierno militar, se dio paso a un nuevo criterio en materia de gasto público en educación, que significó una disminución del aporte fiscal al sistema de educación superior, con el objeto de reasignar recursos hacia los restantes niveles educativos (prebásico, básico y medio), fundado en que la rentabilidad social de la inversión de los recursos en esos niveles era más elevada, a juicio de la autoridad. No obstante, el menor aporte fiscal

⁸² Entrevista a Edison Otero. Otero aclara que él no fue detenido en esa ocasión. Sin embargo, fue igualmente expulsado de la universidad.

a la educación superior se verificó a costa casi exclusivamente de la Universidad de Chile. De esta forma, durante el período 1974-1980, el aporte fiscal anual a la educación superior disminuyó de \$ 41.840 millones de pesos (en moneda promedio de 1986) a \$ 35.410 millones de pesos. Por su parte, la Universidad de Chile vio disminuir los aportes fiscales anuales desde \$ 21.600 millones en 1974, a \$ 15.259 millones en 1980, absorbiendo el 98,2% de la reducción total del sistema. Para el año 1976, el gobierno había anunciado una reducción del aporte fiscal del orden de un 10% respecto del año 1975, pero de dicha contracción de recursos, la Universidad de Chile soportaría más del 80%.⁸³

El rector delegado Rodríguez Pulgar protestó por esta situación, lo que motivó su sustitución por el abogado y coronel (j) de la FACH, Julio Tapia Falk. Sin embargo, tras los argumentos presupuestarios que constituían el elemento formal de las diferencias entre el rector saliente y el gobierno, se ocultaba una apreciación de fondo acerca de los designios que el gobierno le tenía reservada a la Universidad de Chile. Trascendió, en efecto, que las disputas alcanzaban a diferencias de criterios políticos entre el Ministro de Educación y el rector delegado. En diciembre, se le había exigido a Rodríguez Pulgar que solicitara la renuncia al prorector Enrique D'Etigny, de quien se decía estaba «frenando» los cambios sustanciales que el régimen quería introducir en la universidad. Rodríguez Pulgar se habría negado a prescindir de D'Etigny, lo que por su parte habría precipitado su reemplazo por Tapia Falk.

La llegada del nuevo rector marcó tempestad en los claustros. Asumido el 30 de diciembre de 1975, fijó como sus metas el devolver la Universidad de Chile al estado que tuvo en cuanto a su proyección cultural, pero modernizándola en lo administrativo; el hacer de la universidad un centro de proyección del país hacia el exterior; finalmente, hacer llegar a la juventud los principios portalianos y nacionalistas que inspiraban al gobierno. Tras cartón, ese mismo día Tapia Falk inició una cirugía mayor, con el pretexto de contar con la más absoluta libertad de acción al momento de iniciar su gestión: solicitó la renuncia al prorector D'Etigny, a los trece vicerrectores de sedes de Santiago y provincias, y a 300 directores de institutos y departamentos; eliminó a 120 profesores de jornada completa; suprimió las sedes en que se encontraba dividida la Universidad en Santiago volviendo a una estructura de gobierno y administración organizada alrededor de las facultades y especialmente en la propia rectoría bajo el criterio de centralidad del mando, y procedió a sustituir a

⁸³ Patricio Arriagada, *Financiamiento de la Educación Superior en Chile, 1960-1988*, Santiago, FLACSO, 1989.

algunos decanos. Aunque un editorial de *El Mercurio* indicaba al día siguiente que hasta entonces una de las dos características salientes de la intervención militar en las universidades había sido la erradicación de la infiltración política en los claustros —la otra consistía en la reducción del aporte fiscal—, el propio rector delegado Tapia Falk declaraba que la universidad era «el lugar elegido por las fuerzas antagonistas para infiltrar a la nación, pues no hay lugar mejor para dirigir la propaganda marxista hacia las actividades nacionales», lo que justificaba una nueva ofensiva depuradora. Luego de dos años y dos rectores delegados con poderes omnímodos, parecía que se estaba a las puertas de iniciar un proceso de depuración permanente de las universidades.⁸⁴ El nuevo rector delegado de inmediato se destacó por la dureza de su lenguaje al señalar que no aceptaría partidismo político alguno dentro de los claustros, prometiendo la «erradicación y exterminio» de una rumoreada agitación estudiantil prevista para el regreso a clases en el mes de marzo, promovida por un partido político en receso, en directa alusión a la Democracia Cristiana. En efecto, la distinción entre el enemigo interno y los tontos útiles que le son funcionales sin proponérselo, estaba dentro de las categorías de análisis introducidas por el nuevo rector delegado al asumir su cargo: «El marxismo soviético, a través de sus valiosos medios de expresión y con la indudable ayuda de aquellos que colaboran a su acción porque creen aún en el buen resultado del 'diálogo', nos atacará duramente. Pero tales ataques no nos detendrán».⁸⁵

Pese a calificarse a sí mismo como «extremadamente blando», las medidas de Tapia Falk parecían indicar una determinación rígidamente secretaria de su parte. No obstante afirmar que la depuración emprendida no era política (al mismo tiempo que la justificaba en la necesidad de defender a la universidad de sus enemigos marxistas), concretamente se evidenció la duda de la comunidad para comprender la lógica que subyacía a las solicitudes de renuncias formuladas por el nuevo rector delegado. A juicio de René Orozco, partidario del gobierno militar, ex vicerrector de la sede Norte y que se encontraba entre los académicos cuya renuncia se había solicitado, se estaba desvirtuando el sentido del movimiento cívico militar antimarxista del 11 de septiembre, debido a que, a dos años de

⁸⁴ Revista *Ercilla*, 31 de diciembre de 1975; revista *Ercilla*, 7 de enero de 1976; revista *Qué Pasa*, 8 de enero de 1976; revista *Mensaje*, vol. XXV, Santiago, enero-febrero de 1976, específicamente la editorial «¿Qué futuro espera a la Universidad?», págs. 15-18; *El Mercurio*, 31 de diciembre de 1975.

⁸⁵ Discurso del Rector Delegado Julio Tapia Falk, diario *El Mercurio*, 14 de enero de 1976.

distancia, un sector minoritario, que se consideraba genuina y fielmente patriota y que declaraba anhelar la unidad nacional, estaba consiguiendo precisamente lo contrario. «Temo que el fanatismo y sectarismo que profesan aislará al gobierno de las mayorías nacionales. Para estos grupos, disentir es subversión, asociación velada con el marxismo, complicidad con agresores extranjeros o traición a la Patria», afirmaba el doctor Orozco.⁸⁶ En medio de esta situación atolondrada, era difícil no ver motivos políticos en el proceder del rector, por más que se argumentasen razones de reducción presupuestaria o de competencia académica para proceder a los despidos y renunciaciones. No había motivos claros del porqué solicitaban renunciaciones a algunas autoridades y no a todas; por qué, de entre las renunciaciones solicitadas, unas eran aceptadas y otras no; por qué se invocaban razones de incompetencia académica tratándose de profesores cuyos currículos evidenciaban altos niveles de excelencia; por qué, finalmente, se daba la coincidencia que los académicos removidos de sus cargos o cuyas funciones habían sido suprimidas eran de tendencia de izquierda, democratacristiana o independientes con postura crítica respecto del gobierno y su política universitaria. Una anécdota es sintomática para caracterizar el carácter policiaco e intimidatorio de la nueva gestión. Al aceptar la renuncia que se le había solicitado al decano de la Facultad de Medicina de la sede Oriente, doctor Alejandro Goic, el rector se limitó a decir que «no había cargos en su contra» (!).⁸⁷

El caso de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales resultó ser emblemático del espíritu que inspiró la rectoría de Tapia Falk. No sólo por la discriminación de marcado sesgo político que ahí también se verificó, sino además por la implementación de decisiones académicas que trasuntaban una toma de posición acerca del carácter de la enseñanza universitaria, asunto que amerita detenerse un momento. En esta facultad, Tapia Falk designó como decano a don Hugo Rosende, legendario

⁸⁶ Revista *Erilla*, 17 de marzo de 1976.

⁸⁷ Un detallado informe de la situación de la universidad tras la designación de Julio Tapia Falk como rector delegado, puede encontrarse en la revista *Erilla*, 17 de marzo de 1976, págs. 27-42. Entre los académicos removidos de sus cargos, figuran entre otros, el Prorector Enrique D'Etigny; el Vicerrector de la sede Oriente, Joaquín Cordua; el Director de la Oficina Técnica de Desarrollo Científico y Artístico, Jaime Lavados; el Vicerrector de Asuntos Administrativos y de Finanzas, Hugo Zunino; el Decano de Medicina sede Oriente, Alejandro Goic; el Vicerrector de la sede Oriente, René Orozco; el Secretario General de la sede Oriente, Francisco Cumplido; el Decano de la Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas, José Elías; el Decano de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Administrativas, Antonio Bascuñán; los profesores de la Facultad de Derecho, Máximo Pacheco y Alejandro González.

profesor de derecho civil y ex diputado del Partido Conservador. La Escuela de Ciencias Jurídicas y Sociales había atravesado por tres procesos de reforma del plan de estudio en menos de ocho años, encabezados por los decanos Eugenio Velasco, Máximo Pacheco y Antonio Bascuñán, respectivamente. Pese a que la llegada del profesor Bascuñán al decanato se había producido con posterioridad al golpe militar, luego que el rector delegado Ruiz Danyau removiera del cargo a Máximo Pacheco, el nuevo decano representaba un pensamiento que bien podía considerarse reformista —durante los años de la reforma universitaria, Bascuñán había formado parte del Frente Universitario—, y que en lo referente a la enseñanza del derecho implicaba importantes cambios de los enfoques tradicionales. A juicio de Bascuñán, era necesario considerar al derecho como una ciencia, y darle un trato acorde con ello al interior de las disciplinas de las ciencias sociales. En continuidad con postulados de la reforma de la facultad que había precedido su llegada al cargo, la enseñanza de derecho tenía que integrar, junto con el estudio de la norma jurídica vigente, un examen interdisciplinario de la realidad social en que la norma jurídica pretendía regir. Esto significaba adoptar una posición intelectualmente activa frente al fenómeno jurídico, que coronaba en un enfoque tridimensional del derecho: como norma vigente, como conjunto de valoraciones filosóficas —susceptibles de crítica—, y como conductas socialmente observables —a menudo divergentes de los preceptos formalmente vigentes—, todo ello en el contexto de una sociedad en proceso de cambio. Este enfoque tridimensional traía consigo un cuestionamiento definitivo de la enseñanza tradicional del derecho, marcadamente positivista, orientada a la formación de «aplicadores» de normas vigentes. El carácter dogmático de la enseñanza acrítica del derecho vigente se reforzaba con el predominio casi absoluto de la clase-conferencia o clase magistral, en la que los profesores revelaban lo correcto a alumnos que acababan dicha información. Con mayor o menor éxito, las reformas emprendidas por Velasco, Pacheco y coronadas por Bascuñán, significaban la apertura de la facultad a otros puntos de vista e intereses, como asimismo nuevos criterios pedagógicos, menos centrados en la autoridad del profesor y más en la participación creativa e intelectualmente vigilante de los estudiantes.⁸⁸

La llegada del decano Rosende significó una drástica reversión de este

⁸⁸ Para un examen más detenido de los procesos de reforma de la enseñanza del derecho, puede consultarse en Gonzalo Figueroa (editor), *Derecho y sociedad*, Santiago, CPU, 1978; además en *Seminario sobre Docencia Jurídica*, Santiago, Escuela de Derecho Universidad Diego Portales, 1983.

proceso. Por de pronto, la Facultad de Ciencias Jurídicas, Administrativas y Sociales, se redujo a Facultad de Derecho. Los académicos del Departamento de Ciencias Sociales, ubicado en calle Salvador, lo encontraron cerrado con candado cuando concurrieron a reintegrarse a sus actividades en marzo de 1976: el departamento había sido suprimido. Del mismo modo, se suprimieron ramos de ciencia política, estadística y metodología. La carrera de Administración fue trasladada a la Facultad de Economía, y el Instituto de Estudios Internacionales pasó a depender directamente de la rectoría. Por su parte, dentro de las propias disciplinas jurídicas tradicionales, se redujeron cargos y suprimieron jornadas a más de ochenta académicos, una «pequeña poda» a juicio del nuevo secretario de la facultad, Claudio Illanes Ríos. El esfuerzo de Rosende se tradujo en la minimización de las que consideraba disciplinas auxiliares no jurídicas, la supresión del currículum flexible, el regreso al carácter enciclopédico y memorístico de los estudios, y el predominio de la clase magistral. A juicio de Antonio Bascuñán, se estaba produciendo un retorno al modelo de «escuela de leyes» propio del programa de estudio de 1928. Como contrapartida, y evidenciando una pugna ideológica de fondo detrás de las medidas que se adoptaban en la facultad, el entonces presidente de la Corte Suprema, José María Eyzaguirre, apoyaba las medidas del decano Rosende señalando que los nuevos abogados formados bajo los planes de estudio de la reforma mostraban preocupantes rasgos de ignorancia. Señalaba el ministro Eyzaguirre, con motivo de la inauguración del año judicial, que debía darse valor preferente y primordial a los ramos fundamentales que constituyen la base esencial de los conocimientos de abogados y jueces, concluyendo en que «es necesario que los estudiantes aprendan nuestra realidad legal en todas las materias referidas y que no se les enseñen meras teorías que ninguna trascendencia van a tener en su vida diaria profesional».⁸⁹ En el mismo sentido, el Colegio de Abogados celebró las medidas del decano Rosende por estimar que con ello se reconstruía una universidad selectiva y profesionalista.⁹⁰

El decano Rosende se desempeñaría en el cargo durante siete años, y desde el primer momento mantuvo un explícito compromiso con los postulados del gobierno militar, en el que posteriormente se desempeñó como ministro de Justicia. Cuando el gobierno militar decidió la expulsión del país de los juristas Jaime Castillo y Eugenio Velasco, motivado

⁸⁹ José María Eyzaguirre, «Discurso de Inauguración del Año Judicial, 1976», *Diario Oficial*, 6 de marzo de 1976.

⁹⁰ Revista *Ercilla*, 28 de enero de 1976. Ver también entrevista de Rosario Guzmán Errázuriz a Hugo Rosende, revista *Ercilla*, 13 de abril de 1977.

por una carta que evaluaba críticamente al gobierno en materia de derechos humanos y que ambos habían firmado y difundido durante la reunión de la OEA celebrada en Santiago en julio de 1976, el profesor Rosende, invocando expresamente su condición de decano de la Facultad de Derecho de la Universidad de Chile, acompañado del abogado Ambrosio Rodríguez, representó al gobierno en los alegatos de los recursos de amparo presentados en favor de los dos exiliados. Ante tal circunstancia, el profesor de la facultad y abogado integrante de la Corte de Apelaciones, Luis Cousiño, se inhabilitó para formar parte de la sala por cuanto el recurso iba a ser alegado por quien era su superior en la facultad. Mientras tanto, el profesor Máximo Pacheco daba inicio a sus clases rindiendo homenaje al ex decano Eugenio Velasco. Las tensiones entre Rosende y Pacheco culminaron meses más tarde en la exoneración de este último: su última clase, un sábado en la mañana, fue presenciada por quinientos alumnos que, al terminar, lo acompañaron hasta la entrada principal de la facultad coreando el himno nacional. En los años siguientes, el decano Rosende sería protagonista de numerosos incidentes al interior de la facultad, todos ellos de marcado carácter político. Interrogado por Rosario Guzmán Errázuriz acerca de qué asociación le provocaban algunos conceptos, a la mención de la DINA, Rosende contestaba «seguridad». Su llamativa personalidad fue el símbolo más perdurable del compromiso político con el régimen y de la reversión del proceso de reforma universitaria que caracterizó la breve rectoría de Tapia Falk.

De regreso al proceso general desencadenado ese verano en la universidad, las reacciones de preocupación y alarma alcanzaron niveles de debate público que parecían olvidados. El 3 de enero, el diario *El Mercurio* publicó el que sería el primero de una serie de artículos de destacados académicos que polemizaron acerca del estado de las universidades dentro del régimen militar. El primero de ellos estaba firmado por Jorge Millas, filósofo y temprano detractor de la reforma universitaria. Personalidad que concitaba un respeto unánime, Millas estimaba que la universidad había conseguido por sus propios medios resistir el asedio del virus de la politización y ya antes del golpe militar había iniciado su propia reconquista guiada por el espíritu de viejos ideales que no habían claudicado. Sin embargo, el advenimiento del nuevo gobierno se había caracterizado por la desconfianza hacia la institución universitaria, cercenándola con un anillo de suspicacia y vigilancia que comprometía su autonomía. Bajo el lema: «La universidad vigilada no es, en efecto, superior a la universidad comprometida», Millas continuaba señalando que «no es buen oxígeno, sino aire enrarecido el que se respira en una casa de estudios en donde algunos quisieran mantener la suspicacia recíproca, estimular la

delación, hacer temeroso el juicio en voz alta sobre cosas que por su naturaleza deben ser públicamente discutidas, contribuir, en fin, a que no sea ya la actividad política, sino la reflexión la que carezca de fuero». En directa alusión a la reciente designación del nuevo rector Tapia Falk, Millas observaba: «Con inquietante reiteración y no menos inquietante ligereza retórica, comienza a emplearse la palabra ‘depuración’ para dar rumbo a la acción pública frente a la universidad. Palabra odiosa (...) se la oyó en los peores momentos del estalinismo, la vociferaron en la Alemania nazi, se la machacaron a los cubanos. No siempre se sabe qué pureza se busca con estas ‘depuraciones’, ni quiénes son los hombres puros que la llevarán a cabo. ‘Depuración’ es un término ampuloso y vago. Su indeterminada latitud puede dar alas a las peores formas del prejuicio, de la pacatería, de la intolerancia y hasta del miedo». El vibrante alegato de Millas en defensa de los derechos de la inteligencia, causó verdadera conmoción, y, dentro del gobierno, preocupación en la medida que numerosos académicos —que habían sido contrarios a la Unidad Popular y respecto de quienes las eventuales acusaciones de activismo político habrían resultado pueriles—, hicieron público respaldo a los planteamientos de Millas. Hombres de la talla de Juan Gómez Millas, Héctor Croxatto, Hernán Alessandri y Fernando Monckeberg, al adherir a través de las páginas de *El Mercurio*, estaban transformando en manifiesto colectivo el texto del filósofo, que sentenciaba: «La Universidad, si ha de ser tal, sólo admite un compromiso: servir a la nación por medio de la ciencia, en todos los sentidos —el estricto y el lato— del nobilísimo concepto. (...) No se requiere de ningún antimarxismo programado, fomentado y metido en la universidad a macha martillo para que ella se defienda del secuestro marxista de su espíritu. Basta con que se le aseguren las condiciones de dignidad, de paz interior, de libre expansión de la inteligencia, de disciplina, de racionalidad institucional». La denuncia de Millas, que, dado el contexto, lindaba en la temeridad, concluía: «La vida verdadera, principalmente la del espíritu, implica, como cosa esencial, una medida razonable de incertidumbre y de azar. Más aún: ello es lo que, por sobre toda cualidad de forma, caracteriza a la democracia, régimen por esencia experimental y autocorrectivo. Sería concederle una fácil victoria a la irracionalidad totalitaria y dejarse coger en una trampa, llegar al resultado de que para evitar que la universidad sea secuestrada, le impedimos ser verdaderamente universidad, secuestrándola de otra manera».⁹¹

⁹¹ El artículo de Jorge Millas aparece en *El Mercurio*, 3 de enero de 1976. La adhesión de académicos a sus planteamientos fue publicada el 9 de enero de 1976. Sobre el pensamiento universitario de Millas, durante la reforma y luego en el gobierno

Las respuestas que la intervención de Millas provocó serían muy esclarecedoras para el porvenir, respecto de lo que pensaban los distintos grupos partidarios del régimen. Las hubo básicamente de dos tipos. En primer lugar, quienes postulaban para la universidad un nuevo compromiso. El profesor Iván Hübner, respondiendo directamente a Millas, asignaba a la universidad una función catárquica, purificadora del espíritu, inspirada en un ideario ético preciso. No cabe a la universidad conformarse con ser ideológicamente neutra, tiene que asumir compromisos concretos. En el caso de la Universidad de Chile, esa modalidad estaba señalada en la «Declaración de principios» de la Junta de Gobierno, que definía un ideario nacionalista y humanista cristiano. Agregaba Hübner que «el Estado chileno no es ahora un ente a la deriva, indiferente y sin fe ni siquiera en su propio ser; es un Estado en forma, que proclama una gran misión que cumplir. Las universidades (más aún, cuando están financiadas total o sustancialmente con fondos fiscales), no pueden marginarse como egoístas y anacrónicas «torres de marfil» de la marcha emprendida por la nación entera. Sin perjuicio de su autonomía administrativa, docente, científica, y ojalá también económica, debe inspirar su programa y acción en líneas generales —so pena de traicionar su elevada misión—, en el mismo ideario humanista cristiano y nacionalista del Estado, excluyendo, por lo tanto, de sus aulas todo proselitismo contrario a estos grandes principios y valores. (...) La universidad no puede ser un Estado dentro del Estado, ni menos un Estado contra el Estado, como ha sucedido en algunos países en los que, a pretexto de una mal entendida 'autonomía', se ha tolerado que estos institutos de alta cultura se conviertan en refugios de extremistas, incluso financiados con fondos públicos, y en arietes contra los valores e instituciones de la nación». Esta toma de posición del profesor Hübner tenía el respaldo de los dichos del propio general Pinochet, que el 11 de septiembre inmediatamente anterior había afirmado que la definición humanista cristiana y nacionalista del gobierno suponía defender la soberanía y tradición nacional. Ello implicaba no permitir el acceso «del enemigo» al control de los medios de comunicación social, de universidades o sindicatos. A juicio de Pinochet, todo ello «no es coartar la legítima libertad de expresión, de pensamiento cultural, o de organización sindical, sino precisamente lo contrario. Implica protegerlas, al preservarlas de la destrucción a que están expuestas si se deja crecer libremente a quienes pretenden conculcarlas».⁹²

militar, ver su libro *Idea y defensa de la Universidad*, Santiago, Editorial del Pacífico-CPU, 1981.

⁹² Jorge Iván Hübner, «Misión de la Universidad en el Nuevo Estado», *El Mercurio*,

Sólo unos días más tarde, terció en el debate el profesor de derecho civil Pablo Rodríguez Grez. Luego de un tiempo en que había permanecido fuera de la universidad debido a sus discrepancias con el decano Antonio Bascañán, y habiéndose destacado como duro crítico del rector delegado Rodríguez Pulgar, Pablo Rodríguez se había reincorporado a la Facultad de Derecho con la llegada del rector delegado Tapia Falk, destacándose como uno de los más entusiastas respaldos del programa del nuevo decano Hugo Rosende. Apenas en noviembre de 1975 había declarado a revista *Ercilla* la necesidad de depurar los claustros universitarios de toda injerencia política para devolverles su carácter eminentemente académico. A su juicio, no se trataba de iniciar una caza de brujas, contraria al alma universitaria, pero «mientras en la dirección superior de la Universidad de Chile se mantengan elementos políticos enquistados o personas que son usadas gracias a su ingenuidad o espíritu pusilánime, seguirán los falsos apóstoles universitarios llevando el rumbo de esta nave». Tras la publicación de Millas, Rodríguez le contestó: «la universidad no se da en un vacío ideal ni puede tampoco, mucho menos ahora, concebirse como una torre de cristal aislada de la realidad o sobreprotegida de las contaminaciones del medio. (...) Desde hace años la universidad está siendo hábilmente infiltrada por elementos que no pretenden un verdadero quehacer intelectual en ella, sino, por el contrario, transformarla en trinchera de batallas políticas y correo ideológico de muy pobres proyecciones». Advirtiendo en contra de la peligrosidad del marxismo, Rodríguez afirmaba en fin que «es en contra de él que debemos reaccionar, por qué no decirlo, sacrificando ocasionalmente, valores que siendo importantes no son esenciales para la convivencia libre».⁹³

Se configuraba bajo estas opiniones una suerte de nueva versión de la idea de universidad militante que algunos sectores reformistas habían enarbolado en los años previos. Ninguno de ellos se habría imaginado, sin embargo, que la universidad militante iba a encontrar la realización de su efectividad en un gobierno de signo tan opuesto. Los planteamientos de Rodríguez y Hübner provocaron alarma incluso en sectores partidarios del régimen que no compartían, sin embargo, la inspiración nacionalista.

7 de enero de 1976. Los destacados en el original. Los antecedentes del humanismo cristiano y nacionalista, pueden consultarse en la *Declaración de Principios del Gobierno de Chile*, Santiago, Editorial Gabriela Mistral, 11 de marzo de 1974. La intervención del general Pinochet puede encontrarse en *Chile enciende la llama de la Libertad. Discurso pronunciado el 11 de septiembre de 1975*, Santiago, Editorial Gabriela Mistral, 1975, p. 62.

⁹³ Pablo Rodríguez Grez, «Universidad de masas o Universidad selectiva», *El Mercurio*, 11 de enero de 1976. Véase también revista *Ercilla*, 19 de noviembre de 1975.

El 18 de enero, Jaime Guzmán, a nombre de «quienes a la vez sentimos una entusiasta adhesión hacia el actual gobierno, y una profunda vocación universitaria», intervino en el debate, partiendo de premisas distintas: reconociendo parte de razón en los planteamientos de Millas y de sus adherentes, el problema no era el de persuadirlos de su condición de ingenuos o tontos útiles. El problema era ahora del gobierno: cómo evitar el enajenarse del apoyo de los académicos de mayor calificación de nuestra tradición universitaria. A juicio del ideólogo gremialista, la libertad académica podía estar amenazada tanto por la instrumentalización política como por el constreñimiento excesivo de la actividad universitaria por parte de un gobierno. El primer peligro habría cristalizado en los años de la reforma universitaria, pero en esta ocasión las denuncias de Millas apuntaban al segundo peligro. Sin embargo, luego de reafirmar que Chile se encontraba librando una guerra ideológica contra el marxismo-leninismo, cuyos lugares estratégicos eran los medios de comunicación, la Iglesia y las universidades, Guzmán consideraba que no había incompatibilidad entre procurar que no existiera infiltración en dichos lugares y la preservación de la atmósfera de libertad universitaria. Con deliberada ambigüedad, Guzmán señalaba que no existían recetas preestablecidas para alcanzar el equilibrio entre el respeto a la libertad académica por una parte, y la guerra contra el enemigo que estaba enquistado dentro del Estado por la otra, pero que el indicador que permitía juzgar si se estaba en el camino correcto era la mayor o menor identificación entre el poder universitario institucional —su autoridad jurídica—, y aquel otro poder que deriva del saber. Sin solución de continuidad, Guzmán pasaba a afirmar que sí se registraba una perfecta coincidencia «entre la legítima aspiración de nuestros mejores académicos y los principios que informan la acción universitaria del gobierno», poniendo en boca de Millas afirmaciones que éste no había hecho respecto de la necesidad de la existencia de «mecanismos de control que eviten la penetración y ulterior conquista de la universidad por parte de los activistas de la politiquería o del totalitarismo».⁹⁴ La sofisticada tesis de Guzmán hacía una distinción que los sectores contrarios a la reforma universitaria no habían hecho jamás durante los años anteriores al régimen militar: la referida coincidencia entre la autoridad jurídica y la autoridad que derivaba del saber, esta última más bien de índole moral. En efecto, la tesis de Guzmán en este momento se refería a una coincidencia de pareceres entre autoridades encarnadas por personas distintas. La tesis tradicional de los grupos contrarios a la reforma había

⁹⁴ Jaime Guzmán, «Debate universitario oportuno», *El Mercurio*, 18 de enero de 1976.

sido siempre que el poder jurídico debía encarnarse en los mismos que representaban la autoridad moral derivada del saber: los académicos de las más altas jerarquías, en un concepto aristocrático de gobierno universitario. Difícilmente Guzmán habría propugnado abiertamente en los años de la reforma el que la autoridad derivada del saber se hubiera tenido que entender con una autoridad jurídica de otra índole distinta de la académica. Desde luego si no era aceptable que la autoridad jurídica recayera en personas politizadas —«personas que jamás han tenido ni podrían tener real interés (en confrontar ideas), ya que carecen en su cerebro de toda idea propia que confrontar»⁹⁵—, ¿cómo podría haber sido aceptable que la autoridad moral abdicara de su tarea de gobernar —en esta visión— en favor de una autoridad castrense cuyo *ethos* no es el de la ética científica? Guzmán olvidaba que de acuerdo con la legislación universitaria que el propio régimen se había dado, las autoridades universitarias eran rectores delegados que representaban a la Junta Militar en la Universidad.⁹⁶ La falacia contenida en el artículo de Guzmán es importante destacarla ahora, por cuanto hará más comprensible posteriormente la actitud de los dirigentes estudiantiles oficialistas frente a la autoridad militar y a las jerarquías académicas, en los años posteriores. Jaime Guzmán, pese a ser un hombre vinculado por siempre a la Universidad Católica, tuvo sin embargo una marcada influencia en el grupo estudiantil gremialista que en la Universidad de Chile encarnó el proyecto de organización estudiantil que luego se concretó en el Consejo Superior Estudiantil y más tarde en la FECECH, en pugna con los sectores nacionalistas.

El debate no concluyó ahí, de todos modos. Importa consignar todavía dos opiniones publicadas en el mes de febrero de 1976 en la revista *Qué Pasa*. Ésta, pese a estar vinculada históricamente al grupo gremialista, dio tribuna a sendos artículos que diferían al menos en algo del compromiso político velado de los académicos con el gobierno militar que postulaba Guzmán. Fernando Silva, en apoyo de Millas, pese a mantener una postura crítica respecto de la reforma universitaria, reconocía como méritos de ella el haber proporcionado un modelo más convincente de académico, una mayor conciencia de la dignidad de su función, y un mayor énfasis en la importancia de la investigación como función universitaria. A continuación observaba que, tras septiembre de 1973, parecía haber primado el peso de consejeros cuya actividad académica era secundaria, y aún de jóvenes cuya madurez había ocurrido al interior de uno de los bandos en pugna, cuyo aprendizaje era más propio de dirigentes políticos

⁹⁵ Jaime Guzmán, *Debate universitario oportuno*, op. cit.

⁹⁶ Decreto Ley núm. 50, *Diario Oficial*, 2 de octubre de 1973.

que de académicos. En cambio, no se había consultado siquiera a los que contaban con una absoluta dedicación a los claustros, reservándoles muchas tareas que les repugnaban por improcedentes, como el actuar en las tristemente célebres «fiscalías» en el caso de la Universidad de Chile. Silva juzgaba que se estaba en medio del descontento y temor de quienes, junto con sentirse ahora amenazados por razones políticas, adoptaban una actitud de retraimiento. «Creo que el talón de Aquiles de los regímenes autoritarios es su pasividad ante el halago. Un justo equilibrio exige —sigo refiriéndome a la universidad— escuchar a los que disienten. (...) Aspiro a una universidad cuyos superiores no crean, por ser impuestos, que también pueden imponer sus muy respetables puntos de vista en materias académicas. (...) (Los académicos) merecemos, si no reconocimiento, por lo menos cierto respeto... (la presencia de excepcionales aprovechadores en las universidades) no autorizan a que se nos trate con esa desconfianza, rayana en la descortesía, que se expresa en amenazas veladas o francas de sumarios y sanciones».⁹⁷

Por último, destacamos la opinión de Juan de Dios Vial Correa, quien veía a la universidad bajo el mando militar amenazada de muerte, pese a los deseos en contrario que creía advertir en las propias autoridades delegadas. Ante esta situación, Vial pugnaba por un nuevo marco legal que sacara a la universidad del estado de emergencia institucional en que se encontraba. «Se han expresado deseos de que se consume o perfeccione la ‘despolitización’ de las universidades. La manifestación de esas intenciones causa una explicable inquietud. Su formulación es tan vaga, que ella arroja una sombra de sospecha prácticamente sobre todo el mundo y en particular sobre quienes tienen la desgracia de cultivar las ciencias sociales. Se induce así una banalización del trabajo intelectual, el que evitará por instinto los temas importantes y se refugiará en la seguridad de lo trivial. Pero además se produce, por extraña paradoja, un nuevo género de politización, porque siempre hay grupitos ansiosos de probar su ‘ortodoxia’ y que para hacerlo caen en un activismo que tiene las mismas características detestables que hemos visto tantas veces en la universidad politizada». Junto con reclamar un acto «fundador» que renovara el marco jurídico imperante para las universidades, Vial advertía con dramatismo: «Hay que estar en guardia, porque las universidades mueren de modo peculiar. Les ocurre lo que a algunas personas afectadas de demencia, y a las cuales su propio mal les impide darse cuenta del debilitamiento de sus facultades. La universidad muerta sigue teniendo directivos, administradores y docentes. Pero la inquietud creadora del espíritu es sustitui-

⁹⁷ Fernando Silva, «Paz para los claustros», revista *Qué Pasa*, 19 de febrero de 1976.

da por la vulgaridad y por una profunda ineficacia, que son disminuidas por las obsequiosas alabanzas que recíprocamente se tributan los medios. En la historia hay varias grandes universidades que han muerto así. Es nuestro urgente deber evitarle esta suerte a las universidades chilenas».⁹⁸

Ese verano fueron más de cuarenta los artículos de prensa que tenían por motivo llamar la atención acerca de la situación universitaria. El rendimiento más importante de esta efervescencia fue el de perfilar distintos sectores de académicos frente a un debate universitario que continuó desarrollándose, no sin restricciones, en los años siguientes. De las posiciones de Millas se siguieron iniciativas de agrupación de académicos políticamente independientes del gobierno que propugnaron un estatuto de autonomía para la educación universitaria, la más destacada de las cuales la constituyó la Agrupación Universitaria y Cultural Andrés Bello, en 1979. Al interior del bloque gobernante, en cambio, se iniciaría una pública discrepancia entre los grupos nacionalistas —llamados duros— y los de tipo más gremialista —blandos—, que, apoyando resueltamente la vigencia de la disciplina castrense en la universidad en el caso de los primeros, o bien no enfrentándola de modo más resuelto en el caso de los últimos, intentaron en los años siguientes inclinar la balanza hacia un lado u otro dentro del gobierno. Los resultados serían híbridos cuando el año 1981 el gobierno por fin realizara su propia reforma universitaria, refundacional de todo el sistema de educación superior.

De regreso en la Universidad de Chile, la conmoción causada por las veloces acciones del rector delegado terminarían por costarle la salida del cargo sólo unos meses más tarde. Aunque el movimiento de opinión pública acerca de la universidad no conmovió en principio a Tapia Falk, no obstante ello dentro de la propia universidad fueron más los académicos que comenzaron a hacer ostensibles sus juicios críticos acerca de las medidas de la nueva autoridad. Era evidente que el movimiento desatado por Millas había conseguido romper en parte la barrera del temor entre los profesores.⁹⁹

En el mes de abril, el profesor Danilo Salcedo activó una verdadera bomba: según las informaciones que había recabado, un número no pre-

⁹⁸ Juan de Dios Vial Correa, «Universidades: año de definiciones», revista *Qué Pasa*, 5 de febrero de 1976.

⁹⁹ En el mes de febrero de 1976, el Ministro de Educación en un largo discurso intentó dar respuesta a los numerosos planteamientos que sobre asuntos universitarios se suscitaron en ese verano. El fondo de ese discurso será tratado al analizar las características de la legislación universitaria de enero de 1981. En la práctica, el discurso del ministro fue un intento por tranquilizar los ánimos de los académicos más inquietos, pero sin que implicara la adopción de medidas concretas.

cisado de jóvenes —entre cien y trescientos— había sido matriculado en el primer año de carreras de la universidad, no obstante encontrarse muy por debajo de los puntajes obtenidos por los últimos seleccionados de acuerdo con el procedimiento de la Prueba de Aptitud Académica (PAA). Al hacer su presentación al propio rector, declaraba confiar en el sentido de justicia de la máxima autoridad de la universidad con el objeto que se corrigiera tal circunstancia, que vulneraba un mínimo sentido de igualdad entre los postulantes a las carreras de la universidad que se habían sometido a los requisitos de la prueba de selección. Por su parte, el rector delegado argumentaba que las llamadas matrículas de gracia constituían una atribución legal de que disponía. Sin embargo, tal atribución había sido escasamente empleada en los años anteriores. Desde la rectoría de Juvenal Hernández, sólo constaba el caso del tenista Jaime Fillol, a quien el rector Edgardo Boeninger otorgó la matrícula de gracia luego de ser autorizado por el Consejo Universitario. El rector delegado Tapia defendió el uso de su atribución y procedió a exonerar al profesor Salcedo, ya que, al haber hecho públicos los antecedentes de su denuncia, se había puesto al margen del «conducto regular». Tapia Falk señaló que el uso de ese sistema de admisión era normal y que en esta oportunidad se había procedido concienzudamente a revisar miles de solicitudes recibidas en este sentido. Simultáneamente, aprovechó de formular críticas a la PAA y dio a conocer su interés en que fuera modificada.

Al conocerse mayores detalles de esta situación, la irritabilidad de sectores académicos y de la prensa en contra del estilo del rector Tapia Falk se hizo más manifiesta. La revista *Qué Pasa* publicó un hilarante artículo que ponía en evidencia la gravedad de las matrículas de gracia. Sin mencionar los nombres de los matriculados, reprodujo sus testimonios: «Quería ser médico, pero había quedado en ingeniería en la UC, con un puntaje de ingreso de 683,25... o sea, 19,05 puntos menos que el último postulante de medicina en la U (de Chile). Su padre (dice), es amigo personal del rector Tapia, hizo el empeño a través de un tercero —tan pronto se supo el resultado de la prueba en febrero— y a los tres días le notificaron el feliz éxito por teléfono. Tuvo que ir a la rectoría a buscar un certificado de la propia suprema autoridad universitaria que autorizaba su ingreso a la Facultad de Medicina». Al cabo de unos días, circulaba en la universidad una «Nómina parcial de alumnos ingresados y matriculados en la Universidad de Chile por la vía de la “Gracia” del rector delegado», que contenía los datos de 156 beneficiados por la disposición de la rectoría: 49 de ellos no habían recurrido a ningún sistema de postulación a la Universidad, no se encontraban ni siquiera entre alguna de las «miles de solicitudes» recibidas. Eran numerosos los casos de estudiantes que habían sido aceptados

en carreras distintas de aquellas a las que habían postulado. Finalmente, estaban aquellos admitidos en las carreras a que habían postulado sin contar con un puntaje superior al del último matriculado según el criterio de selección común. En Diseño, se admitió un alumno con un puntaje 215,75 puntos inferior al del último seleccionado; en Historia y Geografía, la diferencia llegaba a 231,95 puntos; en Educación Diferencial, a 215,75; en Enfermería, a 195,20 puntos; en Derecho, a 163,95 puntos; en Ingeniería, a 114,70 puntos. En Historia y Geografía, se concedió matrícula de gracia a un postulante cuyo puntaje ponderado era de 374,15 puntos. Trascendió que muchas de estas matrículas de gracia habían sido recomendadas por oficiales de las Fuerzas Armadas, pero ni aún así sectores gobiernistas se reservaron su malestar y crítica: «El principio que está aquí en juego es nada menos que el del Estado portaliano: la ley pareja, impersonal, severa, sin nombres ni apellidos, sin ‘resquicios’ (...) Ni han mejorado las cosas, ciertamente, con la brusca exoneración de un académico destacado, como el profesor Salcedo, por el solo hecho de denunciar estas irregularidades al Ministerio del ramo: el ‘conducto regular’ (invocado como causa de despido) es una institución muy respetable y beneficiosa, pero militar, no universitaria».¹⁰⁰

La salida de la rectoría de Julio Tapia Falk se produjo poco tiempo después. El general Pinochet aceptó su renuncia en el mes de mayo, lo que contribuyó a ahondar el conflicto al interior de la Junta de Gobierno

¹⁰⁰ Editorial revista *Qué Pasa*, «¿‘Perfeccionismo’ o principios?», 13 de mayo de 1976. Sobre este caso, véase también revista *Ercilla*, 12 de mayo de 1976, y 26 de mayo de 1976; Ascanio Cavallo, Manuel Salazar y Oscar Sepúlveda, *La historia oculta del régimen militar*, op. cit., págs. 144-145. Aumentaba el malestar de sectores civiles la situación de Danilo Salcedo, que pocos meses antes había publicado su libro *La Universidad de Chile y su reforma inconclusa*, en que testimoniaba su participación como miembro del Frente Universitario en la reforma universitaria y, posteriormente, en la oposición al gobierno de la Unidad Popular. Salcedo, políticamente independiente, expresa cómo su convicción personal frente al gobierno de Allende era que correspondía adoptar una actitud conspirativa, cuestión en la que Edgardo Boeninger se encargó de establecer una diferencia respecto de lo que había sido su propia posición personal. En efecto, el entonces rector había manifestado que la solución de la crisis política por la que atravesaba el país podía ser resuelta siguiendo el ejemplo de lo obrado por la propia Universidad de Chile en abril de 1972: renuncia de las autoridades, nuevas elecciones y plebiscito sobre las materias en disputa. Las opciones conspirativas de Salcedo se encuentran en *La Universidad de Chile y su reforma inconclusa*, Santiago, Nascimento, 1975, págs. 449-450. Las opiniones de Boeninger sobre la posibilidad de una salida política para Chile se encuentran en *La Tercera de la Hora*, 8 de septiembre de 1973. La discrepancia con los juicios del profesor Salcedo está en revista *Ercilla*, 17 de marzo de 1976.

por cuanto se suponía que la Universidad de Chile se encontraba bajo la dependencia de la FACH, al mismo tiempo que era sabido que Julio Tapia Falk era uno de los más cercanos asesores del general Gustavo Leigh.¹⁰¹ El distanciamiento entre Leigh y Pinochet culminaría dos años después con la salida del gobierno del primero, como es sabido, y en lo que a la Universidad de Chile respecta, en reemplazo de Tapia fue designado el primer rector delegado perteneciente a la rama del Ejército, Agustín Toro Dávila, cuya gestión se caracterizaría entre otros rasgos por las iniciativas emprendidas en materia de organizaciones estudiantiles. La llegada de Toro Dávila significó una aparente mayor tranquilidad en la universidad. Sin embargo, al modo de pequeños movimientos de placas, la breve rectoría de Tapia —su secuela de exonerados, la arbitrariedad de sus disposiciones y la agresividad de su lenguaje— dejó tras de sí un desolado sosiego, que caracterizaría el ambiente en que comenzaría a hacer su irrupción una nueva generación de estudiantes ese año 1976.

¹⁰¹ Junto con aceptar la renuncia del rector delegado, el general Pinochet ordenó dejar sin efecto las matrículas de gracia, decisión muy celebrada por gobiernistas y opositores. Sin embargo, el abogado Pablo Rodríguez defendió los intereses de estos estudiantes por considerar que ellos tenían un derecho adquirido del que no podían ser expropiados por una resolución administrativa. Del resultado de esta nueva polémica no hallamos constancia escrita. No obstante, al revisar el listado de 156 nombres de los alumnos admitidos por matrícula de gracia, se pudieron verificar casos de estudiantes que cursaron íntegramente sus carreras.

Entre la dedocracia y *La muralla*

Los otros eran nuestra razón de ser como movimiento y nuestro dolor de cabeza; desde el ángulo en que los mirábamos, reproducían la dominación.

Frente al dinamismo en que queríamos crecer, aparecían como un agregado de personas que sólo se constitutían como cuerpo en su relación mecánica con la universidad.¹

Al iniciar el año académico de 1976, tras los grises primeros años de funcionamiento de la Universidad de Chile bajo la intervención militar, época en que las instancias de organización estudiantil prácticamente desaparecieron, era inevitable para los estudiantes notar la existencia de estructuras de representación estudiantil que contaban con el respaldo, financiamiento y reconocimiento de la autoridad rectoral y que eran generadas inicialmente por su designación y posteriormente a través de complejos, novedosos y sorprendentes mecanismos electorales, lo que justificó, por parte de sus críticos dentro de la Chile, el mote de «dedocracia» a tal sistema representativo, apelativo que hemos traído desde las conversaciones de pasillo en la U de esa época hasta estas páginas como una manera de identificar, desde la ironía de esos años, un conjunto de principios que resultaban ajenos a la tradición del movimiento estudiantil universitario.² Interesa dar una mirada a esos estudiantes simpatizantes de la dictadura no como una mera rareza o en pos de levantar contra ellos un juicio ético casi un cuarto de siglo después, sino que para definir uno de los términos en torno a los cuales se generó la identidad del propio *activo democrático*, como se hacía llamar la porción movilizada de los opositores en la U. En un extremo, pues, estaba la «dedocracia»: las actividades

¹ Ricardo Brodsky y Ramiro Pizarro, «La constitución de movimiento estudiantil como proceso de aprendizaje político», en Irene Agurto, Manuel Canales y Gonzalo de la Maza, *Juventud chilena. Razones y subversiones*, Santiago, ECO, 1985, p.137.

² Como es presumible, el modismo alude a la deformación del vocablo democracia provocado por la alusión a las designaciones (hechas *a dedo* por la autoridad...)

que el Consejo Superior Estudiantil y, a partir de 1978, la FECECH intentaron llevar a cabo para atraer simpatías del estudiantado hacia las posiciones oficiales. Estos esfuerzos, como se verá, resultaron usualmente fallidos, no obstante que ciertas actividades específicas destacaron por su carácter masivo. Es el caso de los trabajos de verano que los estudiantes oficialistas llevaron a cabo desde 1976, experiencias que lograron articularse con relativo éxito, apelando a un estilo de intervención social y manifestación solidaria que, paradójicamente, se había convertido en *sentido común* juvenil precisamente en los años de la estigmatizada Unidad Popular.

La tal «dedocracia» fue, pues, un esquema bastante singular de participación que congregó a una parte del estudiantado de la Universidad de Chile. Se constituyó en un conjunto de acciones coordinadas, en un espacio de maniobra que permitía a los estudiantes cercanos al oficialismo plantear su visión de lo universitario y de lo nacional. Al levantar una propuesta de universidad no hizo sino ofrecer, cada vez con mayor claridad, un perfil de aquello que los estudiantes opositores rechazaban en su conjunto: después de los años de menor actividad política y organizativa de los estudiantes y de repliegue forzado de la crítica en la U, los adversarios políticos venían a entregar pistas con las cuales comenzar a caminar, a veces bastante a tientas, en busca del propio sendero. El oficialismo, genéricamente reputado de fascismo en la conversación a media voz de los alumnos opositores, creó un espacio político universitario (por supuesto bajo la clásica advocación gremialista al apoliticismo), plagado de imperfección, con arquitecturas electorales surrealistas e insólitos desvíos conceptuales respecto a la *democracia* para los estudiantes en la universidad (siendo bastante volátil e imprecisa esta noción para ellos mismos), pero que finalmente tuvo que hacerse cargo de un problema de fondo, que cada cierto tiempo resurge: la universidad es, finalmente, un ágora. La composición de un espacio soñadamente aséptico para el debate no fue en todo caso graciosa concesión de las autoridades y camino unívoco de los alumnos gobiernistas: paralelamente a la apertura de algunas puertas, otras permanecían cerradas y el tono de fondo de todo el proceso era, a no dudarlo, la represión, guardias azules y soplónaje, frente a cualquier atisbo de crítica a la autoridad universitaria o al gobierno.

Por un lado, decíamos, la «dedocracia». ¿Y por el otro? Para los estudiantes de oposición era necesario recomponerse como colectivo. Ello suponía un conjunto no despreciable de problemas. En apretada síntesis: el pesado aire represivo que poblaba los campus universitarios; el miedo social generalizado en el país, en una etapa en que los aparatos represivos de la dictadura continuaban la siega de vidas opositoras; las recriminaciones mutuas, tanto entre los partidarios de la UP como entre éstos y los

democratacristianos; el desencanto de muchos frente a la quiebra de Chile tal como había sido entendido por las generaciones inmediatamente anteriores. En definitiva, todo parecía en el suelo. No cabía sino echarse miedos y penas al hombro y rescatar símbolos compartidos, espacios comunes que ya no podían ser expresados lisa y llanamente a viva voz, por lo menos por un tiempo. Esto implicaba generar confianzas, a partir de «una especie de reconocimiento instintivo del opositor, por su comportamiento en los cursos, por ciertos gustos vestimentarios, por ciertas señales casi secretas al estilo del saludo masónico en que “yo también soy”, con lo que a la larga se va formando una red de confianza opositora. Y yo te diría que eso es lo primero, el establecimiento de confianza entre personas que pueden decir “yo también soy opositor”, genéricamente opositor».³

Reconocerse como lote y comenzar a identificarse como *buena onda*, o sea, opositores a la dictadura, suponía imaginar procedimientos y agentes que pudieran llevar a cabo la tarea de reorganizar el movimiento estudiantil, ir más allá del horizonte que ofrecía la coyuntura y traer de vuelta a la FECH: tamaña tarea. Entre los códigos compartidos por los jóvenes opositores en la U, la música podía ofrecer algunas claves. En los cotidianos esfuerzos de recrear espacios de pertenencia era común que, en medio de las forzosamente discretas consumiciones étlicas y el guitarreo entusiasta y tal vez alejado de la ortodoxia musical, siempre formara parte de los *top ten* clandestinos *La muralla*, el poema del cubano Nicolás Guillén popularizado como canción en su momento por Quilapayún. La invocación a levantar una muralla era, en ese contexto histórico peculiar, un panorama esperanzador, una empresa que significaba solidaridad y protección mutua, bastante urgente dadas las circunstancias: «¿Quién es? El sable del coronel. ¡Cierra la muralla...!». Levantar un muro podía llegar a ser una meta, sin duda. Pero planteaba una serie de problemas que habrían de animar el debate al interior del estudiantado opositor durante estos años. Así, por ejemplo, la exhortación a que «para hacer esta muralla, tráiganme todas las manos», significaba que alguien convocaba, que algún arquitecto o jefe de obras debería tener esta tarea: el tiempo demostró que en el proceso de construcción de movimiento estudiantil en la universidad no todos estaban de acuerdo sobre este punto. Por otra parte, la gesta de levantar una estructura suponía una determinada concepción acerca de los materiales a emplear. Esto nos obliga a dejar a Guillén atrás y recurrir a la sabiduría bíblica, particularmente a aquel pasaje del salmo 117 que señala que «la piedra que el cantero desechó es ahora la piedra angular». Así, cabía precisar las piedras y los ladrillos de esta muralla: ¿las

³ Entrevista a José Auth, realizada por Genaro Balladares y Esteban Romo.

juventudes políticas? ¿Los movimientos de base por carrera y sede? ¿Las instancias de orden cultural y artístico? ¿Existía el riesgo de privilegiar un tipo de soporte y errar en ello?

EL CONTEXTO: ANTORCHAS EN EL CERRO, OSCURIDAD EN LOS PATIOS

Cabe en este momento, antes de intentar dar respuesta a las interrogantes recién señaladas, preguntarse por el contexto en que comienzan a diseñarse estas dos líneas paralelas, que habrían de entrar en contacto en estos años: las iniciativas de participación vigilada, o sea, la emergencia de un esqueleto de estructura de representación estudiantil muy magro en sustancia y, por otro lado, la tarea de construcción de movimiento estudiantil opositor, que hemos asociado figuradamente a la tarea de levantar una muralla. Para darle una mirada al panorama de esos años, si se sigue la caracterización de la escena universitaria bajo dictadura propuesta por Manuel Antonio Garretón y Hernán Pozo, los años 1974 a 1977 pueden ser considerados como el escenario en que se desplegó una política universitaria de los militares que no tenía mayor sustento aparente que los aspectos represivos y desarticuladores de la oposición.⁴ Allí se inserta, coherentemente, la desaparición de la FECH y su reemplazo paulatino por sistemas de representación designados por la autoridad universitaria. En cambio, a partir de 1976-1977, se puede apreciar la puesta en marcha de un proyecto de sociedad con grados mayores de coherencia ideológica, encuadrados en la opción del gobierno por implementar profundas reformas económicas y sociales de corte neoliberal, lo que produjo la génesis de una propuesta de política universitaria que va a terminar expresándose en la Ley General de Universidades de 1981 y en la descentralización de la Universidad de Chile y su desarticulación como universidad nacional. No obstante, el nuevo planteamiento general del gobierno en el campo educacional adquirió una singular radicalidad, en la medida en que no intentó consolidar un consenso activo en los diversos niveles del aparato escolar y universitario a través de un proceso sistemático de adoctrinamiento sino que impuso, desde la señalada ley, una forma alterna de control de la agitación estudiantil: la creación de un sistema de relaciones que, al someter toda la vida al interior de la universidad al

⁴ Manuel Antonio Garretón y Hernán Pozo, *Las universidades chilenas y los derechos humanos*, op. cit.,

⁵ Es lo que se indica sugestivamente en el texto colectivo *Las transformaciones de la educación bajo el régimen militar*, Santiago, PIIE, vol. 1, 1984, p.53.

mercado, desalentó los comportamientos rebeldes, mediante la coerción económica.⁵

Las nuevas opciones tomadas por las autoridades militares, en la medida en que implicaban un reajuste radical del ordenamiento económico y social del país, debían hallar un respaldo que se expresara en alguna forma de consenso. La coerción y la represión política durante la primera parte del régimen militar despejaron, sin duda, el camino para la implementación de las reformas que se ha indicado con anterioridad. No obstante, la radicalidad de las medidas permitía conjeturar que el gobierno buscaría grados de apoyo más organizados. Sin embargo, Pinochet no procedió directamente a la formación de un partido de gobierno, pese a que hubo múltiples indicios de ello. En esta coyuntura es que se articuló la discusión acerca de la creación de un movimiento cívico-militar que, en cierto modo, es el propósito que estaba detrás de la actuación de la corriente gremialista cuando se organizó el Frente Juvenil de Unidad Nacional en 1975.⁶

El proceso de construcción de un proyecto político de largo alcance halló su momento crucial en 1977 cuando, precisamente en el marco de una liturgia oficialista destinada a la juventud (el aniversario del Combate de La Concepción), Pinochet dio a conocer, mediante el Discurso de Chacarillas, los principios y lineamientos institucionales de su gobierno para los siguientes años.⁷ La agenda gobiernista, definida ya hacia la sustitución de la democracia liberal y a su reemplazo por una democracia «autoritaria, protegida, integradora, tecnificada y de auténtica participación social» (de acuerdo a los términos del propio Presidente), definió los marcos a los que ha de someterse toda organización pública y reafirmó la proscripción de la actividad partidista, en un horizonte que incluso la excluía de la etapa de transición, que, de acuerdo a la carta de navegación gobiernista, habría de iniciarse antes del 31 de diciembre de 1980, como efectivamente sucedió al llevarse a cabo en septiembre de ese año el plebiscito para aprobar la Constitución propuesta por el gobierno a la ciudadanía. No sólo entonces habrían de estar silenciados los partidos políticos, sino que también en la etapa de normalidad o consolidación, o sea, cuando los militares abandonaran el poder, evento que en ese momento aún no estaba establecido claramente, de acuerdo con la doctrina oficial de que no importaban los plazos sino las metas.

⁶ Carlos Huneeus, «Technocrats and politicians in an authoritarian regime. The “Odeplan Boys” and “The Gremialist” in Pinochet’s Chile», en *Journal of Latin American Studies*, vol. 32, núm. 2, mayo 2000, p. 481.

⁷ El texto del discurso se encuentra en la compilación de Guadalupe Irrarrázaval y Magdalena Piñera Morel, *Chile: discursos con historia*, Santiago, Editorial Los Andes, 1996, págs. 163-171.

En el plano específico de la Universidad de Chile, como ya se ha indicado, la intervención militar se plasmó mediante la acción de los rectores delegados que se hicieron cargo de la institución desde las primeras semanas posteriores al golpe de Estado.⁸ Pulsiones de distinta naturaleza se manifestaron durante estos años en el cuerpo de la universidad: periódicas pugnas, que nacían a partir del cataclismo que supuso la desarticulación de parte importante de su cuerpo académico y directivo, mantuvieron un clima de inestabilidad e inseguridad que atravesó a los estamentos académico y administrativo, tal como a los estudiantes. Tal clima de conflicto se presentaba como natural en la medida que se había producido una desarticulación de las redes de poder tradicionales al interior de la institución y ahora nuevos grupos emergentes y contradictorios pujaban por asumir la conducción en los distintos niveles, partiendo desde la rectoría misma hasta llegar al nivel de los departamentos de escuelas e institutos.⁹

Entre 1973 y 1979, la Universidad de Chile compartió la situación general de los centros de educación superior, en la medida que no se encontraba orientada hacia un plan mayor de desarrollo que sirviera de guía. La política de gestión universitaria se encontraba abocada preferentemente a la reversión de los efectos del proceso de reforma universitaria llevado a cabo en los años previos, sin existir una línea doctrinaria clara que orientara al quehacer global de la Casa de Bello. Es un intervalo marcado por acciones punitivas y de depuración ideológica en la universidad, en lo particular enfocadas hacia la desarticulación de áreas sensibles a la «infiltración ideológica», principalmente, las ciencias sociales, como ya se ha indicado.

Por otra parte, la Universidad de Chile experimenta en estos años un proceso de contracción en su volumen tanto de estudiantes como de académicos y funcionarios, en concierto con las políticas económicas de cariz restrictivo que se están implementando en el país. Estas mismas dan la pauta para que, además, se vaya avanzando hacia un cambio de paradigma con respecto al financiamiento de los estudios superiores, lo que va a definir un creciente discurso de las autoridades en pro de las disminuciones presupuestarias y la perspectiva del autofinanciamiento de la educa-

⁸ En este apartado seguimos de cerca el tratamiento que le dan al tema Manuel Antonio Garretón y Javier Martínez, *op. cit.*, vol. I, págs. 101-119.

⁹ Refuerza esta percepción el hecho de la inestabilidad del propio cargo rectoral durante los primeros años de intervención militar, llegándose a extremos como el de Julio Tapia Falk, que alcanzó a usar el sillón de Bello menos de un semestre (diciembre de 1975 a mayo de 1976), haciendo abandono del cargo luego del bullado escándalo debido al ingreso irregular de alumnos «por gracia» a la universidad, asunto mencionado páginas atrás. Véase *Ercilla*, núm. 2130, 26 de mayo de 1976.

ción superior. No obstante, tal apoyo no estará exento, en diferentes etapas de este proceso, de matices y de heterodoxias por parte de algunos directivos de la universidad.¹⁰ Es a partir de 1979 que puede percibirse una definición programática más clara en la dirección de la Universidad de Chile, en virtud de los inicios de una política universitaria más enfática de parte del gobierno, la que se va a formalizar en la reforma universitaria de 1981.

En este contexto el grupo de estudiantes tolerados dentro de la norma oficial llevó a cabo diversas acciones, tales como trabajos de verano durante enero de 1976, planes de acción social, creación de una bolsa universitaria de trabajo, entre otras iniciativas. En cierto modo, se estaba articulando una propuesta estudiantil universitaria con mayores grados de coherencia, apoyada por el contexto de una política juvenil de parte del gobierno militar, delineada a través de manifestaciones oficialistas de tono patriótico y retórica nacionalista, como el homenaje, en julio de 1975, a los héroes del Combate de La Concepción, rescatados de la memoria histórica y elevados al rango de íconos del imaginario oficial. En esa ocasión, la puesta en escena del proyecto juvenil del régimen reunió, a la luz de un desfile de reminiscencias estéticas fascistas, a jóvenes figuras públicas simpatizantes del gobierno como Antonio Vodanovic y Jaime Fillol, entre otros. Consecuencia directa de estas manifestaciones masivas fue el nacimiento del Frente Juvenil de Unidad Nacional.¹¹ Este organismo, que no pretendía, según sus dirigentes, llegar a constituirse en un partido político, estaba concebido para brindar un apoyo militante al gobierno en los diferentes escenarios en que se movía la juventud. En el caso de su expansión al mundo universitario, sus líderes reconocían la dificultad para lograr adhesión ya que «la gente está disgregada por la naturaleza misma de los estudios y también son más difíciles». El teórico del movimiento era Jaime Guzmán Errázuriz, el principal asesor ideológico del régimen militar.

La constitución del movimiento indicado ya planteaba serios desafíos a la consistencia lógica de la figura retórica bajo la cual se albergaría la legitimidad del gremialismo en la Universidad de Chile, fundamentada en el total apoliticismo e independencia de la acción estudiantil universitaria frente a cualquier ente externo a la universidad. El gremialismo de la

¹⁰ Es el caso de la remoción del propio rector militar Agustín Rodríguez Pulgar, en diciembre de 1975, por no estar de acuerdo con el presupuesto para la universidad fijado por las autoridades gubernamentales. En su reemplazo asumió el coronel (j) Julio Tapia Falk. Véase *Ercilla*, núm. 2109, 31 de diciembre 1975, enero 1976.

¹¹ Revista *Qué Pasa*, núm. 281, septiembre de 1976, págs. 6-7.

U fue tomando cuerpo en los primeros años del régimen militar, teniendo como ejemplo a su símil de la Universidad Católica.¹² Este parentesco, reconocido por dirigentes como Patricio Melero y Aníbal Vial, quienes se consideraban «primos hermanos» de los jóvenes oficialistas del plantel católico, es importante de tener en cuenta, más aún cuando irá delineando dentro del colectivo estudiantil oficialista una línea política que chocará en variadas ocasiones con los sectores de orientación nacionalista.¹³ Con todo, el gremialismo, que se veía a sí mismo como heredero de la lucha por la defensa del apoliticismo de los escenarios universitarios durante el período de la Unidad Popular se manifestaba presto, no obstante sus planteamientos teóricos, para brindar entusiasta y explícito apoyo político al gobierno militar. Siguiendo esta peculiar lógica apolítica, en el caso de la Universidad de Chile, la cabeza de la coordinación estudiantil, Ignacio Astete, formaba parte a la vez de la dirigencia del Frente Juvenil de Unidad Nacional como coordinador nacional.¹⁴

El punto señalado anteriormente es significativo de tener en consideración pues, sin duda, minó desde un principio las bases de credibilidad de los organismos estudiantiles oficialistas, que no pudieron hacer una síntesis afortunada entre su prédica apolítica y su praxis al interior de las universidades, al margen de merecer el beneficio de la duda con respecto a sus verdaderas intenciones. En estricto sentido, a la larga, este tópico se convertiría, junto con el tema de los mecanismos de generación de diri-

¹² La presencia gremialista en la Universidad de Chile así como en la Universidad Técnica del Estado y otros planteles superiores no ha merecido mayor atención, eclipsada por la muy relevante cohorte gremialista de la Universidad Católica que pasó a constituir uno de los fundamentos del apoyo civil al gobierno militar. A este respecto, un estudio se encuentra en Carlos Huneeus, «Technocrats and politicians in an authoritarian regime: the “Odeplan Boys” and the “Gremialist” in Pinochet’s Chile», en *Journal of Latin American Studies*, vol. 32, núm. 2, mayo 2000, págs. 461-501. Acerca del origen del gremialismo en la UC, véase Bárbara Fuentes, *El Movimiento Gremial en la Universidad Católica 1967-1973*, tesis de licenciatura en historia, Pontificia Universidad Católica, 1994; y el artículo en revista *Qué Pasa*, núm. 652, octubre de 1983, págs. 14-18, «La historia de los gremialistas». Pese a que el tema tratado en el libro se supone que abarca a todo el espectro de la derecha política, se ha publicado una historia de los gremialistas (específicamente enfocada en la Unión Demócrata Independiente). Aunque sea, finalmente, un texto hagiográfico, puede ser de utilidad consultar el capítulo tercero, acerca de la relación entre el gremialismo y el gobierno militar. Véase Ana Victoria Durruty, *La derecha desatada*, Santiago, Planeta, 1990, págs. 45-60.

¹³ Entrevistas a Patricio Melero Abaroa y a Aníbal Vial Echeverría, realizadas por Diego García, José Isla y Pablo Toro, 19 de agosto y 16 de octubre de 1996, respectivamente.

¹⁴ Revista *Qué Pasa*, núm. 281, 9 de septiembre de 1976, p. 6.

gentes estudiantiles, en una de las pesadas cruces con que hubo de cargar el gremialismo durante los años en que tuvo la conducción de las estructuras de representación del alumnado de la Universidad de Chile. El conflicto entre una postura apolítica y una acción práctica orientada a defender al gobierno del cual se sentían partícipes, llevó a los gremialistas a una situación de interdicción permanente, planteada bajo la figura de la «intervención» por parte de los sectores de estudiantes opositores al régimen militar.

El año 1976 era, entonces, la coyuntura en que se comenzaba a encarnar una política estudiantil oficial con grados mayores de organización, paralelos a la voluntad de la autoridad de impedir cualquier tipo de expresiones opositoras, lo que se hace manifiesto mediante la circular núm. 63 de la Vicerrectoría de Asuntos Estudiantiles que, con fecha 7 de octubre de 1976, «prohíbe estrictamente (sic) el colocar carteles, letreros, distribuir panfletos, firmados o anónimos, que contengan alusiones a problemas universitarios, de política de Gobierno o relacionados con cualquier punto, materia o dictamen»¹⁵ así como también cualquier tipo de publicación sin previo acuerdo del Consejo Superior Estudiantil.

En el mes de noviembre de 1976, Ignacio Astete, alumno de la Facultad de Agronomía, hizo entrega del cargo de presidente del recientemente creado Consejo Superior Estudiantil Aníbal Vial Echeverría. De acuerdo a la visión de Claudio Illanes Ríos, Vicerrector de Asuntos Estudiantiles, el decreto núm. 5261 marcó el inicio de una primera etapa en los mecanismos de participación estudiantil, mientras que el decreto núm. 12.981, creador del Consejo Superior Estudiantil, significaba el paso a una segunda etapa en que «ya nadie puede discutir que los estudiantes de nuestra universidad cuentan con una estructura cívica, y que tienen la seguridad de gozar de la completa y total independencia para abordar sus tareas, y tomar decisiones en materias inherentes a su condición de alumnos, sin interferir en aquellas que son privativas de las autoridades académicas (...) Esta segunda etapa, a juicio de las autoridades superiores de esta universidad, *deberá caracterizarse por una penetración efectiva y real en todo el estudiantado*. Los centros de alumnos tendrán que estar permanentemente alertas para detectar los problemas que afecten a los estudiantes de la respectiva Unidad Académica, y plenamente conscientes que su rol de dirigentes no es para un grupo de alumnos con sentimientos, principios y pensamientos afines. *Su acción debe llegar a todos y, funda-*

¹⁵ Circular núm. 63 de la Vicerrectoría de Asuntos Estudiantiles de la Universidad de Chile, del 7 de octubre de 1976.

¹⁶ *Revista de la Universidad de Chile*, núm. 36, diciembre de 1976. Las cursivas son nuestras.

mentalmente, a aquellos que piensen distinto». ¹⁶ Esta alocución era un interesante llamado a una actitud proselitista y se perfilaba hacia la colonización de un campo del alumnado que se manifestaba indiferente a la acción del gobierno; incluso se constituía en una invitación a los jóvenes oficialistas a socavar las bases del movimiento estudiantil opositor. Illanes anunciaba que, cuando las circunstancias fueran apropiadas, «la última etapa de avance de la Organización Estudiantil, será el restablecimiento de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile». Al menos en el imaginario de las siglas, la FECH no aparecía vetada a priori y figuraba como el norte de la institucionalidad estudiantil que el rector delegado Toro Dávila pretendía llevar a cabo.

El procedimiento para generar a las autoridades representativas del estudiantado estaba marcado por la idea de la designación. En cada área (agrupación geográfica de facultades) se escogería a dos coordinadores, designados por el Vicerrector de Asuntos Estudiantiles, a propuesta del jefe del Servicio de Organización Estudiantil (un funcionario ad hoc) quien sugeriría una nómina de tres estudiantes, pudiendo tener en cuenta la opinión de los centros de alumnos respectivos, cuyas directivas serían designadas también por la vicerrectoría a proposición del Consejo Superior Estudiantil. ¹⁷ Indudablemente, se configuraba un sistema en el que no se ofrecían flancos para la penetración de las estructuras representativas estudiantiles por parte de la oposición al gobierno, estructurándose una cadena coherente de directivos estudiantiles designados por la autoridad universitaria.

El Consejo Superior Estudiantil nacía a la vida universitaria con un apoyo explícito y entusiasta de las autoridades universitarias. Pronto pudo dar lugar a una publicación que se prolongó incluso hasta el período FECECH: la revista *Presente*, editada en muy buen formato y papel aunque con una diagramación algo tosca y carente de atractivo. ¹⁸ Mediante este órgano se buscaba socializar en el alumnado las tesis del estudiantado gobiernista que, hacia mediados de 1977, estaba buscando una mayor organicidad a través de reuniones de los diferentes entes creados por las autoridades universitarias para representar a los universitarios. Así sucedió con el «Primer ampliado nacional de dirigentes estudiantiles de la Universidad de Chile», realizado en Padre Hurtado los días 27, 28 y 29 de

¹⁷ Decreto Universitario núm. 12.891, arts. 5 y 19, 9 de noviembre de 1976.

¹⁸ *Presente*, revista del Consejo Superior Estudiantil de la Universidad de Chile, publicó su primer número en septiembre de 1977, llegando hasta el número 7 en abril de 1980. Su primer director fue Pedro Sabat Pietracaprina.

¹⁹ Revista *Presente*, núm. 1, septiembre 1977, págs. 12-13.

mayo de 1977.¹⁹ En el marco de esta jornada, Jaime Guzmán dictó una serie de charlas acerca de la nueva institucionalidad que estaba impulsando el gobierno, y el rector Toro Dávila instó a los alumnos a avanzar en la organización estudiantil, reiterando sus promesas acerca de que «será muy pronto realidad, el que ustedes tengan una Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile. En esa misma ocasión, Claudio Illanes declaró que «las organizaciones no pueden transformarse en fuerzas de choque que tengan que estar en contra de quien o quienes dirigen la universidad, ni tienen por el contrario que estar al servicio incondicional de ellas como si fueran sus delegados directos». Asomos de una incitación a actitudes de independencia estudiantil, que polemizaban con una lealtad monolítica al régimen militar, la que afloraba frecuentemente en los dirigentes estudiantiles gremialistas en ocasiones como, por ejemplo, la entusiasta recepción que el Consejo Superior le brindó, a nombre de todos los estudiantes, al Presidente Pinochet cuando retornó de su gira por Estados Unidos, ese año 1977.²⁰

EL CONSEJO Y LA FECECH: MUCHA PICHANGA, POCA POLÍTICA

Los años en que el Consejo Superior Estudiantil funcionó como la instancia estudiantil reconocida por la autoridad universitaria estuvieron marcados por diversos conflictos. Desde ya, como lo hemos indicado, la configuración de una estructura permanente y generalizada para toda la universidad, presentaba a los estudiantes disidentes un flanco concreto hacia el cual dirigir sus críticas, identificando en el consejo una proyección de los intereses del gobierno militar en la universidad. El conflicto latente acerca de la representatividad de esta estructura se fue convirtiendo en tema habitual en los crecientes espacios de discusión que se fueron generando, especialmente desde la segunda mitad de 1977 en adelante, cuando la lucha por la representación de los estudiantes se ve coyunturalmente auxiliada por conflictos en diversas escuelas, como, por ejemplo, Economía, referentes a exoneraciones de académicos. Dichos conflictos y tal demanda por canales de participación alternativos llevarán a la configuración, meses después, de los «Comités de participación».²¹

Los problemas relacionados con las exoneraciones de académicos no fueron el único foco de conflicto surgido durante la existencia del Con-

²⁰ Revista *Presente*, núm. 2, noviembre de 1977, págs. 16-17.

²¹ José Auth, *Las luchas estudiantiles en Chile. Crónica de una década (1973-1983)*. Documento de trabajo, Santiago, SUR, 1988, núm. 91.

sejo, ya que dentro del propio campo oficialista comenzaron a manifestarse grados diferentes de crítica ante la realidad universitaria y nacional, formulándose algunas opiniones que ponían una voz de alerta sobre fenómenos como, por ejemplo, el denominado «apagón cultural» que sufría el país, frente al cual el presidente del Consejo planteaba la necesidad de revertir su impacto en la universidad.²² Aníbal Vial culpaba, entre otros factores, al desorden curricular del sistema flexible, herencia del período reformista, ya que éste significaba un mal empleo del tiempo y un régimen de inestabilidad, en que los alumnos perdían gran cantidad de tiempo sometidos a horarios discontinuos y desplazamientos entre diversas sedes. Complementariamente, la falta de una agrupación generacional producía, según Vial, actitudes individualistas, por lo cual proponía ordenar los estudios sobre la base de la estructura de curso (alumnos que ingresan juntos, estudian una misma carrera y teóricamente egresan juntos). Es llamativo el raciocinio del dirigente universitario y cabeza del Consejo Superior Estudiantil, en la medida que no aludía a otras condicionantes quizás más relevantes y explicativas del fenómeno «apagón cultural», tales como la censura, la falta de debate y la estrecha vigilancia militar de la actividad universitaria.

En los testimonios de algunos de los jóvenes dirigentes que participaron de este proceso de construcción de una institucionalidad estudiantil universitaria permanece el recuerdo de cómo dicho proceso se fue originando a través de mecanismos inicialmente informales, tales como conversaciones y reclutamientos de dirigentes por simples razones de afinidad personal. Generalmente había alguien que, designado por la autoridad, armaba equipos de trabajo entre gente conocida. Como testimonia Aníbal Vial, «poco a poco empezamos a organizar actividades más bien de diversión: semanas mechonas, campeonatos de fútbol, cosas de ese tipo. No había detrás de esto ningún afán político».²³ En la medida en que se establecieron los primeros centros de alumnos, al menos en su primera etapa de designados, los mecanismos de participación se fueron haciendo, según los estudiantes oficialistas de la época, más «liberales». Erich Spencer, dirigente gremialista que sucedió a Aníbal Vial en el liderato oficialista una vez constituida la FECECH, recuerda esas instancias como «espacios que se iban aprovechando en forma un poco espontánea, no es que siempre hubiera alguien designando. Tú te acercabas al centro de alumnos y les proponías una actividad, una revista, un campeonato de baby fútbol».

²² Revista *Presente*, núm. 2, noviembre de 1977, p. 2.

²³ Entrevista a Aníbal Vial Echeverría, realizada por Diego García, José Isla y Pablo Toro, 16 de octubre de 1996.

De todos modos, los circuitos del poder se ejercían de manera cerrada, ya que «en el fondo, los dirigentes salientes se preocupaban de la sucesión, hablaban contigo y te proponían un proyecto».²⁴

El modelo de representatividad sin participación fue experimentando cambios, fruto de la dialéctica entre la acción de los estudiantes disidentes, que ya empezaban, hacia 1977, a consolidar espacios de expresión cada vez más permanentes, y, de otra parte, como producto de la propia visión de los sectores del oficialismo que estaban a cargo del Consejo Superior Estudiantil, sectores que se identificaban perceptiblemente más con el gremialismo que con las posturas nacionalistas. Esta orientación, de acuerdo al discurso retrospectivo de los protagonistas, significaba que valoraban la necesidad de participación, la que, eso sí, debía asegurar el absoluto apoliticismo del sistema. Haciendo un diagnóstico de la situación en las universidades, se afirmaba entre los jóvenes partidarios del régimen que «se están creando nuevas fórmulas que permitan la mayor representatividad, con una adecuada protección de los vicios del pasado. En el caso de la Universidad de Chile, por ejemplo, del actual Consejo Estudiantil puede pasarse a un consejo formado por los presidentes de los centros de alumnos y más tarde puede elegirse democráticamente a esos presidentes, los cuales, a su vez, podrían elegir a la directiva de la FECH. Porque es fundamental que los dirigentes estudiantiles sean elegidos por sus bases, pero hay que hacerlo responsablemente».²⁵

El núcleo gremialista encargado de la organización estudiantil de la Universidad de Chile tuvo, pues, que administrar el creciente descontento que comenzaba a insinuarse en sectores del alumnado ante la falta de participación en las instancias representativas de los estudiantes. Pero no fueron sólo afanes defensivos los que definieron la acción de los jóvenes oficialistas. Junto al discurso legitimador del apoliticismo y la intervención militar en la universidad, los dirigentes estudiantiles gobiernistas se dieron un marco de maniobra para plantear visiones en ocasiones discordantes con la postura de la autoridad y, en algunos casos, abiertamente críticas de lo que sucedía en determinados aspectos de la realidad universitaria. En este sentido, la rebeldía de estos jóvenes gremialistas se orientó a la crítica frente al tema del financiamiento de la educación superior, endémico problema de la escena universitaria como nos lo recuerdan hechos periódicamente repetidos. A mediados de 1977, el Con-

²⁴ Entrevista a Erich Spencer, realizada por Diego García, José Isla y Pablo Toro, 14 de enero de 1997.

²⁵ La afirmación pertenece a Cristián Larroulet, dirigente del Frente Juvenil de Unidad Nacional. En revista *Hoy*, núm. 11, 10 al 16 de agosto 1977, págs. 22-25.

sejo Superior Estudiantil manifestaba su preocupación por los anuncios gubernamentales acerca de la inminente desaparición de los mecanismos de arancel diferenciado y la idea de que los estudiantes deberían costear en el futuro sus estudios. Jorge Claude, secretario del Consejo Superior Estudiantil, se hacía intérprete de la inquietud estudiantil ante el nuevo sistema de financiamiento señalando que «estamos haciendo las gestiones para conseguirnos el proyecto y estudiarlo a fondo. Hemos visto que los alumnos están desconcertados y no saben a qué atenerse».²⁶ Por cierto que esta preocupación no se manifestaba de acuerdo a los clásicos mecanismos de presión estudiantil tales como marchas y movilizaciones, sino que a través de una presencia activa en los medios de comunicación. A la dirigencia oficialista se le planteaba un problema importante ya que, al hacerse cargo de las consecuencias negativas para los estudiantes de las iniciativas sectoriales del gobierno militar, introducían la sombra del conflicto en la vida universitaria. Tal pugna de lealtades tensó la acción de los dirigentes universitarios.

La dirigencia oficialista universitaria, en la medida en que se había erigido en voz presuntamente representativa de los intereses de los estudiantes de la U, tuvo que hacerse cargo de un doble papel: asumir la defensa de los intereses corporativos de los estudiantes, como queda claro que lo hizo parcialmente en determinadas áreas tales como la relacionada con sus problemas económicos y, por otra parte, ser uno de los engranajes de una nueva forma de concebir no sólo la representación de los estudiantes, sino que la estructura global de la realidad bajo nuevas y urgentes premisas ideológicas. En tal sentido, desde una lectura explícitamente concentrada en los aspectos actitudinales y motivacionales, los gremialistas de la Universidad de Chile no se habían desembarcado de la (a esas alturas) subterránea, quizás inconsciente y todavía poderosa índole revolucionaria que había caracterizado al país durante los lustros recientes. La densidad del tiempo histórico, su aceleración que pareció arrasar con las bases aún subsistentes del Chile tradicional durante la época revolucionaria de la Unidad Popular; tal calidad de un tiempo cargado de conflictividad y potencial de cambio no había desaparecido del todo a mediados de los años 70. Ahora se trataba de la imposición de un nuevo orden global, otro más, pero uno que no se nutría del concurso efectivo de las grandes mayorías nacionales y sí del recurso de la coerción en grado sumo: una ingeniería social contra las ingenierías sociales que, sin embargo, como toda empresa política mayor que se lleve a cabo, tuvo que establecer algu-

²⁶ Revista *Ercilla*, núm. 2176, 13 de abril de 1977, págs. 13-15.

nos grados de parentesco con la tradición ya existente. En el campo específico del estudiantado universitario y sus organismos representativos, tal choque de lógicas distintas dio lugar al intento de construir y difundir una nueva noción de ciudadanía universitaria, fruto de una dialéctica entre tal peso de unas tradiciones de fuerte arraigo, que se constituían en la historia de un movimiento estudiantil, sus imaginarios y sus prácticas, y de una ideología que se abría paso, definiéndose en su puesta en escena, auxiliada de modo no muy amable por los imperativos de la represión global que se cernía sobre el sistema universitario y sobre el país entero. Se producía un choque, una situación genésica en la que se manifestaba en la universidad la textura de una época de profundos cambios.

Los dirigentes estudiantiles oficialistas se vieron, pues, enfrentados a la construcción de una nueva noción de ciudadanía universitaria. Al referirnos a esta idea, concepto meramente intuitivo e instrumental que no pretendemos apoyar específicamente en teoría alguna, aludimos al modo como se concebía el ser estudiante universitario: el rol que les cabía a los alumnos en el proceso global de cambio del país; la manera como ellos se relacionaban, desde una postura reproductiva o creativa, con los procesos culturales; la dimensión de integrantes de un colectivo humano, con sus ritos, formas de identidad, espacios compartidos; su definición dentro de la estructura de la universidad en tanto institución y su actitud frente a sus autoridades, tanto académicas como administrativas.

De acuerdo con lo anterior, durante la época de funcionamiento del Consejo Superior Estudiantil, sus dirigentes se identificaron explícitamente con el ideario general del gobierno militar y buscaron coordinarse con otras estructuras estudiantiles universitarias para implementar de mejor manera sus directrices globales. Así, por ejemplo, entre el 26 y 28 de octubre de 1977 se llevó a cabo un Congreso de Presidentes de Organizaciones Estudiantiles Chilenas, que dio lugar a una declaración final suscrita, entre otros, por el presidente del Consejo, Aníbal Vial Echeverría. Entre los planteamientos centrales de la declaración figuraba el rechazo al cogobierno estudiantil en la universidad y la solicitud de que a las organizaciones estudiantiles se les reconociera derecho a voz en la discusión de determinadas materias. No deja de llamar la atención una de las peticiones de los estudiantes oficialistas, que permite comprender su actitud de sujeción a las autoridades nombradas por el gobierno en las universidades. Es así como los jóvenes oficialistas solicitaban que éstas «sin perjuicio de su designación directa por el Presidente de la República, pasen a denominarse ‘rectores’ y no ‘rectores delegados’, debido a que esta expresión proyecta la imagen de un tipo de ‘régimen de intervención de las universidades’ que en realidad no existe, ya que los actuales ‘rectores dele-

gados' han sabido identificarse profundamente con sus respectivas comunidades universitarias». ²⁷ Tras estas palabras se deslizaba un cierto voluntarismo que no les permitía a los jóvenes gobiernistas hacerse cargo de la pesada carga que la realidad de una universidad intervenida militarmente significaba.

Para los dirigentes oficialistas, la presencia del estudiante en la universidad debía ser reformulada radicalmente. Frente al recuerdo (en ocasiones real y a veces simplemente imaginario) de un estudiantado levantisco, de una vida universitaria de exacerbado asambleísmo y trashumancia a través de actividades distintas y campus diferentes, había llegado la hora de establecer una nueva forma de ser estudiante. Ésta debería tener en cuenta nuevos valores, acordes con el imaginario global que proponían las circunstancias del país: orden, perseverancia, eficiencia. Contra el estudiante de oposición, tal como lo concebían los gremialistas, como un sujeto de raída vestimenta y larga cabellera, individuo errante de la vida académica y parte de un sujeto colectivo circunstancial movido por pasiones políticas, el nuevo alumno debía tener un arraigo en torno a lo que era la misión, si no exclusiva, fundamental de la universidad: la capacitación profesional. Así, de acuerdo al presidente del consejo, una de las principales fallas de la vida universitaria era que «el estudiante vive constantemente cambiando de sala y cambiando al grupo de alumnos, lo que implica una constante reorganización del 'curso' cuya implicancia es una pérdida de tiempo y un desorden altamente considerable». ²⁸ El énfasis de los dirigentes gremialistas por generar un arraigo y una identidad común en una escala geográfica discreta, el curso o promoción, puede ser entendido por una parte como un principio doctrinario de constitución y salvaguardia de los organismos intermedios y de incorporación efectiva de la idea de subsidiariedad, así como también una forma de minimizar el espacio de la discusión universitaria, privatizándolo y orientándolo específicamente a la consecución de metas de carácter práctico: una tesis de la forma deseable de vida estudiantil que debía acompañar a la reorientación general de los modos de relación social, bajo las banderas del nuevo Chile que los estudiantes oficialistas sentían que estaban ayudando a construir. Un país en el cual los enfoques técnicos y las soluciones desprovistas de épica debían imperar sobre el recuerdo de un pasado desbordado de ideología, según estos jóvenes universitarios. En definitiva, privatizar la vida estudiantil en la universi-

²⁷ Documento del Congreso de Federaciones Estudiantiles, publicado en revista *Presente*, núm. 2, noviembre de 1977, págs. 6-7.

²⁸ Revista *Presente*, núm. 2, noviembre de 1977, p. 2.

dad, sería el prolegómeno de lo que sucedería con la sociedad chilena bajo una orientación fundada en el mercado. Nuevamente la universidad estaba a la vanguardia de los cambios...

La esperanza de los dirigentes universitarios oficialistas de que el apoliticismo se impusiera en el estudiantado y que reinara en los patios de la Casa de Bello un nuevo concepto de lo estudiantil se vio inicialmente cumplida, no por su mérito implícito sino debido a la desmedrada situación en que se encontraban los alumnos opositores. Salvo acciones de carácter esporádico y testimonial, durante los años de funcionamiento de la Coordinación Estudiantil y del Consejo Superior Estudiantil hubo un evidente repliegue de la actividad política en la universidad. Desde una mirada opositora extramuros, tales años estaban marcados por una realidad en que «los estudiantes universitarios no se manifiestan, y practican un cerrado hermetismo sobre sus ideas políticas... Ya no hay foros, concursos literarios o de ensayos, ni nada en que la juventud pueda manifestarse fuera de los marcos preestablecidos. Sólo fiesta, farándula, alegría».²⁹ Tal farándula y dicha fiesta eran una parte del paisaje universitario que una lógica sacrificial, expulsada de los patios de la universidad y convertida en meollo de la perspectiva opositora a la intervención militar, no lograba entender como también constitutiva del ser estudiantil, especialmente en el contexto nebuloso de esos años de autoritarismo. No obstante, esta dimensión propia de lo estudiantil fue precisamente uno de los núcleos que permitió la rearticulación de los jóvenes opositores y, en la vereda contraria y bajo sus asépticos propósitos, fue llevada por los dirigentes oficialistas a convertirse en un sitio público, en un circunstancial y bullicioso *ágora* en tiempos de silencio, mediante la celebración de fiestas mechonas y trabajos voluntarios, espacios de rearticulación de lo público y lo colectivo en medio del reflujo societario predominante. Rearticular al cuerpo plural de los estudiantes fue una tarea que se plantearon, desde un ángulo comprometido con la adhesión al orden global de las cosas, los dirigentes estudiantiles oficialistas, en una coyuntura en que el propio gobierno intentaba despertar grados de entusiasmo controlados y circunspectos, como sucedió con los intentos por resucitar la antigua Fiesta de la Primavera, con resultados sólo discretos.

La puesta en escena de unos nuevos espacios y formas de sociabilidad en el campo estudiantil universitario tuvo que chocar con el peso de poderosas tradiciones y el arraigo de inveteradas prácticas, además de la desconfianza de buena parte del estudiantado. Toda instancia de acción

²⁹ *Estudios sectoriales de la coyuntura chilena*, Juventud (D5), CISEC (Centro de Investigaciones Socioeconómicas), primer semestre de 1976.

colectiva estaba supeditada al control de los organismos estudiantiles y funcionarios respectivos, lo que significaba que la línea divisoria de lo permitido y lo prohibido se trazaba con total claridad, dejando en los márgenes a buena parte de aquellas tradiciones y prácticas, tales como círculos de discusión política, talleres literarios, actividades de índole social, etc. De tal modo, la nueva *polis* universitaria habría de ser una situación propedéutica de lo que el nuevo país debía llegar a ser.

Hacia fines de 1977 la percepción de los dirigentes estudiantiles oficialistas era, como se ha indicado, la de estar liderando un proceso de fundación de una nueva lógica de organización de la vida universitaria. En éste, ciertamente los gremialistas de la Universidad de Chile planteaban que «a nuestro juicio, las elecciones excesivamente masivas también deben quedar descartadas en el nivel estudiantil...». ³⁰ Sin embargo, la propia dinámica de organización estudiantil impulsada por las autoridades sería un referente que, por acción o por oposición, reinstalaría antiguos trazos de la vida política universitaria, al darse un paso organizacional más aventurado: el establecimiento de una Federación de Centros de Alumnos, la FECECH.

En una coyuntura poblada de crecientes conflictos, las autoridades universitarias dieron el beneplácito para la instalación de un nuevo ente representativo de los estudiantes. No se pretendía volver hacia una federación de alumnos en el sentido que ésta tenía antes del golpe militar, lo que se explicitó en el reglamento de creación («las federaciones de Centros de Alumnos de la Universidad de Chile que se crean en el presente Decreto, no son las continuadoras de la FECH»). ³¹ El propósito de la nueva Federación de Centros de Alumnos de la Universidad de Chile (FECECH), se hacía transparente en su nombre, que pretendía representar el principio de subsidiariedad y jerarquía piramidal que debería regir a la nueva institucionalidad universitaria. Por esto, se consideraba que los organismos básicos serían los centros de alumnos y que las instancias superiores sólo debían dar pautas generales y actuar donde y cuando aquellos no pudieran hacerlo. Mediante esta concepción se podía hacer eventualmente más comprensible el principio de la representación indirecta y, por ende, la generación no masiva de las cúpulas de la FECECH. En términos electorales esta solución aparecía como razonable para el oficialismo y las autoridades, pues mediante los mecanismos de votación de delegados que se propusieron originalmente en el estatuto de FECECH «el sistema en cierta moda provocaba un empate a nivel de consejo de delegados, de manera

³⁰ Revista *Presente*, núm. 2, noviembre 1977, p. 2.

³¹ Decreto Universitario núm. 12.948, del 29 de septiembre de 1978.

tal que la elección de directiva del centro de alumnos era dirimida por la directiva saliente, y la primera directiva a su vez había sido designada. Eso fue pensado así porque de otra manera habría sido difícil que la rectoría aprobara la reforma que nosotros proponíamos. Hablando las cosas con absoluta franqueza, el sistema era autoprotegido y apuntaba a que hubiera continuidad en el grupo que estaba a cargo del centro de alumnos».³²

El sistema de generación de delegados de cursos, promociones o carreras estaba reglamentado por el artículo noveno del estatuto de la FECECH. Una auténtica pieza digna de una antología política, merece ser citada *in extenso*: «Para los efectos de tales designaciones, el presidente del respectivo Centro convocará especialmente a los alumnos de cada uno de los cursos, promociones o carreras, con el objeto de consultarles acerca de las personas más idóneas para ocupar los mencionados cargos. Cada estudiante de la promoción, curso o carrera respectivo deberá manifestar por escrito sus preferencias respecto de tres alumnos de ella. Una vez establecidas las preferencias expresadas en la consulta, el presidente, en presencia de alguna autoridad de la facultad, carrera o sede de provincia, según corresponda, expresamente designado para tal efecto, quien actuará como Ministro de Fe, designará a los dos delegados, de entre las cuatro más altas mayorías expresadas en dicha consulta, dentro de los cinco días siguientes a la realización de ésta».³³ Llama poderosamente la atención en este artículo la cuidadosa omisión de cualquier vocablo que evoque votación o sufragio.

En cuanto a la generación de la directiva de la federación, el estatuto original de la FECECH establecía que sería elegida por el consejo de la federación a propuesta de la directiva saliente. Indudablemente, esto introducía un elemento de subsidio permanente a los grupos políticos afines al régimen. Lo mismo puede decirse respecto al artículo transitorio núm. 3 del estatuto, que establecía que el primer presidente de la FECECH designaría a las directivas de los centros de alumnos que regirían durante el primer año de funcionamiento del nuevo sistema de representación estudiantil. Por otra parte, el mecanismo electoral entregaba a la directiva saliente un no despreciable peso en la sucesión de dirigentes, ya que tenían el equivalente a los votos de mil 500 estudiantes. Todo esto refuerza la apreciación retrospectiva de los dirigentes de la FECECH acerca del carácter autoprotegido de esta instancia de representación estudiantil.

La ceremonia de nacimiento de la FECECH se llevó a cabo en octubre

³² Entrevista a Erich Spencer, realizada por Diego García, José Isla y Pablo Toro, 14 de enero de 1997.

³³ Decreto Universitario núm. 12.948, del 29 de septiembre de 1978.

de 1978 y tuvo una amplia cobertura en la prensa. Para los jóvenes gremialistas que se reunieron en el Salón de Honor de la Universidad de Chile para presenciar la transmisión del mando de la representación estudiantil, entregado por Aníbal Vial al primer presidente de la FECECH, Erich Spencer, esta ceremonia marcaba la iniciación de un proceso de participación y de plena autonomía de la organización estudiantil frente a las autoridades universitarias, como señalaba Vial, quien recalca esa independencia frente a «recientes intentos por vulnerarla de parte de autoridades locales de una determinada facultad», haciendo referencia a la hostilidad que sentían los sectores nacionalistas de la Facultad de Derecho, liderados por su decano Hugo Rosende, ante la estructura estudiantil gremialista, trasunto universitario del conflicto que separó aguas en el oficialismo entre «duros» y «blandos».³⁴ La expectativa de los sectores ligados a aquéllos parecía ser la de postergar de modo indefinido todo tipo de escenario que pudiera representar una vuelta hacia un sistema de participación ampliada.

Luego de su lanzamiento oficial, la FECECH continuó la labor que había sido desarrollada por el Consejo Superior Estudiantil. Así, en el verano de 1979 se llevaron a cabo los trabajos de verano de la FECECH en Coyhaique, en conjunto con organismos de gobierno y planificadores regionales.³⁵ El hito más interesante para el primer año de vida de la nueva estructura estudiantil, en un contexto nacional en que la disidencia frente al régimen comenzaba a hacerse cada vez más visible, fue, sin duda, el proceso de elección de delegados de curso, en el que casi 35 mil estudiantes votaron en Santiago para escoger a 490 delegados de curso el martes 24 de abril de 1979. Dichos delegados elegirían al año siguiente a los nuevos centros de alumnos. Pese a que, de parte de los estudiantes oficialistas, se intentó enfatizar el carácter no electoral de esta instancia, buscando centrar la elección de los delegados en aspectos personales antes que definiciones políticas, hubo llamados públicos a la abstención, formulados mediante panfletos del MIR y las Juventudes Comunistas. La naturaleza dirigida de la elección se hizo notar en detalles tales como que los vocales de cada mesa eran dos: uno por sorteo y otro designado por el centro de alumnos de cada facultad. Supuestamente, en esas elecciones no hubo candidaturas, aunque los estudiantes opositores, reconocidos y organizados mediante los Comités de Participación, eligieron en asambleas

³⁴ El nacimiento de la FECECH y los discursos del rector Agustín Toro Dávila, de Aníbal Vial y de Erich Spencer se encuentran profusamente abordados en *Revista de la Universidad de Chile*, núm. 130, 12 de octubre de 1978.

³⁵ *Revista de la Universidad de Chile*, núm. 155, abril de 1979, p. 11.

a sus candidatos. Ya antes los comités se habían manifestado, durante el breve y estéril proceso de consulta previo a la creación de la FECECH, y mantuvieron, en general, una actitud reprobatoria frente a la institucionalidad estudiantil. Una de las situaciones más impugnadas por la oposición era el sistema de elección de los delegados de curso, de acuerdo con el ya mencionado artículo 9 del estatuto de la FECECH. El vacío de legitimidad de esa llamativa norma fue asumido por la propia dirección gremialista. Según señalaba el presidente Spencer, «apenas asumió la nueva federación, se efectuó un proceso de difusión y captación de inquietudes y sugerencias con respecto al proyecto, lo que culminó en que se decidiera solicitar públicamente al señor rector la modificación del artículo 9, uno de los aspectos más críticos. Fuimos escuchados y ahora cada estudiante votará sólo por un compañero de su curso o promoción, y resultarán automáticamente elegidos quienes obtengan las dos primeras mayorías».³⁶

Desde la perspectiva de quienes miraban el complejo tramado normativo del edificio institucional levantado por el oficialismo para servir de residencia a la representación de los estudiantes de la Universidad de Chile, la situación resultaba desafiante y compleja. En palabras de uno de los líderes de la oposición, bajo el sistema de elección de la FECECH «era difícil que la oposición tuviera tanta fuerza como para ganar las dos primeras mayorías de delegados de cada curso, por lo que generalmente se producía un empate en los cursos y por lo mismo en el consejo de delegados. La otra genialidad del sistema era que la primera directiva de centro de alumnos era designada y tenía voto dirimente. Entonces, al elegir centro de alumnos, el sistema era indirecto. Se votaba en el consejo de delegados, empatábamos a cinco, dirimía el centro de alumnos designado y ganaban ellos, y así sucesivamente año tras año».³⁷

Respecto a los resultados de las elecciones, se inauguró una tendencia que acompañaría la mayor parte del período de la FECECH: la evaluación totalmente discordante de cifras de acuerdo a la visión de gremialistas u opositores. Según Spencer los resultados demostraban un porcentaje de 53% de respaldo a la FECECH y un 47% de votos correspondientes a sectores representativos de la oposición, mientras que según el Frente de Estudiantes Democráticos la oposición alcanzó un 50% de los votos y el resto se dividió en un 30% para los partidarios de la FECECH y un 20% de independientes. La abstención habría alcanzado un 29,4% del alumnado

³⁶ Revista *Qué Pasa*, núm. 420, mayo de 1979, pág. 9.

³⁷ Entrevista a Yerko Ljubetic, realizada por Diego García, José Isla y Pablo Toro, 30 de diciembre de 1996.

con derecho a sufragio. Otra interpretación entregada por sectores de prensa de la oposición le adjudicaban el 59,2% de los votos.³⁸ En términos generales, la situación se acercaba a un virtual empate, fruto de los singulares mecanismos de sufragio.³⁹ Llamaba la atención que, en términos generales, los primeros cursos dieron mayor apoyo a la FECECH que los mayores y que en carreras como Diseño, Odontología, Agronomía e Ingeniería Forestal la tendencia de la FECECH se vio favorecida, así como la oposición fue predominante en las escuelas del área oriente. Probablemente, en su vuelta a los patios universitarios, la vida electoral a nivel de los estudiantes estaba mostrando que la penetración del discurso hegemónico antipolítico había calado hondo en las generaciones jóvenes. De todos modos, esa tendencia fue pasajera, ya que en la medida que las elecciones de dirigentes estudiantiles pasaron a formar nuevamente parte del escenario público universitario, éstas adquirieron un fuerte paralelismo con los procesos generales que se daban en el país, particularmente en lo que se refiere a las crecientes críticas al autoritarismo gubernamental.

Las elecciones de delegados correspondientes a abril de 1980 mantuvieron el halo de misterio a la hora de las interpretaciones. Los resultados marcaron una tendencia al fortalecimiento de los estudiantes disidentes: pro FECECH 28,65% y oposición 59,20%. Un año con grados crecientes de agitación política, considerando que se sometería a plebiscito la propuesta constitucional del régimen militar, más el contexto de la lucha democratizadora internacional y el prestigio ganado en ciertos sectores de izquierda por la triunfante salida nicaragüense a la dictadura somocista, eran el contexto en el cual se dieron estas elecciones. La hora de las interpretaciones de los resultados electorales marcaba diferencias. Mientras «en esferas de gobierno se dijo que con esos resultados la FECECH dominaría el 87,2% de los centros de alumnos... los opositores reiteran que el apoyo a la FECECH apenas sobrepasa el 30%».⁴⁰ Interpretaciones que no eran lejanas de la realidad, pues hay que considerar que la mayoría que la FECECH tenía se debía a que ese organismo contaba de antemano con tres delegados en cada centro de alumnos. Cada sector reivindicaba del proceso eleccionario lo que le parecía más acorde a una legitimación de su discurso. Para Eduardo Silva, dirigente gremialista y próximo presidente de la FECECH, «está surgiendo un nuevo tipo de dirigente estudiantil más auténtico, sano y universitario, en contraste con el antiguo líder político-estudiantil, de oratoria fácil y habilidad para halagar, pero que no

³⁸ Una tabla de los resultados de elecciones la FECECH se publica en revista *Hoy*, mayo de 1979, págs. 9-10.

³⁹ Revista *Qué Pasa*, núm. 421, mayo de 1979, p. 10.

⁴⁰ Revista *Hoy*, mayo de 1980, págs. 19-21.

respondía a los intereses universitarios, sino a los de su carrera política en ciernes». Por su parte, Felipe Sandoval, delegado opositor, de la Democracia Cristiana, interpretaba el aumento de la abstención como una forma de rechazo a la FECECH: «la opción es política y es bien clara. O se está con la FECECH, y por ende con el régimen, o se está con la democracia, y por lo tanto con una verdadera universidad». La abstención cercana a un 40% y una alta definición en términos de votación por corrientes políticas habrían sido, según la visión de la izquierda, los hitos fundamentales de esta elección: «los propios estudiantes —dijo Patricia Torres, presidenta de Ciencias Humanas— han optado por un proceso más responsable y no han aceptado votar por el compadre o el de cara más bonita». En términos político-partidarios, el oficialismo no perfiló expresamente su conflicto interno entre «duros» y «blandos». Por su parte, en la oposición, la izquierda aventajó a los democratacristianos.⁴¹

Al margen de las interpretaciones discordantes, las elecciones de delegados de curso de abril de 1979 y 1980 pusieron en el paisaje universitario un escenario de debates, urnas, recuentos, propaganda encubierta o abierta, conciliábulos y comités. Una nueva *polis* que comenzaba a latir. Pugna de polos opuestos, prefiguración de grados de participación mayores voluntaria o involuntariamente cedidos, FECECH fue el referente desde el cual, por acción u omisión, la dimensión política del mundo estudiantil universitario se perfiló para su resurrección pública. Fue una de los elementos que, por contraste, ayudó al encuentro de los opositores, aunque no contara con su confianza y permanentemente significara una brecha entre los distintos grupos organizados de los estudiantes del activo democrático de la Universidad de Chile.

ESTUDIANTES OPOSITORES: ENTRE LA RESISTENCIA, LOS PASQUINES Y LAS MARCHAS

Hemos dado señas sobre el proceso de formulación de la *dedocracia* de los estudiantes oficialistas. Es, entonces, el turno de dirigir la mirada hacia la edificación trabajosa de un movimiento de representación estudiantil por parte de los estudiantes opositores en una universidad vigilada: la muralla a la que ya nos hemos referido. El comienzo del año académico 1976 resultó una ocasión especial para los alumnos del Pedagógico, uno de los principales focos en torno a los que se rearticuló la participación estudiantil democrática. Fruto de las apuradas reestructuraciones que se estaban llevando a cabo en la Universidad de Chile, llegaron al campus

⁴¹ Revista *Hoy*, abril-mayo de 1980, p. 18. Véase tabla con resultados de la elección.

Macul estudiantes del área de las ciencias sociales provenientes de otras sedes. Buena parte de ellos habrían de convertirse en cabezas visibles del activo democrático de la Universidad. Sin embargo, su arribo no fue tan feliz en una primera instancia, ya que imperaba en el Pedagógico un ánimo de cierta sospecha frente a estos recién llegados, que parecían ostentar un estilo de convivencia universitaria insólito para el regimentado contexto de los anteriormente radicalizados patios de Macul. En palabras de uno de estos nuevos habitantes, «había medidas de control muy estrictas, respecto del derecho de reunión de los estudiantes en los patios o en las salas, no se permitía circular en los patios en grupos de más de tres estudiantes; los estudiantes debían portar distintivos de sus respectivas carreras, todo lo cual inhibía la tendencia al diálogo, a la asociación, los que se estimaba eran disfuncionales a los propósitos de la intervención militar en la universidad. El Pedagógico era una zona vigilada, se pedía carnet en la entrada, y los elementos de la DINA circulaban abiertamente por el campus».⁴² En este contexto tan poco amable no eran especialmente bien vistos los audaces despliegues de autonomía de los «nuevos». Así, como señala Ricardo Brodsky, «si tú le discutías a un profesor, todos te miraban como diciendo “qué viene a hacer este gallo acá”. Podían considerarte también un soplón o un provocador».⁴³ Sea como sea, estos estudiantes que luego ejercerían un importante liderazgo en la organización de los sectores democráticos en el Pedagógico (Rodolfo Fortunatti, Pepe Auth, José «Guayacán» Hidalgo) no llegaron a una tierra vacía, sino que a un escenario de silencioso tejido de relaciones opositoras. En el Pedagógico y en la Facultad de Ciencias, cercana geográficamente al campus Macul, ya había iniciativas de rearticulación de los contactos entre los sectores democráticos, bajo la figura del paciente trabajo en instancias de corte deportivo, cultural y gremial, a las que este nuevo liderazgo generacional, más cohesionado y visible, vino a sumarse y complementar con la presencia ya más articulada de orgánicas partidarias. En este punto de origen ya es posible notar, desde el propio rescate que los protagonistas hacen de esa coyuntura, una cierta tensión acerca de cuál es el agente que verdaderamente fue crucial para la resurrección del movimiento estudiantil: la concertación de las juventudes políticas o el tejido comunitario de base en torno al ajedrez, el fútbol, la poesía, el folclore o las centrales de apuntes: una vieja tensión que, bajo diversas formas, recorre la historia del movimiento estudiantil de la Universidad de Chile desde sus lejanos orígenes hace ya un siglo.

⁴² Entrevista a Rodolfo Fortunatti, realizada por Genaro Balladares y Esteban Romo, 1 de febrero de 1995.

⁴³ Entrevista a Ricardo Brodsky, 8 de abril de 1997.

En 1976, los estudiantes opositores podían ver que en las murallas del Pedagógico manos anónimas pintaban una letra «R» encerrada en un círculo. Lejos de la razón comercial, que hoy decodificaría ese signo como marca registrada, en ese momento la «Resistencia» era una suerte de estructura fantasmagórica y literalmente una sociedad anónima, que no revelaba abiertamente su rostro, pero que suponía la promesa de un contingente opositor en activa conspiración contra la dictadura. Era, pues, una de las formas de presencia de los opositores, que implicaba la coordinación de militantes de izquierda principalmente del MIR, MAPU, Izquierda Cristiana: «éramos cualquier cantidad de gente, claro que súper clandestinos, nos juntábamos en casas, hacíamos campamentos, íbamos a la cordillera, nos metíamos en casas de iglesia, hacíamos jornadas los fines de semana». ⁴⁴ Este colectivo, en línea paralela y dialéctica con las vocerías representadas por los liderazgos que emergen en 1976, comenzó a tener expresión pública especialmente a través de actividades literarias y publicaciones estudiantiles, creando un campo impreso de socialización de ideas críticas a la intervención militar de la universidad y el país. Disimuladas entre los cuadernos, pasadas rápidamente de mano en mano, leídas en la mesa del casino a la hora de almuerzo, estas modestas hojas mimeografiadas a veces con titubeante tipografía generaron un espacio de intercambio tremendamente relevante. En la Escuela de Literatura los estudiantes comenzaron a publicar la revista *Letras*, que recibió colaboraciones de destacados vates universitarios como Armando Rubio y Rodrigo Lira. Es interesante notar que esta iniciativa se benefició de la propia estructura oficialista, ya que consiguió respaldo de la autoridad para su impresión. ⁴⁵

El tema de las publicaciones estudiantiles resulta ser una de las dimensiones cruciales en este proceso de renacimiento de un movimiento estudiantil. Frente a la estereotipada revista *Presente* y luego a la publicación literaria *Amancaes*, espadas intelectuales de bastante poco filo del oficialismo, surgió *Letras* y luego una andanada posterior de otras publicaciones de diverso calibre, complejidad y orientación: *El Pasquín*, en la Escuela de Economía, editada por Ramiro Pizarro; *Krítica*, de estudiantes de ciencias sociales y vinculada a la Izquierda Cristiana, dirigida por Gonzalo de la Maza, Raúl González, Rodrigo González y con John Lenin (Manuel Canales) de columnista habitual; *La Ciuela*, publicación ya bastante más elaborada, masiva y periódica, surgida hacia 1979 y órgano de expresión de la ACU (Agrupación Cultural Universitaria); además de los numerosos

⁴⁴ Entrevista a Ricardo Brodsky.

⁴⁵ *Idem.*

diarios murales en las distintas carreras y campus de la U como, por ejemplo, *La Aurora* de Macul, de los estudiantes de filosofía en el Pedagógico, con redacción de Luis Tirso Troncoso. Otras tantas revistas circularon por los recintos universitarios, dando a conocer las inquietudes literarias y políticas de los estudiantes opositores.

Este escenario de rearticulación de un espacio deliberativo a través de la palabra escrita, asunto consustancial por lo demás a la naturaleza de la universidad, se vio acompañado por la amplia red de actividades culturales que se levantó desde las bases estudiantiles durante el período 1976-1980, una de cuyas expresiones cimera fue la ACU como ente coordinador de talleres artísticos, musicales y literarios, asunto que se tratará más adelante con detalle. Todas estas actividades no respondían, en general, a una mera expresión estética de *arte por el arte*, sino que se engarzaban al proceso de resurrección de las instancias de participación política en la U en una relación que, sin embargo, no dejaba de presentar flancos conflictivos, puesto que muchas veces los caminos de la rearticulación del movimiento estudiantil y los de la creación cultural no necesariamente se correspondían exactamente. Para graficarlo de acuerdo a la imagen a la que hemos recurrido en estas páginas (el movimiento estudiantil como una muralla a construir), baste decir que no siempre el talante solemne de esta tarea colectiva era compartido en un ciento por ciento por las, a veces díscolas, «bases» culturales. Frente a la gravedad y trascendencia de La Muralla, expresión de una estética del sacrificio y de un modelo de conducción centrado en los agentes partidarios juveniles e himno convocador a la tarea unitaria, en un acto por el 11 de septiembre en el Pedagógico José «Chico» Paredes, cercano al colectivo poético-político conocido como AKA, Némesis anárquico de la ACU, opuso una delirante contrapropuesta combativa, ejecutada en un tono más cercano a la acústica del pentecostalismo que al canon de la música progresista: «estamos construyendo una carretera a Chichén-Itzá».⁴⁶ Como se ve, el terreno de la creación cultural y artística no era necesariamente un mero continente de las ansias de rearticulación del movimiento estudiantil aunque hayan estado frecuentemente en una relación simbiótica.

La emergencia de un movimiento estudiantil en la universidad debía transitar, de acuerdo a lo que hemos visto, por dos carriles que se suponían complementarios: un área blanda y amplia de convocatoria en torno a inquietudes deportivas, gremiales y artísticas y, por otra parte, la labor de hormiga de la concertación entre el núcleo duro y eventualmente impermeable de las juventudes políticas en la universidad. Cabe preguntarse

⁴⁶ Entrevista a Tirso Troncoso, 19 de julio de 2005.

cuánto habrían tardado estos contactos en comenzar a rendir frutos si no hubiera tenido como estímulo visible a *los otros*, al oficialismo y sus estructuras de centros de alumnos que ofrecían un terreno a colonizar. En estricto sentido, el proceso de rearticulación del movimiento estudiantil pudo levantar la mirada hacia una meta de orden más complejo, la resurrección de la mismísima FECH, cuando el campo gobiernista comenzó a agitar el tema de una federación para toda la universidad, por cierto que con propósitos bastante distintos. Así, señala un protagonista de esos años «de la FECH se comenzó a hablar en la época del CORREME, cuando ya teníamos algunos centros de alumnos, con el estímulo de la FECECH: la FECECH metió el tema de la FECH».⁴⁷ Sea como sea, los diálogos y concertaciones entre los grupos partidarios juveniles en la universidad comenzaron a estructurarse desde temprano y desde 1976 se asiste a un renacer de la política en los campus, obviamente bajo las circunstancias que el poco amable contexto ofrecía. Según la apreciación de uno de los actores de este proceso, bajo una mirada que le concede a las estructuras partidarias un rol central en él «a diferencia de la década del 60 en la que el movimiento estudiantil fue un semillero para el surgimiento de elites dirigentes de los partidos y de nuevos partidos incluso (MAPU, MIR, gremialistas), en los setenta la cosa es al revés: son los partidos políticos los que producen la emergencia de movimiento estudiantil, o la recuperación del mismo».⁴⁸

Los afanes de las juventudes políticas se vieron expresados especialmente en instancias de explícito contenido testimonial, al margen de los contactos bilaterales entre dirigentes en los distintos niveles, desde el curso hasta el campus. Ocasiones para desafiar el ambiente represivo y alentar al estudiante medio no faltaron: en la memoria de los protagonistas de estos procesos de rearticulación del movimiento estudiantil de la universidad destacan algunos episodios que, sin embargo, no son objeto de una misma lectura y ni siquiera pueden ser precisados en el tiempo con claridad, quedándose con un pie en la memoria y otro en el nebuloso terreno del mito. Uno de estos momentos estelares fue el acto en el Pedagógico el 11 de septiembre, según algunos entrevistados en 1976 o 1977 y según otros en 1978, en que Carlos Pérez habría tenido la valentía de hacer pública su condición de comunista emplazando a los agentes de seguridad directamente, entregándoles sus datos personales a viva voz, para demostrar que no le inspiraban temor alguno los *sapos* del Pedagógico. Tal hazaña, sin embargo, es modestamente negada por el propio protagonista, que diluye la valentía de esa acción en una cierta nebulosa: «recuerdo que

⁴⁷ Entrevista a Ricardo Brodsky.

⁴⁸ Entrevista a Rodolfo Fortunatti.

una vez en el patio yo dije “yo me llamo tanto...”, y estaba Pepe Hidalgo, que invitó a funcionarios y profesores, a construir el movimiento estudiantil, y siguió “y a Sergio Ramírez, que está ahí, que es de historia y es sapo, y a fulano de tal, que está ahí y es sapo, a que construyamos movimiento estudiantil”. Yo creo que eso fue lo que le costó la paliza a Pepe Hidalgo. Yo nunca me atreví a tanto (...) Yo no me habría atrevido a decir, en pleno 1978, en el patio del Pedagógico, “soy comunista”, aunque me hayan hecho fama por eso». ⁴⁹ Sin embargo, varios testimonios sí coinciden en identificar a Pérez como el osado estudiante que desafió al miedo abiertamente. Igualmente borroso resulta el elenco de los otros oradores del acto aquel. A partir de una reconstrucción que podríamos llamar coral, a varias voces que articulan tonos distintos de precisión y detalle, se puede llegar a las siguientes conclusiones: el acto fue a propósito del 11 de septiembre de 1977, en los patios del Pedagógico, convocando a decenas de estudiantes que efectivamente escucharon a Pérez, que era conocido por sus compañeros de generación como una persona de singular arrojo combinado con genial ironía.

Desde el acto de septiembre de 1977 se fue haciendo cada vez más evidente la presencia transparente de lo político en los patios del Pedagógico, que era a su vez el rincón más politizado de la universidad. Algún protagonista de la época, habitante de los pastos de Macul, sostiene incluso que, ya hacia 1979, «el Pedagógico era territorio liberado de Santiago. Tú entrabas y veías aniversarios de juventudes políticas, banderas de partidos políticos, reuniones; la gente del PC para el aniversario del partido se fotografiaba con banderas del partido en el patio central, era absolutamente abierto» y en ese momento, e incluso en los años previos, gracias a la aparición pública de la dimensión política del movimiento estudiantil opositor, el Pedagógico era casi una suerte de insólito destino de *turismo político* de estudiantes en cuyas escuelas no existía tal efervescencia. ⁵⁰

¿APAGAR LA LUZ PARA ILUMINAR AL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL?

Durante 1977 y 1978 las actividades de los estudiantes opositores siguen funcionando con este tejido que hemos comentado compuesto de dos hebras: talleres de diversas naturalezas (ajedrez, fútbol, literatura, entre otros) y revistas y, por otra parte, diálogo político entre las juventudes partidarias. La aparición de la FECECH, a fines de 1978, ofrecería un flanco para

⁴⁹ Entrevista a Carlos Pérez, 18 de noviembre de 1996.

⁵⁰ Entrevista a Jorge Pesce realizada por Genaro Balladares el 22 de febrero de 1995.

que se discutiera arduamente el ingreso a su estructura de participación, pese a los numerosos reparos que le merecía al activo democrático. Una vez que comenzó a hablarse de elecciones en la universidad fue natural que las orgánicas partidarias seleccionaran a sus representantes, lo que produjo interesantes fenómenos de desenmascaramiento de algunos que antes eran simplemente reputados como genéricamente *buena onda* y que cada vez más evidentemente fueron asociados a los partidos. Las elecciones de delegados para la estructura de la FECECH en toda la universidad en la primera parte de 1979 dieron lugar, además, a uno de los episodios más críticos de la contraposición entre las dos almas del movimiento estudiantil en resurrección, o sea, los basistas y los que privilegiaban la coordinación de las juventudes políticas de manera más centralizada: las «jornadas por la democratización».

La idea de las «jornadas» de abril era servir de convocatoria a un diálogo entre dirigentes estudiantiles de la universidad orientado a definir con mayor claridad una estrategia en el desarrollo de la oposición desde el movimiento estudiantil a la intervención militar de la universidad y del país. Quienes convocaban lo hacían bajo la premisa de que era el tiempo de sistematizar y «reestructurar el movimiento estudiantil», por lo que se conoció a estas Jornadas también como el episodio del CORREME. La disputa entre las dos tesis principales aparecía como un mapa político bastante singular en que se dibujaban dos campos: por una parte, los partidarios de este Comité Reestructurador del Movimiento Estudiantil, alineados entorno a la JDC y las JJ. CC., y quienes lo miraban con escepticismo o franco rechazo, o sea, los jóvenes socialistas, el MAPU, la Izquierda Cristiana: los basistas.

De acuerdo a la concepción de los promotores del CORREME, hacia fines de 1978 se había llegado a una situación en que las formas de expresión de los estudiantes democráticos en la universidad habían alcanzado un punto crítico, en la medida que ya no podían operar a una escala mayor que la que sus mismas estructuras de participación le permitían. En cierto modo, se trataba de constatar que talleres, grupos de pastoral y comités de base requerían que surgiera «una expresión orgánica que, sustentada en las convergencias programáticas de los sectores políticos más importantes del estudiantado, facilitará el reagrupamiento estudiantil en pro de la recuperación de sus tradicionales instrumentos participativos: centros de alumnos y Federación de Estudiantes (FECH)». ⁵¹ Esto significaba asumir que, enfrentados al desafío de copar el espacio formado por los centros de alumnos surgidos bajo la estructura controlada de la FECECH,

⁵¹ Gustavo Rayo, «Discusión estratégica en la Universidad de Chile», en *Análisis*, núm. 13.

los estudiantes opositores deberían generar grados de articulación ya no orientados al control local de los consejos de delegados y a la impugnación de las formas de funcionamiento de los centros de alumnos oficialistas mediante asambleas devenidas en Comités de Participación, sino que era la hora de articular una estructura homogénea de conducción de los esfuerzos democratizadores de más amplio alcance. Por eso, como lo indicaba uno de los propiciadores de esta perspectiva, Gustavo Rayo, de la JDC, se estaba frente a una discusión estratégica para el movimiento estudiantil de la universidad.

El paso del tiempo permite que varios de los actores involucrados noten que, efectivamente, la propuesta del CORREME evidenciaba que «en las Jornadas por la Democratización Universitaria nosotros y los comunistas estábamos en una, y el resto de las juventudes estaba en otra. Había una desconfianza hacia la posibilidad de un hegemonismo nuestro, veían en nosotros un enfoque más dirigista, donde predominaban las instancias de decisión política».⁵² La contraparte a estos afanes reestructuradores provino, como se indicaba, de los grupos herederos de la «Resistencia», cercanos a un arco de movimientos socialistas en que estaba marcada a fuego la reticencia a formar un acuerdo de mesa política para la dirección del movimiento estudiantil y, lo que es interesante, en los que podía leerse una ambivalente relación con el peso histórico de la FECH. Con esto se quiere decir que, al nivel de los símbolos aglutinadores de los estudiantes opositores y del horizonte último de sus afanes, la reconstrucción de la FECH figuraba efectivamente como una meta lógica. Pero, por otra parte, en buena medida había una lectura crítica respecto al parentesco que podría tener esta renacida criatura, que habría de ser el fruto de la coordinación de los estudiantes democráticos de la universidad, con su precedente inmediato, la federación de inicios de los setenta como expresión del predominio de las juventudes políticas en la universidad. Por lo mismo, el mote de «superestructural» que estos grupos le concedían a la iniciativa auguraba una discusión aguda.⁵³ Esto se vio reflejado en el desarrollo de los dos días de sesiones y en su análisis posterior, que ocupó importante espacio en algunos medios de prensa atentos al desarrollo del movimiento estudiantil de la Universidad de Chile. De esta manera puede entenderse el planteamiento, bajo la forma de un par polar, de uno de los representantes de la sensibilidad de los comités, el dirigente del Núcleo de Resistencia Universitaria de la Escuela de Eco-

⁵² Entrevista a Gustavo Rayo, 10 de agosto de 1996.

⁵³ Es la perspectiva de uno de los principales opositores al CORREME, Manuel Canales. Cfr. entrevista a Manuel Canales.

nomía Enrique Román, que sintetizaba en su respuesta a las observaciones de Gustavo Rayo sobre las Jornadas algunas de estas preocupaciones. Para Román era una situación complicada la de desconocer que, en el desarrollo de las formas de organización de los estudiantes, los Comités de Participación Estudiantil, «marcan el período más fecundo de la oposición en las universidades, nacen desde abajo y se expanden superando las direcciones políticas centrales». ⁵⁴ Por ende, tal espíritu no debía ser sujeto a formas de acuerdo que reputaba como cupulares.

Las jornadas se llevaron a cabo en una casa de ejercicios en Talagante y en ellas se discutió de manera apasionada desde el inicio, ya que la propia generación de los delegados a ellas mereció críticas de parte de algunos sectores, dado que se polemizaba respecto a cuáles eran las instancias soberanas para delegar en determinados representantes la soberanía del activo democrático: las asambleas de escuela o los consejos de delegados o las juventudes políticas en los niveles de base. Sea como sea, la propuesta de formar una coordinación del movimiento estudiantil fue la que levantó la mayor polémica, en tanto fue entendida por quienes se oponían como una mera máquina política acordada por democratacristianos y comunistas, que terminaría por minimizar y absorber las expresiones de base presentes en los Comités de Participación que, durante 1978 y 1979, existían prácticamente en todas las escuelas de la universidad. Apasionadas arengas se levantaron en uno u otro sentido y, situación que se domicilia en el incierto terreno de los recuerdos borrosos y la leyenda, en un determinado momento la luz se cortó, luego de la propuesta de Rayo para formar una coordinación en ese mismo instante. Según Manuel Canales, «el momento en que se divide el cuento es cuando Gustavo sale de atrás con su vozarrón espectacular, habla desde el centro de dos filas de sillas, unas ochenta personas más o menos, realiza una síntesis y propone la constitución del CORREME, con estos y estos compañeros, no recuerdo quiénes eran, pero eran todos ellos, no éramos nosotros, en fin, hace su proposición y se escucha una ovación. Recuerdo que en ese minuto mi expresión fue “Esto es fascismo”, y se apaga la luz, gritos, es decir, se acabó la hueá, nos vamos todos. Pero al mismo tiempo todos sabían que no se había terminado nada, porque había una posición que era significativa, yo creo que éramos menos que ellos en número, pero éramos suficientes para decirles que sin nosotros no había acuerdo, había división». ⁵⁵ El curioso corte de luz le es imputado directamente a Gustavo Rayo por otro

⁵⁴ Enrique Román, «Renovación democrática o restauración parlamentarista», en *Análisis*, núm. 15.

⁵⁵ Entrevista a Manuel Canales.

protagonista de las jornadas, que sostiene que «en el momento *peak* de la discusión, cuando ya había que votar y estaba «Guayacán» dando su discurso enfurecido, ¡se corta la luz! Y el que cortó la luz, porque lo pillamos *in fraganti* fue Gustavo Rayo, el dirigente DC, muy carismático, muy importante aunque no era del Pedagógico. Imagínate la paranoia, unos pensaban que era la represión, los pacos que venían, en fin, y entonces se produjo un clima psicológico, distinto a como era antes que se cortara la luz. En ese sentido fue una jugada maestra, y hasta el día de hoy se la reconocemos a Gustavo Rayo».⁵⁶ El supuesto culpable, por su parte, sostiene que «son muy chamullentos los que dicen que corté la luz. Soy muy amigo tanto de Jorge Pesce y de Manuel Canales. Es efectivo que hubo un corte de luz, ¡pero yo no la corté!».⁵⁷ Sea como sea, el polémico minuto de oscuridad en Talagante no fue suficiente para que se lograra un acuerdo definitivo sobre el punto en específico, pese a que es indudable que mucho se avanzó en la coordinación del movimiento estudiantil de la universidad en ese momento y en las reuniones preparatorias. Una de las conclusiones que pareció emerger de la discusión es que se mantendría la relación de participación e impugnación simultánea respecto al esquema de la FECECH, en el cual los estudiantes opositores estaban experimentando significativos avances electorales que, con todo, no habrían de significar transformaciones mayores si es que no se rompía en algún momento con la lógica de mantener las elecciones de presidentes de centros de alumnos y las de directivas de federación aisladas de los circuitos de sufragio masivo. Por esto es que en muchos casos los estudiantes opositores concurren coordinadamente a las elecciones imponiendo candidaturas abiertamente alineadas con representaciones políticas y al obtener mayoría en los consejos de delegados impugnaron el subsidio electoral con que contaban las primeras directivas oficialistas designadas, que les permitía eventualmente el control de los centros de alumnos y, por ende, de la elección de la directiva de federación.

SE AGOTA LA PRIMAVERA

El escenario de la movilización estudiantil se veía cada vez más agitado en 1979 y, sobre todo, en 1980. Contribuía a ello el conjunto de lazos que los propios estudiantes, especialmente los asociados a la militancia partidista, estaban entretejiendo en diálogo con otros sectores, participando de actividades de repudio a la dictadura. Si bien esta actitud de hacerse pre-

⁵⁶ Entrevista a Jorge Pesce.

⁵⁷ Entrevista a Gustavo Rayo.

sente en la calle, manifestando solidaridad con otros sectores afectados por la coyuntura política y económica, no era una situación nueva, sí es importante mencionar que en estos años los universitarios pudieron hacer más masiva su presencia en manifestaciones callejeras o actos vinculados a causas como la denuncia de las violaciones a los derechos humanos o el apoyo a sindicatos en conflicto. Esta dimensión pública y de extramuros del movimiento estudiantil generó importantes problemas a buena parte de sus cuadros dirigentes en la Universidad de Chile, que recibían sanciones administrativas. Paralelamente, cabe mencionar que buen parte de esta generación que había contribuido a levantar diversas plataformas de participación estudiantil comenzaba su desvinculación de la universidad, ya fuera por egreso regular o como producto de sumarios. Sin embargo, al promediar 1980 no era poco lo que se podía evaluar como la herencia de estos líderes al movimiento opositor: en buena parte de las escuelas de la Universidad de Chile campeaba el activo democrático. No obstante, el panorama bastante halagüeño de ese momento pronto habría de tornarse oscuro, cuando determinados conflictos locales, como el del Pedagógico durante la última parte del año, demostraran hasta dónde podía estirarse la cuerda de la movilización estudiantil así como cuales eran las profundas limitantes que las formas de presión y organización existentes en el estudiantado opositor estaban comenzando a evidenciar.

En la memoria de muchos de los actores se recuerda a los episodios del Pedagógico a fines de 1980 como una especie de síntesis de época: la densa trama de actividades opositoras a plena luz del día, en un contexto en el cual el miedo claramente había retrocedido pese a la creciente complejidad de los aparatos represivos, convivía con una rica vida artística y literaria. Lo mejor de estas dos hebras con que se estaba tejiendo movimiento estudiantil parecía hacerse presente en los pastos de Macul. Una sensación que más de algún observador resumió bajo la idea de «la primavera del Pedagógico». Sin embargo, de primaveras ya existían antecedentes no muy lejanos y, por cierto, nada alentadores (Praga, 1968)... No obstante, las juventudes políticas marcaban el territorio con sus murales y rayados, desafiando a la reciente Coordinadora Administrativa, estructura de vigilancia y represión establecida en el campus, que en su extremo celo por evitar cualquier situación anómala, de acuerdo a sus criterios panópticos, impedía el acceso al Pedagógico a cualquiera que no contara con la credencial necesaria, lo que en su momento incluyó al propio presidente de la oficialista FECECH, Eduardo Silva.

Tal como bullía la actividad estudiantil en el Pedagógico sucedía, aunque con una espectacularidad tal vez menor, en otros recintos de la universidad. Una circunstancia que sirve para entender esta mayor agitación

es, sin duda, la coyuntura del plebiscito constitucional, que significó que en las universidades se levantaran enérgicos movimientos de movilización y rechazo a las propuestas políticas del régimen militar. En el caso de Macul esta situación venía a unirse a un escenario en el cual la presencia de los guardias de la Coordinadora y la oleada de sumarios a estudiantes generó una situación de tensión que terminó por lanzar a los colectivos democráticos a sostener acciones de fuerza contra las oficinas de la instancia represiva, arrojándole huevos, y a pretender galvanizar el espíritu de movilización que caracterizaba al estudiantado del Pedagógico mediante una huelga estudiantil, que tuvo su momento más crudo hacia mediados de noviembre de 1980. El liderazgo visible de la huelga recayó en los sectores más cercanos a la militancia juvenil, particularmente en Javier Sáez y Patricia Torres de las JJ. CC., siendo la última golpeada por funcionarios de seguridad del campus Macul y posteriormente expulsada de la universidad. El 19 de noviembre se da a conocer que como producto de los incidentes de la huelga estudiantil se ha decidido expulsar a nueve estudiantes y sancionar a cerca de cuarenta. La respuesta del estudiantado del Pedagógico es llamar a un paro, que tiene que enfrentarse a una situación cronológicamente adversa: se acerca el fin del año y con él la predecible desarticulación de las iniciativas de defensa de los compañeros sancionados. La FECECH y los grupos oficialistas fustigan a los estudiantes en rebeldía. El primer día de diciembre los rectores delegados presentan a Pinochet sus renuncias. Algo oscuro se asoma en el horizonte. Premonitoriamente, unos días antes, un decreto del Ministerio de Justicia cancela la personalidad jurídica de la FECH y la declara disuelta, enterrando a esta persona jurídica que existía en tal calidad desde mayo de 1946.⁵⁸ En un mes la Universidad de Chile cambia dos veces de rector. Algo huele mal. Por esos días se llora la muerte de Armando Rubio, voz poética de los pastos de Macul. Todo parece tornarse confuso y amenazador para la universidad, incluso para su equipo de fútbol que es despojado de un añorado título de campeón un aciago domingo 30 de noviembre en Lota. El movimiento de Macul languidece. La primavera se agota. El receso de actividades académicas encierra cambios insospechados. El 3 de enero de 1981 se promulga la Ley General de Universidades. Vuelta de página.

⁵⁸ Cfr. *Realidad universitaria*, núm. 1, noviembre-diciembre, 1980.

Cuidar el fuego: La república universitaria de la ACU

Una crónica como la que aquí se ha intentado, tropieza de continuo con un par de peligros, a lo menos. El primero, tender al abuso del endiosamiento o de la satanización de algunos de sus protagonistas, hacer concesiones a la mitomanía y construir a la larga una narración edificante colmada de héroes y villanos muy nítidos, donde no hay resquicio alguno para la ambigüedad o a la vacilación, la pregunta o simplemente la reflexión. El segundo, atender sólo a los procesos más institucionalizados y formales, particularmente aquellos de que dan cuenta las fuentes escritas. Lo que no consta en papel, lo que ocurre fuera del ámbito de instituciones reconocidas, o no existió o carece de importancia.

Es notoriamente más difícil, en consecuencia, incorporar en una crónica experiencias culturales que corrieron por los carriles de la informalidad —o de una formalidad disidente— y respecto de cuyo significado sus propios protagonistas han sido lacónicos, al cabo de casi treinta años, para producir un relato de referencia sobre asuntos que siguen siendo, todavía para ellos, alta e intensamente «debatibles». La Agrupación Cultural Universitaria, ACU, nos parece responde a esa caracterización. Con un poco de atarantamiento, nos apresuraríamos si dejáramos de decir que sin duda es una de las experiencias más notables producidas por los estudiantes universitarios incluso más allá de los marcos temporales de la dictadura militar. Sin embargo, la intensísima experiencia artística generada alrededor suyo, que tiene su explosión pública en 1977, y se expande continuamente hasta 1982 incrementando siempre su gravitación en el escenario cultural dentro y fuera de la universidad, desaparece abruptamente en términos tales que hacia 1983 parecen no quedar rastros de ella. No es improbable que una mayoría de estudiantes de la Universidad de Chile que hayan ingresado a partir de ese año ignoren por completo la existencia de la ACU. Y entre quienes tienen noticia de ella, hay pocas esperanzas de que concuerden del todo en su importancia y contribución. Nosotros sólo podemos hacer el intento de pensar ahí donde la ACU nos parece haber dejado algunas ta-

reas pendientes, y en esta conjetura, correr el riesgo de errar tratando de acertar, como no podía ser de otro modo.

UN BREVE RECUENTO

El antecedente inmediato de la formación de la ACU es el Primer Festival del Cantar Universitario organizado por la Agrupación Folclórica Universitaria, AFU, realizado en octubre de 1977. En la AFU se había producido una primera coordinación artística estudiantil interfacultades, especialmente bajo el impulso del grupo folclórico de la Facultad de Ingeniería, que convocó al festival, y del Ballet Folclórico Antumapu, que lo secundó. No hace falta recordar que la dispersión geográfica de la Universidad de Chile hace verdaderamente difícil la comunicación y el encuentro entre sus miembros. Este festival se realizó durante toda una semana, de lunes a jueves, con actos en el campus Antumapu, la Facultad de Ingeniería, la Facultad de Medicina Norte y el Liceo Manuel de Salas. Finalmente, la clausura se realizó el viernes de esa semana en el Teatro del IEM en la Calle Tarapacá, en un acto programado entre las 15:00 y las 18:00 hrs. Sin embargo, eran pasadas las 20:00 hrs. de ese día y eran varios los grupos musicales que aún esperaban su turno para presentarse. Los organizadores del festival supieron entonces que la actividad artística de los estudiantes universitarios era mucho más numerosa que lo que habían previsto los más optimistas y que era preciso fundar una agrupación que ayudara a dar continuidad al éxito del festival. Fue así que surgió formalmente la ACU.¹

Como es fácil advertir, sin embargo, la ACU no fue sino la expresión organizacional de un fenómeno preexistente pero que se había desarrollado de un modo difícil de constatar. Esa fue la experiencia de los talleres. Desde los primeros momentos posteriores al golpe militar, en que toda participación estudiantil de carácter gremial y más aún política fue cancelada, muchos estudiantes —casi invariablemente de izquierda— que habían quedado atomizados, buscaron en las actividades extraprogramáticas, deportes y artes especialmente, lugares gregarios y de amparo sobre los que no pudieran recaer sospechas de activismo político opositor. Algunos estudiantes se agruparon en instancias ya existentes y reconocidas por la universidad. Tal fue el caso del Ballet Folclórico Antumapu. En otros casos, comenzó en muchas partes simultáneamente —¡pero sin que unos y otros lo supieran!— la experiencia de talleres artísticos. Los talleres han

¹ Entrevista con miembros de la ACU, 7 de septiembre de 1996 en revista *La Cinuela* núm. 7½ (edición extraordinaria), Santiago, diciembre de 1980.

sido descritos como organizaciones de base, autónomas, abiertas a la comunidad. Surgieron de manera espontánea, en diversas escuelas, fruto de la necesidad y no por decisión administrativa o burocrática de nadie. En algunos casos, los talleres contaron con la participación no sólo de estudiantes, sino además de funcionarios y académicos de la universidad.² Los talleres comprendían muy diversas expresiones artísticas y culturales, que más tarde se agruparon en las ramas de literatura, de teatro, de música y de plástica de la ACU.

La realización del Primer Festival del Cantar Universitario fue posible contando con la comprensión y relativo apoyo de la Vicerrectoría de Extensión y Comunicaciones de la universidad. En un sentido más preciso, fue la persona del vicerrector Fernando Valenzuela quien, con amplitud de criterio, consideró que esta actividad artística se enmarcaba dentro de las actividades universitarias, aunque advirtiera que había en ella un tono, más o menos difuso, de resistencia al régimen. Como ya hemos dicho con anterioridad, la circular núm. 63 de octubre de 1976 prohibía la edición, publicación y circulación de textos escritos hechos por estudiantes universitarios y que no contaran con la autorización del Consejo Superior Estudiantil. Además, prohibía realizar reuniones de estudiantes, por cualquier causa, sin autorización del decano respectivo, como asimismo la colocación de carteles, incluso si trataban sobre asuntos universitarios.³ En el caso del Primer Festival del Cantar Universitario, la autorización del vicerrector Valenzuela desembocó en la rareza de un afiche promocional que contenía una gráfica fácilmente identificable con una identidad estética propia de la cultura de la izquierda, junto a una mención al patrocinio de la vicerrectoría.⁴ Muchos de los conjuntos y solistas que llegaron a presentarse al Teatro del IEM en la clausura del festival estaban realmente inseguros respecto de si se trataba de un acto oficialista o no. De hecho, por el escenario desfilaron exponentes tanto de la resistencia cultural, como el Grupo Ortiga —cuyos integrantes habían surgi-

² Revista *La Ciruela*, núm. 7½, *op. cit.* Hay que destacar que al ser iniciativas espontáneas, los talleres podían cubrir otros intereses. Así, existió en la Facultad de Ciencias un taller de ciencias de la ACU por más de cinco años. Intervención de Remis Ramos en entrevista con miembros de la ACU, 27 de septiembre de 1996.

³ Víctor Muñoz Tamayo, «Mirando el hoy a la luz de la ACU. El arte y la acción cultural en la recomposición de los movimientos sociales juveniles 1973-2003», www.sepiensa.cl.

⁴ Años más tarde, otros festivales de la ACU incluirían en sus afiches logotipos de Coca-Cola, que alguna vez operó como auspiciador, y que producían el mismo tipo de desconcierto que se acaba de aludir (entrevista con miembros de la ACU, 27 de septiembre de 1996).

do de los talleres que patrocinaba el conjunto Quilapayún con anterioridad al golpe de Estado—, como también artistas abiertamente pinochetistas: el Huaso González, conocido payador, fue el *non plus ultra* en este lado del espectro.⁵ Esta ambigüedad fue posteriormente mantenida por la ACU como un recurso constante para eludir la censura de las autoridades tanto universitarias como gubernamentales, cada vez que fue necesario. En tal sentido, una de las características más notorias de las expresiones artísticas canalizadas en la agrupación fue el humor, la ironía y un lenguaje más bien críptico para referirse a la realidad del país.⁶ Canciones que fuera de contexto podían parecer inocentes o *naïf*, en medio de los festivales ACU en cambio eran francamente transgresoras y catárquicas, como aconteció con buena parte del repertorio de Santiago del Nuevo Extremo, uno de los conjuntos musicales más identificables con la agrupación.

El éxito del primer festival alentó a la ACU a programar nuevos festivales en un contexto de cada vez mayor coordinación entre los talleres de las diversas facultades. Un rápido recuento arroja la existencia de más de setenta talleres de distintas disciplinas, que llegaron a agrupar a más de seiscientos estudiantes; sucesivos festivales anuales de música y teatro, cuyas finales se realizaron en teatros extrauniversitarios con gran afluencia de público. Por ejemplo, al cierre del Primer Festival de Teatro, en la Sala Cariola en 1978 asistieron más de tres mil personas, y los festivales de música durante tres años consecutivos (1978 a 1980) lograron llenar el Teatro Caupolicán para la jornada de clausura con más de seis mil personas.

Sin embargo, los logros mencionados comenzaron a darse en un contexto de restricciones crecientes por parte de la autoridad universitaria. Fernando Valenzuela fue sustituido en la Vicerrectoría de Extensión y Comunicación, mientras que en lo concerniente a la Vicerrectoría de Asuntos Estudiantiles las responsabilidades recayeron en Claudio Illanes, quien dio muestras explícitas de animadversión hacia la ACU, con el propósito de garantizar el monopolio de la actividad estudiantil a través de los canales de la FECECH. Declaraba Illanes en 1978 que «no se concederá reconocimiento oficial de la universidad a ninguna agrupación, entidad o corporación de estudiantes, personal administrativo o docentes, constituida al margen de los canales regulares con que la universidad cuenta. La ACU es un organismo que no tiene absolutamente ningún reconocimiento oficial de las autoridades. (...) Hemos sido claros, las actividades deben

⁵ Entrevista con miembros de la ACU, 7 de septiembre de 1996.

⁶ Sin embargo, todavía tendrá que discutirse cuál fue el real predominio de estos rasgos en el temple de la ACU.

canalizarse a través de los centros de alumnos». ⁷ Fuera de la universidad, la autoridad administrativa (DINACOS, el Ministerio de Defensa u otra) le negaba la exención de impuestos prevista para espectáculos culturales, o bien prohibía el empleo de la expresión «ACU» por estimar que se trataba de una organización inexistente. ⁸ Frente a ello, los jóvenes de la ACU comenzaron a recurrir al empleo de palabras que contienen la expresión, ya sea omitiéndola o destacándola. El poeta Rodrigo Lira les dedicó uno de sus *Epliglama Oliengtaleh*: ⁹

She pohtula que la *acu* puntula cula la engfelmedá, / la lokula, la
neuloshi, la sholedá, el shuflimiengto / y el dolol-ke a ehta al tula del
paltido leshultan / leshelah in chopol table, polke ni fu man do mali
wana / podía lo uni vel shi talio de I kiolda ek pelimental / tlan ki li
da i felishidá –de manela que tenel / que integralshe lá pida mente a
un tayel de cual quiel / lama del alte o del queachel al tihitico cultulal,
o / folmal uno loh kong pañeloh de culso o de luta.

Hacia 1980, la represión ejercida sobre la ACU se intensificó y esto significó a su presidente Patricio Lanfranco, estudiante de economía, una detención de cinco días, en la que fue torturado por la CNI. Al cabo de una campaña de solidaridad que movilizó numerosos vínculos con organizaciones culturales y de derechos humanos de Chile y Canadá, Amnistía Internacional y los parlamentos de Inglaterra e Irlanda, Lanfranco fue liberado. ¹⁰ En la atmósfera comenzaba a percibirse la inminencia de un cambio profundo en las universidades, y tras la importante huelga estudiantil del Pedagógico de 1980, el gobierno dictó su Ley General de Universidades. La ACU fue de las pocas organizaciones con alguna capacidad de realizar una reflexión y oposición opinante acerca de la nueva

⁷ Revista *Hoy*, 15 al 21 de noviembre de 1978.

⁸ Víctor Muñoz Tamayo, «Mirando el hoy a la luz de la ACU. El arte y la acción cultural en la recomposición de los movimientos sociales juveniles 1973-2003», *op. cit.*

⁹ «Tlawa hito leído fuele de ploglama por lodligo lila, alugno de wachiyelato in ling wuística, sede oliengte, en el salón de alktoh de la ehcuela de ingeniería el vielneh siete del shiele del setenta i ocho en un alcto olganishado pol la lama litelalia de la ACU». Rodrigo Lira, *Proyecto de Obras Completas*, Santiago, Universitaria, 2003, p. 114.

¹⁰ Entrevista a Patricio Lanfranco, 4 de diciembre de 1996. «Un congreso algo navegado», revista *La Ciruela*, núm. 8, Santiago, agosto de 1981. En 1981 sufrieron represión otros miembros destacados de la ACU como Juan Pérez (relegado) y Gregory Cohen (detenido durante tres meses y procesado ante la justicia militar). Entrevista con miembros de la ACU, 27 de septiembre de 1996 en revista *La Bicicleta*, núm. 17, noviembre de 1981.

institucionalidad universitaria.¹¹ Sin embargo, las nuevas condiciones universitarias la tenían herida en el ala. A pesar de su llamado a recuperar el asombro, hacia el año 1982, en un contexto de movilizaciones políticas opositoras más abiertas y desafiantes, el movimiento cultural comenzó a replegarse, perdiendo convocatoria y masividad, pero, sobre todo, coordinación entre los talleres y la directiva central. Un artículo de Juan Pérez, del taller de Teatro de Medicina Norte, declaraba «... algo tiene que morir para que renazca algo nuevo. Es probable que todo haya comenzado con esas pequeñas concesiones que la ACU se vio obligada a hacer durante los dos últimos años para realizar sus actividades. Lo fundamental, no pronunciar, no decir ACU. Fue así como los talleres comenzaron a hablar de la ACU, esa que está allá, que nos ayuda y nos sirve, y de nosotros, los talleres que estamos acá. A las nuevas generaciones es probable que les cueste darse cuenta del esfuerzo que significó montar esta organización. Tendrán (tendremos) que montarla de nuevo, desde sus mismas bases».¹² Esta apelación ya no era suficientemente persuasiva, y hacia los momentos finales de la agrupación, se hacían sentir molestia, pifias y gritos de quienes pedían un compromiso más contingente en lugar de «tanta metáfora y guitarreo».¹³ La lucha gremial por democratizar las organizaciones estudiantiles copó las energías de los estudiantes a partir de 1982 y, sumado al egreso de la universidad de muchos de sus miembros, hacia 1983 casi no quedaban rastros de la ACU.

ENTRE EL DUELO Y LA IRONÍA

Uno de los asuntos en los que los miembros de la ACU han sido parcos a la hora de argumentar, se refiere a si la producción cultural de la agrupación cristaliza en alguna propuesta específica en el plano estético, si existe acaso, al menos, un «tono» de la ACU. Una vez más Roberto Brodsky arroja algunas luces. En un mismo párrafo de su escrito desliza con entera naturalidad dos elementos de la inspiración artística que, en la práctica, significaron algún tipo de tensión no suficientemente enfrentada y resuelta dentro de la agrupación. Por una parte, refiriéndose al teatro, Brodsky

¹¹ «La “nueva ley”: ¿avance o retroceso?», revista *La Ciruela*, núm. 8, agosto de 1981.

¹² Juan Pérez, «Muerte y nacimiento. Variaciones cabalísticas sobre el Congreso de la ACU 1982», revista *La Ciruela*, núm. 9, 1982.

¹³ Roberto Brodsky, «Señores, la ACU ha muerto. ¡Que viva la ACU!». En Irene Augusto, Gonzalo de la Maza y Manuel Canales (editores), *Juventud chilena. Razones y subversiones*, Santiago, ECO, FOLICO y SEPADE, 1985, p. 184. Entrevista con miembros de la ACU, 27 de septiembre de 1996.

sostiene que «mostraba una forma propia de enfrentar la realidad a través, en este caso, de un teatro *irreverente, desenfadado, vertiginoso, mágico y cruel, una mirada y una intención propias a aquellos universitarios irónicos y rebeldes* al cínico ruido de tiza en el pizarrón de una universidad intervenida». Algunas líneas más abajo, agrega, recordando la consigna de la ACU, que su acción era reflejo de la «necesidad de creación artística y de divulgación de *nuestros valores culturales nacionales*». ¹⁴ Es decir, por una parte conservación de una identidad, y por otra rebeldía ante el poder establecido. En el decurso de la ACU es posible verificar ambos pulsos, con diversos grados de tensión y de autoconciencia.

Haciendo una generalización muy gruesa, la rama de teatro encarnó una corriente de innovación muy consistente. De ello da cuenta la experiencia de la Compañía del Teniente Bello. Refiriéndose al aporte teatral de la ACU, personas como Marco Antonio de la Parra o Jaime Vadell coinciden en el aporte de un teatro que, aunque imperfecto («tarea urgente: ...no quemar las voces de lo imperfecto»), había logrado cristalizar un lenguaje propio, que se enfrenta al poder y que se compromete con el irrespeto total, incluso contra sí mismos. Concluye Vadell sosteniendo que «los que hablamos hasta por los codos del 'Teatro del pobre' de Grotowsky, creo que en la ACU tuvimos un intento vivo y a la chilensis de lo que el Teatro Pobre puede llegar a ser aquí». ¹⁵

A juicio de Fabio Salas, ¹⁶ durante los años setenta se produjo una ruptura con una actitud muy arraigada del mundo juvenil de los sesenta, que es la glorificación del dolor. La perspectiva sacrificial —consistente con ideales revolucionarios— fue uno de los puntales de los procesos de subjetivación juvenil, y se expresó en fenómenos como el guevarismo, la austeridad sensual del catolicismo social o la exaltación del «héroe de la nueva canción», por mencionar algunos ejemplos. Pero en los setenta, y a partir de la defensa del derecho a la vida, se deslegitimarán en buena medida los ideales sacrificiales, y comenzarán a ser superados por modos de conducta que suponen el abandono de las actitudes clásicas y su sustitución por una nueva actitud, la ironía. Volveremos sobre este tema cuando en 1987 la FECH se enfrente a la indiferencia y apatía de los estudiantes. Al respecto, la respuesta cínica, irónica o incluso nihilista es

¹⁴ Roberto Brodsky, «Señores, la ACU ha muerto. ¡Que viva la ACU!», *op. cit.*, p. 181. Las cursivas son nuestras.

¹⁵ *Ibid.*, p. 183.

¹⁶ Fabio Salas, «Producciones culturales juveniles. Aproximación a un intento de interpretación», en Generación (editores), *Los jóvenes en Chile hoy*, Santiago, CIDEPLAN-INCH-PSI-SUR, 1990, p. 309.

al fracaso de la razón ilustrada en medio de los estudiantes. Sin embargo, esto no sólo implicó enfrentar a la autoridad interventora, sino a otras formas de cultura «oficial», incluso en el mundo de la izquierda. Eduardo Valenzuela lo identifica con lo que denomina populismo de matriz nerudiana.¹⁷ Y, en efecto, es parte de lo que vivió la ACU que mientras frente a la autoridad era transgresora, en la defensa de una identidad cultural pudo ser muy conservadora. Así, por ejemplo, entre sus integrantes se recuerda cómo la intolerancia del público asistente a uno de los festivales de la canción y que colmaba el Teatro Caupolicán, implicó el retiro instantáneo de los miles de asistentes ante la presentación del grupo rock Quilín. No obstante, admiten los mismos integrantes de la ACU, no era improbable que en privado escucharan música en inglés (Joan Baez, Bob Dylan y hasta los mismos The Beatles).¹⁸

Esta contradicción no resuelta entre una defensa más bien conservadora de una identidad cultural¹⁹ y un enfrentamiento a la autoridad desde la ironía tal vez contribuye a explicar en parte el proceso de disolución de la agrupación. En tal sentido es sugerente la hipótesis de Brodsky: la disolución de la ACU coincide con la puesta en marcha de la Ley General de Universidades de 1981, que modificó de raíz el sistema universitario y supuso una ruptura radical con el pasado cuya memoria se trataba de proteger. La ACU había logrado conservar y proyectar valores tradicionales de la universidad, pero a partir del nuevo escenario dispuesto por el régimen militar, «el asunto no es más “reavivar la memoria” sino construir un proyecto alternativo que sea capaz de incluir no sólo los nuevos temas, sino también otra forma de la política y del frente cultural. Los motivos de congregación de los primeros años ya no son funcionales: no

¹⁷ Eduardo Valenzuela, «Estudiantes y democracia», revista *Realidad Universitaria*, núm. 3, 1987, CERC, págs. 28 a 36.

¹⁸ Este conservadurismo no es nuevo en la cultura de la izquierda. Baste recordar solamente la incompreensión que enfrentó Víctor Jara cuando hizo trabajos con Los Blops, o las querellas entre la Nueva Canción Chilena y la Nueva Trova Cubana: mientras los primeros hacían música «roja», los segundos sólo hacían música «rosada» (en alusión a su mayor apertura al rock, el jazz, etcétera, sospechosos de debilidad ante la cultura del «imperialismo»). Pueden consultarse más antecedentes en el sitio www.quilapayun-chile.cl/medios/ensayos. Entrevista a miembros de la ACU, 7 de septiembre de 1996.

¹⁹ Sostiene Esteban Navarro, refiriéndose al episodio en que se produjo un retiro masivo del público ante la presentación del grupo rock Quilín, que «suenan como intolerancia, pero en realidad era concentrarse en defender algo que estaba en peligro, que es lo que traía este país hasta el 73, una identidad». Entrevista con miembros de la ACU, 7 de septiembre de 1996.

se trata de hacer de puente con una memoria histórica a partir de la cual se reconstruye la identidad. Se construye en cambio por referencia al presente...».²⁰

Para sintetizar este dilema de la agrupación, recurrimos al testimonio formulado por un observador crítico de la misma. Tirso Troncoso, estudiante de filosofía en el Pedagógico entre 1976 y 1980. Miembro del grupo poético Polifemo, inicialmente miembro de la ACU, tomó posteriormente distancia y formó parte de un grupo que aunque no pretendió competir con la ACU, al menos planteó una alternativa. Se trató de la AKA, Agrupación Kultural de Avanzada. De nuevo nos encontramos ante la imposibilidad de decidir si la AKA era el «brazo cultural del mirismo» así como se pretendía que la ACU lo era de los comunistas, cuestión que veremos luego. Del testimonio de Tirso Troncoso parece desprenderse lo contrario, la AKA era una reacción lúdica que pretendía radicalizar el impulso poético antes que agregarle «fierros» a las artes. Sostiene Troncoso que «en un minuto, nos independizamos de la ACU e, ironizando, formamos la AKA. Lo que nosotros buscábamos era, sobre todo, un cambio anímico. A nuestro juicio, la ACU expresaba una lectura nerudiana extremadamente sufriente, lo que hacían era dar expresión al dolor y motivos los había de sobra. Nosotros, en cambio, surgíamos desde la soberbia. Levantamos las banderas desde la ironía. Nuestro primer lema fue “NO a la verticalidad del mando, NO a la horizontalidad del verso”. Levantamos la AKA como institución no burocrática, cuya única fortaleza era la acción. Incluso, tal vez se nos podía considerar aristotélicos radicales, puesto que otro de nuestros lemas fue: “Nuestra única potencia es el acto”. La modulación nerudiana, triste, doliente y grave, era muy del Partido Comunista y a nuestro juicio no contribuía a resolver nuestros problemas. No nos acomodábamos a esa emocionalidad. Nuestra opinión era que no teníamos que hacer llorar al estudiantado, sino entusiasmarlo para que quisieran, junto a nosotros, cambiar las cosas. (...) De hecho, a los ACU nó les gustaba tan de buenas a primera que Rodrigo Lira subiera a los escenarios a recitar, porque lo consideraban deschavetado y ajeno a la política, claro, a una concepción restringida de aquélla. En una ocasión la FECECH

²⁰ Roberto Brodsky, «Señores, la ACU ha muerto. ¡Que viva la ACU!», *op. cit.*, p. 185. Cabe destacar aquí, entre los reproches que recibió esta cultura de izquierda más «oficial», la canción de Los Prisioneros, *Nunca quedas mal con nadie*: «Me cargó tu postura intelectual / eres una mala copia de un gringo hippie / tu guitarra, oye imbécil barbón / se vendió al aplauso de los cursis concientes / Contradices toda tu protesta famosa / con tus armonías rebuscadas y hermosas / eres un artista y no un guerrillero / pretendes pelear y sólo eres una mierda buena onda».

organizó unas olimpiadas deportivas en el Pedagógico, y nosotros organizamos como respuesta una olimpiada poética en los patios, y desfilaron por el escenario todos los poetas del Pedagógico, entre ellos Armando Rubio y Rodrigo Lira, mientras los atletas de la FECECH hacían circunvalaciones alrededor nuestro. Pues bien, en esa ocasión Rodrigo Lira decide recitar *Walking around* en un registro homosexual, con una gestualidad acorde con eso (“Sucedé que me canso *de ser hombre...*”). Desde luego, con eso nos mató el poema para siempre, ya nunca más pudimos volver a llorar con “asustar a un notario con un lirio cortado...”. Con ello había dado fin a ese existencialismo trasnochado y doliente, por lo demás inútil en tan duras circunstancias, nosotros no sólo estábamos cansados de la dictadura sino del propio cansancio. En fin, Lira consiguió establecer un cambio en la gramática emocional del poema, en su semiosis, y entonces ocurrió que el PC y la ACU se retiraron en masa por estimar que no se podía profanar al vate de ese modo. La relación con ellos fue tensa porque en el fondo no estaban dispuestos a ser vanguardia. La línea de la gente de la ACU Macul era seria, eran tipos que escuchaban a Quelentaro y que formaban parte de lo que no en vano comenzó a llamarse el “Llanto nuevo”.²¹ Eso era más acorde con la arquitectura emocional de la ACU. Es evidente que actos como el del 11 de septiembre de 1977, cuando se marchó dentro del Pedagógico con una bandera chilena con un crespón negro, tenían algo muy bello, religador, probablemente religioso. Vivíamos en medio del horror, sin duda, había entre nosotros compañeros de curso desaparecidos, o muertos en la tortura. Pero, ¿qué podíamos hacer? ¿Ponernos a llorar? No nos podíamos permitir esa emoción (...) La AKA sólo existía en el Pedagógico, al modo de una especie de grupo poético-rock. Así era como nos veían. A nuestro juicio, la poesía era oral y estaba en la calle, y nos parecía que la poesía podía invadir cualquier espacio, y así fue que declaramos Macul territorio libre, a pesar que estaba poblado

²¹ Las observaciones de Tirso Troncoso no dejan de ser sorprendentes. En efecto, pese a que en público los ACU pudieron ser expresión de conservadurismo en lo referente a la defensa de ciertas expresiones estéticas, y que en no pocas ocasiones expresaron esa emocionalidad más bien trágica, al mismo tiempo es posible afirmar que, como parte de los «métodos» de trabajo de los ACU figuran las reuniones ampliadas donde la oralidad, coloquialidad, informalidad y hasta la hilaridad son constantes para abordar incluso las cuestiones más sesudas, como tuvimos oportunidad de comprobar en dos reuniones colectivas sostenidas con miembros de la agrupación. Es decir, en medio del dolor, la ACU supo poner en práctica una forma de acción cultural, universitaria y política donde el goce vital resultó fundamental. Probablemente ese recurso al humor y a la ironía fue uno de los instrumentos de resistencia a la intervención militar más eficaces.

de 'sapos'. Teníamos una enorme disposición para el optimismo. Lo que ocurre es que a nosotros la revolución nicaragüense nos dio una enorme inyección de vitalidad y esperanza: "Nosotros no nos levantamos / si León y Masaya no están tomadas / Extraña complicidad se apodera de mí / Extraña complicidad se apodera de todos / en Nicaragua pasan cosas que aquí no pasan". En América Latina no pasaba nada y no había por dónde pasara algo, y Nicaragua nos mostraba que sí podía ocurrir. Antes de eso, cuando cae Leigh de la Junta, nosotros discutimos el intento —pero no lo hicimos— de resistir con Leigh (risas). Lo que pasa es que el Pedagógico colindaba con el batallón logístico de la FACH y comenzó a ser rodeado por fuerzas del Ejército. Fue una coyuntura muy especial, de hecho concebimos la posibilidad de apoyar a la FACH y defender a su comandante en jefe caído en desgracia. ¿Cuántos éramos? Veinte pelagatos, dispuestos a hacer una carambola política desde la poesía. (...) Nosotros sabíamos que cada oportunidad podía ser la última, que el Pedagógico podía acabarse. De ahí nuestra intensidad, que podía ser fanática, neurótica, pero que no podía ser trágica, eso no nos lo permitimos jamás».²²

UNIVERSITARIOS, ARTISTAS Y MILITANTES

Una editorial del 16 de junio de 1980 de *El Mercurio* llamaba la atención acerca del hecho que en algunas peñas folclóricas se había encontrado propaganda política de orientación marxista. Extrapolando el fenómeno, el editorialista sostenía que «en las universidades, la acción juvenil marxis-

²² Entrevista a Tirso Troncoso, 19 de julio de 2005. En la misma cuerda, citamos algunos extractos del Manifiesto Vibrante del Pedagógico, leído por miembros de la AKA en una fecha indeterminada de 1980 en el Campus San Joaquín de la Universidad Católica, provocando consternación en los no tan radicales estudiantes de la UC: «Manifiesto Vibrante del Pedagógico: Nosotros, miembros activos del Pedagógico, llegamos hasta aquí con las más claras intenciones de acusar a quienes merecen ser acusados. Sí, ha llegado el momento de acusar!!! Acusamos en primer lugar: a la camarilla eclesíastica medioeval/inquisidora. En este sentido condenamos las *Confesiones* de San Agustín, de Pío XII y sobre todo, los rubores sobre bikinis y tangas de Monseñor Tagle; las acusaciones por parte del Vaticano a la obra preclara y rebelde de Jean Paul Sartre, que en el fondo no es más que otra suerte de acusaciones tan en boga hoy día a la inteligencia activa. Finalmente, y por último, el único responsable de todas estas bellaquerías son los besos románticos de Juan Pablo II en todos los territorios tercermundistas, donde al parecer el único foco resistente es el glorioso Pedagógico. Camaradas y condiscípulos, a resistir la Inquisición Eclesiástica que se avecina. A salvarnos. Viva el cielo y la revolución». Archivo Personal de Tirso Troncoso.

ta aprovecha también el alero cultural para intentar expandirse. Recientemente en Antofagasta los integrantes de una peña folclórica fueron descubiertos cuando realizaban labores de propaganda a favor del Partido Comunista, siendo puestos a disposición de la Justicia. Son conocidas las acciones que realiza la llamada Acción (sic) Cultural Universitaria de la Universidad de Chile». Citamos el final del editorial como ejemplo de joya argumentativa de los partidarios de la intervención militar de las instituciones universitarias: «El que el disfraz utilizado haya sido una fachada cultural carece de relevancia, pues las actividades intelectuales no tienen carácter privilegiado cuando transgreden la legalidad vigente» (!).

Por mucho tiempo ha perdurado en algunos la interrogante de si la ACU era o no efectivamente una Agrupación «Comunista» Universitaria, como quiso creerlo mucha prensa de derecha, las autoridades universitarias y las sucesivas directivas de la oficialista FECECH.²³ Es notorio que, como diría Nicanor Parra, mientras que la economía es para la derecha y la política para la Democracia Cristiana, la «cultura» es de la izquierda. Por lo demás, el testimonio de los propios miembros de la ACU muestra cómo, en no pocos casos, su ingreso a las actividades artísticas fue debida a una situación de emergencia luego de producido el golpe de Estado: en medio de la represión y la atomización, ciertas actividades aparentemente inofensivas permitían restablecer vínculos sin ser objeto de sospecha y persecución, y buena parte de la militancia de izquierda se dirigió hacia allá.²⁴ Sin embargo, es fácilmente constatable un conjunto de otros datos del mayor interés. Primero, no todos los miembros de la ACU eran comunistas, aunque otros sí lo fueron y siguieron siéndolo (por cierto esta aclaración es ofensiva para la inteligencia del lector); además, muchos de ellos no eran advenedizos en las actividades artísticas, y no las abandonaron después de desaparecida la agrupación, destacando hasta el día de hoy en ellas;²⁵ en tercer lugar, la estructura del taller permitió efectivamente un enorme grado de autonomía en la realización de actividades culturales

²³ *La Segunda*, por ejemplo, se refería al Festival del Cantar Universitario como «impulso comunista al cantar universitario», 2 de febrero de 1980. *Las Últimas Noticias* del 17 de noviembre de 1980 informa del llamado del dirigente de la FECECH Eduardo Silva a prohibir la ACU.

²⁴ Opiniones de José Oda y Jorge Rozas. Entrevista con miembros de la ACU, 7 de septiembre de 1996.

²⁵ Entrevista a Esteban Navarro, poeta de la Rama Literaria de la ACU, 6 de enero de 1997. Por su parte, Patricio Lanfranco observa que, de hecho, son muchos más los ACU que se han mantenido como artistas y agentes culturales, que los que han destacado en la política más formal o profesional (que en realidad, son muy pocos). Entrevista a Patricio Lanfranco, 4 de diciembre de 1996.

al interior de la propia ACU, y además ofrecía una cierta garantía que en la ACU estuvieran quienes tuvieran alguna efectiva actividad cultural que acreditar. Así, por ejemplo, narra Remis Ramos su llegada a la ACU: «Antes de la ACU, con un amigo de la Facultad de Ciencias, compartíamos la inquietud de la fotografía. Ya circulaba esta voz ACU, que para nosotros era un mito, no sabíamos quiénes eran ni dónde estaban. Pero con mi amigo nos propusimos llegar a la ACU. Comenzamos a preguntar a la gente que se veía más movida. Había una niña muy bonita que generalmente estaba en esos actos, y claro, siempre que ella estaba íbamos a los actos y la veíamos. Fuimos hasta ella y le preguntamos sobre la ACU, le dijimos que queríamos entrar. Y entonces nos indicó a Miguel Ángel Larrea, diciéndonos que él era de la ACU. Hablamos con él y nos aclaró que la ACU no era propiamente una organización. Nos dijo que si teníamos un taller, nos pusieramos de acuerdo para montar una exposición, y así fue como ‘entramos’ a la ACU. Nos invitó a que fuéramos a las reuniones semanales de la ACU Macul».²⁶

Por su parte, Patricio Lanfranco cuenta los inicios de su taller de música en la Facultad de Economía: «Llegué a la Universidad de Chile en 1975. Ahí comenzamos a formar talleres, y yo formé el TEMU, Taller de Experimentación de Música Universitaria en Economía. La gracia de este taller era que buscaba una expresión, un lugar de encuentro, y como Economía no se caracterizaba por tener muchos músicos —aunque esta-

²⁶ Entrevista a Remis Ramos, 9 de enero de 1997. Agrega Ramos que «en mi caso, me asociaban con el Partido Socialista, porque a mi amigo también lo asociaban, y por extensión pensaban que todo el taller de fotografía de la Facultad de Ciencias era del PS. Pero de hecho, ninguno de nosotros militaba. En una oportunidad nos invitaron a una reunión de juventudes políticas de la Facultad de Ciencias, precisamente invitados por Carlos Pérez. Ahí se nos aludió como representando a una juventud política, y yo dije “que yo sepa, no”. Entonces Carlos Pérez se sorprendió, “¿cómo, no son socialistas?”. De todos modos nos siguieron invitando después como independientes de izquierda. (...) Mi visión personal es que de hecho, por el peso que tenía, la ACU nunca estuvo sometida a cuoteo. Me consta personalmente porque yo no estaba metido en partido político alguno y llegué a ser encargado de la ACU-Macul, y nada más que porque estaba interesado en meterme. Después yo milité un año en un partido, y me salí precisamente porque ahí me pidieron que la ACU fuera funcional a la línea del partido. Pero yo era más militante de la ACU que otra cosa, y por eso dejé la militancia política. Y ese era el ambiente de todos los miembros de la ACU. Por ejemplo, Juan Carlos Peña, que fue tesorero de la ACU y que desgraciadamente falleció haciendo montañismo años más tarde, yo vine a saber que era importante dirigente socialista mucho tiempo después de estar trabajando estrechamente con él. Incluso formalmente éramos socios en la empresa de amplificación que tenía la ACU, hicimos la iniciación de actividades y todo eso, y después de mucho tiempo me entero que él era socialista».

ban los de Aquelarre—, para entrar al taller no era requisito ser músico. Como además éramos muy pobres, el único instrumento real que teníamos era mi guitarra, y los demás instrumentos los hacíamos ahí: piedras, botellas afinadas con agua, ollas, todo lo que sonara servía. Yo sabía algo de música, pero nunca había estudiado. Formamos este taller con un profesor que dictaba un ramo libre de la carrera, y él nos fue orientando. Este taller fue como una cabeza de playa para formar otros talleres: pintura, literatura, hicimos las primeras jornadas nerudianas. Llegamos a hacer presentaciones con alrededor de 25 personas sobre el escenario, tocando las cosas más inverosímiles: canastos, por ejemplo, copas, lápices... fue bien simpático. De ahí nos incorporamos a la AFU, que después se transformó en la ACU». ²⁷

Roberto Brodsky especula acerca de por qué los años ACU (1977-1982) fueron de tanta expansión en cantidad y calidad de la actividad cultural universitaria, y a su juicio se debe a un matrimonio feliz aunque adolescente entre la política y el movimiento cultural, que aún traía el impulso —pese a la dictadura militar— de los gobiernos progresistas de Frei Montalva y Allende. Sin embargo, años más tarde con la mayor apertura política producida a partir del movimiento de las protestas nacionales de 1983, este «matrimonio entre adolescentes pierde ingenuidad cuando uno de ellos se hace fuerte y el otro le reclama lo que se sacrificó para ello». ²⁸ ¿Fue efectivamente un matrimonio entre pares? Al escuchar el testimonio de los miembros de la ACU, pareciera ser más bien que la política no se casó con el arte sino que se refugió en él en un primer momento. Sin embargo, el desarrollo de la actividad artística en los talleres produjo la experiencia de vivir valores universitarios que llegaron a ser muy sentidos por quienes tuvieron la oportunidad de cultivarlos. Muchos de los entrevistados insisten en señalar que la actividad artística era una forma de preservar no sólo una cierta identidad cultural, sino además una forma de retener una experiencia universitaria que el golpe de Estado les había arrebatado, en alusión a los años de la reforma universitaria: había que cuidar el fuego. ²⁹ Esto sí es muy interesante. En efecto, hasta hoy son pocos los que se han atrevido a hacer un examen crítico de la experiencia de la reforma universitaria de la Universidad de Chile. Más allá de los buenos propósitos que pudieron haber inspirado a unos y otros, parece ser cierto que en amplia medida se trató de una experiencia frustrada debido a que la división del bloque reformista en dos sectores polí-

²⁷ Entrevista a Patricio Lanfranco, 4 de diciembre de 1996.

²⁸ Roberto Brodsky, «Señores, la ACU ha muerto. ¡Que viva la ACU!», *op. cit.*, p. 182.

²⁹ Entrevista a miembros de la ACU, 7 de septiembre de 1996.

ticamente antagónicos e irreconciliables, terminó neutralizando una reforma respecto de la cual existía, y ahí el drama, un importante consenso básico.³⁰ Quizás la experiencia radical de la reforma en la Universidad de Chile fue el sectarismo, de cuyos excesos hay evidencias amplias y documentadas. Alejandro Rojas, legendario presidente de la FECH entre 1969 y 1973, admite que «sólo con la perspectiva de los años transcurridos y el manto de sufrimiento causado por estos años (de la dictadura militar) podemos identificar muchos rasgos profundamente autoritarios de la vida universitaria de la época democrática (...). En mi opinión, tales rasgos autoritarios podían encontrarse a la derecha, izquierda y centro del espectro político (y) fueron caldo de cultivo de la dictadura... Recuerdo con vergüenza y pena algunas de mis propias acciones, como la “choreza” de saltar arriba de la mesa del rector de la universidad interrumpiendo en una conferencia de prensa que él ofrecía, para atraer la atención de los periodistas para los planteamientos de la FECH. ¿Qué tenía esto que ver con el “diálogo universitario”? ¿Qué decir de la práctica masiva, permanente y extendida a todas la universidades, de no dejar hablar a las fuerzas políticas minoritarias? En la Universidad Católica, los estudiantes derechistas “cazaban” a los comunistas y miristas. En el Instituto Pedagógico, los comunistas “cazaban” a los derechistas, a los miristas y a los anarquistas. En la Universidad de Concepción, los miristas “cazaban” comunistas, demócratacristianos y derechistas. En otras universidades, los demócratacristianos “cazaban” a los izquierdistas. ¿Qué tenía que ver esto con la democracia universitaria? (Lo anterior) dañó suficientemente el ambiente universitario como para que después del golpe los militares terminaran por cazar (sin comillas), expulsar, torturar y encarcelar a miles de estudiantes, académicos y trabajadores no académicos, con el apoyo de una parte de la comunidad universitaria y de la opinión pública».³¹

Entre los miembros de la ACU entrevistados predominaba, en nuestra opinión, una nostalgia que idealiza los años de la reforma universitaria. Sin embargo, en el fondo, el conflicto a que se ha hecho mención no es sino expresión de elementos contradictorios y tensionantes incubados al

³⁰ Manuel Antonio Garretón y Javier Martínez (editores), *La reforma de la Universidad de Chile*, Biblioteca del Movimiento Estudiantil, tomo III, Santiago, SUR, 1985.

³¹ Véase el testimonio de Alejandro Rojas en Ricardo Brodsky (compilador), *Conversaciones con la FECH*, Santiago, CESOC-Ediciones Chile-América, 1988, págs. 144-145. Versiones aún más crudas —aunque parciales— de la violencia cotidiana fruto del sectarismo imperante en la Universidad de Chile durante la reforma universitaria, en Danilo Salcedo, *La Universidad de Chile y su reforma inconclusa*, Santiago, Nascimento, 1975. Véase también una versión más austera y ecuaníme en editorial de revista *Mensaje*, «Crisis en la Universidad», vol. XX, núm. 205, diciembre de 1971.

interior del propio movimiento reformista universitario. Un interesante artículo escrito durante el proceso de reforma universitaria da cuenta lúcidamente de esas tensiones,³² y entre muchos otros aspectos, destaca la tensión entre el compromiso de la universidad con la sociedad, y la demanda por autonomía universitaria. El concepto de autonomía, a juicio del autor, ha tenido en América Latina dos acepciones. Una se encuentra en la línea de los ideales burgueses, y refiere a la libertad de enseñar, investigar y administrarse libremente. Es una doctrina protectora de la libertad espiritual de quienes forman parte de las actividades académicas, y que en el ambiente universitario ha sido denominada la corriente «academicista». La segunda acepción de la autonomía la vinculó con una cierta impuñidad para hacer planteamientos y realizar acciones tendientes a un cambio global de la sociedad, lo cual era funcional a estrategias revolucionarias (a través de instrumentos tales como la extraterritorialidad de los recintos universitarios). La coordinación de la idea de autonomía con la de compromiso con la sociedad será obviamente diferente según el concepto de autonomía de que se trate. Paradojalmente, el compromiso de la universidad con la sociedad en una versión revolucionaria, podía terminar propiciando el ahogo de la libertad espiritual al interior de la propia universidad al mismo tiempo que reclamaba para la universidad la misión de definir las metas y fines de la sociedad, en una suerte de desviación tecnocrática, en la que se podía incurrir tanto desde la izquierda como desde la derecha del espectro de pensamiento. Fue lo que finalmente consiguió la intervención militar de las universidades, como vimos en el primer capítulo de este trabajo.

La defensa que los integrantes de la ACU hacen de ideales universitarios que el golpe militar había arrasado, se corresponde más bien con la idea academicista de autonomía, y debería implicar una mucho menor solidaridad por las prácticas reales de los grupos reformistas en el período anterior al golpe, entre ellos la propia izquierda universitaria.³³ La repú-

³² Manuel Barrera, «Algunas contradicciones en el actual proceso de desarrollo de la universidad chilena», revista *Mensaje*, vol. XX, núm. 202-203, septiembre-octubre de 1971, págs. 452-459.

³³ Un elemento poco estudiado aunque muy interesante es la existencia en los momentos tempranos de la reforma de la Universidad de Chile de un sector academicista y reformista, conocido como el varguismo, llamado así en alusión al profesor de la Facultad de Ciencias Fernando Vargas, que lo representó en las elecciones de rector de 1969. En un principio, los académicos del varguismo tenían una mayor inclinación hacia posiciones independientes de izquierda. La posterior polarización del proceso dividió al movimiento, que fue subsumido en los grandes bloques de la Unidad Popular y el Frente Universitario (Carlos Huneeus, *La reforma en la Universidad de Chile*, Santiago, CPU, 1973).

blica universitaria de la ACU se transformó, en la práctica, en una ardiente práctica de la libertad espiritual, y llegado el momento, aunque no implicó una ruptura con las opciones políticas que buscaban la autonomía universitaria y la democracia —que por supuesto la ACU también apoyaba—, no admitió la subordinación de la actividad cultural y artística a la disciplina de la organización política, ni tampoco pretendió administrar la orientación más gremial del movimiento estudiantil democrático. Cuando se formula la hipótesis del férreo control que los comunistas habrían tenido de la ACU, basta mencionar el testimonio de Patricio Lanfranco para acreditar lo contrario: «Yo fui militante comunista hasta el año 81, estando todavía en la ACU. Yo me salí del PC principalmente porque no estaba de acuerdo con el giro del PC. Lo que nosotros vimos, y fue la gran discusión con la gente de la Jota de esa época, es que era irresponsable la forma cómo se estaba aplicando el giro. Desde el punto de vista macro, uno puede concordar en que en algún momento hay que comenzar. Pero desde el punto de vista micro, lo que veíamos era que nuestros amigos estaban muriendo por irresponsabilidad. No es lo mismo ir con una punto treinta a enfrentarte con una punto treinta, donde al menos metes bulla, que ir a enfrentar una punto treinta armado con una molotov. (...) Para mí era claro que el desarrollo de la lucha al interior de la universidad tenía que ir hacia el lado que estaba tomando (democratizar los centros de alumnos), pero también era claro para mí que la ACU no tenía que disolverse para entrar en el juego político, que había espacio para ambos movimientos, y que además se potenciaban, se interrelacionaban entre sí. Desde luego, a mí nunca se me pidió que dejara la cuestión artística ni mucho menos. Y cuando salí de la universidad quedó mucho más claro en la medida en que yo me dediqué a ser músico profesional, y de eso he vivido durante diez años. Nunca hubo un ánimo de las Juventudes Comunistas o de las juventudes políticas en general, de inmovilizar la ACU. Yo creo que la Juventud (Comunista) adoptó también la libertad de acción».³⁴

Uno de los aspectos que hacen de la ACU un movimiento universitario tan digno de atención, es que nos hace pensar acerca de la consistencia de una ciudadanía universitaria cabal. En condiciones míseras, fue capaz de reconstruir la república universitaria que la reforma no supo cultivar y que la intervención militar de las universidades se propuso aniquilar. En medio de los años de penuria en los que le cupo desarrollar su actividad, parecen apropiadas a la ACU las siguientes palabras del rector Juan Gómez Millas: «La relación entre el hombre y la tierra la expresa Platón, el gran filósofo, en uno de sus diálogos cuando le preguntan:

³⁴ Entrevista a Patricio Lanfranco, 4 de diciembre de 1996.

“¿Cómo se explica la grandeza de Atenas y su miseria?” Atenas estaba enclavada en un territorio pobre, sus únicas riquezas eran sus hombres, un poco las minas de plata de Laurión, y su gran comercio. La respuesta de Platón es profunda y permanente. Es la respuesta que ojalá tuviera todo hombre moderno: “Es una combinación entre *poros* y *pennia*, entre la miseria y el ingenio”. “¿Cómo os explicáis —le dicen en el diálogo— la miseria de este campo que rodea Atenas, la miseria de estas tierras?” Y la respuesta fue esa, la combinación, o mejor dicho, la respuesta del ingenio a la miseria. Y Atenas fue la gran cultivadora del comercio del Mediterráneo, la gran explotadora de sus islas, de sus costas. Y la gran creadora de esta cultura que aún ahora gozamos. Platón tenía razón, comprendió el significado profundo que tiene la respuesta del intelectual humano a la miseria del ambiente». ³⁵

³³ Juan Gómez Millas, «La miseria y el ingenio. Discurso Inaugural del Segundo Encuentro Científico sobre el Medio Ambiente», Talca, revista *Ambiente y Desarrollo*, CIPMA, vol. III, núm. 1 y 2, Santiago, 1987, p. 21.

La ley general de universidades

Hacia los últimos días de 1980, producto de la euforia en que se encontraba el gobierno militar tras el plebiscito constitucional de septiembre, reforzada por un momento económico que se estimaba excepcional,¹ se dio marcha a las reformas del sistema de educación superior. Aunque anunciadas por años, estas reformas se habían retrasado debido a que durante su fase inicial, el régimen militar careció de un diagnóstico y de un proyecto universitario definido y propio. En esos primeros años, la estrategia universitaria de depuración de las universidades respondía a un criterio de negar tanto como fuera posible las inspiraciones e instituciones vinculadas a la reforma universitaria. Con ocasión de la reacción de destacados académicos a los acontecimientos que se estaban produciendo en la Universidad de Chile tras la designación del rector delegado Tapia Falk en el verano de 1976, el Ministro de Educación de la época, almirante Arturo Troncoso Daroch, pronunció un importante discurso programático acerca de las tareas de la universidad. Aunque no fueron llevados entonces a la práctica, merecen destacarse sus contenidos centrales, en la perspectiva de evidenciar la evolución que al interior del propio gobierno se produjo respecto de qué hacer con el sistema universitario.

El ministro Troncoso, junto con criticar la politización a que había sido llevada la universidad durante los años de la reforma, formulaba importantes juicios, algunos de ellos acuñados incluso al interior del propio movimiento reformista.² Es así que el ministro estimaba que la positiva intención de crear universidades regionales había derivado en un

¹ El crecimiento del PGB entre 1977 y 1980 alcanzó al 8,2% promedio anual, y se había avanzado considerablemente en el control de la inflación. Pese a la alta tasa de desempleo y al déficit comercial, se consideraba a este período como particularmente feliz respecto de la crisis inmediatamente anterior de los años 1974-1976 (véase Tomás Moulán, *Chile actual: Anatomía de un mito*, Santiago, Lom, 1997, p. 233).

² El discurso del ministro Troncoso está publicado en *El Mercurio*, 14 de febrero de 1976.

proceso inorgánico de apertura de sedes en provincias, sin consideraciones de racionalidad académica o de eficiencia administrativa. Una de las consecuencias de la expansión universitaria producida durante la reforma era el considerable incremento del presupuesto universitario, en desmedro del presupuesto del resto del sistema educacional chileno. Así, al sistema universitario, cuyo alumnado era equivalente al 4% del total nacional, era destinatario del 51,6% del presupuesto del Ministerio de Educación en 1974, postergando al 96% del alumnado restante del país. Otra consecuencia de esta expansión había sido la duplicación de esfuerzos, en un defectuoso empleo de recursos escasos.

Al pasar a detallar los fundamentos de lo que sería una política universitaria del régimen militar, el ministro expresaba que debía avanzarse hacia la formación de un sistema universitario independiente, autónomo, pero integrado al quehacer nacional y buscando los métodos y medios para complementar la acción interuniversitaria y sectorial, con el propósito de contribuir al desarrollo integral de la nación. Recordando el papel de las universidades en materia de ciencia, tecnología, artes y letras, y en la formación de profesionales, el ministro expresaba que las universidades debían contar con una razonable autonomía que les permitiera autodeterminarse en materias de docencia, extensión, investigación y administración, lo que se relacionaba con el ideal de libertad académica, bajo métodos racionales y con el auxilio de la ciencia. Sin embargo, en concordancia con el régimen jurídico que suponía el contexto social, dicha autonomía no podía implicar ninguna forma de fuero territorial o personal que amparara acciones incompatibles con el Estado de Derecho y que estaban, por lo demás, impedidas a la generalidad de los ciudadanos. Dado el peculiar contexto político vigente en el Chile de entonces, eso implicaba, en palabras del propio ministro, que no habría protección a la actividad política ni al adoctrinamiento ideológico político, vale decir, todas aquellas enseñanzas que excedieran los límites naturales de la información objetiva y de la discusión razonada de doctrinas y puntos de vista. Un aspecto interesante de la intervención del ministro era la reafirmación de un principio de coordinación interuniversitaria: el sistema universitario asume como unidad la misión nacional propia de la universidad, para lo cual hace estudios de planificación en conjunto, concentra y organiza las fuentes de información y, en general, racionaliza el cumplimiento de las tareas universitarias. La acción de cada universidad habría de estar orientada por un proceso de planificación y programación.

El discurso del ministro se movía todavía al interior del movimiento ideológico heredado de la reforma, en cuestiones tales como la necesidad de planificación del desarrollo universitario y su compromiso como siste-

ma con el desarrollo nacional.³ Más aún, habida cuenta de la imposibilidad de perseverar en la expansión ilimitada de la matrícula universitaria y de la consideración del lema «universidad para todos» como algo impracticable y demagógico, al interior del discurso se expresaba con claridad un argumento progresista desde el punto de vista social: el gasto público en educación universitaria estaba resultando socialmente regresivo, puesto que favorecía a una minoría del estudiantado del país, perteneciente además en forma abrumadora a los sectores más acomodados de la población. La gratuidad de los estudios, en semejantes condiciones, favorecía a una minoría que en general no requería subsidios, los que por su parte eran financiados por el esfuerzo tributario de toda la población, incluso los más pobres.

Como ya se dijo, los efectos prácticos de este discurso fueron inexistentes, y su formulación estaba motivada más bien por el propósito retórico de proponer un pacto de confianza entre las autoridades universitarias impuestas por el régimen militar, y el *establishment* académico independiente representado en el clamor con que Jorge Millas había dado cuerpo al soterrado malestar existente hasta entonces en destacados universitarios sobre quienes no recaían sospechas de filomarxismo.

Con posterioridad en la evolución del régimen, y más notoriamente tras el plan político de 1977 dado a conocer en Chacarillas, se dio curso a una nueva argumentación conducente a la implementación de un modelo universitario original. En 1979, hubo dos instancias que dieron al régimen la posibilidad de dar a conocer su propio proyecto universitario, concordante con la consolidación de un proyecto autoritario en lo político y liberal en lo económico. Con ocasión de la inauguración del año académico de la Universidad de Chile, el general Pinochet indicaba que las bases que articulaban el proyecto político general del régimen eran la seguridad —que se traducía en un Estado autoritario, la exclusión de los partidos políticos y el combate al enemigo interno— y la libertad, entendida ésta como libertad de consumo: si el Estado controlaba el consumo, se terminaba con ello la libertad de los individuos.⁴ La traducción de estos principios al ámbito universitario había sido explicitada en las semanas previas, con la llamada «Directiva educacional», dada a conocer el 5 de marzo de 1979. Dicha directiva constaba de diversos documentos emanados de la Presidencia de la República, y entre sus contenidos medulares

³ La descripción general de este proceso está contenida en el texto de José Joaquín Brunner, *Ideologías universitarias y cambios en las universidades chilenas*, Santiago, FLACSO, Documento de trabajo, núm. 117, junio de 1981.

⁴ *El Mercurio*, 7 de abril de 1979.

constaba la siguiente afirmación: la educación media y, especialmente, superior, debían ser entendidas como excepcionales para la juventud, y además debían pagarse o devolverse a la comunidad nacional por quien pudiera hacerlo en el momento de recibirla o en el futuro.

Pese a las modernizaciones de que se jactaba el régimen, éste reconocía que en materia educacional se asistía a un estancamiento. Para dar un impulso en estas áreas, la directiva proponía para la educación superior una nueva institucionalidad, cuyos criterios inspiradores eran los siguientes:

- Las universidades serían autónomas dentro de los términos que la futura legislación definiera;
- Sus autoridades superiores serían generadas en la base por los profesores titulares y adjuntos y/o auxiliares, que hubieran completado más de diez años en el ejercicio de estos cargos;
- Los sistemas de elección contemplarían procedimientos que sirvieran de contrapeso a la posibilidad de que las votaciones fueran distorsionadas por la política;
- Toda universidad estaría dirigida por un rector que sería nombrado por el presidente de la República, a propuesta en quina del organismo colegiado superior de la respectiva universidad;
- La ley propendería a una efectiva racionalización y regionalización universitarias;
- La ley debería definir los títulos, grados, carreras y estudios que tendrían carácter universitario, como asimismo la determinación de lo que constituiría la educación superior no universitaria y la creación de nuevas universidades.⁵

Esta directiva hacía pensar que la intervención militar en las universidades estaba por llegar a su término. Así lo estimaba, por ejemplo, el secretario general de la Universidad Católica, Francisco Bulnes Ripamonti.⁶ Reforzando lo anterior, el ministro de Educación Gonzalo Vial señalaba en mayo de 1979 que había llegado la hora de cumplir en las universidades lo que el régimen estaba pensando: «La universidad, y el profesor en su cátedra, serán libres para expresar sus convicciones religiosas, filosóficas, políticas, económicas, sociales y científicas, y libres en sus métodos pedagógicos. Esta libertad, sin embargo, tendrá —como todas— las limi-

⁵ Citado por José Joaquín Brunner, *op. cit.*, págs. 97 y siguientes.

⁶ *El Mercurio*, 11 de marzo de 1979.

taciones indispensables para que no se dañe el cuerpo social. No habrá libertad para corroer las bases mínimas del consenso nacional expresadas en la Constitución».⁷

El camino de las reformas que se proponía el régimen, de todos modos, no tuvo un tránsito sosegado. Pese a la inexistencia de oposición política o académica dotada de posibilidades de acción pública y que contrapesara eficazmente al gobierno, dentro del propio régimen hubo voces discordantes frente al curso que estaba tomando la proyectada modernización universitaria. Dentro de los círculos de poder mejor informados, trascendió el que una futura nueva institucionalidad afectaría de manera radical la situación de la Universidad de Chile. Los sectores gremialistas del gobierno —llamados también blandos o aperturistas— la consideraban afectada de gigantismo, relativamente ineficiente, plagada de carreras y sedes carentes de consistencia universitaria, y demasiado heterogénea en cuanto a su composición académica y su alumnado. En respuesta a estas apreciaciones, en julio de 1979 se filtró un documento elaborado por una importante mayoría de decanos y que reflejaba además el pensar del propio rector Toro Dávila, en el que se reivindicaba el papel preponderante de la Universidad de Chile dentro del sistema universitario nacional, por considerar que era la única manera de preservar el desarrollo de las ciencias en todo el país y la preparación de equipos de disciplinas básicas, tomando en cuenta las características del proceso nacional. Además, se reivindicaba específicamente el rol tutelar de la Universidad de Chile sobre el sistema de educación superior en lo concerniente al otorgamiento y reconocimiento de títulos y grados. El documento filtrado trasuntaba un malestar de los directivos de la Universidad de Chile por lo que consideraban una excesiva influencia de círculos cercanos a la Universidad Católica en el seno del gobierno, en contradicción con los intereses de la institución estatal. El parecer del grupo de decanos era que cada universidad debía decidir acerca de sus necesidades de regionalización y racionalización como asimismo acerca de la designación de sus autoridades superiores, no obstante reconocer al Presidente de la República la atribución de ratificar al rector que le fuera propuesto por la propia universidad. A juicio de la revista *Qué Pasa*, vinculada al gremialismo, los decanos pretendían volver al sistema de elección de rector imperante con anterioridad a la reforma universitaria, vale decir, una elección del claustro pleno de titulares de las más altas jerarquías, cuya decisión limitaría la libertad de elección al Presidente de la República. En otro orden de materias, el decano de Agronomía, José Garrido, adelantándose a trascen-

⁷ Citado por José Joaquín Brunner, *op. cit.*, p. 100.

didados que señalaban que la Universidad de Chile sería privada de sus sedes regionales, indicó que una ley pareja no sería dura, en obvia alusión a las sedes regionales de la Universidad Católica, universidad que no sería afectada de la misma manera en que lo estaba siendo, ante situaciones análogas, la Universidad de Chile. Todas las restantes universidades, tanto estatales como privadas, regionales como de cobertura nacional, protestaron por las pretensiones de la Universidad de Chile de mantener su rol tutelar del conjunto del sistema universitario que hasta entonces le estaba encomendado por ley.⁸ La Universidad de Chile aparecía sola en un extremo del espectro de opiniones. El ministro de Educación Gonzalo Vial se manifestó extrañado de esta dispar opinión de la principal universidad, y lamentó que se hubiera filtrado el documento: «Da la impresión que estamos peleando entre nosotros», señaló.

Este debate tuvo el efecto de debilitar la posición del ministro, que parecía alineado de modo sectario junto a las universidades privadas, y con un abierto favoritismo por la Universidad Católica. Dentro del mismo régimen y del Ministerio de Educación —donde las tradiciones laicas gozaban de fortaleza apreciable—, se echó a rodar la especie que el ministro era miembro del Opus Dei y obraba en favor de esa agrupación. Poco tiempo después, Vial dejó el ministerio y fue sustituido por Alfredo Prieto.⁹ En diciembre, la masonería hizo sonar fuerte su voz. Escribiendo al general Pinochet, el Gran Maestro de la masonería defendió el liderazgo de la Universidad de Chile, justificando el que «reclame para sí su naturaleza hegemónica, que es consustancial con la historia y la tradición intelectual de la República».¹⁰ Continuaba el máximo dirigente de la masonería señalando que la racionalización y regionalización debían suspenderse momentáneamente, advirtiendo negativamente sobre la prevalencia que los miembros de la Universidad Católica mantenían en las comisiones gubernamentales que estudiaban la nueva legislación.¹¹

⁸ Revista *Qué Pasa*, 7 al 13 de junio de 1979. Sobre la posición de la Universidad de Chile en esta polémica, ver también Fernando Valenzuela, *La rebelión de los decanos*, Santiago, Ediciones Copygraph, 1993, págs. 150-152.

⁹ José Joaquín Brunner, *op. cit.*, p. 108.

¹⁰ *La Tercera de la Hora*, 7 de diciembre de 1979.

¹¹ Luego de dejar el cargo de rector de la Universidad de Chile, Agustín Toro Dávila señaló que en la elaboración de la nueva legislación universitaria no le cupo participación, pese a ser nada menos que presidente del Consejo de Rectores de Universidades. El estudio de la nueva institucionalidad estuvo a cargo de una comisión designada por el ministro de Educación y en la que cupo preponderancia al equipo de ODEPLAN, dominado por economistas liberales de la Universidad Católica. Asimismo, el ex rector Toro Dávila manifestó su desacuerdo con el listado taxativo

La polémica continuaría durante todo el tiempo que siguió hasta la entrada en vigor de la nueva legislación universitaria. En términos generales, ésta nueva institucionalidad reprodujo las inspiraciones centrales expresadas por el general Pinochet en su discurso en la Universidad de Chile: libertad económica y autoritarismo político. El primer elemento considerado subrayaba la necesidad que la educación superior se rigiera por un modelo coherente con las diversas modernizaciones que se procuraba implementar en la sociedad chilena y que además cambiaban la función del Estado. Es decir, se procuraba extender la esfera de autonomía de acción de los individuos con una correlativa disminución de la acción del Estado en materia económica. Aplicado a las universidades, lo anterior significaba que éstas debían ser manejadas descentralizadamente. La responsabilidad de la gestión de las universidades debía traspasarse a los individuos y grupos intermedios, aunque el Estado siguiera siendo dueño de algunas de ellas. Adicionalmente, se argumentaba que si bien las actividades y oficios que habían sido objeto de liberalizaciones y modernizaciones (el amplio campo de la iniciativa económica) podían no guardar mucha semejanza con las actividades universitarias, por otra parte se recordaba que probablemente no había valor más importante para las universidades que la libertad, esta vez desde la perspectiva de la actividad académica. Un editorial de *El Mercurio* de 1980 auguraba de la siguiente manera respecto de extender el régimen de libertades a la educación universitaria: «Es posible, entonces, que dicho valor [la libertad] se desarrolle en nuevas formas a través de un proceso de modernización como el que tiene lugar en otras áreas».¹² Aunque entre la libertad para comprar y producir y la libertad para pensar pudiera no haber más que un alcance de nombre, la argumentación del régimen y sus partidarios continuaría discutiendo en la dirección de extender las modernizaciones económicas a las funciones académicas. Proseguía el editorial de *El Mercurio* señalando que «desde un punto de vista económico, las universidades deben tener dueños o, si se prefiere, grupos de personas responsables de su gestión,

de doce carreras universitarias, expresando su preocupación por la situación de las pedagogías y las humanidades. Sobre la jibarización de la propia Universidad de Chile, Toro Dávila era partidario de mantener la cobertura nacional de la universidad por cuanto le cabía una responsabilidad específica en la formación de una conciencia objetiva y crítica de la sociedad chilena, lo que reproducía conceptos contenidos en el Estatuto Orgánico de la Universidad de Chile aprobados en 1971. Véase entrevista a ex rector Agustín Toro Dávila en *El Mercurio*, 5 de julio de 1981. Carta de Agustín Toro Dávila al Ministro de Educación Gonzalo Vial, 29 de junio de 1979, citada por Fernando Valenzuela, *op. cit.*, p. 150.

¹² *El Mercurio*, 14 de diciembre de 1980.

que puedan representar al Estado, a agrupaciones de académicos, conjuntos de intelectuales, capitalistas privados o agrupaciones humanistas, culturales o religiosas... Si los centros universitarios se descentralizan, competirán entre ellos y obtendrán un producto de mejor calidad». ¹³ Las consecuencias de estos postulados implicarían un drástico giro respecto de muchos criterios enunciados en el discurso del ministro de Educación Arturo Troncoso en febrero de 1976. Otro editorial de *El Mercurio* se manifestaba contrario a la centralización y planificación de las tareas universitarias. Así, señalaba, «la concepción de las universidades como formando parte de un *sistema universitario* atenta derechamente en contra de lo que constituye parte de la esencia misma del quehacer superior. Las universidades, como entidades intermedias autónomas con naturaleza y finalidades propias, no pueden convertirse en parcelas de un todo regido desde fuera de ellas mismas, sin que sea cercenada esa autonomía tan indispensable al eficaz cumplimiento de la tarea formativa. Así, un ‘sistema’ lesiona la independencia y limita las posibilidades creativas y la libre competencia entre los planteles, igualándolos forzosamente, en el mejor de los casos, en un nivel intermedio resultante del achatamiento de las corporaciones de mayor envergadura, y de la elevación ficticia —con cargo a la mengua obligada de los primeros— de sus congéneres con menos recursos materiales y humanos». ¹⁴ Jaime Guzmán aportaba los siguientes conceptos al nuevo discurso universitario: «(había que) abrir la vida universitaria a desafíos competitivos en cuanto a calidad, a través de profundas reformas tanto al actual sistema de financiamiento de nuestra educación superior como de la legislación monopólica que hoy rige la creación de universidades y el otorgamiento de títulos y grados. Mientras esto no se haga, la excelencia académica seguirá siendo la excepción. Enfrentado en cambio así el tema, desaparecerán en forma automática de nuestras universidades las carreras que carecen de nivel o entidad universitaria y, por otra parte, los académicos serán remunerados y disputados según su mayor o menor categoría comparativa». ¹⁵

Dentro de las ideas que circulaban en los años previos a la legislación

¹³ *Idem.*

¹⁴ *El Mercurio*, 20 de mayo de 1980.

¹⁵ Jaime Guzmán, «El desafío universitario», revista *Ercilla*, 10 de diciembre de 1980. Una de las críticas del sector liberal al sistema universitario radicaba en que éste constituía un sistema monopólico de ocho universidades, todas financiadas casi íntegramente por el Estado y que se distribuían un cuantioso aporte fiscal sin que existiera un control de sus gastos, y de la eficiencia en el uso de tales recursos. Además, se trataba de un sistema cerrado a la formación de nuevas instituciones (véase José Joaquín Brunner, *op. cit.*, págs. 15-16).

universitaria del verano de 1981, se especulaba que las modernizaciones en este campo incluirían una mayor autonomía de las universidades para darse gobierno y elegir a sus autoridades de entre los académicos de las más altas jerarquías. Hacia 1980, a juicio de algunos partidarios del régimen, parecía llegado el momento en el que la opinión de los maestros y académicos, dentro del campo de su especialidad, gozara del más irrestricto respeto, y que no se diera el caso que se los viera movidos a callar por necesidad económica o por temor del silenciamiento disciplinario. De lo contrario, un orden solo aparente cubriría peligrosamente el desorden moral e intelectual. Remataba *El Mercurio* sus especulaciones en un tono casi épico: «También la educación superior va a ser sometida al experimento de la libertad».¹⁶

En el transcurso de este largo debate, y precipitando tal vez su resolución, un ingrediente adicional vino a sumarse a las diversas consideraciones técnicas y teóricas esbozadas. En efecto, los movimientos estudiantiles que en el segundo semestre de 1980 conmovieron al Pedagógico de la Universidad de Chile y a la Universidad Técnica del Estado, junto con una relativa mayor agitación juvenil en el contexto del plebiscito constitucional de septiembre, terminaron por componer un escenario disfuncional al exitismo del gobierno, desbordando incluso su capacidad de control del estudiantado a través de medidas disciplinarias dentro de las propias universidades, o directamente mediante la represión aplicada por el gobierno o por grupos afines que operaban en la ilegalidad.¹⁷ El primero de diciembre le fue solicitada la renuncia a todos los rectores delegados de las universidades, para terminar aceptándose la sólo a los rectores de las universidades donde se estaban registrando manifestaciones estudiantiles de importancia, la Universidad de Chile y la Universidad Técnica del Estado. En declaraciones a la prensa, el general Pinochet indicó que posiblemente un general de Ejército ocuparía el cargo de rector en la Universidad de Chile. Frente a lo que había sido una insistente opinión de los dos últimos años dentro de los sectores aperturistas del

¹⁶ *El Mercurio*, 14 de diciembre de 1980.

¹⁷ Cabe recordar que en el mes de agosto de 1980 murió, víctima de torturas, el estudiante de periodismo de la Universidad Católica Eduardo Jara, secuestrado junto a otros estudiantes y periodistas de oposición por el autodenominado Comando de Vengadores de Mártires (COVEMA), formado para vengar la muerte del teniente coronel de Ejército Roger Vergara, asesinado por el MIR el 12 de julio de 1980. Asimismo, desde los últimos meses de 1980 se hicieron habituales los requerimientos del gobierno en contra de estudiantes por infracciones a los estados de excepción, como asimismo medidas administrativas de relegación en diversos puntos del país para numerosos estudiantes.

gobierno, en orden a que los académicos generaran sus propias autoridades superiores, Pinochet contestó secamente: «Los rectores académicos (sic) son muy buenos para hacer academia. Los profesores deben dedicarse integralmente a la docencia, que es su verdadera actividad», agregando en lo que parecía ser un reproche al desempeño del rector Toro Dávila, «cuando hay energía y la autoridad cumple como corresponde, no hay efervescencia en ninguna parte. Se acabó la efervescencia en la universidad». ¹⁸ Entre los aperturistas de las horas previas, la reacción dentro de la universidad fue la de recoger cañuela. Ricardo Bravo, presidente de la FECECH, ante el anuncio de la posibilidad de un nuevo rector militar, estimó que no importaba la condición profesional del nuevo rector, «si es militar, civil o sacerdote, sino (que) esperamos que sea un buen rector». ¹⁹ Pese a todo, *El Mercurio* deploró la postergación de una nueva etapa en que se fortalecieran los valores propiamente académicos. Frente al nombramiento del general de Ejército Enrique Morel y a la constitución de un inédito comité asesor del rector compuesto sólo por oficiales del Ejército, la Armada y la Fuerza Aérea, *El Mercurio* indicó que «los nuevos nombramientos constituirían un escaso avance si ellos continuaran simplemente una política de mera custodia militar de nuestra educación superior». ²⁰

El general Morel, pese a que por motivos de salud ejerció sólo un mes el cargo de rector, permaneció largo tiempo en la memoria de los universitarios con sus declaraciones: «Estamos pensando terminar con el currículum flexible, que haya un currículum más rígido. El horario de clases tiene que ser seguido y el tiempo que sobra es para estudiar y para investigar. Y si a los estudiantes les sigue sobrando el tiempo, tienen que hacer deporte. Cuando yo me eduqué en la universidad militar [sic], sólo hice eso: estudiar y hacer deporte». ²¹

En el mes de enero de 1981 fue promulgada, por fin, la nueva Ley General de Universidades, DFL 1. ²² Pese a los largos debates que por algunos años se habían mantenido al interior de los grupos afines al gobierno, el desenlace se produjo de manera algo imprevista, y aun organismos

¹⁸ *Las Últimas Noticias*, 2 de diciembre de 1980.

¹⁹ *Las Últimas Noticias*, 4 de diciembre de 1980.

²⁰ Citado en revista *Hoy*, 10 al 16 de diciembre de 1980.

²¹ Revista *Hoy*, 10 al 16 de diciembre.

²² Decreto Fuerza de Ley núm. 1, *Diario Oficial* del 3 de enero de 1981. Véase también la Declaración del Ministerio del Interior sobre la Nueva Legislación Universitaria, 6 de enero de 1981, publicada en José Joaquín Brunner, *Informe sobre la Educación Superior chilena*, FLACSO, 1986, págs. 223 y siguientes, y el artículo de Jaime Ruiz Tagle, «Reformas en la Educación Superior: La reducción del sistema universitario», *Mensaje*, vol. XXX, 1981, págs. 80-82.

como la FECECH se confesaron sorprendidos por estas determinaciones para las cuales se había prescindido de su parecer. En esta nueva ley se establecía que sólo las universidades podrían otorgar los grados de licenciado, magíster y doctor, y que sólo doce títulos profesionales tendrían como requisito previo la obtención del grado de licenciado. Los demás títulos profesionales podrían ser otorgados por instituciones de educación superior no universitaria. La elección de las doce carreras de rango necesariamente universitario se realizó en forma empírica y bastante arbitraria, atendiendo a la mayor demanda que tenían entre los postulantes a las universidades y sin atender a criterios académicos.²³ Así, la ley incurría en una notoria inconsistencia al señalar, por una parte, que correspondía especialmente a las universidades promover la investigación, creación, preservación y transmisión del saber universal y el cultivo de las artes y de las letras,²⁴ y al excluir, por la otra, del rango de carreras universitarias a todas aquellas que alguna relación guardaban con las artes y las letras. Hernán Millas, realizando la hermenéutica del híbrido autoritario-liberal que se estaba poniendo en ejecución, especuló que sólo había un malentendido semántico y que en verdad se estaba aludiendo a las «artes» marciales y a las «letras» de cambio.²⁵ La formación de nuevas universidades exigiría el otorgamiento de al menos un título profesional de aquellos doce que la ley reservaba a las universidades y durante las primeras cinco promociones de estudiantes, las nuevas universidades serían examinadas por universidades de al menos cinco años de antigüedad en el otorgamiento en forma autónoma del respectivo título profesional. El DFL 1 consagraba la autonomía académica, administrativa y económica de las universidades, y un vínculo entre estas instituciones y el Estado a través del Ministerio del Educación. Sin embargo, dentro del mismo articulado disponía que, en lo tocante al gobierno universitario, quedaba prohibida la participación de estudiantes y administrativos en los órganos encargados de la gestión y dirección, como asimismo en la elección de las autoridades unipersonales o colegiadas. Más aún, se señalaba en los artículos transitorios que, dentro del plazo de cinco años contados desde la fecha

²³ Las licenciaturas que necesariamente debían ser impartidas por las universidades eran las siguientes: ciencias jurídicas; arquitectura; bioquímica; odontología; agronomía; ciencias de la ingeniería; ciencias económicas o ciencias en la administración de empresas; ingeniería forestal; medicina; medicina veterinaria; psicología; farmacia. Véase Decreto con Fuerza de Ley núm. 1 de 1981, art. 12.

²⁴ DFL 1, art. 2 letra a).

²⁵ Hernán Millas: «Cambio de giro» en revista *Hoy*, 7 al 13 de enero de 1981. Otras omisiones muy resistidas en el listado de carreras de nivel universitario eran las pedagogías, las ciencias sociales y periodismo.

de publicación de la ley, la formación de nuevas universidades debería contar con la autorización del Ministerio del Interior, que sólo podría otorgarla cuando a su juicio no se atentara o no se pudiera atentar con su establecimiento en contra del orden público o de la seguridad nacional. El articulado permanente de la ley indicaba por su parte que correspondería al Ministerio de Educación cancelar la personalidad jurídica a universidades existentes por causales semejantes a las ya citadas. La extrema discrecionalidad con que se dotaba al Ministerio del Interior fue justificada sin eufemismos por el propio ministro Sergio Fernández: «Este período de nuestra evolución institucional reclama atención y atribuciones excepcionales, destinadas a evitar que las colectividades político-partidistas, hoy disueltas, y muy especialmente los sectores marxistas en general, pudiesen intentar la creación de universidades, como pantalla de actividades disolventes para el paulatino avance de Chile hacia la oportuna e integral vigencia de la nueva democracia que diseña la Carta Fundamental recientemente aprobada».²⁶ En otro ámbito, el artículo 7 del decreto establecía la prohibición de utilizar los recintos universitarios en actos tendientes a propagar o ejecutar actividades perturbadoras para las labores universitarias, y entregaba a las autoridades universitarias la responsabilidad de velar por el estricto cumplimiento de esta disposición y arbitrar las medidas necesarias para evitar que se transgrediera la prohibición. En los meses inmediatamente posteriores, dicho artículo sirvió de fundamento para que numerosas autoridades académicas de instituciones de educación superior desempeñaran funciones de cooperación en la represión policial, como se evidenciará más adelante.

La Agrupación Universitaria y Cultural Andrés Bello, que reunía a ex rectores de universidades, numerosos premios nacionales, académicos e intelectuales, y que entonces era presidida por el filósofo Jorge Millas, junto con deplorar que se hubiera dejado sin efecto un principio elemental de participación orgánica en las decisiones de las comunidades directamente afectadas, observó que el criterio con el que la norma legal distinguía el carácter universitario de las carreras no se compadecía de una definición decorosa del quehacer universitario: «Los estudios propiamente universitarios se caracterizan porque las materias se plantean en una perspectiva crítica, lo cual exige profesores que hayan demostrado a lo menos alguna creatividad en el cultivo de la disciplina. (...) es en un conjunto de licenciaturas en las disciplinas fundamentales —como filoso-

²⁶ Declaración del Ministerio de Educación sobre la Nueva Legislación Universitaria, *op. cit.*, p. 233. Véase Decreto con Fuerza de Ley núm. 1 de 1981, arts. 3-8, 22 y artículo transitorio núm. 4.

fia, matemática, historia, biología, etcétera— donde propiamente radica la función docente universitaria y donde la universidad que no pueda o no quiera ofrecer estudios de este nivel en diferentes disciplinas científicas y humanísticas, no debe calificarse como tal». Más adelante se preguntaba: Si los autores del texto legal están de acuerdo con la definición de «universidad» del título I del decreto, «por qué la ignoran en el procedimiento para la creación de nuevas universidades, sustituyéndola por una definición que, si es operacional, distorsiona el concepto mismo de universidad, al reducirlo a una lista convencional de profesiones. La lista apenas merece comentarios: casi todas o todas las profesiones señaladas podrían estudiarse empíricamente y ejercerse prácticamente, aunque bastante mal, sin mayor comprensión de sus fundamentos». En otro orden de materias, la Asociación Andrés Bello llamaba la atención sobre las cuestiones concernientes a la autonomía universitaria que la nueva legislación declaraba. No sólo se excluía del gobierno universitario a estudiantes y administrativos; tampoco se explicitaba en parte alguna el que el gobierno universitario estuviera reservado a los académicos. De hecho, la nueva ley no excluía que personas ajenas a la universidad detentaran dicho poder, «y en tal caso, un grupo enteramente ajeno a la vida académica podría ser propietario de nuevas instituciones y depositario de su autonomía, relegando a los profesores a la función de empleados».²⁷

El segundo cuerpo legal que fue promulgado en esos días correspondía al Decreto con Fuerza de Ley núm. 4 sobre financiamiento de las universidades.²⁸ Dicha normativa introducía profundas modificaciones en el sistema de financiamiento universitario. La crítica al sistema vigente hasta entonces se traducía en que el sistema cerrado y semimonopólico de ocho universidades gozaba de un cuantioso financiamiento estatal garantizado y carente de todo control respecto de la eficiencia en el uso de esos aportes. En los hechos, las universidades existentes, tanto estatales como privadas, recibían del Estado un porcentaje superior al 80% del total de sus ingresos. La modalidad establecida en el DFL 4, en su diseño original, implicaba una mantención del total de los aportes del Estado a las universidades existentes, pero bajo nuevas condiciones. Una parte de los aportes, destinada al financiamiento de la investigación y la extensión, sería entregada en forma directa a cada institución en la proporción en que ella había recibido apoyo estatal respecto del conjunto del sistema en el tiempo anterior (el llamado porcentaje histórico), pero en un monto

²⁷ «Asociación “Andrés Bello” se pronuncia respecto a ley de universidades», revista *Hoy*, 28 de enero al 3 de febrero de 1981.

²⁸ Decreto con Fuerza de Ley núm. 4, *Diario Oficial* del 20 de enero de 1981.

decreciente hasta alcanzar un equivalente al 50% del aporte fiscal a la educación superior de 1980 en moneda de igual valor. Las universidades nuevas que se crearan al amparo de esta legislación no gozarían de este aporte fiscal directo. Otra parte del aporte estatal, destinada a financiar la docencia, sería entregada a cada universidad²⁹ en proporción a la captación que hicieran de los mejores veinte mil puntajes en la Prueba de Aptitud Académica de cada año. Este aporte fiscal indirecto, de acuerdo a la proyección del DFL 4, alcanzaría en 1986 al 50% del aporte fiscal a la educación superior, que se mantendría constante respecto de sus niveles de 1980 en moneda de igual valor. En suma, el proyecto contenido en la nueva normativa establecía que la responsabilidad del Estado frente al conjunto del sistema se mantendría constante, pero en lo relativo al financiamiento de la docencia, se establecía un mecanismo indirecto de control del gasto a través de un sistema competitivo de captación de postulantes. A juicio de los ideólogos de la reforma, ello redundaría en una sana competencia entre universidades, las que, en un esfuerzo por captar los mejores puntajes, mejorarían la calidad de sus servicios de docencia.

Otra innovación de mucha relevancia en materia de financiamiento, fue la incorporación del cobro de aranceles a los estudiantes por el valor de la docencia recibida. Tradicionalmente, los estudiantes de la Universidad de Chile desembolsaban pequeñas sumas que financiaban el proceso de matrícula y distintos servicios que iban en su directo beneficio; tales como el Servicio Médico y Dental de los Alumnos (SEMDA), el Club Deportivo y el Servicio de Bienestar Estudiantil a través de una cuota de solidaridad cuyo monto variaba de acuerdo a la capacidad de pago del estudiante y su familia, y cuya administración se orientaba con criterios redistributivos. Hacia 1976, y luego en 1978, la cuota de solidaridad aumentó en forma notoria y pasó a denominarse «matrícula diferenciada por tramos», la que, atendiendo al ingreso familiar del alumno, debía ser cancelada por éste a la universidad con destino a los fondos generales del plantel. En la Universidad de Chile, este sistema de arancel diferenciado incluía tramos exentos de pago, persiguiendo una mayor progresividad. Aunque en el momento de su aplicación, el sistema de arancel diferenciado produjo estragos entre los estudiantes más modestos, en el conjunto total de la recaudación de las universidades representó un ingreso marginal, y su administración, a la larga, no fue del todo eficaz por cuanto había variadas posibilidades de eximirse de cancelar los montos exigidos en

²⁹ En el proyecto original, el aporte fiscal indirecto podía entregarse también a universidades que se crearan con posterioridad a la entrada en vigor del sistema.

atención a la concurrencia de diferentes variables socioeconómicas que podían estar afectando al estudiante.³⁰

El Decreto con Fuerza de Ley núm. 4, al permitir a las universidades el cobro de aranceles atendiendo al costo de la docencia, y no ya a la situación socioeconómica del estudiante, establecía un sistema de crédito fiscal, a través del cual los estudiantes que lo solicitaran podrían obtener un préstamo en condiciones preferenciales de plazos e intereses para solventar el costo de su carrera. En el evento que la demanda por crédito fiscal excediera las disponibilidades de recursos para ese efecto, el Estado serviría de aval a los estudiantes que quisieran solicitar crédito en el sistema financiero. La progresión establecida en el cuerpo legal señalaba que para 1986, el aporte por concepto de Crédito Fiscal Universitario alcanzaría al equivalente del 50% del aporte fiscal al sistema universitario de 1980 en moneda de igual valor. En consecuencia, si en 1980 el Estado aportaba al sistema universitario un equivalente a una base 100 en recursos para las universidades, la nueva ley de financiamiento proyectaba un aporte equivalente a 150, desglosado en partes iguales en aporte fiscal directo, indirecto y crédito fiscal universitario.

En los meses posteriores se sucedieron numerosas reacciones ante la nueva institucionalidad. La Asociación Andrés Bello deploraba el que las universidades se vieran forzadas a competir de un manera patológica por los mejores estudiantes egresados de la enseñanza media, con el objeto de obtener así mayor financiamiento: en lugar de ofrecer estudios de más alta calidad, preveía la puesta en marcha de un mercado de ilusiones, destinado a atraer el mayor número posible de estudiantes en aquellas carreras más codiciadas, con una esperable sobreoferta de profesionales en determinadas áreas del mercado de trabajo. A juicio de la Asociación, era absurdo medir la calidad de las universidades por las expectativas de sus postulantes en lugar de medirla por la calidad de sus egresados y del trabajo de su personal académico en materias de docencia y, especialmente, de investigación científica, donde sí era pertinente plantear algún tipo de competitividad.³¹ La mezcla de variables políticas y económicas le

³⁰ Andrés Sanfuentes, «Comportamiento universitario y políticas de financiamiento», en Carla Lehmann (editora), *Financiamiento de la Educación Superior: Antecedentes y desafíos*, Colección Foro de la Educación Superior, Santiago, CEP, 1990, págs. 131 y siguientes. Sobre los efectos que tuvo en los estudiantes más modestos la aplicación del sistema de arancel diferenciado, se puede consultar en revista *Ercilla*, «Las barreras para estudiar», 8 de junio de 1976.

³¹ En un intento más radical por disputarle terreno a la hegemonía del concepto de competencia, y sentar diferencias entre el modelo de mercado competitivo de bienes y servicios, y la ética universalista y cooperativa que debiera regir la actividad docente

permitía afirmar que «tampoco es aceptable, porque no es justo ni eficaz, entregar las universidades, sus grados y sus títulos, a las transacciones de un mercado que se prejuzga libre, pero que está sujeto a formas veladas de control». ³² Humberto Giannini no pudo evitar ser más cáustico: «La ley está plagada de resquicios lingüísticos y es abiertamente discriminatoria y clasista, antinacional. Entrega el saber desinteresado y sus cultores a la voracidad de un mercado contingente condicionado exclusivamente por el interés y el lucro». ³³

En la otra vereda del debate, los partidarios del régimen no dudaron en respaldar las reformas. En los curiosos foros de la unanimidad, modalidad inaugurada con ocasión de la campaña plebiscitaria de septiembre y a los que sólo concurrían partidarios del gobierno, la televisión se complacía en presentar a Jaime Guzmán, Hernán Larraín y Fernando Léniz coincidiendo sistemáticamente en lo importante de terminar el monopolio de las antiguas universidades, de desencadenar la libertad de enseñanza y de introducir la competencia dentro de las universidades. ³⁴ La Secretaría Nacional de la Juventud anunciaba seminarios de capacitación para dos mil dirigentes juveniles de todo el país, en apoyo de las nuevas normativas universitarias. Pese a no haber sido consultada, la FECECH también respaldó la reforma universitaria de los militares. Aníbal Vial,

y científica, Jorge Millas formuló la siguiente distinción desatendida quizás hasta hoy: «El término “competencia” lo tenemos demasiado asociado a las contiendas económicas y está destinado a expresar los conflictos de intereses. En este campo [académico y científico], yo hablaría de “emulación”, es decir, de búsqueda de mejores caminos para alcanzar los fines espirituales propios de una universidad. (...) No podemos entregar a las universidades a una disputa por “clientes” y por prestigios identificados con determinadas agrupaciones o tendencias ideológicas» (Revista *Hoy*, 21 al 27 de enero de 1981).

³² Revista *Hoy*, 21 al 27 de enero de 1981. En cuanto a la sobreoferta de cupos en carreras de mayor demanda, la misma asociación advertía posteriormente sobre los efectos de las nuevas instituciones: «En 1980 las universidades chilenas ofrecían 2.400 vacantes para estudiar ingeniería civil, y en 1982 ofrecieron 6.500, las cuales, por cierto, fueron copadas. (...) Por otra parte, la Universidad de Chile ofrece solamente 700 vacantes (10,7%), aunque produce el 70% de la investigación en ingeniería de las universidades chilenas. ¿Será equivalente una formación profesional que comprende un trabajo de investigación con una que sólo requiere la aprobación de cursos?». Véase Luis Izquierdo y otros, «Regulación del Sistema Universitario Nacional», ponencia presentada a la Asamblea de la Asociación Universitaria y Cultural Andrés Bello, mimeo, sin fecha, archivo de la Agrupación Cultural Universitaria, p. 8.

³³ Academia de Humanismo Cristiano, *Boletín Realidad Universitaria*, núm. 1, enero-febrero de 1981, p. 12.

³⁴ Academia de Humanismo Cristiano, *op. cit.*, p. 5.

Erich Spencer, Eduardo Silva y Ricardo Bravo, máximos dirigentes de la organización estudiantil oficialista entre 1977 y 1980, declararon públicamente su apoyo a estas medidas que permitirían verdadera libertad, justicia y desarrollo para Chile.³⁵ De hecho, la FECECH durante todos sus años abogó por reformas modernizadoras en la universidad. En el caso específico del crédito fiscal, los dirigentes gremialistas fueron tempranos defensores de focalizar mayores recursos para la educación escolar, considerando regresivo el gasto público en educación superior en los términos en que éste se realizaba. Asimismo, junto con defender el derecho de todo estudiante con capacidad intelectual para permanecer en la universidad y no ser marginado de la misma por consideraciones económicas, los dirigentes de la FECECH plantearon la injusticia que significaba que estudiantes con posibilidades económicas no contribuyeran de acuerdo con esas posibilidades a solventar el costo de su educación superior y que todo el esfuerzo económico que ello significaba fuera soportado por el fisco.³⁶ Pese a los motivos éticos y técnicos que respaldaban su parecer, no les fue posible evitar como compañeras de ruta otras opiniones que, respaldando la puesta en marcha de un nuevo modelo de educación superior, lo hacían con el espeso vaho de la represión de la efervescencia estudiantil de los meses previos. Era el caso de Alvaro Bardón, quien señalaba que «ser agitador universitario es agradable y de buen tono. Todos lo admiran, y muy en particular los compañeros y compañeras. Además es gratis. ¿(Qué ocurriría si) se da término a la beca o al crédito al estudiante que saca un promedio inferior a, supongamos, seis? Sería interesante saber cuánto pagaron por los estudios los muchachos que aparecen haciendo agitación. Sería notable que se comprobara que fueron becados, no pagan o tienen crédito. Pero además de cobrarles matrículas justas, deben aumentarse las exigencias».³⁷ Este juicio era ratificado por Claudio Illanes, quien coincidía con Bardón indicando que se debía «considerar en los aspectos estudiantiles lo relacionado con los cobros por los estudios, las exigencias académicas, el mejoramiento de la situación profesional de ciertas labores mal pagadas y la racionalización económica, como presupuestos básicos para terminar con el activismo estudiantil».³⁸

³⁵ Academia de Humanismo Cristiano, *op. cit.*, p. 12.

³⁶ En este aspecto, la opinión de Anibal Vial (entrevista, 16 de octubre de 1996), Patricio Melero (entrevista, 19 de agosto de 1996) y Erich Spencer (entrevista, 14 de enero de 1997) es unánime.

³⁷ Alvaro Bardón, «Otra vez el activismo estudiantil», *El Mercurio*, 10 de julio de 1980.

³⁸ Claudio Illanes, Carta al Director, *El Mercurio*, 10 de julio de 1980.

LA JIBARIZACIÓN DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE

Como consecuencia de esta verdadera reforma universitaria del gobierno militar, la Universidad de Chile fue severamente afectada en su estructura. Bajo criterios de racionalización y regionalización, fue privada de todas sus sedes regionales en el primer semestre de 1981, las cuales, refundidas las más de las veces con sedes regionales de la Universidad Técnica del Estado, se convirtieron en un conjunto de universidades regionales estatales. Más aún, en Santiago, la Universidad de Chile se desprendió de sus carreras pedagógicas y tecnológicas, dando con ello origen a dos nuevas academias de estudios superiores. Lo único que conservó la Universidad de Chile de todas sus antiguas sedes fue el pasivo patrimonial de las mismas. La reducción de la Universidad de Chile significó una confirmación de los postulados neoliberales dentro del régimen militar. Mientras los sectores nacionalistas habían defendido una universidad grande y fuerte, de cobertura nacional y que permitiera un control ideológico centralizado, los neoliberales propiciaban la división de las universidades, su sumisión al mercado y una relativa mayor flexibilidad académica dentro de los estrechos marcos permitidos por la ideología de la seguridad nacional.³⁹

Como ya se vio, eran conocidas las razones de los sectores liberales en orden a la necesidad de reducir el tamaño de la Universidad de Chile. Aunque polémica, dicha decisión al menos encontraba justificaciones de política académica en el contexto del dogmatismo ideológico de sus impulsores. Sin embargo, las razones para separar las pedagogías del resto de la universidad, y en especial el campus de Macul, eran manifiestamente motivadas por premisas políticas. La movilización estudiantil de 1980 estaba enteramente fuera del control de las autoridades. Inicialmente, los planes para el Pedagógico contemplaban una profunda alteración de su estructura, pero permaneciendo dentro de la Universidad de Chile. El 20 de enero de 1981, por decreto universitario núm. 1171, se creó la Academia Superior de Estudios Pedagógicos de la Universidad de Chile, cuyo director sería un joven ingeniero en ejecución agrícola de gris pasado militante en Patria y Libertad, Fernando González Celis. La precipitación con que actuó la rectoría produjo una situación paradójica. Mientras el decreto universitario núm. 1748 del 26 de enero —que aprobaba la estructura de la nueva academia, que constaba de nueve departamentos y el Liceo Experimental Manuel de Salas—, se encontraba en la Contraloría General de la República para su toma de razón, el 17 de febrero se dictó, a proposición del nuevo rector Alejandro Medina Lois, el Decreto con

³⁹ Jaime Ruiz Tagle, *op. cit.*, p. 82.

Fuerza de Ley núm. 7, que creaba la Academia Superior de Ciencias Pedagógicas, independiente de la Universidad de Chile, a contar del 1 de marzo de 1981, continuadora legal de la Academia que se propuso crear la universidad. El decreto incluso establecía el traspaso del personal académico y no académico, y de los alumnos, de una institución a otra. Las carreras que funcionaban en el Campus Macul y que no formarían parte de la nueva Academia, correspondientes a las licenciaturas en las áreas de humanidades y ciencias sociales, quedaron incluidas dentro de la nueva facultad de Filosofía, Humanidades y Educación, y fueron trasladadas al aséptico Campus La Reina, bajo el decanato de Joaquín Barceló.⁴⁰

Una mirada de conjunto sobre aquel verano de tanto trasiego la aporta Erich Spencer, primer presidente de la FECECH y que en ese tiempo se estaba incorporando a labores docentes en la Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas: «Queríamos que la universidad mostrara un camino de desarrollo de largo plazo. Además, (los gremialistas de la Universidad de Chile) nos habíamos formado la percepción de que la extensión regional de la Universidad de Chile no la estaba beneficiando para nada. Las sedes regionales gozaban de la marca de la Universidad de Chile, pero fuera de eso, no había beneficios mutuos ni para la universidad ni para sus sedes. Había cosas que no se estaban haciendo bien. Personalmente, tuve oportunidad de visitar las sedes regionales y notar que su pobreza era franciscana, lo que podía deberse a problemas de centralismo y a que la universidad estaba sobredimensionada. Los recursos no se estaban empleando todo lo eficientemente que se podría haber deseado. Así, por ejemplo, la misma universidad dictaba varias veces en sedes distintas una misma carrera, y todos sabemos que los recursos académicos son limitados, por lo que hay que optar entre calidad y cantidad, y nuestra idea era privilegiar la calidad. Quizás menos carreras y alumnos, pero de mejor nivel. Eventualmente, propender a una universidad centrada más en la investigación y en los posgrados, porque ya se vislumbraba que el sistema universitario comenzaba a abrirse a la participación del sector privado, lo que implicaba un necesario reacondicionamiento de roles. Entonces, ¿la universidad iba a seguir desempeñando sus mismos roles, o bien se iba a reorientar dentro de un nuevo contexto? (...) Respecto de la separación del Pedagógico, veo varias razones, no en orden de importan-

⁴⁰ Estos antecedentes forman parte de la tesis para optar al título de profesor de historia y geografía de la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, acerca del movimiento estudiantil del Pedagógico entre 1973 y 1980, de Genaro Balladares, págs. 276 y siguientes.

cia. La primera, la gente del Pedagógico tenía sus reivindicaciones propias muy marcadas, y eso lo veíamos también a nivel de estudiantes, donde siempre presentaban un bloque muy unido en la federación, por encima de sus eventuales diferencias políticas. Se trataba de aspiraciones muy sentidas. El Pedagógico al parecer requería de algo más que una mano de gato, y pedía más autonomía. Siempre se quejaban de tener poco espacio, de tener pocas posibilidades ellos mismos de avanzar en la resolución de sus problemas. De ello se sigue una segunda razón, y es que el Pedagógico se había transformado en un foco de problemas, en caldo de cultivo de reivindicaciones que iban más allá de lo académico y que entraban en el terreno de lo contingente. Porque, ¿para qué estamos con cosas!, siempre que había un *meeting* se organizaba en el Pedagógico, las piedras volaban por todo el sector. Entonces, yo creo que se pensó que dándole una estructura más autónoma y con recursos más focalizados, seguramente se podría desarrollar mejor. Y creo que tiene que haberse pensado en su momento también lo siguiente: el Pedagógico era un foco conflictivo, y a la universidad no le convenía tenerlo como socio, desde ese punto de vista de la imagen, el público pensaba que toda la universidad estaba en un mismo nivel de conflicto. Es decir, mirado en jerga comercial, echaba a perder la marca. Seguramente se tuvo presente el modelo de funcionamiento de universidades extranjeras, donde hay casos de universidades temáticas y específicamente pedagógicas. De esa manera, se pensó que los recursos se iban a focalizar teniendo mayor impacto, y el propio Pedagógico iba a tener la oportunidad de hacer mejor gestión de sus asuntos y ser protagonista de su propio destino. Siempre el Pedagógico era mirado como foco de conflicto, y en eso no cabe engañarse. Hasta el día de hoy, siendo una institución autónoma, se habla del “Pedagógico”, siendo que es una universidad por cuenta propia». ⁴¹

El regreso a clases en marzo fue caótico, tanto para quienes habían partido a vacaciones siendo alumnos de la Universidad de Chile y habían regresado como alumnos de una nueva academia, como para quienes habían cursado estudios en el campus Macul y eran ahora reasignados territorialmente. El marasmo era tal, que los alumnos de Geografía de la Facultad de Ciencias Humanas del campus Macul —quienes con la reestructuración pasaban a formar parte de la nueva Facultad de Filosofía, Humanidades y Educación ubicada en La Reina—, al momento de reincorporarse a clases, no encontraron la escuela en ninguna parte. Igual problema ocurrió a profesores y administrativos de la carrera: ¡Geografía no contaba con una coordenada espacial adónde remitirse! El día del

⁴¹ Entrevista a Erich Spencer, 14 de enero de 1997.

retorno a clases, se vio a profesores y estudiantes llorar sentados en las veredas de José Pedro Alessandri.⁴²

Pero la autoridad no sólo empleó en esos meses su poder de imperio para legislar y modificar hasta el hueso la cotidianeidad de toda la comunidad universitaria. Además, hizo gala de gran prepotencia y crudeza en el empleo de la represión. Es así como el decano de la nueva Facultad de Filosofía, Humanidades y Educación, Joaquín Barceló, aprovechaba un cóctel de recepción del año académico para señalar a más de ochenta profesores presentes que les estaba terminantemente prohibido hacer declaraciones sobre la universidad y que quien contraviniera esta orden sería exonerado *ipso facto*.⁴³ En cambio, el ahora rector de la Academia Superior de Ciencias Pedagógicas, Fernando González Celis, prefirió pasar de las palabras a los hechos. Valiéndose del artículo 7 del DFL 1, el viernes 10 de abril llamó a su oficina a seis alumnos que estaban celebrando una recepción a los mechones —a los que luego se agregó Jorge Pesce, dirigente estudiantil de Filosofía y Letras—, los retuvo durante tres horas y luego los entregó a Carabineros. El miércoles 15, el Ministro del Interior, Sergio Fernández, ordenó la relegación de cinco de ellos.⁴⁴ Con ello, González Celis demostraba en la práctica sus propios conceptos vertidos en una carta de bienvenida a los alumnos del plantel: «Queremos hacer de ti un educador profesional y lo haremos, aunque a veces te disguste o no te resulte claro el porqué de los deberes que se exijan. Comprenderás algún día, mejor pronto que más tarde, que para aprender a mandar debes aprender a obedecer». Silvia Pinto, en su columna del diario *La Tercera*, ante el arrojido de este joven rector, declaraba su preferencia por aquellos decanos de trayectorias dilatadas que más saben por viejos que por diablos, antes que «por esta gente nueva que está a cargo, pero que se enreda y termina encargándole a la secretaria que llame a “los pacos”». Por su parte, la CODEJU presidida por Gustavo Rayo, y la Vicaría de Pastoral Universitaria a través del vicario Mario Garfías, denunciaban la actuación de servicios de inteligencia en los planteles, específicamente en los casos de los estudiantes Franklin Santibáñez —presionado por la CNI

⁴² Revista *Hoy*, 1 al 7 de abril de 1981.

⁴³ *Idem*.

⁴⁴ Las relegaciones por vías administrativas llegaron a transformarse en medidas habituales entre 1980 y 1982. El total de relegaciones ordenadas en contra de estudiantes de la Universidad de Chile y del Pedagógico fue de 21 en 1980; 19 en 1982 y 12 en 1983. El total de estudiantes relegados del conjunto del sistema universitario en ese período alcanzó a 110 personas. Véase Manuel Antonio Garretón y Hernán Pozo, *Las universidades chilenas y los derechos humanos*, Documento de trabajo núm 213, Santiago, FLACSO, 1984, p. 118.

para que se convirtiera en informante— y de José Manuel García, golpeado dentro del campus Macul por agentes de seguridad del propio recinto.⁴⁵

El caso más grave fue, sin embargo, el de Patricia Torres. Tras ser expulsada de la universidad, había seguido ejerciendo uno de los liderazgos más importantes del movimiento de la Primavera del Pedagógico en 1980. En un intento por impedirle el ingreso al recinto del Pedagógico, fue golpeada por los propios funcionarios de seguridad que ahí operaban, lo que constituyó uno de los momentos más dramáticos de la huelga. En diciembre, se hicieron patentes las amenazas a su seguridad personal al ser objeto de seguimientos que la obligaron a ocultarse. Tenía además una orden de detención del Ministerio del Interior, y un recurso de amparo en su favor fue rechazado por la Corte de Apelaciones. En solidaridad con su persona, un grupo de estudiantes realizó una huelga de hambre en la Catedral Metropolitana, con el objeto de obtener de la FECECH un pronunciamiento en favor de la seguridad de la dirigente. La respuesta de la FECECH fue brutal: «La señorita Patricia Torres, “bandera de lucha” de quienes permanecen en una dependencia de la Catedral, no es alumna de la Universidad de Chile, de la que fue expulsada por decreto universitario 0013270 del 17 de noviembre del año en curso. Asimismo, ya había perdido su calidad de dirigente estudiantil, cuando el 18 de abril, también por decreto universitario, se le canceló la matrícula. FECECH lamenta no poder acudir en defensa de la señorita Torres y de todos aquellos que fomentan la política al interior de nuestra universidad, ya que no es su fin propio apoyar legalmente a ciudadanos de nuestro país. Estamos seguros que la señorita Torres encontrará ayuda en otras organizaciones que se especializan en defender este tipo de situaciones».⁴⁶ Su precaria situación se prolongó por varios meses. El 25 de mayo de 1981, en dependencias de la Catedral Metropolitana, junto a otros nueve estudiantes universitarios sancionados, inició una huelga de hambre indefinida, ante lo cual el Ministerio del Interior reaccionó con una orden de presentarse todos ellos en dependencias de Investigaciones, en virtud del Decreto Ley núm. 83 de, 1973, que facultaba al gobierno para requerir la comparecencia de personas contra las que presumiblemente pudieran presentarse cargos. Aunque las personas fueran inocentes de cualquier delito, la no presentación tenía contemplada una pena que fluctuaba entre tres meses de cárcel hasta la expulsión del país por un número de años que podía llegar a quince. El 4 de junio, fueron finalmente desalojados a viva fuerza por Carabineros, por orden de la Fiscalía Militar. DINACOS se encargó de

⁴⁵ Revista *Hoy*, 22 al 28 de abril de 1981.

⁴⁶ *Las Últimas Noticias*, 24 de diciembre de 1980.

recordar a la población que las personas objeto de la detención eran todas activistas marxistas, y entre los delitos que se les imputaban, figuraban la participación en asambleas estudiantiles y reuniones de carácter político.⁴⁷

Las grandes movilizaciones de 1980 en el Pedagógico habían puesto de manifiesto la grandeza y miseria de un movimiento estudiantil surgido en un contexto de tan alto coeficiente de concentración del poder como el que caracterizaba a la dictadura. Vacaciones mediante, la autoridad siempre dispone de la posibilidad de dar un paso atrás para luego atacar con dos pasos adelante. Lo que a fines de 1980 parecía un gran triunfo de los jóvenes, devino en arrasamiento en marzo de 1981. La gran huelga del Pedagógico «terminó en que nosotros obtuvimos prácticamente todas nuestras reivindicaciones. Barceló tuvo que ceder, la oficina de seguridad la terminó cerrando y eso fue un gran triunfo. Pero, claro, nos cerraron el Pedagógico, dictaron la Ley General de Universidades y se acabó la fiesta. En gran medida fue producto de la fuerza de ese movimiento que el gobierno se decidió a dictar la ley que hizo pebre la Universidad de Chile».⁴⁸ De regreso a clases, la tradicional sede de Macul se denominaba campus Lircay, explicitando el deseo del nuevo rector González Celis de poner fin a la anarquía e inaugurar el orden. Al resto de los estudiantes de la Universidad de Chile —que buscaban el término del régimen de intervención militar en los claustros—, la separación del Pedagógico y la nueva legislación universitaria los encontró desprovistos de cualquier capacidad de respuesta. Fuera de unas cuantas declaraciones del Centro de Alumnos del Pedagógico y de grupos menores de estudiantes de la Universidad de Chile rechazando la Ley General de Universidades, o de foros de académicos promovidos por la Agrupación Cultural Universitaria (ACU), el movimiento estudiantil de oposición careció de toda posibilidad de acción eficaz al respecto.⁴⁹ Sólo en agosto de 1981, la Agrupación Cultural Universitaria consiguió publicar su primer número del año de su tradicional revista *La Ciruela*, conteniendo una extensa exposición crítica de la nueva legislación. En ella, luego de analizar cuestiones como la necesidad en que se verían las universidades de vender servicios

⁴⁷ Academia de Humanismo Cristiano, *Boletín Realidad Universitaria*, núm. 5, mayo de 1981, págs. 24–25, y núm. 6, junio de 1981, p. 8.

⁴⁸ Entrevista a Ricardo Brodsky, 8 de abril de 1997.

⁴⁹ Academia de Humanismo Cristiano, *Boletín Realidad Universitaria*, núm. 2, enero-febrero de 1981, págs. 6–7, y núm. 3, marzo de 1981, págs. 4–5. Reproduce declaraciones del Centro de Alumnos del Pedagógico, de dirigentes estudiantiles de la Universidad de Chile y la Universidad Técnica del Estado agrupados en la Unión Nacional de Estudiantes Democráticos (UNED), rechazando la nueva legislación y llamando a formar un Frente Nacional de Defensa de la Universidad.

rentables a fin de generar ingresos propios, y el nuevo sistema de pago del valor de la docencia, formulaban una aguda y previsoramente aprehensión: «Se está planteando una universidad extrasocial, es decir, no se entiende como una institución que sirve a la sociedad, sino un elemento productor de profesionales que compran sus carreras para satisfacer sus necesidades sin ninguna deuda con la sociedad».⁵⁰

El de 1981 fue un año de reflujo de la capacidad de movilización estudiantil opositora, alimentado además por el desgaste producido tras el esfuerzo infructuoso desplegado por los estudiantes con ocasión del plebiscito constitucional de septiembre de 1980.⁵¹ Pero este reflujo no se debía sólo al ánimo derrotista que asolaba a los jóvenes. Obedecía además a condiciones de fondo, propias de la índole de los movimientos universitarios, que habían sido puestas al desnudo con la ofensiva gubernamental. No sólo se desarticulaba el principal campus, sede de la contestación juvenil al régimen, y se reestructuraba el conjunto del sistema universitario al solo arbitrio del gobierno. En segundo lugar, se produjo el egreso —por vías académicas normales o por expulsión— de una generación de dirigentes que había ingresado a las universidades con posterioridad al golpe militar de 1973 y que había encabezado el ciclo de rebeldía juvenil de los años 1978 a 1980. Adicionalmente, como se ha visto, el régimen no tuvo mayores remordimientos en aplicar la represión ya fuera por vías disciplinarias dentro de la universidad o administrativas desde el Ministerio del Interior.⁵² Pese a la épica con que se recuerda a las movilizaciones del Pedagógico entre septiembre de 1978 y diciembre de 1980, la salida del Pedagógico respecto de la Universidad de Chile en marzo de 1981, es vivida sin pena ni gloria por un movimiento estudiantil que había perdido su capacidad de respuesta.⁵³

⁵⁰ Revista *La Ciucla*, Agrupación Cultural Universitaria, núm. 8, agosto de 1981, págs. 4-7.

⁵¹ Paradojalmente, las movilizaciones juveniles que provocó la frustrante experiencia del plebiscito sirvieron, a la larga, como instancia de reclutamiento y semillero de nuevos liderazgos estudiantiles en los años ochenta. Entrevista a Germán Quintana, 19 de octubre de 1996; entrevista a Humberto Burotto, 24 de noviembre de 1996.

⁵² José Auth, *Las luchas estudiantiles en Chile. Crónicas de una década (1973-1983)*, Documento de Trabajo núm. 91, Santiago, SUR, 1988.

⁵³ Entrevista a Rodolfo Fortunatti: «Pedagógico: ¿Que cien años no es nada?» en revista *Claridad*, Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile, año 1, núm. 3, junio-julio 1989, p. 13.

UNA GRIETA ENTRE LA FECECH Y RECTORÍA

La periodista describe desconcertada: «Está de pie, junto a su escritorio, delante de una enorme fotografía del general Pinochet, de medio cuerpo, tamaño natural (tal vez más grande, me pareció). No se advierte por ahí ningún retrato de Andrés Bello. En el gabinete del rector delegado de la Universidad de Chile hay sables y espadas. Y, en los muros, fotos del general Medina lanzándose en paracaídas, también en traje de campaña como “boina negra”. Un ambiente con mucho de militar y poco —por no decir nada— de académico. El no presume de otra cosa: “soy un soldado”, me dijo, con un tremendo orgullo...».⁵⁴ Un día jueves 15 de abril, los mechones de la universidad se encontraban celebrando el Día de la Chilenidad en el campus Antumapu. De pronto, del cielo, un paracaidista dejándose caer en las proximidades. Aplausos, vítores, hurras de los estudiantes, qué choreza. Una vez en tierra, el paracaidista avanza hacia los estudiantes, y cuando ya los ha alcanzado, se descubre la cara. «¿Qué les parece?»: era el rector Medina, tratando de ganarse a los estudiantes siendo el más bacán. La impresión de los dirigentes estudiantiles presentes estaba más cerca del estupor que de la aprobación. Ese incidente marcó el tono de lo que serían las relaciones entre la organización estudiantil dominada por los gremialistas y este rector que significaba el regreso de un duro al mando de la universidad.

En opinión del nuevo rector, eso de que la universidad es el pensamiento crítico de una nación correspondía a una concepción marxista. Contrario, a su manera, a que la universidad se mantuviera como una torre de marfil, se preguntaba retóricamente: ¿por qué se pretende que dentro de las universidades haya apertura política si en el país no la hay? Y se contestaba: «La universidad no es un mundo separado, en la universidad se debe aplicar la misma legalidad vigente en el país». La periodista, en el límite de la impertinencia, le pregunta por las atribuciones discrecionales que la nueva ley general de universidades confiere al Ministro del Interior:

—¿Qué cree usted que habría pasado, general, si el gobierno anterior hubiera tenido semejante atribución? ¿No cree que se habría considerado más peligroso que la ENU?

—Sí.

—¡¿Sí?!

—Claro. Cuando hay un gobierno respaldado por una mayoría tan importante ratificada plebiscitariamente, se pueden hacer todos estos cam-

⁵⁴ *El Mercurio*, 12 de julio de 1981.

bios. Cuando un gobierno es elegido por una falla, en forma minoritaria y hace cosas que no estaban en su programa, es rechazado.⁵⁵

El momento de inflexión más notorio en las relaciones entre la FECECH y rectoría, que durante el período de Agustín Toro Dávila habían sido generalmente armoniosas, se produjo a partir del anuncio de rectoría de implantar en todas las facultades una cátedra obligatoria de seguridad nacional. Hacia octubre de 1981, sólo se sabía que la determinación de los contenidos de las referidas cátedras era algo que estaba manejando personalmente el rector Medina. El vespertino *La Segunda* especulaba al respecto señalando que el concepto de seguridad nacional a emplear sería el mismo que la Academia Militar había propuesto, según el cual «la seguridad nacional es una necesidad vital del Estado-Nación, cuya satisfacción la obtiene alcanzando el conjunto de condiciones que garanticen a la comunidad el logro de sus legítimas aspiraciones e intereses permanentes, de acuerdo con las exigencias del bien común, empleando con esta finalidad el potencial nacional. Estas condiciones se logran capacitándolo para prever, detectar, enfrentar o superar aquellas vulnerabilidades, interferencias, amenazas o agresiones que afecten, significativamente, su identidad histórico-cultural, las bases de su institucionalidad o su integridad territorial».⁵⁶

Aunque el presidente de la FECECH durante el año 1981, Ricardo Bravo, trataba de tranquilizar a los aprehensivos señalando que las cátedras de seguridad nacional sólo se aplicarían en algunas carreras como plan piloto, su sucesor, Pablo Longueira, dio señales más tajantes de independencia frente a la rectoría. Al asumir el cargo, interrogado sobre qué ocurriría si el rector determinaba la obligatoriedad de las cátedras, contestaba Longueira que la reacción de la FECECH consistiría en no tomar la cátedra, simplemente. Agregaba: «Parto de la base que si el rector nos reconoce como organismo canalizador de las inquietudes de los estudiantes y nosotros hemos dicho en varias formas que no queremos que esa cátedra sea obligatoria, si se implanta, creo entonces que la conversación llegó a su fin».⁵⁷

Para tranquilidad del dirigente, el propio rector anunció el día del aniversario de la universidad que la polémica cátedra se eliminaba, y que consideraba atendibles las peticiones de los estudiantes. Pero éstas constituían un ambicioso programa de cambios del estado de cosas vigente entonces en la universidad. A juicio de Pablo Longueira, una de las prioridades para el próximo período se relacionaba con la participación. Ante

⁵⁵ *El Mercurio*, 17 de julio de 1981.

⁵⁶ *La Segunda*, 17 de octubre de 1981.

⁵⁷ Revista *Cosas*, 19 de noviembre de 1981.

la inminencia de un nuevo estatuto orgánico de la Universidad de Chile, anunciado para 1982, el dirigente abogaba por una mayor participación de la comunidad universitaria en la gestión de sus asuntos propios. Para ello, el nuevo estatuto debería considerar una efectiva comunicación entre autoridades, académicos y alumnos, descentralizando el gobierno central y aún la propia FECECH, y fortaleciendo el hasta entonces pasivo papel de profesores, delegados de curso y de centros de alumnos. Todo lo anterior se traducía en la aspiración de que los representantes de alumnos y profesores fueran miembros permanentes de los consejos de facultad. Refiriéndose a la participación de los alumnos, Longueira se declaraba contrario al cogobierno estudiantil, pero ello no obstaba a reclamar un derecho a voz de los estudiantes en las instancias colegiadas a nivel de facultad y de Consejo Universitario, más aún considerando la situación creada por la nueva ley de financiamiento universitario, bajo la cual los estudiantes pagaban un arancel sustantivo. Con cierta crudeza, la periodista describía a Longueira en los siguientes términos: «Habla fuerte y golpeado, cree en el poder del dinero y plantea como premisa básica que si un estudiante está pagando más por su educación, tiene el derecho a exigir mejor preparación académica».⁵⁸ En suma, mayor participación inspirada más en una teoría de los derechos del consumidor que en una definición de la comunidad universitaria racionalmente constituida como dialogante y crítica.

El problema económico no se reducía, en todo caso, sólo a los derechos de participación de los estudiantes en una institución que contribuían a financiar. Sumada a lo anterior, estaba la consideración de los problemas suscitados por la insuficiente disponibilidad de crédito fiscal universitario y la discrecional y unilateral atribución de las universidades para subir el valor de los aranceles de las carreras. La puesta en marcha del DFL 4 sobre financiamiento había mostrado que las solicitudes de crédito fiscal excedían los montos dispuestos por el Estado para cubrir esas demandas, lo que se repetiría en 1982 y 1983.⁵⁹ En abril de 1982, y alegando la percepción de un menor aporte fiscal que el previsto, la universidad estableció una cuota de matrícula adicional de \$ 2.700. La FECECH, junto con lamentar esta decisión, pidió que el valor correspondiente a cursar todos los años de una carrera se diera a conocer anticipadamente, pues consideraba una anomalía que los mejores alumnos postularan a la universidad sin que se supiera el valor de los aranceles, que de un año para

⁵⁸ Revista *Cosas*, 19 de noviembre de 1981. Véase también Revista *Ercilla*, 9 de diciembre de 1981.

⁵⁹ Andrés Sanfuentes, *op. cit.*, p. 169. En 1982, el porcentaje de crédito solicitado no cubierto por el sistema alcanzó a un 14,8%, mientras que en 1983 se elevó a 18,3%.

otro se reajustaban muy por sobre el IPC. Así, la universidad cobraba a los alumnos nuevos unos aranceles irrealmente bajos, con objeto de obtener con su postulación un mayor aporte fiscal indirecto —la conocida «marraqueta»—, reajustándolos en los años posteriores, cuando los estudiantes ya se encontraban «cazados» en la carrera y cuando el aporte fiscal indirecto había sido percibido por la institución.⁶⁰

La FECECH concentró sus esfuerzos en eliminar la cuota de matrícula adicional de \$ 2.700, objetando que ella se aplicara por parejo a todos los estudiantes sin distinción de las diversas situaciones socioeconómicas en que pudieran encontrarse. Al no obtener mayores resultados con sus gestiones dentro de la universidad, la FECECH elevó la puntería. En reunión con el Ministro de Educación, Alfredo Prieto, la FECECH insistió en sus demandas económicas, pero activando un nuevo frente de tensiones con la autoridad de Casa Central, reavivando las disputas entre duros y blandos. Los dirigentes estudiantiles informaron además al ministro que rectoría ponía trabas a la labor de la organización estudiantil, advirtiendo una militarización del plantel que les hacía temer para dentro de pocos años, razón dialéctica mediante, un rebrote de marxismo dentro de la universidad. La conclusión más contundente a que llegaban los dirigentes estudiantiles era la necesidad de reemplazar los rectores delegados por rectores civiles.⁶¹ Reconocía Longueira que las relaciones con rectoría estaban deterioradas, pero no parecía dispuesto a dar marcha atrás. En entrevista, a *El Mercurio*, pedía que el nuevo estatuto de la universidad diera carácter orgánico a la participación estudiantil con voz y voto en las instancias colegiadas a nivel de facultades y de consejo universitario. Si era preciso, la FECECH recurriría al Jefe de Estado para dar solución a los problemas económicos derivados de la insuficiente disponibilidad de crédito fiscal.⁶² En esos días, la propia rectoría admitía que más de nueve mil alumnos de la universidad no se encontraban en situación de seguir cancelando las cuotas mensuales de su arancel.⁶³

⁶⁰ Véase las entrevistas a Pablo Longueira, en revista *Qué Pasa*, 16 al 22 de septiembre de 1982; a Manuel Sepúlveda, presidente de la FECECH 1982-1983 y a Jaime Orpis, presidente FEUC 1982, en revista *Erçilla*, 17 al 23 de noviembre de 1982. Esta anomalía reclamada por los dirigentes estudiantiles perduró hasta que el art. 33 de la ley 18.482 del 28 de diciembre de 1985 modificó en lo pertinente el DFL 4 de 1981, indicando que las universidades e institutos profesionales deberían fijar cada año un arancel por carrera para toda la duración de ésta, que se reajustaría cada año en la proporción que cada institución determinara, pero que no podría exceder el índice de precios al consumidor del año respectivo.

⁶¹ Revista *Hoy*, 2 al 8 de junio de 1982.

⁶² *El Mercurio*, 23 de agosto de 1982.

⁶³ Academia de Humanismo Cristiano, Boletín *Realidad Universitaria*, núm. 19, p. 37.

El 4 de septiembre, la FECECH se reunió con el general Pinochet. A juicio de los dirigentes estudiantiles, el general había aceptado eliminar la cuota de matrícula adicional de \$ 2.700, y se había comprometido a estudiar un nuevo sistema de crédito fiscal para los alumnos. Dos días más tarde, el rector Medina manifestaba el malestar del general Pinochet por la declaración pública de la FECECH relativa a los temas abordados en la reunión que habría tenido carácter de privada. Medina agregaba que no admitiría el cogobierno y que la FECECH debía ser muy cuidadosa en sus declaraciones. Anunciaba además el rector que se realizaría una auditoría a la FECECH a objeto de conocer el uso que se estaba haciendo de los recursos que le aportaba la propia rectoría. La FECECH contestó a esta declaración indicando que la rechazaba, pero que no iniciaría una polémica con el rector para no beneficiar a sectores que en ese septiembre estaban favoreciendo la efervescencia política en las aulas en las Facultades de Medicina, Derecho e Ingeniería. De hecho, sólo dos días antes, el Ministerio del Interior había dispuesto la relegación de un estudiante de derecho, Yerko Ljubetic, a la localidad de Dalcahue, Chiloé, luego de incidentes producidos en el Palacio de los Tribunales de Justicia cuando un centenar de estudiantes de Derecho pedían el fin del exilio.⁶⁴

Pero la disputa entre la FECECH y la rectoría no terminó ahí. El Consejo de Presidentes de Centros de Alumnos de la FECECH denunció que una carta de apoyo al rector, publicada en un diario de la capital el día 7 de septiembre, era apócrifa. Ninguno de los delegados que figuraba en ella como remitente admitía haberla firmado; el facsímil enviado a la prensa contenía veinticinco nombres, todos ellos sin firma autógrafa, y quince de las personas que allí aparecían suscribiéndola señalaban que sus nombres habían sido utilizados sin su consentimiento.⁶⁵ En los días siguientes, se daban a conocer los resultados de la auditoría practicada a la FECECH, sin que se detectara ninguna anomalía. Longueira, junto con entregar estos resultados, anunciaba que definitivamente la cuota adicional de matrícula no sería cobrada a los estudiantes, por disposición del gobierno.⁶⁶

La FECECH había conseguido dar un golpe de fuerza a la rectoría. Próxima la fecha de renovación de directiva, Pablo Longueira ofreció una importante entrevista a Raquel Correa, donde resumió el conjunto de la visión que los gremialistas tenían sobre el momento universitario. A jui-

⁶⁴ Academia de Humanismo Cristiano, *Boletín realidad Universitaria*, núm. 20, septiembre de 1982, págs. 8-23.

⁶⁵ *El Mercurio*, 26 de septiembre de 1982.

⁶⁶ Academia de Humanismo Cristiano, *Boletín Realidad Universitaria*, núm. 21, octubre de 1982, pág. 7.

cio del dirigente, la falta de participación seguía siendo el problema más grave. En el caso de los académicos, el malestar generalizado los llevaba a emigrar a otras universidades, donde se los remuneraba mejor. Pese al tiempo transcurrido, aún estaba vigente el decreto ley que permitía a las máximas autoridades exonerar discrecionalmente a los académicos de la universidad.⁶⁷ Estos seguían sin tener injerencia ni en la conducción ni en las decisiones de la universidad, y debido a la vigencia del decreto aludido, ejercían la autocensura. «A ninguno —aparte de a Igor Saavedra— se lo escucha opinar. Tienen miedo (...) los académicos sienten inseguridad para hacer planteamientos críticos en cuanto a la conducción de la universidad», agregaba Longueira.⁶⁸ Sin pausa, argumentaba adicionalmente en favor del fin del sistema de rectores delegados, por considerar que ya había pasado el momento de su necesidad, y que ahora se debía avanzar hacia la aplicación plena del nuevo estatuto de la universidad, en el cual la propia institución a través de su Junta Directiva podía generar a sus autoridades superiores. Contradiendo directamente al rector Medina Lois, proseguía Longueira afirmando que la universidad era un organismo muy distinto al resto de las instituciones del país, y que por su propia definición se encontraba preparada para dar el paso de generar a sus autoridades. Al referirse al incidente de la declaración apócrifa de apoyo al rector, especulaba Longueira respecto de la existencia de grupos asesores del rector que preferirían que no existiera organización estudiantil: «Es un grupo muy reducido de personas a las que les gusta controlar la universidad de tal modo que no haya ninguna crítica, ninguna discrepancia. En el fondo, tratan de implementar un sistema absolutamente rígido». Por el contrario, los gremialistas postulaban las ventajas de una organización estudiantil única, rechazando la libertad de afiliación que en entonces promovía el rector de la Universidad de Concepción, Guillermo Clericus, considerándola una manera elegante de evitar que surgieran tales organizaciones. Ante la insinuación de la periodista de ser un gremialista mane-

⁶⁷ Se refiere al Decreto Ley núm. 139, *Diario Oficial* del 21 de noviembre de 1973.

⁶⁸ En 1981, el rector Medina Lois había exonerado al destacado académico de la Facultad de Ciencias, Luis Izquierdo, luego que éste concediera una entrevista de prensa con planteamientos críticos acerca de la situación universitaria. En esa oportunidad, el rector Medina argumentó, para proceder a la exoneración del profesor, que Izquierdo se había referido en términos ofensivos a las autoridades universitarias y al Sistema Nacional de Educación. Pese a la gran polémica suscitada y a las solicitudes de reintegro formuladas por numerosos sectores de académicos y estudiantes de la universidad, Izquierdo no fue reincorporado durante la rectoría de Medina Lois (véase Academia de Humanismo Cristiano, *Boletín Realidad Universitaria*, núm. 9 y 10, septiembre y octubre de 1981).

jado a control remoto desde la Universidad Católica, Longueira contestaba vehemente: «La universidad está mal y lo peor que podría hacer es irme sin haberlo señalado: la critico precisamente porque la quiero», para finalizar diciendo que «como los académicos no se atreven a hablar por culpa del decreto que comenté, yo, que soy un estudiante, he tenido que convertirme en la voz de los académicos, aunque debiera cuidar más el problema estudiantil». ⁶⁹

Pese a defender hasta el final el sistema de rectores delegados por considerar que había permitido recrear los antiguos valores universitarios de orden, eficiencia y excelencia académica, y superar el caos y esterilidad que afectó a las universidades durante la reforma, las horas del rector Medina Lois estaban contadas. Al asumir para el período 1982-1983, el nuevo presidente de la FECECH, Manuel Sepúlveda, reiteró las críticas a la conducción de la universidad, pidiendo la vigencia plena del estatuto orgánico y la participación de los académicos en el gobierno central y de las facultades. Ante la reticencia del rector de dar nuevos pasos en dirección de una mayor normalidad en las universidades, declaraba Sepúlveda: «No sé cómo el rector Medina entiende el cogobierno. Mi impresión es que no le gusta la participación. Las relaciones de la FECECH con el rector son estrictamente protocolares». ⁷⁰

A mediados del mes de diciembre, junto con dar a conocer el listado de los ascensos y retiros dentro de las Fuerzas Armadas, el gobierno anunció la designación como rector de la Universidad de Chile del brigadier general de Ejército Roberto Soto Mackeney, de la rama de artillería, quien en ese momento se desempeñaba como Intendente de la Octava región. La designación sorprendió a los círculos universitarios y causó una horrible impresión inicial al anunciársela como si se tratara de una destinación castrense. De acuerdo a las disposiciones transitorias del estatuto orgánico de la Universidad de Chile que había sido puesto en vigor ese año 1982, el nombramiento del rector era facultad privativa del Presidente de la

⁶⁹ La entrevista fue publicada en *El Mercurio*, 3 de octubre de 1982.

⁷⁰ Academia de Humanismo Cristiano, *Boletín realidad Univeristaria*, núm. 22, noviembre de 1982, p. 10. Parte de los planteamientos de Sepúlveda insistían además en la necesidad de dar solución al problema del alza discrecional de los aranceles de las carreras, del insuficiente crédito fiscal y del aumento desmedido de vacantes en carreras que captaban un mayor aporte fiscal indirecto. A juicio del dirigente, una ley que dejaba tantos vacíos no podía ser buena, y se requería de reformas que dieran más claridad y garantías a los estudiantes. Finalmente, solicitaba congelar el valor de los aranceles de las carreras para 1983, respecto de los que el rector Medina había anunciado un reajuste de 25% sobre el IPC. Véase Academia de Humanismo Cristiano, *Boletín Realidad Universitaria*, núm. 23, diciembre de 1982, págs. 31-37.

República, previa proposición de una terna de postulantes confeccionada por la Junta Directiva del plantel a requerimiento del propio Presidente de la República. Sin embargo, para la designación del rector Soto Mackeney, el gobierno se desentendió de esta norma y procedió a designarlo en forma directa.⁷¹

En sus primeras declaraciones tras ser designado rector, Roberto Soto Mackeney señaló entre sus prioridades el mejorar las relaciones con la FECECH y resolver las peticiones de mayor participación estudiantil. No obstante, el año 1983 los acontecimientos tomarían otros rumbos, y la política de rectoría hacia la FECECH y el estudiantado comenzaría a caracterizarse por una creciente desafección.

⁷¹ La Junta Directiva era un organismo superior de la universidad, al que las normas permanentes del Estatuto Orgánico entregaban importantes atribuciones resolutivas en materia de política universitaria, presupuesto de la corporación y designación de autoridades superiores centrales y de facultad. Durante el período de transición contemplado en la Constitución de 1980, la única atribución de la Junta Directiva que estaba vigente era precisamente la de proponer al Presidente de la República la terna de postulantes a rector. Al designar al rector Soto Mackeney, el gobierno desoía la posibilidad de nombrar un académico o al menos un civil en la rectoría de la Universidad, no obstante que por su estructura, la Junta Directiva era fácilmente controlable por el propio gobierno. De los nueve integrantes que la conformaban, tres eran nombrados por el Presidente de la República; tres eran designados por el Consejo Universitario de entre los académicos de más alta jerarquía de la universidad; los tres restantes los designaba el Consejo Universitario de entre personas que poseyeran títulos o grados otorgados por la Universidad de Chile o que hubieran cumplido funciones académicas en ella y que no se encontraran desempeñando funciones o cargos en ninguna institución de educación superior. El Consejo Universitario, por su parte, estaba compuesto por el prorector —nombrado por el rector—, los decanos de las facultades —nombrados y removibles por el rector— y por académicos de las más altas jerarquías, designados por el propio Consejo Universitario. En suma, durante el período que se extendía desde el 11 de marzo de 1981 hasta el 11 de marzo de 1989, el gobierno conservaba un control directo o mediado por el rector —que a su vez se removía a voluntad del Presidente de la República—, en lo que a la conformación de la Junta Directiva se refiere. La inoperancia de la Junta Directiva quedó de manifiesto al momento de la renuncia del rector Soto Mackeney y de la designación de José Luis Federici en el cargo, en agosto de 1987. Véase Estatuto Orgánico de la Universidad de Chile, DFL núm. 153 de 1981, *Diario Oficial* del 19 de enero de 1982, arts. 8, 9, 11, 24, 25, 29, y artículo 1 transitorio.

Los jóvenes traen buenas notas

*«El reformismo de FECECH»
FECECH realizará un simposio sobre la
sordera en Chile, en el edificio Diego Portales.¹*

Los dirigentes estudiantiles gremialistas de la Universidad de Chile estaban colocándose en una situación paradójica con sus postulados de mayor independencia frente a la autoridad de rectoría y su demanda de mayor participación de la comunidad universitaria en los asuntos propios de la corporación. Mientras por una parte reclamaban para que las autoridades superiores dieran más atención al parecer de los académicos, por la otra presentaban una tenaz resistencia a los clamores crecientes que, desde el mismo estudiantado, pedían una democratización del Estatuto de la FECECH. En el momento de su aparente mayor fortaleza, la FECECH estaba incubando en su seno el germen de una contradicción que la llevaría a su caída.

Como ya se advirtió, luego de la dictación de la Ley General de Universidades, los estudiantes opositores al régimen militar experimentaron un notorio repliegue de sus iniciativas. Ante el egreso o la expulsión de la mayor parte de sus dirigentes, se imponía para estos sectores la necesidad de emprender un nuevo aprendizaje para la construcción de un movimiento estudiantil que tuviera posibilidades de disputar la hegemonía a los gremialistas. A lo anterior, hay que agregar una mayor desorientación política respecto del período anterior. Con posterioridad a 1980, se producirá entre los comunistas la adopción de una estrategia que consideraba todas las formas de lucha para enfrentar el régimen militar, la que producirá un mayor distanciamiento especialmente en relación con la Democracia Cristiana, en comparación con lo que había sido previamente la política de alianzas amplias —el llamado Frente Antifascista— cuyo principal destinatario era precisamente el PDC, y que en la universidad había

¹ Titular del diario *El Mercurio*, 10 de octubre de 1981.

tenido uno de sus mayores éxitos en el CORREME, en los años en que la DCU era dirigida por el sector 'chascón'. Adicionalmente, los años que siguen a la dictación de la legislación universitaria de los militares se caracterizan por una creciente fragmentación y dispersión de los sectores socialistas.² Asimismo, decae la línea de trabajo de los opositores menos vinculada a la acción político partidista, y tendiente en cambio a iniciativas de carácter universitario o cultural, la llamada estrategia basista. Aunque formalmente se prolongó hasta 1983, la Agrupación Cultural Universitaria realizó sus últimos grandes festivales en 1981, año en que además fue objeto de una violenta represión en contra de importantes figuras, como su presidente Patricio Lanfranco y el actor y dramaturgo Gregory Cohen.³ Declina también la importancia de la CODEJU y de la Pastoral Universitaria, que ofrecían amparo a iniciativas juveniles disidentes o, cuando menos, rechazadas por el oficialismo.⁴ Los comités de resistencia, cuyo

² Fernando Martínez y Julio Valladares, *La joven democracia. El movimiento estudiantil en Chile (1973-1985)*, Santiago, Cuadernos Documentas, Instituto para el Nuevo Chile, 1988, p. 33. Sobre la política del Partido Comunista entre 1977 y 1980, véase Tomás Moulian, *op. cit.*, págs. 264-269.

³ Patricio Lanfranco fue detenido por la CNI el 1 de mayo de 1981, y luego de permanecer varios días en esa condición, fue liberado con su barba y pelo afeitados. Gregory Cohen, ganador ese mismo año del Festival de Teatro de la ACU en las menciones de mejor obra, mejor dirección y mención honrosa al mejor actor, fue detenido el 4 de septiembre por repartir en la vía pública panfletos contra el gobierno, y se le inició un proceso por infracción a la Ley de Seguridad Interior del Estado, siendo encargado reo, para terminar sobreesido luego de varios meses de procesamiento (entrevista a Patricio Lanfranco, 4 de diciembre de 1996; Academia de Humanismo Cristiano, *Boletín Realidad Universitaria*, núm. 5, mayo de 1981 y núm. 9, septiembre de 1981).

⁴ Aunque respecto de la Vicaría de Pastoral Universitaria, dependiente de la Iglesia Católica, no existen mayores informaciones disponibles en esta investigación, cabe mencionar dos testimonios acerca de su importancia y orientación. En uno de ellos, Yerko Ljubetic, que formó parte de la Pastoral Universitaria durante sus primeros dos años como alumno de Derecho, sostiene: «En mi época, la Pastoral fue muy importante en el proceso de rearticulación del movimiento estudiantil. Más aún considerando la importancia de los grupos de interés del más diverso tipo que realizaban actividades más allá del puro estudiar e irse a la casa. En esos años, para la gente de la oposición, al tener o preparar actividades conforme a sus intereses, la opinión de la Pastoral de la escuela era muy importante. La Pastoral reunía bastante gente, más que cualquier partido. Tenía una opinión, y estaba asociada a la actitud progresista de la Iglesia de esos años. Sin lugar a dudas, se trataba de un actor. Lo que ocurre es que posteriormente, al haber una mayor apertura política, con partidos más constituidos, ocurre lo obvio, y es que la Pastoral se reubica en sus actividades más privativas, con lo que pierde su calidad de protagonista relevante en el tema político» (entrevista a

propósito era expandir el rango de acción de los militantes de partidos de izquierda hacia el común de los estudiantes, con iniciativas locales que fluctuaban desde intereses académicos hasta el bienestar estudiantil, pasando por la defensa de los derechos humanos, iban a ir cediendo paso a una demanda marcadamente gremial, es decir, una lucha por el control formal de las organizaciones estudiantiles, mutando en Comités de Participación. La sincronidad que este movimiento de democratización gremial va a tener con el desarrollo de las protestas nacionales iniciadas en Chile tras la crisis económica desencadenada a mediados de 1982, explicará el que los contenidos del movimiento estudiantil democratizador oscilen en sus énfasis entre los intereses universitarios-corporativos y la demanda democrática a nivel nacional, con una indiscutible presencia de las juventudes de partidos políticos en la articulación y dirección del movimiento.⁵ De cualquier manera, entre 1981 y 1983, la progresión del

Yerko Ljubetic, enero de 1997). Por su parte, Ricardo Bravo, presidente de FECECH en el período 1980-1981, resume la relación del gremialismo con la Iglesia en general y esta Vicaría en particular, con una pintoresca declaración. Luego de confesarse gremialista y devoto de San Francisco, sostiene estar desilusionado de una Iglesia que pretende que se puede llegar a Dios a través de los hombres, cuando a su juicio, se llega a los hombres a través del contacto con Dios. Aludiendo a la Pastoral Universitaria, declara que «si uno les pide algo espiritual, algo que no sea juntar ropa para los trabajadores de Panal, ahí se acaba la Pastoral» (véase Academia de Humanismo Cristiano, *Boletín Realidad Universitaria*, núm. 5, mayo de 1981, p. 15). Lo dicho acerca de la Pastoral Universitaria tiene valor también respecto de la Parroquia Universitaria, en su calidad de amparo de iniciativas de importancia universitaria, política, artística y en el ámbito de la defensa de los derechos humanos (véase Ana María Hoyl Cruz, *Canto a lo humano*, Santiago, edición de la Comunidad Monseñor Enrique Alvear, sin fecha).

⁵ Fernando Martínez y Julio Valladares, *op. cit.*, p. 37. En rigor, es discutible el que alguna vez los partidos políticos de oposición no hayan tenido una presencia preponderante en las iniciativas de contestación al régimen durante el período anterior a la dictación de la Ley General de Universidades. La mayor presencia pública formal de los referentes políticos en el período posterior coincide con fenómenos tales como el auge de las protestas nacionales; con el triunfo de sectores disidentes del régimen en organismos sociales tales como colegios profesionales, sindicatos (un caso significativo es el de la Confederación de Trabajadores del Cobre, que hacia finales de 1981 había elegido presidente nacional al demócratacristiano Emilio Torres y al año siguiente, a Rodolfo Seguel), y, progresivamente, estudiantiles; con el lento inicio del retorno de los exiliados; con iniciativas de concertación política de centro izquierda inéditas, como el PRODEN y el Manifiesto Democrático en 1982 y 1983; y como consecuencia de lo anterior, con una relativa mayor apertura política que permitía a los militantes políticos de oposición que formaban parte de los frentes sociales actuar de manera más abierta y con menos eufemismo que el que era necesario en el período

movimiento opositor es lenta y desde una clara conciencia de la precariedad. Un documento emanado de la CODEJU, aporte a las Jornadas por una Universidad Libre, celebradas en noviembre de 1981, expresa el modesto momento que atraviesa el movimiento democratizador: «Las jornadas no procuran representar a una comunidad que aún no se constituye como tal, sino incentivar experiencias que recreen una universidad libre, que se mostró impotente frente a la dictación de la Ley General de Universidades. El problema de fondo a atacar parece ser la neutralidad y el descompromiso individualista de la inmensa mayoría, la despolitización y la pérdida de interés por los problemas colectivos. (...) No [se] busca dirigir un movimiento que no es tal, sino apoyar su constitución».⁶

Como contrapartida, el predominio del gremialismo en la FECECH era incontrarrestable ese año 1981. Salvo mínimas excepciones, el mecanismo diseñado por el estatuto de la federación estaba dando los resultados previstos en términos de un sistema que se protege a sí mismo de cualquier posibilidad de reforma no controlada por la cúpula. Un mecanismo de elección de delegados que conformaba un cuerpo de electores del centro de alumnos que propendía a un empate entre dos bloques (oficialismo-oposición), el cual se dirimía con el voto de la directiva sa-

do anterior a 1981. Rodolfo Fortunatti señala, en tal sentido, que el movimiento estudiantil desde 1973 y especialmente entre 1978 y 1980 fue alimentado por los partidos políticos y, en tal sentido, las convergencias en un principio eran fundamentalmente políticas. Ante el reproche de los basistas que objetaban al CORREME ser un acuerdo entre superestructuras partidistas, Fortunatti replica señalando que entonces no había más entre quienes colocarse de acuerdo. Cosa opuesta ocurría en el período de la reforma, en que el movimiento estudiantil había sido capaz de dotar de élites dirigentes a los partidos políticos, y aun, de dar lugar a la formación de nuevos grupos políticos, como era el caso del gremialismo y del MAPU a partir de la FEUC, de la Izquierda Cristiana a partir del grupo tercerista democratacristiano de la FECH, y del MIR a partir de la FEC de la Universidad de Concepción (véase Carlos Huneeus, *Movimientos universitarios y generación de élites dirigentes*, Santiago, CPU, 1973; entrevista a Fortunatti en *Pedagógico*, en «¿Qué cien años no es nada?», revista *Claridad*, Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile, núm. 3, junio de 1989, p. 13; además, entrevista de Genaro Balladares y Esteban Romo a Rodolfo Fortunatti, 1 de febrero de 1995).

⁶ Academia de Humanismo Cristiano, *Boletín Realidad Universitaria*, núm. 11, noviembre de 1981, p. 37. Coincidentemente, el individualismo es consignado por Pablo Longueira como uno de los mayores problemas por los que atravesaba el estudiantado y con los que tendría que enfrentarse en su gestión al frente de la FECECH. Refiriéndose a Longueira, dice la periodista Gloria Stanley: «Le preocupa que el actual sistema universitario esté produciendo un alumnado que define como “egoísta”, sin proyección social, enfocado sólo a su perfeccionamiento individual» (*Qué Pasa*, 16 al 22 de septiembre de 1982).

liente, heredera mediata de una primera directiva designada por la autoridad universitaria. El centro de alumnos así establecido, formaba un nuevo cuerpo de electores que designaba la directiva de la federación, de una terna propuesta por al menos cuatro de los centros de alumnos participantes en el consejo de presidentes. La validación pretendidamente democrática de esta pirámide radicaba en una elección de delegados de curso por la base de los estudiantes, en un proceso convocado con relativa sorpresa; con seis meses de diferencia respecto de la elección de directiva de la FECECH; sin candidaturas, al modo de una elección escolar de mejor compañero, y, en consecuencia, una elección donde no era posible presentar ni evaluar propuestas de ninguna especie, ni aun gremiales, ni menos votar informadamente. El resultado era la despolitización del conjunto del proceso, y la gestión elitista de la federación y de los centros de alumnos.

Aunque a nivel de elecciones de delegados la oposición conseguía obtener representantes y en algunas facultades incluso obtener mayoría, el resultado general le era ampliamente desfavorable, mucho más considerando que la Universidad se había desprendido del Pedagógico, el que se había constituido tempranamente en un centro de alumnos de oposición dentro del sistema de la FECECH. Por lo demás, los opositores no conseguían establecer estrategias comunes entre quienes privilegiaban obtener espacios dentro del sistema perfilando delegados que constituyeran liderazgos locales y equipos de trabajo por facultad, y los que apostaban a la deslegitimación de la federación llamando a la abstención. Los resultados para unos y otros terminaron siendo deplorables en las elecciones de delegados de 1981, donde el oficialismo arrasó con los delegados, pese a que se reconoció una importante abstención general del 44%.⁷

Así las cosas, en octubre de 1981, cuando correspondió renovar directiva de FECECH, de entre los diecisiete centros de alumnos que conformaban el consejo de presidentes, Artes y Filosofía no se encontraban constituidos como tales, y otros cuatro —Ciencias Básicas y Farmacéuticas, Medicina Oriente, Medicina Occidente y Medicina Veterinaria— decidieron abstenerse por considerar que el proceso estaba siendo llevado de manera irregular, puesto que la mayoría de los presidentes del consejo estaban tomando decisiones marginando de hecho a los centros de alumnos que formulaban la reclamación. Pero la mayoría aplastante de presiden-

⁷ Academia de Humanismo Cristiano, *Boletín Realidad Universitaria*, núm. 5, mayo de 1981, p. 13. La indefinición estratégica de los opositores producía efectos tales como que en Ingeniería, con un 76% de abstención, el oficialismo eligió a la totalidad de los 14 delegados.

tes gremialistas no sólo eligió nueva directiva, sino que impidió a la minoría la lectura de una declaración en la que explicaban su abstención.⁸

Así se decidió la elección de la directiva que encabezaría Pablo Longueira, estudiante de Ingeniería Civil. Sus primeras declaraciones no sólo abogaban por mayor participación de la comunidad universitaria en sus asuntos propios —incluso con derecho a voto de los representantes estudiantiles en los organismos colegiados a nivel de facultad y de consejo universitario en materias docentes— y una normalización del régimen de gobierno de las universidades que implicaba el término de los rectores delegados y la radicación de la dirección superior de la universidad en las manos de los académicos.⁹ Además, el nuevo presidente de la FECECH traía consigo una propuesta de reformas del propio estatuto de la federación. Partiendo de la premisa de la necesidad de contar con una organización estudiantil única en la Universidad de Chile, Longueira consideraba del caso reformar el sistema de elección de delegados de curso, de manera de posibilitar la presentación anticipada de candidaturas. En marzo de 1982 se realizó un ampliado de delegados de curso de la Universidad de Chile en que se acordaron tales reformas para la elección de delegados. Además, se redujo el número de delegados indispensables para presentar candidaturas al centro de alumnos (un delegado avalado por un 30% del consejo de delegados), y de presidentes de centros de alumnos que podían presentar candidaturas para directiva de la federación (un presidente de centro de alumnos avalado por un 30% de los votos ponderados del consejo de presidentes). Además, se consideraba en las reformas dotar de atribuciones resolutivas a los consejos de delegados y de presidentes de centros de alumnos, puesto que hasta el momento sólo eran órganos consultivos de los centros de alumnos y de la directiva de la federación, respectivamente. El propósito buscado por estas modificaciones, y declarado por Longueira, era el de lograr mayor participación, mayor identificación con la universidad y mayor igualdad de oportunidades entre los estudiantes. Curiosamente, su colega en la presidencia de la FEUC, Jaime Orpis, comentaba de manera algo inoportuna las reformas de Longueira: «Los cambios realiza-

⁸ *El Mercurio*, 20 de octubre de 1981.

⁹ *La Segunda*, 20 de octubre de 1981. Curiosamente, y en contra de todas las opiniones de sectores blandos, aperturistas y gremialistas en favor de un término del sistema de rectores delegados y de diversos grados de participación de los estamentos universitarios en el gobierno y gestión de las universidades, cabe consignar la siguiente opinión del máximo líder de esa corriente, Jaime Guzmán, en una dirección opuesta: «No corresponde a ningún estamento universitario elegir democráticamente a las autoridades. La autoridad viene de arriba y de los dueños de la universidad» (*Erilla*, 27 de enero al 2 de febrero de 1982).

dos por la FECECH son formales y no afectan el fondo del sistema». A fines del mes de mayo, rectoría declaraba su conformidad con lo sustancial de las reformas adoptadas por el ampliado de delegados de curso de la FECECH.¹⁰

Uno de los mayores énfasis puestos en la estrategia de reformas estatutarias promovidas por la nueva directiva de la FECECH se relacionaba con la necesidad de fortalecer la unidad del estudiantado en una sola federación. En su contra, a juicio de los gremialistas, conspiraban dos fenómenos. Primero, el surgimiento de actividades paralelas a las que realizaba la federación. Así, por ejemplo, durante los meses de verano, estudiantes opositores habían realizado trabajos voluntarios en Cautín, organizados por el Centro de Alumnos de Ciencias Básicas y Farmacéuticas y con importante participación de la Agrupación Cultural Universitaria. Durante la realización de los mismos, 61 personas, entre ellas 17 estudiantes, fueron detenidas acusadas de planificar actividades terroristas. Longueira acusó a los participantes de estos trabajos de actuar deslealmente y de manchar el prestigio y transparencia de las actividades juveniles y de la FECECH en particular, que había realizado sus tradicionales trabajos voluntarios en Lumaco. Esta declaración fue apoyada por *El Mercurio*, que por su parte calificaba a los detenidos de «adherentes a una agrupación cultural que sirve de pantalla al marxismo».¹¹ Lo inexplicable de estas reacciones es que, dos días antes de su publicación, ya habían sido puestos en libertad por falta de méritos la totalidad de los detenidos, por resolución del Fiscal Militar, mayor de ejército Rodolfo Vargas Campos. En otro orden de materias, el temor al paralelismo se relacionaba con iniciativas de democratización de los centros de alumnos. En noviembre de 1981, la directiva del Centro de Alumnos de Periodismo fue elegida por votación directa y universal, no obstante lo cual sus nuevos dirigentes afirmaban no tener intención de apartarse del sistema de la FECECH.¹² Más tarde, los estudiantes de Ciencias Básicas y Farmacéuticas, si bien elegían sus delegados de curso con el sistema de la FECECH, habían procedido a elegir la directiva del centro de alumnos mediante sufragio universal y directo, previa realización de campaña con ternas de candidatos y programas conocidos con anticipación por los electores. En este proceso resultó elegido presidente David Escanilla, de tendencia comunista.¹³

¹⁰ *La Segunda*, 7 de enero de 1982. Academia de Humanismo Cristiano, *Boletín Realidad Universitaria*, núm. 15, abril de 1982, y núm. 16, mayo de 1982.

¹¹ *El Mercurio*, 5 de febrero de 1982.

¹² Academia de Humanismo Cristiano, *Boletín Realidad Universitaria*, núm. 11, noviembre de 1981, p. 30.

¹³ Academia de Humanismo Cristiano, *Boletín Realidad Universitaria*, núm. 14, marzo de 1982.

Un segundo fenómeno que preocupaba a los gremialistas era el de la eventual pérdida de legitimidad de la FECECH, expresada en el éxito que pudieran tener los llamados a la abstención en las próximas elecciones de delegados de curso. Éstas finalmente se realizaron, con las reformas al estatuto ya en curso, en junio de 1982. La FECECH informó los siguientes resultados: sobre un universo de estudiantes de 17.055 alumnos, se produjo un 64,4% de participación, y la elección de 102 delegados oficialistas y 65 de oposición. Los llamados a la abstención en Derecho e Ingeniería alcanzaron una respuesta superior al 70% en ambas facultades.¹⁴ Una semana más tarde, sin embargo, la revista *Hoy* publicó los resultados de una encuesta efectuada por estudiantes independientes sobre un total de 13.358 alumnos de la Universidad de Chile. Pese a no cubrir el total de los estudiantes de la universidad, esa encuesta había registrado 7.057 abstenciones, es decir, casi mil más que las que había arrojado el cómputo de la FECECH sobre un universo de 17.055 alumnos. La conclusión de los realizadores de la encuesta era obvia: la FECECH había cometido fraude.¹⁵ Evidentemente, los efectos prácticos de esa denuncia fueron inexistentes y no alteraron la marcha de la directiva de la FECECH en ese momento. Aún más, el mecanismo de la encuesta demostraba que los estudiantes independientes o disidentes carecían de la suficiente organización a nivel de toda la universidad para realizar un control del cómputo de los sufragios realmente emitidos en las mismas mesas de votación. Una encuesta como la realizada era un método engorroso y que no se podía comparar sin más a los resultados de la elección, porque evidentemente se prestaba a distorsiones.¹⁶

Parecía consolidado un *statu quo*. De una parte, los opositores al sistema de la FECECH se encontraban sin acertar en una estrategia que les permitiera dar un paso cualitativo más allá del limitado propósito de elegir delegados de curso dentro del sistema. Perseverar en este propósito

¹⁴ *El Mercurio*, *La Tercera* y *Las Últimas Noticias*, 11 de junio de 1982.

¹⁵ *Revista Hoy*, 16 al 22 de junio de 1981.

¹⁶ Incluso para las juventudes políticas universitarias era difícil una coordinación a nivel de toda la universidad. Gonzalo Rovira señala que todavía en 1983, en pleno movimiento democratizador y en el contexto de las protestas nacionales, se daba el caso que él conoció a dirigentes de centros de alumnos comunistas en los consejos de la FECECH y no a través de instancias propiamente partidarias. Recorrer la totalidad de los campus era entonces una tarea difícil, no sólo por la dispersión geográfica que caracteriza a la Universidad de Chile, sino por el tipo de control disciplinario subsistente en los recintos, que dificultaba a los estudiantes la posibilidad de permanecer en facultades distintas de las suyas propias (entrevista a Gonzalo Rovira, 27 de abril y 24 de junio de 1997).

los condenaba, en el mejor de los casos, a un empate perpetuo a nivel de consejo de delegados que se resolvía siempre de manera adversa al momento de elegir nueva directiva de centro de alumnos, por el voto dirimente de la directiva saliente. El llamado a la abstención no producía efectos prácticos positivos, e incluso empeoraba la situación al entregar la totalidad de los delegados electos al oficialismo, como había sido el caso de Ingeniería en 1981. Pero por otra parte, la propia FECECH no era enteramente indolente frente al potencial de desprestigio que acumulaba el sistema de representación estudiantil imperante. Así, mientras formalmente se elegían delegados que permitían al diseño de representación indirecto seguir manteniendo su forma, paralelamente se temía el progresivo distanciamiento de los estudiantes respecto de la federación, en un momento en que ésta se había propuesto emprender cambios mayores dentro de la universidad y en conflicto con la rectoría de Medina Lois. El peor de los mundos posibles para el gremialismo era el de una FECECH sin la solidaridad de los estudiantes y en conflicto con las autoridades. La organización podía mantenerse en el diseño de control elitista mientras mantuviera afinidad con las autoridades interventoras. A su vez, podía enfrentar a la autoridad mientras contara con respaldo real de los estudiantes. Lo que no hacía viable el diseño de federación única bajo la modalidad elitista era el conflicto con la autoridad en un contexto de bajo respaldo de la base estudiantil. La FECECH no contaba con medios para apelar al respaldo informal y masivo de los estudiantes porque no creía en ellos, y tampoco se había preocupado de procurarse dicho respaldo en el curso de los años en que había existido como organización. Más allá de las intenciones confesas o inconfesables de sus sostenedores, el hecho crudo y duro era que la vigencia del estatuto de la FECECH, aun con las reformas de tipo formal emprendidas en el período de Longueira, emanaba de un acto de imperio de rectoría y su diseño era funcional a la inmovilización de la base estudiantil.

El segundo semestre de 1982 fue escenario de un incremento de la movilización estudiantil de oposición, simultánea al progresivo enfriamiento de las relaciones entre la FECECH y rectoría. En el mes de septiembre, los estudiantes de Derecho protagonizaron importantes manifestaciones en contra del exilio, que derivaron en pugilatos con partidarios del gobierno dentro de la facultad, y con desórdenes en el Palacio de los Tribunales de Justicia, al grito de «¡Queremos Justicia, Poder Judicial!». Resultado de esos incidentes, fueron relegados por el Ministerio del Interior Yerko Ljubetic y Fernando Martínez, mientras que eran detenidos por la CNI el egresado Guillermo Pickering y el alumno Raúl Campusano. La alteración del orden había sido tal que el decano Rosende amenazó

con cerrar la escuela y suspender el año académico. El secretario de estudios de la facultad, Rafael Cruz, a quien los estudiantes apodaban «El Guarén», interrumpió una actividad organizada por los estudiantes en la que el abogado Jaime Hales exponía acerca del caso de COVEMA. Cruz le anunció que, en lo sucesivo, la entrada de Hales a la facultad quedaba prohibida.¹⁷ En esos mismos días, en el campus La Reina los alumnos de Filosofía, Humanidades y Educación realizaban protestas llamando a no pagar la cuota extra de matrícula de \$ 2.700. En la Facultad de Medicina Norte, más de trescientos estudiantes se manifestaban en el frontis de la escuela disconformes con la situación presupuestaria de la facultad y con la reducción de la planta docente anunciada por el decano Elías Cumsille. En el campus Andrés Bello, se solidarizaba con la estudiante de Filosofía de la Universidad Católica Andrea Palma, detenida y vejada por la CNI, y se protestaba por el recrudecimiento de la represión gubernamental en contra de los estudiantes.¹⁸ Por cierto, la falta de una orientación homogénea de las diversas manifestaciones saltaba a la vista, y era obvio que ellas se explicaban en parte como fruto de las tradicionales movilizaciones estudiantiles que se realizaban, desde 1977, durante el mes de septiembre, por lo que podía esperarse que decayeran en los meses siguientes. Sin embargo, esta vez las manifestaciones habían sido considerablemente más masivas y contestatarias que las de 1981, y auguraban una mayor presencia opositora en el futuro próximo.

El efecto de estos incidentes era el de estrechar las posibilidades de acción de la FECECH. Como ya se vio, ese mes de septiembre, las relaciones con el rector Medina Lois tocaron su punto más bajo luego de la bullada entrevista entre los dirigentes estudiantiles y el general Pinochet. Los sectores cercanos a Medina Lois estimaban que la federación controlada por los gremialistas realizaba una operación política para sacarlo de la rectoría. Sin embargo, observaban que la legitimidad de la propia FECECH estaba en cuestión, considerando la alta abstención registrada en las últimas elecciones de delegados de junio. Incluso, los asesores del rector le proponían restringir las atribuciones de la federación, y se especulaba que los gremialistas, con el propósito de subir la participación electoral estudiantil, habían negociado con los estudiantes de oposición la posi-

¹⁷ Paradojalmente, Jaime Hales había sido un destacado dirigente estudiantil universitario de la Democracia Cristiana durante la Unidad Popular, y uno de los líderes más emblemáticos de la toma de la facultad en 1971 realizada por el Frente Universitario para respaldar al rector Boeninger en su conflicto con el Consejo Normativo Superior de la Universidad, en ese momento controlado por una mayoría de izquierda.

¹⁸ Véase Revista *Hoy*, ediciones del 8, 15, 22 y 29 de septiembre de 1982.

bilidad de cederles algunos centros de alumnos, lo cual implicaba politizar la federación.¹⁹

El año terminó con una nueva elección de la FECECH. Sobre 42 votos ponderados dentro del Consejo de Presidentes de Centros de Alumnos, el estudiante de Medicina Manuel Sepúlveda, gremialista «reformista», obtuvo 37. Los presidentes de Ciencias Básicas y Farmacéuticas, David Escanilla, y de Filosofía, Eduardo Rojas, decidieron abstenerse. Aunque Rojas esperaba mantener contacto con los futuros dirigentes en beneficio de la solución de los problemas económicos de los estudiantes, no estaba dispuesto a participar de una elección antidemocrática, «un simple cambio de nombres».²⁰

Al asumir su cargo, Sepúlveda reiteró los postulados de Longueira en orden a normalizar las universidades en lo que a sus sistemas de gobierno académico se refería; las críticas a los vacíos que evidenciaba la nueva legislación universitaria, y los propósitos de fortalecer el carácter único de la federación frente a lo que consideraba paralelismo de los opositores.²¹

BIENVENIDO SEA EL CAOS: EL ORDEN HA FRACASADO²²

El 11 de abril de 1983, la tradicional celebración de la Guerra del Puente a metros de la Facultad de Derecho, en el contexto de la Semana Mechona, derivó en una gresca descomunal entre estudiantes y carabineros. A sólo días de su inauguración, del nuevo puente de Pío Nono, ornamentado con primor con jardineras y luminarias, no quedaba piedra sobre piedra, hasta las barandas metálicas fueron arrancadas de cuajo. Un acongojado alcalde de Santiago, Carlos Bombal, acusó a elementos infiltrados ajenos al quehacer universitario de los destrozos producidos. Sin embargo, los propios estudiantes en cartas a la prensa lo desmintieron, arrogándose la responsabilidad de lo acontecido. La tradición oral incluso afirma que el mismísimo decano Rosende —cuya muñeca política le permitía este tipo de originalidades—, en los momentos de máxima confusión y repliegue estudiantil ante la acción de carabineros, se apersonó en el frontis de la facultad para arengar a los suyos incitándolos a no dar por perdido el puente, siendo aclamado por estudiantes oficialistas y opositores que luchaban ahora contra una extraña alianza táctica de pacos y estudiantes de

¹⁹ Revista *Hoy*, 22 a 28 de septiembre de 1982.

²⁰ *La Segunda*, 9 de octubre de 1982.

²¹ Véase entrevista a Manuel Sepúlveda, Revista *Cosas*, 21 de abril de 1983.

²² Título de un artículo de la revista *El Pasquín*, publicada por estudiantes de economía vinculados a sectores de la renovación socialista, año IV, núm. 13, mayo de 1983.

ingeniería. La FECECH se sumó a los desmentidos a los dichos del alcalde y anunció que pagaría los daños. Un fantasma recorría las universidades: era el fantasma de la ingobernabilidad.²³

Hasta ese momento, el curso de los acontecimientos universitarios parecía orientarse hacia una mayor apertura. En el verano había asumido el nuevo rector Roberto Soto, quien ofreció señales de más deferencia hacia las inquietudes académicas, suscitando esperanzas y elogios de los sectores aperturistas del gobierno, luego del malestar inicial que produjo la forma de su nombramiento. Así, una de las primeras medidas del nuevo rector fue la supresión de su comité asesor militar, sustituyéndolo por un comité académico. Mientras tanto, la FECECH había realizado sus trabajos de verano en la Undécima región, con respaldo de la Fuerza Aérea de Chile en el traslado hasta el sitio de los trabajos, y había recibido la visita en terreno del propio rector Soto. En la inauguración del año académico, la máxima autoridad indicaba que las puertas de la rectoría estaban abiertas a los estudiantes en todos aquellos asuntos en que su participación fuera pertinente. Más aún, en respaldo de la condición de federación única que ostentaba la FECECH, aclaraba que no estaría dispuesto al diálogo con personas que se arrogaran la representación de estructuras inexistentes. En el mes de febrero era designada Mónica Madariaga como nueva Ministra de Educación, formando de inmediato una comisión que estudiaría cambios a la legislación universitaria, a la que se integraron los representantes de la FECECH.²⁴

La revista *Realidad*, de orientación gremialista, definía los desafíos de ese año: «En el campo universitario, el problema es mucho más agudo, porque mientras la nueva legislación respectiva amenaza con esterilizarse o desvirtuarse por una errónea forma de aplicarla, la estructura de poder que existe en nuestras universidades se ha demostrado incapaz de incorporar efectivamente a su conducción a los mejores académicos, salvo honrosas excepciones que más bien confirman la regla. El comité ad hoc que asesora al Presidente y el inicio de las actividades de varias juntas directivas en las universidades estatales deben apreciarse como paliativos valiosos, pero que no modifican el cuadro general predominantemente negativo en este importante rubro del quehacer nacional. La incomprensión que el gobierno muestra hacia el mundo universitario no sólo perjudica el fruto académico de éste, sino que le enajena al régimen la voluntad de

²³ Véase, por ejemplo, *La Tercera*, semana del 11 al 18 de abril de 1983; entrevista a Yerko Ljubetic, enero de 1997.

²⁴ Academia de Humanismo Cristiano, *Boletín Realidad Universitaria*, núm. 24, enero-febrero de 1983, y núm. 25, marzo de 1983.

sectores muy influyentes del país que han estado y estarían proclives a apoyarlo, de no mediar tan lamentable y prolongado desencuentro».²⁵ En la misma línea, la revista *Qué Pasa* advertía que el rector Soto tenía por delante la tarea de mejorar el ambiente interno y solucionar el déficit económico del plantel.²⁶

En verdad, la crisis económica del año 1982 había hecho fracasar todas las previsiones que acerca de las universidades se había planteado la legislación dictada en 1981. En efecto, mientras el DFL 4 de 1981 establecía que, en moneda de igual valor, el aporte fiscal al sistema universitario aumentaría respecto de 1980 en un 15% en 1982 y en un 23% en 1983, la realidad había mostrado otra cosa. El aporte fiscal en 1982 había aumentado sólo un 5,7%, para caer en 1983 a sólo el 87,5% de lo que se entregaba en 1980.²⁷ En ese momento, amplios sectores del propio gobierno cuestionaban los mecanismos diseñados para distribuir los recursos fiscales, especialmente el aporte fiscal indirecto, que se suponía introducía elementos de competencia entre las instituciones. Las consecuencias del cuadro creado eran fáciles de prever: menoscabo salarial a los trabajadores universitarios académicos y no académicos, reducciones de personal, merma de las propias funciones universitarias, aumento del valor de los aranceles para los estudiantes, insuficiencia de crédito fiscal para los estudiantes de menores recursos, etcétera. La FECECH se dirigía al propio general Pinochet para expresarle su preocupación por la situación económica de los estudiantes, calificando de nefasta la ley de financiamiento universitario y solicitando mayor crédito fiscal. Manuel Sepúlveda reiteraba el deseo de poner fin a los rectores delegados y acusaba, de paso, a algunos centros de alumnos y a la Unión Nacional de Estudiantes Democráticos de promover un paralelismo que calificaba como deleznable: «Siempre el paralelismo es una traición».²⁸

El 11 de mayo sorprendió a toda la sociedad, gobierno y oposición, con una protesta pacífica de carácter nacional convocada por organismos sindicales y que logró la adhesión no sólo del mundo popular, sino que además de vastos sectores medios directamente afectados por la quiebra del sistema financiero declarada en el mes de enero de ese año. Desde entonces, y cada mes durante el siguiente año y medio, los chilenos serían

²⁵ Revista *Realidad*, núms. 44-45, enero y febrero de 1983.

²⁶ Revista *Qué Pasa*, 7 al 13 de abril de 1983.

²⁷ Andrés Sanfuentes, «Política de financiamiento universitario», *Revista Realidad Universitaria* (Academia de Humanismo Cristiano), núm. 2, 1987, págs. 38-39.

²⁸ Revista *Cosas*, 21 de abril de 1983. Sobre la crisis económica de la Universidad de Chile, véase revista *Hoy*, 6 al 12 de abril de 1983 y 25 al 31 de mayo de 1983.

convocados a sucesivas jornadas de protesta, con un aumento tanto de la agresividad y audacia de las acciones de rechazo al régimen como de la magnitud de la represión por parte del gobierno. En el desarrollo de estas iniciativas, las protestas estudiantiles en horas de la mañana tendrían un destacado lugar, especialmente lo que ocurriera en las facultades de Ingeniería, Derecho, Medicina Norte y el campus Andrés Bello, en el caso de la Universidad de Chile, y considerando por supuesto al Pedagógico, donde los incidentes, por lo regular, eran de consideración. Una de las consecuencias más importantes para el proceso estudiantil fue la de evidenciar que la contestación al régimen militar y a la intervención de las universidades tenía un carácter masivo y que, de ahora en adelante, estaba dispuesta a ocupar el espacio público. Los años 1981 y 1982 habían sido de derrota para los opositores al sistema de la FECECH, sumidos en una sensación de atomización y desamparo. La irrupción de las protestas nacionales, en cambio, tenía para los adversarios del gobierno el saludable efecto de ofrecerles un espacio de reconocimiento mutuo, a plena luz, y hasta con difusión pública por los propios medios de comunicación controlados por el oficialismo. En el año 1983, pese a su dramatismo, el ciclo de las protestas tuvo un extraño efecto catárquico al que sus actores acudían con curiosidad por conocer su propio potencial de rebeldía, poniendo al miedo entre paréntesis. Mientras tanto, el gobierno entró en una fase de extrema confusión en su iniciativa política, oscilando entre un tibio aperturismo y la aplicación más prosaica del terror.

En las universidades, el inicio de las protestas alimentó la extensión de un movimiento democratizador del estatuto de la FECECH, ofreciendo un norte más claro a un movimiento opositor hasta entonces disperso y estratégicamente vacilante. En los primeros días de mayo, la FECECH declaraba que no reconocería las elecciones de centro de alumnos realizadas mediante sistema de sufragio universal y directo en Medicina Norte y en Ciencias Básicas y Farmacéuticas. La consecuencia práctica de esta marginación se traducía en la pérdida del local para sesionar y de financiamiento de sus actividades para los centros de alumnos rebeldes, cuestión que afectaba además al centro de alumnos de Filosofía, Humanidades y Educación, elegido con anterioridad. Semanas más tarde, acusando el impacto del fenómeno de las protestas, la FECECH invitaba para discutir reformas al estatuto de la federación a tres dirigentes estudiantiles disidentes, Enrique Fanta y Eduardo Saffirio, democratacristianos de Ingeniería y Derecho, respectivamente, y Antonio Bascuñán, un sobresaliente estudiante de Derecho de ideas liberales. La invitación fue rechazada, argumentando Fanta y Saffirio que no se prestarían para blanquear instituciones que no eran democráticas. En su declaración, los dos diri-

gentes se manifestaban dispuestos a un diálogo, el que en realidad era impedido por el régimen universitario imperante. Finalmente, solicitaban el término de la intervención universitaria; el reintegro de los universitarios exonerados, expulsados y exiliados; un estatuto democrático para la organización estudiantil; el reconocimiento y respeto de la autonomía a las universidades; el restablecimiento de un presupuesto adecuado para la educación superior, y el fin de los sistemas de vigilancia y represión existentes al interior de las universidades.²⁹

El 25 de mayo se eligieron delegados de curso. Según la FECECH, la participación había alcanzado a un 75% de los estudiantes y habían triunfado los candidatos gremialistas en la generalidad de las carreras, salvo Ciencias Básicas y Farmacéuticas, Medicina Oriente y Arquitectura. La oposición, sin embargo, señalaba haber obtenido 112 delegados contra 102 del oficialismo y 14 independientes, informando adicionalmente de un 70% de abstención en Ingeniería y 48% en Derecho.³⁰ Algo estaba cambiando en el clima universitario. La oposición se proclamaba mayoría, y la FECECH transitaba por un sendero cada vez más angosto. Su vicepresidente, Vicente Santa Cruz, pedía al gobierno Crédito Fiscal ilimitado, agregando que la federación estaba dispuesta a llegar «hasta las últimas consecuencias» en su demanda, insinuando que ello podía incluir una huelga: «Resolver este problema es responsabilidad del Estado».³¹

En la Facultad de Derecho, el presidente del centro de alumnos recién designado, Francisco Luna, convocó en junio a un plebiscito. Con una participación de 68% de los estudiantes, el 61% de los votantes aprobaba la elección directa de la directiva del centro; el aumento del número de delegados de curso a tres, y la convocatoria a una asamblea constituyente de la facultad para la elaboración de un nuevo estatuto. Una semana más tarde, con la participación del 75% de los estudiantes, se elegía una asamblea constituyente en la que la oposición elegía 15 delegados sobre un total de 25. Para la primera quincena de julio estaba prevista la elección de nueva directiva del centro de alumnos. La FECECH reaccionó con in-

²⁹ *El Mercurio*, 24 de mayo de 1983.

³⁰ Academia de Humanismo Cristiano, *Boletín Realidad Universitaria*, núm. 27, mayo de 1983. La interpretación de los resultados favorables a la oposición la realizaba la CONECH, Consejo Nacional de Estudiantes de Chile, hegemonizado por los comunistas. Las orgánicas políticas opositoras contaban a partir de 1983 de mejores instancias de coordinación de sus estructuras a nivel universitario. Además de la CONECH, existía la Unión Nacional de Estudiantes Democráticos, UNED, vinculada al MIR; el Movimiento José Domingo Gómez Rojas, mayoritariamente vinculado a los grupos de la renovación socialista, y el Movimiento pro FECH, de la Democracia Cristiana.

³¹ *El Mercurio*, 28 de mayo.

comodidad e incoherencia. Vicente Santa Cruz acusaba a quienes pretendían quebrar la federación saliéndose de sus normas democratizando el procedimiento de designación de dirigentes en las facultades. Sin embargo, a fines de junio, se anunciaba la convocatoria a un consultivo ampliado de la FECECH con el propósito de estudiar modificaciones al estatuto. Tres centros de alumnos se encontraban marginados por haber elegido directamente a sus dirigentes: Filosofía, Humanidades y Educación; Medicina Norte y Ciencias Básicas y Farmacéuticas. La FECECH ofrecía reconocer estas directivas en la medida que se sujetaran al estatuto de la federación, es decir, que los respectivos consejos de delegados ratificaran la directiva electa mediante sufragio universal, oferta débil y eufemística que permitía aparentar la subsistencia formal de un estatuto que de hecho estaba siendo sobrepasado. Manuel Sepúlveda, refiriéndose al movimiento originado en Derecho, señalaba que el estatuto de la FECECH podía reformarse, pero sólo en el Consejo de Presidentes de Centros de Alumnos: «Ningún Centro de Alumnos puede modificarlo (el estatuto) por sí y ante sí, a menos que pretenda automarginarse. Derecho está precipitando las cosas y habría sido recomendable meditar mejor los pasos tomados».³² En Derecho no pensaban lo mismo. El 13 de julio se efectuó la primera vuelta electoral, obteniendo la primera mayoría relativa la oposición de centro izquierda encabezada por el democratacristiano Yerko Ljubetic, teniendo que dirimir en segunda vuelta con la lista de la Derecha Republicana encabezada por Víctor Galilea. En los últimos lugares quedaron las listas del nacionalismo y del gremialismo. El 19 de julio, con un 59,6% de los votos emitidos, se confirmaba el triunfo de la oposición. Ljubetic recibía el cargo de su antecesor Francisco Luna, quien, desde entonces, empezó a ser conocido por moros y cristianos con el afectuoso mote de «Kerensky». La importancia de esta elección radicaba en que ponía mayor claridad al debate que enfrentaba a la FECECH con algunos centros de alumnos disidentes. Era evidente que ciertas facultades estaban transgrediendo el estatuto de la federación, pero en el contexto de la vieja polémica entre legalidad y legitimidad. A fin de cuentas, las cosas estaban marchando en esa dirección ante la obstinación de la FECECH en negarse a someter su normativa a la voluntad del estudiantado consultado en forma directa e informada. El proceso de Derecho era lo bastante contundente como para debilitar a la FECECH y alentar a otras facultades a emprender procedimientos democráticos. No se trataba de procesos de paralelismo opositor, sino de la decisión soberana de toda la facultad involucrada, con partici-

³² Academia de Humanismo Cristiano, *Boletín Realidad Universitaria*, núm. 28, junio de 1983.

pación de oficialistas y opositores. Dicho de otro modo, la decisión soberana respecto de cómo organizarse en Derecho radicaba de ahora en adelante en los propios estudiantes de la facultad y no en el Consejo de Presidentes de Centros de Alumnos que sesionaba en calle Santa Lucía.

La FECECH reaccionó confirmando la realización de un ampliado en Padre Hurtado cuyo propósito sería el estudio de reformas al estatuto que permitirían la elección directa de los centros de alumnos. Por otra parte, a los casos de Derecho, Ciencias Básicas, Filosofía y Medicina Norte, que ya se habían apartado del estatuto, había que agregar dos centros de alumnos que se habían sumado a la oposición dentro del sistema de la FECECH, como eran los casos de Arquitectura y Medicina Oriente, encabezados por Andrés Weil y Cristián Baeza respectivamente, ambos de la Democracia Cristiana. Con esto, la demanda de democratización del estatuto se trasladaba al interior del propio Consejo de Presidentes sin que fuera posible oponer descalificación alguna a sus voceros. En el mes de agosto, las elecciones del centro de alumnos de Ingeniería Civil de la Facultad de Ingeniería se realizaban en forma directa, triunfando esta vez un candidato gremialista, Carlos Moreno.

El ciclo de protestas nacionales había introducido un elemento nuevo en la escena estudiantil. La represión gubernamental ya no se ejercía sólo de modo selectivo, sino también de manera abierta e indiscriminada, generando además una capacidad de respuesta de los estudiantes con dosis variables de violencia. A los seguimientos en contra de estudiantes,³³ el gobierno estrenó el baleo con balines y balas hacia el interior de los recintos universitarios. A consecuencia de esta modalidad, Roberto Romero, funcionario del campus Antumapu, falleció tras recibir una herida a bala el día 11 de agosto, día de protesta nacional en el que el gobierno desplegó a 18 mil efectivos militares en las calles, con un saldo de 29 muertos a bala y más de mil detenidos. La evaluación de este tipo de situaciones era dispar. Los sectores oficialistas de la universidad comenzaban a apuntar contra una minoría de oposición políticamente interesada, que procuraba intranquilizar a los estudiantes y que llevaba a los recintos universitarios a elementos ajenos a su quehacer que provocaban disturbios; incluso la FECECH daba a conocer la formación de «grupos antiviolentistas»

³³ Maurice Saintard, estudiante de Ingeniería, Berna Castro y Claudia Amarales, estudiantes de Medicina Occidente, fueron detenidos en el mes de julio, en la vía pública, lejos de recintos universitarios, luego de ser objeto de seguimientos por parte de Carabineros. Ese mes, 194 estudiantes de Derecho presentaron un recurso de amparo en favor de los estudiantes Carlos Gallardo y Héctor Álvarez, buscados por la CNI (véase Academia de Humanismo Cristiano, *Boletín Realidad Universitaria*, núm. 29, julio de 1983).

en las facultades de Ingeniería y Economía,³⁴ al tiempo que reconocía el derecho a disentir en forma pacífica y repudiaba la violencia. En cambio, 160 delegados pastorales asistentes a un congreso de la Vicaría Pastoral Universitaria, declaraban que los universitarios estaban siendo sometidos a una «represión inaguantable», y la Asociación Universitaria y Cultural Andrés Bello rechazaba el despliegue de material bélico ante recintos universitarios ordenado por el gobierno, que creaba un clima de provocación e intimidación.³⁵

La elección de Derecho había significado un importante avance simbólico para la oposición, y los grados de concertación y asertividad de los centros de alumnos opositores de la FECECH eran ya muy altos. La respuesta del gobierno, en cambio, era errática. El general Pinochet exigía a los rectores la máxima severidad en la aplicación de los reglamentos de disciplina estudiantil existentes en las universidades.³⁶ La ministro de educación Mónica Madariaga, mientras tanto, realizaba el estudio de reformas a la legislación universitaria con una comisión y diez subcomisiones. Las conclusiones de este trabajo proponían la creación de un Consejo Nacional de Educación con atribuciones para aprobar o rechazar la creación de nuevas carreras, facultades y universidades; la eliminación de las juntas directivas; la exigencia de que los rectores tuvieran el carácter de profesores titulares, y la eliminación del listado taxativo de doce carreras universitarias. En el ámbito propiamente estudiantil, la ministro declaraba no tener problemas con que los estudiantes escogieran en forma directa a sus representantes. La autonomía con que actuaba Madariaga no era bien vista en los sectores afines al régimen, y en el mes de octubre los rectores militares concordaron en una declaración admirable: las conclusiones de la comisión ministerial sobre modificaciones a la legislación universitaria «vulneraban la autonomía universitaria».³⁷

El 30 de agosto, los dirigentes de los centros de alumnos opositores a la FECECH intentaron dar una conferencia de prensa en la sede de la federación, pero desde el segundo piso fueron rechazados con baldazos de agua lanzados por los oficialistas, produciéndose luego pugilatos. En la frustrada declaración, los estudiantes democráticos pedían reconocimien-

³⁴ En rigor, se trataba del grupo derechista G-51 de Economía, que organizaba el matonaje en contra de los grupos de oposición en todo evento y forma en que éstos quisieran manifestarse públicamente. Declaraciones del rector Roberto Soto Mackeney, del presidente electo de Ingeniería Civil Carlos Moreno y de la FECECH en Academia de Humanismo Cristiano, *Boletín Realidad Universitaria*, núm. 30, agosto de 1983.

³⁵ Academia de Humanismo Cristiano, *op. cit.*

³⁶ *El Mercurio*, 22 de junio de 1983.

³⁷ Manuel Antonio Garretón y Hernán Pozo, *op. cit.*, pág. 68.

to formal y apoyo material de la federación, y un plebiscito para reformar el estatuto de la FECECH dentro del mes de septiembre. La FECECH seguía dando palos de ciego. Manuel Sepúlveda se manifestaba indispuerto al diálogo con los marxistas, mientras que Pablo Longueira formulaba un llamado para impedir que los marxistas y violentistas destruyeran la universidad.³⁸ Sin embargo, el 3 de septiembre, la FECECH llamaba al diálogo a los estudiantes democráticos. Pese a ello, la relación entre la federación y los centros de alumnos democráticos se estaba quebrando irreversiblemente. A comienzos de octubre, ocho centros de alumnos creaban una Coordinadora de Centros de Alumnos Democráticos, y convocaban a un consultivo de delegados de curso —elegidos mayoritariamente en el sistema de la FECECH— y dirigentes estudiantiles en el cual discutirían acerca de los sistemas de representatividad estudiantil. La coordinadora, además, inició una interlocución con el propio rector, solicitándole su intervención en favor de pobladores sin casa de La Granja que habían hecho ocupación de terrenos de la Universidad de Chile, constituyendo los campamentos Juan Francisco Fresno y Raúl Silva Henríquez, y que estaban amenazados de desalojo por Carabineros. El 11 de octubre se realizó el ampliado de delegados, al que asistieron 144 representantes sobre 282 reconocidos por la FECECH, aprobando un llamado a plebiscito para resolver el incordio con la federación. El secretario general de la FECECH, Juan Carlos González, acusaba que el encuentro era organizado por la FECH (sic) y los comunistas. Una semana más tarde, se producía en la Facultad de Ingeniería un plebiscito organizado por los opositores para convocar a elecciones directas del centro de estudiantes, sin que la participación alcanzara al 50% de los estudiantes de la facultad. Ese proceso iba a desembocar en la elección de una directiva encabezada por el socialista Ricardo Herrera, paralela a la directiva oficialista regida por el sistema de la FECECH. El 29 de octubre, ya eran nueve los centros de alumnos elegidos democráticamente que pedían a la FECECH terminar con el paralelismo gremialista (sic) que impedía la unidad y democracia del movimiento estudiantil. Aún más, las directivas de los centros de alumnos democráticos estaban siendo inhabilitadas por sus respectivos consejos de delegados para participar de la próxima renovación de directiva de la federación. Manuel Sepúlveda contestaba impertérrito: «Las elecciones masivas permiten una sola cosa, bastante pernicioso, que es una lucha política selvática para las elecciones, y llegar a hacer recuentos de votos con pistola en mano», mientras llamaba a su propio ampliado de dirigentes de la FECECH.³⁹

³⁸ *El Mercurio*, 2 y 3 de septiembre de 1983.

³⁹ Academia de Humanismo Cristiano, *Boletín Realidad Universitaria*, núm. 32, octubre de 1983.

Los resultados para la FECECH en ese ampliado de dirigentes fueron catastróficos. Salvo los centros de alumnos de Contadores Auditores y de Ingeniería, todos los restantes aprobaron la realización de elecciones directas de sus directivas. Mientras tanto, el proceso de renovación de directiva de la federación seguía su curso a través del mecanismo indirecto. Nueve de 17 centros de alumnos procedieron a elegir la terna propuesta encabezada por el gremialista Flavio Angelini, estudiante de periodismo.⁴⁰ Los centros de alumnos democráticos se retiraron de la reunión, calificando el procedimiento como fraudulento y emplazaron a Manuel Sepúlveda a la realización del plebiscito. Angelini acusó a la coordinadora de dividir al movimiento estudiantil, no obstante que los centros de alumnos de Arquitectura, Medicina Oriente, Medicina Occidente y Arte se habían hecho elegir con el sistema de la FECECH. A juicio de Angelini, la Coordinadora buscaba el derrocamiento del gobierno, pero de todos modos la desafiaba a medir fuerzas en elecciones directas de los centros de alumnos en ese mes, con la venia del rector Soto en orden a reconocer la autonomía de cada centro de alumnos para definir su sistema de elección. Una vez más, los resultados para la FECECH fueron completamente adversos. Los centros de alumnos de Agronomía, Ingeniería Forestal, Veterinaria, Medicina Occidente, Medicina Sur, Medicina Oriente, Arquitectura, Odontología y Arte eligieron directivas encabezadas por los opositores a la federación. A ellos había que sumar los centros de alumnos democratizados al margen de la FECECH: Derecho, Medicina Norte, Filosofía, Humanidades y Educación, y Ciencias Básicas y Farmacéuticas. La situación de Ingeniería se mantenía en una especie de empate catastrófico, con dos centros de alumnos paralelos. Mediante el procedimiento indirecto, era elegido el oficialista Roberto Sáez, al tiempo que Ademar Alvear, vicepresidente de la directiva saliente, declaraba que el proceso había sido llevado de manera irregular, acusando al gremialismo de trabajar con fines políticos.⁴¹

Sólo la llegada de las vacaciones de verano logró dar un respiro a la directiva de la FECECH, la que se encontraba completamente acosada por una oposición que reunía a la indiscutible mayoría de los centros de alumnos, votos ponderados más o menos, y que le demandaban a Angelini su

⁴⁰ Los centros de alumnos disponían de un voto ponderado según el número de estudiantes que representaban. De esta manera, pese a que ocho centros de alumnos rechazaron el proceso que eligió a Angelini, la mayoría de los votos ponderados del consejo de presidentes —que incluía además el voto de los tres integrantes de la directiva saliente— siguió sesionando y procedió a la designación de la nueva directiva (Estatuto FECECH, art. 21, inc. 6).

⁴¹ Academia de Humanismo Cristiano, *Boletín Realidad Universitaria*, núm. 33, noviembre de 1983.

renuncia al cargo para que asumiera provisionalmente el Consejo de Presidentes.

COMO PERA MADURA...

El cerrojo que la propia FECECH se había proporcionado como protección estaba terminando por asfixiarla. A regañadientes, había admitido reformas al estatuto cuya aplicación se tradujo en la explicitación de un repudio mayoritario de los estudiantes a la modalidad de su gestión y organización. Los estudiantes opositores al sistema, durante 1983, no habían conseguido concordar estrategias únicas para democratizar sus centros de alumnos. En rigor, no cabe hablar de un paralelismo a la FECECH, salvo en el caso de Ingeniería. Las elecciones de diciembre en diez centros de alumnos pueden considerarse una democratización desde dentro de la federación, y las previas democratizaciones en Ciencias Básicas y Farmacéuticas, Filosofía, Medicina Norte y Derecho eran consentidas por la generalidad de los estudiantes de esas facultades constituidos en cuerpo soberano. Por otra parte, nunca la coordinadora alentó el discurso del paralelismo, y reivindicó siempre la existencia de una federación única y pluralista de los estudiantes de la Universidad de Chile. La diferencia fundamental con la FECECH, como es evidente, no radicaba en la condición de ser ésta la organización única de los estudiantes, sino en el hecho de ser una organización impermeable a la opinión y decisión de la mayoría estudiantil. Pese a todos estos antecedentes, la directiva de la FECECH se mantuvo hasta el final negándose a la evidencia. Aislada de la rectoría —que le había dado vida y con la que se enfrentaba periódicamente desde 1981—, como asimismo de los estudiantes, en lugar de buscar aliados de algún tipo, la FECECH inició sus últimos meses tratando de golpear en todas las direcciones.

Como era habitual durante las vacaciones, rectoría anunció un alza de aranceles del orden del 25%, ante lo cual la FECECH llamó al no pago de los mismos, por considerar que rectoría había faltado a su palabra de discutir cualquier reajuste en una instancia bipartita integrada con representantes de la federación, reiterando su opinión en orden a que se diera fin al sistema de rectores delegados. Aún así, la FECECH obtuvo en mayo, luego de reunirse con el general Pinochet, un aumento de 400 millones de pesos en la disponibilidad de crédito fiscal, una rebaja de los aranceles del 5% y una condonación de los intereses acumulados en contra de los alumnos en mora de pagar sus mensualidades.⁴²

⁴² Academia de Humanismo Cristiano, *Boletín Realidad Universitaria*, núm. 35,

Por su parte, los centros de alumnos de la coordinadora se encontraban estudiando proposiciones al problema económico, llamando a protestas mensuales los días de vencimiento de las cuotas de aranceles, y además, organizaban las actividades tradicionales propias de una federación. Simultánea a la realización de trabajos voluntarios de verano de la FECECH en Chiloé, grupos de oposición se desplazaron a Copiapó, donde efectuaron sus trabajos, incluso con apoyo económico del Intendente Regional coronel Alejandro González. De regreso a clases, los catorce centros de alumnos organizaron una masiva semana mechona. En las escuelas democratizadas, los alumnos nuevos no tuvieron ninguna noción de la existencia de la FECECH, salvo por un paralelismo alentado abiertamente por *El Mercurio*, que publicó *in extenso* las actividades de la FECECH en las escuelas democratizadas, incluida fotografía de las reinas mechonas apócrifas. El proyecto gremialista en la Universidad de Chile jugaba los descuentos.

El golpe de gracia vino desde Ingeniería. Hasta entonces, la FECECH se había aferrado a un clavo ardiendo. El sistema de voto ponderado dentro del Consejo de Presidentes de Centros de Alumnos daba una importantísima presencia a Ingeniería, lejos la facultad más poblada de toda la Universidad, y que tenía una directiva gremialista bajo el sistema de elección indirecta presidida por Roberto Sáez Iglesias. A ello había que sumar el apoyo que la FECECH todavía tenía de los centros de alumnos de Ingeniería Comercial, una directiva paralela de Ciencias Básicas y Farmacéuticas elegida en diciembre, Administración Pública y Contadores Auditores, y los votos de los tres integrantes de la propia directiva de la FECECH. Como la FECECH insistía en no reconocer a los centros de alumnos que se habían democratizado antes del mes de diciembre —pese a que ese sistema sí le era reconocido a otros diez centros de alumnos—, todavía los gremialistas hacían abracadabras que el papel del estatuto resistía: los centros de alumnos opositores y reconocidos sólo reunían ocho votos ponderados en el Consejo de Presidentes. Ingeniería por sí sola reunía nueve votos.

Pero en Ingeniería las aguas no estaban quietas. A fines de septiembre de 1983, los estudiantes de oposición habían convocado a un plebiscito para pronunciarse respecto del sistema de elección de representantes es-

enero-febrero de 1984, núm. 36, marzo de 1984, y núm. 37, mayo de 1984. Este tipo de gestiones ante el gobierno era lo que el ex rector Medina Lois calificaba de cogobierno, lo que no deja de tener sentido. Los gremialistas cogobernaban, eso sí, bajo su propia modalidad elitista, sin sanción democrática de los estudiantes a quienes decían representar.

tudiantiles para el Centro de Estudiantes de Ingeniería.⁴³ Sobre un universo de 4.725 estudiantes con derecho a voto, habían participado 2.193, y 1.999 habían apoyado un sistema de elecciones directas, es decir, un 42,4% de toda la facultad. Dos semanas más tarde, se elegía con un respaldo de 1.321 votos una directiva de oposición encabezada por el socialista Ricardo Herrera, paralela a la directiva gremialista pro FECECH. El entonces presidente gremialista Jorge Morel sostenía que la directiva paralela que se pretendía establecer de esa manera apenas tenía un respaldo superior al 25% del universo total de estudiantes. Sin embargo, las elecciones de delegados que dieron origen a la directiva encabezada por Morel habían registrado una participación aun menor. Ambos sectores se negaban recíprocamente y ninguno podía acreditar un respaldo mayoritario a su propio sistema, lo que generaba un empate catastrófico, y algunas situaciones extravagantes. Así, por ejemplo, con ocasión de la inauguración de un gimnasio de la facultad, estaba contemplada la intervención del presidente del centro de alumnos oficialista, lo que derivó en un incidente cuando Ricardo Herrera y sus partidarios exigieron que se les permitiera hablar también. La inauguración del gimnasio derivó en un foro entre ambos presidentes de centros de alumnos, moderado por el propio decano Claudio Anguita.⁴⁴ Como se mencionó anteriormente, la renovación de directiva bajo el sistema FECECH en diciembre había sido cuestionada por el vicepresidente de la directiva saliente, que se manifestaba decepcionado por el aprovechamiento político que practicaban los gremialistas.

Ambos sectores comprendían que había que zanjar de manera definitiva el problema, y fue entonces que concordaron en una convocatoria de ambos centros de alumnos a un plebiscito en el mes de mayo para decidir definitivamente sobre la modalidad de centro de alumnos que se iba a adoptar. «El acuerdo con la derecha de competir juntos en un plebiscito y respetar sus resultados era algo así como “último gol gana todo”».⁴⁵ En dicho plebiscito, se presentaron propuestas por ambos centros de alumnos, pero el Frente Universitario de la facultad⁴⁶ presentó una alternativa

⁴³ Tradicionalmente, el de Ingeniería se denominaba Centro de «Estudiantes» (CEI) y no de «Alumnos», y la reivindicación de ese nombre constituía un elemento identitario importante entre los sectores democráticos de la facultad (entrevista a Germán Quintana, 19 de octubre de 1996).

⁴⁴ Academia de Humanismo Cristiano, *Boletín Realidad Universitaria*, núm. 33, noviembre de 1983.

⁴⁵ Entrevista a Germán Quintana, 19 de octubre de 1996.

⁴⁶ El Frente Universitario tomaba el nombre de la coalición que respaldó la rectoría de Edgardo Boeninger entre 1968 y 1973 (Democracia Cristiana, Partido Nacional y

propia, aislando aún más la posición gremialista. El 17 de mayo, con una participación del 73,5% de los estudiantes, el 56,5% de los votantes apoyó la propuesta de retirarse de la FECECH y democratizar el Centro de Estudiantes, contra un 34% del Frente Universitario y sólo un 9,5% del gremialismo. Para el 9 de junio se fijaron elecciones de directiva, en las que resultó triunfante por mayoría absoluta Ricardo Herrera. Ahora sí, la directiva de la FECECH se encontraba ahogada en su propio estatuto.⁴⁷

Desde el gobierno se venía percibiendo que la caída de la FECECH no podía ser detenida. Ya el 7 de mayo, el Ministro de Educación, Horacio Aránguiz, sugería que se decretara libertad de asociación para las organizaciones estudiantiles, lo que de inmediato fue rechazado por Ljubetic como una maniobra que promovía el paralelismo para debilitar al movimiento estudiantil.⁴⁸ El 9 de junio, el gremialismo perpetró una de sus acciones más incalificables: Flavio Angelini declaró unilateralmente disuelta la FECECH porque la oposición controlaba la mayoría de los votos del Consejo de Presidentes (!). En la teoría del «último gol gana», la respuesta gremialista era la del picado: llevarse la pelota para la casa. Al parecer, la alternativa de «el gordo al arco» que le estaba reservada de ahora en adelante no se avenía con el talante iluminado de la vanguardia gremialista. Ricardo Herrera le recordaba a Angelini que mal podía tomar tales decisiones sin reunir un quórum mínimo, sin contar con atribuciones para ello expresamente señaladas en el estatuto, y olvidando un aspecto que para todo buen gremialista tendría que haber resultado elemental: la FECECH no debía su existencia a la voluntad de sus dirigentes máximos, sino a un decreto de rectoría.⁴⁹ Pero Angelini no estaba para tinterilladas

académicos independientes del más diverso tipo, como René Orozco, Danilo Salcedo o Luis Izquierdo), pero en este caso representaba a sectores de derecha vinculados al Partido Nacional, y al recientemente creado Movimiento de Unión Nacional presidido por Andrés Allamand.

⁴⁷ Academia de Humanismo Cristiano, *Boletín Realidad Universitaria*, núm. 38, mayo de 1983, y núm. 39, junio de 1983.

⁴⁸ Academia de Humanismo Cristiano, *Boletín Realidad Universitaria*, núm. 38, mayo de 1984.

⁴⁹ De hecho, el estatuto de la FECECH era de una sorprendente vaguedad en estas materias: no señalaba cuáles eran las atribuciones ni de la directiva ni del consejo de presidentes de centros de alumnos, salvo señalar que el presidente de la federación determinaría las materias de competencia de cada órgano en un reglamento, cuya modificación a iniciativa del propio presidente requeriría la mayoría de los miembros en ejercicio del mismo. En el estatuto original, el Consejo de Presidentes tenía sólo un carácter consultivo, y las reformas promovidas por Pablo Longueira le otorgaron mayores atribuciones resolutivas (Estatuto de la FECECH, art. 21).

de leguleyo. No contento con disolver la FECECH, llamaba al paralelismo en todas las escuelas para oponerse a una FECH politizada que ya entreveía.⁵⁰

ECHANDO A PERDER SE APRENDE

Apenas declarada la autodisolución de la FECECH, la rectoría se apresuró a dictar un decreto que consideraba cumplidas las finalidades para las cuales se habían reglamentado con anterioridad la existencia del Consejo Superior Estudiantil y, luego, de la FECECH. Por esa razón, y dado que, a juicio de la rectoría, los estudiantes habían manifestado sus deseos de organizar-

⁵⁰ Academia de Humanismo Cristiano, *Boletín Realidad Universitaria*, núm. 39, junio de 1984. Véase también la entrevista “de antología” en revista *Caras*, 28 de junio de 1984, donde incurre en inconsistencias lógicas notorias. Declara: «Si la FECH se instaure, lucharemos para que desaparezca de la universidad». Aunque de acuerdo con la existencia de una federación única, en otras partes de la entrevista le negaba legitimidad al proceso validado por mayorías estudiantiles acreditadas electoralmente porque desembocaría en la reedición de la «funesta» FECH, por lo que llamaba a abstenerse de participar en un proceso semejante. Más audaz, afirmaba que el gremialismo tenía mayoría, porque había perdido escasamente, a veces en segunda vuelta, las elecciones en Agronomía, Odontología y Arquitectura: «Creo que (el gremialismo) no ha perdido terreno. (...) Yo creo que perder una votación por diez votos no es perder. Hay una abstención del diez o del quince por ciento en las escuelas que siempre es nuestra». Lo insólito de la disolución de la FECECH es que no pudo haber sido acordada por más de siete personas asistentes al eutanásico Consejo de Presidentes: tres miembros de la directiva y, como máximo, cuatro presidentes de centros de alumnos. Un capítulo especialmente oscuro y que no ha sido posible aclarar en esta investigación es el del destino de los bienes que la universidad facilitaba a la federación y de las actividades que, a nombre de los estudiantes, ésta realizaba, especialmente el preuniversitario. A fines de diciembre de 1983, la DCU había solicitado la disolución de la FECECH y además pedía a la Contraloría General de la República una investigación contable y tributaria de su preuniversitario. Raúl Campusano, dirigente de la DCU, llamaba la atención acerca del hecho que la FECECH había inscrito la marca «FECH» junto a la de «Preuniversitario FECECH» y advertía acerca del traspaso de activos, como el local del preuniversitario —que era propiedad de la universidad—, a una persona natural. Tan pronto como se disolvió la FECECH, el preuniversitario que operaba en calle Carmen continuó funcionando como empresa privada, sin que hasta ahora exista una explicación satisfactoria de esta «privatización» (véase Academia de Humanismo Cristiano, *Boletín Realidad Universitaria*, núm. 34, diciembre de 1983, págs. 27 y 31). La inscripción de la marca FECH —la «funesta» FECH— habría sido realizada por Pablo Longueira —¿el perro del hortelano?—, lo que habría impedido a los estudiantes de la Universidad de Chile disponer y proteger la sigla con la que tradicionalmente ha sido conocida su organización estudiantil ya centenaria (véase *El Otro* de *The Clinic*, núm. 2, 28 de julio de 2005).

se en forma independiente para la canalización de sus intereses, se procedió a la dictación de esta nueva normativa que les permitía establecer en forma autónoma las modalidades de su organización, dictar sus propios estatutos y elegir sus directivas, sin necesidad de trámite de reconocimiento por parte de la autoridad universitaria. Los estudiantes así organizados podrían plantear a las autoridades sus inquietudes, siempre que a ello se procediera en términos respetuosos. Finalmente, señalaba que la Universidad no admitiría organización alguna de estudiantes que empleara la violencia, y que promoviera o realizara conductas contrarias a la honra de las personas, al normal desarrollo de las actividades académicas o al patrimonio de la universidad.⁵¹

Este decreto cierra el ciclo de las instituciones que la rectoría, en todos los años de intervención militar en la universidad, proveyó para atender los requerimientos de las organizaciones estudiantiles, fuera de la atención del bienestar estudiantil y la aplicación de reglamentos disciplinares. Desde las primeras normativas que los rectores delegados dictaron ya en 1974, se insistió en que los estudiantes universitarios constituirían un grupo seleccionado de la Nación que debía ser formado con un elevado sentido de responsabilidad moral con la universidad y la patria.⁵² Increíblemente, estos propósitos formativos se consideraban ahora cumplidos, en una institución que anualmente recibía más de tres mil nuevos alumnos hipotéticamente necesitados de la formación moral y patriótica que se buscaba con las normas que ahora se procedía a derogar. El nuevo decreto que complementaba la disolución de la FECECH más bien expresaba la imposibilidad de rectoría de mantener disciplinado al estudiantado. El decreto de libre afiliación y sus considerandos constituían un acto de mala fe por parte de la autoridad, que se había manifestado indolente frente a una FECECH de conducta algo díscola desde 1981, y que de ahora en adelante se lavaba las manos frente al complejo tema del asociacionismo de los estudiantes, el estamento universitario más numeroso e inquieto. Los bienes y el presupuesto que la universidad otorgaba a la FECECH se destinarían a otros fines.⁵³

La Coordinadora de Centros de Alumnos Democráticos presentó de inmediato un itinerario conducente a la elección de una nueva federación, a la que ya se denominaba abiertamente FECH, y que se iniciaba con un plebiscito el 21 de junio en el que los estudiantes deberían decidir

⁵¹ Decreto Universitario núm. 2.199, 19 de junio de 1984.

⁵² Por ejemplo, véase los considerandos del Decreto Universitario núm. 7.144, del 30 de diciembre de 1974.

⁵³ *El Mercurio*, 13 de junio de 1984.

entre las alternativas de una federación única o la libertad de afiliación. El itinerario continuaba con la convocatoria a una asamblea constituyente que elaboraría estatutos cuya aprobación se sometería a plebiscito, para culminar con las elecciones de directiva en el mes de octubre. Este itinerario había sido motivo de debate entre los dirigentes opositores, que controlaban la totalidad de la Coordinadora de Centros de Alumnos. De hecho, la coordinadora estaba integrada por centros de alumnos democratizados, por lo que no era descabellado endosarle la representatividad y legitimidad como para que ella misma encabezara la convocatoria a una elección de federación sin recurrir a un plebiscito. Por lo demás, había buenas razones prudenciales para impulsar desde ya la elección de la federación, ante la arremetida prescindente de rectoría, la promoción de un decreto cuyo objetivo era el paralelismo entre las organizaciones estudiantiles, y el permanente ejercicio de la represión gubernamental contra los estudiantes. Así, había dirigentes que insistían en la urgencia de tener una federación lo antes posible. En cambio, un sector mayoritario de la DCU y del Bloque Socialista era partidario de un plebiscito donde una mayoría comprobada de los estudiantes respaldara la propuesta de la Coordinadora de Centros de Alumnos Democráticos, de manera de construir una federación que no sólo fuera de una oposición poderosa, sino que pudiera reclamar ante las autoridades su condición de representativa de todos los estudiantes, cualquiera fuera la preferencia política de éstos. En el contexto de esta polémica, Humberto Burotto razonaba de esta manera: «Para mí el quórum era un detalle, y en esto coincidía con los comunistas, en realidad, con uno de ellos, David Escanilla, quien a título personal fue el que hizo ver que el problema era en qué fecha había que elegir la FECH; cuándo y no cómo. Para mí era un problema elegir la FECH y salir inmediatamente a vacaciones. ¿Y qué hacer entonces si relegaban al presidente de la FECH en diciembre o en enero?». ⁵⁴ En cambio, Yerko Ljubetic expresaba la opinión de cumplir los requisitos formales de legitimidad de manera de comprometer la adhesión de todos los sectores: «La rectoría, tras la disolución de la FECECH, determinó la libertad de afiliación, que para nosotros fue un cuco muy grande. Nos parecía posible que los de derecha pudieran armar organizaciones paralelas por distintas partes. En ese escenario, nos íbamos todos a la mierda. El tema de una FECH que los incorporara a todos era crucial». ⁵⁵

⁵⁴ En esto Burotto tuvo razón, pues la FECH finalmente se eligió en octubre y el gobierno desató una violenta represión en contra de la directiva durante las vacaciones de verano, como se verá (entrevista a Humberto Burotto, 24 de noviembre de 1996).

⁵⁵ Entrevista a Yerko Ljubetic, enero de 1997.

El requisito de legitimidad que la Coordinadora de Centros de Alumnos Democráticos se impuso consistía en que la aprobación del itinerario propuesto debía superar al cincuenta por ciento del universo total de los estudiantes de la Universidad de Chile. Este requisito autoimpuesto fue aprovechado hábilmente por los grupos de derecha que aún no tenían representación en la Coordinadora de Centros de Alumnos Democráticos. Con el propósito de procurarse de un espacio político en la conducción del proceso, apostaron al fracaso de la convocatoria del Consejo de Presidentes llamando a la abstención, pero reiterando la necesidad de construir una federación única. Otra crítica esgrimida por estos sectores hacia la coordinadora era el que se pretendiera reeditar la FECH, asociándola exclusivamente a la experiencia del período de la reforma universitaria en que fue encabezada por el comunista Alejandro Rojas. Los grupos de derecha insistieron en recordar la partidización de la FECH, el apenamiento de sus dirigentes y el que se llegara al extremo de no realizar elecciones de renovación de directiva en forma regular, atendiendo a acuerdos políticos que escamoteaban a los estudiantes su facultad de decidir soberanamente sobre el destino de su organización.⁵⁶ Al momento de la realización de las votaciones, la jugada de la derecha obtuvo el efecto que perseguía. Aunque la participación en el plebiscito superó la mayoría absoluta de los estudiantes de la universidad, la aprobación del itinerario propuesto sólo contó con el 48,51% del total del universo convocado, mientras que en favor de la libertad de afiliación se pronunció un 2,14% del mismo. Las escuelas donde el quórum de aprobación fue inferior al 50% eran las de Derecho, Ingeniería, Odontología y Administración Pública.⁵⁷ Un resumen de la contrarie-

⁵⁶ Declaración del Frente Universitario y de estudiantes independientes llamando a la abstención, *El Mercurio*, 21 de junio de 1984. Luego del plebiscito, los independientes de la Escuela de Derecho Carlos Schaerer, Francisco Luna y Felipe Cubillos, llamaron a un consenso estudiantil para la creación de una federación única, y el Movimiento de Unión Nacional, que presidía Andrés Allamand, hizo un llamado en sentido semejante días después. Luego del plebiscito, el Frente Universitario, tras calificar fracasada la aventura de los promotores de la FECH, llamaba a un consenso que incorporara a todas las corrientes en una federación (*Academia de Humanismo Cristiano, Boletín Realidad Universitaria*, núm. 39, junio de 1984, págs. 50 y 52). Sin embargo, el propio Alejandro Rojas se encontraba manteniendo un punto de vista autocrítico respecto del tipo de gestión que le cupo a él y a la izquierda encabezando la FECH durante la reforma universitaria. De ello quedó constancia después en el artículo «El movimiento estudiantil, la reforma y la Universidad de Chile 1968-1973: De la explosión de la esperanza a la pesadilla», *Revista Realidad Universitaria*, CERC, núm. 3, 1988, págs. 56-77.

⁵⁷ Academia de Humanismo Cristiano, *Boletín Realidad Universitaria*, núm. 39, julio de 1984, pág. 50.

dad en que se sumió momentáneamente la coordinadora se expresa en las palabras de Gonzalo Rovira, entonces presidente del Centro de Alumnos de Filosofía, Humanidades y Educación: «Los dirigentes más importantes de la JDC enfatizaban bastante el asunto de la legitimidad, asunto del cual yo me reía mucho porque lo estimaba un cuento secundario. Sin embargo, al interior de la Dirección de Estudiantes Comunistas (DEC) en la Universidad de Chile, varios eran de la opinión de dejar hacer a la DCU: “bueno, ya, si quieren legitimarla, no importa, eso no es lo fundamental para la Juventud Comunista”. Cuando se plantea el tema de la legitimación del proceso, nosotros aceptamos entrar en él, aunque siguió siendo una situación muy ridícula, porque implicaba hacer un plebiscito cuando la gente ya estaba en otra. ¿Plebiscitar qué, el modo en que íbamos a proceder? ¡Pero si la propia gente había deshecho una situación antidemocrática por la fuerza! ¡El retorno a la democracia no podía ser plebiscitado! Todo eso me parecía, personalmente, descabellado. Pero tampoco estaba en posición de discutirle a la DEC que en todos esos años me había apoyado.⁵⁸ (...) En fin, era una situación complicada, y en medio de todo se acuerda este plebiscito que fue un chiste, porque lo perdimos, una situación muy ridícula. Estaba todo el mundo afuera esperando a que saliéramos diciendo «¡lo logramos!». Recuerdo que había una serie de académicos especialistas en estadísticas, y cuando íbamos en la mitad del recuento, los tipos tiraban unas fórmulas matemáticas y nos decían: «¿qué van a hacer en un rato más cuando ocurra la derrota?, porque aquí las estadísticas no fallan, está todo dicho y ya no quedan secretos». Mientras tanto, nosotros seguíamos haciéndonos los lesos, contando votos, diciéndonos a nosotros mismos que íbamos a llegar de todas maneras (al quórum). A media hora del final, ya estábamos con Yerko con la cabeza a dos manos preguntándonos: «¿Y ahora qué vamos a hacer?!». El plebiscito fue un fracaso, en un intento de legalidad que, tal vez, lo único positivo que tuvo fue que le mostró al mundo que éramos unos ingenuos y mostramos la hilacha de la ingenuidad, incluyéndome a mí que acepté meterme en este carro estúpido».⁵⁹

La ingenuidad a que alude Rovira, de hecho, fue determinante al otorgarle credibilidad a los dirigentes de la coordinadora, que reconocieron tempranamente su derrota en lugar de realizar algún fraude. Así lo recuerda Ljubetic: «El tema de una FECH que los incorporara a todos era crucial.

⁵⁸ Se refiere al apoyo que le brindó la DEC ante la dirección adulta del Partido Comunista que cuestionaba la persona de Gonzalo Rovira por problemas internos del propio PC (entrevista a Gonzalo Rovira, 27 de abril de 1997).

⁵⁹ Entrevista a Gonzalo Rovira, 24 de junio de 1997.

Eso determinaba para nosotros la necesidad de obrar de manera que los sectores de derecha no se sintieran excluidos. Y eso fue mucho más claro luego de la derrota que nos autoinflingimos en el plebiscito, que marca un momento súper claro. Recuerdo la noche del recuento en el CEI, sólo habíamos gente de oposición presente. No había nadie de derecha para controlar si nosotros habíamos logrado el quórum o no. De hecho, nos faltó muy poco. Y no faltó el tipo que opinó que nos dejáramos de leseras, diciendo que los intereses de Chile estaban por sobre consideraciones legalistas, “métele 300 votos y no güeís más, necesitamos la FECH”. Yo diría que la lucidez de algunos, como el Mica⁶⁰—que tenía memoria hasta del tiempo de la UP y alguna carga guardaba de eso, era un tipo más maduro— resultó muy saludable. En la DCU esto también fue materia de discusión, aunque afortunadamente llegamos rápido a una resolución de que había que hacer las cosas bien hechas. A mi juicio, aceptar que en el plebiscito no habíamos ganado fue determinante para que la FECH sobreviviera como sobrevivió». ⁶¹

Rápidamente, la coordinadora modificó su itinerario a objeto de dar curso al proceso bajo nuevas condiciones. El 14 de julio se celebró una asamblea general de delegados de base o curso, a la que asistió un 70% de los mismos, incluyendo representantes del Frente Universitario. Con un respaldo de más del 80% de los delegados presentes, se aprobó la constitución de una federación única, la elección de una asamblea constituyente que redactara el estatuto de la nueva organización, la plebiscitación del estatuto y la elección de una directiva, todo ello en los meses de septiembre y octubre. Asimismo, la asamblea de los delegados dio mandato al Consejo de Presidentes de Centros de Alumnos para llevar la representación de los estudiantes ante las autoridades universitarias en el tiempo inmediato. Una valiosa incorporación al protagonismo del Consejo fue la de Julián Goñi, presidente del Centro de Alumnos de Administración Pública, miembro del Frente Universitario. Ello mostraba la efectividad

⁶⁰ Se refiere a Ricardo Brodsky.

⁶¹ Entrevista a Yerko Ljubicic, enero de 1997. La coordinadora estuvo a menos de 200 votos de lograr el resultado que se había impuesto como mínimo, y de las tradiciones de la FECH de antaño, una de las más conocidas, folclóricas y populares era la de los fraudes electorales realizados por los «magos del chanchullo», expertos en la adulteración de cédulas en las mesas de recuento. Testimonio de ello puede encontrarse en el texto autocrítico de Alejandro Rojas transcrito en el libro de Ricardo Brodsky, *Conversaciones con la FECH*, Santiago, Ediciones Chile-América CESOC, 1988, p. 132. Entrevista a Santiago Rojas, vicepresidente de la FECH 1968-69, 30 de mayo de 1996. Entrevista a José Manuel Alcoholado, miembro del Ejecutivo de la FECH entre 1969 y 1972, 8 de octubre de 1996.

de la maniobra de los sectores de derecha, porque de hecho el itinerario aprobado por el congreso de delegados de base no difería en lo sustancial de lo propuesto en el plebiscito que lo precedió por parte de la Coordinadora de Centros de Alumnos.⁶²

La Asamblea Constituyente fue elegida a fines del mes de agosto mediante sufragio directo en un sistema de representación por escuela o facultad. La Democracia Cristiana eligió 22 constituyentes; el Frente Universitario, 16; el Movimiento Democrático Popular,⁶³ 13; el Bloque Socialista,⁶⁴ 10; el Partido Humanista, 1, y finalmente, hubo cuatro delegados incalificables y de tendencias variopintas.⁶⁵ El propósito de incorporación de los grupos de derecha estaba logrado con la importante representación del FU, y además con la presencia de Fernando Espina en la mesa directiva de la Asamblea, junto a Yerko Ljubetic, que la presidía, y Ricardo Brodsky en la secretaría de actas. Todos ellos fueron parte, además, de la comisión redactora del estatuto.

En la discusión del estatuto se pusieron en juego buena parte de las tesis políticas que iban a caracterizar las plataformas electorales de octubre. Una de las cuestiones que más enfatizaron los grupos de orientación derechista fue la agitación del fantasma de la FECH durante los años de la Unidad Popular, como asimismo la cuestión del cogobierno, asunto del que se hizo eco el Consejo Universitario y las autoridades superiores de la Universidad. Sin embargo, en la práctica de la Asamblea, el nivel del disenso fue menor que el esperado, lo que arrojó como fruto una propuesta de estatuto de 149 artículos permanentes y 6 transitorios, donde sólo en siete se habían producido mociones de mayoría y minoría que se plebiscitarían por separado. Aunque no formó parte de la Constituyente como delegado, Gonzalo Rovira siguió de cerca el curso de los debates y junto con reconocer como un elemento positivo de la misma la importante participación de una derecha de inspiración democrática, se sorprende de la novedad del debate suscitado en esa instancia colegiada: «La Constituyente fue muy interesante por la inusitada pasión con que fue enfrentada por quienes concurrieron a ella, y esa sería la pasión con que después nos enfrentaríamos todos en cada nueva coyuntura. Eso no se

⁶² Academia de Humanismo Cristiano, *Boletín Realidad Universitaria*, núm. 40, julio de 1984, pág. 28.

⁶³ El MDP aglutinaba al Partido Comunista, al Partido Socialista fracción almeydista y al Movimiento de Izquierda Revolucionaria.

⁶⁴ El Bloque Socialista aglutinaba a distintos sectores afines a lo que se llamó la «Renovación Socialista»: MAPU, Izquierda Cristiana, algunas fracciones del Partido Socialista, etcétera.

⁶⁵ Fernando Martínez y Julio Valladares, *op. cit.*, pág. 51.

había visto nunca, y esa es la pasión con la que después se trabajaba. Todo era apasionado, y toda la pasión era desenfrenada en favor de las posiciones propias. La dictadura había acallado los colores propios, los sentimientos propios, las actitudes propias, los partidos propios. Era una cosa desatada de considerar la otredad, la diferencia, como sinónimo de bueno: “Esto es lo mío y esto es lo tuyo”. Las transacciones en esa asamblea eran de palabras, de detalles. En todos los años posteriores en que trabajé en la FECH, que fueron prácticamente cinco, nunca nadie tomó en sus manos ese documento que fue el Estatuto, que se discutió con tanto ardor». ⁶⁶ La Asamblea Constituyente fue entonces un exitoso ejercicio democrático y universitario, capaz de convocar a una discusión plural y constructiva, en medio de un contexto nacional y universitario que seguía estando caracterizado por la violencia. ⁶⁷ En ese sentido, testimonia Ljubetic: «En la Asamblea Constituyente ya se integró a trabajar normalmente la derecha, pero no sólo ella, sino una amplísima gama de grupos, mayor incluso que la que se presentó a las elecciones de directiva. Como los delegados a la Constituyente se elegían por escuelas, tuvimos especímenes mucho más marginales que los que llegan a una elección general de toda la universidad. Tuvimos, por ejemplo, gente claramente de ultraderecha, gallos francamente neonazis, al lado de los cuales Enrique Estay ⁶⁸ era un niño de pecho. También gente de extrema izquierda, anarquistas, etcétera. Lo admirable fue que el nivel de consenso alcanzado en la Constituyente fue muy alto, mucho más alto que lo que nos habíamos imaginado, tanto en la participación como en los contenidos. Los temas de disenso que fueron llevados a plebiscito fueron menos en número y dramatismo que lo que teníamos previsto. Para mí siempre fue un riesgo que las discusiones desembocaran en que alguien se sintiera con motivos para autoexcluirse. En la conducción del debate para que eso no ocurriera, el papel de Mica Brodsky fue muy importante. Quisimos ser muy cuidadosos en eso. Recuerdo haber tenido conversaciones en fuentes de soda con tipos de lo más estrambóticos para convencerlos de la necesidad que mantuvieran

⁶⁶ Entrevista a Gonzalo Rovira, 24 de junio de 1997.

⁶⁷ La Asamblea Constituyente sesionó durante el mes de septiembre. El día 4 de ese mes, se realizó una protesta nacional de gran envergadura, en la que resultó muerto el sacerdote André Jarlan, en la Población La Victoria. Luego de esta protesta, el gobierno ordenó restricciones informativas a radios y prensa de oposición. Por su parte, la rectoría de la Universidad de Chile había ordenado la suspensión por un mes de las actividades académicas a partir del día 7 de septiembre, orden desobedecida por académicos y estudiantes desde el 12 de septiembre (Academia de Humanismo Cristiano, *Boletín Realidad Universitaria*, núm. 42, septiembre de 1984, págs. 21 y 34).

⁶⁸ Carismático líder nacionalista de la Escuela de Derecho.

sus propuestas porque eran interesantes. Lo que se produce es que la derecha se involucra de manera notable. Fernando Espina aparece a cada rato en la prensa expresando sus desacuerdos con el curso que toman ciertos tópicos, pero siempre desde dentro del proceso. A mi juicio, el logro de esta participación de la derecha marca mucho la sobrevivencia posterior de la FECH. Uno de los factores de sobrevivencia era el poder sentirnos representativos incluso de la gente que no votaba por nosotros, por eso nos esforzábamos de alguna manera en llegar a los estudiantes que no nos respaldaban».⁶⁹

Las aprehensiones manifestadas por la derecha podían ser llevadas a plebiscito. Así, el nombre de la próxima federación era uno de los puntos a ser zanjado por votación universal de los estudiantes, donde finalmente la mayoría estudiantil aprobó el nombre FECH. El resto de los desacuerdos sometidos a plebiscito eran de orden menor y más bien técnico, e incluso tratándose de la incorporación a la federación de los estudiantes del Pedagógico y del Instituto Profesional de Santiago, las tres posiciones sometidas a plebiscito contemplaban que dicha incorporación se produjera tras el cumplimiento de requisitos de aprobación por los estudiantes de ambas instituciones mediante procedimientos plebiscitarios. Ningún sector objetaba la participación en la FECH de aquellas sedes de Santiago que le habían sido quitadas a la Universidad en 1981.⁷⁰

Respecto de los temores que algunos manifestaban acerca de revivir la FECH conforme al modelo con que se la conoció una vez iniciada la reforma universitaria, la Constituyente alcanzó acuerdos que ponen de manifiesto algunos rasgos de identidad generacional de sus participantes. En efecto, la declaración de principios aprobada por el consenso de la Constituyente expresaba un presupuesto de memoria histórica y renovación respecto de la antigua FECH. Declaraba que «La Federación aquí definida es heredera de la tradición e historia de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile, fundada a principios de siglo, reivindicando así todo un movimiento que ha sido gestor y partícipe de la historia de nuestra Universidad y de nuestro país. Asumimos esta herencia

⁶⁹ Entrevista a Yerko Ljubetic, enero de 1997.

⁷⁰ Estatuto FECH, art. 1 transitorio. Hasta 1973, la FECH era la Federación de los Estudiantes de la Universidad de Chile de las sedes de Santiago, existiendo federaciones independientes en cada región en que la Universidad de Chile tenía sedes. Asimismo, hasta la dictación de la Ley General de Universidades y de los decretos que crearon instituciones de educación superior en provincias a partir de las sedes regionales de la Universidad de Chile, existían tantas FECECH independientes entre sí como sedes regionales de la Universidad.

como un compromiso conciente y responsable de rescatar cada uno de los logros obtenidos y de corregir todos aquellos errores cometidos, impulsando así al movimiento estudiantil de la Universidad de Chile hacia la consecución de sus metas en una forma real y eficiente». ⁷¹ A la fantasía orwelliana de la dictadura de fundar un nuevo Chile privado de memoria o sobre la base de la denostación indiscriminada del pasado, la Constituyente propugnaba un principio inverso, de mirar con la mayor madurez posible el conjunto global de la historia de la FECH, con sus glorias y tragedias. Ljubetic insiste en este aspecto cuando señala que «había un esfuerzo conciente de conectarse históricamente con la FECH de los años veinte y treinta. Parte de eso fue el Movimiento José Domingo Gómez Rojas. ⁷² Yo personalmente traté de rescatar cuestiones como el periódico *Claridad*. Probablemente había una inspiración muy romántica en eso, pero también estaba la motivación de sentirse muy continuadores de una organización que había sido parte importante de la historia de la universidad y del país. Había un esfuerzo en ese sentido, conjunto con la idea de no repetir la FECH de la UP y de Alejandro Rojas. Lo importante es que ya en ese tiempo en el que nosotros discutíamos esas cosas, Alejandro Rojas era también muy crítico de sí mismo. La crítica a la FECH de los setenta tenía que ver con una época en que éramos estudiantes bombardeados por un discurso de desprestigio de los errores del pasado, del caos, etcétera. Y uno de los temas fuertes de esta campaña de desprestigio de la derecha era la FECH. ¿Qué había sido la FECH? Bueno, un tipo que se inscribía en distintas carreras para poder seguir siendo dirigente y por esa vía llegar a ser diputado y seguir una carrera política. En esa época, ese era un tema fuerte del que tenías que hacerte cargo desde el comienzo si querías llegar a los estudiantes promoviendo el regreso de la FECH de manera convincente». ⁷³

⁷¹ Estatuto FECH, Declaración de Principios, letra G. Por el contrario, el Estatuto de la FECECH señalaba en el último de sus considerandos que la FECECH no era continuadora de la FECH.

⁷² José Domingo Gómez Rojas, estudiante de Pedagogía en Castellano, poeta y anarquista, se desempeñó como redactor de la revista *Claridad* de la FECH. Tras el asalto de sectores conservadores a la sede de la FECH y las persecuciones a que ello dio lugar —en represalia a la postura antigubernamental de la federación ante la llamada «Guerra de don Ladislao» en 1920—, Gómez Rojas fue encarcelado. En la cárcel enloqueció y murió, un 30 de septiembre de 1920. A su funeral concurren 40 mil personas, especialmente obreros y estudiantes, y desde entonces se convirtió en uno de los mayores símbolos de rebeldía estudiantil por varias generaciones (véase Manuel Antonio Garretón y Javier Martínez, editores, *Biblioteca del Movimiento Estudiantil*, Santiago, Ediciones Sur, 1985, vol. V, pág. 46).

⁷³ Entrevista a Yerko Ljubetic, enero de 1997.

Con estas consideraciones, el estatuto fue sometido a plebiscito. Mientras los sectores independientes de derecha próximos al gremialismo insistían en la posición de abstenerse del proceso, el Frente Universitario llamó a participar del plebiscito, pero votando negativamente el estatuto, posición que obedecía a un propósito subalterno de perfilamiento político en la medida en que el máximo líder del FU, Fernando Espina, avalaba con su presencia en la comisión redactora un proyecto de estatuto de amplio consenso y que contenía disensos promovidos y patrocinados por el propio FU, a ser plebiscitados de manera especial. El argumento del FU para votar negativamente el estatuto era la indefinición de la DC y el MDP respecto de asuntos universitarios, y el supuesto propósito encubierto de estos sectores de promover el cogobierno. Tal argumento, sin embargo, era inconsistente con las propias posiciones que semanas más tarde sostendría el FU como plataforma electoral, como se tendrá oportunidad de demostrar. Realizado el plebiscito, sobre un universo de 15.754 estudiantes con derecho a sufragio, votaron 8.287. Aprobaron el estatuto 6.660 estudiantes, y 1.229 se manifestaron negativamente.⁷⁴

NECESARIAS DEFINICIONES ELECTORALES

Con las elecciones a la vista, los distintos sectores político-universitarios ofrecieron sus apreciaciones acerca de la situación por la que atravesaba la Universidad de Chile. Es interesante observar ahora los postulados y proyectos que unos y otros ofrecían. Los sectores de derecha —Frente Universitario, independientes cercanos al gremialismo y nacionalistas— coincidían, a grandes rasgos, en la necesidad de poner fin al sistema de rectores delegados; de dar paso a un gobierno universitario encabezado por académicos; de regularizar la carrera académica; de extender el crédito universitario a objeto de no discriminar económicamente en el acceso a la universidad; de establecer un arancel bajo y estable, o bien diferenciado según la situación económica del estudiante. Todos los grupos de derecha defendieron en las palabras la existencia de una federación única con una inspiración gremial restrictiva, autónoma de cualquier definición política contingente o partidista. No obstante, un matiz interesante lo ponía el Frente Universitario, al señalar su líder, Fernando Espina, que los estudiantes debían participar con derecho a voz y voto en los organismos colegiados de gobierno universitario en todos aquellos asuntos de carác-

⁷⁴ *La Segunda*, 16 de octubre de 1984. Las opiniones del FU llamando a votar negativamente se encuentra en Academia de Humanismo Cristiano, *Boletín Realidad Universitaria*, núm. 43, octubre de 1984, pág. 1.

ter académico, de docencia y de bienestar estudiantil. Esta posición, que no fue compartida por las restantes candidaturas de derecha —Enrique Estay por los nacionalistas y Carlos Schaerer por los independientes próximos al gremialismo, ambos estudiantes de Derecho—, era levantada por Espina como alternativa al cogobierno que, a su juicio, postulaban los grupos de oposición al gobierno.⁷⁵

La autoridad de Casa Central puso mucho empeño en transformar la presunta demanda por cogobierno de la oposición en una objeción principal a la plataforma de sus candidatos. Para fundamentar su aserto, la rectoría argüía que el artículo 2, letra g, del estatuto aprobado en el plebiscito establecía el cogobierno. Dicho artículo señalaba textualmente que entre los objetivos de la federación estaba «promover la participación efectiva de los estudiantes junto a los funcionarios académicos y no académicos en la gestión política y gobierno de la universidad, estableciendo procesos democráticos estables que resistan el acecho del autoritarismo, rechazando toda autoridad impuesta o designada». Este artículo formaba parte de aquellos aspectos del estatuto en los que hubo consenso de toda la Asamblea Constituyente, y su verbo «participar» era el mismo con el que el reformismo de la FECECH, bajo las directivas de Longueira y Sepúlveda, había recetado la solución a los mayores problemas que entonces diagnosticaban a la universidad. De hecho, el derecho a voz y voto de los estudiantes en instancias colegiadas y en asuntos de su interés directo que ahora proponía Espina había sido reivindicado ya por Longueira. La alusión a «procesos democráticos» del artículo era desde luego ambigua, pero por lo mismo no podía afirmarse que se tratara a priori de procesos electorales triestamentales como los que caracterizaron la reforma universitaria y con los que se identificó específicamente el término «cogobierno».⁷⁶

⁷⁵ *La Segunda*, 17 y 19 de octubre de 1984.

⁷⁶ La dilucidación del campo semántico de «cogobierno» ha dado origen a confusiones conceptuales fascinantes. Una editorial de revista *Mensaje* en 1968 observaba que el Consejo Superior, organismo colegiado de gobierno más importante de la Universidad de Chile antes de la reforma, rechazaba que los estudiantes tuvieran una participación ponderada de 25% en la elección de las autoridades superiores de la Universidad. Sin embargo, en ese mismo momento, el Consejo Superior acogía de buena gana entre sus miembros a cinco representantes estudiantiles con derecho a voto, lo que implicaba un poder estudiantil en la toma de las decisiones más importantes de la Universidad superior al 25% en ese momento. La editorial procuraba demostrar que la participación con derecho a voto en la instancia colegiada podía dar más poder que el voto ponderado en la elección de autoridades, pero no en la aplicación de un programa de gobierno del plantel. Concluye el editorialista: «Sincera-

Por su parte, los grupos de oposición habían decantado posiciones alrededor de una proposición genérica de democratización. En lo estrictamente universitario, las demandas se traducían en el fin del sistema de intervención militar de la Universidad; la plena autonomía de las organizaciones estudiantiles y la defensa de su carácter unitario; la derogación de reglamentos disciplinarios que dotaban de amplia discrecionalidad a las autoridades para sancionar la disidencia dentro de la universidad; por último, un aumento de los recursos económicos para las universidades, que permitiera entre otras cosas ir en auxilio de los estudiantes con necesidades de bienestar y crédito fiscal.⁷⁷ Ricardo Brodsky, líder del Bloque Socialista, resume la idea de democratización universitaria envuelta en la demanda de los opositores: «Significa democratizar sus estructuras de poder: que el rector sea elegido por la comunidad universitaria; que los directores de escuelas y departamentos sean elegidos por el claustro de profesores; que la federación de estudiantes —y esto ya lo logramos— sea generada por medio de una votación libre donde participen todos los alumnos. Por otra parte, implica democratizar el acceso a la universidad: que la condición económica de un estudiante no sea el factor preponderante para su permanencia en ella. Y, por último, implica democratizar la cátedra: buscar un tipo de docencia que ponga en el centro la participación crítica de los estudiantes en la búsqueda de la verdad, y no concebir el conocimiento como algo envasado que se entrega a quienes están pagando por él, como si se tratara de un producto comestible».⁷⁸

Los contenidos universitarios de opositores y derechistas coincidían en un amplio margen. ¿Por qué entonces tanta proliferación de tendencias y candidaturas? Evidentemente, la diversa percepción acerca de la inserción universitaria en el acontecer del país —y, más exactamente aún, del acontecer del país en el devenir universitario— seguiría separando las aguas dentro de la universidad. Cada vez que los demócratacristianos o los miembros del Bloque Socialista eran interrogados acerca de su anunciada alianza con el MDP —sector cuestionado, por su parte, debido a su defensa teórica y práctica de formas de lucha violenta contra el régimen militar— la respuesta era equivalente. A juicio de Ljubetic, la posición de la DCU de pactar en la FECH con el conjunto de la oposición obedecía a la aplicación de la estrategia de movilización social seguida oficialmente por su partido. Conforme con esta estrategia, en los distintos frentes so-

mente, creemos que estamos en presencia de una confusión y que es necesario dilucidarla» (*Mensaje*, editorial «Universidad y cogobierno», vol. XVII, 1968, pág. 204).

⁷⁷ Revista *Mensaje*, editorial «Universitarios en ebullición», vol. XXXIII, 1984, pág. 349.

⁷⁸ Revista *Apsi*, 15 al 28 de octubre de 1984.

ciales en los que se luchaba contra la dictadura, los acuerdos a que se llegara no eran de carácter político, sino sociales, y por lo tanto era admisible el pacto con todos aquellos con los que existiera unidad de propósitos dentro de ese frente social. En el caso de la FECH, la unidad de propósitos distinguía tres niveles. El primero, construir una federación sobre el sustento de una amplia mayoría que le diera gobernabilidad. El segundo nivel perseguía el fin del sistema de intervención militar en las universidades y la recuperación de la autonomía de éstas. El tercer nivel surgía como corolario del anterior: el problema universitario era un problema de política nacional o, en otras palabras, la universidad estaba de facto politizada por la intervención de un gobierno que la quería militante con su proyecto o al menos sumisa. Por tanto, en esas condiciones, la lucha por la autonomía universitaria era una lucha contra el propio régimen militar. Con el ejemplo de unidad que se estaba produciendo en las universidades, los estudiantes buscaban ser aliciente para otros sectores de la vida nacional en el sentido que, cuando el objetivo de fondo era el mismo, era posible generar unidad y consenso antidictatorial por encima de las diferencias. Aunque en el papel los distintos sectores universitarios se declararían contrarios a la intervención, los grupos de derecha no ofrecían ningún programa de acción para dar eficacia a sus declaraciones. A juicio de los opositores, esto significaba una quietud cómplice de la derecha con el régimen o, aun, considerar la intervención militar como un mal menor aceptable con tal de mantener en pie la dictadura.⁷⁹

Aún así, dentro de la oposición se era conciente de la tensión que producía la diferencia de métodos entre el MDP por una parte, y el Bloque Socialista y la DC por la otra. Ricardo Brodsky distinguía dos sectores democráticos con sus respectivas maneras de concebir al movimiento estudiantil. Para uno de ellos, con el que se identificaba, el movimiento estudiantil era un actor social autónomo cuya tarea fundamental consistía en rescatar y construir una universidad que desde su especificidad contribuyera a la lucha del país por recuperar la democracia. Para el otro punto

⁷⁹ Ver entrevistas a Yerko Ljubetic en *La Segunda*, 26 de octubre de 1984, y en *Boletín Solidaridad del Arzobispado de Santiago*, 3 al 16 de noviembre de 1984. Por su parte, Ricardo Brodsky descarta alianzas con el FU en los siguientes términos: «Nosotros pretendemos expresar un compromiso efectivo en la defensa de los derechos humanos, los que han sido violados sistemáticamente durante este régimen. Quienes hoy están en el Frente Universitario han mantenido silencio, la mayoría de las veces, frente a estos atropellos. Además, nosotros queremos que la FECH sea un instrumento de lucha, y no tan sólo la representación ingenua de los intereses estudiantiles. (...) Todas ellas son diferencias más que importantes con los planteamientos del Frente Universitario» (*Apsi*, 15 al 28 de octubre de 1984).

de vista en cambio, el movimiento estudiantil era concebido como actor político, punta de lanza de una política particular que buscaba el enfrentamiento agudo con el régimen, y que medía el éxito de su quehacer por el grado de radicalización o de enfrentamiento con las fuerzas represivas.⁸⁰ Concluía Brodsky en que ambas tendencias, pese a todo, comparían un consenso básico: «Todos entendemos que la lucha por la democratización de la universidad es la lucha por la democratización del país. (...) Yo creo que esta dicotomía [entre ambas vertientes del movimiento democrático] puede producir problemas. Sin embargo, nuestra lista va a ir gobernada por un programa, y este programa va a ser muy claro respecto a los fines de la federación: luchar por la democratización y la autonomía de la universidad».⁸¹

Y con estas precisiones, estaba todo-listo-todo-dispuesto-ya para dar inicio a las votaciones.

...Y RENACIÓ LA FECH

Tras la exitosa realización de la Asamblea Constituyente y del posterior plebiscito de aprobación de los estatutos, quedaban configuradas todas las condiciones para realizar las primeras elecciones de directiva de una federación de estudiantes en la Universidad de Chile conforme a un procedimiento de sufragio universal, desde 1972. El entusiasmo que despertaba el próximo torneo electoral recorría por igual a todas las candidaturas, representativas de un muy amplio espectro de opiniones. Uno de los méritos indiscutibles de la Asamblea Constituyente era el de haber reunido en un mismo proceso a quienes habían antagonizado respecto de la FECECH hasta hacía pocos meses atrás. Pese a la existencia del decreto de libre afiliación que alentaba el paralelismo entre las organizaciones estudiantiles, los distintos sectores de estudiantes se encontraban todos comprometidos en la reconstrucción de una FECH que, asumiendo altivamente su historia que arrancaba junto con los primeros años del siglo, procuraba pese a todo aprender de los errores del pasado reciente. La Asamblea Constituyente había contribuido también a perfilar algunos liderazgos

⁸⁰ En palabras de Gonzalo Rovira: «Esta Federación no sólo debe quedarse en lo universitario, debe ir más allá. Un ejemplo al respecto es el Paro Nacional. No se trata tan sólo que adhiera sino que lo trabaje y convierta al estudiantado en actor y partícipe de él, junto a los trabajadores, porque ésta es una federación que se incorpora a la lucha junto con el resto del pueblo, a la lucha por una universidad democrática» (*Análisis*, 26 de octubre al 6 de noviembre de 1984).

⁸¹ *Apsi*, 15 al 28 de octubre de 1984.

con vistas a las próximas elecciones —como el de Fernando Espina, del Frente Universitario—, pero era un hecho que algunos de éstos venían consolidándose desde mucho tiempo atrás. En la práctica, Yerko Ljubetic por los demócratacristianos, Gonzalo Rovira por los comunistas y el Movimiento Democrático Popular, y Ricardo Brodsky por el Bloque Socialista, eran candidatos en campaña desde 1983, cuando se vislumbraba que el conflicto entre la FECECH y la Coordinadora de Centro de Alumnos Democráticos atravesaba el punto de no retorno y que la constitución de una nueva organización estudiantil impulsada desde la base y no desde la rectoría era incontenible. De la misma manera, las alianzas políticas habían decantado tempranamente, y parecía asunto de sentido común que los grupos de oposición al régimen militar y al sistema de rectores delegados presentarían una lista conjunta.

Sin embargo, a último momento, las cosas se complicaron entre los opositores. El Partido Demócrata Cristiano se encontraba embarcado en la elección de una Junta Nacional que designaría a la directiva nacional, procedimiento empleado por primera vez en once años. El entonces presidente del PDC, Gabriel Valdés, estaba empeñado en reeditar un consenso alrededor de su persona, pero el ala derechista del partido —los ‘guatones’— era renuente a esta posibilidad. Una de las diferencias centrales entre la posición de Valdés y la de los ‘guatones’ radicaba en la implementación de la movilización social y en las alianzas políticas con otros grupos de oposición —y particularmente con el Partido Comunista— en los distintos frentes sociales. Mientras Valdés no ofrecía una definición general, y procedía a resolver estas situaciones caso a caso con distintos márgenes de flexibilidad, los ‘guatones’ eran partidarios de separar a priori las aguas con los comunistas en todos los frentes. En el caso de la Universidad de Chile, la DCU había aprobado con bastante antelación y publicidad una alianza política amplia del conjunto de la oposición, con exclusión sólo del MIR, y ésta se traduciría además en la presentación de una lista conjunta que alcanzaba hasta el Partido Comunista, sin determinación preestablecida de los cargos a disputar.

La mesa directiva del PDC en esos momentos encarnaba un difícil consenso alrededor de la persona de Gabriel Valdés, y estaba integrada por personeros de tendencias muy diversas. Una de las vicepresidencias la ocupaba Patricio Aylwin, uno de los más tradicionales líderes ‘guatones’ dentro de la DC. Por su parte, la Juventud Demócrata Cristiana era presidida por Miguel Salazar, también ‘guatón’, pero su influencia sobre la DCU era inexistente. La DCU estaba controlada por una mayoría considerada progresista, encabezada por Eduardo Salas, estudiante de Derecho, y respaldada por los ‘chascones’. A esta última tendencia estaba adscrito el indiscutido candidato a la FECH, Yerko Ljubetic.

Pocos días antes del cierre del plazo de inscripción de las listas, la directiva nacional del PDC comenzó a analizar el cuadro de las elecciones de la FECH, constatándose un equilibrio de fuerzas entre quienes estaban por reconocer a la DCU su prerrogativa para resolver en forma autónoma las alianzas políticas dentro de su ámbito específico, y quienes miraban con recelo la lista de oposición amplia y sin cargos predeterminados. Era evidente que la resolución final pasaría por la mesa nacional del PDC, pero la deliberación de ésta se prolongaba demasiado en el tiempo. Ya se habían iniciado los debates en las facultades, y quien era considerado como más seguro ganador de la presidencia, Yerko Ljubetic, se veía enfrentado a la embarazosa situación de tener que explicar cómo era que aún no sabía en qué lista competiría ni cuáles serían finalmente sus aliados. El domingo 14 de octubre, en un ampliado de la DCU realizado en el flamante local del Instituto Chileno de Estudios Humanísticos (ICHEH), una mayoría aplastante aprobó la posición encabezada por Humberto Burotto, miembro de la comisión política de la DCU, en orden a participar en las elecciones en una lista conjunta de la oposición, cualquiera que fuera la resolución del partido. La tesis de minoría, encabezada por Cristián Baeza, si bien apoyaba la alianza política con la izquierda, consideraba la necesidad de obedecer las decisiones de la Mesa Nacional del PDC en caso de discrepancia entre ella y la DCU. La situación interna dentro de la Democracia Cristiana se estaba volviendo insostenible. Aunque no era probable que, en caso de haber contradicción entre la Mesa Nacional y la DCU, se produjera una ruptura entre ambos estamentos o una renuncia masiva de la militancia universitaria, sí era de esperar que Yerko Ljubetic renunciara a encabezar cualquier otra fórmula que no contemplara la unidad de la oposición en los términos que se conocían desde hacía ya meses. Por lo demás, no era plausible pretender que los restantes grupos de oposición decidieran tolerar una lista conjunta con la Democracia Cristiana bajo el supuesto de la exclusión de los comunistas. En resumen, la marginación de los comunistas le estaría significando a la DCU enfrentar la elección sin aliados y sin candidato propio.

En estas condiciones, el jefe de la DCU, Eduardo Salas, el jefe político de la campaña, Humberto Burotto —'chascón'—, y el candidato Yerko Ljubetic, realizaron intensas gestiones para obtener respaldo a la tesis de los estudiantes dentro de la directiva nacional. «Nos fuimos con el Negro Salas a recorrer casa a casa a cada uno de los miembros de la mesa del partido. Valdés nos dio chipe libre; Astudillo, representante de los pobladores, estaba en contra; el Negro Salas no pudo dar vuelta a Irureta; con Aylwin ni nos reunimos; yo conseguí el apoyo de Jaime Castillo, Raúl Troncoso y Tomás Reyes. Gutenberg Martínez también estaba en la mesa,

si no me equivoco, y en contra de nuestra tesis. Tomás Reyes nos invitó a su casa al Negro, a Yerko y a mí, tomó el voto que habíamos aprobado en el ICHEH, lo rompió y nos dijo que esa no era la manera de plantear las cosas».⁸²

Las posiciones al interior de la directiva nacional del PDC se encontraban dramáticamente equiparadas, y en ese cuadro, Tomás Reyes ofreció realizar una gestión de composición dentro de la directiva y entre ésta y la DCU. Con ese objeto se fijó una reunión decisiva para el martes 16. Mientras tanto, la campaña continuaba para las restantes candidaturas y la indecisión de los DC comenzaba a ser patética. La noche de ese martes, una impresionante cantidad de militantes y simpatizantes de la DCU, que superaba con largueza las trescientas personas, acudió a la casa de la campaña en calle Elisa Cole, a una reunión a la que asistieron, representando a la directiva nacional del PDC, Patricio Aylwin, Narciso Irureta y Tomás Reyes, mientras que por la JDC asistió su vicepresidente nacional Gonzalo Duarte. En un indisimulable ambiente de tensión y resquemor, la mayoría de los universitarios reprobaron la muy tardía presencia e interés de Duarte en los asuntos universitarios, y respaldaron en todos los tonos y con abundantes argumentos la obligación en que se encontraban de respetar los acuerdos que tan anticipada y públicamente habían adoptado de pactar una lista conjunta con las principales fuerzas de izquierda. Por lo demás, no se trataba de una simple obsecación de los universitarios, puesto que de por medio se encontraba la necesidad de garantizarle gobernabilidad a una federación que había que construir desde sus cimientos y en condiciones muy adversas frente a las autoridades universitarias y al régimen militar. Tratando de aquietar los ánimos, Patricio Aylwin comenzó a desarrollar su punto de vista: lo que más lo preocupaba era la posibilidad que en una lista abierta, la izquierda concentrara su votación en el candidato comunista y desplazara de la presidencia al candidato demócratacristiano, más aún considerando que la lista incluía tres demócratacristianos que podrían dispersar su votación: semejante escenario, atendida la importante repercusión nacional de estas elecciones universitarias, sería nefasto para el PDC. Aunque en rigor se trataba de una hipótesis posible, era de cualquier modo la más improbable de todas e implicaba un completo

⁸² Entrevista a Humberto Burotto, 24 de noviembre de 1996. Algunos de los dirigentes aludidos no formaban parte en ese momento de la mesa nacional del PDC, pero sí se incorporaron a ella en el período siguiente, como ocurrió con Jaime Castillo Velasco y Gutenberg Martínez, lo que tal vez explique su mención en esta oportunidad, dado que Humberto Burotto desempeñó roles preponderantes en las elecciones tanto de 1984 como de 1985.

desconocimiento de cómo se estaban planificando las cosas tanto dentro de la DCU como respecto de las relaciones políticas entre las fuerzas de izquierda, todas ellas deseosas de perfilarse políticamente con candidaturas competitivas. Sin embargo, la posición de Aylwin dejaba abierta una pequeña puerta: el ex senador se encontraba empeñado en una tesis política personal, en orden a reconocer la vigencia de la Constitución Política de 1980 como una cuestión de hecho y sin entrar a debatir acerca de su legitimidad, para a partir de ello promover reformas constitucionales democratizadoras. Esta tesis era simultánea a la posición política formal de la Alianza Democrática, que proponía en esos días la suscripción de un Pacto Constitucional por la Democracia y los Derechos Humanos, un conjunto de principios para una futura institucionalidad democrática entre los que se condenaba explícitamente el empleo de la violencia como método de acción política, cuestión que por supuesto implicaba un punto de tope con el Partido Comunista.⁸³ La posición de Aylwin llegaría a ser muy importante tanto en el surgimiento del Acuerdo Nacional promovido por el Arzobispo de Santiago Monseñor Juan Francisco Fresno un año más tarde, como en la transición a la democracia luego del triunfo del NO en el plebiscito de 1988. Sin embargo, en ese minuto, se trataba de una postura resistida por los partidarios de privilegiar la movilización social por sobre la negociación política con el régimen, dentro y fuera del PDC. De cualquier manera, Aylwin terminaba su intervención señalando que si se conseguía concordar una lista cerrada con un presidente demócratacristiano y un apoyo del Partido Comunista al Pacto Constitucional, no habría objeción a la lista unitaria. Aún así, la tesis de Aylwin no encontró mayor eco. Los universitarios DC consideraban un deber cumplir los compromisos previamente pactados, y les resultaba molesta esta propuesta tan sobreprotectora de los intereses partidarios y tan escéptica respecto de la capacidad de los propios DC de conquistar la voluntad mayoritaria de los estudiantes. La opinión de Aylwin, a la larga, implicaba un contrasentido: ante la posibilidad de que los DC no fueran suficientemente mayoritarios para ganar la presidencia de la FECH, había que asegurarle ese cargo a través de un acuerdo político que vulneraría una voluntad estudiantil hipotéticamente adversa. El estado de irresolución en que se encontraba

⁸³ Sobre el Pacto Constitucional propuesto por la Alianza Democrática, véase *La Tercera de la Hora*, 17 de octubre de 1984, y revista *Apsi*, 15 al 28 de octubre de 1983. La tesis política de Aylwin promoviendo un acuerdo democrático sobre reforma constitucional, había sido expuesta en el seminario «Un sistema jurídico político constitucional para Chile» en julio de 1984, y fue publicada en *Una salida político constitucional para Chile*, Instituto Chileno de Estudios Humanísticos, 1985, págs. 145-154.

la DC era inaguantable, y la reunión había adquirido un tono francamente agrio entre una mayoría que se resistía a lo que consideraba una intervención de los adultos, y la minoría que comenzaban a temer la formación de un nuevo MAPU, fantasma ancestral y recurrente en el inconciente colectivo de los DC. Fue entonces que ocurrió algo providencial e insólito. Carlos Saffirio, presidente del Centro de Alumnos de Derecho, realizó una enardecida intervención defendiendo lo obrado durante el año por los estudiantes demócratacristianos, explayándose latamente en consideraciones éticas respecto de la obligación de respetar la palabra empeñada. Deplorando este tardío e inoportuno intento de la dirección adulta de modificar esos compromisos, y frente a la disyuntiva en que estaban siendo colocados, remató su discurso con una sentencia que más bien pareció una declaración de guerra a los venerables patriarcas presentes: «¡Entre la moral y el partido, yo me quedo con la moral!». Entonces se produjo el desbande general de la reunión. Era evidente que la mayoría de la DCU manifestaba no estar de acuerdo con una intervención adulta, mientras que la minoría comenzaba a resistir esta calificación de inmoralidad que se le formulaba. Y entonces, ocurrió: un apagón que afectó a siete regiones del país terminó por liquidar definitivamente una reunión que procuraba buscar el acuerdo y la concordia entre los demócratacristianos: «Y claro, en la impunidad de la oscuridad se produjo el griterío, se pasó del discurso al insulto explícito, no sé si volvió la luz, pero lo que sí ocurrió es que se suspendió la reunión. Entonces Aylwin, en un anticipo de su muy posterior sabiduría, probablemente se dio cuenta que no era posible doblarnos la mano y que más bien había que buscar una salida digna para que el PDC pudiera aparecer apoyando esta lista. Hasta entonces, el PDC estaba muy casado frente a la opinión pública en el sentido de aislar a los comunistas en el movimiento social. A partir de esa reunión, los sectores más razonables de la mesa adulta se dieron cuenta que no había modo de disuadir a la militancia de la DCU. No había dentro de la DCU un grupo alternativo o disidente al cual echar mano y decir “bueno, ya, a estos gallos les ponemos plata y paramos una candidatura fuerte”. Políticamente, la mesa nacional no contaba con esa alternativa».⁸⁴

⁸⁴ Entrevista a Yerko Ljubetic, enero de 1997. Sobre el apagón, que en los días siguientes fue atribuido a atentados del Frente Patriótico Manuel Rodríguez, véase *La Tercera de la Hora*, 17 al 24 de octubre de 1984. La resolución de la mesa del PDC, pese a todas las circunstancias que rodearon la reunión de su mesa nacional con los universitarios, siguió siendo muy equiparada y ni siquiera consiguió reunir una mayoría absoluta, lo que valoriza aún más la actitud de los estudiantes DC que impusieron su parecer ante la vacilante directiva nacional adulta. En favor de apoyar lo obrado por la DCU, estuvieron Gabriel Valdés, Tomás Reyes, Carmen Frei, Sergio Molina,

Y así fue como se zanjó la candidatura de Ljubetic. Curiosamente, aunque los DC acostumbraban a hacer más ostentación de sus desacuerdos internos, no eran los únicos que decidían sus candidaturas entre dolores de parto. Contra lo que pudieran sugerir las apariencias, la candidatura comunista de Gonzalo Rovira tampoco era del entero agrado de la dirección del Partido Comunista, que temía que la actitud de sus militantes universitarios pudiera significar una línea política demasiado centrada en los temas universitarios en desmedro de una alternativa que hiciera del movimiento estudiantil un actor líder de la movilización social a escala nacional en un enfrentamiento más directo con el régimen militar. La Dirección de Estudiantes Comunistas, DEC, había adoptado una línea relativamente más moderada que la del Partido Comunista, especialmente con el propósito de facilitar a la Democracia Cristiana Universitaria la factibilidad de un acuerdo electoral de toda la oposición. La misma persona de Gonzalo Rovira, líder indiscutido entre los estudiantes comunistas, resultaba incómoda a la dirección adulta del PC. Refiriéndose a la DEC, cuyo papel resultó preponderante dentro de las decisiones comunistas, recuerda Rovira: «Eran gente muy buena, de gran nivel político, y que tuvieron aciertos como jugarse internamente por aceptar las voladuras de la DC, o por aceptar el proceso de la FECH a como diera lugar, es decir, jugarse por un proceso que sacara a la FECH adelante y que no era lo más rupturista que hay, en un momento en que ya había surgido el Frente Patriótico, y donde el modelo seguido en la Universidad de Chile no era el que propiciaba el Partido Comunista afuera de la universidad». Así, concluye Rovira, entre él y Ljubetic se producía una complicidad generacional objetiva y no buscada: «En la elección de la FECH hubo dos factores claves que se llamaban Yerko y Gonzalo. Y hubo una cosa muy curiosa en esta disputa: Yerko era el hijo no deseado de la Democracia Cristiana, y yo era el hijo no deseado de la Gladys (Marín), de manera que era una disputa entre puros huachos. Yerko hacía lo imposible para

Egardo Boeninger y Raúl Troncoso. En contra estuvieron Patricio Aylwin, Juan Hamilton, Ernesto Vogel y Gonzalo Duarte. Se abstuvieron Narciso Irureta y José de Gregorio. Producida la elección en la FECH, se anunció la candidatura interna al PDC de Juan Hamilton —competidora de la de Gabriel Valdés—, aduciendo como su detonante el acuerdo con los comunistas en la Universidad de Chile. Contrariando lo argumentado por Aylwin en el ampliado de la DCU del 16 de octubre, Hamilton señalaba que la alianza con la izquierda en la FECH era inaceptable y además innecesaria atendida la alta votación obtenida por Ljubetic (¡...!) y la existencia de segunda vuelta electoral en caso que no existiera mayoría absoluta (véase *La Segunda*, 26 de octubre de 1983).

que yo no me diera cuenta de su condición, y yo, lógicamente, hacía lo imposible para que Yerko tampoco se diera cuenta de la mía». ⁸⁵

La campaña electoral fue una verdadera fiesta con exhuberancia de propaganda, mítines y foros entre candidaturas, como no se veía desde los años de la Unidad Popular. Más allá de las rivalidades, primó un clima de amistad y alegría cívica y juvenil, sin incidentes de ninguna especie que cupiera lamentar entre las distintas candidaturas. La lista Unidad Democrática se perfilaba como contundente vencedora y sólo restaba esperar los márgenes por los que se produciría ese triunfo. El candidato nacionalista Enrique Estay, a quien sus propios adversarios reconocían como el principal líder de masas de la elección, encendía toda suerte de pasiones cada vez que, señalándolos con el dedo, acusaba a Ljubetic y Rovira —ubicados a su lado en las mesas de debates— de constituir un «contubernio demomaxista», imprecación que era recibida por sus destinatarios como una verdadera condecoración. La lista filogremialista de Carlos Schoerer fracasaba en su intento de catequizar a los «buenos y verdaderos democratacristianos» sobre la necesidad de abandonar a los candidatos democratacristianos embarcados en una alianza improcedente con la izquierda marxista. Ninguna lista derechista apoyaba la política universitaria del gobierno, y ninguno de sus partidarios manifestaba solidaridad alguna con la autodisuelta FECECH.

Por fin, se realizó la votación. Sobre un total de 20.605 estudiantes con derecho a voto, ⁸⁶ se emitieron 13.791 sufragios. La lista Unidad Democrática obtuvo 9.205 votos, seguida por el Frente Universitario, con 2.129 votos. Más atrás, los filogremialistas, con 898 votos, el nacionalismo con 684 votos, y en un cómodo último lugar, los humanistas, encabezados por Cristóbal König, con 431 votos. Dentro de la lista triunfadora, Ljubetic obtuvo 4.385 votos; Rovira, 2.333 votos; Ricardo Brodsky, 1.331 votos; el socialista almeydista Jaime Andrade, 774 votos; Cristián Baeza, 82 votos, y Rubén Dueñas, 41 votos. Ljubetic obtenía un triunfo resonante, más allá de los cálculos más optimistas, y Rovira elevaba a los comunistas a la condición de segunda fuerza más poderosa dentro de la Universidad, por sobre el FU. La noche de los recuentos, un conmovido Ricardo Brodsky convocaba a allendistas y tomicistas a repetir un abrazo que había quedado trunco frente a la casa de la FECH un 4 de septiembre de 1970, mientras que Ljubetic ofrecía el triunfo a la memoria de Mario Fernández —transportista democratacristiano muerto días antes

⁸⁵ Entrevista a Gonzalo Rovira, 24 de junio de 1997.

⁸⁶ En esta ocasión, el universo de estudiantes incluye al Pedagógico y al Instituto Profesional de Santiago.

en La Serena a causa de torturas aplicadas por la CNI— y de Juan Antonio Aguirre Ballesteros, joven poblador detenido por carabineros el 4 de septiembre en Pudahuel, y desaparecido desde entonces hasta el mismo día de las votaciones, en que su cuerpo fue encontrado sin vida y mutilado. Decía Ljubetic, al dedicarles la victoria: «Creemos que eso, de alguna manera, nos ayuda a simbolizar lo que en definitiva representan las gloriosas jornadas que hemos vivido en estos días: el triunfo de la vida sobre la muerte, de la libertad sobre la opresión; el triunfo de la democracia sobre la tiranía».⁸⁷

El 7 de noviembre, asumía sus funciones la directiva electa en un masivo acto en la Facultad de Ingeniería. En esa oportunidad, y con la desprolija oratoria que lo caracterizaba, Ljubetic pronunció un extenso discurso, haciéndose portador del testimonio que desde la precaria memoria estudiantil le entregaba Miguel Ángel Solar cuando ofrendaba sus «Palabras de Juventud» al poeta Pablo Neruda, nombrado Doctor Scientae et Honoris Causa de una Universidad Católica en pleno proceso de reforma universitaria. Esto decía el joven Miguel Ángel Solar un lejano agosto de 1969: «no es una palabra individual; ha nacido de una generación de jóvenes que han luchado en esta universidad en estos años, y ella es el sedimento de muchas batallas por lograr ser verdaderamente jóvenes, y, mañana, verdaderamente hombres».⁸⁸ Y así habló esta vez un joven Ljubetic, dirigiéndose no sólo a sus compañeros de juventud universitaria de todas las épocas, a toda la comunidad universitaria y a la dictadura militar que lo observaba con atención, sino también al mundo político

⁸⁷ Revista *Análisis*, 6 al 13 de noviembre de 1984. En el Consejo de Vocales, Unidad Democrática eligió 21 representantes; el Frente Universitario, 5 vocales; los independientes de derecha, 2 vocales; los nacionalistas, 1 vocal, y el Partido Humanista, 1 vocal (*Boletín Solidaridad*, Arzobispado de Santiago, 3 de noviembre de 1984). Por su parte, pese a lamentar que la derecha se presentara en tres listas, la prensa de gobierno celebró el «aumento significativo» de este sector respecto de las últimas elecciones de la FECH en 1972, desde un 19,4% hasta un 31,0%, comparada con la igualmente ostensible baja de la izquierda desde un 50,5% hasta un 30,4% en igual período. La perspicacia de la analista de *El Mercurio*, Pilar Molina, no era la suficiente para reparar en el fondo de su hallazgo: si la derecha había experimentado un alza entre ambas elecciones, estaba implícito el reconocimiento que, en el tiempo intermedio, dicho sector controló las organizaciones estudiantiles sin contar jamás con la mayoría de los estudiantes a su favor (*La Segunda*, 26 de octubre de 1984 y *El Mercurio*, 28 de octubre de 1984).

⁸⁸ Miguel Ángel Solar, «Para ti, Neruda, nuestra palabra descarnada», 21 de agosto de 1969, en Guadalupe Irrarrazábal y Magdalena Piñera M. (compiladoras), *Chile: Discursos con historia*, Santiago, Editorial Los Andes, 1996, págs. 126-133.

adulto: «Compañeros: Cuando el jueves 25 de octubre, nos reunimos espontáneamente casi medio millar de estudiantes hasta altas horas de la noche y juntos fuimos recibiendo los resultados parciales que llegaban desde todas las escuelas y facultades de nuestra universidad, los que daban siempre, en todos los casos, la mayoría aplastante de los votos para la Lista Unidad Democrática, esa noche culminó victoriosamente un esfuerzo, que a través de años, cientos de estudiantes desplegaron abnegadamente, buscando reconstruir y democratizar nuestras organizaciones.

«La FECH es fruto de quienes se jugaron en sus cursos por la participación; de quienes cuestionaron cotidianamente la pasividad y la indiferencia que reinó por años en nuestra universidad; de quienes protagonizaron la creación de los comités de participación, cuando nació la tristemente célebre FECECH; de quienes con su ejemplo y metodologías de trabajo basadas en la participación y el pluralismo pusieron en jaque el autoritarismo que nos pretendieron imponer. La FECH es el fruto de aquellas escuelas que lograron democratizar sus Centros de Alumnos pese a las sanciones de todo tipo. Es la victoria de todos los CCAA que coordinaron sus esfuerzos y dieron vida al Consejo de Presidentes, expresión orgánica que tuvo a su cargo la conducción de la etapa final del camino a la FECH.

«Es importante en esta hora de triunfos, en esta hora de unidad, decir muy claramente que esta victoria del movimiento estudiantil sólo ha sido posible gracias a la justa aplicación de criterios democráticos y participativos. En efecto, la FECH no surge producto de un acuerdo cupular, la FECH no surge por acuerdo de mesas políticas, ni de organismos centrales de dudosa representatividad. Por el contrario, la FECH surge cuando resulta incontrarrestable el hecho de que la mayoría de los estudiantes estuvo por construir una organización democrática y representativa; surge cuando todos los CCAA están democratizados reflejando las luchas dadas en las respectivas escuelas; surge cuando su creación es ya una exigencia inaplazable de las bases estudiantiles. La FECH es por tanto hija de las mayorías, hija de la participación, hija del protagonismo estudiantil. Son esos criterios los que nos permitieron esta gran victoria y es su aplicación la que nos va a permitir nuestra próxima victoria: echar los rectores delegados y democratizar nuestra universidad.

«Pero hay algo más. El jueves 25 no nació sólo una federación de estudiantes, nació algo más grande e importante para Chile: nació una generación.

«Una generación que trae buenas y nuevas noticias para Chile y su pueblo. Una generación que dice con mucha fuerza, con mucha convicción que la unidad es posible porque son más las cosas que nos unen que aquellas que nos dividen; que la unidad es posible porque anteponemos

los intereses y aspiraciones de Chile por sobre los de nuestros partidos o los intereses particulares.

«¿Y qué mejor noticia que ésta podía traer una nueva generación? En medio de un dramático espectáculo de divisiones, y querellas incomprensibles para quienes están viviendo cotidianamente los dramas del hambre, la miseria, la represión, la humillación, ¿qué mejor noticia que la que trae la FECH?: la unidad es posible, esa es nuestra primera buena noticia.

«Pero esta buena nueva que trae nuestra generación quiere ir más allá de la elección de nuestra FECH. Nuestra palabra de unidad también quiere hablar de una juventud que no sólo debe tener puntos de encuentro en la creación de una organización, que no sólo quiere tenerlos en la democratización de la Universidad, que no sólo debe tenerlos en el actual desafío de lucha contra la dictadura... queremos una juventud que mañana también se una para trabajar juntos por los urgentes y profundos cambios que requiere nuestra sociedad para ser más humana, para acabar con las injusticias y construir un nuevo orden, el orden de un Chile libre, democrático y solidario.

«¡Esta generación quiere ser protagonista de esa mayoría por los cambios que es lo único que asegurará que el Chile de mañana deje atrás las injusticias, la desigualdad, el capitalismo!».⁸⁹

⁸⁹ Publicado en Irene Agurto, Manuel Canales y Gonzalo de la Maza (editores), *Juventud chilena. Razones y subversiones*, Santiago, ECO-FOLICO-SEPADE, 1985, págs. 159-160.

Tiempos violentos

Dentro del arco de ideas opositoras que se habían congregado para dar forma a la alianza triunfante en las elecciones de octubre, pervivieron dos visiones estratégicas que pugnaban por transformarse en el sentido común de la mayoría estudiantil contraria a la intervención militar en las universidades y, por extensión, al régimen militar. Dicha tensión entre dos puntos de vista, al fin y al cabo, fue recurrente en distintas fases del movimiento estudiantil de oposición a la dictadura militar, desde los debates que rodearon el surgimiento del CORREME en 1979 hasta las manifestaciones más crudas de la crisis de la FECH a finales de los ochenta y primeros años de los noventa, y la explicitación de este debate tendría un protagonismo decisivo en diversas coyunturas universitarias sobrevinientes. En sentido general, la pugna de visiones enfrentaba a una tesis basista con otra que privilegiaba el rol de la vanguardia encarnada por los activos políticos. Con la constitución de la primera directiva de la FECH, electoralmente parecía que una mayoría de estudiantes había entregado un mandato a las posiciones más proclives a la construcción de un movimiento universitario —inspiración basista—, por sobre la postura más vanguardista. Las votaciones de Ljubetic y Brodsky representaban dos tercios del poderío opositor. Ambos dirigentes eran partidarios de privilegiar una pedagogía política en la que la lucha por la obtención de conquistas de contenido universitario —autonomía universitaria, fin de los rectores delegados, cambios en el sistema de financiamiento, etcétera—, permitiera la constitución de una ciudadanía estudiantil universitaria capaz de congregarse a una mayoría participativa, conciente y movilizada. En sentido general, la perspectiva opuesta o vanguardista, representada esta vez por Gonzalo Rovira, señalaba como premisa que mientras se mantuviera el régimen militar gobernando el país, la obtención de autonomía universitaria era una quimera y, en consecuencia, un esfuerzo de movilización universitaria con alguna pretensión de eficacia sólo podía ser aquél que se propusiera inmediatamente la lucha contra el régimen interventor.¹

¹ Sobre las diferencias entre las tesis basista y vanguardista se volverá más adelante, al

De modo mediato o inmediato, ambos puntos de vista concordaban en que sus respectivas estrategias tenían por destinatario y adversario el régimen militar. Pero ninguna de esas perspectivas se formulaba desde la hipótesis que fuera el propio régimen militar el que dispusiera una política directa y centralizada contra el movimiento estudiantil. En efecto, la dictadura había diseñado durante años diversos mecanismos institucionales que mediatizaban su control sobre las universidades, pero que combinaba intermitentemente con herramientas aplicadas de modo directo por el gobierno central. Así, tratándose de los estudiantes, las rectorías delegadas construyeron sucesivos instrumentos reglamentarios para organizar gremialmente a los estudiantes, para mantener el orden y conformismo en las aulas —por ejemplo, a través del currículum rígido—, para sancionar disciplinariamente la disidencia o para reprimirla físicamente dentro de los recintos universitarios valiéndose de personal de seguridad y soplónaje que formaba parte de la propia dotación de las instituciones académicas. Pero al mismo tiempo, el gobierno central disponía irregularmente la aplicación de medidas que prescindían de la mediación de las autoridades delegadas. Es así que, durante los años inmediatamente precedentes a las primeras elecciones de la FECH, el Ministerio del Interior había aplicado relegaciones a decenas de estudiantes por hechos acontecidos dentro de las universidades, y en los primeros años de la dictadura, la desaparición y/o la ejecución de universitarios en la Universidad de Chile superó las cuarenta personas, para citar sólo dos modalidades de la acción represiva directa del gobierno sobre el estudiantado.

analizar los procesos de renovación de directiva de la FECH en 1985 y 1986. Desde ya, cabe señalar que sería una simplificación excesiva sostener tajantemente que la tesis basista corresponde al Bloque Socialista y que la posición vanguardista fuera patrimonio exclusivo de los comunistas. Las candidaturas a la FECH de Humberto Burotto en 1985, y de Germán Quintana, en 1986, muestran que este debate fue muy intenso dentro de la Democracia Cristiana Universitaria. Asimismo, todos los actores políticos democráticos privilegiaron una u otra tesis por motivos subalternos en más de una oportunidad. Para complicar aún más el problema, hay que señalar que si bien analíticamente la distinción entre ambas tesis y sus consecuencias prácticas parece nítida, fenomenológicamente esa misma distinción se presentaba mucho más problemática, opaca y confusa en diversas circunstancias específicas. No son pocas las ocasiones en que la coyuntura universitaria local constituía la médula del momento político nacional, en términos tales que lo local y lo global eran un mismo objeto. Por último, no debe olvidarse que el régimen de intervención militar en la universidad era el principal elemento de politización global de cualquiera iniciativa en favor de la recuperación de la autonomía universitaria. Sobre las posiciones al interior de la primera directiva, entrevista a Yerko Ljubetic, enero de 1997, y entrevista a Ricardo Brodsky, 8 de abril de 1997.

¿Qué instrumentos privilegiaría en esta oportunidad el régimen contra la flamante Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile? Si el parecer mayoritario de la directiva de la FECH era el de construir una ciudadanía universitaria y enfrentarse sólo de manera mediata al régimen interventor, en cambio la decisión del gobierno militar era la de ser él mismo la oposición, el principal obstáculo a la federación encabezada por el «contubernio demo-marxista». Al decir de Brodsky, «durante el primer año de la FECH, Pinochet nos hizo la vida imposible». ² El mismo día en que asumió sus funciones la directiva encabezada por Ljubetic, se decretó estado de sitio en todo el país. En esa oportunidad, el gobierno quiso poner atajo a un ascendente movimiento de protesta opositora, cuyas cotas más altas se habían producido el 4 de septiembre y el 30 de octubre, y en el que las elecciones de la FECH habían concentrado la atención de los medios de comunicación y de los análisis de coyuntura política en todo el espectro de oposición y gobierno. Los modestos planes políticos aperturistas del Ministro del Interior Sergio Onofre Jarpa, al cabo de un año en el cargo, sucumbían. Mientras, el viejo patriarca derechista languidecería en el cargo algunos meses más. El 6 de octubre asumió un joven desconocido en el Ministerio Secretaría General de Gobierno, Francisco Javier Cuadra, quien junto con anunciar la implantación del Estado de Sitio, informó de la suspensión de la circulación de todos los medios de prensa opositores, con la sola excepción de la revista *Hoy*, que sería sometida a un régimen de censura previa. Asimismo, se le prohibió el ingreso al país al Vicario de la Solidaridad Ignacio Gutiérrez. ³

De inmediato la FECH junto a las restantes federaciones democratizadas anunció una guerra de la civilidad contra el Estado de Sitio. En las semanas siguientes, se realizaron actos masivos al interior de las diversas sedes universitarias, haciéndose frecuente la invasión de sedes universitarias por parte de carabineros y fuerzas especiales, disparos hacia el interior de los recintos y enfrentamientos callejeros entre grupos de estudiantes y fuerzas policiales. Las sedes más afectadas por estos acontecimientos fueron las de Medicina Norte, Ciencias Químicas y Farmacéuticas en calle Olivos, e Ingeniería. Los episodios de represión dieron origen a una esca-

² Entrevista a Ricardo Brodsky, 8 de abril de 1997.

³ Ascanio Cavallo, Manuel Salazar y Oscar Sepúlveda, *La historia oculta del régimen militar*, Santiago, Editorial Antártica, 1989, pág. 442. Hubo análisis que consideraban el resurgimiento de la FECH un hecho político mayor y un duro golpe al régimen, al extremo que una de las razones para la dictación del estado de sitio habría sido el detener el avance del movimiento estudiantil a nivel nacional (véase revista *Análisis*, 25 de junio al 2 de julio de 1985).

lada de protesta y nueva represión que culminó con un llamado a paro para el día 27 de noviembre, conjuntamente con una protesta nacional. La directiva de la FECH clamaba a las autoridades superiores de la Universidad para que defendieran los recintos universitarios del ingreso de carabineros, mientras que la Asociación de Académicos protestaba ante la represión que carabineros ejercía *motu proprio* ingresando a los claustros universitarios, sin mediar orden o solicitud de las autoridades académicas. Un informe de la FECH, luego de un mes de estado de sitio, contabilizaba a nivel nacional la siguiente friolera de ataques del gobierno a las universidades: 55 amedrentamientos a estudiantes; 27 ataques de fuerzas especiales a sedes universitarias; 25 universitarios heridos por proyectiles (balines o balas); 13 violaciones de recintos universitarios por parte de las fuerzas policiales; 9 suspensiones parciales de actividades y 4 cierres de semestre; 54 estudiantes procesados por fiscalías militares y 3 por juzgados de policía local; 74 expulsiones de estudiantes de sus respectivas carreras; 48 relegaciones de estudiantes; 532 estudiantes detenidos masivamente y 31 detenidos en forma selectiva. Entre los expulsados y relegados figuraban 40 dirigentes estudiantiles.⁴

En ese clima en que represión y protesta crecían en espiral, la FECH procuraba de todos modos realizar actividades que alguna semejanza pudieran rememorar con las de una federación de estudiantes en períodos de normalidad. De esta forma, y pese a que las disposiciones del estado de sitio habían impedido a la Federación de Estudiantes de la Universidad Católica en Santiago (FEUC) realizar la renovación de su directiva en noviembre, correspondió en diciembre la realización de elecciones de centros de alumnos en numerosas facultades y escuelas de la Universidad de Chile, en las que nuevamente triunfó con amplitud la oposición, aunque destacando los triunfos de César Jeréz en Agronomía y Alejandro Cuevas, en Ingeniería Comercial, ambos de derecha, mediante procedimientos de sufragio universal y directo.⁵ Junto con ello, la FECH anunció la realización de sus actividades veraniegas: Universidad Libre de Verano y Trabajos Voluntarios, éstos últimos en la zona de Aconcagua.

La Universidad Libre de Verano supuso un esfuerzo por acoger en la universidad tanto a los académicos que por motivos políticos se encontraban exonerados del sistema universitario chileno, como a los jóvenes que tuvieran deseos de asistir a cursos de extensión universitaria. Más de 600 jóvenes de las más diversas procedencias participaron en decenas de

⁴ Academia de Humanismo Cristiano, *Boletín Realidad Universitaria*, núm. 44, noviembre de 1984, y núm. 45, diciembre de 1985.

⁵ *La Segunda*, 12 de diciembre de 1984.

cátedras dictadas en esa oportunidad por académicos invitados y también por otros pertenecientes a la propia Universidad. La inspiración de estas jornadas académicas era, en palabras de Ljubetic, «retomar una de las tradiciones más hermosas de nuestra universidad que se abre al país». ⁶ Pese a las restricciones, que impidieron a la FECH disponer de un local de la universidad para realizar la actividad —la que finalmente se realizó en la sede del Centro de Estudiantes de Ingeniería—, la Universidad de Verano se realizaba de manera pacífica y puertas adentro, como no podía ser de otra manera tratándose de una iniciativa propiamente académica. Aún así, el amedrentamiento gubernamental era intenso. Con el tiempo, las reminiscencias se permiten ser tragicómicas. Así resume Ljubetic los avatares que la extensión académica de la FECH padeció: «La Universidad de Verano fue un hito desde el punto de vista del discurso y de las actividades. Se trataba de llevar la universidad extramuros a los recintos de la universidad formal. Hubo en eso un rol muy destacado del Mica Brodsky, que tuvo una muy buena interlocución hacia las Organizaciones No Gubernamentales, la FLACSO y otras. Recuerdo que Manuel Antonio Garretón y algunos otros intelectuales muy destacados, estaban bastante entusiasmados con la iniciativa. Se trataba de reintegrar en esta experiencia a muchos académicos desplazados de la universidad, exonerados o expulsados, y que pudieran realizar un aporte, desde luego en muchas áreas en que la universidad se había restringido, como era el caso de las ciencias sociales, pero no sólo en eso. Recuerdo haber firmado cientos de certificados que los diseñaron unos amigos, con un sol al modo de la bandera argentina, muy bien hechos. No pudimos conseguir un local para realizar la actividad, por lo que nos concentramos en Ingeniería y particularmente en el CEI. Se estableció una coordinación académica y resultó todo muy bien, espectacularmente bien. Vino gente no sólo de la Chile. También vinieron estudiantes de otras universidades, trabajadores, pobladores, estudiantes de enseñanza media. Creo que cumplimos mucho más que las expectativas que nos habíamos hecho. Por lo demás, en condiciones muy difíciles. Recuerdo por ejemplo, que hacía mucho calor y me fui afuera de la oficina que tenía la FECH en el CEI, que daba a la calle. Estaba hablando por teléfono desde ahí, y veo venir rajado un auto, se pegan la chantada justo delante mío, se bajan cuatro o cinco tipos civiles con metralleta, y entran al CEI dejando una cagada de proporciones. Lo cómico es que ya en ese tiempo la Jota había estructurado unos grupos de autodefensa que fueron los primeros en arrancar, según decían ellos después, “señalando la ruta del repliegue”. Yo quedé paralizado —claro que

⁶ *Las Últimas Noticias*, 15 de enero de 1985.

por la sorpresa, no por el miedo (risas)—; vi todo eso, los tipos entraron, apuntaron con el claro propósito de amedrentar porque no dispararon, y luego se retiraron tal como habían llegado. En ese contexto comenzamos también las radios libres. Como había censura de prensa, *Análisis y Apsi* circulaban a través de unos boletines. Nosotros poníamos en algunas escuelas equipos de radio que transmitían y transmitían, noticias, música, de todo. Entre los dirigentes, estábamos todos bajo seguimiento. En ese tipo de condiciones fue que realizamos la Universidad Libre de Verano. Pero cabe consignar que había un inmenso entusiasmo tanto de los académicos como de los estudiantes. Por lo demás, salvo los cursos tipo FLACSO a los que iban los barbones de siempre, hubo otros cursos muy masivos de temas políticamente más neutros, a los que asistían estudiantes universitarios. Fue muy importante no sólo por el hecho físico de haber realizado la universidad de verano, sino también mirado desde la perspectiva de nuestro discurso como directiva de la federación: el tema de la apertura de la universidad, del regreso de quienes habían partido de ella, en fin. Recuerdo que hubo más de algún curso dictado por profesores de la propia universidad, en carreras del tipo de ciencias. Recuerdo también cursos que para un tipo como yo, acostumbrado a la variedad curricular de la Escuela de Derecho, eran francamente exóticos, muy entretenidos».⁷

En cuanto a los trabajos voluntarios, una vez que fueron anunciados por la FECH, de inmediato reaccionó el gobierno señalando a través del Ministro de Educación, Horacio Aránguiz, que debido a la vigencia del Estado de Sitio a ninguna universidad le serían autorizados los trabajos de verano. Pese a ello, el 5 de enero, 150 estudiantes de la Universidad Católica organizados por la directiva gremialista de la FEUC, presidida por Alfredo Burgos, iniciaban sus tradicionales trabajos en Santa Bárbara, Octava región, autorizados por el Intendente. El vicerrector académico de esa universidad, Hernán Larraín, estimaba que no correspondía imponer sanciones disciplinarias a los estudiantes, porque éstos habían hecho uso de su autonomía para disponer de su período de vacaciones. De igual forma, el rector de la Universidad de Chile, Roberto Soto, deslindaba su responsabilidad en los trabajos que organizaba la FECH indicando que esa materia era de competencia del Intendente respectivo.⁸

Los estudiantes de la Universidad de Chile iniciaron los trabajos voluntarios el 1 de febrero. Las tareas contempladas en esta oportunidad consistían en apoyar a temporeros y trabajadores agrícolas de la región, instalando policlínicos, construyendo equipamientos comunitarios y rea-

⁷ Entrevista a Yerko Ljubetic, enero de 1997.

⁸ *Las Últimas Noticias*, 8 de enero de 1985; *El Mercurio*, 10 de enero de 1985.

lizando actividades culturales y recreativas dirigidas a jóvenes y niños de la zona.⁹ Molesto con la FECH por estimar que sus actividades tenían un deliberado propósito de desobedecer las disposiciones del estado de sitio, el ministro Cuadra se limitó a señalar «no es juego la cosa», procediendo el gobierno la mañana del 8 de febrero a detener a los más de doscientos voluntarios en sus campamentos de trabajo, trasladándolos a Santiago donde permanecieron detenidos en recintos policiales. Sólo treinta estudiantes consiguieron refugiarse en una capilla próxima a uno de los campamentos, obteniendo protección del obispo de la zona, Manuel Camilo Vial. La madrugada del 9, luego de un día en que los estudiantes recibieron una insuficiente alimentación, expuestos al sol, deshidratados y sin un chequeo médico riguroso, el estudiante de Ingeniería Patricio Manzano tuvo una crisis mientras permanecía en dependencias de la 1ª Comisaría de calle Santo Domingo en Santiago. Estudiantes de medicina que se encontraban entre los detenidos procedieron a darle atención. El testimonio de uno de ellos, Luis Veloso, señala que Patricio Manzano «tenía las pupilas dilatadas, no tenía pulso ni respiración. Diagnosticamos un paro cardiorespiratorio y procedimos de inmediato a las maniobras de resucitación: masajes cardíacos y respiración boca a boca». Al llegar la ambulancia al cabo de 25 minutos, Carabineros impidió que el grupo que estaba atendiendo a Manzano lo acompañara, por estimar que estando detenidos no debían salir de la comisaría. En la ambulancia, Patricio Manzano falleció por causa de una insuficiencia cardíaca aguda.¹⁰ El ministro Cuadra sostuvo que Manzano sufría epilepsia, cuestión que habría sido desconocida por Carabineros. Una hermana de Manzano, Irene, desmintió al ministro señalando que las afecciones de salud que aquejaban a Patricio desde la niñez no tenían que ver con la epilepsia y que, por lo demás, la epilepsia no mataba a nadie. Todo ello sin contar con que Patricio Manzano se realizaba chequeos médicos en forma regular, practicaba deportes de manera normal y asistía a los trabajos de verano con el conocimiento y venia de familiares y médicos. A la afirmación del ministro Cuadra, la familia y la FECH responderían con una querrela criminal en contra de quienes resultaran responsables de su muerte. Luis Veloso agregaba: «Es probable que si nos hubiesen permitido acompañarlo hasta la asistencia pública en la ambulancia, Patricio estaría vivo».¹¹

⁹ *Las Últimas Noticias*, 9 de febrero de 1985.

¹⁰ *Revista Hoy*, 18 al 24 de febrero de 1985.

¹¹ *El Mercurio*, 10 de febrero de 1985; *La Tercera de la Hora*, 11 de febrero de 1985. *Revista Hoy*, 18 al 24 de febrero de 1985. La querrela fue presentada contra Carabineros y Fuerzas Especiales por delitos de arresto ilegal, aplicación de rigor innecesario

La situación para los dirigentes de la FECH era desesperada. En ese contexto, se ponían en marcha iniciativas cargadas del más completo irrealismo. Ricardo Brodsky se dirigió directamente al Palacio de Moneda a pedir soluciones. «Me vine solo a La Moneda, entré por la puerta de Moneda y dije que quería hablar con el Ministro del Interior. “¿Quién es usted?”», me preguntaron los pacos afuera:

—Bueno —dije—, soy Ricardo Brodsky, dirigente de la FECH.

—¿Usted tiene entrevista con el ministro?

—No, pero hay más de doscientos estudiantes detenidos y un estudiante muerto, así que quiero que el ministro sepa esta situación y le dé una solución a esto.

«Se urgieron ahí los pacos. No pude hablar con Jarpa, pero salió un abogado del ministerio, dijo que los iban a soltar, en fin...».¹²

En menos de tres meses, el gobierno había puesto a la FECH en el límite de la intimidación, como queriendo probar qué tan lejos pensaban llegar los jóvenes dirigentes de la Universidad de Chile en su afán de construir una organización indócil al régimen. No bastándole con discriminarla de manera explícita,¹³ el gobierno procedía sin misericordia alguna frente a una situación tan extrema como la muerte de un joven inocente que se encontraba detenido bajo su responsabilidad. Más bien parecía que ante todo se trataba de someter a una exigente pedagogía correctiva la impertinencia de los jóvenes desobedientes, al costo que fuera, haciéndolos convivir aún con la pérdida de vidas humanas, la que se trivializaba señalando que la víctima se trataba de un enfermo, buscando deslindar con una pachotada cualquier responsabilidad que por negligencia correspondiera a la autoridad. No sería el último momento de prueba para los estudiantes ni para sus dirigentes, pero sí uno de los más duros en los años que acompañarían a la organización que pugnaba por nacer y establecerse, por cuanto los interrogaba sobre el sentido y porvenir de

rio, allanamiento ilegal con resultado de muerte y/o cuasi delito de homicidio en perjuicio de Patricio Manzano (Academia de Humanismo Cristiano, *Boletín Realidad Universitaria*, núm. 46, enero-febrero de 1985).

¹² Entrevista a Ricardo Brodsky, 8 de abril de 1997.

¹³ La represión de los trabajos de verano sólo afectó las iniciativas de la FECH. Otras organizaciones, y no sólo la FEUC, realizaron actividades de voluntariado durante esos meses, incluyendo organismos juveniles, estudiantiles universitarios y movimientos de la Iglesia Católica. La intencionalidad contra la FECH no tenía ambages y había motivado una intervención del ministro Francisco Javier Cuadra en la televisión para referirse directamente a los trabajos voluntarios a realizarse en la zona de Aconcagua (*Las Últimas Noticias*, 9 de febrero de 1985; entrevista a Yerko Ljubetic, enero de 1997).

mantener la federación y las iniciativas estudiantiles exponiendo a tales riesgos objetivos a sus jóvenes partidarios. Refiriéndose a esos momentos, Ljubetic señala que «(la muerte de Patricio Manzano) fue un golpe muy duro, para mí y para todos los dirigentes. Cuando pasa eso, uno se aparta del discurso del mártir, del «¡presente ahora y siempre!»; eso no tenía mucho sentido. En realidad a mí me hacía mucha más fuerza el pensar que éste había sido un cabro que había creído en nosotros. Yo me sentía personalmente responsable, para mí se trataba de una situación muy complicada, y me imagino que debe haberlo sido para Jaime, Gonzalo o Mica. No recuerdo que lo hayamos comentado en un plano más personal, pero fue súper jodido. A pesar de las limitaciones del estado de sitio, se generó una movilización bastante fuerte, y hubo actos de movilización muy masivos para el nivel de represión que existía. Siendo una cantidad de detenidos tan grande, salieron liberados relativamente luego, y entonces hubo dos marchas que se encontraron en calle Blanco para los funerales de Patricio Manzano, la columna de los liberados y la de los que venían llegando de Aconcagua. Fue un momento muy emocionante. Pienso que el mérito de los trabajos de verano no radica en el trabajo que se realizó con los sectores agrícolas de la zona —por lo demás, en ese aspecto nunca los trabajos de verano han sido un gran aporte—, pero sí fue una demostración de voluntad, fue una cosa muy desafiante por parte de la FECH, y los estudiantes lo asumieron así. Los voluntarios eran alrededor de trescientos, y trescientos, en el marco del Estado de Sitio, es algo verdaderamente impresionante. Había muchos militantes, pero había también muchos estudiantes que llegaron apelados en otra condición, que querían desafiar las condiciones imperantes. Cabros que fueron a los trabajos de verano de la FECH, al cabo de tres días les sacaron la mierda, pero ahí estaban. Eso fue inolvidable».¹⁴

La mano dura del gobierno tenía todavía otros recursos que exponer. De regreso de la misa de funeral de Patricio Manzano, agentes policiales vestidos de civil detuvieron frente a la sede del CEI a Gonzalo Rovira, quien de inmediato fue relegado por el gobierno a Chonchi, a una zona militar. El 22 de febrero, se presentó un recurso de amparo en favor de Ricardo Brodsky, que era objeto de seguimiento por parte de agentes de civil. Gracias a la presentación de este recurso, pudo saberse el 7 de marzo que existía un decreto exento del Ministerio del Interior del 11 de febrero que ordenaba su arresto. Puesto que la autoridad no daba a conocer las razones que motivaban la orden de detención en su contra, Brodsky de-

¹⁴ Entrevista a Yerko Ljubetic, enero de 1997.

ció permanecer más de dos meses escondido bajo la protección de un singular contingente, el aparato de seguridad del MAPU.¹⁵

A la FECH le llovía sobre mojado. El gobierno prácticamente había descabezado la mayor parte del arco político de su directiva, y lo que no hacía el gobierno lo hacía la naturaleza. Ljubetic y Brodsky intentaban diversas maniobras para reunirse sin arriesgar la seguridad del segundo y seguir dando gobierno a la federación. En ese contexto, el aparato de seguridad del MAPU organizó un operativo para que Ljubetic se encontrara con el refugiado secretario general de la FECH. «Brodsky estaba fondeado y era imprescindible que yo me reuniera con él para concordar algunas cosas. Entonces, el aparato de seguridad del MAPU armó un asunto en la casa de alguno de sus militantes en Martín de Zamora, a la que yo tenía que llegar; me iba a recibir una familia en el living. Entonces, iba a estar todo cerrado y de repente iba a llegar el Mica. Yo no podía mirar pa fuera, ni siquiera podía asomarme a mirar cómo iba a llegar disfrazado el Mica, para seguridad, en fin. Yo acaté todas las medidas, que me parecían exageradas, pero las acaté y cuando llegó el Mica creo que hasta me emocioné. Comenzamos la reunión... ¡y en eso empieza el terremoto!, y el Mica sale apretando con todo el equipo de seguridad pa fuera, naturalmente sin disfraz ni nada, y todas las medidas de seguridad, ante el movimiento telúrico, se fueron a la mierda».¹⁶

Al mal tiempo buena cara. El terremoto del 3 de marzo daba a la FECH, a juicio de sus dirigentes, la posibilidad de ocupar el espacio público sin correr riesgos. En esa accidentada reunión, se decidió emprender una campaña juvenil de solidaridad con los damnificados, encabezada por el propio Brodsky. La respuesta del gobierno fue aumentar la vigilancia sobre la casa de Brodsky y obstruir la entrega de ayuda de la FECH en San Antonio, en un país en el que casi no quedaban instituciones al margen de iniciativas públicas de solidaridad. «A propósito del terremoto, recuerdo que la federación alcanzó a montar una campaña de solidaridad donde reunimos lo que se suele juntar en este tipo de casos, arrendamos unos buses y partimos a San Antonio. Y en el trayecto, a la altura de Maipú, los

¹⁵ El aparato de seguridad del MAPU, que Ricardo Brodsky califica de «estrabóti-co», estaba encabezado por un ebúrneo e hirsuto grupo donde destacaban Mauricio Tolosa, estudiante de periodismo y derecho, y Didier de Saint Pierre, estudiante de ingeniería, y su protagonismo en el primer año de la FECH sería, aunque discreto, de suma importancia procurando garantizar la seguridad de los dirigentes perseguidos por el gobierno en diversas circunstancias (entrevista a Ricardo Brodsky, 8 de abril de 1997; entrevista a Yerko Ljubetic, enero de 1997).

¹⁶ Entrevista a Yerko Ljubetic, enero de 1997. Esta reunión es mencionada por el propio Ljubetic en el libro de Brodsky, *Conversaciones con la FECH*, op. cit., pág. 78.

pacos nos detuvieron y no nos dejaron seguir. Yo por mi cuenta seguí en un auto y alcancé a llegar a las parroquias a las que estaba destinada la ayuda, que finalmente llegó por vías alternativas. Pero los pacos nos impidieron que nuestra solidaridad se expresara colectivamente. No podían pasar los buses, y no fue posible montar algo como lo que teníamos pensado hacer. Pero en todo caso hicimos la campaña que corresponde a este país terremoteado». ¹⁷

LA PROPUESTA DE CAMBIO

En los momentos en que la FECECH había procedido a autodisolverse en junio de 1984, la Coordinadora de Centros de Alumnos Democráticos asumió de inmediato, aunque provisoriamente, la interpelación que los estudiantes dirigían a las autoridades. Ello con dos propósitos centrales: obtener de la rectoría un reconocimiento al carácter representativo de las organizaciones estudiantiles existentes a nivel de facultades como asimismo de la federación que se estaba gestando, y, por otra parte, exponer ante las autoridades inquietudes de carácter universitario que afectaban de ordinario al estudiantado. Una vez que el Congreso General de Delegados de Base aprobó el itinerario que definitivamente conducía a la constitución de una asamblea constituyente y de una federación de estudiantes, los presidentes de los centros de alumnos recibieron el mandato de mantener provisionalmente la representación de los estudiantes ante las autoridades. Con ese fin, una delegación del Consejo de Presidentes de Centros de Alumnos concurre a entrevistarse con el rector Roberto Soto. Los temas tratados en esa ocasión estaban relacionados con diversas solicitudes de los estudiantes, cuyos propósitos eran: 1.º Que la autoridad diera reconocimiento oficial, con el consiguiente respaldo material y económico, a la organización única que había sido aprobada en el congreso de delegados de curso; 2.º Que se derogara la normativa vigente sobre financiamiento universitario y crédito fiscal, y se produjera un retorno al sistema de arancel diferenciado, condonándose las deudas de los estudiantes; 3.º Que se extendieran los beneficios sociales y médicos de los estudiantes; 4.º Que renunciaran las autoridades universitarias designadas por

¹⁷ Entrevista a Yerko Ljubetic, enero de 1997. Además, la FECH coordinó su colaboración con Caritas-Chile en poblaciones de Santiago, ofreciendo capacidades profesionales para la evaluación de daños estructurales, y para la implementación de una fábrica para mediaguas de urgencia, prestando atención en salud e impulsando ollas comunes (Academia de Humanismo Cristiano, *Boletín Realidad Universitaria*, núm. 47, marzo 1985).

el gobierno y se procediera a la elección de nuevas autoridades por la propia comunidad universitaria, y que se reglamentara la carrera docente como asimismo los programas de estudio; 5.º Que se pusiera término a la represión en la universidad, poniendo fin a las intervenciones militares, a los servicios de seguridad internos, al ingreso de personal militar y de carabineros en los claustros, que se reinstaurara la libertad de expresión y de cátedra, y que se permitiera el retorno de académicos y estudiantes expulsados y exonerados. En un principio, rectoría mantuvo ante estas peticiones una actitud de escucha, y al cabo de esta primera reunión, Ricardo Herrera y Carlos Saffirio, presidentes de Ingeniería y Derecho, consideraron que el encuentro había sido fructífero puesto que el rector se había manifestado proclive a entregar medios materiales a la federación que se estaba creando.¹⁸

Desgraciadamente, las conversaciones se rompieron muy pronto. El 25 de agosto, en un segundo encuentro que debían sostener los dirigentes estudiantiles con el rector, éste se negó a recibir en la delegación a Gonzalo Rovira, entonces presidente del Centro de Alumnos de Filosofía, Humanidades y Educación, por considerar que no estaba aclarada la participación de Rovira en hechos de violencia ocurridos poco antes en el Pedagógico. En solidaridad con su par, la delegación se rehusó a entrevistarse con el rector, mientras que Cristián Jara, jefe de gabinete de Roberto Soto, indicaba que el rector pensaba dar respuesta positiva a la mayor parte de las solicitudes estudiantiles, aclarando en todo caso que la salida de las autoridades designadas era un asunto cuya resolución era prerrogativa del gobierno central, cuestión que Herrera y Saffirio habían reconocido en el encuentro anterior.¹⁹ Un mes después de la frustrada reunión, el rector Soto ofreció una nueva audiencia a los dirigentes en la que se limitó a leerles una declaración en la que pedía respeto a la autoridad y un pronunciamiento frente a la violencia que se estaba desatando en los campus en episodios periódicos y que habían llevado a rectoría a cerrar las actividades en todas las sedes durante septiembre, orden que fue desobedecida parcialmente por académicos y estudiantes que continuaron realizando sus labores habituales a partir del 12 de septiembre. Al término de la audiencia, Julián Goñi, presidente del Centro de Alumnos de Administración Pública y miembro del Frente Universitario, lamentó la actitud del rector y señaló: «Nosotros no hemos venido a una manifestación de protesta sino para contribuir con nuestra formación a lograr una univer-

¹⁸ Academia de Humanismo Cristiano, *Boletín Realidad Universitaria*, núm. 41, agosto de 1984.

¹⁹ *Idem*.

sidad más democrática. (Considero) lamentable la actitud que ha tenido esta mañana con nosotros el rector, porque lo único que hace es agudizar el conflicto y elevarlo en el interior a un enfrentamiento con los estudiantes». ²⁰ El rector sostenía que no era un asunto de fondo el entregar reconocimiento ni recursos a la organización de los estudiantes, sino el resolver sus demandas en materias de bienestar, destinando para ello los recursos del caso: todo por los estudiantes, pero sin los estudiantes, aparentemente.

Una vez electa la primera directiva de la federación, rectoría fue más clara respecto de un eventual reconocimiento y apoyo a que contara con un espacio formal dentro de la universidad. Cristián Jara señaló que la nueva organización no tenía personalidad jurídica; además, objetó su legalidad, pues sus estatutos le parecían irreconciliables con las normas universitarias y legales vigentes, concluyendo el personero que «la universidad no puede desvirtuar su esencia y naturaleza reconociendo una coalición político-partidista». A esto contestaba Ljubetic que resultaba paradójal que la autoridad designada por la exclusiva confianza del régimen impugnara un proceso autónomo y participativo de generación de representantes estudiantiles. «Entre la legalidad impuesta por la autoridad universitaria y la legitimidad que nos han dado los estudiantes, optamos por esta última», concluyó Ljubetic. ²¹ Pese a este tono recíproco de escasa cordialidad, rectoría creó una comisión académica encabezada por el prorector Marino Pizarro para que estableciera un conducto regular con la directiva de los estudiantes, indicándole a éstos que rectoría no podía reconocer una federación «única» por cuanto la Constitución Política de la República establecía la libertad de afiliación que meses antes había decretado la rectoría. ²² Finalmente, en diciembre el Consejo Universita-

²⁰ Academia de Humanismo Cristiano, *Boletín Realidad Universitaria*, núm. 43, octubre de 1984; *La Tercera de la Hora*, 2 de octubre de 1984.

²¹ Academia de Humanismo Cristiano, *Boletín realidad Universitaria*, núm. 43; *Las Últimas Noticias*, 1 de noviembre de 1984.

²² El artículo 19 núm. 15 de la Constitución Política de la República estableció el derecho de asociarse sin permiso previo, como asimismo el que nadie puede ser obligado a pertenecer a una asociación. La objeción que rectoría planteaba a la FECH basada en este precepto constitucional era, a lo menos, discutible, por cuanto no existía obligatoriedad de pertenecer a la FECH ni de realizar en su favor prestaciones de ninguna especie. Por otra parte, la FECH coexistía con otras agrupaciones estudiantiles autónomas a su respecto, por ejemplo las de tipo deportivo o religioso. Finalmente, la argumentación de rectoría adolecía de mala fé por cuanto durante los tres años de vigencia de la Constitución que ahora se invocaba, no se había procedido de manera simétrica respecto de la FECECH, y de hecho se había mantenido vigente

rio de la Universidad de Chile procedió a fijar una declaración de principios que sería definitiva respecto del estatus de la FECH dentro de la Universidad mientras durara la dictadura militar: «El Consejo Universitario no tendría inconveniente en considerar a la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile como una organización representativa de alumnos regulares de pregrado de la Universidad, si esta organización no hiciera valer un estatuto que contiene disposiciones irreconciliables con el ordenamiento jurídico universitario y no hubiera incluido, como miembros suyos, a más de mil ochocientas personas (sic) ajenas a la Universidad de Chile. Ninguna persona puede ser obligada a pertenecer a una organización, por lo que ninguna organización puede arrogarse la facultad de monopolizar la representación estudiantil». Concluía el Consejo Universitario solicitando a la FECH un compromiso formal y explícito de rechazar toda conducta violentista, y de respetar el normal desenvolvimiento de la vida universitaria, como requisito para continuar el diálogo que se procuraba llevar a cabo. Aunque Ljubetic rechazó por absurda la petición final para que los estudiantes se pronunciaran frente a la violencia —debido a que se trataba de una violencia que en el marco del Estado de Sitio se ejercía preferentemente por el gobierno sobre los estudiantes—, la toma de posición del Consejo Universitario frente a la participación en la FECH de los estudiantes del Pedagógico y del IPS, instituciones que desde 1981 eran autónomas respecto de la Universidad de Chile, implicó un jaque permanente a la pretensión de la FECH de ser reconocida por las autoridades.²³

De ahora en adelante, las relaciones directas entre la FECH y la rectoría serían mínimas y normalmente sujetas a esporádicas situaciones de hecho. Mientras aumentaba la interlocución estudiantil con otros sectores universitarios, como la Asociación de Académicos e incluso con los decanos de algunas facultades, los llamados de la FECH a rectoría para trabajar constructivamente en asuntos de interés de los estudiantes caerían siempre en el vacío, dejando como instrumentos preferentes de acción de los estudiantes la movilización y la huelga. De hecho, las movilizaciones con-

la circular de rectoría núm. 37 del 16 de noviembre de 1978, que impedía la realización de actividades estudiantiles que no fueran solicitadas a través de los centros de alumnos del sistema de la FECECH, dictada entonces con el evidente propósito de entorpecer las actividades de la Agrupación Cultural Universitaria, ACU.

²³ *La Tercera de la Hora*, 13 de diciembre de 1984; Academia de Humanismo Cristiano, *Boletín Realidad Universitaria*, núm. 45, diciembre de 1984. La cifra de mil ochocientos estudiantes ajenos a la Universidad esgrimida por el Consejo Universitario es inexplicable, en tanto Pedagógico e IPS sumaban más de cuatro mil estudiantes.

vocadas por la FECH para enfrentar problemas económicos de los estudiantes en el mes de marzo fueron un éxito. Con una morosidad en el pago de los aranceles superior al 60%, la Universidad, al iniciarse el año académico de 1985, exigió a los deudores que cancelaran al contado el 10% de lo adeudado. La FECH hizo un llamado al no pago de los aranceles con el fin de obtener la derogación de tal exigencia y condiciones preferentes para los estudiantes damnificados por el terremoto. Estas demandas de la FECH obtuvieron lo que pedían, no así su llamado a formar una instancia bipartita con rectoría para estudiar una política global de aranceles basada en el sistema de arancel diferenciado.²⁴

De regreso del dramático verano de 1985, la FECH se encontraba elaborando una propuesta de transición universitaria, reuniendo como podía sus dispersas partes. Así, en sus instancias colegiadas del Consejo de Vocales y del Consejo de Presidentes de Centros de Alumnos se discutieron y aprobaron los contenidos del programa de normalización universitaria. Todo ello al mismo tiempo que se realizaban las actividades de recepción de los mechones sin ninguna cooperación por parte de rectoría, aunque coronadas por espectaculares apariciones de Ricardo Brodsky, protegido por el nunca bien ponderado aparato de seguridad del MAPU. En esa ocasión, mientras los mechones celebraban el Día de la Cultura en el Teatro Cariola, Brodsky les dirigió un hermoso mensaje: «Las cosas no están del todo bien, pero tenemos “una paciencia verde y sólida como un caimán, una paciencia a prueba de balas y promesas”, como dijo un poeta uruguayo que está en este mismo momento mirando la Cruz del Sur que no podía ver desde su exilio en el otro hemisferio. Queremos, por esto, darte una bienvenida; para que veas que las cosas tampoco están del todo mal, por lo menos de este lado. Tu primera lección en la universidad es que cada singular necesita su plural. Que más allá de ti hay otros que tienen parecidas esperanzas, frustraciones, miedos, rencores, corajes y de nuevo esperanzas; y que es perentorio encontrarlos, reconocerlos, hacerse con ellos miembros de una misma comunidad».²⁵

Con ese espíritu, en el mes de mayo la FECH presentó los contenidos de su propuesta en un acto solemne en la Facultad de Derecho, convocando a un plebiscito los días 12 y 13 de junio en que los contenidos de la propuesta serían sometidos a la ratificación o rechazo del estudiantado. Este documento constituye una completa declaración y programa de la FECH frente a la necesidad de dar cuerpo a la restauración de la autono-

²⁴ Academia de Humanismo Cristiano, *Boletín Realidad Universitaria*, núm. 47, marzo de 1985 y núm. 48, abril de 1985.

²⁵ Academia de Humanismo Cristiano, *Boletín Realidad Universitaria*, núm. 47.

mía universitaria, y sus contenidos permanecerían vigentes en los años siguientes, por lo que se detallarán en sus aspectos principales.²⁶

Luego de señalar que el estado de crisis en que se encontraba la universidad era responsabilidad directa del régimen militar, la FECH afirmaba que un proceso de cambios que revirtiera esa situación debía traducirse en una modificación de la normativa vigente, específicamente del Estatuto Orgánico de la Universidad, el cual estaba diseñado para concentrar el poder en el rector quien, a su vez, respondía a la confianza del Presidente de la República. Por lo demás, durante el período de transición constitucional, sólo el rector podía proponer modificaciones al estatuto orgánico. En semejantes condiciones, invocar el cumplimiento de la legislación universitaria vigente para afirmar el carácter autónomo de la universidad constituía un «abuso del lenguaje». En otro orden de materias, la FECH advertía que estaba en peligro el papel de predominio de la Universidad de Chile dentro del sistema universitario chileno, y que se estaba en presencia de un proceso de destrucción de su patrimonio, iniciado con la pérdida de sus sedes de provincias, más las carreras pedagógicas, y que amenazaba continuar con nuevos planes de atomizar lo que quedaba de la Universidad para transformarla en un conjunto de universidades temáticas, tal como se había dado a entender con la reciente designación de un nuevo decano en la Facultad de Ingeniería.

Refiriéndose a la participación estudiantil en el gobierno universitario, la FECH reivindicaba el derecho de los miembros de la comunidad universitaria de participar expresando su preocupación por los asuntos concernientes a la gestión de la corporación, lo que *per se* no implicaba demanda alguna de cogobierno. Lo que estaba en juego en ese minuto no eran formas ideales de gobierno universitario, sino el sacar a la Universidad del estado de cautiverio e incautación militar en que se hallaba. La FECH proponía un mecanismo que calificaba de realista para proceder a una restauración de la autonomía universitaria, a través de uno de muchos sistemas posibles de gobierno que garantizara el reconocimiento de la dignidad y los derechos de la comunidad universitaria. Concretamente, la FECH proponía un sistema de elección de directores de departamentos por los integrantes de cada departamento; luego, se conformarían consejos de facultad con prerrogativas normativas, y que tendrían la responsabilidad de elegir a los decanos; por último, el Consejo Superior que así se constituyera tendría la responsabilidad de elegir un rector académico. Aparte de esto y de lo que se relacionaba con la elección de autoridades, se pedía

²⁶ Federación de Estudiantes de Chile, *Nuestra propuesta de cambio en la Universidad de Chile*, mimeo, Santiago, junio de 1985.

la incorporación de los representantes de centros de alumnos en los consejos de facultad, y de la Federación de Estudiantes al Consejo Superior.

Respecto del estatus de la FECH, la *Propuesta de cambio* rechazaba el modo acomodaticio con que rectoría argumentaba en favor de la libertad de asociación, cuestión a la que se había negado mientras existió la FECECH, garantizándole a ésta incluso un carácter de organización estudiantil monopólica a través de la circular núm. 37 de 1978. Lo que se había producido era que, con el fin de obstaculizar a la FECH, rectoría había cambiado todos sus principios confesos.

En cuanto a la violencia, la FECH rechazaba las imputaciones que se le formulaban de fomentarla, y acusaba al Consejo Universitario de tergiversar las posiciones de la Federación, indicando que «los miembros del Consejo Universitario bien podrían leer el programa de la actual directiva de la FECH para disipar sus dudas acerca de nuestra posición sobre el uso de la violencia con fines políticos, a la que tanto y tan reiteradamente ha recurrido el régimen militar que mantiene cautiva a nuestra universidad. Precisamente hay un caso de violencia arbitraria que nos afecta hace ya meses: la detención en un campo de concentración y posterior relegación de nuestro vicepresidente Gonzalo Rovira. Frente a esa situación, la autoridad universitaria, a pesar de nuestros permanentes requerimientos, ha guardado ominoso silencio haciéndose cómplice de la intervención del régimen mediante la violencia, restringiendo la legítima representación estudiantil. Si hoy cabe un emplazamiento, es el de los estudiantes hacia las autoridades delegadas sobre sus reales intenciones de defender los valores universitarios que, como en este caso, son permanentemente violentados».

Finalizaba la propuesta de la FECH llamando a rectoría a suspender cualquier iniciativa de reestructuración de la universidad que no fuera fruto de la discusión razonada de la comunidad universitaria; que diera a conocer públicamente un itinerario conducente a la normalización de la universidad y la restauración de su autonomía; que reconociera el derecho de académicos y estudiantes para participar en la discusión sobre el presente y futuro de la corporación, creando al efecto una instancia tripartita que organizaría ese debate y pondría en práctica los acuerdos que allí se alcanzaran; que se desistiera de imponer al nuevo decano de Ingeniería, rechazado por académicos y estudiantes de esa facultad; por último, que reconociera a la FECH, de entre la pluralidad de organizaciones estudiantiles de diverso tipo existentes en la Universidad, como la única representativa de los estudiantes.

El plebiscito para sancionar los contenidos propuestos por la FECH fue un importante triunfo para la federación. Con una participación que

excluía a los alumnos de IPS y Pedagógico, y que superó los dos tercios del universo convocado, 8.424 alumnos apoyaron el planteamiento de la directiva de la federación, un 91,9% de los votantes. El resto de la votación se dividió entre el rechazo a la propuesta de la FECH; votos blancos que siguieron el llamado del Frente Universitario —que estaba de acuerdo con la propuesta de la FECH pero no con lo que consideraba era un interés de la directiva de la federación de capitalizar los resultados con fines proselitistas—, y votos nulos.²⁷ Con estos resultados, una semana más tarde, dieciséis centros de alumnos, con las solas excepciones de Ingeniería Comercial y Agronomía, pedían el reconocimiento de la FECH. El nuevo coordinador de asuntos estudiantiles de la Universidad de Chile, Jorge Mira, exigía una vez más definiciones acerca de la violencia a los estudiantes, dilatando una respuesta. El gobierno y rectoría coincidían en negar la FECH tanto como fuera posible, pero aún así la FECH se las ingenió para lucir en un espacio público dispuesto por la propia autoridad. El 23 de julio, en compañía de José Tomás Jocelyn-Holt y Eduardo Abarzúa, miembros de la nueva directiva de la FEUC, los dirigentes de la FECH Cristián Baeza y Ricardo Brodsky fueron recibidos por el Ministro de Educación Horacio Aránguiz, en medio de un gran despliegue periodístico. Brodsky había reaparecido luego que su recurso de amparo fuera acogido por la Corte de Apelaciones de Santiago,²⁸ la que le brindó protección policial, y ahora concurría a tertulias nada menos que con el Ministro de Educación para conversar de los contenidos de la *Propuesta de cambio*. La existencia de la FECH era innegable y su fuerza y perspicacia eran tales que conseguía provocar estas desinteligencias en la estrategia de sofocamiento con que la enfrentaba el gobierno.²⁹ Los estudiantes habían acordado volver a reunirse con el ministro en los días siguientes, pero éste fue relevado de su cargo antes que se verificaran nuevos encuentros. En la percepción del gobierno, Aránguiz había cometido un error al recibir a la FECH, lo que sumado a un errático manejo respecto del cierre del Liceo Arturo Alessandri, tomado el 10 de julio por doscientos secundarios, hacía inviable su permanencia en el cargo. En consecuencia, fue sustituido por Sergio Gaete, entonces decano de Derecho de la Universidad Católica, quien fue colocado al frente del ministerio como última línea de contención del avance estudiantil a nivel nacional.

²⁷ Víctor Maldonado, *Evolución del movimiento estudiantil chileno entre 1985 y 1987*, Santiago, Instituto Chileno de Estudios Humanísticos, 1987, pág. 15; *Las Últimas Noticias*, 14 de junio de 1985.

²⁸ Entrevista a Ricardo Brodsky, 8 de abril de 1997.

²⁹ *La Segunda*, 23 de julio de 1985.

LA SUMISIÓN NADA ENGENDRA: SÓLO LA DESOBEDIENCIA ES FECUNDA

La FECH cumplió cada uno de los pasos formales que cualquier opinión prudente habría aconsejado para construir y plantear su punto de vista acerca de la situación universitaria y la manera de afrontarla en lo sucesivo. La formulación de la *Propuesta de cambio* se había producido al interior de los órganos colegiados de la federación, el Consejo de Vocales y el Consejo de Presidentes de Centros de Alumnos, y posteriormente se había solicitado para ella la sanción mayoritaria del estudiantado, cuestión que aconteció satisfactoriamente en el plebiscito del mes de junio. Luego de esto, la FECH propuso a rectoría la formación de una instancia tripartita de autoridades, académicos y estudiantes para que implementara un proceso de discusión de la comunidad conducente al restablecimiento de la autonomía universitaria. Naturalmente, la autoridad de Casa Central hizo caso omiso a estas expresiones del estudiantado. A pesar de ello, no eran precisamente los estudiantes los que estaban quedándose solos en cuanto a su apreciación de la situación universitaria.

Los académicos se encontraban mayoritariamente organizados desde hacía un año en la asociación que presidía el ingeniero Patricio Basso, la que mantenía una afanosa, constante e infructuosa búsqueda de interlocución con las autoridades de rectoría, con el propósito de provocar un proceso de recuperación de la autonomía universitaria y de la normalización institucional de la universidad, y obtener la satisfacción de algunas demandas gremiales. Simultáneamente, la rectoría de Roberto Soto se había caracterizado por el intento de regularizar formalmente algunas instituciones de mayor interés para los académicos, como la carrera académica y la elección de autoridades superiores en las facultades. En este último aspecto, el rector estaba promoviendo, aunque no de manera homogénea, procesos limitados de consulta a los académicos de las distintas unidades que se habían visto en el evento de nominar nuevos decanos. No obstante, al no estar el rector obligado a efectuar estas consultas, era libre de atender o no a sus resultados. Tal había sido el caso de la Facultad de Derecho en abril de 1984. Hugo Rosende había dejado el decanato al ser nombrado Ministro de Justicia a fines de 1983, siendo sucedido en el cargo por Avelino León. Desafortunadamente, León se encontraba con su salud debilitada y falleció en los primeros días de abril de 1984. Frente a este suceso, el rector convocó a una consulta de los profesores de las más altas jerarquías de la facultad con el propósito de determinar una terna de la que saldría el nombre del académico a ser propuesto a la Junta Directiva para que se desempeñara como decano.

Hecha la elección, el profesor Carlos Ruiz obtuvo una mayoría absoluta de 78 votos contra 42 que sumaban Rafael Eyzaguirre y Juan Colombo. El rector Soto procedió entonces a designar como decano a Eyzaguirre, lo que produjo desazón entre los consultados. De todos modos, la decisión de Roberto Soto fue acatada por los profesores de la facultad por tratarse de una atribución del rector consagrada en el estatuto orgánico de la universidad. *El Ferrocarril*, revista independiente de la Facultad de Derecho, que agrupaba a estudiantes, egresados y ayudantes de diversas cátedras y de un amplio arco de preferencias filosóficas, ideológicas y políticas, editorializaba sobre la designación de Eyzaguirre en los siguientes términos: «Se ha pasado a llevar —una vez más— la opinión mayoritaria de los académicos de la facultad, que había aprobado con más del doble de los votos al profesor Carlos Ruiz por sobre el profesor Eyzaguirre. Este tipo de decisiones genera problemas de convivencia y representatividad entre el decano de una facultad y el cuerpo docente de la misma. Se supone que un rector debe intentar eludir o solucionar los problemas y no generarlos. Por lo mismo, esta acción aparece como incomprensible ante la comunidad universitaria. Si no se tenía confianza en la capacidad y buen juicio de los académicos, ¿qué sentido tenía la elección? (...) El actual estado de cosas [en la universidad] debe cesar».³⁰ La designación de Eyzaguirre fue rechazada con un paro de los estudiantes de la facultad, y la Vicaría de la Pastoral Universitaria la calificó de «atropello» a los académicos consultados. Un año más tarde, se repitió el procedimiento para realizar la designación de los decanos de Economía, Sergio Melnick; de la nueva Facultad de Ciencias Químicas y Farmacéuticas, Hugo Zunino, y de la Facultad de Ciencias Veterinarias, Héctor González. En esta ocasión, la Asociación de Académicos reprochó el procedimiento empleado por el rector en tanto la opinión de los académicos consultados no fue vinculante para la autoridad que debía proceder a la designación.³¹

El rector Soto hizo grandes esfuerzos por presentar de manera persuasiva una apariencia de normalización de la vida universitaria a través de

³⁰ Revista *El Ferrocarril*, Facultad de Derecho de la Universidad de Chile, núm. 4, Santiago, junio de 1984.

³¹ Academia de Humanismo Cristiano, *Boletín Realidad Universitaria*, núm. 39, junio de 1984 y núm. 47, marzo de 1985. Cabe destacar que, en el caso de Derecho, los académicos de esa Facultad fueron los únicos en la universidad que nunca constituyeron un capítulo de la Asociación de Académicos. Además, aunque la terna no se formó bajo criterios políticos, conviene señalar que Carlos Ruiz estaba adscrito a la Democracia Cristiana, mientras que a Rafael Eyzaguirre se lo consideraba de tendencia derechista.

estas pseudoelecciones. Sin embargo, en sus aspectos medulares, la pretendida normalización era irrelevante. La Asociación de Académicos envió a Roberto Soto en mayo de 1985 un extenso documento en que analizaba la normativa universitaria vigente, concluyendo que el rector debía hacer uso de su atribución excluyente de proponer reformas al estatuto orgánico de la universidad a fin de introducir en él criterios de participación orgánica de los académicos, la que era inexistente en términos reales. Para ello, la asociación recomendó que tales reformas se sometieran a consulta libre, secreta, informada y solemne de todos los académicos. Aunque la legislación universitaria declaraba la existencia de la autonomía económica, académica y administrativa de las universidades, en el caso de la Universidad de Chile el estatuto consagraba poderes desorbitados para el rector en el nombramiento de autoridades superiores de la corporación y a nivel de facultades, mientras que el propio rector era nombrado y removido libremente por el Presidente de la República. En tales circunstancias, la pretendida autonomía universitaria proclamada en la legislación carecía por completo de sustancia. El documento enviado al rector reseñaba un extenso rosario de iniciativas de diálogo con la autoridad emprendidas por la asociación y frustradas por la indolencia de rectoría; pasaba revista exhaustivamente al estado crítico en que se encontraba la universidad fruto de la política de jibarización y discriminación a que había sido expuesta durante los años de la intervención militar, lo que afectaba gravemente el desarrollo de sus funciones —especialmente la investigación— y a sus recursos materiales y humanos, y culminaba con la siguiente reflexión: «Aceptamos la crítica que se puede hacer a las formas particulares de participación que existieron en el pasado; pero creemos que en cualquier caso, la Universidad de Chile nunca estuvo en un estado tan precario como el actual. No resulta razonable ni fundado en lógica alguna que para solucionar los problemas que tenían las formas de participación empleadas en el pasado sea necesario eliminar toda forma de participación. Lo lógico es buscar nuevas formas de participación orgánica que, resolviendo las dificultades, la enriquezca y mejore. (...) Tanto desde el punto de vista de los principios universitarios como desde el punto de vista de la eficiencia, la gestión vertical es contraproducente para la universidad. Las complejas relaciones que hacen posible la creación científica o artística y la labor de formación, requieren de un sistema orgánico de participación que permita evaluar y ajustar continuamente las políticas y las estructuras, utilizando para ello la experiencia de quienes desarrollan dichas tareas. Las rigideces introducidas por un sistema autoritario de gestión excluyen la posibilidad de utilizar plenamente las capacidades humanas de la universidad, dificultan la

internalización de las políticas y conducen a adoptar políticas o definir estructuras inadecuadas».³²

Al igual que con los estudiantes, las opiniones estrictamente universitarias de los académicos fueron desatendidas por el rector, por supuesto con la urbanidad que lo caracterizaba. Esta era la situación que provocaba las diferencias entre los estudiantes de oposición al gobierno y aquéllos de tendencias derechista. Aunque el contenido de la crítica a la intervención de las universidades era sustancialmente equivalente en unos y otros, los grupos de derecha no ofrecían medio alguno para dar efectividad a su discurso. Los contenidos de la *Propuesta de cambio* de la FECH eran francamente moderados, pero una vez desoídos por el rector, había que poner en obra los instrumentos para darles realización material. En este contexto, la FECH emprendió la estrategia de desobediencia e ingobernabilidad de la universidad. Refiriéndose a sus contenidos, Yerko Ljubetic señalaba que el proceso de socialización de los contenidos de la *Propuesta de cambio* de la FECH en la comunidad universitaria —frente a la actitud tomada por la rectoría—, se canalizaba por una respuesta de desobediencia del alumnado que, de ser necesario, conduciría a la ingobernabilidad. «A modo de ejemplo, hay que preparar las condiciones de un paro prolongado en la universidad, que formará parte de un proceso de movilización ascendente. Además, debemos emplazar en los hechos a un cambio de actitud de la autoridad. Es importante favorecer en todas las carreras de nuestra universidad al menos una cátedra alternativa a las oficiales en los recintos de las facultades, para demostrar a la autoridad que no se puede seguir y que es posible una alternativa de universidad diferente. En la Escuela de Ciencias Sociales, en colaboración con los colegios profesionales respectivos, se creó una escuela alternativa a la que después de las horas oficiales llegan académicos —en su mayoría exonerados— a hacer clases. También se realizan iniciativas que impiden el funcionamiento que la autoridad considera normal en la universidad intervenida. En la Facultad de Derecho, ante la pretensión de imponer la asistencia obligatoria, en varios cursos ningún alumno respondía cuando se pasaba la lista». A juicio de Ljubetic, en la implementación de esta estrategia estudiantil se estaban produciendo coincidencias objetivas de gran envergadura con la opinión y actitud de los académicos. En otro orden de precisiones, el líder estudiantil señalaba que el problema universitario no era estrictamente de intervención «militar», sino «gubernamental». Advirtiendo que la designación de un rector civil no constituía *per se* una solución satisfactoria,

³² Asociación de Académicos de la Universidad de Chile, *Normativa vigente: Un escollo para la normalización universitaria*, mimeo, Santiago, mayo de 1985.

Ljubetic rechazaba por esa razón la intervención gubernamental que velada o sutilmente se había ejercido sobre la Iglesia Católica en esos meses para proceder a la designación del profesor Juan de Dios Vial Correa como rector de la Universidad Católica, en reemplazo del Almirante Jorge Swett.³³

La oportunidad de poner a prueba en gran escala la desobediencia e ingobernabilidad estudiantil y la concertación con los académicos se produciría ese año en dos de las facultades más emblemáticas de la Universidad, Ingeniería y Medicina. En esta última facultad, el 29 de agosto, mientras se desarrollaba en su interior una asamblea de estudiantes de diversas universidades de Santiago donde se discutían asuntos relativos al financiamiento universitario, se produjo el ingreso de carabineros apoyado por carros lanzaaguas, procediendo a la detención de cincuenta estudiantes. El local se encontraba cerrado desde horas antes por disposición del decano Patricio Donoso, quien además había ordenado la suspensión de actividades académicas ante el anuncio de asamblea. De acuerdo a la declaración del centro de alumnos, la persecución de carabineros al interior de la facultad llegó hasta el cuarto piso del Hospital J. J. Aguirre, incluso hasta las puertas de la Unidad de Tratamiento Intensivo. Los estudiantes se declararon en paro total de actividades en demanda de la libertad de los detenidos y pidiendo además la renuncia del decano por su indolencia ante el ingreso de carabineros.³⁴ El episodio había terminado por completar el deterioro de las relaciones entre el decano Donoso, los académicos y los estudiantes, el que se arrastraba desde el mes de julio. En aquella ocasión, una ocupación del recinto de la facultad realizada por los estudiantes pidiendo el fin de sumarios disciplinarios en contra de dirigentes del centro de alumnos, había culminado luego de la mediación de profesores. La Asociación de Académicos de la facultad denunció en esa oportunidad que la negociación se había realizado bajo presión psicológica ejercida por el rector, quien había amenazado con el ingreso de la fuerza pública.³⁵ La impostura del decano en la invasión policial de fines de agosto le enajenó cualquier tipo de apoyo dentro de la facultad, y al cabo de un mes, debió renunciar por su manifiesta incapacidad para resguardar la seguridad de los estudiantes, siendo subrogado por Sergio Lecannelier.³⁶

En el caso de Ingeniería, a inicios de abril se había producido la renuncia del decano Guillermo González Rees. Inmediatamente, el Consejo de Facultad presentó al rector una terna elaborada a partir de una

³³ Revista *Hoy*, 8 al 14 de julio de 1985.

³⁴ *Las Últimas Noticias*, 30 de agosto de 1985; Academia de Humanismo Cristiano, *Boletín Realidad Universitaria*, núm. 52, agosto de 1985.

³⁵ *Las Últimas Noticias*, 10 y 11 de julio de 1985; *El Mercurio*, 4 de agosto de 1985.

³⁶ Víctor Maldonado, *Evolución del movimiento estudiantil chileno...*, op. cit., pág. 18.

consulta a los académicos, la que estaba encabezada por Igor Saavedra. Pero en esta oportunidad, el rector prefirió innovar en sus métodos informales de consulta, y en lugar de requerir la opinión de los académicos de la propia facultad, al día siguiente de recibir la terna que se le propuso, designó un comité de búsqueda integrado con personas que no desempeñaban funciones relevantes al interior de la unidad académica —entre ellas, Fernando Léniz y Efraín Friedman—, comité que le entregó una terna compuesta por Joaquín Cordua, Raúl Uribe y Juan Antonio Poblete. El rector Soto procedió a la designación de Poblete, cuya jornada en la Facultad era de sólo cuatro horas semanales. De inmediato, el Consejo de Facultad decidió resistir la designación, eligiendo como su vocero a Igor Saavedra. A juicio de este Consejo, los miembros de la universidad debían realizar sus actividades en un ambiente que garantizara la más amplia libertad de pensamiento y expresión, exento de violencia y respetuoso de la convivencia universitaria, agregando por su parte Igor Saavedra que los académicos se mantendrían activos para defender su declaración de principios y que «si es necesario llegar a la resistencia pacífica, eso es lo que vamos a hacer». Tamaña reacción se explicaba por los temores que suscitaba la persona de Poblete. En un curioso procedimiento circular, el nuevo decano había procedido a designar un comité asesor compuesto por algunas de las personalidades que integraron el comité de búsqueda que había propuesto su nombre al rector. A ese grupo se le imputaba el propósito de querer reducir la facultad y, eventualmente, transformarla en un instituto tecnológico de orientación profesionalizante independiente de la Universidad de Chile. De hecho, en el mismo momento de asumir el cargo, el decano Poblete anunciaba la reestructuración de la facultad atendida una escasez objetiva de recursos para seguir operando como hasta entonces. Los temores respecto de los planes del decano se veían reforzados por una intervención que realizara el general Pinochet en esos días, en la que animó a los estudiantes secundarios y universitarios a descubrir a los profesores marxistas. A juicio del general, muchos alumnos habían adoptado la política del silencio ante el temor de ser mal calificados por profesores marxistas que hacía doce años que debían haber salido de las universidades. Por ello, debían reaccionar denunciándolos, para lo cual había caminos que no implicaban necesariamente convertirse en delatores. Concluía sus meditaciones el general Pinochet expresando que las universidades necesitaban profesores de alto nivel académico, «capaces y de tendencias neoliberales, no liberales».³⁷

³⁷ *El Mercurio*, 2, 3, 4, 9 y 12 de abril de 1985; *Las Últimas Noticias*, 16 y 21 de abril de 1985; *Revista Hoy*, 8 al 14 de julio de 1985.

Pero eso no era todo. Al presidir el primer Consejo de Facultad —al que también asistían invitados regularmente representantes de la Asociación de Académicos de Ingeniería y del Centro de Estudiantes—, el nuevo decano llegó acompañado por su grupo de asesores y entregó a los presentes un novedoso organigrama de la facultad en el que se designaba a nuevas autoridades, destituyendo de esta manera más bien desprolija a las autoridades preexistentes presentes en la reunión. La comunidad de la facultad, a partir de entonces, rechazaba no sólo el procedimiento de designación del decano, sino además su proceder autoritario y prepotente.³⁸ Una declaración firmada por veinte académicos, encabezados por Igor Saavedra, denunciaba presiones ejercidas por el decano para que hicieran dejación de sus cargos, sin consideración de la calidad académica de quienes los ejercían ni de la opinión que sobre estos profesores tenían sus pares. El liderazgo de Saavedra resultaba particularmente significativo, por cuanto había sido miembro de la primera Junta Directiva de la Universidad de Chile, a la que había renunciado poco tiempo antes debido a que la estimaba inoperante y contraria a la tradición de las universidades chilenas. A su juicio, la designación de Poblete evidenciaba el enfrentamiento de concepciones diferentes de Universidad. Por un lado, la idea de la universidad-empresa (profesionalizante y vendedora de servicios alejados de la tarea científica desinteresada), y por otro lado, «una universidad que nosotros hemos tratado de construir, en la que el pensamiento libre, la investigación científica y la docencia superior son sus pilares, y en que el producto universitario no se mide en cantidades de dinero».³⁹

El Consejo de Facultad continuó operando de manera rebelde y en los primeros días de mayo formuló un conjunto de «Normas de Convivencia», que habían sido concordadas por una comisión de setenta académicos de las más altas jerarquías, y que se ofrecían al nuevo decano como un principio de acuerdo para dar gobierno a la facultad. Entre estas normas de convivencia, destacaba que la permanencia de los académicos en sus cargos dependería de la calidad de su trabajo; que el gobierno de la facultad recaería en sus propios académicos; que los directores de departamento serían elegidos por sus pares, y que el Consejo de Facultad sería el organismo normativo máximo de la Facultad. Mientras tanto, los académicos invitaban al decano Poblete a debatir públicamente con Igor Saavedra. Pero el nuevo decano rehuía hasta por tres veces la asistencia a

³⁸ «Discurso del Presidente de la Filial de Ingeniería de la Asociación de Académicos Rodolfo Saragoni», 24 de abril de 1985, en *Academia de Humanismo Cristiano, Boletín Realidad Universitaria*, núm. 48, abril de 1985.

³⁹ *Las Últimas Noticias*, 25 de abril de 1985.

tales debates.⁴⁰ La paciencia de la facultad se agotó con rapidez. Un referéndum convocado por el Centro de Estudiantes para decidir el rechazo al nuevo decano y el apoyo al Consejo de Facultad, arrojaba un apoyo a la propuesta del CEI de 2.643 estudiantes contra un voto negativo de 79 estudiantes, frente a un total de 1.543 abstenciones. Mientras tanto, el documento sobre normas de convivencia, respecto del cual el decano no emitía pronunciamiento alguno, era respaldado por el 89,3% de los académicos con jornada completa de la facultad. La Asociación de Académicos de Ingeniería solicitó formalmente la renuncia del decano el 28 de mayo.⁴¹ Pese a los abrumadores pronunciamientos de rechazo al decano Poblete, el rector Soto le entregó su respaldo señalando que no eran los alumnos los llamados a decidir la designación de las autoridades, en alusión al referéndum convocado por el CEI. Diversos analistas consideraban que el rector se jugaba el cargo en la mantención de Poblete como decano, aunque los rumores de remoción del rector constituían un deporte que se ejercitaba con bastante periodicidad desde tiempos muy anteriores a la llegada de Roberto Soto a ese puesto.

Desde ese momento, la situación pareció estancarse durante tres meses. El nuevo decano se encontraba con la imposibilidad práctica de gobernar la facultad en la medida que los nombramientos que realizaba para llenar cargos vacantes eran rechazados por los propios designados; en otros casos, el decano solicitaba renuncias a las que se negaban los requeridos. Patricio Basso evaluaba que la condición del decano se estaba degradando. Los académicos mantuvieron un estado de alerta constante, realizando cada día jueves una protesta pacífica y masiva. En el recreo, se reunían en las canchas interiores de la sede, cantaban el himno de la Universidad, marchaban alrededor de la torre central donde se encontraban las oficinas del decano, y luego se retiraban a realizar sus clases. Salvo la docencia, el resto de las tareas académicas estaban prácticamente paralizadas. Por momentos, los caminos de académicos y estudiantes parecían diverger. El 5 de junio, sesenta estudiantes procedieron a realizar una toma de la facultad sin respaldo del CEI, ocupación que terminó gracias a la mediación de académicos que apelaban a continuar la resistencia al decano valiéndose de la no violencia. La universidad inició un sumario en contra de dirigentes estudiantiles del CEI y de la FECH que habían participado como intermediarios para el desalojo de la toma, y entabló una querrela en contra de los responsables de daños a las instalaciones de la facultad. A

⁴⁰ *Las Últimas Noticias*, 4 y 9 de mayo de 1985.

⁴¹ *Las Últimas Noticias*, 21 y 22 de abril de 1985. Academia de Humanismo Cristiano, *Boletín Realidad Universitaria*, núm. 49, mayo de 1985.

juicio del *El Mercurio*, el problema de Ingeniería era nada más que disciplinario: un pequeño grupo quería introducir la violencia en los claustros. El editorial se manifestaba contrariado porque algunos profesores objetaran la defensa del orden que procuraban las autoridades, pues con esa oposición se cohonestaban las actitudes extremistas. La situación era definida por Igor Saavedra como un empate de fuerzas, «ellos (las autoridades) tienen la fuerza; nosotros, la razón».⁴²

La Asociación de Académicos de la Universidad de Chile había convocado a una consulta de ese estamento, la primera desde que existiera intervención militar en la universidad, para pronunciarse acerca de las proposiciones de reforma del estatuto formuladas por esa organización al rector en el mes de mayo. Con una participación del 70,2% de los convocados, un 92,8% de los votantes apoyó los planteamientos de la organización gremial tendientes a obtener una participación orgánica de los académicos en la gestión de los asuntos universitarios. Comentando estos resultados y la situación universitaria en general, en la que los episodios de desorden estudiantil y de represión policial eran ya cotidianos, Basso abogaba porque fueran escuchados los planteamientos que la mayoría universitaria estudiantil y académica había aprobado en favor del retorno de la autonomía. Refiriéndose al curso posible que podrían tomar las acciones de la autoridad, y deslindando las responsabilidades de unos y otros, Basso discurría del siguiente modo: «Si no se aceptan estos resultados (de la consulta), se estaría optando por un estado de conmoción, de inmovilismo que, con el paso del tiempo, conduce a una situación degradante, en que se nos lleva a un callejón sin salida. Se estarían cerrando las puertas a los sectores más moderados de la universidad, ya que tanto los académicos como la FECH estamos tratando de que se genere un diálogo. Y si la autoridad se cierra, tendrán razón los que creen que no se producirá ninguna transición pacífica a la democratización de nuestra universidad. Pero, aún en este caso, yo creo que por el solo hecho de realizar la consulta, ya ganamos. El que los académicos después de doce años hayamos vuelto a disentir de la autoridad, ha significado recuperar nuestra autoestima y la calidad moral que preserva a la universidad, aun cuando no se cambiaran los estatutos. Hemos recuperado nuestra dignidad».⁴³ Lo dicho por Basso retrataba con precisión el caso de Ingeniería. El enfrentamiento entre la autoridad y la comunidad sumía la unidad académica en un estado de parálisis que no tenía visos de resolverse.

En el mes de agosto, el CEI había renovado su directiva. Esta vez, la

⁴² Revista *Hoy*, 24 al 30 de junio de 1985.

⁴³ Revista *Solidaridad*, Arzobispado de Santiago, 27 de julio al 16 de agosto de 1985.

oposición se presentó dividida en tres listas, y en segunda vuelta consiguió triunfar la candidatura de la Democracia Cristiana encabezada por Germán Quintana, enfrentando a una lista derechista. Una de las razones que habían fracturado la unidad opositora tenía que ver con el empleo de la violencia en la movilización estudiantil, como asimismo con la determinación de cuáles eran las maneras lícitas y eficaces de enfrentar la represión de carabineros. El liderazgo del socialista Ricardo Herrera suscitaba un respeto generalizado en la facultad, pero, a juicio de Quintana, «fue superado por el fenómeno de la violencia dentro de la escuela. Había (entre la Democracia Cristiana y la izquierda) una grave diferencia en el tema de las formas de lucha, de llegar a un modo de convivencia dentro de la facultad, etc. Como Ricardo era de izquierda, estaba un poco acorralado frente a esa situación, y nosotros (los DC) nos tomamos bastante de eso en la campaña. Por ejemplo, el CEI era como una casa a la que llegaban extremistas de todas las escuelas, incluso los (estudiantes) secundarios, porque era el mejor local que había en la Chile para que se reunieran estudiantes».⁴⁴ La Democracia Cristiana reivindicaba el empleo de la no violencia activa como método para enfrentar la intervención universitaria y al régimen militar, pero los niveles de eficacia y preparación de sus militantes en el uso sistemático de esa metodología eran dispares, cuando no deficientes. Por lo demás, destacados personeros de la propia DC admitían que había formas defensivas de violencia cuyo empleo era moralmente legítimo y que, de hecho, la no violencia no era moralmente obligatoria, sino sólo el empleo de métodos lícitos y proporcionados de defensa.⁴⁵ Por lo demás, el de la violencia universitaria era un drama para nada teórico y se escapaba por todos lados a meras decisiones de operadores políticos formuladas y administradas desde una razón puramente instrumental. La agresividad y la rabia contra los símbolos de la autoridad y de la represión eran sentimientos que cruzaban de manera horizontal a los jóvenes universitarios, sin distinción de militancias políticas, y que, ante el menor pretexto y del modo más inesperado, podían estallar. «La dinámica de la escuela (de Ingeniería) de cada día, era que

⁴⁴ Entrevista a Germán Quintana, 19 de octubre de 1996.

⁴⁵ Las definiciones sobre el empleo de la violencia serán cruciales cuando corresponda renovar la directiva de la FECH, y serán abordadas más extensamente en esa oportunidad. Dos destacadas opiniones democratacristianas que analizan con matices la licitud del recurso a la violencia en determinadas circunstancias pueden encontrarse en Genaro Arriagada, *Democracia Cristiana y Partido Comunista*, Santiago, Editorial Aconcagua, 1986, p. 50, y Radomiro Tomic, entrevista en revista *Análisis*, 25 de febrero al 3 de marzo de 1986.

había cabros “vagonetas” en la puerta de la escuela, que no entraban a clases, pasaba una cuca, le tiraban una piedra y ahí se armaba el boche, y así casi todos los días. Al final nos colocaron una micro de punto fijo. (...) En la campaña electoral del CEI ese año, nuestra lista era azul y todo era con símbolos pacifistas. No quisimos usar símbolos partidarios, y en eso Maurice Saintard tuvo mucha importancia. Ganamos el CEI en segunda vuelta, solos. Lo gracioso es que hicimos una campaña súper pacifista. Y el día que asumo, queda la grande. El juez Cánovas había dictado su famosa resolución en el caso de los degollados declarándose incompetente porque había carabineros involucrados, y se produce un enfrentamiento espontáneo en la calle contra carabineros. Los estudiantes hicieron zumbear los guanacos chicos a piedrazo limpio. Yo miraba desde una ventana (del segundo piso del CEI), eran como mil estudiantes. Y veo a todos los miembros de nuestra directiva, a piedrazo limpio con los pacos: ¡los pacifistas de la Lista Azul, el día en que asumíamos como directiva! Ese día hizo su aparición oficial el *Huáscar*. Yo estaba mirando por la ventana del CEI, al guanaco chico lo tenían humillado, le hacían callejón oscuro, no había ningún respeto, apenas tiraba un chorrito de agua, y de repente veo cómo los mil gallos se quedan con la boca abierta y comienzan a retroceder, se les caían las piedras de las manos, y de pronto se dan media vuelta y comienzan a correr hacia la escuela, nunca se me va a olvidar esa imagen. Y da la vuelta desde Blanco Encalada hacia Beaucheff, gigantesco, el *Huáscar*, tirando agua y dejando la escoba. ¡Y ese fue el día en que se inauguraba el tiempo de paz en Ingeniería!».⁴⁶

Para la directiva democristiana del CEI el panorama era en extremo complejo. La apelación emocional a la violencia tenía inicialmente respuesta significativa entre los estudiantes, pero sus efectos eran desastrosos. A la larga, el enfrentamiento callejero con carabineros no arrojaba frutos aparentes y producía un progresivo desgaste y cansancio del grueso de los estudiantes. En consecuencia, la acción estudiantil centrada en el enfrentamiento se encaminaba a transformarse en una opción reservada sólo a una minoría, mientras sectores progresivos del estudiantado cada vez más escépticos se restaban de nuevas convocatorias. Asimismo, en el contexto del movimiento de la facultad en contra del decano, una acción estudiantil funcional al espiral de protesta y represión callejera distanciaba a los académicos respecto de los estudiantes, aun cuando los primeros manifestaban una extraordinaria buena voluntad hacia los segundos y protestaban enérgicamente contra los excesos policiales. El dilema a resolver era el de encontrar un camino de acción que restableciera la

⁴⁶ Entrevista a Germán Quintana, 19 de octubre de 1996.

masividad de la participación estudiantil, la confianza de los académicos, y la eficacia en el logro de los objetivos planteados. Casi nada.

En ese dilema se encontraba la facultad cuando el 4 de septiembre se realizó una protesta nacional que había sido convocada por organismos sindicales, poblacionales y federaciones estudiantiles universitarias. En la Facultad de Ingeniería la protesta continuó el día 5. Y fue entonces que la encrucijada de Ingeniería comenzó a resolverse. Continúa Quintana: «La situación para mí era que tenía que validarme, porque (los DC) estábamos solos en el CEI, sin la izquierda y presionados por ella. (...) Cuando yo asumo en agosto de 1985, había todos los días actividades contra el decano, también de los académicos. Había mucha resistencia, pero la verdad es que estábamos muy desgastados. Antes de llegar a la presidencia del CEI, yo mismo me limitaba a mirar. En el movimiento contra el decano cada vez quedaba menos gente. Desde luego, cuando yo gano, una de las demandas obvias era que saliera Poblete. Hacia finales de agosto, comienzos de septiembre, se produjo una protesta contra carabineros con un grado de enfrentamiento muy grande, y en un esquema donde cada vez perdíamos más masividad. El dilema nuestro era qué hacer para sacar las protestas de ese esquema de enfrentamiento y desgaste, y se nos ocurre irnos al *hall* central y hacer una asamblea para tratar el problema del decano. Y de ahí se decide una marcha al decanato. Lo interesante es que se nos unió Igor Saavedra, y junto con él llegamos a la oficina del decano en el octavo piso, seguidos por un grupo de estudiantes pidiendo la salida del decano. Y lo mismo hacemos nosotros con Saavedra en la oficina de Poblete. Para nosotros, eso era lo máximo del éxito, ya que no teníamos incidentes afuera, y con un académico de prestigio junto a nosotros. Poblete, por supuesto, señala que no va a renunciar y nosotros permanecemos ahí. Nos quedamos esperando al lado de afuera, donde hay un *hall*. Y el grupo comienza a motivarse con la idea de tomarse el decanato. Yo no estaba muy convencido. En eso llega Yerko, presidente de la FECH, y le digo que esto va para toma y que la perspectiva era un desastre. Pero por otro lado era un acto de validación para nosotros como directiva. Entonces armamos una asamblea en que decidiríamos si irnos o quedarnos. Previo a iniciar la asamblea, yo me había reunido en una mesa política con gente de buena parte de la izquierda para ver manera de dirigir la asamblea en la perspectiva de retirarnos y no hacer toma. En la asamblea unos iban a argumentar a favor de quedarse y otros de irse, era una máquina, y la postura del CEI sería que la asamblea decidiría. La cosa es que yo me di cuenta que la mayoría quería quedarse, y en consecuencia la máquina no funcionó y la asamblea finalmente decidió quedarse. Tampoco fue que otra máquina se nos impuso, porque entre los que habían subido al deca-

nato había mucha gente que no era militante, eran cabros de la pastoral o las comunidades de vida cristiana, gente así, estudiantes comunes y corrientes. (...) El hecho que yo reconociera que había ganado la posición de quedarse me dio mucho liderazgo en la izquierda: que yo cambiara de posición y aceptara quedarme con ellos fue muy importante en la percepción hacia mi persona. Y tomada la decisión, nos fuimos a una fuente de soda en la esquina a planificar con Yerko la situación. Cuando le digo que nos quedamos, Yerko se asustó completamente. Yo miraba la situación con bastante más relajo, porque lo que queríamos hacer no era una toma sino una vigilia, algo muy *light*, y no nos parecía que tendrían que llegar necesariamente los carabineros. Como a las siete de la tarde, estaba oscureciendo, y sacamos al decano de su oficina y lo acompañamos al primer piso, él no había querido salir en toda esa tarde de su oficina. (...) Nosotros lo tratábamos con toda patudez, lo acompañamos hasta el auto y al despedirnos le dije «que te vaya bien». Nos quedamos como cien personas. Y entonces en la noche las fuerzas especiales rodearon la escuela, había tantas micros como cabían estacionadas en el perímetro de la manzana. Hubo helicópteros, corte de luz. Y entraron a la escuela. Eran como las nueve o diez de la noche. La luz que cortaron era de la calle, no la de los edificios. Y nosotros ahí, en el octavo piso de la torre. Los auxiliares nos avisaban por teléfono que las fuerzas especiales habían ingresado y que iban a la torre. Al saber esto, los ultras de la izquierda que estaban en la vigilia se fueron a esconder a los techos, el resto permanecemos en el *hall*, yo sentado en una silla y el resto detrás mío. En esos momentos, fue muy angustiante porque se escuchaba el sonido de las fuerzas especiales subiendo las escaleras, un sonido *in crescendo*. Nosotros no sabíamos en qué disposición venían ellos. Desde la salida del *hall*, lo primero que se veía era la caja de la escalera del edificio, y cuando llegan, lo primero que vemos aparecer son un tipos enormes con unos arcabuces, nunca había visto unas metralletas tan grandes. Yo estaba muerto de susto, y les digo «pasen no más, estamos desarmados», y el oficial que encabezaba al grupo, que estaba tenso mirándonos, luego de medio minuto sin decir nada, descansó y se relajó. Ellos, en realidad, esperaban encontrarse con una resistencia de nuestra parte. Cuando llega el jefe de la fuerza, ellos nos tratan muy bien. Yo les explico la situación, que estamos en una vigilia pacífica, etcétera, y procedemos a un desalojo muy tranquilo del edificio, parecíamos viejos amigos. (...) Los ocho pisos de escaleras que bajamos estaban flanqueados por un paco a cada lado, y con la luz cortada. Yo los veía de cuatro metros a cada uno, y esperaba un callejón oscuro, pero no ocurrió nada. Estuvimos cinco días presos en la cárcel pública un grupo como de veinte, el resto estuvo como tres días. Las mujeres que estuvie-

ron en la vigilia eran como treinta y las detuvieron en la cárcel de San Miguel, el COF. Nos pasaron a la Fiscalía Militar, porque existía la versión de que estábamos armados. Por suerte no encontraron nada, ni una molotov. Es que la gente que se quedó no eran el típico perfil de la máquina de partido, eran estudiantes harto comunes y corrientes. Y con eso se consagró la Lista Azul para siempre. Apenas llevábamos como ocho semanas de haber asumido, con una intensidad impresionante que duró hasta diciembre, porque la situación en el país estaba así también».⁴⁷

El operativo de carabineros fue de una desproporción contundente. Los estudiantes que se encontraban en vigilia eran 101. Mientras la vigilia se estaba desarrollando, se permitía la entrada y salida de la torre central donde se ubicaba el decanato, por lo que no se trataba de una toma en sentido tradicional. Los efectivos de carabineros superaron los ochocientos. Al día siguiente al desalojo, reinaban el estupor y la indignación en la facultad. Una asamblea de académicos y estudiantes exigió una vez más la renuncia al profesor Poblete. Las versiones sobre lo ocurrido eran equívocas. Unos sostenían que el decano se había declarado secuestrado por los estudiantes en vigilia. El propio decano desmentía esa información como asimismo el haber dado orden de ingreso a carabineros a la facultad. Un miembro del equipo de Poblete, el ex decano Juan Karzulovic, lo había convencido días antes de presentar la renuncia, la que había sido aceptada por el rector, pero con la condición de hacerla efectiva a partir del 30 de octubre. El desalojo inopinado de los estudiantes adelantaría los plazos. Mientras tanto, las muestras de solidaridad lindaban en lo extravagante. Mientras la Confederación Nacional de Dueños de Camiones exigía la libertad de los jóvenes, agregando que «compartimos, como padres y ciudadanos, los postulados de los estudiantes universitarios y del cuerpo docente por recuperar el espíritu de una universidad libre y pluralista», en la Facultad se creaba un nuevo estamento: la Asociación de Padres y Familiares de Estudiantes Universitarios Detenidos. Uno de sus miembros, el abogado y ex fiscal del Banco Central Fernando Coloma, padre del Consejero de Estado Juan Antonio Coloma, acudía a su constitución declarándose «disidente pacífico» en defensa de su hijo Pablo, detenido en la vigilia. La demostración de fuerza del gobierno había remecido estratos esenciales de la convivencia humana dentro de la facultad. El profesor de física Romualdo Tabensky inició una huelga de hambre en favor de la libertad de los estudiantes: «Me siento muy tocado por esta monstruosa operación», indicó refiriéndose al desalojo practicado por carabineros. A su gesto se sumó el estudiante Rodolfo Larrea, quien señaló: «Yo estaba

⁴⁷ Entrevista a Germán Quintana, 19 de octubre de 1996.

en la facultad ese día, pero me fui. Con esta huelga de hambre siento que vuelvo a encontrar mi condición de persona. El ejemplo de mis compañeros fue una lección para mí y creo que debe serlo para mucha gente, no sólo de la universidad, sino de todo el país». ⁴⁸ El 10 de septiembre renunció Poblete, manteniéndose Karzulovic como decano subrogante. La totalidad de los estudiantes detenidos se encontraban liberados al terminar el día. La facultad se encontraba en la cumbre de la movilización concertada de sus estamentos: una embriagante sensación de omnipotencia desbordaba a los estudiantes. «Cuando salimos libres, ese día renunció Poblete. Lo supimos por la prensa. Estamos en los primeros días de septiembre, poco antes del once. Ese era el sueño del pibe: se fue el decano. Y fue poco antes del once, porque recuerdo que lo primero que tuve que hacer de vuelta a la facultad fue ir a terminar una vigilia en el decanato, porque las vigiliadas ya se habían transformado en un deporte, y esa era una vigilia por el once de septiembre... ¡obviamente ahí perdí parte de la popularidad que había ganado!», concluye Quintana. ⁴⁹

Las experiencias de Medicina e Ingeniería arrojaban algunas constantes: importantes procesos de concertación entre estudiantes y académicos lograban llevar adelante el parecer de la comunidad contra la voluntad de las autoridades. Respecto del primer punto, Patricio Basso —quien ahora sí comenzaba a ser recibido por el rector— sostenía que «si alguien pensó que se podía adoptar una actitud de apertura hacia nosotros y de endurecimiento hacia los estudiantes, se equivocó medio a medio. Nuestra opción siempre serán los estudiantes. Y eso es conveniente que la autoridad lo tenga muy en cuenta en cualquier análisis futuro que se haga sobre la solución al problema universitario». Sobre el segundo aspecto, la eficacia de la ingobernabilidad, Ljubetic extrapolaba conclusiones: «(lo ocurrido en Medicina e Ingeniería está demostrando) que es posible con movilización, con unidad, derrotar al régimen. Porque, en definitiva, derrotar a los decanos designados es derrotar el autoritarismo dentro de la universidad. Pero, también es un costo que el régimen considera que no se puede pagar, e indudablemente va a hacer todo lo posible para impedirlo». Aludiendo a la concertación con académicos, Ljubetic concluía señalando que con lo mostrado en Ingeniería «se podrá ir avanzando hacia acciones conjuntas que permitan adelantar la caída de la dictadura». ⁵⁰ Uno de los líderes más importantes del movimiento de Ingeniería, Igor Saavedra,

⁴⁸ Revista *Análisis*, 17 al 24 de septiembre de 1985; revista *Hoy*, 16 al 22 de septiembre de 1985.

⁴⁹ Entrevista a Germán Quintana, 19 de octubre de 1996.

⁵⁰ Revista *Análisis*, 17 al 24 de septiembre de 1985.

meditaba señalando que «lo más importante fue que la facultad reaccionó como bloque, como un “Fuenteovejuna”». ⁵¹

En el tiempo inmediato, el rector Soto sería más cuidadoso con el parecer de los académicos. En noviembre, la consulta a los académicos de Ingeniería arrojó la propuesta de un solo nombre para decano, Atilano Lamana. La Junta Directiva procedió a ratificarlo. En el caso de Medicina, la consulta de los académicos arrojó un respaldo del 93% para Sergio Lecannellier. Como la Junta Directiva demoraba algunas semanas su nombramiento, un paro de los académicos operó como ayuda memoria. Lecannellier fue nombrado decano al día siguiente de la paralización. ⁵²

LAS MANOS LIMPIAS

Aunque en lo relativo a los movimientos estudiantiles, tradicionalmente la atención pública se ha concentrado de manera preferente en la FECH, al momento de la reconstitución de ésta ya eran mayoría las federaciones universitarias que se encontraban reconstruidas o democratizadas, no obstante el régimen de intervención militar vigente en todas las universidades que restringía parejamente las posibilidades de organización estudiantil. La misma semana en que los estudiantes de la Universidad de Chile elegían a la primera directiva de la FECH encabezada por Ljubetic, las federaciones estudiantiles democráticas de las universidades con financiamiento estatal de todo el país se reunieron en un ampliado nacional en Valparaíso. Fruto de esa reunión, se constituyó la Confederación de Federaciones de Estudiantes de Chile, CONFECH, la que en lo sucesivo tendría una importante labor de coordinación de las acciones de las organizaciones estudiantiles universitarias que pedían en coro la autonomía universitaria y la democratización del país. ⁵³ Muy pronto, la CONFECH encabezaría llamados a movilizaciones, protestas o paros universitarios nacionales, o bien compartiría junto a otras organizaciones sociales la convocatoria a jornadas de protesta nacional en contra del régimen militar.

El debate acerca de las motivaciones de estas convocatorias y de su licitud llegó a ser tedioso por lo reiterativo, como asimismo por la ninguna capacidad de persuasión detentada por los ocasionales interlocutores opositores y gobiernistas. ⁵⁴ Mientras los sectores oficialistas impugnaban

⁵¹ Revista *Hoy*, 16 al 22 de septiembre de 1985.

⁵² *El Mercurio*, 16 y 26 de noviembre de 1985.

⁵³ Arzobispado de Santiago, Boletín *Solidaridad*, 17 al 20 de noviembre de 1984.

⁵⁴ Un ejemplo patético de esta sordera puede encontrarse en *El Mercurio*, 21 de julio de 1985. Bajo la tendenciosa dirección de la periodista Pilar Molina, y con el

los llamados a movilización por ver en ellos el origen inmediato de la violencia que caracterizó la vida universitaria durante el año 1985, no eran menores —en contrapartida— las razones que las federaciones convocantes argüían en favor de sus iniciativas. En el caso de la Universidad de Chile, junto a la demanda genérica de restauración de la autonomía universitaria en que coincidían los académicos y el estudiantado, se agregaba el llamado apremiante a la defensa de la vida de los propios estudiantes y a su derecho a vivir en paz dentro de la universidad. No se trataba sólo de la defensa de los máximos dirigentes de la FECH que se encontraban perseguidos, como era el caso de Brodsky, o sencillamente relegados en un campo militar por más tiempo aun que el de la vigencia del Estado de Sitio, como acontecía con Rovira. El amedrentamiento y la represión se ejercían periódica y masivamente contra los recintos universitarios, y fruto de la desproporcionada acción de carabineros se desencadenaron los procesos que culminarían en las renunciaciones de los decanos Poblete de Ingeniería y Donoso de Medicina, exigidas ambas por las propias comunidades académicas y estudiantiles afectadas. Pero las acciones contra estudiantes adquirieron modalidades marcadas por una mayor crueldad y selectividad. Fue lo que ocurrió en Derecho. Dos alumnos del primer año, Marcela Pradenas y Cristián Quiñones, participaban en actividades pastorales en parroquias de Puente Alto y La Legua, respectivamente. En reiteradas oportunidades a partir de junio fueron detenidos y sometidos a apremios físicos en la vía pública, próximos a la facultad, por individuos de civil movilizados en vehículos y que conminaron a los jóvenes a abandonar sus tareas religiosas. En el mes de octubre, Marcela Pradenas fue atacada en el interior de su domicilio y quemada en la frente con una plancha, mientras que Cristián Quiñones recibió heridas cortantes en sus manos. Pese a que la propia Facultad de Derecho inició acciones legales en favor de la protección de los estudiantes, e incluso un sumario interno para determinar si cabía responsabilidad a algún funcionario universitario en estas acciones delictuales, el hostigamiento consiguió rebasar todo límite y tanto Marcela Pradenas como Cristián Quiñones debieron abandonar el país y continuar sus estudios en el extranjero. Por su parte, en la Facultad de Ciencias Sociales se vivieron meses de extrema inquietud desde que se produjo la desaparición de la estudiante Tatiana

capcioso título de «Violencia estudiantil: ¿Sí? ¿No? ¿Por qué?», se transcribe un debate en que, entre otros, participaron Ricardo Brodsky, Darío Paya (dirigente estudiantil gremialista de la Universidad Católica), José Tomás Jocelyn-Holt (presidente de la FEUC) y Juan Antonio Durán (dirigente del FU de Ingeniería de la Universidad de Chile).

Fariña, en mayo de ese año. Luego de realizar diversas gestiones ante la justicia para dar con su paradero, en las que también se hicieron parte las autoridades superiores de la universidad, se estimó que Tatiana Fariña había muerto mientras manipulaba explosivos en la Municipalidad de Lo Prado en la fecha de su desaparición.⁵⁵ Durante el tiempo en que la situación de la estudiante se mantuvo incierta, los alumnos de la facultad de Ciencias Sociales fueron objeto de hostigamientos de diverso tipo por parte de civiles que actuaban impunemente. A la salida de la Facultad, los estudiantes eran fotografiados por desconocidos, mientras los dirigentes estudiantiles de la misma facultad recibían amenazas telefónicas. El 28 de junio, un grupo de civiles descendió de vehículos policiales e ingresó a la sede golpeando a los estudiantes con laques y linchacos.⁵⁶

Simultáneamente, el gobierno a través de su ministro Francisco Javier Cuadra insistía en establecer como causa de la violencia las movilizaciones estudiantiles tanto universitarias como secundarias. En julio se había producido la toma del Liceo Arturo Alessandri, que dio origen a confusas acusaciones en contra de los estudiantes secundarios participantes y de los carabineros que efectuaron el desalojo. El gobierno imputaba a los primeros el estar en posesión de bombas molotov y de lienzos con leyendas políticas, mientras los jóvenes denunciaban que carabineros había realizado destrozos del mobiliario del establecimiento al proceder a la detención de los ocupantes. El manejo de esta situación por parte del régimen fue equívoco, incluyó la amenaza de cierre del liceo, acusaciones contra la labor educativa de la Iglesia Católica, y procesos ante la Justicia Militar en contra de los dirigentes secundarios mayores de edad participantes de la toma. Fruto de la deficiente gestión de esta situación —y de haber recibido a la directiva de la FECH bajo una considerable publicidad, ofreciéndole un cronograma de nuevas conversaciones— sería relevado del cargo el Ministro de Educación Horacio Aránguiz.

⁵⁵ Las circunstancias de su muerte son de todos modos confusas hasta hoy. El *Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación* incluye el caso de Tatiana Fariña entre aquéllos sin convicción. La causa fue sobreseída temporalmente, y los familiares sostienen que la estudiante fue asesinada por agentes del Estado debido a su militancia comunista y sus actividades estudiantiles. De hecho, en la fecha en que desapareció su familia, residente en Chiguayante, recibió llamadas anónimas señalando que Tatiana se encontraba gravemente enferma. La identidad del cadáver hallado en la Municipalidad de Lo Prado se comprobó definitivamente en el mes de octubre (revista *Hoy*, 27 de mayo al 2 de junio de 1985; *Informe Comisión Nacional Verdad y Reconciliación*, op. cit., pág. 795).

⁵⁶ Revista *Análisis*, 9 al 16 de julio de 1985; revista *Hoy*, 1 al 7 de julio de 1985, 8 al 14 de julio de 1985, y 15 al 21 de julio de 1985.

De esta manera, el simulacro de debate se configuraba entre posiciones irreductibles de quienes, por una parte, establecían que la causa de la violencia era la posesión de bombas molotov, la presencia de encapuchados en tomas, o el despliegue de lienzos inatingentes en los frontis de recintos universitarios o secundarios. Para los otros, en cambio, la existencia de un grado de incontrolabilidad en las acciones estudiantiles era un fenómeno menor en el contexto de desobediencia civil e ingobernabilidad encausados por medios pacíficos, y justificados ante la cerrazón de las autoridades universitarias y de gobierno para atender a las demandas mayoritarias de las comunidades académicas y estudiantiles. Una lúcida descripción de la situación es la formulada por Brodsky en el citado foro de *El Mercurio*: «Cosa insólita, tenemos tres ministros en visita investigando situaciones que dicen relación con la inseguridad de los estudiantes. Al margen, aparece un *spot* televisivo para sensibilizar a la opinión pública acerca de que los malos somos los estudiantes. Hicimos un referéndum, en él la inmensa mayoría se mostró contraria a los rectores delegados, y le llevamos los resultados al rector, quien se negó a recibirnos. Hemos llegado a una situación donde ya no queda otro camino que llamar a la desobediencia civil para que la universidad se le haga ingobernable a los rectores delegados. Y la forma que, como mesa directiva, tenemos para encausar la movilización en términos pacíficos es el día del ruido o no asistiendo a clases. Ahora, no porque aparezca un laque por ahí, se puede descalificar el movimiento. Siempre hay minorías que caen en la trampa del gobierno de dar la pelea en términos violentos. (...) Los gremialistas —en su tiempo— hubieran calificado como violento a Gandhi. (...) La desobediencia e ingobernabilidad en términos pacíficos no constituyen violencia».⁵⁷

La actitud de las partes en conflicto no varió en lo sustancial. El nuevo Ministro de Educación, Sergio Gaete, enfrentó el cuadro con el criterio marcadamente policíaco que le había dado fama un año antes al requerir el ingreso de carabineros al campus Oriente de la Universidad Católica con el fin de desalojar a un pequeño grupo de estudiantes que mantenía ocupadas las dependencias del Instituto de Filosofía de esa Universidad. Lo curioso del caso es que Gaete era entonces decano, pero de la Facultad de Derecho. Hacia el mes de agosto de 1985, se filtró a la prensa un proyecto de ley promovido por el ministro, en el que se establecía que quien participara de actos de alteración del orden público podría perder su condición de estudiante universitario. El representante legal de la institución a que perteneciera el estudiante determinaría si procedía o no la cancelación de matrícula una vez recibida la denuncia policial. El estu-

⁵⁷ *El Mercurio*, 21 de julio de 1985.

diante así sancionado podría iniciar un procedimiento ante la justicia ordinaria para obtener la revocación de la medida. A juicio de *El Mercurio*, el proyecto del ministro significaba que el rector de una institución se convertiría en agente policial responsable de velar por la tranquilidad en las calles. Por su parte, el constitucionalista Alejandro Silva Bascuñán consideraba atentorio contra el principio de igualdad ante la ley el proyecto, por cuanto no había razón de sancionar por hechos extrauniversitarios a los estudiantes, más aún si se trataba de delitos o faltas que ya estaban tipificados en la legislación penal común. El ingeniero Raúl Devés, académico eminente de la Universidad Católica y recientemente nombrado Doctor Honoris Causa en esa casa de estudios, advirtió sobre la «atrocidad» que implicaba someter a los estudiantes a un régimen peor que el de un internado, pronosticando que, de regir una legislación de esa naturaleza, el efecto sería exactamente el inverso de aquél que se buscaba, pues se alteraría por completo el contacto entre autoridades y estudiantes, suscitando una resistencia de todo el estudiantado a nivel nacional. Naturalmente, el proyecto de Gaete fue rechazado por la Asociación de Académicos de la Universidad de Chile, por estimar que violaba la igualdad ante la ley que debía caracterizar a toda comunidad civilizada y que atentaba contra un criterio de autonomía universitaria. Los presidentes de la FEUC, Tomás Jocelyn-Holt, y de la FECH, Yerko Ljubetic, entregaron en el Ministerio de Educación una carta solicitando el retiro del proyecto. El intento del ministro fracasó por cuanto la Comisión Legislativa encargada de estudiar el proyecto, lo desechó por estimarlo inconstitucional.⁵⁸ De cualquier modo, el criterio del ministro Gaete de hacer de los asuntos universitarios una subespecie dentro de la política criminológica se mantuvo todavía largo tiempo.

En el mes de agosto, la CONFECH, en conjunto con organizaciones sindicales y poblacionales, convocó a una Jornada Nacional de Movilización para el día 4 de septiembre. En el caso de la FECH, esta convocatoria coronaría un llamado a realizar convenciones estudiantiles por facultad en los días finales de agosto, cuyo objeto era reflexionar acerca de la manera de dar realización eficaz a los contenidos de la *Propuesta de cambio* de la federación. Ante la indiferencia que la autoridad de rectoría había mantenido frente a la proposición de normalización de la universidad aprobada por el estudiantado, la FECH señaló un plazo final en espera de una respuesta de parte de la Casa Central, al cabo del cual, en caso de no haberla, se estimaban cumplidas las condiciones para convocar a un

⁵⁸ *El Mercurio*, 30 de agosto de 1985; revista *Hoy*, 9 al 15 de septiembre de 1985 y 16 al 22 de septiembre de 1985.

paro prolongado de los estudiantes, estimado como la forma de presión más elevada a desarrollar en la estrategia de ingobernabilidad y desobediencia. El plazo señalado por la FECH al rector vencía el 23 de septiembre, de modo tal que entre las convenciones y el cumplimiento del plazo se esperaban cuatro semanas de desobediencia activa a los dictados de la autoridad universitaria. En ese contexto, la adhesión de la FECH a la Jornada Nacional de Movilización 4 de septiembre era una manera de recordar que, en último término, la solución a los problemas de la universidad requería del retorno de la democracia en el país.

El 4 de septiembre, desde la Casa Central de la Universidad Católica de Valparaíso, se encumbró un volantín con el santo y seña «Y va a caer»: fue bajado a balazos por los Carabineros apostados frente al recinto, en una alegoría de lo que vendría. Los días 4 y 5 de septiembre, al cabo de la Jornada Nacional de Movilización, se registraron diez muertes. La reacción del gobierno fue presentar un requerimiento en contra de los convocantes a la Jornada invocando la ley de Seguridad Interior del Estado. Dicha ley había sido modificada en 1983 con el propósito de tipificar especialmente como delito estas convocatorias a protestas que periódicamente realizaban partidos políticos y organismos sociales de oposición.⁵⁹ Pese a que las muertes producidas en estas protestas se debían mayoritariamente a la acción de agentes del Estado,⁶⁰ el gobierno dedujo esta vez una querrela en contra de los convocantes a la Jornada. En consecuencia, fueron citados a declarar los dirigentes estudiantiles de numerosas federaciones universitarias del país por el ministro en visita Sergio Valenzuela Patiño. En el caso de la FECH, toda la directiva fue requerida por el gobierno, con la sola excepción de Rovira, que al momento de la convocatoria a la jornada de protesta aún se encontraba relegado. El viernes 27 de septiembre, el ministro sometió a proceso a los cuatro dirigentes de la directiva de la FECH que se presentaron a declarar: Brodsky,

⁵⁹ La Ley de Seguridad Interior del Estado estableció primitivamente que se sancionaran aquellas conductas destinadas a obtener el derrocamiento del gobierno constituido o conspirar contra su estabilidad. En 1983 se tipificó como delito el fomento de actos colectivos en lugares de uso público o que promovieran o incitaran la alteración de la tranquilidad pública; además, estableció sanciones para las conductas que atentaran contra la normalidad de las actividades nacionales, por inducir o incitar a su interrupción o paralización. Las penas asignadas a estos delitos fluctuaban entre 541 días y cinco años y un día de prisión (*La Tercera de la Hora*, 1 de octubre de 1985; *El Mercurio*, 3 de octubre de 1985).

⁶⁰ En el caso de la protesta del 4 de septiembre de 1985, al menos cinco de las diez muertes se deben a la acción de carabineros y militares, de acuerdo al *Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación*, op. cit., págs. 730-733.

Andrade, Baeza y Dueñas, los que fueron trasladados a la penitenciaría junto a numerosos dirigentes estudiantiles de diversas regiones del país y a dirigentes sindicales del Comando Nacional de Trabajadores encabezados por Manuel Bustos, Rodolfo Seguel y José Ruiz di Giorgio. En el mundo universitario, la decisión del ministro Valenzuela Patiño produjo consternación, y una ola creciente de solidaridad con los detenidos que involucraría a actores insospechados.

El domingo 29, los detenidos entregaron a los medios de comunicación una impactante declaración que terminó por inclinar definitivamente la percepción de la opinión pública y de las comunidades universitarias en favor de los dirigentes requeridos y en contra del gobierno en lo que al manejo de esta situación se refería. Bajo el título «Nuestras manos están limpias», los firmantes formularon un inventario de la dramática situación político-social en que se encontraba el país, deslindando las responsabilidades de unos y otros. Así, declaraban: «Nuestras manos NO están manchadas con la sangre del General Schneider, del General Prats ni de Orlando Letelier; NO asesinaron a Tucapel Jiménez; (...) NO empuñaron el cuchillo que truncó las vidas de Parada, Guerrero y Nattino; NO dispararon contra pobladores, mujeres y niños, ni han acallado con balas la protesta pacífica y legítima; nuestras manos NO dispararon contra el sacerdote André Jarlan; NO firman órdenes para detener arbitrariamente, torturar, asesinar, relegar o exiliar por el solo delito de pensar distinto; NO elaboran ni firman leyes represivas; NO colocan bombas que atentan contra víctimas inocentes; nuestras manos NO han lanzado a la cesantía a cientos de miles de chilenos, condenando a sus familias a la humillación del hambre, la prostitución, la drogadicción y el alcoholismo; NO han coartado las libertades esenciales ni les han arrebatado la ciudadanía a los chilenos; NO mantienen a las universidades cautivas; nuestras manos NO han silenciado la prensa, para evitar que el pueblo conozca en toda su magnitud el drama nacional. NUESTRAS MANOS ESTÁN LIMPIAS. Nuestras manos producen en las fábricas e industrias para el desarrollo del país y son constructoras del futuro en las aulas universitarias. Con sacrificio y esfuerzo abren espacios de libertad para que el pueblo comience a caminar hacia la democracia; nuestras manos defienden los derechos de los trabajadores y de los estudiantes, para construir una universidad libre, autónoma y participativa; nuestras manos, aún encadenadas y tras las rejas de la cárcel, están limpias. Están limpias para continuar sirviendo al pueblo en la recuperación de su dignidad, de sus derechos y de sus obligaciones; nuestras manos se levantan limpias, como un símbolo de esperanza para indicar a nuestro pueblo un camino de liberación en medio de la angustia y la desesperación; nuestras manos están prestas a la verdadera

reconciliación, que nace del arrepentimiento y de la voluntad para transformar la injusticia imperante, en una convivencia basada en la verdad, la paz y la justicia, elementos básicos para construir la libertad y la democracia». ⁶¹

Los dirigentes requeridos por el el gobierno no agotaban aún todas sus cartas. El presidente de la FECH, Yerko Ljubetic, no se presentó a declarar el mismo día que sus compañeros de directiva y al momento de darse a conocer la declaración «Nuestras manos están limpias» se ignoraba su paradero. Recuerda Ljubetic los rocambolescos avatares de su entrega: «Cuando recibimos la información, nos pusimos en contacto con las restantes federaciones afectadas por el requerimiento para emprender una respuesta coordinada y ver cómo lo íbamos a hacer, particularmente dentro del equipo directivo (del CONFECH). (...) En el caso de la directiva de la FECH, una vez que nos informamos de lo que está pasando, tenemos una discusión acerca de qué curso de acción seguir. Recuerdo que el requerimiento se concreta el día jueves o viernes. Un punto de discusión era si proceder a la entrega inmediata o aguantarnos hasta después del fin de semana, para efectos tácticos de poder generar movilización en torno al tema en los días siguientes. En ese momento, carecíamos de asesoría jurídica respecto de lo que estábamos discutiendo como cursos de acción, y más bien nos concentramos en qué era políticamente más conveniente. Recuerdo haber sostenido la tesis... ¡y de hecho se produce un malentendido entre nosotros! Yo sostenía que no debíamos entregarnos inmediatamente. Ello por dos razones: por una parte, para poner de manifiesto un gesto de rebeldía frente al requerimiento. Presentarse de inmediato era una actitud muy pasiva frente al tema, a mi juicio. Por otra parte, si nos presentábamos de inmediato, se terminaba la semana y ya no era posible producir alguna respuesta oportuna de los estudiantes. Según yo recuerdo, y esto fue motivo de discusión después, el tema no quedó completamente zanjado. Y de hecho yo salgo con la idea de que no nos vamos a presentar de inmediato. Fue una reunión de la mesa directiva, más algunos dirigentes de centros de alumnos y jefes políticos universitarios. Pienso que mi posición era minoritaria, claramente; al menos dentro de la directiva no había nadie más que la respaldara. Salgo de esa reunión con la idea de tomar algunas medidas de seguridad para efectos de no entregarme hasta la semana siguiente. En cambio el resto sale en disposición de tomar

⁶¹ Firmaban la declaración Manuel Bustos, Rodolfo Seguel, José Ruiz di Giorgio, los dirigentes de la FEUC, Tomás Jocelyn-Holt, Esteban Valenzuela y Eduardo Abarzúa, y los dirigentes de la FECH Ricardo Brodsky, Jaime Andrade, Rubén Dueñas y Cristián Baeza (revista *Análisis*, 8 al 14 de octubre de 1985).

las medidas para entregarse ya, es decir, ir a buscar su cepillo de dientes y pijamas, en fin, más lo necesario para lo que se suponía iba a ser una larga permanencia. No sólo estaban Brodsky y Andrade, sino también Baeza y Dueñas. Rovira, en cambio, estaba a punto de terminar una relegación de varios meses, de manera que no fue requerido. Volviendo al requerimiento, yo me fui al aparato de seguridad de la DCU, que naturalmente era inexistente. Llamé a un amigo mío, que era simpatizante, y que vivía sólo en un departamento de Avenida Ejército, y le dije si acaso me podía alojar el fin de semana porque tenía este problema, y me fui para allá. Hablé con la DCU para informarles que estaría fondeado el fin de semana y para ver la manera de mantener contacto para las actividades que tenían que generarse. Instalado en el departamento de mi amigo, era un día viernes, creo, pero de todos modos un día hábil, porque él tenía que ir a trabajar. Este departamento él lo arrendaba hacía poco, y de repente estaba yo solo, y golpean a puerta. Yo tenía puesta una radio con música, de manera que era imposible no abrir pretendiendo que no había nadie. ¿Quién será? Me asomo, miro por el ojo o abro un poco la puerta, y de inmediato veo una credencial de Investigaciones. «¡Chucha!, qué eficiencia increíble» me dije. Yo me había instalado ese mismo día, y no se habían demorado nada en cachar dónde estaba. Realmente quedé impresionado, y bastante resignado empiezo a abrir, a recoger mis cosas. Entonces me preguntan:

—¿Vive aquí fulana?! —ya no recuerdo el nombre.

—No, aquí vive otro fulano, un amigo mío.

—¿Y usted qué es de él?!

—No, nada, un amigo, tuve un problema en la casa entonces...

—Entonces aquí no vive fulana, que la andamos buscando por un problema de cheques.

—No, aquí sólo vive mi amigo, que está de vuelta como a las seis.

«Y uno de los detectives me mira y me dice:

—Yo a usted en alguna parte lo he visto, ¿sabe?, me va acompañar con mi compañero a la patrullera abajo.

«En mi desesperación, le digo “mire, lo que pasa es que yo no tengo llaves de aquí, y si salgo con usted tengo que cerrar y me quedo afuera. Le sugiero que usted tome mis datos, lo espero acá mientras usted baja a la patrullera...”, a esas alturas estaba improvisando a mil por hora, y en verdad mi argumento era incontrarrestable, porque si no había problemas conmigo no iba a poder entrar de nuevo, lo que era complicado, y ellos no querían tampoco ponerme en esa situación. Entonces baja el tipo, ya que al anotar mi nombre y mi apellido se le ratifican al compadre sus aprehensiones respecto de que me conocía. Apenas suben al ascensor, agarro mis cosas y parto por la escalera, y cuando salgo del edificio, miro

hacia atrás y estaban bajándose de la patrullera y entran corriendo al edificio, mientras yo camino por Ejército hacia el sur. Probablemente, llamaron por radio a la Central y les dieron mis datos: “Este huevón está requerido, hay que agarrarlo”, pero cuando vuelven, yo ya no estoy, fue cosa de fracciones de segundos. Probablemente después fueron felicitados por la autoridad. Y para que se den cuenta de la precariedad de nuestro sistema, me voy a un café de por ahí cerca a pensar qué hago, y a los cinco minutos aparece la jefatura de la DCU que casualmente pasaba por ahí: “¡Qué hacís acá, huevón!”. En fin, ordeno un poco el asunto y me voy a casa de una amiga y paso ahí el fin de semana, bastante más acogedora y segura que la de mi amigo. En eso estoy cuando llega el encargado de seguridad del MAPU con una propuesta para mí. Me dice que ellos tienen todo diseñado para que no me presente nunca a declarar: “Mira, el liderazgo, el testimonio, bla, bla, bla, nosotros tenemos un fundo en el sur —no recuerdo de qué fulano—, segurísimo, y no te presentái como gesto de rebeldía permanente”, que ellos se hacían cargo de mí, y ellos se hacían cargo además de un diseño en el cual yo no me presentaba jamás mientras durara la dictadura. ¿Se imaginan? Si no me presento más, quedo en rebeldía, se puede solucionar el tema de los demás dirigentes menos el mío, y puedo quedar condenado *per sæcula seculorum* a una situación de ostracismo. Entonces, lo tuve que disuadir de la iniciativa, y más bien nos abocamos a discutir los detalles del día lunes siguiente. Ahí ya era evidente que lo que había que generar era un gran acto central en Ingeniería que antecediera a mi entrega en los tribunales. Llamé a Patricio Basso, para ver la manera de producir mi ingreso a la facultad. Acordamos todo un sistema para encontrarnos en un lugar cercano, y yo iba a entrar en la parte de atrás o en la maleta de su auto. Era evidente que habría sapos cerca de los accesos de Ingeniería, de manera que lo que íbamos a hacer tenía que ser seguro». ⁶²

Y así se llegó al martes 1 de octubre, luego de un día lunes en que la agitación universitaria se manifestó en alza, especialmente en Santiago, Concepción y Valparaíso. En un acto público en la Facultad de Ingeniería, Yerko Ljubetic compareció primero ante una muchedumbre de estudiantes —calculada en tres mil personas—, antes de concurrir al Palacio de los Tribunales a prestar declaración. Con el respaldo expreso de Patricio Basso, por la Asociación de Académicos, y aun de Juan Karzulovic, decano subrogante de la Facultad de Ingeniería que manifestaba reconocer en la FECH al legítimo organismo representativo de los estudiantes,

⁶² Entrevista a Yerko Ljubetic, enero de 1997. La azarosa clandestinidad de Ljubetic se encuentra narrada también en revista *Hoy*, 7 al 13 de octubre de 1985.

Ljubetic dirigió su palabra a la asamblea. Su demora en presentarse ante el Poder Judicial no obedecía a un afán de desafiar a éste, sino al gobierno: «Si bien la dictadura cuenta con todos los medios para reprimir a los dirigentes sociales, a nosotros nos queda un derecho: ellos podrán detenernos, pero al menos nosotros elegiremos el momento en que vamos a ser encarcelados. Nos atacan porque nos temen; porque les temen a los estudiantes, que hemos sido los primeros actores en la movilización social. No va a bastar toda la tortura, toda la represión, toda la persecución, todos los medios con que cuenta el régimen para encarcelar los gritos, la alegría, las risas, la esperanza. Al final, mucho antes de lo que cree la dictadura, vamos a estar cantando y riendo, porque ésta será la generación que lucha y conquista la libertad».⁶³ Terminada la asamblea, se inició la marcha a los tribunales. Ljubetic, fondeado en el auto del decano Karzulovic; los estudiantes, a pie, en una caminata precisamente diseñada: una fila india de centenares de jóvenes que transitarían por las veredas, en silencio y respetando aun los semáforos rojos. Se trataría de un evento estrictamente peatonal, que no daría pretexto alguno para una represión policial. Los dirigentes estudiantiles de la FECH subestimaron sin embargo el que las fuerzas policiales, al fin y al cabo animales simbólicos, se daban perfecta cuenta que la pacífica caminata implicaba un desafío estruendoso a la política universitaria del ministro Gaete, aplicada esta vez a través del Ministerio del Interior. Antes que los estudiantes alcanzaran a cruzar la Alameda se desató sobre ellos una brutal represión que dejó numerosos heridos. Aún así, no fueron pocos los que lograron eludir el cerco policial y llegar hasta los tribunales, transformando la entrega de Ljubetic en lo que parecía su apoteosis. «Recuerdo haber llegado a tribunales en un furgón, rodeado naturalmente del equipo de seguridad del MAPU, y entramos a empellones a los Tribunales, con toda la gente que alcanzó a llegar antes que la reprimieran. Fue bien extraña la situación, porque yo me paro en una banca a hacer obviamente un discurso antes de bajar a declarar donde Valenzuela Patiño. Entonces, mientras yo hablaba, el jefe de gendarmes me tiraba a un lado diciéndome, “Yerko, córtala, ya está bueno, tú sabes que aquí no se pueden hacer discursos”, mientras que del otro lado, Jorge Burgos⁶⁴ me decía: “Dale no más, dale no más”. Así que, sujeto a estas tensiones, dije mi discurso...».⁶⁵ Pese a la precariedad de la

⁶³ Arzobispado de Santiago, Boletín *Solidaridad*, 5 al 18 de octubre de 1985; revista *Hoy*, 7 al 13 de octubre de 1985.

⁶⁴ Abogado demócratacristiano.

⁶⁵ Entrevista a Yerko Ljubetic, enero de 1997. La expectación pública que causó esta entrega de Ljubetic fue mayúscula. Al llegar la multitud al Palacio de los Tribunales, la

FECH, que no estaba en condiciones de garantizar la seguridad de su máximo dirigente en los días previos ni aún de evitar malos entendidos entre los miembros de su directiva, las apariencias la mostraban jugando a *piacere* frente a un gobierno sumido en el completo descontrol y rumiando la humillación que le había infligido la rebelión estudiantil puesta en marcha valiéndose de una rara combinación de improvisación y frialdad. La resolución del ministro Valenzuela Patiño ordenando la detención de Ljubetic era, insospechadamente, la rúbrica para esta severa derrota política del régimen.

Naturalmente, el estado de trastorno en las universidades al día siguiente aumentó, pero bajo una estricta disciplina que puso en evidencia el carácter pacífico de la desobediencia civil puesta en práctica. La generalidad de la prensa debió reconocer esta vez que Carabineros había puesto la violencia al reprimir manifestaciones pacíficas en Derecho e Ingeniería. Mientras tanto, el gobierno procuraba encontrar alguna salida a la incómoda situación en que se encontraba. Pese a que el Ministro del Interior Ricardo García repitió hasta la majadería que el régimen no se desistiría porque estimaba que lo procedente frente al requerimiento era esperar la resolución de la justicia,⁶⁶ al interior del gabinete se barajaban maneras de terminar con la movilización universitaria, sin nuevos costos políticos para la dictadura. La mayor dificultad que encontraba el régimen surgía del hecho de haber perdido en esta oportunidad a aliados que consideraba evidentes. Debido a que el requerimiento afectaba a la totalidad de la directiva de la FEUC, en la cárcel los detenidos habían recibido la visita del rector Juan de Dios Vial Correa. Aunque aclaró que no compartía necesariamente los puntos de vista de los detenidos, el rector Vial daba fe del carácter pacífico de sus inquietudes y conductas. Por su parte,

actuaria habría dicho a los gendarmes «Al Yerko lo traen de inmediato» (véase revista *Hoy*, 7 al 13 de octubre de 1985). Mientras tanto, el diario *La Tercera de la Hora* del 2 de octubre le dedica en portada su titular y foto principales al episodio bajo el sugerente título de «Jefe de la FECH quedó detenido», alineándose en la estrategia del gobierno de presentar a la FECH como una organización delictual. Aún así, el cronista de páginas interiores reconoce el carácter ejemplarmente pacífico de la marcha de las manos limpias: «La marcha de los muchachos fue interrumpida por piquetes de Carabineros, con el acompañamiento del carro lanzaaguas y otro secundario, que dispara gas repelente. Los jóvenes posteriormente se reagruparon y, sin gritar ni lanzar piedras, continuaron su marcha, cuyo objetivo era acompañar al dirigente que se presentaba en los tribunales. En la intervención de Carabineros se observó la detención de dos jóvenes, sin que éstos se resistieran al procedimiento policial».

⁶⁶ *La Tercera de la Hora*, 1 de octubre. Señaló el ministro García: «No es procedente que los estudiantes presionen a los Tribunales de Justicia».

la Asociación de Académicos de la UC, presidida por Mónica Jiménez, hizo un alto en su ataraxia habitual para participar masivamente y en forma continuada de las iniciativas de la FEUC, manifestaciones que alcanzaron una masividad desacostumbrada en esa universidad. El Sindicato de Trabajadores de Canal 13 de Televisión expresó también su solidaridad con los requeridos, y lo propio hizo el Gran Canciller de la Universidad Católica, Cardenal Juan Francisco Fresno, quien además en ese momento promovía con entusiasmo el Acuerdo Nacional para la Transición a la Plena Democracia que le significaba al régimen otra buena dosis de dolores de cabeza. Para el ministro Gaete, ex decano en la universidad Católica —y candidato del gobierno a la rectoría de esa universidad luego de la renuncia del Almirante Swett a inicios de 1985—, el cuadro que se le configuraba desde su propia universidad era desastroso. Los abogados del Ministerio del Interior, con cierta desesperación, expresaron malestar ante el hecho que los abogados defensores de los requeridos no hubieran solicitado la libertad bajo fianza para sus defendidos, lo que a juicio de los requirentes ponía de manifiesto el propósito de los estudiantes de mantener los pretextos para la desobediencia. Pero si el análisis de los abogados del gobierno hubiera sido el correcto, entonces sólo cabría entender la conducta de los detenidos como una manera de reciprocitar la propia actitud del régimen, como se traslucía en un editorial de *El Mercurio*.⁶⁷ A juicio del matutino, en el caso de la Ley de Seguridad Interior del Estado, el gobierno no tenía obligación de presentar requerimientos, sólo estaba facultado para ello. En consecuencia, la presentación de requerimientos conforme con esa ley necesitaba de una decisión política. Continuaba el editorial indicando que al presentar acciones legales nominativamente, contra personas determinadas, y no contra quienes resultarían responsables de las muertes producidas en los días de protesta, el gobierno había optado por una estrategia cuyas consecuencias debían analizarse con cautela. De esta manera, los dichos del Ministro del Interior en orden a que los requerimientos obedecían al propósito de hacer cumplir el derecho vigente —y que por ello no cabía esperar un desestimiento—, eran desmentidos por *El Mercurio*, cuyo editorial ponía de manifiesto que los requerimientos eran una facultad discrecional en manos del poder político con la cual, para decirlo claramente, se podía intimidar a la disidencia. Si los estudiantes no pedían su libertad bajo fianza, era porque estaban midiendo fuerzas con la atribución del régimen de amedrentar judicialmente a la oposición... y estaban ganándole al gobierno militar en su propia lógica.

⁶⁷ *El Mercurio*, 3 de octubre de 1985.

Los gremialistas de la Universidad Católica procuraron una salida al acorralamiento en que se encontraba el régimen. Encabezado por Jaime Guzmán, un grupo que incluía a académicos, estudiantes, pobladores y representantes de grupos políticos de derecha, contrarios al Acuerdo Nacional, solicitaron al gobierno flexibilizar su posición atendiendo a que la situación creada se prestaba a un aprovechamiento político de la oposición. A juicio de Guzmán, el gobierno había procedido conforme a derecho al iniciar los requerimientos. Sin embargo, tratándose sólo de los estudiantes requeridos, era conveniente desistirse en aras de la pacificación de las universidades, «por cuanto se está haciendo una utilización en distintos sectores interesados en crear efervescencia y desorden en el ámbito universitario, con alcances negativos». Proseguía Guzmán indicando que «hemos planteado al gobierno que estamos intercediendo por personas que piensan muy distinto de nosotros y que a nuestro juicio no han procedido bien, pero que, sin embargo, por ser dirigentes universitarios y por ser la primera vez que están incluidos en un requerimiento de esta naturaleza, y para contribuir a que la vida universitaria pueda tomar rumbo de normalidad —la que se podría ver afectada por este clima de efervescencia que esta situación favorece—, el gobierno proceda a desistirse del uso de una herramienta judicial que ha utilizado válidamente, pero que a nuestro juicio sería inconveniente que siguiera adelante». Con su sofisticación habitual, Guzmán agregaba que el desistimiento sería un gesto de reconciliación tratándose de los estudiantes, afectados por primera vez por un requerimiento, lo que justificaba mantener el requerimiento en contra de los restantes convocantes a la protesta. Concluía finalmente el líder gremialista: «Las personas afectadas por las resoluciones judiciales no han solicitado la libertad bajo fianza, de lo que cabe desprender —y en esto hablo a título estrictamente personal— la legítima inquietud de que más que solucionar el problema, lo que están buscando es agudizarlo».⁶⁸ Silogismo rarísimo el ensayado por Guzmán, a saber: los dirigentes estudiantiles realizan una convocatoria tipificada como delito en la Ley de Seguridad Interior del Estado; al cabo de la protesta, se los responsabiliza de las muertes y desmanes acontecidos; el gobierno ejerce legítimamente la acción penal correspondiente, señalando que corresponde a los tribunales restablecer el imperio del derecho; al no solicitar la libertad bajo fianza, se presume la mala fe de los estudiantes, quienes parecen querer agudizar los problemas; en conclusión, es recomendable desistirse en atención a que no existían en contra de los requeridos —a quienes se imputaban conductas delictuales y obrar de mala fe— requeri-

⁶⁸ *La Tercera de la Hora*, 3 de octubre de 1985.

mientos anteriores, sin que el desistimiento se aplicara a los restantes dirigentes sociales requeridos. La inconsistencia del argumento evidenciaba que los partidarios del régimen habían perdido por completo la iniciativa en esta partida. Ante el temor de no ser capaz de mantener el control del orden público en las principales ciudades del país, el general Pinochet ordenó el desistimiento al día siguiente de la visita de Guzmán. El Ministro del Interior, Ricardo García, pidió a los favorecidos comprender el gesto de buena voluntad del gobierno, como asimismo el prepararse de la mejor manera posible en sus respectivas carreras y profesiones. A juicio de los beneficiados, la buena voluntad del régimen era cobarde y clasista, atendida la discriminación hecha en contra de los dirigentes sindicales y poblacionales. La esperanza del régimen se basaba en que la libertad de los estudiantes disminuiría ostensiblemente la radicalización de las movilizaciones, considerando la cercanía del término del año académico y la realización de elecciones estudiantiles en la Universidad de Chile. En este sentido, el cálculo del gobierno se reveló exacto, puesto que, pese a la creación de un comando nacional de solidaridad con los restantes detenidos, la intensidad de las movilizaciones decreció sensiblemente tan pronto como se produjo el desistimiento que favoreció a los estudiantes. Aún así, los costos políticos no fueron menores para el régimen, que era sometido a examen constantemente en los diversos frentes sociales, siempre con resultados adversos. De hecho, producida la liberación de la directiva de la FECH, el mismo viernes 3 de octubre se anunció la presentación de una lista conjunta de toda la oposición, reeditando la fórmula victoriosa de 1984.⁶⁹

EL QUIEBRE DE LA UNIDAD

En los días en que la directiva de la FECH se encontraba detenida tras el requerimiento gubernamental, se formó un directorio provisional encabezado por Gonzalo Rovira, quien acababa de ser liberado por el régimen luego de ocho meses de relegación. Junto a él, compartían responsabilidades los presidentes de los centros de alumnos de Derecho, Ángel Domper (DC); Ingeniería, Germán Quintana (DC); Medicina Norte, Osvaldo Lefevre (comunista); Medicina Sur, Guido Girardi (Federación Juvenil Socialista del PS-Ricardo Nuñez), y el vocal de Medicina Occidente Pablo Sepúlveda (PS-Almeyda). Esta directiva provisoria reprodujo una composición política parecida a la de la directiva titular, y tuvo a su

⁶⁹ Revista *Hoy*, 7 al 13 de octubre de 1985; *La Tercera de la Hora*, 4 y 5 de octubre de 1985.

cargo la exitosa y disciplinada movilización estudiantil en los días en que duró la prisión de los dirigentes universitarios.⁷⁰ La liberación de los líderes se produjo en momentos en que se evaluaba la posibilidad de suspender las elecciones y prorrogar por algunos meses el mandato de la directiva encabezada por Ljubetic. Pese a esto, la opinión predominante entre los dirigentes fue que las elecciones debían realizarse, como una manera de demostrar la fortaleza de la FECH en medio del acoso de que era objeto al mismo tiempo que otras federaciones estudiantiles del país. A juicio de la mayoría de los miembros de la primera directiva, valerse de los requerimientos del gobierno para suspender el curso normal de las elecciones habría sentado un pésimo precedente frente al estudiantado, en el sentido de proyectar una imagen de la FECH como estando en manos de una pequeña cúpula que prorroga unilateralmente su mandato so pretexto de circunstancias extraordinarias no previstas en el estatuto y que esa misma cúpula se reservaba calificar. En contra de esta opinión estaban quienes sostenían la necesidad de mantener la movilización estudiantil contra las políticas del Ministro de Educación y en defensa de la propia federación, cuestiones que se verían interrumpidas en caso de realizarse las elecciones.⁷¹

En los hechos, de las elecciones ya se había comenzado a hablar incluso antes del episodio de los requerimientos. No por nada, en la directiva provisoria figuraban algunos «papábiles» de cara a los próximos comicios. Eran los casos de Rovira —a quien la vicepresidencia de la FECH y los ocho meses de relegación lo habían transformado en uno de los dirigentes públicos comunistas más importantes del país—, Girardi y Domper. Asimismo, la reedición de la lista unitaria opositora al régimen militar parecía evidente. La apelación a la unidad tenía una eficacia emocional incontrarrestable respecto de cualquiera otra tesis al interior de la universidad, y el tono épico que revistió la jornada de las manos limpias otorgó a las federaciones de estudiantes, particularmente a la FECH, un máximo grado de interpelación hacia la sociedad en general y el mundo político adulto en particular. A juzgar por las apariencias, el primer año de gestión de la FECH había demostrado que era posible en el mundo social provocar un acuerdo político amplio entre la Democracia Cristiana y el conjunto de las fuerzas políticas de izquierda, asunto que en la esfera política adulta no se reproducía del mismo modo. Amparándose en la doctrina partidaria que reconocía a los organismos intermedios una autonomía relativa para

⁷⁰ *El Mercurio*, 1 de octubre de 1985.

⁷¹ *El Mercurio*, 27 de octubre de 1985; entrevista a Ricardo Brodsky, 8 de abril de 1997.

decidir en la esfera propia de sus asuntos sectoriales respecto de directrices políticas centrales, la DCU había establecido —no sin dificultades— alianzas políticas con la izquierda en numerosas federaciones universitarias, especialmente en la FECH y en las federaciones estudiantiles de la Universidad Católica de Valparaíso (FEUC-V) y de la Universidad de Concepción (FEC), donde también presidía directivas integradas por los comunistas. Estas alianzas eran resistidas por importantes sectores del PDC,⁷² no obstante que la mayoría del partido había elegido a Gabriel Valdés para un nuevo período, apoyado por el grueso de los dirigentes sociales más representativos de la colectividad, partidarios éstos de la movilización social en la que se desarrollaba una política de mano tendida hacia el conjunto de la izquierda. De hecho, el dirigente sindical José Ruiz di Giorgio, requerido junto con los estudiantes y autor intelectual del manifiesto de las manos limpias, era al mismo tiempo vicepresidente nacional del PDC secundando al propio Valdés.

Resultó significativo entonces que el ejemplo de unidad mostrado en la FECH fuera seguido con atención por analistas y dirigentes políticos del más alto nivel, tanto en el gobierno como en la oposición. El éxito de las movilizaciones contra los requerimientos judiciales fue de tal magnitud que la joven dirigencia de la FECH se propuso reclamar formalmente de la clase política una demostración de entendimiento y unidad equivalente al ofrecido por los universitarios. Un día después de haber sido detenido Ljubetic, se realizó en la Facultad de Derecho un acto masivo al que fueron invitados importantes dirigentes políticos nacionales del más amplio espectro opositor imaginable. Desde la derecha democrática representada por los ex parlamentarios Adolfo Ballas y Julio Subercaseaux, hasta el MIR, representado por el sacerdote Rafael Maroto, pasando por ex presidentes de la propia FECH, como Luis Maira y Juan Hamilton, los dirigentes políticos fueron convocados a escuchar el mensaje de los estudiantes, en la voz de Ángel Domper. La FECH consideraba estar llamada a jugar un papel preponderante en las iniciativas políticas tendientes a poner fin al régimen militar, sirviendo de puente entre los actores sociales y políticos. Su directiva provisoria había establecido interlocución con la Alianza Democrática y el Movimiento Democrático Popular —los dos más importantes referentes de partidos políticos de oposición en ese momento—, como asimismo con la Federación de Colegios Profesionales, el Comando Nacional de Trabajadores y la Metropolitana de Población.

⁷² De hecho, en el caso de los dirigentes estudiantiles DC de la FEC encabezados por Sergio Micco, éstos habían sido llevados a instancias disciplinarias del PDC debido a su pacto electoral con el MDP (*Análisis*, 24 al 30 de septiembre de 1985).

dores. En su discurso en Derecho, Domper aclaró que no se trataba de hacer una encerrona a los políticos y forzarlos a un acuerdo, pero sí de darles a conocer «el grito de angustia del movimiento estudiantil a los políticos para lograr la unidad». ⁷³ De regreso de la cárcel, Ljubetic afirmaba que la unidad y la movilización de los estudiantes habían demostrado ser una fórmula imbatible, razón por la cual se estaban realizando todos los esfuerzos a objeto de repetir una lista unitaria a la FECH de los estudiantes opositores al régimen, agregando que «somos parte de una generación que cree que nadie puede obligarla a heredar las trabas y los traumas de un pasado que no es de su responsabilidad y del cual quiere extraer sí todas las experiencias que sea posible. (...) [se trata de] ser consecuentes con la abrumadora mayoría de estudiantes que cree, que vive la unidad». ⁷⁴ El mismo día en que fueron liberados los detenidos, se anunció que habría lista unitaria de la oposición en las próximas elecciones. Más aún, sólo una semana más tarde, el viernes 11 de octubre, durante la celebración de los cincuenta años de la fundación de la Falange Nacional, el definitivo candidato de la DCU, Humberto Burotto, flanqueado por Bernardo Leighton y Radomiro Tomic, ratificaba la inminente inscripción de una lista conjunta entre la DC y la izquierda, que incluía al Partido Comunista, que contaba con la aquiescencia de la directiva nacional del PDC y cuya definición política principal radicaba en respaldar el Acuerdo Nacional a la Plena Democracia surgido bajo el patrocinio del cardenal arzobispo de Santiago Juan Francisco Fresno y ratificado por un espectro político que cubría desde el socialismo renovado, hasta sectores liberales de la derecha partidaria del gobierno; estos últimos encarnados en Andrés Allamand y Francisco Bulnes. ⁷⁵

En semejante contexto, el que unas horas más tarde de realizado el acto conmemorativo de la DCU, finalizara el proceso de inscripción de candidaturas con nada menos que cuatro listas de oposición al régimen militar en lugar de una sola, fue algo que conmocionó al estudiantado opositor. Aún así, pese a contrariar todos las apariencias y expectativas previas, este desenlace tenía una explicación cuyos orígenes se remontaban varios meses atrás.

Uno de los rasgos significativos de la primera directiva electa en 1984 era el de una cierta identidad generacional entre sus integrantes, pese a que todos ellos militaban en partidos políticos distintos. Gracias a esa

⁷³ Revista *Hoy*, 7 al 13 de octubre de 1985; *Análisis*, 8 al 14 de octubre de 1985.

⁷⁴ Revista *Análisis*, 15 al 21 de octubre de 1985.

⁷⁵ Revista *Hoy*, 7 al 13 de octubre de 1985; entrevista a Humberto Burotto, 24 de noviembre de 1996.

identidad, parecía posible construir en la base social acuerdos prácticos concretos entre fuerzas políticas que, a nivel adulto, parecían condenadas a desacuerdos permanentes, especialmente la Democracia Cristiana y el Partido Comunista. Ljubetic era particularmente insistente en reivindicar para los jóvenes la posibilidad de crear relaciones políticas no mediadas por traumas pasados de los adultos. Ello había permitido una visible afinidad entre dirigentes izquierdistas y DC en la Universidad de Chile en numerosas circunstancias. Pese a ello, las diferencias políticas entre unos y otros no resultaban triviales.

El conjunto de los estudiantes de la oposición coincidía en que las universidades no recuperarían su autonomía mientras en Chile no se volviera a la democracia, de modo tal que, en último término, la lucha por la autonomía universitaria era de todos modos una lucha contra el régimen militar. Sin embargo, desde los inicios de la rearticulación de los estudiantes de oposición a mediados de los años setenta, se habían barajado dos tesis principales sobre cómo construir un movimiento estudiantil democrático, que ya hemos identificado anteriormente de manera gruesa como la tesis basista y la tesis vanguardista. Durante los años previos a la dictación de la Ley General de Universidades, comunistas y demócratacristianos habían concordado en una fórmula —el CORREME— que los sectores de la renovación socialista calificaban de superestructural, por intentar construir movimiento y organización estudiantil a partir de las orgánicas políticas y bajo la dirección de éstas. Los grupos de la renovación socialista postulaban en cambio la construcción de un movimiento estudiantil con suficiente capacidad de integrar los intereses cotidianos de los estudiantes para, a partir de ahí, articular mayores grados de complejidad y globalidad en la demanda por autonomía universitaria, manera mediata de contribuir a la causa democrática de Chile. Con el viraje producido en el Partido Comunista a comienzo de los años ochenta, donde abandona la tesis del frente amplio antifascista —esfuerzo por buscar entendimientos especialmente con la Democracia Cristiana y que tenía entre sus éxitos lo acontecido en la Universidad de Chile en el CORREME— y adopta todas las formas de lucha para enfrentar al régimen militar incluyendo las vías violentas, el cuadro político tuvo que reordenarse. La Democracia Cristiana, por su parte, había adoptado como línea política oficial la movilización social, que implicaba una coincidencia objetiva con la tesis basista. En efecto, la movilización social, formulada tempranamente por el jurista Jaime Castillo Velasco, implicaba un esfuerzo de reagrupamiento del pueblo en la base social, lo que posibilitaba la unidad del mismo en los hechos, a través de la solidaridad entre todos quienes sufrían la vigencia del régimen autoritario sin distinciones ideológicas, y la conquista progresiva

de sus intereses y demandas sectoriales. En una fase superior, la movilización social postulaba la articulación de los diferentes intereses sectoriales en una gran demanda democrática de la sociedad chilena capaz de vencer exitosamente la atomización de la población y de arrinconar políticamente a la dictadura. En cuanto a los métodos, Castillo Velasco estimaba que los más limpios y verdaderamente revolucionarios eran los de la organización solidaria del pueblo, esfuerzo hecho con sentido humanitario y cuyo propósito era asegurar a futuro resultados de convivencia. En tal contexto, el recurso a la violencia (aguda o no) no servía sino para frenar el proceso de rearticulación social y crear divisiones. La Democracia Cristiana afirmaba privilegiar los métodos de la no violencia y la desobediencia civil en el empeño de ganarle terreno a la dictadura en cada lugar del mundo social.⁷⁶

Desde el punto de vista de la aplicación de la movilización social, la conquista por las mayorías democráticas de las federaciones estudiantiles universitarias constituía un resonante éxito. Pero por lo mismo, las presiones políticas sobre las organizaciones sociales se hicieron cada vez más intensas, de modo tal que la visión primera y probablemente ingenua de que la movilización social en la base podía darse en términos no ideológicos ni partidistas, comenzó a ceder lugar a un punto de vista en el que cada elección en una organización social se transformaba en caja de resonancia de conflictos políticos globales. La situación se hacía más compleja en la medida en que, en la mayoría de los casos y especialmente en las universidades, los dirigentes sociales eran al mismo tiempo militantes de partidos y movimientos políticos, o bien mantenían estrecha relación con ellos, tanto en el oficialismo como en la oposición. Esta ambigüedad llegó a ser permanente, y valiéndose de ella los dirigentes universitarios y políticos reivindicaban de manera fluctuante la autonomía relativa de las organizaciones sociales, o bien la disciplina partidaria sobre los militantes ubicados en frentes sociales, lo que en conjunto ofrecía un cuadro de incongruencias recurrentes.⁷⁷ La falta de una definición permanente en

⁷⁶ Jaime Castillo Velasco, *Democracia y derechos humanos*, Santiago, Pehuén, 1986, págs. 13-17.

⁷⁷ En el caso del PDC, los dirigentes estudiantiles de la FEC habían sido llevados a las instancias disciplinarias del partido por haber pactado con el MDP. En la FECH, la DCU resolvió en forma autónoma ofrecer una alianza al Partido Comunista basada en el Acuerdo Nacional y la *Propuesta de cambio* de la FECH sin que en ello interfiriera una opinión contraria de la directiva adulta del PDC. En la USACH, el PDC dio su asentimiento a la participación de la DCU en una lista conjunta y abierta de toda la oposición, por considerar que se trataba de construir una federación y que en los frentes sociales, los militantes DC gozaban de autonomía para resolver sobre sus asun-

favor de una u otra tesis producía una tensión constante entre la dirigencia política adulta y la universitaria. Si se reivindicaba la autonomía de los jóvenes y sus deseos de construir relaciones políticas exentas de los traumas del pasado, no eran pocos los dirigentes adultos que sostenían, especialmente en la Democracia Cristiana, que las alianzas universitarias con los comunistas eran malas señales para el conjunto del país.

Por otra parte, la reivindicación más purista de la movilización social por parte de los dirigentes juveniles de la Democracia Cristiana requería como supuesto para ser exitosa, de la correspondencia de las restantes fuerzas políticas en la definición de fines y medios. Como es lógico, no se trataba de reivindicar la unidad de la oposición porque sí y a cualquier precio, sino bajo el entendido que las distintas fuerzas políticas eran capaces de establecer acuerdos prácticos concretos y de respetarlos. En el caso específico de la primera directiva de la FECH, ese acuerdo práctico se traducía en un programa que debía ser seguido por todos los pactantes. Como se señaló en su oportunidad, al momento de la primera elección de la FECH, Ricardo Brodsky reconocía la existencia de visiones diferentes al interior de la alianza opositora, pero éstas tenían que ser zanjadas por el acuerdo programático.

Las extremas condiciones de represión que debió enfrentar la primera directiva de la FECH y el éxito alcanzado en la última medición de fuerza con el gobierno contribuyeron a crear un extendido sentimiento de unidad en el grueso del estudiantado opositor, reforzado por la solidaridad humana elemental suscitada entre quienes eran igualmente víctimas del amedrentamiento gubernamental en sus formas más diversas. Asimismo, en sus actuaciones públicas, los máximos dirigentes de la directiva enfatizaban la necesidad de mantener la condición unitaria de la organización, casi como condición de subsistencia de la misma.

En medio del apogeo del sentimiento unitario podría resultar extraño, entonces, lo que declaraba ya en marzo de 1985 Ricardo Brodsky, mientras permanecía clandestino, en una entrevista publicada en la revista *Krítica*.⁷⁸ Con una perspectiva de más largo plazo que la que acostumbraba la generalidad de los dirigentes estudiantiles, Brodsky evaluaba los años recientes y los desafíos de mayor importancia para el futuro del movimiento estudiantil, manteniéndose dentro de la fidelidad a los puntos de vista más basistas. Los dos últimos años habían significado un estallido de las expresiones estudiantiles que copaban la atención de la prensa y la

tos propios. Todo lo anterior en un sólo año, tratándose de tres de las federaciones estudiantiles más grandes del país.

⁷⁸ Revista *Krítica*, Segunda Epoca, núm. 17, marzo-mayo de 1985.

opinión pública, destacando especialmente el ocupamiento del espacio público en un contexto de cruda represión y de estados de excepción constitucional que restringían las garantías individuales más fundamentales (vida, integridad física, libertad personal, derechos de reunión y asociación, etcétera), y la construcción o recuperación de organizaciones estudiantiles democráticas, evidenciándose en todo esto la importancia determinante de las fuerzas políticas de oposición al régimen. Al cabo de este ciclo, Brodsky estimaba como uno de los principales problemas del movimiento estudiantil chileno una suerte de raquitismo, de reduccionismo politicista, un electoralismo desenfrenado conducente a prácticas demagógicas e instrumentalizadoras del movimiento en beneficio de objetivos cortoplacistas, con grave perjuicio de la credibilidad a largo plazo de las organizaciones estudiantiles. Agregaba el dirigente socialista: «Pienso que consciente o inconscientemente hemos hecho las cosas pensando más en el país que en la universidad. Fuimos los animadores de la protesta diurna durante dos años y como pensábamos que Pinochet caía o se estaba cayendo, dejamos los problemas universitarios para después. La solución consiste en reponer la problemática universitaria en el centro de nuestro quehacer: unir a toda la comunidad universitaria tras la consigna de la autonomía universitaria y de la democratización universitaria. Ahí todos tienen cabida. Ahí adquieren un nuevo valor las expresiones artísticas, culturales o académicas del movimiento estudiantil. (...) Esa riqueza se va a recuperar rápidamente porque hay un cierto agotamiento después de dos años de electoralismo y predominio absoluto de los partidos. Al menos, eso espero».

En esta fase de su análisis, Brodsky coincidía con importantes dirigentes estudiantiles de la DC, Pablo Andueza, presidente de la FEUC-V, y Sergio Micco, presidente de la FEC, ambos en coaliciones que incluían a los comunistas y bajo severas aprehensiones del PDC. En un seminario de diciembre de 1985,⁷⁹ los dos dirigentes demócratacristianos sacaron conclusiones de la aplicación de las tesis de la movilización social, examinando sus potencialidades y asumiendo concientemente sus límites. A juicio de Andueza, el movimiento estudiantil no podía reclamar para sí la responsabilidad excluyente de provocar la caída de Pinochet. «Es necesario tener bastante serenidad para poder establecer cuál es la visión de este proyecto (del movimiento estudiantil). No hay que desesperarse, no hay que decir que todo se acaba hoy día y dejar de enarbolar aquellas banderas que han sido fundamentales en nuestro camino hacia la conquista de

⁷⁹ Transcrito en Fernando Martínez y Julio Valladares, *La joven democracia. El movimiento estudiantil en Chile*, op. cit., págs. 64-84.

la democracia. Pero también hay que decir, además, que quedan otras cosas por hacer y que no podemos quedarnos sólo en la caída de Pinochet, porque de hacerlo así, va a implicar un desgaste muy fuerte, una desesperanza, una crisis, y por lo tanto, una permanencia del sistema actualmente vigente. Entonces, es necesario levantar un nuevo proyecto basado en esta realidad que existe hoy en la universidad. ¿Qué proyecto es ese? A mi juicio, lo fundamental para una estrategia como juventud universitaria o como juventud política es *acortar la dictadura, eso es todo*. Es una tesis política que consiste en que a la dictadura hay que acortarle los espacios no sólo en tiempo —que dure menos— sino que además cortarle los espacios —disminuírselos en número— en que hoy tiene vigencia y permanencia. Por ende, si hablamos de la universidad como lugar de acción política, robarle la universidad (a la dictadura), con el objetivo de introducir una contradicción entre universidad y dictadura. (...) De manera que la clave del éxito es reconstruir el tejido social y, para ello, robarle los sindicatos, los espacios, las calles, y en particular, la universidad. (...) Para robar las universidades a la dictadura, debemos integrar en nuestro movimiento a los trabajadores (no académicos) y a los profesores: debemos pasar del “movimiento estudiantil” al “movimiento universitario”. No hay salida ni cambio en la universidad sin la integración de estos dos estamentos. (...) No se trata de formar islas o una isla —la universidad— en un mar de dictadura, sino justamente crear tantas islas en ese mar que al final «la» isla sea la dictadura. Ese es el fundamento de lo que planteo, es decir, humanizaría la lucha en primer lugar; en segundo lugar, ayudaría a obtener triunfos posibles y reales, no sólo objetivos maximalistas, que pueden ser buenos pero son maximalistas». Por su parte, Sergio Micco apuntaba: «Volviendo al tema de si habrá o no universidad democrática y autónoma en el Chile dictatorial, creo que la respuesta es categórica y es no. (...) La dicotomía [entre movilización política y movilización universitaria de los estudiantes] es absolutamente falsa porque evidentemente el movimiento estudiantil ha demostrado ser suficientemente dúctil y flexible en sus planteamientos, de tal forma que el eje principal de esta flexibilidad es que lo universitario de nuestra propuesta no obsta a lo político de nuestro accionar y un poco a lo que apuntaba Andueza con la “teoría insular”, por así llamarla; creo que por ahí va la cosa, porque en la medida que nosotros avancemos con el resto de la comunidad universitaria, estamos formando un movimiento universitario que está por recuperar la autonomía y nuestra naturaleza aumenta considerablemente, en este caso la unidad no suma sino que multiplica. En segundo lugar porque, insisto, nosotros dando esa pelea estamos haciendo nuestro aporte al movimiento popular nacional. (...) Por lo tanto, nuestro planteamiento tiene que ser

bastante más mínimo que ese (de recuperar la autonomía de la universidad dentro de la dictadura), de manera que universidad democrática y autónoma en todo el sentido de la palabra no puede existir en dictadura. Pero, la tentación podría llevar a decir, bueno, ya que no es posible que haya universidad democrática en el Chile dictatorial, democratícemos Chile para que haya universidad democrática; pareciera ser obvio. La CONFECH (...) llama en marzo a un paro total e indefinido de actividades hasta que Pinochet se vaya y el tema va a ser “no estudiemos nunca más hasta que se vaya Pinochet”. Entonces yo me pregunto: ¿qué lógica hay detrás de eso? No hay ninguna lógica porque, nos guste o no nos guste, nosotros no hacemos un daño estructural a la dictadura, somos un dolor de muelas caballo, pero sólo un dolor de muelas, y cuando las muelas están muy cariadas, se extirpan».

Retomando la entrevista a Ricardo Brodsky, el dirigente del Bloque Socialista agregaba, coincidiendo con lo que señalarían Andueza y Micco, que «hoy a un lado están los “puntudos” que privilegian la combatividad y al otro los “amarillos” que tratamos de involucrar a la mayoría. En cierto sentido, las obsesiones siguen siendo las mismas porque puntudos y superestructurales siguen siempre pensando en el Estado, en el “gran día”, se consideran la vanguardia y representante de los estudiantes, al margen de lo que éstos digan. En cambio, los basistas que éramos ayer, hoy seguimos pensando en construir organizaciones estables que garanticen la expresión democrática de las mayorías, y seguimos estando dispuestos a respetar esa expresión».

Lo potencialmente más grave de esta discrepancia estratégica, en todo caso, no radicaba al nivel de su formulación, sino en el hecho que en la práctica significaba el rompimiento de eventuales acuerdos programáticos. Concluía Brodsky con un párrafo entonces enigmático, pero que la perspectiva del tiempo permitiría aclarar: «Otro problema fundamental que se nos viene encima es el de la unidad de la oposición. Creo que hay poca conciencia en algunos sobre el valor simbólico de la unidad en la FECH. A mi modo de ver falta un poco de madurez para entender que un consenso es algo de lo que todos somos responsables y que implica ciertos compromisos. Yo no puedo, si me he comprometido y he comprometido a otros en un acuerdo por un año, actuar como si eso no existiera. En fin, espero que podamos asistir a una especie de recuperación de confianza, pero mi optimismo es más bien moderado. (...) A veces tengo dudas porque veo con qué fuerza increíble la gente está apegada a las camisetas y las tradiciones; a veces creo que a nuestra generación le falta libertad de espíritu».

Sin nombrarlos, Brodsky aludía a las diferencias que separaban a la mayoría de la directiva de la FECH respecto de los comunistas, las que en

la generalidad de los casos se procuraba disimular y mantener en privado. En todo caso, se trataba de un problema que no se agotaba en la directiva y que venía produciéndose con anterioridad a las primeras elecciones de la FECH. Ese desacuerdo práctico era el que separaba las aguas entre los “puntudos” y los “amarillos” mencionados por Brodsky. No se trataba de algo menor, por cuanto estaba en juego la construcción de confianzas entre dirigentes juveniles de fuerzas políticas tradicionalmente hostiles, las cuales, puestos sus ojos en la experiencia de la FECH, esperaban el menor pretexto para colocar el dedo en la llaga acusando la inviabilidad de los acuerdos en las organizaciones sociales entre fuerzas políticas que a nivel nacional proclamaban métodos y fines divergentes. De ahí la importancia que para Brodsky, y para la mayoría de la directiva de la FECH, tenía el acordar un programa y respetarlo lealmente. ¿Qué había ocurrido entre tanto para suscitar la preocupación de Brodsky acerca del destino de la unidad en la FECH?

Un incidente en particular permite ilustrar una situación que se hizo más general. Decretado el estado de sitio en noviembre de 1984, la FECH, al igual que las restantes federaciones estudiantiles democráticas del país, declararon una ‘guerra’ de la civilidad contra dicho régimen de excepción. En esas circunstancias, fue convocado en Medicina Norte el que constituía el primer acto público de la nueva FECH desde que asumiera sus funciones.⁸⁰ Conviene citar testimonios extensos de Ljubetic y de Rovira respecto de lo ocurrido en esa oportunidad, ilustrativo de problemas más generales al interior del pacto unitario en el primer año de la FECH. Según recuerda Ljubetic, «antes de cada acto, establecíamos con la mayor claridad posible cuáles eran los parámetros acerca de lo que se podía hacer durante la manifestación, en sus distintos escenarios posibles, claramente con el fin de comprometer a los comunistas en las características de un acto, a través de la persona de Gonzalo (Rovira). Pero uno era el acuerdo en el diseño, y otra era su puesta en práctica. El problema típico era qué se hacía en caso de reacción de carabineros, pero eso además con el matiz de determinar si la reacción de carabineros había sido provocada o no por la Jota, puesto que en ocasiones claramente era la Jota la que daba inicio al problema. El tema del “chipe libre” en Medicina

⁸⁰ El acto se realizó el 13 de noviembre de 1984, y derivó en graves incidentes en Medicina Norte y en la Facultad de Ciencias Químicas y Farmacéuticas en calle Olivos, donde Carabineros ingresó disparando balines en respuesta a interrupciones de tránsito promovidas por las JJ. CC. y que no habían sido acordadas por la dirigencia de la FECH (Academia de Humanismo Cristiano, *Boletín Realidad Universitaria*, núm. 44, noviembre de 1984).

Norte provocó un momento de mucha tensión, porque fue un acto muy preciso en cuanto a las características que iba a tener. Calculamos todo: por dónde ir, si acaso salir y en tal caso a qué vereda... y sale Gonzalo que al terminar su discurso hace un llamado al chipe libre. Con eso se fue a la cresta todo, y fue muy complicado no sólo por lo que se produjo ahí. Fue esa la oportunidad en que llenaron de lacrimógenas por el lado de Santos Dumontt, el hospital J. J. Aguirre y creo que la maternidad, de manera que el problema de las lacrimógenas produjo su propia crisis de carácter médico, por la represión desatada a su vez por la actitud adoptada, en esta oportunidad claramente, por la Jota y específicamente por Gonzalo. En términos de las relaciones internas, eso era un problema. Dos o tres veces recuerdo al Mica y al Chico (Jaime Andrade) sujetándome para que yo no le aforrara a Gonzalo. Esa vez, por ejemplo, en Medicina, lo estaba buscando para pegarle y no lo encontré. Pero si lo encuentro, y conmigo mucha otra gente, habría quedado la pelotera, contra los pacos primero y entre nosotros después.⁸¹ Eso influía muy claramente en las relaciones personales. Con Jaime y Ricardo no nos hacíamos problemas de quién iba a hablar en un acto, no nos preocupábamos previamente de concordar lo que se iba a decir, porque contábamos que no tendríamos problemas entre nosotros sobre eso. Sabíamos que estábamos trabajando en una cierta sintonía clara. Pero con Gonzalo no era lo mismo, claramente. Cada vez había que preguntarle: ¿qué vai a hablar...?, siempre tenía algún tipo de sorpresas. Estando Gonzalo, las relaciones con la Jota muchas veces se transformaban en relaciones al nivel más alto de ellos directamente porque las condiciones se estaban volviendo insoportables. Pero, aparentemente, Gonzalo tenía mucho peso interno, era la figura pública a nivel nacional de los comunistas en ese momento. Entonces, si bien algunos en la Jota eran más comprensivos hacia nosotros, nunca lo iban a desautorizar abiertamente a él. Ahora bien, claramente en temas más conflictivos como las formas de lucha, si bien tratábamos de brindarnos un espacio en el que ser más flexibles, tampoco nos perdíamos en las definiciones de fondo. Era un tema de conflicto y discrepancia con la Jota; no nos daban lo mismo esos temas y tratamos de sustraer a los almeydistas del tipo de razonamientos y prácticas que emprendían los comunistas. A nuestro juicio, estas definiciones tenían un efecto muy claro sobre las posibilidades de gestión de la federación: nos jugábamos por tesis y prácticas que pudieran ser inclusivas de cada vez más estudiantes, que fueran cada vez más

⁸¹ Aunque con una narración más austera, Brodsky ratifica la gravedad del incidente entre los dirigentes en una nota al pie de su entrevista a Gonzalo Rovira en el libro *Conversaciones con la FECH*, op. cit., pág. 97.

accesibles a una mayoría, en un contexto donde aumentaban los niveles de represión; mientras que el discurso y la práctica de todas las formas de lucha estaban orientados a una élite más dispuesta a ir a la barricada. Ese era el enfoque que le dábamos, y estaba más marcado por las posibilidades de gestión de la federación que por consideraciones teóricas acerca de la situación política nacional, o de la pertinencia práctica o ética de unos medios u otros de enfrentar al régimen. Los almeydistas comprendieron esto de la misma manera, y fue por eso que tuvimos buena onda con Jaime. No pasó que los almeydistas entregaron la oreja y fueron derrotados en una discusión política. Más bien, ellos perciben que la posibilidad de sobrevivencia de la federación pasa porque se apegue a formas accesibles de participación y movilización estudiantil. Y esas eran esencialmente pacíficas, de manera que no atemorizaran. Porque la gallada común y corriente estaba dispuesta a acudir a actos, pero no a correr riesgos en la misma proporción, o a agarrarse a peñascos, o a tirarse molotov. Era claramente así. La coyuntura, según recuerdo, muestra que la DC estaba por la movilización. La DC estaba en las protestas, no había diferencias en eso con la izquierda, de modo que no era esa la contradicción». ⁸²

Por contraste, el punto de vista comunista, expresado por Gonzalo Rovira, diverge profundamente de lo señalado por Ljubetic. Declara Rovira que «se comienzan a tensar las relaciones (entre comunistas, socialistas y demócratacristianos, por causa de las diferencias de criterio respecto de las formas de lucha), hasta llegar al famoso acto que convoca la FECH en la Facultad de Medicina Norte, en el primer acto que se convoca luego de la elección de la primera directiva, en noviembre de 1984. Todo este proceso había sido muy conflictivo. El tema de la violencia estudiantil se había iniciado con los acontecimientos de la Facultad de Ciencias, ⁸³ y en el transcurso de un año y medio las Juventudes Comunistas adquiere experiencia en esto, tiene su propio aparataje para producir acciones, yo estoy más integrado a la dirección comunista de la DEC. En ese minuto, viene el acto de Medicina Norte, y nosotros nos habíamos planteado desde el primer minuto que el acto se realizara tal como se había acordado, pero que nuestra posición como comunistas era que había que salir a la calle y marchar, hacer de este acto un acontecimiento político a nivel nacional, lo que implicaba salir a la calle. Eso planteaba una serie de conflictos. Uno, que los estudiantes de medicina, por razones éticas, habían

⁸² Entrevista a Yerko Ljubetic, enero de 1997.

⁸³ Rovira se refiere a una masiva marcha de estudiantes y pobladores iniciada desde la Facultad de Ciencias por avenida Grecia hasta la población Lo Hermida, con ocasión de una protesta nacional el mes de junio de 1983.

acordado no propiciar una salida a la calle por el tema del efecto de los gases lacrimógenos en los enfermos, lo cual era un argumento enteramente atendible, y que colocaba muy en jaque a los dirigentes comunistas de Medicina, que también formaban parte de ese compromiso ético. Por otra parte, estaba el hecho de que nosotros (los comunistas de la DEC) habíamos propiciado todo el proceso negociado de la FECH, mientras que la posición oficial del PC era que no podíamos permitir que la universidad fuera encerrada y se la marginara del rol que podía jugar a nivel nacional, en otras palabras, que se volviera autista. Estábamos conflictuados internamente todavía. Ese hecho de Medicina Norte fue muy importante, y nosotros siempre tratamos de restarle importancia durante muchos años. Y fue muy importante por los actores que estábamos ahí tomando las decisiones. Estaba el presidente de la DEC ahí en la Facultad, es decir, el máximo dirigente universitario interno de los comunistas. Y no sólo estaba en la Facultad, sino que estaba sentado en el casino de espaldas a los oradores, vale decir, yo estaba conversando con él tomando decisiones. Se produce el hecho de que yo fui partidario que hubiera un solo orador, Yerko. Pero luego se produce una situación que no había sido prevista por los comunistas, y que fue que se pusieron de acuerdo Yerko, Ricardo y Jaime, para no salir a la calle. Toman esta decisión y nos dejan absolutamente descolocados. No es que hubiera un acuerdo anterior de salir a la calle y que ahora los tres hubieran revocado tal acuerdo, más bien lo que ocurría es que no habíamos decidido nada sobre el punto, no habíamos podido llegar a acuerdo. Pero se produce un hecho objetivo, y es que ellos tres, al margen de la Juventud Comunista, habían hecho ese acuerdo. Por otra parte, nosotros nos habíamos dado cuenta de eso sólo en ese minuto. Con el secretario de la DEC evaluamos la situación, y teníamos que por una parte éramos partidarios de continuar este proceso de profundización democrática de la FECH, y que por otro lado teníamos encima la presión de la dirección del PC, que temía que el proceso de la Universidad de Chile se enclaustrara, porque ellos juzgaban que ese era el propósito del PDC. Además, estaba el hecho objetivo que en nuestro manejo interno en la Universidad de Chile, se estaba produciendo con este acuerdo DC-socialista una marginación de los comunistas que creaba un precedente inaceptable. En suma, era una situación muy complicada. En ese momento, mi posición fue la de acatar la decisión de la FECH y no hacer nada. Y el secretario de la DEC —yo sé que estaban los otros miembros de la DEC en el lugar— me llama y me dice: “Gonzalo, es una orden: tienes que llamar a la calle”. Le contesté: “No puedo. Si lo hago, transgredo una votación interna de la FECH en la que he perdido”. Insistió él: “No puedes Gonzalo, se trata de una orden, tienes que llamar”. En medio de esa situa-

ción, me daba perfectamente cuenta que los argumentos que estaban sobre la mesa y que la mayoría de la DEC había adoptado una decisión irrevocable. Y en mi decisión de acatar primó mi antigua formación comunista. Así que opté por un camino que fue... (ríe), fue medio salvador, porque finalmente yo no llamé a la calle. Además, se produjo una situación muy conflictiva. Yerko ya había hablado, Ricardo tenía el micrófono en sus manos porque sabía que la Juventud Comunista estaba decidiendo algo. Fui donde Ricardo y le dije “me tienes que entregar el micrófono”. Me dijo “Gonzalo, no lo hagas”. “Lo siento”, le dije. “Muy bien, pero es bajo tu responsabilidad”. A esas alturas nos teníamos aprecio y nos respetábamos. Ricardo entendía que la decisión no era mía, sino que era una decisión política de la estructura (de la DEC) más allá del evento que yo hubiera estado a favor o en contra. A la gente se le había dado instrucción de terminar el acto, pero se había quedado ahí, porque los comunistas estaban esperando para salir a la calle. Entonces me dirigí a ellos de este modo: “Quiero decirles que no hay ningún acuerdo respecto a qué se hace para terminar este acto, por lo tanto hay chipe libre”, y le entrego el micrófono a Ricardo. En ese momento, toman la iniciativa los comunistas que estaban ahí, abren la puerta que da a la calle y se toman Independencia. Mientras tanto, recuerdo a Pedro García⁸⁴ llamando a la gente a retirarse, vinieron las bombas lacrimógenas, terminamos retirándonos por todos lados, etcétera. Pero marcó un acontecimiento decisivo para el futuro de la dirección política de la Universidad de Chile. Muchas cosas ocurrieron a partir de ese momento. Primero quedó claro que no podían ocurrir cosas sin acuerdo. Podíamos pelear cualquier cosa, pero los acuerdos tenían que ser sobre la mesa. No podía ocurrir que llegáramos a enfrentarnos delante de los estudiantes, como había ocurrido en esa ocasión. Ese incidente generó una situación muy complicada entre los de la directiva, porque a ellos les quedó claro que yo iba a actuar de todas maneras. Ahora bien, la verdad sea dicha, yo podría haber estado a favor de la posición de la DEC, pero tal vez habría sido peor porque habría llamado directamente a la calle. (...) Yo había decretado chipe libre, pero la dirección de la DEC, en reunión posterior con todos los partidos políticos, dijo que asumía toda la responsabilidad de lo que había ocurrido y que yo había actuado absolutamente dentro de las instrucciones de la DEC. (...) Por otra parte, el tema de las autonomías de los movimientos sociales respecto de los partidos era un asunto también relativo. Así, los dirigentes DEC y los socialistas actuaban más bien por lo que sus bases les decían.

⁸⁴ En ese momento, Pedro García, de militancia demócratacristiana, era el presidente del Centro de Alumnos de Medicina Norte.

Este proceso de democracia de la Universidad de Chile, de participación, el que los dirigentes nos debiéramos a las bases, era un proceso que recién estábamos aprendiendo. Yo aprendí eso en el proceso de esos años. En 1984 yo recorría los cursos pero no había mucha conversación. En cambio en 1986, cuando iba a los cursos a pedir la opinión, había un movimiento de masas mucho más desarrollado y que opinaba. En 1984, el movimiento de masas era más espontáneo, estaba en pañales. Y si planteábamos la disyuntiva entre privilegiar decisiones del partido o de la base, ¿dónde podía poner uno la diferencia entre lo que quiere el movimiento estudiantil y lo que quiere el movimiento estudiantil politizado? ¡No hay diferencia en ese momento! (...) Tras aquello de Medicina Norte habían quedado melladas nuestras relaciones, en el sentido que en algún minuto Yerko, Jaime y Ricardo pensaron que yo me podía marginar de las decisiones políticas del PC, porque ellos yo creo que sentían que yo estaba de acuerdo con darle una autonomía al movimiento estudiantil, pero yo no podía olvidar que la posición que ellos tenían era la posición de sus propios partidos. Aquí lo que estaba en juego era un rol de la Universidad, es decir, sus partidos estaban en esa posición, en particular el Partido Demócrata Cristiano. Yerko y Ricardo opinaban que ese era el mejor camino, pero en la disputa entre el PC y la DC, yo tenía que tomar partido por el PC. (...) El proceso de implementación de distintas formas de lucha en forma paralela, sin que ninguna se implemente cabalmente, y que redundaba en una pérdida de confianza recíproca entre los diversos actores, al mismo tiempo que se insistía verbalmente en la necesidad de unidad —y esa unidad era de las cosas que más proyectaba la primera directiva—, queda catalizado luego de Medicina Norte, en que se resuelve el criterio de pactar, cómo avanzar las maneras de actuar.⁸⁵ No se produce la crisis todavía hasta el año 1986, el «año decisivo». Hasta ese minuto, había conciencia que nuestro proceso gozaba de autonomía, y para toda la Universidad de Chile la decisión que yo tomo en ese minuto está gatillada más por el conflicto interno al interior de la directiva de la FECH, que por las posiciones partidarias, lo cual es verdad. La DEC toma la decisión en ese minuto atendiendo a los problemas de poder dentro de la FECH y no por las presiones de la dirección del PC. Lo que gatilla, en última instancia, es que si se permitía en ese minuto que ellos se unieran contra una posición nuestra, se sentaba un precedente inaceptable para los comunistas. Para

⁸⁵ En efecto, la FECH definiría como criterio para emprender acciones en la vía pública el que se tratara de movilizaciones masivas, eficaces y oportunas. Como se ve de inmediato, los dos últimos criterios sólo pueden evaluarse *a posteriori*, de modo que en la práctica, esta definición no fue del todo operante.

todos estaba claro que no podíamos ser ingenuos. El acto de Medicina Norte nos quebró nuestra ingenuidad. Creo que así se debió sentir Yerko, y también Ricardo y Jaime. Honestamente, yo también me sentí así. Ya no podíamos ser ingenuos. Cuando en un minuto llegó Ricardo con el hecho consumado de que él se había puesto de acuerdo con Jaime y Yerko, a mí se me acabó la ingenuidad. Y puedo asegurar que cuando yo tomé el micrófono y actué por mi cuenta por decisión de la Juventud Comunista, a ellos se les acabó la ingenuidad, con reciprocidad. No es que nos pasáramos a llevar unos a otros, sino que estábamos confrontados a un hecho evidente. Había dos fuerzas poderosas dentro de la Universidad de Chile: la DC y la Juventud Comunista, que tenían un peso decisivo en lo político, más allá de su peso electoral. Eran las fuerzas que llevaban las decisiones, y de su confrontación y unión dependía este proceso. En Derecho, en 1984, dirigían el centro de alumnos Carlos Saffirio de la DC y Jaime Ulloa del PC. Recuerdo que en esa época salían al puente, y unos armaban barricadas que los otros les desarmaban, ¡pero estaban todos de acuerdo, eran partes de las reglas del juego! ¡Las peleas eran datos de la realidad, punto!⁸⁶ Todos sabían lo que iba a ocurrir, por lo que lo mejor era negociar y ponerse de acuerdo antes. El minuto en que ese acuerdo de procedimiento se produjo fue en la Facultad de Ingeniería, meses después, cuando la Democracia Cristiana acepta las salidas a la calle, pero poniendo un límite a la violencia. Ese es el pacto. Un caso de ese pacto es la marcha en fila india para acompañar a Yerko a entregarse a los tribunales. En todo caso, esta discusión no se detiene».⁸⁷

Como se ve, los acontecimientos de Medicina Norte no respondían a hechos aislados, sino a un cierto patrón de relaciones entre los diversos

⁸⁶ En una entrevista a revista *Análisis*, el entonces Secretario General del Partido Comunista Luis Corvalán reitera este punto de vista respecto del empleo de distintas formas de lucha al margen de acuerdos previos: «Entre las dificultades (para lograr la unidad de la oposición) hay que anotar aquéllas que emanan de quienes plantean el pretexto de que para entenderse, es necesario que los comunistas renuncien a tales principios o a tales métodos. Para la unidad no se necesita uniformidad de pensamiento ideológico ni de métodos. Se necesita comprender que estamos frente a una dictadura, que ya basta, que ya le ha hecho demasiado daño al país, que la inmensa mayoría de los chilenos quiere el fin de esta situación, que tenemos muchos puntos comunes, no sólo diferencias, y que hay que ponerse de acuerdo en torno a ellos. Lo contrario es hacerle el juego al enemigo, es abandonar el combate por terminar con la dictadura y esperar 1989. Con tal actitud sólo se logra dilatar el dolor del pueblo. Para lograr la unidad se requiere abandonar la idea de algunos de imponer su hegemonía a otros y dejar este problema de la hegemonía a lo que resuelva la vida, lo que resuelva el pueblo, lo que digan los hechos» (*Análisis*, 3 al 9 de septiembre de 1985).

⁸⁷ Entrevista a Gonzalo Rovira, 24 de junio de 1997.

actores involucrados que, a la larga, quisieranlo o no, repercutía en la conformación de un vínculo patológico entre ellos. Los testimonios de Ljubetic y Rovira grafican una fea cara que la unidad de la oposición ocultaba en público. Al interior del pacto antidictatorial existía también una motivación hobbesiana basada en un margen no despreciable de desconfianza recíproca: pactar la unidad, a la larga, se estaba convirtiendo progresivamente en la manera más eficaz de controlarse unos a otros. Establecer las diferencias en desmedro de la pretensión unitaria, por el contrario, implicaba que cada sector reivindicaba su libertad de acción para proceder de manera sectaria sin que ello garantizara criterios mínimos de gobernabilidad para la federación y los centros de alumnos.⁸⁸ Desde luego, para desvirtuar esta afirmación podrían invocarse experiencias que mostraban lo contrario: la posibilidad de acuerdos prácticos concretos pese a los desacuerdos políticos. Así había ocurrido frente a los requerimientos gubernamentales en contra de los dirigentes universitarios, como también en los procesos que desembocaron en los cambios de decano en Ingeniería y Medicina. De hecho, en estos dos últimos casos, directivas de centros de alumnos que no eran políticamente unitarias —en Ingeniería, la directiva era demócratacristiana, mientras que en Medicina Norte el centro de alumnos había sido ganado por la izquierda con un comunista en la presidencia en competencia contra la DEC—, habían conducido eficaz y disciplinadamente una movilización social en concertación con los académicos. Sin embargo, mientras se ascendía en el nivel de globalidad de los problemas universitarios, más se mimetizaban éstos con la discusión de carácter nacional, donde, como se verá, las definiciones respecto de las formas de lucha contra el régimen militar y del tipo de régimen que debería sobrevenirle separaban aguas de modo tajante entre los diversos sectores políticos. En consecuencia, los acuerdos a nivel de facultad, por sí solos, no alimentaban suficientemente las decisiones a nivel de federación. Por otra parte, las experiencias exitosas de concertación se alternaban con prácticas cotidianas de sectarismo que minaban el interés de perseverar en acuerdos unitarios. Incidentes como los descritos por Rovira en Derecho —unos arman barricadas que los

⁸⁸ Refiriéndose a la experiencia de ingobernabilidad de la FEC en 1985, Sergio Micco señala que luego de un paro total de la universidad, «terminamos peor de lo que empezamos, y hay que tener presente que la aplicación de la ingobernabilidad fue total: hasta la FEC se nos hizo ingobernable». Esa perspectiva era la que amenazaba a la FECH en la medida en que los acuerdos no se respetaban, ya sea por rupturas entre los partidos políticos que integraban la directiva, o bien por desacuerdos entre la dirigencia y la base (citado en Fernando Martínez y Julio Valladares, *La joven democracia. El movimiento estudiantil en Chile, op. cit.*, p. 84).

otros desarman— eran interpretados de manera desigual. Para Rovira, razón dialéctica mediante, eso era la unidad: había que dejar que los hechos, la vida, resolvieran el incordio. Por lo demás, estos incidentes eran evaluados por los comunistas como positivos, por cuanto elevaban la moral combativa de las masas. Para el resto del espectro opositor, eso no era sino la ruptura de los acuerdos, o la constatación de la inexistencia de unidad, y germen de una progresiva desmoralización y escepticismo de los estudiantes: afirmar lo contrario era pasar gatos por liebres. De hecho, el problema realmente de fondo no era el de la violencia, sino el del rompimiento de los pactos previos. El uso de la violencia, en sentido estricto, podía ser discutido, y los dirigentes de la DCU no se negaban a ella de manera dogmática dentro de la universidad. Lo que era contraproducente para los DC, pero no sólo para ellos, era la ritualización de la violencia, que devenía en trivialización de la misma; era el convertir el desorden público en medida del éxito de la movilización estudiantil, aunque al interior de la universidad fueran cada vez más los estudiantes que preferían marginarse de las actuaciones que se reservaba para sí una vanguardia que no se responsabilizaba posteriormente de las consecuencias globales que sus actuaciones unilaterales producían.⁸⁹ Por lo demás, el desorden público en las calles y en las universidades era manipulado interesadamente por los medios de comunicación oficialistas, presentando

⁸⁹ Sobre la posición de los dirigentes de la DCU respecto del empleo de la violencia, ver entrevistas a Sergio Micco (*Análisis*, 24 al 30 de septiembre de 1985); a Yerko Ljubetic (*Análisis*, 15 al 21 de octubre de 1985), y a Humberto Burotto (*Giros Universitarios*, Instituto para el Nuevo Chile, núm. 1, agosto de 1986). El tipo de violencia estudiantil en las universidades nunca fue más grave que la alteración del orden público y la suspensión de las actividades académicas (con daños ocasionales al mobiliario). Las acciones vanguardistas de los grupos de izquierda estaban inscritas dentro de lo que ellos llamaban acciones paramilitares, cuya eficacia en el empeño de causar daños al régimen militar era ínfima, si es que tenía alguna. En expresión de Sergio Micco, eran apenas un dolor de muelas para el gobierno. En opinión de Humberto Burotto, los comunistas no tenían en la universidad capacidad de generar o conducir una violencia real (*El Mercurio*, 10 de noviembre de 1985). Acciones propiamente defensivas —tal como en las poblaciones se desarrollaban para impedir el ingreso por sus calles de tanquetas, por ejemplo abriendo zanjas en los perímetros de acceso a la población— eran difícilmente implementables en las universidades o simplemente no se justificaban. A la larga, para quienes no compartían estas prácticas, las acciones paramilitares eran una suerte de fanfarronada de algunos grupos de izquierda, que las más de las veces carecían de toda utilidad y que a la larga exasperaban los ánimos entre los propios estudiantes. En no pocas ocasiones —los trabajos de verano en Aconcagua, por ejemplo—, los mismos que realizaban prácticas paramilitares —ejercicios físicos matinales— eran los primeros en arrancar de la represión o en ser dete-

maniqueamente a los jóvenes como violentistas compulsivos e irredimibles, fuera de todo contexto de represión gubernamental; represión que, por su parte, seguía siendo la principal y más grave violencia cometida en y contra las universidades en estos incidentes.

En la medida en que los acuerdos en la base se rompían por las prácticas sectarias, se debilitaba el discurso que reivindicaba la creación de un espacio generacional autónomo en el que reinventar relaciones políticas y universitarias cooperativas. El quiebre de los acuerdos en la base —en los hechos, que no aún en el discurso— daba la razón a los que en la cúpula adulta desconfiaban de ellos. Correlativamente, el fracaso de las políticas generadas en la base social entre militantes políticos, hacía volver la vista al discurso de los respectivos referentes políticos a nivel nacional. De esta manera, entre quienes no eran comunistas, para enterarse de la posición de los comunistas en la universidad había que atender a los pronunciamientos nacionales del Partido Comunista. Y, a la inversa, quienes no eran democratacristianos partían del supuesto que los estudiantes DC operaban en forma heterónoma, conforme a instrucciones estrictas de su dirección adulta.

Trasladados a la discusión política nacional, la posición de los comunistas se acababa de expresar en términos inaceptables para vastos sectores de la oposición, incluso más allá del PDC. En efecto, en enero de 1985 se dio a conocer el Informe al Pleno del Comité Central del Partido Comunista, durante la vigencia del Estado de Sitio. La afirmación principal del documento establecía un evidente distanciamiento de las posiciones más centristas, tanto en el establecimiento de los medios para enfrentar al régimen militar, como en el señalamiento de los fines que se perseguían para el tiempo posterior al pinochetismo: «Los comunistas pensamos que sobre la base de la lucha combativa y de la acción común de todas las fuerzas democráticas, el camino más corto para terminar con la tiranía es, precisamente, el camino del enfrentamiento. Es también el que ofrece las

nidos mostrando una exigua capacidad de resistencia. Como contrapartida, salvo experiencias aisladas y notables como la marcha de las manos limpias, la no violencia activa no tenía cultores sistemáticos, al modo del ejemplar Movimiento Contra la Tortura Sebastián Acevedo. Sólo a partir de 1986, algunos grupos independientes de las estructuras políticas intentarán esta vía pacífica de ocupación del espacio público, de desobediencia civil y de denuncia de los problemas universitarios, pero sin llegar a ser nunca hegemónicos. En consecuencia, la ausencia de alternativas de movilización a las presentadas por la izquierda, en un contexto de irritabilidad de los ánimos incrementada por la represión gubernamental, le otorgaba a estas formas de movilización violenta un margen no despreciable de legitimidad en la percepción de sectores importantes de estudiantes: «Por lo menos ellos tratan de hacer algo».

mejores posibilidades para que a la derrota del fascismo el país entre en un período de profundos cambios en la estructura del Estado y en todos los aspectos para crear un régimen democrático avanzado con vista al socialismo». ⁹⁰ Los comunistas advertían que al interior de la oposición era posible distinguir dos proyectos: «el que propicia una salida democrático-burguesa y el que propugna una salida democrático-popular con vista al socialismo». ⁹¹ Refiriéndose a su propia política, los comunistas sostenían que «el pueblo de Chile ha aprendido a luchar contra el fascismo sumando a las formas tradicionales el uso creciente de nuevos métodos, pacíficos y violentos, que incentivan la creatividad de las masas, elevan la confianza en sus fuerzas y abren nuevas perspectivas de combate. Una contribución decisiva en el acrecentamiento de la experiencia combativa de las masas ha sido la formulación y puesta en práctica de nuestra política de rebelión popular. Nuestro partido logra, también, jugar cada vez mejor el papel de vanguardia de la clase obrera y del pueblo». ⁹² «Uno de los elementos determinantes que ha elevado la calidad del combate de las masas ha sido la introducción de nuevos métodos de lucha, aquellos métodos que permiten el uso creciente de la violencia revolucionaria del pueblo en contra de la violencia impuesta por el fascismo. La obsecación de Pinochet de mantenerse en el poder y de acentuar, para ello, las medidas represivas, ha llevado a la generalidad del país al convencimiento de que, con él, no hay camino para salir de la dictadura y retornar a la democracia. Este es el camino de la Rebelión Popular, el camino del enfrentamiento entre el pueblo y la tiranía». ⁹³

El documento se internaba en el delicado tema de las relaciones entre el Partido Comunista, el Frente Patriótico Manuel Rodríguez y las Milicias Rodriguistas. Aunque afirmaba entonces no guardar relación orgánica con el FPMR, el Partido Comunista le manifestaba su simpatía y aprecio, y valoraba especialmente las Milicias Rodriguistas como expresión de lucha paramilitar: «Las células del partido deben impulsar el crecimiento de las milicias rodriguistas invitando a aquellos luchadores independientes, sobre todo a los jóvenes en poblaciones, universidades, industrias, a incorporarse a las milicias». ⁹⁴ Finalizaba el análisis de los comunis-

⁹⁰ Transcripción íntegra del documento de los comunistas se encuentra en Genaro Arriagada, *Democracia Cristiana y Partido Comunista*, op. cit., págs. 233-308. La cita está en página 243.

⁹¹ *Ibid.*, pág. 256.

⁹² *Ibid.*, pág. 258.

⁹³ *Ibid.*, pág. 260.

⁹⁴ *Ibid.*, pág. 264.

tas señalando que, «en las actuales condiciones históricas, la caída del fascismo no tiene por qué desembocar obligatoriamente en la democracia burguesa y, por consiguiente, puede conducir a un cambio cualitativo más importante».⁹⁵

Evidentemente, los comunistas tenían la franqueza de señalar la divergencia de caminos entre los distintos sectores de la oposición al régimen militar. Sin embargo, al mismo tiempo insistían en reivindicar un discurso unitario en los diversos movimientos sociales, objetando a los sectores más centristas de tratar de imponer sus propias políticas al conjunto de la oposición. La apelación a la unidad tenía una importante eficacia retórica. Pero la divergencia objetiva de vías y fines —verdadera diferencia gestáltica entre dos bloques dentro de la oposición— tendría que manifestarse tarde o temprano: no se podía enarbolar la bandera de la unidad y al mismo tiempo negarse en los hechos a concordar modos de actuar, sin que la pretendida unidad se resintiera gravemente.

Mientras tanto, al interior de la DCU se había iniciado una reflexión política a partir de un numeroso grupo de militantes provenientes de un amplio espectro de tendencias internas, pero entre quienes destacaban los llamados «pelados», surgidos especialmente en la Escuela de Derecho y el Pedagógico, y que mantenían una posición de independencia respecto del grupo ‘chascón’ que dominaba entonces la DCU.⁹⁶ Hacia el mes de junio de 1985, la reflexión cristalizó en un documento político bajo el enunciado: «Lo que el movimiento estudiantil puede y debe hacer ante el *imperativo nacional*».⁹⁷ A juicio de los firmantes del documento, al cabo de dos años de protestas nacionales y de generalizada movilización y organización social, había llegado el momento en que la democracia para el país debía ser gestada desde ya, y no dejarla para después que cayera la dictadura. Esto implicaba que los distintos actores del movimiento opositor debían alcanzar acuerdos previos básicos para garantizar la futura democracia. Había que ofrecerle al país una «luz al final del túnel» y concordar desde ya acuerdos que garantizaran que la democracia sobreviviente naciera bajo condiciones de estabilidad que le permitieran sortear con éxito las numerosas demandas políticas, económicas y sociales que se estaban

⁹⁵ *Ibid.*, pág. 302.

⁹⁶ Uno de los dirigentes más característicos de este sector ‘pelado’ era Eduardo Salas, jefe de la DCU durante 1984.

⁹⁷ Mimeografiado, sin numeración de página. Las citas que siguen pertenecen al documento a menos que se exprese lo contrario. Este documento nos fue facilitado de su archivo personal por Raúl Campusano, uno de sus suscriptores. Le agradecemos aquí su gentileza.

acumulando bajo el gobierno militar. Había llegado el momento de hacer país, y para ello debía evaluar la responsabilidad que en ese «Imperativo Nacional» le correspondería al movimiento estudiantil. Adicionalmente, los firmantes del documento estimaban que el movimiento estudiantil había tocado techo en el camino de la movilización social —reivindicación de sus demandas específicas—, faltando sólo transformarlas en la demanda global antidictatorial y por la democracia: «El movimiento estudiantil se embarca en un camino sin destino si es que no globaliza sus demandas ahora respondiendo a un adecuado diagnóstico de las causas de sus males. A modo de ejemplo, no conduce a nada, a nuestro modo de ver, el construir el movimiento estudiantil contra el sistema de rectores delegados. La experiencia nos demuestra que cuando nos encontramos frente a un rector delegado militar y el movimiento estudiantil, o el movimiento universitario incluyendo a los académicos, se ha propuesto removerlo, pueden pasar meses o incluso años, después de los cuales la simple movida de ajedrez de la dictadura consiste en colocar un rector delegado... civil. Cuando el movimiento estudiantil se rearticule nuevamente y quiera proseguir su empresa, la dictadura se da el lujo de hacer ‘elegir’ un rector académico por un mecanismo interno de la universidad recubierto por un barniz democrático y en donde se apela a todos los incondicionales que han entrado a la universidad durante estos años. Durante todo este tiempo incluso hay algunas “desviaciones” entre el movimiento estudiantil que se manifiestan en construir el “modelo de universidad” alternativo al del régimen en donde se llega incluso a tener opinión de cómo debiera ser la participación estudiantil, sí o no al cogobierno, o a la participación de los funcionarios. ¡Nos olvidamos en dónde estamos parados! (...) Nos olvidamos de que la intervención militar está íntimamente vinculada a la dictadura y que mientras no se acabe ésta no se terminará aquélla. Nos olvidamos que no puede haber universidad democrática en un país en dictadura, por definición, y más, sería muy egoísta de nuestra parte el querer hacerlo, si se pudiera, si es que está en juego todo Chile. Nosotros planteamos que se debe crear movimiento estudiantil para contribuir a solucionar los problemas que la Patria tiene hoy. (...) Ya logramos reconstruir nuestras organizaciones (hay más de una veintena de federaciones de alumnos ya democratizadas en el país). ¿Qué hacemos ahora con ellas? Naturalmente que las debemos defender y preservar del ataque de la dictadura, además que debe ser tarea nuestra permanente el hacerlas cada vez más representativas y eficientes al servicio de los estudiantes. Pero la pregunta sigue, ¿qué hacemos con ellas en un Chile asolado por la incertidumbre y la angustia? Entonces, desde la perspectiva del movimiento estudiantil, la continuación de la movilización social pasa por asumir el

imperativo nacional y favorecer con ello la participación creciente de los demás sectores sociales en el proceso nacional de movilización social». El documento no descalificaba los logros de tipo local obtenidos por la movilización social de los estudiantes, pero llamaba a darles un sentido que trascendiera la inmediatez y el «cosismo» localista. La nueva tarea para el movimiento estudiantil consistiría en poner su voluntad en darle una salida política al país: como actor social, asume un compromiso nacional que contribuye a ofrecer alternativas de salida al régimen.

Más adelante, el documento se extendía sobre la distinción entre unidad social y unidad política. La primera se articulaba en torno a inquietudes y problemas propios de determinados sectores sociales con algún grado de independencia de la variable ideológica o partidaria, en términos tales que alrededor de tales problemas sí era posible alcanzar acuerdos en la base social. La unidad política en cambio, no consistía en simples acuerdos específicos o sectoriales, sino que involucraba definirse respecto de cuestiones de fondo e ineludibles. Obviar tales cuestiones en favor de una pretendida unidad sin contenido alguno constituía un acto de evasión e irresponsabilidad: «No basta con ponerse de acuerdo en derrocar a la dictadura, sino que también hay que acordar el cómo (el problema de los medios no es un “pelo de la cola” para quien no sea un pragmático seguidor de Maquiavelo) y en el para qué (¿para la democracia?, ¿qué democracia?)». La argumentación no pedía que tales acuerdos de fondo radicaran sobre proyectos ideológicos o utopías globales, sino sobre aspectos mínimos ineludibles: derechos humanos, democracia, pluralismo político, formación de un gobierno de emergencia. «Para esto es que también apelamos a la unidad, pero no a la unidad de la indefinición recelosa, incierta e irresponsable, sino en la que se sustenta en acuerdos reales, con cualquiera, sin prejuicios, pero con firmeza y decisión». Y agregaba, previendo la hipótesis de imposibilidad de acuerdos entre los llamados a la unidad: «Si a pesar de todo persiste el desacuerdo, es completamente legítimo que se plantee. Es más, es la actitud honesta. En este caso son sólo las mayorías las que dirimirán el conflicto ya que ellas son en definitiva las que deben decidir desde una perspectiva humanista y democrática».

Puesto que el movimiento estudiantil había topado techo con la movilización social —sin desmerecerla—, debía ocuparse ahora del imperativo nacional. Los contenidos que ofrecía el documento de estos militantes democratacristianos para servir a las definiciones ineludibles radicaban en la suscripción de un pacto constitucional y de un pacto social, y en el establecimiento de un gobierno de emergencia con vistas a lograr la unidad nacional. En cuanto al tema de los medios, el documento era enfático en sostener que «las vías armadas o militares deben quedar completamen-

te descartadas no sólo porque, no son conducentes a la democracia en la generalidad de los casos (una minoría armada, una vez que ha conquistado el poder, difícilmente lo entrega, siendo muy grande la tentación de retenerlo para sí...), sino porque son totalmente inviables para la realidad chilena.⁹⁸ Además, el plantear vías militares constituye un obstáculo a la movilización social coordinada y persistente y, aquí y ahora, el terrorismo y la militarización de la actividad política constituye un apoyo objetivo a la dictadura del general Pinochet: la vía que el movimiento estudiantil debía escoger para derrotar a la dictadura debía ser la vía política y no la vía militar.

A objeto de ir definiendo la política de alianzas en las universidades y en especial en lo relativo a las relaciones con la izquierda hegemonizada por el Partido Comunista en el Movimiento Democrático Popular, el documento realizaba un análisis de las contradicciones que a nivel nacional presentaba la oposición al régimen: «Creemos que el reflujo que está experimentando el movimiento opositor en este momento (...) no se debe fundamentalmente a una ofensiva de la dictadura a través de la implantación del estado de sitio, sino que primordialmente a los problemas intestinos de la oposición que han impedido que ésta se erija en una real alternativa al régimen. (...) La merma en la adhesión popular activa (porque a nivel de las conciencias, el país ya se ha definido) se debe a que la oposición se ha presentado como una bolsa de gatos en donde no están claros los objetivos y medios fundamentales». Entonces el documento formulaba una de sus afirmaciones más fuertes: «El superar este problema de la oposición, y con ello avanzar claramente hacia la democracia, no es un objetivo fuera de nuestro radio de acción». Luego se acusaba al Partido Comunista de ser aquél que más «se ha jugado la personal» a partir de 1980 en su posición frente al régimen, restándose objetivamente a políticas de concertación más amplia con el resto del espectro opositor; a diferencia de lo ocurrido en la experiencia comparada de España, Uruguay o Brasil, donde los comunistas habían concurrido a acuerdos para favorecer salidas pactadas a formas de transición a la democracia incluso bastante restringidas. En Chile, en cambio, el Partido Comunista objetaba la salida «democrático-burguesa» para favorecer una alternativa «democrático-popular». Aunque reconocía que dentro del PDC había sectores que a priori se negaban a entenderse con los comunistas en una multipartidaria am-

⁹⁸ Este era el punto crucial de las diferencias entre los dos bloques de la oposición chilena. Los comunistas creían posible para Chile una salida al socialismo al modo, por ejemplo, del sandinismo en Nicaragua (entrevista a Gonzalo Rovira, 24 de junio de 1997).

plia y que la Alianza Democrática había fracasado en su propósito de abarcar el conjunto del movimiento opositor, el documento de los militantes de la DCU sostenía que «el movimiento estudiantil puede corregir esta situación de desacuerdo radical que existe entre los opositores y avanzar en el sentido indicado para garantizar la democracia (pacto constitucional, movilización social pacífica, gobierno de emergencia, etcétera)». La apuesta contenida en la reflexión de estos democratacristianos era que se podía presionar en la base social a los comunistas para lograr allí las rectificaciones políticas indispensables en cuanto a los fines y medios que se procuraba obtener al oponerse al gobierno militar: «Sostenemos que si el el movimiento estudiantil se plantea la necesidad de responder al imperativo nacional y promueve acuerdos sustanciales para ello, a su interior y en todo el país, no permitiendo una estrategia de perfilamiento propio del MDP, éste se verá forzado a ceder. Recordemos que el PC se cuida mucho de su eventual aislamiento político. (...) Todo este extenso diagnóstico de la coyuntura respecto del MDP está dirigido a fundamentar el hecho de que si presionamos socialmente por un cambio de estrategia del MDP, lograremos el objetivo. El movimiento estudiantil es la mejor arma en este sentido. Así estaremos labrando la unidad real y no la que en este momento el PC pregona pero no practica». Concretamente, la recomendación que el documento formulaba en cuanto a políticas de alianzas para la DCU era la de rechazar, como regla general y con las debidas excepciones, la conformación de plataformas y candidaturas con el MDP. Meros acuerdos electorales que se formulaban obviando una realidad de diferencias objetivas, conducían a la ambigüedad y falta de claridad ante el estudiantado. «Esta posición se mantendrá mientras no cambien las definiciones del MDP que impiden una “oposición nacional unida por la democracia”. Es decir, esta decisión no responde a un “prejuicio”, o menos aún a un deseo de “exclusión a priori”. Está claro que ninguno de nosotros le niega su lugar al MDP dentro de la democracia, lugar que se ha ganado por lo demás. Sin embargo, es el MDP el que con sus planteamientos y estrategias de perfilamiento propio, sectarias y no conducentes a la democracia, se “autoexcluye” de todo acuerdo sustancial con nosotros y tenemos que ser consecuentes en plantearlo».

Reivindicando para el movimiento estudiantil un papel histórico como actor nacional, el documento expresaba por fin que «la DCU, como actor protagónico del el movimiento estudiantil, puede plantearse como objetivo el contribuir a cambiar el cuadro nacional opositor, siendo el factor promotor de una real «unidad nacional antidictatorial y por la democracia». Sería una gran contribución para el país».

Al momento de colocarse en circulación este documento al interior

de la DCU en el mes de agosto, se produjo en el país un acontecimiento político mayor: la suscripción del Acuerdo Nacional para la Transición a la Plena Democracia, surgido dentro de las iniciativas del Cardenal Arzobispo de Santiago Juan Francisco Fresno en favor de la reconciliación nacional. A juicio de los firmantes del documento al interior de la DCU, «el contenido del *imperativo nacional* (...), con más o menos reparos y precisiones, se concreta y por lo tanto se facilita mucho para el movimiento estudiantil con el Acuerdo Nacional. Por lo tanto, todas nuestras plataformas estudiantiles, ya sea para centros de alumnos, federaciones, etc., en cuanto al aspecto nacional, deben hacer referencia y centrarse en torno a este acuerdo. Este debe ser nuestro criterio para llegar a acuerdos de fondo con otras fuerzas políticas. (...) Si el MDP se incorpora al acuerdo (en las universidades), como así debemos quererlo, se plantea el desafío de lograr que sus partidos realmente adecúen sus estrategias y planteamientos a los términos y al espíritu del documento y no se queden en adhesiones ambiguas o meramente formales con el objeto de “esquivar la pelota” (al llamado imperioso a la unidad y el patriotismo)».

El Acuerdo Nacional era un documento que formulaba un conjunto de principios institucionales relativos al régimen político y económico que debían regir en una futura democracia, al mismo tiempo que formulaba medidas inmediatas que facilitarían la transición a ella, implicando con eso una significativa modificación del itinerario constitucional previsto en la Carta de 1980, como asimismo de algunas importantes instituciones permanentes de la misma. El arco político de sus firmantes abarcó desde la Izquierda Cristiana y sectores moderados del socialismo, hasta grupos políticamente liberales de la derecha partidaria del gobierno (Partido Nacional, Movimiento Unión Nacional, liberales).⁹⁹ Al momento de su suscripción, el acuerdo encendió la esperanza de un próximo cambio político que no sólo pusiera término a la dictadura sustituyéndola por un régimen más acorde a la tradición republicana del país. Además, el Acuerdo parecía ofrecer una alternativa al movimiento de protestas sociales que estaba degenerando, ante la tozudez del gobierno, en un ciclo de represión gubernamental, violencia y desmoralización de la población, secuela cuya productividad parecía agotarse. En la buena fe de sus promotores, el Acuerdo Nacional incluso ofrecía al régimen la oportunidad de encabezar una salida decorosa a través de la oferta de una transición pactada y llevada a cabo por vías pacíficas.¹⁰⁰ Sin embargo, el dilema del gobierno militar no era cómo dejar decorosamente el poder —cuestión que sí

⁹⁹ El texto completo del Acuerdo Nacional se encuentra en revista *Hoy*, 2 al 8 de septiembre de 1985.

¹⁰⁰ Este aspecto era medular en el Acuerdo Nacional. Hasta entonces, la oposición

habría ocurrido a los militares argentinos tras la derrota bélica de Islas Malvinas en 1982—, sino cómo mantenerse en él y cumplir con el diseño mesiánico y refundacional previsto en la Constitución de 1980. Rápidamente, el gobierno puso su mayor empeño en desacreditar el Acuerdo Nacional, contando para ello con el respaldo de la Unión Demócrata Independiente. El Ministro del Interior tenía instrucciones precisas de no recibir a los coordinadores del acuerdo, uno de los cuales —Fernando Léniz— era ex ministro del propio régimen militar. La intransigencia gubernamental ante el documento quedaría coronada en diciembre cuando el general Pinochet humilló personal y públicamente al Cardenal Fresno, al señalarle durante una entrevista entre ambos que respecto del Acuerdo Nacional «debía dar vuelta la hoja y no involucrarse más en asuntos políticos». ¹⁰¹ En otro extremo, al implicar la oferta de una salida pactada para el gobierno, el Acuerdo Nacional fue rechazado por el Partido Comunista y el MDP por cuanto no establecía el inmediato término del régimen militar. ¹⁰² De esta manera, el rechazo desde el gobierno y el MDP dejó al acuerdo sin piso político, y carente de diseño estratégico que lo hiciera viable. En esas condiciones, ante la pregunta de qué hacer ahora con ese documento a objeto de darle efectividad, afloraron toda clase de graves contradicciones entre sus firmantes.

Entre agosto y septiembre, los avatares del Acuerdo Nacional ocuparon la atención política de todo el país. En términos generales, el documento obtuvo el respaldo formal de las más importantes organizaciones sociales, pero haciendo notar buena parte de ellas que el logro de los objetivos del acuerdo no era incompatible con la movilización social. Es más, no pocos dirigentes sociales pronosticaban que sin movilización social el acuerdo carecería de toda eficacia. ¹⁰³ En el caso de la FECH, el

estaba privilegiando una ruptura institucional que contemplaba, en lo fundamental, la derogación de la Constitución de 1980 y la convocatoria a una asamblea constituyente. El Acuerdo Nacional, por el contrario, implicaba una transición a la democracia dentro de la Constitución vigente con las debidas reformas.

¹⁰¹ La historia del Acuerdo Nacional puede encontrarse en Ascanio Cavallo, Manuel Salazar y Oscar Sepúlveda, *La historia oculta del régimen militar*, op. cit., capítulos 43 y 45.

¹⁰² Los partidos del MDP se limitaron a valorar el Acuerdo Nacional, especialmente sus medidas inmediatas, pero rechazando el fondo del documento principalmente por no señalar como condición mínima y fundamental para la transición ahí propuesta la salida de Pinochet del gobierno (véase revista *Análisis*, «Las razones del PC: Carta del Partido Comunista a Monseñor Fresno y al Pueblo de Chile», 17 al 24 de septiembre de 1985; revista *Hoy*, «Partido Comunista: posición desde la clandestinidad», 21 al 27 de octubre de 1985, y Carta de David Castellón a revista *Hoy*, 30 de septiembre al 6 de octubre de 1985).

Acuerdo fue respaldado ya en septiembre por la unanimidad del Pleno de la Federación (Consejo de Vocales, Consejo de Presidentes de Centros de Alumnos y Directiva de la Federación), pero haciendo expresa mención de la compatibilidad entre acuerdo y movilización.¹⁰⁴ Sin embargo, de cara a las elecciones de octubre, la discusión acerca del Acuerdo Nacional se transformaría en el cuello de botella de las alianzas políticas.

En efecto, la dificultad que el acuerdo suponía en las distintas organizaciones sociales era la de la yuxtaposición entre los pactos a nivel microsocial y las iniciativas a nivel macropolítico. En las organizaciones de base, la movilización social tenía su arraigo natural en un espectro amplio de centro izquierda, discrepancias más o menos, y con la reticencia sistemática de los sectores de derecha. El Acuerdo Nacional, por su parte, era una iniciativa de la que se restaba parte fundamental de la izquierda, y a la que se agregaba un sector muy importante de entre los partidarios del régimen (quienes al mismo tiempo procuraban de todos modos aislar a los comunistas). La traslación del acuerdo político al mundo social producía desde luego una colisión entre ambas lógicas y sus respectivos actores.¹⁰⁵

Al interior de la DCU, la tesis del *imperativo nacional* había prendido lo

¹⁰³ Arzobispado de Santiago, Boletín *Solidaridad*, 14 de septiembre al 4 de octubre de 1985. Allí se reproducen las opiniones de Yerko Ljubetic: «Sería muy grave entenderlo (el Acuerdo Nacional) como contradictorio con la movilización social, porque sin ella no habría garantía alguna de que el acuerdo no quedará sólo en una declaración de buenas intenciones, en tinta y papel».

¹⁰⁴ Entrevista a Yerko Ljubetic en revista *Análisis*, 15 al 21 de octubre de 1985. Diario *El Mercurio*, 27 de octubre de 1985.

¹⁰⁵ Un reportaje del diario *El Mercurio* del 3 de noviembre de 1985 ponía de manifiesto las graves diferencias existentes a este respecto entre los suscriptores del Acuerdo Nacional. Patricio Aylwin, por ejemplo, distinguía: «Obviamente, el acuerdo excluye cualquier alianza política entre quienes lo suscribimos y quienes lo rechazan o mantienen posiciones o conductas incompatibles con su contenido, como son, por ejemplo, el Partido Comunista y la UDI». Inmediatamente, señala Aylwin que esa norma no rige a elecciones que no son necesariamente políticas, como las que se realizan en los cuerpos intermedios de la sociedad: «En este plano, el ideal es aunar el máximo de voluntades, sin exclusiones, prescindiendo de las diferencias ideológicas partidistas». Para dar mayor adhesión al acuerdo, Aylwin sugería la movilización social. En contrapartida, Andrés Allamand (Movimiento Unión Nacional) estimaba «inaceptable invocar la autonomía de las organizaciones intermedias respecto al Acuerdo Nacional, cuando las elecciones al interior de las mismas tienen un marcado contenido político». Fernando Ochagavía (Partido Nacional) iba aún más lejos indicando que «el país no entiende que quienes se han comprometido a través del Acuerdo a no pactar con el PC, tomen después actitudes contradictorias». ¡Pero el Acuerdo no comprometía a sus firmantes a «no pactar con el PC»! De hecho, el documento estaba abierto a la firma de todos los chilenos, y eso era lo que se proponía la DCU con su

suficiente como para terciar en lo que se suponía sería una parsimoniosa deliberación al interior del grupo hegemónico, los ‘chascones’. En efecto, tras la elección de Ljubetic, los ‘chascones’ dominaban sin mayor contrapeso la estructura de la DCU, encabezada por Humberto Burotto, estudiante de sociología. Ya en el segundo semestre se había perfilado la precandidatura a la presidencia de la FECH de Burotto, en competencia con otro ‘chascón’, Ángel Domper, presidente del centro de alumnos de Derecho. Aunque no suscribió originalmente el documento con la tesis del *imperativo nacional*, Burotto finalmente se adhirió a él, mientras Domper mantenía una posición de mayor autonomía del movimiento social en la fijación de sus contenidos y, en consecuencia, se la consideraba una candidatura de continuidad con la línea de la primera directiva de la FECH en cuanto a la flexibilidad para buscar la unidad de la oposición. No hay que olvidar que durante la jornada de las manos limpias, era la propia FECH la que postulaba su tesis unitaria a los dirigentes políticos adultos en un diseño político que guardaba discrepancias objetivas con el Acuerdo Nacional.

A la hora de decidir, la DCU votó por muy estrecho margen en favor de Burotto. A diferencia de las internas de 1984, la tolerancia hacia los comunistas y en particular hacia Rovira había disminuido sensiblemente entre los demócratacristianos. Fiel al planteamiento del *imperativo nacional*, el Acuerdo Nacional iba a constituir la columna vertebral de la plataforma de la DCU en cuanto a las definiciones nacionales, manteniendo la tesis de la movilización social en materias universitarias, dado los éxitos que se había anotado la *Propuesta de cambio* y la estrategia de ingobernabilidad durante el primer año de la FECH.¹⁰⁶ De esta manera, los demócratacristianos procuraban presionar a los comunistas en la base social llamándolos a un pacto en el que se incluía el Acuerdo Nacional que los mismos comunistas ya habían rechazado a nivel nacional. Más aún, los demócrata cristianos estimaban que la ecuación de Acuerdo Nacional y movilización social permitía una alianza amplísima desde los comunistas hasta el Frente Universitario y la Unión Nacional, alianza que podía luchar simultáneamente por la autonomía y normalización universitaria, y por la democratización del país. El efecto de la oferta demócratacristiana fue exactamente el inverso. Por no concordar con la movilización social y la ingobernabilidad, la derecha declinó la oferta de la DCU. Por la izquierda, en cambio, la negativa tuvo un camino más sinuoso. En

plataforma: que el PC se integrara de buena fe al acuerdo, facilitando la vía política de derrota del régimen militar, en desmedro de la vía militar.

¹⁰⁶ Ver entrevista a Humberto Burotto, revista *Hoy*, 21 al 27 de octubre de 1985.

principio, se afirmó que la candidatura comunista de Rovira aceptaría la plataforma política planteada por la DCU de apoyo inequívoco a la totalidad del Acuerdo Nacional, en términos tales que la propia DCU anunció la reedición de la fórmula unitaria triunfante en 1984. Sin embargo, el día de cierre del plazo para inscribir las listas, Rovira declaró su adhesión sólo a las medidas inmediatas del Acuerdo Nacional, manteniéndose dentro del rechazo que el Partido Comunista había formulado a la parte medular del documento. Esta precisión de Rovira fue considerada una adhesión insuficiente por la DCU, de modo tal que, en esas condiciones, a ésta le pareció inviable un pacto con los comunistas. El quiebre de la unidad entre los opositores, hasta entonces sólo larvado, adquirió así su forma manifiesta.¹⁰⁷

Finalmente, las listas inscritas para la elección fueron siete: Unión Estudiantil contra la Intervención, del MDP; Acuerdo Democrático, de la DCU y los socialdemócratas; Frente Universitario (Movimiento Unión Nacional, Partido Nacional e Independientes); Antidictatorial y Socialista, de tendencia de trotskista; Bloque Juvenil Socialista (MAPU y FJS) y Juventud Radical Revolucionaria; Unidad Nacionalista, y por último una lista del Partido Humanista. La invitación de los demócratas cristianos, como se ve, condujo al completo aislamiento de la DCU, en términos tales que sólo logró aliarse a los socialdemócratas, cuya fuerza en la universidad era esmirriada. Así y todo, los votos socialdemócratas valdrían su peso en oro una vez cerrados los escrutinios. En términos generales, la posición adoptada por la DCU fue considerada una imposición de la directiva nacional adulta, cuestión que no se ajustaba a la verdad.¹⁰⁸ Debido a esta apreciación, le fue imposible a los estudiantes DC generar una mayor

¹⁰⁷ *El Mercurio*, 12 de octubre de 1985. En todo caso, y en favor de la posición de adhesión parcial del MDP universitario al Acuerdo Nacional, no deja de ser significativo el hecho que las *medidas inmediatas* del Acuerdo Nacional contenían la única alusión de todo el documento a la situación de las universidades, al reclamar el restablecimiento de su autonomía.

¹⁰⁸ La directiva nacional del PDC había aceptado la plataforma de la DCU de proponer al conjunto de la oposición, incluidos los comunistas, un programa sobre la base de la *Propuesta de cambio* de la FECH y el Acuerdo Nacional. Sin embargo, las declaraciones de personeros del Partido Nacional y del Movimiento de Unión Nacional alertando sobre la gravedad de una hipotética alianza DCU-MDP en la FECH —amenazando en tal caso incluso con su retiro del Acuerdo Nacional— y su satisfacción posterior ante la decisión de la DCU de presentarse separada del MDP en esas elecciones, dejó a los demócratas cristianos con una embarazosa imagen pública respecto de la autonomía de sus actuaciones y de la existencia de un presunto chantaje político de la derecha que formaba parte del acuerdo sobre el PDC y la DCU. Curiosamente, mirado desde otro punto de vista, al único grupo universitario al que se

solidaridad hacia sus puntos de vista. En todo caso, si bien no pudieron los DC contar con aliados significativos, sintomático fue que, al mismo tiempo, no se formara una sola poderosa lista del conjunto de la izquierda que «castigara» el planteamiento estimado impertinente de los DC. Mientras los sectores almeydistas del socialismo se mantuvieron dentro de los términos del MDP, los socialistas renovados inscribieron su propia candidatura, en la que se reivindicaba el planteamiento basista, dando cuenta con ello de discrepancias profundas hacia el PC. Al fin y al cabo, las diferencias estratégicas al interior de la oposición habían hecho crisis en la Universidad de Chile. La tesis triunfante al interior de la DCU significaba un giro hacia las posiciones más vanguardistas, en coincidencia con el PC. Sin embargo, instaladas ambas fuerzas en ese terreno, los desacuerdos de fondo hacían imposible una lista conjunta. Lo que se pondría bajo la decisión democrática de los estudiantes no sería ya sólo un conjunto de definiciones universitarias, sino además diversas tesis acerca de las vías de salida a la dictadura y del régimen de transición que debería sobrevenirle: al fin y al cabo, y no cabía engañarse al respecto, entre lo universitario y lo nacional había un isomorfismo fácilmente demostrable y plantear una disyuntiva entre ambos mundos era ocioso. No obstante, los socialistas renovados —si bien a nivel del país apoyaban el Acuerdo Nacional— no estaban disponibles para hacer de la universidad una caja de resonancia de ese debate nacional en desmedro de la autonomía de los universitarios para continuar la movilización social de base fijando de modo autónomo sus contenidos, prioridades y su relación con los restantes sectores sociales y políticos. En ese contexto, hay que mencionar además la actitud de la Izquierda Cristiana, de retirar sus candidatos a vocales de la lista del MDP y llamar a anular el voto escribiendo en él la palabra «unidad».¹⁰⁹

A partir de entonces, la campaña electoral se dio en términos extremadamente agresivos y descalificatorios. La legitimidad simbólica que tenía consigo la consigna de la unidad fue capitalizada con total efectividad por la lista del MDP, que ofreció, en caso de ganar, abrir la lista a una integración de las restantes fuerzas opositoras. Al interior de la DC, la estrecha definición entre Burotto y Domper trajo consigo un vacilante comienzo de campaña, y no pocos militantes de la DCU transmitían un fuerte sentimiento de culpa por lo que consideraban su responsabilidad

pedía autonomía en sus decisiones era a la DCU (véase las declaraciones de Tomás Puig, PN, y Alberto Espina, MUN, en *El Mercurio*, 12 de octubre de 1987; véase también la declaración de la lista del MDP a la FECH, objetando la actitud de la JDC y de la DCU de introducir en la universidad elementos de división provenientes de circunstancias externas a ella, en *Análisis*, 29 de octubre al 4 de noviembre de 1985).

¹⁰⁹ *El Mercurio*, 27 de octubre de 1985.

en el quiebre de la unidad. Sin embargo, en la medida que el propio MDP intensificó su agresividad en contra de la persona de Burotto —no había foro público en que no fuera apelado por la izquierda al grito de «¡Yerko luchador, Burotto traidor!»—, los DC reaccionaron cerrando filas en torno a su propia identidad partidaria.¹¹⁰

Conforme a la experiencia electoral acumulada desde 1983 en adelante, se pensaba que la primera mayoría relativa correspondería a la lista demócratacristiana-socialdemócrata, seguida del MDP a alguna distancia significativa. Pero el MDP golpeó la cátedra con una jugada maestra el primer día de votaciones, sufragando masivamente por sus candidatos. Los escrutinios de ese primer día dieron por ganadora a la lista del MDP sobre la DC-SD, por un margen superior a los doscientos votos.¹¹¹ Con ese antecedente, el MDP consiguió polarizar la elección del segundo día llamando al voto útil. El resultado fue que se liquidó la opción del Bloque Socialista, que perdió considerable votación en favor del candidato socialista del MDP, Ricardo Herrera. El segundo día de votaciones la primera mayoría se disputó voto a voto entre el MDP y la alianza DC-SD. La noche del recuento final, los cómputos parciales entregaron alternativamente como resultado un estrechísimo triunfo tanto del MDP como de la DC-SD. Temprano, la izquierda se congregó en la Facultad de Ingeniería para celebrar la que estimaba su primera mayoría relativa, mientras los DC brillaban por su ausencia. Pasada la medianoche, una columna de estudiantes demócratacristianos llegó a la facultad con resultados que le otorgaban una pequeña diferencia sobre el MDP, apenas superior a setenta votos dentro de un total de más de 17 mil válidamente emitidos. En un ambiente crispado por la tensión, Yerko Ljubetic hizo uso de la palabra para declarar que se había producido un empate, lo que agregó aún más confusión al momento que se vivía: aunque era evidente que desde el punto de vista político, la gran triunfadora de la elección era la lista del MDP, era igualmente evidente que no había obtenido la primera mayoría y que de acuerdo al estatuto de la federación correspondía convocar a segunda vuelta entre las dos primeras mayorías relativas. Todo esto, en medio de un vocerío que clamaba por la unidad al mismo tiempo que se intercambiaban todo tipo de folclorismos e insultos.

Los análisis electorales convergieron en una conclusión predominante: el avance de la izquierda más radicalizada en un contexto de participación creciente de los estudiantes. Efectivamente, sobre un universo de

¹¹⁰ Véase la patética descripción del foro en la Facultad de Derecho en *El Mercurio*, 29 de octubre de 1985. Entrevista a Yerko Ljubetic, enero de 1997.

¹¹¹ *El Mercurio*, 31 de octubre de 1985.

22.345 estudiantes, se emitieron 17.354 votos, con una participación del 77,7%. La lista de la DC-SD obtuvo 5.650 votos, con el 32,55%, manteniendo un porcentaje similar al obtenido por Ljubetic en 1984. En cambio, el MDP obtuvo 5.573 votos, con el 32,13%, lo que implicaba un avance porcentual de un 10% respecto de 1984, y con una holgada mayoría de Rovira al interior de la lista. El Frente Universitario, en esta ocasión, agregó a su caudal la votación gremialista y alcanzó los 3.802 votos, con el 21,91%, levemente inferior al 21,94% obtenido en 1984 por el FU y los gremialistas considerados conjuntamente.¹¹² El Bloque Socialista alcanzó 1.035 votos con el 5,96%, muy inferior al 9,65% alcanzado por Brodsky un año antes. Humanistas, nacionalistas y trotskistas obtuvieron votaciones insignificantes.¹¹³

Con los resultados de la primera vuelta, se pusieron en marcha iniciativas políticas que perseguían recomponer un acuerdo amplio capaz de garantizar la gobernabilidad de la federación durante 1986, sin vulnerar las normas estatutarias. La lista del MDP pedía una fórmula de integración. La DCU resolvió cumplir el estatuto y promover su modificación ulterior: vale decir, segunda vuelta y reforma del estatuto para permitir una conducción de la federación que involucrara a todos los sectores que hubieran alcanzado una votación significativa. Las heridas al interior de la DCU no cerraron del todo, más aún considerando que Ángel Domper — candidato a vicepresidente de la lista— ofreció una entrevista en revista *Análisis* donde anunciaba que renunciaría al cargo si la DCU insistía en una lista propia y en la segunda vuelta, y evaluaba que la estrategia adoptada por su partido en la FECH había sido un error que dañó la unidad del movimiento estudiantil.¹¹⁴ Al interior del sector más izquierdista de los demócratacristianos pesaba también el prejuicio antidemocrático conforme al cual las disputas entre los opositores al gobierno no debían ser zanjadas por los votos de la derecha.¹¹⁵ Aunque desde el punto de vista

¹¹² La unidad entre el FU y los gremialistas dio origen a un equívoco que trajo consecuencias. Tal y como los sectores derechistas presionaron majaderamente a la DCU para romper con la izquierda que no formaba parte del Acuerdo Nacional, se comprobó que la lista a vocales del FU —identificado con los grupos de derecha participantes del acuerdo— incluía un importante grupo de estudiantes de la UDI —que rechazaba el Acuerdo Nacional—, lo que redundó a la larga en la renuncia de todos ellos, aunque concentrando de todos modos la votación de derecha en esa lista (véase Víctor Maldonado, *Evolución del movimiento estudiantil chileno entre 1985 y 1987*, op. cit., págs. 33 y 34).

¹¹³ *El Mercurio*, 2 de noviembre de 1985.

¹¹⁴ Revista *Análisis*, 12 al 18 de noviembre de 1985. Otros dirigentes demócratacristianos juzgaban como un retroceso la estrategia adoptada por la DCU en la FECH. Es el caso de Sergio Micco (*Análisis*, 22 al 28 de octubre de 1985).

formal las posiciones que la DCU estaba asumiendo oficialmente eran impecables —someter las diferencias entre los diversos sectores a la decisión soberana del estudiantado en segunda vuelta era un modo de practicar y fortalecer la democracia en la organización—, la eficacia psicológica de las mismas era bastante menguada. Al fin de cuentas, la polarización desatada durante la campaña y el empate político producido con la estrecha llegada entre las dos listas vencedoras, sembraban serias dudas acerca de la gobernabilidad y legitimidad futuras de la FECH, ya sea que asumiera una las listas sin un apoyo mayoritario y propio, y con la oposición militante de la otra, ya sea que se procediera a una integración de listas violentando el estatuto.

La ecuación requerida para salvar la legitimidad jurídica y la viabilidad fáctica de la federación se obtuvo tras arduas negociaciones. La lista del MDP renunció a la segunda vuelta, con lo que cupo proclamar vencedora a la lista de la DC-SD. Inmediatamente asumida la nueva directiva, se promovió una reforma del estatuto ante el nuevo consejo de vocales. Tras desechar varias fórmulas, veintinueve de los treinta vocales electos aprobaron una norma relativa a la forma de llenar la vacancia de cargos en la directiva de la federación. El nuevo artículo rezaba así: «Si se ausentan uno o dos miembros de la directiva, simultáneamente, dentro de los primeros 60 días de ejercicio, no siendo uno de ellos el presidente, se podrán integrar a la mesa directiva miembros del Consejo de Presidentes de Centros de Alumnos, del Consejo de Vocales de Federación o miembros de listas que hayan obtenido una representación mayor al 5% en la elección inmediatamente anterior, siempre que exista acuerdo unánime de los miembros de la mesa directiva y que los reemplazantes cumplan con los requisitos que establece la federación».¹¹⁶ En virtud de este acuerdo, y previa renuncia de Ángel Domper y Pablo Lavados a sus cargos en la directiva proclamada electa, el nuevo presidente de la FECH, Humberto Burotto, invitó al MDP y al FU a integrarse a la máxima instancia de la

¹¹⁵ El Bloque Socialista, a través de la vocal reelecta Carolina Tohá, había anunciado su apoyo al MDP para la segunda vuelta, mientras que Pablo Jaeger, jefe de la DCU, señalaba que «no queremos ganar la FECH con los votos de la Derecha». El prejuicio antiderechista era agitado desde luego por la izquierda, lo que supone una concepción de las federaciones estudiantiles diseñadas más bien como opositoras que como democráticas. Curiosamente, ni siquiera las propias fuerzas de derecha sacaban dividendos de este razonamiento, presumiblemente aquejadas por un fuerte complejo de inferioridad (*El Mercurio*, 7 de noviembre; revista *Análisis*, 5 al 12 de noviembre de 1985).

¹¹⁶ *El Mercurio*, 27 de noviembre de 1985.

federación. El FU se negó a acoger esta invitación criticando la que estimaba una claudicación de la DCU ante el MDP —aunque sí concurrió con sus vocales a aprobar la reforma—, de manera tal que finalmente se integraron a la nueva directiva Gonzalo Rovira y Ricardo Herrera, ambos de la lista del MDP.

Así se cerró el capítulo electoral. Las elecciones de la FECH dejaron numerosas enseñanzas: desde los requerimientos del gobierno contra los dirigentes estudiantiles y durante seis semanas consecutivas, las acciones y decisiones estudiantiles acapararon la atención de toda la opinión pública, e incluso *El Mercurio* hizo de las elecciones una noticia de portada en forma sistemática. La rectoría negaba existencia a una organización que estaba literalmente en boca de todo el mundo. Más aún, el propio Ministro de Educación, Sergio Gaete, estimaba que la reforma del estatuto acordada tras las votaciones carecía de juridicidad al violentar, a su juicio, el derecho de los estudiantes a decidir en segunda vuelta como estaba estipulado en el estatuto.¹¹⁷ ¡Curiosa forma de inexistencia esta de la FECH!

A partir de las características del proceso y de sus resultados, y previa aplicación del mito conforme al cual la FECH era el barómetro de la política chilena, no hubo actores en el gobierno y en la política que se inhibieran de opinar. En primer lugar, se coincidió en señalar que el gobierno era el primer derrotado. El propio general Pinochet había consultado a sus asesores respecto de «¿cuál es mi lista en la FECH?», sin que supieran qué contestarle: por segundo año consecutivo, la política universitaria del régimen no había tenido defensores en las elecciones.¹¹⁸ La oposición, aunque dividida, había aumentado su porcentaje de respaldo en relación con el año anterior. Otra conclusión unánime se relacionaba con el avance del MDP y de los comunistas. Las expresiones del FU y del MUN al respecto son elocuentes: «La votación del MDP debe hacer meditar al gobierno. Se confirma la intransigencia del régimen al negarse a implementar medidas concretas que aceleren el proceso de transición a la democracia; (las medidas del gobierno) sólo conducen a polarizar las tendencias»,¹¹⁹ agregando que «queremos señalar que los sufragios obtenidos por el PC y el MIR, son la consecuencia inmediata de lo que ha hecho el gobierno en la universidad, al enseñar que sólo la violencia y el enfrentamiento obtienen resultados, rechazando con intransigencia e indiferencia las demandas de los auténticos sectores universitarios que reclaman por

¹¹⁷ *El Mercurio*, 29 de noviembre de 1985.

¹¹⁸ Revista *Hoy*, 11 al 17 de noviembre de 1985.

¹¹⁹ Declaraciones de Alberto Espina, presidente de la Juventud de Unión Nacional (*El Mercurio*, 3 de noviembre de 1985).

recuperar la dignidad de la universidad. Todo ello, además de los errores cometidos con detenciones y relegaciones sin sentido que sólo han agravado al estudiantado».¹²⁰ Pero el avance comunista se asociaba además con el hecho de la división opositora y del exitoso diseño comunicacional que informaba no de un desacuerdo entre los opositores sino de una «exclusión» de la izquierda: en ese escenario, el MDP había conseguido polarizar en su favor toda la contienda electoral, liquidando de paso la opción del Bloque Socialista. Probablemente, una lista unitaria semejante a la de 1984 habría dado una cómoda primera mayoría relativa al candidato de la Democracia Cristiana, seguido por una fuerte votación de Rovira y manteniendo su rendimiento el Bloque Socialista. Paradojalmente, el éxito del discurso unitario del MDP tenía como presupuesto un escenario de dispersión opositora, incluso de exacerbación del conflicto por parte del propio MDP, satanizando la persona de Burotto. Miradas así las cosas, cabría sostener que más fácil le habría resultado a la DCU dejar pasar los desacuerdos con la izquierda y mantener una plataforma de subsistencia de la FECH donde podría coincidir sin dificultad con el conjunto de la oposición: pero precisamente, la tesis triunfante en la DCU pedía definiciones y, eventualmente, que los desacuerdos fueran zanjados democráticamente por los estudiantes. Hasta el día de hoy es discutida entre los actores de la época la pertinencia de colocar un asunto nacional en el centro de las definiciones de una organización social.¹²¹ Pero en la subjetividad de entonces, con la FECH transformada en una referencia

¹²⁰ Declaración del FU, *El Mercurio*, 3 de noviembre de 1985. La alusión a detenciones y relegaciones se debe a que eran hechos habituales en esas semanas. Más aún, luego de estas declaraciones, el día 6 de noviembre, 350 estudiantes de Ingeniería fueron detenidos al interior de la facultad por carabineros, lo que originó una airada irrupción de las directivas de la FECH y del CEI en la sesión del Consejo Universitario, en la Casa Central de la universidad, el día 7: esa fue la única ocasión en que el rector Soto se reunió personalmente con los dirigentes estudiantiles durante 1985 (*El Mercurio*, 8 de noviembre de 1985; entrevista a Yerko Ljubetic, enero de 1997; entrevista a Germán Quintana, 19 de octubre de 1996).

¹²¹ Cuestión para nada nueva en la FECH. Aunque parezca increíble, durante la Unidad Popular en 1972, en momentos de máxima exacerbación del conflicto entre gobierno y oposición, dentro y fuera de la Universidad de Chile, la DCU se negó a formar para la FECH una lista con la derecha representada por el Partido Nacional, argumentando la indefinición de los jóvenes de la JN respecto del conflicto de Vietnam (!) y del Movimiento Patria y Libertad (véase revistas *Ercilla* y *Qué Pasa*, julio de 1972). En 1969, por su parte, la izquierda concordó por primera vez una lista de comunistas y socialistas, lo que le permitió acceder a la presidencia con Alejandro Rojas luego de más de una década de directivas democratacristianas. El acuerdo de la lista de izquierda (PC, PS y MAPU) mereció el titular principal del diario *El Siglo* del

importantísima para todos los análisis políticos y contando además con la directa y afectuosa enemistad del régimen, las definiciones universitarias siempre tenían alcances políticos nacionales, tanto para la directiva saliente —según la cual, la unidad en la FECH marcaba el camino a seguir a la oposición y le reclamaba un esfuerzo en esa dirección, como se manifestó en el episodio de *las manos limpias*—, como para la tesis triunfante en la DCU, de apoyar una iniciativa proveniente desde fuera de la universidad. Aunque resistida durante la campaña, la tesis del *imperativo nacional* de ninguna manera puede ser considerada como un acto de alienación política de sus impulsores. Por el contrario, más allá de la posibilidad de discrepar de ella, la tesis del *imperativo nacional* es fruto coherente con el momento político que vivía el país, con la percepción que se tenía acerca de la importancia del movimiento estudiantil y con la necesidad de zanjar las diferencias prácticas y políticas que dentro de la propia oposición se habían manifestado durante el año, que no eran menores. Pero una vez aceptada la admisibilidad de una tesis como la del *imperativo nacional*, había que evaluar honestamente sus resultados: concebida como una manera de señalar al país caminos de salida desde la dictadura hacia la democracia; como una manera de presionar socialmente a los comunistas a objeto de obtener de ellos una rectificación de su estrategia; y sometida a la decisión democrática de los estudiantes, sus logros eran modestos. Apenas un tercio de los votantes respaldó la amplia invitación de la DCU y sometido el desacuerdo a la voluntad estudiantil en las urnas, apenas 73 votos daban la mayoría relativa a esta propuesta: ¿cabía considerarla rechazada por el estudiantado?, ¿había que concluir que era la DCU la que había recibido una presión social a objeto que rectificara su proposición?

15 de noviembre de 1969: «La Izquierda Unida dará la batalla por la FECH», indicando que el acuerdo electoral había sido alcanzado por la siguiente conspicua comisión negociadora: Orlando Millas y Bernardo Araya (Partido Comunista); Jaime Suárez y Homero Julio (Partido Socialista); Rafael Agustín Gumucio y Alberto Jerez (MAPU). De hecho, el triunfo de la izquierda en la FECH de 1969 es un antecedente importante en la estrategia comunista de constituir una alianza política como la que terminó siendo la Unidad Popular en las elecciones presidenciales de 1970. El diario *El Siglo* titula el 29 de noviembre de 1969 «Triunfo en la FECH, un gran aporte a la Unidad Popular». El propio Alejandro Rojas ofreció su triunfo a la clase obrera y al XIV Congreso del Partido Comunista, que se celebraba en esas fechas, en el que el PC ratificó su posición en favor de la Unidad Popular, contra el sentir —en esos momentos— del Partido Socialista, dubitativo frente a la fórmula (*El Siglo*, 28 de noviembre de 1969). No por nada, un año más tarde, el propio Salvador Allende escogió la sede de la FECH para dirigir un mensaje a sus partidarios la noche del 4 de septiembre de 1970, tras conocerse su primera mayoría relativa en la elección presidencial (entrevista a José Manuel Alcoholado, 8 de octubre de 1996).

Las elecciones de la FECH demostraron no ser el escenario adecuado para canonizar el Acuerdo Nacional, el que de hecho, naufragaba en un mar de contradicciones por causas intrínsecas —graves desacuerdos entre sus firmantes—, para estar formalmente fracasado en enero de 1986 cuando los grupos de derecha firmantes del documento lo declararon unilateralmente «congelado» recuperando con ello su libertad de acción. Los platos rotos, sin embargo, se pagaron en la Universidad de Chile.¹²²

La modificación del estatuto se había realizado, finalmente, de manera irreprochable desde el punto de vista formal: al renunciar a la segunda vuelta el MDP, el estatuto no contemplaba una norma expresa acerca de cómo proceder, y el TRICEL estimó que correspondía proclamar electa a la lista DC-SD. La posterior reforma del estatuto por la casi unanimidad del órgano competente para ello, disponía ciertamente para el futuro, pero con la evidente intención de resolver la situación recién creada, lo que menoscababa la legitimidad de la federación y ponía un signo de interrogación sobre la viabilidad de la nueva directiva, integrada al modo de un matrimonio por conveniencia entre los feroces antagonistas de la campaña previa. Las desconfianzas sembradas durante 1985, ¿retrocederían o recrudecerían durante 1986? Mientras tanto, en espera de una respuesta, quedaban sonando las melancólicas conclusiones de Mauricio Tolosa, candidato derrotado del Bloque Socialista, tras una campaña preñada de odiosidades y sectarismos: «El problema, en el fondo, es que no se rompió la unidad, sino que no se logró construir. (...) El problema no es Burotto ni el MDP. Si estamos buscando culpables entre nosotros estamos perdidos. Pareciera que la gente no está preparada para vivir en un momento democrático».¹²³

¹²² Naturalmente, a la luz de cómo se produjo la transición a la democracia tras el posterior fracaso tanto de la movilización social como de la vía insurreccional en 1986, a posteriori se ha considerado al Acuerdo Nacional como el primer hito de la transición chilena a la democracia. Pero ello deja en pie la pregunta acerca de si la transición chilena fue o no exitosa: hay, por de pronto, exigencias que el Acuerdo Nacional estimaba «inmediatas» y que tardaron más de veinte años en llegar a hacerse realidad (por ejemplo, Congreso Nacional íntegramente elegido por el pueblo). Para efectos de esta investigación, de todos modos, en su momento se trató de un esfuerzo frustrado. Sobre este punto de vista, véase, por ejemplo, entrevista a Radomiro Tomic, revista *Análisis*, 25 de febrero al 3 de marzo de 1986.

¹²³ *El Mercurio*, 20 y 29 de octubre de 1985.

PÁGINAS ASTRONÓMICAS: DEL COMETA AL ECLIPSE TOTAL

1985 no había tenido un buen final, ni en la FECH ni en el país. El portazo del gobierno militar al Acuerdo Nacional y la embarazosa integración de quienes habían protagonizado un empate catastrófico en las elecciones en la Universidad de Chile, tendrían que haber desmoralizado a más de alguno. No obstante, 1986 se anunciaba con grandes bríos de parte de quienes sustentaban la demanda democrática. Después de todo, y pese a ciertos signos de reflujo y estancamiento, el trienio comenzado en 1983 mostraba significativos progresos desde el punto de vista de la rearticulación de la sociedad civil en su esfuerzo de recuperar sus libertades fundamentales y cambiar el tipo de régimen imperante. Eran numerosos y diversos los sectores sociales que se habían reorganizado, y en todos ellos los grupos de oposición al gobierno acreditaban periódicamente su condición mayoritaria. Incluso sectores que habían sido refractarios a la Unidad Popular comenzaban a mostrar su disidencia en voz alta. Por su parte, el propio régimen evidenciaba síntomas de descoordinación y descomposición. Entre enero y marzo de ese año, diversos personeros derechistas manifestaron la necesidad y conveniencia de introducir reformas a la Constitución, cuestión que culminó con declaraciones del mismísimo Almirante Merino, presidente de la Junta de Gobierno, expresando que era «del todo necesario» realizar algunas modificaciones a la Carta, contra la conocida opinión en contrario de la cabeza del gobierno.¹²⁴

El contexto internacional no se presentaba mejor para Pinochet. Ese verano, fueron derrocados dos ilustres dictadores: Duvallier en Haití, y Marcos en Filipinas, a causa de sendos movimientos populares. En otro plano, el gobierno norteamericano de Ronald Reagan estaba decidido a promover una transición a la democracia en Chile, ofreciéndole una salida moderada al propio Pinochet. De ello era testimonio la presencia en Chile de un nuevo embajador, Harry Barnes, cuyos públicos coqueteos con los sectores de oposición exacerbaban la irritabilidad del gobierno militar.¹²⁵

En el nivel político interno, los opositores —no obstante las serias diferencias entre el centro político y el MDP—, buscaban coordinar sus acciones. Acontecía que, en la evaluación de unos y otros, el año 1986 era estimado como aquél en que existía la suficiente fuerza social capaz de enfrentar al régimen y provocar una alteración del proceso político en

¹²⁴ Ascanio Cavallo, Manuel Salazar y Oscar Sepúlveda, *La historia oculta del régimen militar*, op. cit., pág. 495.

¹²⁵ Rafael Otano, *Crónica de la Transición*, Santiago, Planeta, 1995, págs. 27-37.

favor de un pronto retorno a la democracia, considerando además que la oferta de negociación política ya había sido desechada por el gobernante. A fines de 1985, en una gran concentración pública convocada por la Alianza Democrática, Gabriel Valdés había formulado un llamado a todos los chilenos a una «gran cruzada nacional para votar». El MDP respondía a esta convocatoria propiciando el establecimiento de un plan común de movilización y luchas sociales, como asimismo de las bases de sustentación de un próximo régimen democrático. Valdés se refirió a 1986 como «el año de la movilización de toda la sociedad». Con la expresividad acostumbrada, el MDP lo definió como el «año decisivo». Y pese a los públicos desacuerdos entre el PDC y los comunistas, un comité político privado fue creado como instancia de encuentro metódico entre la Alianza Democrática y el MDP. Es que en las organizaciones sociales —y la FECH se constituía en caso paradigmático—, la DC y el PC obtenían los mayores niveles de respaldo y de responsabilidades de dirección de las mismas. Si 1986 iba a ser el año culminante del proceso de movilización social, los partidos políticos —cuyos militantes animaban las diversas organizaciones sociales—, estaban forzados a entenderse.¹²⁶

La instancia a crear, para dar curso a la presión de la sociedad civil sobre el gobierno, sería la Asamblea de la Civilidad, un comando multisectorial que reuniría a colegios profesionales, federaciones estudiantiles, asociaciones académicas, profesores, trabajadores, campesinos, pensionados, grupos indígenas, comerciantes, mujeres, pobladores y hasta algunas federaciones regionales de dueños de camiones. Pocos podían creer que, incluso, algunos de los más acérrimos enemigos del gobierno de Allende se reunían para enfrentar ahora a Pinochet. En abril se redactó la «Demanda de Chile», documento que reunía exigencias tanto socioeconómicas como políticas: «Nuestra principal reivindicación como Asamblea de la Civilidad, es la restitución de la soberanía nacional para ejercer la democracia». A diferencia del Acuerdo Nacional —una iniciativa de la élite política con una propuesta de transición pactada con el gobierno mediante reforma de la constitución vigente—, la Demanda de Chile se inscribía en un criterio de ruptura democrática mediante la movilización social.¹²⁷

Por su parte, los estudiantes mantenían una intensa agenda de actividades y alimentaban el optimismo en que el año que se iniciaba sí sería de grandes cambios. El CONFECH había programado la realización de traba-

¹²⁶ Patricio Aylwin, *El reencuentro de los demócratas. Del golpe al triunfo del NO*, Santiago, Grupo Zeta Ediciones, 1998, págs. 304-308.

¹²⁷ Revista *Análisis*, 22 al 28 de abril de 1986 y 29 de abril al 5 de mayo de 1986.

jos voluntarios en la Región de la Araucanía, y hasta allá se había desplazado más de un millar de estudiantes. Incluso, los alumnos de la Universidad Católica organizados a través de la FEUC habían sido enviados a estos trabajos con una eucaristía celebrada por el propio Vice Gran Canciller Monseñor Jorge Medina: «Muchachos, sean delicados con las muchachas. Mucho cuidado con dejarse llevar por conversaciones de doble sentido que son peligrosas. Respétense al acostarse y al levantarse». Los trabajos habían sido exitosos, pese a la hostilidad del gobierno, pero sin que hubiera que lamentar ninguna tragedia como la del año anterior. «Fueron surrealistas esos trabajos. Un helicóptero de Carabineros y la radio de (Eduardo) Díaz Herrera nos anunciaban como terroristas, y a mí me catalogaban de narcotraficante. ¡Un helicóptero volando por los cerros anunciándole esas cosas a los mapuches, mientras los estudiantes iban camino a las casas de la gente!».¹²⁸ En Concepción, un prolongado conflicto entre la comunidad universitaria y el rector delegado Guillermo Clericus, se resolvía a regreso de vacaciones en favor de la primera. En respuesta a recurrentes movilizaciones estudiantiles y académicas acontecidas el segundo semestre de 1985, el rector había procedido a sancionar a más de doscientos estudiantes —entre ellos, la directiva de la FEC—, sin respetar el debido proceso y bajo cargos inicuos, lo que provocó conmoción en toda la región. El conflicto fue llevado, mediante recurso de protección, a la Corte de Apelaciones penquista, que al cabo de algunos meses dio la razón a los universitarios contra el parecer del rector.¹²⁹

Así pues, y pese a las dificultades para ponerse de acuerdo y actuar de consuno, también entre los estudiantes existía la sensación de que sí, esta vez, podía realizarse el esfuerzo faltante para poner término al gobierno militar. Por ello, el regreso a clases se verificó con un altísimo nivel de movilización universitaria.

Humberto Burotto resume de esta manera ese retorno, desde la pers-

¹²⁸ Entrevista a Humberto Burotto, 24 de noviembre de 1996. Se prestaron servicios a más de 35 mil personas, en coordinación con la organización mapuche AD MAPU (revista *Hoy*, 3 al 9 de febrero de 1986, 10 al 16 de febrero de 1986, 24 de febrero al 2 de marzo de 1986; revista *Análisis*, 4 al 10 de febrero de 1986).

¹²⁹ Antes de iniciar los procedimientos y sanciones contra los estudiantes, Clericus había modificado el reglamento del procedimiento de sumario disciplinario, estableciendo en él una presunción de culpabilidad, es decir, la inocencia debería ser demostrada por los acusados. Los decretos de expulsión de los estudiantes estaban redactados antes que se les tomara declaración. Entre los cargos que se hacían a los estudiantes figuraba el de «tener vínculos con ex personeros de la Unidad Popular», razón por la cual se estaba expulsando a tres hijos del ex intendente UP Gilberto Grandón (revista *Apsi*, 10 al 23 de enero de 1986; revista *Hoy*, 24 al 30 de marzo de 1986).

pectiva de la FECH: «La mesa de la FECH se fija los siguientes objetivos estratégicos: 1. Política hacia las FF. AA.: Aunque no sabíamos con qué contenidos, los actores de la FECH y de la mesa coincidíamos en la necesidad de una interlocución hacia las FF. AA., que fuera más allá de demandar una menor represión frente a las manifestaciones. Se genera un discurso hacia ellas, una carta que se repartió en los cuarteles de Chile, con la CONFECH. 2. Un segundo acuerdo, refrendado por la asamblea general de delegados de base (...), asume la estrategia de aislar la intervención. Y esto empezó a tener resultados, en algunos casos conducidos por la izquierda y en otros, conducidos por nosotros (la DCU). Durante 1986, once de doce decanos fueron elegidos por académicos. Hubo facultades que se democratizaron completas, desde los departamentos hasta el decanato. (...) La estrategia de aislar la intervención tuvo un avance impresionante, pero absolutamente dinamizada por el conflicto nacional, la movilización estudiantil y la coordinación con la Asociación de Académicos. Con ellos, (Jaime) Lavados y (Patricio) Basso, nos reuníamos quincenalmente en el CPU, a veces trabajando incluso con los funcionarios. (...) 3. Una tercera línea de trabajo fue la del Imperativo Nacional, específicamente la multigremial, que tomó la forma de la Asamblea de la Civilidad. El diseño de la Asamblea se debe a Patricio Basso, yo colaboré en eso. Luego se le solicitó al doctor Juan Luis González, presidente del Colegio Médico, que la encabezara. El diálogo entre las organizaciones sociales que dieron origen a la asamblea, lo inició la FECH. Recuerdo el asombro de Rovira cuando le digo que la multigremial va, y llega a la sede de la FECH Elías Brugere, presidente del comercio detallista, que había botado a Allende. Rovira no podía creer que Elías Brugere estuviera por la multigremial. Además, había un sector de camioneros que presidía un DC, pero después se sumó hasta Vilarín».¹³⁰

Algunos aspectos vale la pena reseñarlos con más detalle. En el mes de abril, la CONFECH resolvió un programa de paralizaciones universitarias nacionales con el propósito de poner fin a la intervención militar en las universidades. El primero de estos paros, de 48 horas, debía realizarse el 16 y 17 de abril. A éste, debería seguir una sucesión de paros nacionales prolongados: de las universidades, de todos los estudiantes del sistema de educación, y finalmente, un paro nacional, propuesta de la CONFECH al conjunto de los sectores sociales, tentativamente a mediados de junio.¹³¹

Por su parte, los restantes estamentos universitarios también realizaban sus propias acciones. La Asociación de Académicos, ya en julio de 1985 había consultado mediante plebiscito la opinión de los profesores respec-

¹³⁰ Entrevista a Humberto Burotto, 24 de noviembre de 1996.

¹³¹ Revista *Hoy*, 21 al 27 de abril de 1986.

to del plan de institucionalización de rectoría: casi el 70% del universo consultado estimaba debía suspenderse dicha institucionalización, y pedía que fueran los propios académicos los que tuvieran participación en las definiciones de políticas y en los nombramientos de autoridades del plantel.¹³² En cualquier caso, la demostración más contundente del estado de ánimo de toda la universidad, se verificó en un plebiscito triestamental efectuado en mayo de 1986. Fiel al propósito de terminar la intervención, se sometía a votación la siguiente exigencia: «La inmediata renuncia del rector delegado y la asunción del gobierno central de la universidad por el consejo de decanos elegidos». Los resultados eran concluyentes: 2.438 académicos, de un total de 4.500; 12.030 estudiantes de un total de 22.103,¹³³ y 1.729 funcionarios sobre un universo de tres mil, votaban favorablemente la exigencia planteada.¹³⁴

Qué había ocurrido con el gobierno, mientras tanto... En su interior, se desarrollaba una tensa pugna, que tenía entre sus protagonistas centrales al propio rector de la Universidad de Chile. Durante el mes de marzo, la revista *Cauce* dio a conocer un documento secreto del Ministerio de Interior. Con fecha 22 de noviembre de 1985, se verificó en la sala de reuniones de ese ministerio en el Palacio de la Moneda, un encuentro presidido por el Ministro de Educación, Sergio Gaete, y al que asistieron, entre otros, los ministros de Relaciones Exteriores, de Justicia, el subsecretario del Interior, el Jefe de Zona en Estado de Emergencia, el Jefe de Estado Mayor de la Defensa Nacional; el Jefe de la Dirección de Orden y Seguridad de Carabineros; el Director General de Investigaciones; un coronel perteneciente a la CNI, y la mayor parte del Consejo de Rectores de las universidades del país. El tema de la reunión era preparar a las autoridades universitarias para un año en que se pronosticaba una escalada de desestabilización por parte de estudiantes y académicos adversos al gobierno. Entre algunas de las conclusiones de la reunión, estaba la de aprovechar el verano para limpiar cuadros académicos, exonerando a los que, en lugar de reprimir las manifestaciones violentistas, solidarizaban con los estudiantes; en lo sucesivo, coordinar la labor de carabineros con las autoridades universitarias, a fin que los ingresos de carabineros contarán con la anuencia de los rectores («debe evitarse cualquier tipo de críticas contra la fuerza pública, especialmente cuando ésta ha sido atacada, injuriada, provocada y obligada a actuar por los violentistas»); «la limpieza

¹³² Revista *Hoy*, 22 al 28 de julio de 1985.

¹³³ Incluyendo Pedagógico e IPS. En este caso, se consultó además la opinión de los estudiantes respecto de la reincorporación de ambos planteles a la Universidad de Chile.

¹³⁴ Revista *Hoy*, 19 a 25 de mayo de 1986.

académica debe llevarse a cabo, pero con prudencia. No es posible mantener en las universidades a elementos que son enemigos declarados del gobierno. Deben ser despedidos y luego la universidad afrontar con sus medios todos los recursos que se puedan interponer contra estas medidas»; las federaciones estudiantiles no debían ser reconocidas por los rectores. Durante la reunión, algunos rectores lamentaron situaciones en las que se sentían desautorizados. Clericus se negaba a tratar con la FEC, pero luego los dirigentes de ésta eran recibidos por el Intendente Regional y el Jefe de Zona de Carabineros de la región. Otros rectores pedían más herramientas legales. Los antiguos decretos leyes núm. 111 y núm. 139, que permitían a las autoridades exonerar académicos y estudiantes sin mayores trámites, habían sido reformados, y «dos tentativas de modificar esta situación, sugiriendo disposiciones más drásticas, encontraron la oposición de la Junta de Gobierno, que ha rechazado sistemáticamente estas proposiciones». Significativamente, terminaba el acta de la reunión sugiriendo al Ministro Gaete «que cite a los rectores que se retiraron prematuramente de la reunión (generales Soto, U. de Chile, y Gualda, USACH), para que conozcan las instrucciones (sic) antes enunciadas». El acta de la reunión fue remitida, además, a la Dirección de Orden y Seguridad de Carabineros y a todas las Jefaturas de Zonas de Inspección de las Prefecturas del país, con el siguiente oficio: «Para que se sirva tomar conocimiento e impartir instrucciones».¹³⁵ En el siguiente número, la revista *Cauce* daba cuenta de la existencia de un mecanismo de contratación de profesores en la Universidad de Chile que incluía entre sus trámites una consulta, que debía ser solicitada por el rector, a la CNI, relativa a los antecedentes de la persona que postulaba a un trabajo universitario. El director de la CNI, general Hugo Salas Wenzel, escribía al decano Camilo Quezada, de la Facultad de Ciencias, para recordarle que la consulta debía realizarse a través de rectoría —«conducto regular»—, y concluía señalando que «recibidos los antecedentes en cuestión por esa universidad, será el rector quien resolverá sobre la contratación o no (de la persona en cuestión). En caso de ser positiva, deberá realizarse bajo la directa responsabilidad de esa autoridad».¹³⁶

A juzgar por los acontecimientos, las resoluciones de aquella reunión se hicieron efectivas con toda celeridad. Aparte de los sumarios ordenados en enero por Clericus en Concepción, en la Universidad de Antofagasta, el rector Manuel Achondo, de la UDI, exoneró 31 profesores, entre ellos, algunos dirigentes de la Asociación de Académicos. En la USACH,

¹³⁵ Revista *Cauce*, 17 al 23 de marzo de 1987.

¹³⁶ Revista *Cauce*, 24 al 30 de marzo de 1986.

fueron sancionados más de 120 alumnos, y expulsada la directiva de la federación de estudiantes; en la Universidad Arturo Prat, de Iquique, se expulsó a seis alumnos y se suspendió a otros veintidós; hubo también expulsiones de estudiantes en las universidades de Tarapacá, Bío Bío y Santa María. La denuncia de revista *Cauce* agregaba que, en el caso de la USACH, se había dispuesto un cupo especial de ingreso a familiares de miembros de las FF. AA., y se había verificado la existencia de «gurkas» que tenían la calidad de alumnos regulares y que desarrollaban tareas de matonaje y represión sobre los estudiantes de oposición y periodistas.¹³⁷

Sin embargo, eso no era todo lo que el gobierno tenía dispuesto para las universidades al aproximarse el candente 1986. De hecho, ese verano, y en la propia residencia de descanso de Pinochet en Bucalemu, se había iniciado la discusión respecto del control del orden público. Específicamente, una de las tesis que se debatían era la de entregar mayores atribuciones en este terreno al Ejército, en desmedro —y contra el parecer— de Carabineros. Finalmente, el sector más duro dentro del ejecutivo impuso este punto de vista y fue creada la Unidad Fundamental Antisubversiva, UFA, compuesta por elementos del Ejército, preferentemente solteros, que dispondrían de medios propios como vehículos sin distintivos militares, y que actuarían camuflados y sin identificación.¹³⁸

El voluntarista optimismo de los opositores se alimentaba no sólo de evaluaciones de sus propias estimaciones de la fuerza social acumulada, o del paisaje de deterioro y aislamiento del régimen tanto nacional como internacionalmente, sino incluso de consideraciones cuasi esotéricas. Así, la caída de los dictadores Marcos y Duvalier guardaba sincronía con el avistamiento del cometa Halley anunciado para los primeros meses de ese año. Por tanto, si había ocurrido de ese modo con ellos, lo lógico era esperar que el principio causal así descubierto —hazañas del inductivismo ingenuo que una prudente lectura de Hume habría evitado— terminara dando su merecido a nuestro déspota local. Por ese motivo, una constelación de grupos juveniles opositores convocó para la noche del 10 de abril a observar el paso del cometa desde la Plaza Italia. Esa fue la ocasión del

¹³⁷ Revista *Apsi* 10 al 23 de enero de 1986; *Cauce*, 24 al 30 de marzo de 1986.

¹³⁸ Evidentemente, la justificación para crear la UFA excedía con mucho la cuestión de la movilización estudiantil. Se había producido, durante los primeros meses de 1986, una serie de ataques contra carabineros, incluyendo el asesinato del carabinero Miguel Vásquez y el secuestro del cabo Germán Obando, ambos responsabilidad del FPMR. También había sido asesinado el dirigente poblacional de la UDI Simón Yévenes. En la evaluación del gobierno, la capacidad de control de Carabineros sobre el orden público estaba sobrepasada (revista *Hoy*, 21 al 27 de abril de 1986; Ascanio Cavallo, «1986: El año del fusil»; Revista *Hoy*, 29 de diciembre de 1986 al 4 de enero de 1987).

debut de la UFA, que incluyó represión sobre los jóvenes con disparos al aire incluidos. La semana siguiente, se realizó el anunciado paro estudiantil de los días 16 y 17. Numerosas sedes universitarias fueron ocupadas por los estudiantes, cada una de las cuales procedió a ser objeto de un asalto armado por parte de las patrullas militares en tenida de combate y con las caras pintadas. En Medicina Norte, el asalto fue encabezado por el comandante de paracaídas, coronel José Zara, quien apenas unos días antes había ofrecido al general Pinochet sus «corvos acerados», para el propósito de proyectar al régimen y a su líder para un nuevo período de gobierno. Sólo en la Universidad de Chile, los resultados del paro arrojaban quinientos detenidos —directiva de la FECH incluida—, ingreso de militares y carabineros a las facultades de Artes, Ciencias Básicas, Economía, Ingeniería, despliegue de tanquetas, jeeps y camiones militares.¹³⁹

Parecía que las partes ya habían mostrado sus cartas. La movilización universitaria no decayó en los meses siguientes, y tampoco la represión gubernamental. Al interior del régimen, la tensión aumentó entre el fenotipo filisteo del Ministro del Educación, y el talante paradójicamente más civilizado del rector militar. Luego del paro de abril, Gaete había insinuado la posibilidad de cerrar el año académico. Soto —que, significativamente, se había retirado en forma anticipada de aquella reunión de noviembre—, discrepó del ministro estimando que era «un deber patriótico dar una salida razonable al conflicto universitario y evitar el empleo indiscriminado de la fuerza». La posición del rector era incómoda. La comunidad universitaria declaraba que «Soto hacía ingobernable la Universidad»,¹⁴⁰ y de hecho, el rector no hacía mayores esfuerzos por amistarse

¹³⁹ Ascanio Cavallo, Manuel Salazar y Oscar Sepúlveda, *La historia oculta del régimen militar*, op. cit.; Revista *Hoy*, 21 al 27 de abril de 1986. La militarización del orden público fue recurrente todo ese año, y en el primer semestre costó la vida a un estudiante de la FECH, Ronald Wood, baleado por una patrulla militar en el puente Loreto, el 20 de mayo. En esa oportunidad, el gobierno cercó militarmente el centro de Santiago, donde se desarrollaba, en el Hotel Tupahue, una Asamblea Parlamentaria Internacional por la Democracia en Chile, con participación de parlamentarios extranjeros y ex parlamentarios chilenos. En la ocasión declaró Pinochet: «Los militares siempre nos pintamos el rostro. Los que están picados son los fotógrafos». El funeral de Wood fue profanado por la acción represiva de la fuerza pública (*Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación*, op. cit., vol. II, pág. 453).

¹⁴⁰ Y sin embargo, el propio rector intentó, en febrero de ese año, persuadir a Pinochet de la conveniencia de permitir elecciones en departamentos y decanatos, cuestión que finalmente se verificó mediante procedimientos ad hoc, tal como había ocurrido en 1985 en casos como Medicina e Ingeniería, con dosis diversas de movilización de la comunidad universitaria y tolerancia del rector Soto. Ascanio Cavallo, «1986: El año del fusil», op. cit.

con ella, al extremo de cerrar las puertas de la Casa Central ante la visita de los dirigentes de la Asociación de Académicos, que fueron mojados por el guanaco en la calle;¹⁴¹ mientras que, en el otro lado, era desautorizado por las actuaciones del ministro Gaete y de la propia UFA. El mismo Soto había criticado el ingreso de militares a la Facultad de Artes en abril, en momentos en que no se registraban incidentes: ¿quién, entonces, daba las órdenes de ingreso a los militares? Una vez más, se hicieron insistentes las versiones de una pronta renuncia del rector, que en esta ocasión tampoco se verificó.¹⁴² ¿Cuál era la estrategia de Soto, si es que tenía alguna? Aparentemente, abrigaba esperanzas en que el proceso de normalización institucional, a medias promovido, a medias tolerado por él, le proporcionara un Consejo Universitario con decanos cercanos a su punto de vista. De hecho, en los procesos eleccionarios dentro de las facultades, algunos decanos elegidos por los académicos y ratificados por el rector podían considerársele afines. Más aún, no eran pocos los decanos que, primitivamente designados por Soto, habían sido elegidos para un nuevo período por sus pares: Gastón Etcheverry en Arquitectura, Hugo González en Veterinaria y Hugo Zunino en Ciencias Químicas y Farmacéuticas, por nombrar algunos. Por su parte, el flamante decano electo de Ciencias Agrarias, Antonio Lizama, declaraba que «en la Universidad de Chile existe ahora un sistema bastante democrático en relación a su quehacer. (...) Yo tengo plena libertad de hablar en el Consejo Universitario de las materias que estime conveniente. Veo un proceso de cambios».¹⁴³ ¿Cabía esperar la conformación de un grupo «sotista», si cabe la expresión, dentro del Consejo Universitario, pero al mismo tiempo sujeto al control democrático de la comunidad académica de las respectivas facultades, organizada y mayoritariamente contraria a rectoría? A fin de cuentas, la contradicción fundamental era entre comunidad académica, en este caso, y gobierno. ¿En qué lugar se colocaría rectoría? La respuesta, en todo caso, todavía tendría que esperar otro año, y mientras tanto, el apoyo al rector por parte de un grupo de decanos sería tenue y de poca incidencia práctica.

En lo que a los estudiantes respecta, si bien parecía mayor la unidad de propósitos, no dejaban de evidenciarse tensiones entre las dos grandes

¹⁴¹ Revista *Hoy*, 28 de abril a 4 de mayo de 1986. Posteriormente, los profesores fueron detenidos por carabineros. Aunque se supo de gestiones del rector para obtener la libertad de los mismos, este tipo de incidentes dejaba a las autoridades universitarias sin ningún tipo de respaldo en la comunidad. Esa misma semana, la FECH había visitado la Casa Central con los mismos resultados: puertas cerradas, guanaco y detenciones.

¹⁴² Revista *Hoy*, 28 de abril al 4 de mayo de 1986.

¹⁴³ *La Tercera de la Hora*, 13 de julio de 1986.

fuerzas que integraban la directiva, como asimismo entre la racionalidad de los dirigentes a nivel más macro dentro del movimiento universitario, y las heterogéneas realidades locales entre universidades y al interior de éstas. En alguna medida, comunistas y demócratacristianos advertían perfectamente que se encontraban en la necesidad de entenderse, pero al mismo tiempo tenían claridad en cuanto a que competían entre sí respecto del tipo de salida que sobrevendría en la hipótesis de un término de la dictadura. De esta forma, la movilización estudiantil del primer semestre estaba claramente orientada en contra de la intervención militar y en favor de una normalización de la estructura académica, cuestión en que se habían obtenido logros de importancia con elecciones departamentales y de decano en la mayoría de las facultades. Sin embargo, la puesta en práctica de esta plataforma no era del todo consistente. En algunos casos, los estudiantes contribuían concertadamente con los académicos en el logro de mayores espacios de autonomía universitaria: tal era la experiencia de Medicina e Ingeniería en 1985, y lo fue en otras facultades como Agronomía y Derecho en 1986. Aunque los estudiantes gatillaran procesos, su ulterior estrategia se orientaba a fortalecer el papel de los académicos. En otras carreras, en cambio, la movilización estudiantil consideraba menos la concertación con académicos, expresaba un punto de vista más principista en contra de toda autoridad existente, y obtenía resultados de eficacia dudosa. Tales fueron los casos del Pedagógico y Filosofía. En el primero, con ocasión del paro del 16 y 17 de abril, un grupo de estudiantes se dirigió a la rectoría a solicitar un pronunciamiento del rector, Alvaro Arriagada, respecto de la intervención. Éste se manifestó contrario a la misma, ante lo cual la asamblea de estudiantes que lo rodeaba lo obligó a estampar su renuncia manuscrita en una hoja de cuaderno. Aunque el gobierno confirmó a Arriagada en el cargo luego de este vejamen, sólo unos meses más tarde éste renunció y fue reemplazado por Héctor Herrera Cajas, designado por el régimen, académico de extrema derecha y que sería un inquebrantable adversario de las organizaciones estudiantiles y de la FECH en particular. La movilización estudiantil, en este caso, había terminado siendo contraproducente: la rectoría de Herrera Cajas marca quizás el punto en que la demanda de reintegro del Pedagógico a la Universidad de Chile se vuelve completa y definitivamente inviable. En filosofía, por su parte, en la misma fecha, el decano Fernando Valenzuela fue emplazado en iguales términos. Valenzuela se limitó a romper el documento entregado por los jóvenes en que se lo conminaba a renunciar, lo cual motivó a los estudiantes a sacarlo de la facultad por cuanto lo desconocían como autoridad. Valenzuela fue confirmado por Soto en su cargo, y un año más tarde tendría una destacada participación en la resis-

tencia al rector Federici.¹⁴⁴ Burotto evalúa el primer semestre de la siguiente manera: «Se integra la FECH, en una relación anor-adio, pero como los comunistas son tipos muy lógicos, muy realistas, y entendían que el acuerdo (de integración de listas) era anómalo y que había que mantener la organización estudiantil, la primera parte del período mantenemos una integración del trabajo realmente brutal». Aún así, flotaba en el ambiente una sensación generalizada en cuanto a que la dirección de la FECH se la disputaban Burotto y Rovira, mientras que las realidades locales mostraban toda variedad de situaciones. «Teníamos problemas brutales, porque a veces la izquierda trataba de botar decanos que valía la pena mantener, como fue el caso de Valenzuela en Filosofía, quien había sido elegido por sus pares luego que habían botado a un decano anterior».¹⁴⁵ A nivel de centros de alumnos, se habían reconstituido directivas que representaban la unidad de la oposición al régimen, en casos como Medicina Norte (presidida por un comunista), Ingeniería y Derecho (presididas por demócratacristianos), pero eso *per se* no garantizaba relaciones armónicas entre los distintos sectores, ni entre las directivas y el estudiantado en general. Otras facultades vivían en mundos completamente singulares: «Así, por ejemplo, en Ciencias Químicas, donde era presidente Manuel Pinto, estaban haciendo una verdadera reforma universitaria, y estaban dispuestos a parar hasta que se fuera Pinochet, una cosa loca. Como secretario de la CONFECH, me toca ir a Concepción donde me dicen que Sergio Micco necesita respaldo porque está la escoba. Allá, Sergio me lleva a su casa y me muestra unos videos con unas marchas de tres mil estudiantes que duraban todas las semanas. Y Micco me muestra el momento en que mete las patas, al decirle a la multitud que “la dignidad no se transa”, frase que queda como consigna por tres meses para echar a Clericus. Pero resulta que empieza a acercarse la fecha de los exámenes finales, y Micco llama a plebiscito para decidir si dar o no exámenes, y desde la DCU hasta los comunistas andaban rayando: “Miccochet: la dignidad no se transa, se negocia”. Me fui con David Escanilla para que él se hiciera cargo de disciplinar a los comunistas, y yo hacía lo mismo con la DCU, buscando apoyo para Micco. En la DCU había algunos que me querían matar, pero lo lógico era apoyar la proposición de la federación. Se va al plebiscito, y gana la federación, obvio, ¡si todos estaban esperando la fecha para dar los exámenes! Así, los conflictos duraban distintos tiempos y morían de distintas maneras, sin una racionalidad única. Otro ejemplo es el de las negociaciones con los comunistas. A veces ocurría que los

¹⁴⁴ Revista *Análisis*, 22 al 28 de abril de 1986.

¹⁴⁵ Entrevista a Humberto Burotto, 24 de noviembre de 1986.

dirigentes de unos y otros estábamos de acuerdo en contradecir a nuestras bases, como fue el caso de Concepción, o en Química y Farmacia, donde la cuestión se le había escapado de las manos a Pinto, un tipo muy lúcido, y teníamos que ayudarlo a frenar un paro en que los estamentos estaban discutiendo el cogobierno, una verdadera isla en el mar. En cambio, en otros lados no pasaba nada. Se trataba de realidades sumamente heterogéneas. Así, por ejemplo, en la Universidad de Tarapacá la federación era mirista, estaban rodeados por cuatro regimientos y tenían toda clase de facilidades por parte de las autoridades. Por supuesto, nunca había protestas en la Universidad de Tarapacá, y los miristas se limitaban a producir cada cuarenta y cinco días una fotografía de un par de tipos encapuchados en la universidad que difundían en los medios de comunicación. Y ese era “el testimonio del MIR”. En La Serena dirigían los comunistas, y los tipos de la DCU eran muy puntudos. Yo fui a coordinar con los dirigentes de la federación el apoyo a la plataforma gremial del paro, y resultaba después que los comunistas eran sobrepasados por los DC, que politizaban el conflicto y pasaban a conducirlo. De manera que se trataba de cuestiones muy relativas, en que hasta por el carácter de un dirigente podían ocurrir las cuestiones más impredecibles. Es innegable que la agitación era muy fuerte en todos lados. En Tarapacá, en que los miristas parecían gremialistas de la UC, quedaron todos impresionados mirando a los DC después que yo conté cómo en Santiago sacábamos decanos, se elegían otros y tratábamos de responder al imperativo nacional. Con los comunistas del Pedagógico, Andrea Palma, por ejemplo, yo llegaba a dar instrucciones sobre cómo hacer una marcha y ellos me hacían caso. La imagen que después proyectaba la revista *Claridad* (sic) sobre que estábamos a gritos [los comunistas y los democratacristianos], respondía a cuestiones de carácter y a que, si no levantabas la voz, se sublevaban las tropas. Por eso había que desarmar barricadas de los comunistas en Medicina, y yo las desarmaba no por estar por principio en contra de ellas sino por razones de oportunidad, porque de hecho en las poblaciones yo las hacía, y de hecho me discutían dentro del PDC por las barricadas que yo hacía en la Villa Portales». ¹⁴⁶

Paralelamente, la Asamblea de la Civilidad había entregado la Demanda de Chile al gobierno, sin obtener respuesta, razón por la cual definió como fecha de un llamado a paro nacional los días 2 y 3 de julio. Con perfecta simetría, la FECH acordó la acción de mayor audacia imaginable en todos los años de intervención militar de la universidad: la toma de la Casa Central para el día 30 de junio. La tesis del *imperativo nacional*

¹⁴⁶ Entrevista a Humberto Burotto, 24 de noviembre de 1996.

culminaba el primer semestre en el más alto nivel de movilización sectorial, sitiando al rector delegado, exigiéndole el fin de la intervención gubernamental, para así encarar el segundo semestre articulados con los restantes organismos sociales en lo que se presumía sería «la madre de todas las batallas» en el propósito de terminar con el régimen.

El del 2 y 3 de julio constituía, en la previsión de sus patrocinadores, un hito determinante para el futuro político del país. El paro convocado por la Asamblea de la Civilidad ponía a prueba la capacidad de la estrategia de movilización social: había llegado el esperado momento en que las diversas demandas sectoriales, pacientemente organizadas durante años, constituyeran una sola apelación político-social al gobierno. Pero en contra de esta pretensión jugaba el tiempo. Si el paro no obtenía el éxito que se proponía, los plazos del plebiscito por la sucesión presidencial previsto en los artículos transitorios de la Constitución se tornarían ineludibles y perentorios. El régimen —particularmente Pinochet— veía la cuestión en los mismos términos. Si el gobierno podía sobrevivir al paro, el camino de la «proyección», tanto del régimen como de Pinochet, quedaría allanado. Frente a las vacilaciones de sus propios partidarios, al juicio adverso de la comunidad internacional, y a la creciente movilización de la oposición, Pinochet jugó la carta que mejor conocía: iniciar una fuga hacia adelante y disciplinar a todo el espectro de partidarios y adversarios, internos y externos, mediante el recurso de la violencia que detentaba de manera monopólica.

De hecho, el paro fue exitoso incluso en evaluaciones al interior del propio gobierno y de algunas ramas de la defensa; incorporó masivamente a sectores profesionales y capas medias, y los episodios de violencia ejercida por la población fueron menos y más acotados de lo que se había previsto.¹⁴⁷ La respuesta represiva del gobierno implicaba un saldo muy dramático: seis muertos, 50 heridos a bala, 600 detenidos. La ocupación militar de Santiago, a cargo de la UFA, dejó una huella indeleble en la memoria nacional hasta hoy: el horroroso atentado en contra de dos jóvenes, Rodrigo Rojas Denegri y Carmen Gloria Quintana —esta última, estudiante de la USACH—, quemados por una patrulla del Ejército, y el inconmensurable desprecio del gobierno por la vida humana y por la verdad, en su posterior intento de entorpecer la investigación y ocultar sus resultados, amén de profanar el funeral de Rodrigo Rojas —fallecido algunos días más tarde—, a través de la inepta intervención policial en el mismo.

¹⁴⁷ Ascanio Cavallo, «Lo que fue el 2 y 3», revista *Hoy*, 7 al 13 de julio de 1986. En esa oportunidad se registraron 50 atentados explosivos, incluyendo la demolición de doce torres de alta tensión.

En cuanto a la FECH, la toma de la Casa Central que había precedido al paro nacional había arrojado, luego de algunas horas de ocupación pacífica, un balance de 130 detenidos, incluyendo a los principales dirigentes de la directiva, y una declaración del Consejo Universitario condenando la acción y dando su respaldo al rector. La de la FECH había sido algo así como una ofrenda, anticipando el gran choque entre el gobierno y la civilidad de los días siguientes. «El 30 de junio es el día clave. La Asamblea de la Civilidad llamaba a paro el 2 y 3 de julio, y ahí nos estábamos jugando todo, incluyendo al comité político privado. (...) Ahí nos distribuimos por las ventanas y puertas y desplegamos los lienzos “Paro 2 y 3 de julio: Fin a la intervención universitaria”. Ese fue el paroxismo del imperativo nacional». ¹⁴⁸ Y de hecho, ese mes de julio continuó la movilización estudiantil hasta el frenesí: al menos medio millar de estudiantes alojaron en alguna ocasión en la 1ª Comisaría de calle Santo Domingo, convertida en ocasional pensionado universitario, fruto de la toma de la Casa Central de la Universidad de Chile (130 detenidos), de la toma de la Casa Central de la Universidad Católica por la FEUC el 16 de julio (100 detenidos); de incidentes y tomas en el Pedagógico, IPS y Servicios Centrales de la Universidad de Chile el 23 de julio (205 detenidos), y de tomas en Derecho de la Universidad de Chile, IPS y Pedagógico el 28 de julio (400 detenidos). Desparramados en sus sacos de dormir en el gimnasio al fondo del recinto, cada mañana los estudiantes capturados despertaban con el viejo lema olímpico pintado en las paredes: «Lo importante no es ganar, sino competir». ¹⁴⁹

Sin embargo, Pinochet golpeó duro y salió airoso en su propósito de reducir la capacidad de la oposición y conseguir la dispersión de sus adversarios. Los máximos dirigentes de la multigremial opositora fueron objeto de un requerimiento por parte del gobierno, y permanecieron detenidos por seis semanas. La asamblea, que había evidenciado signos de haber quedado exhausta luego del paro —manifestando que era momento que los partidos políticos asumieran las próximas acciones—, ahora se encontraba descabezada. El equipo de reemplazo constituido al efecto, encabezado por el doctor Ricardo Vacarezza, entró en una fase meditabunda y quieta, evaluando el pavor que la violencia inoculaba en la población, con un efecto desmovilizador evidente, avizorando que los plazos se angostaban y que ya casi no había más remedio que entrar en el escenario dispuesto en la Constitución. Se impusieron restricciones a la prensa, y, como guinda de la torta, Pinochet, el 16 de julio, anunció su propósito

¹⁴⁸ Entrevista a Humberto Burotto, 24 de noviembre de 1996.

¹⁴⁹ *La Tercera de la Hora*, ediciones del mes de julio de 1986.

para la nueva etapa, marcada de modo indeleble con el sello del próximo plebiscito. Hablando en Santa Juana, Octava región, explicó que la Constitución preveía «ocho años para normar, y otros ocho para que se aplique de manera real. (...) Nosotros no vamos a entregar el gobierno por puro gusto».¹⁵⁰ El paro había obtenido un éxito, a lo menos parcial. Con un inmenso esfuerzo, se habían logrado paralizar actividades productivas y disminuir sensiblemente la actividad cotidiana en los mayores centros urbanos. Pero no se constataba que ello trajera consigo un efecto acumulativo en favor del retorno a la democracia, y, peor aún, parecía que el gobierno estaba provisto de capacidad para absorber y neutralizar esta crisis.¹⁵¹

El tiro de gracia provino, en todo caso, de la propia oposición, o de una parte de ella, para ser estrictos. En el mes de agosto, y alertado por información satelital proporcionada por la embajada de Estados Unidos, el gobierno descubrió un operativo de internación de armamento en Carrizal Bajo, provincia de ValLENAR, a cargo del FPMR. Durante el primer semestre ya se había distribuido por el país parte de ese armamento, que se estaba empleando en una escalada de acciones de violencia desarrolladas desde el mes de marzo: asalto a la panadería Lautaro donde resultó muerto el carabinero Miguel Vásquez; asalto armado a una patrulla militar en San Eugenio y Macul; atentado contra la oficina del ex director de la DINA, Manuel Contreras, en calle Santa Lucía; asalto armado a un retén de carabineros en Bilbao Oriente; autobomba en las proximidades del Regimiento Libertadores. Una vez realizado el hallazgo por parte del gobierno, el Frente respondió con el secuestro del coronel Mario Haerberle, el 18 de agosto. Días más tarde, el gobierno encontró en lugares de acopio de armas en Santiago un importante arsenal: tres mil fusiles M-16; tres centenares de lanzacohetes; dos millones de cartuchos de diverso calibre; dos mil granadas de mano, etc.; armas de fabricación americana abandonadas en Vietnam, y otras de fabricación soviética. Ahora podían atar cabos quienes en marzo habían escuchado a Volodia Teitelboim declarar por Radio Moscú que «éste será un año de combates titánicos». El 7 de septiembre se ejecutó la Operación Siglo XX, en que el FPMR intentó asesinar a Pinochet.¹⁵² Aunque la credibilidad del gobierno era muy baja —se hizo popular referirse a la Cuesta Achupallas, sitio del atentado, como la «Cuesta Creerlo», en alusión a la posibilidad que algún opositor al régimen hubiera intentado la acción—, a los pocos días ya se

¹⁵⁰ Rafael Otano, *Crónica de la Transición*, op. cit., pág. 29.

¹⁵¹ Luis Maira, *Los tres Chile de la segunda mitad del siglo XX*, Santiago, Lom, 1998, pág. 54.

¹⁵² Ascanio Cavallo, Manuel Salazar y Oscar Sepúlveda, *La historia oculta del régimen militar*, op. cit., págs. 499-508.

tenía información de que eran el FPMR y el Partido Comunista los responsables de esta política armada. El efecto obtenido por ambas circunstancias fue desolador para el conjunto de la oposición al régimen. Con el atentado, Pinochet había hecho un estupendo negocio: logró alinear tras su persona a todos los indecisos, obtuvo un respiro ante la comunidad internacional —que veía con pánico que el caso chileno derivara a una situación de tipo centroamericana—, y contó con el pretexto indispensable para desplegar la violencia represiva en contra de la izquierda al mismo tiempo que arrinconaba a la oposición más moderada exigiéndole explicaciones por sus contubernios públicos y privados, sociales y políticos, con los comunistas. Dentro de la oposición, la ruptura del centro político con el PC fue entonces definitiva, pero sólo sería el inicio de un período de incredulidad y desánimo en que las explicaciones pedidas por Pinochet generaron un efecto dominó que rebotó incluso al interior del propio Partido Comunista: la política militar del partido —la *rebelión popular de masas*— cuya puesta en práctica fue encargada a una Comisión Militar que sólo respondía ante la Comisión Política —y que resultaba ser un misterio para la militancia común y silvestre, formada en otra tradición de lucha político-social—, y las ambiguas relaciones entre el Partido y el Frente, terminaron por estallarle en las manos al propio PC. Con el fracaso de Carrizal y de la Operación Siglo XX, se iniciaba un largo proceso en que, para usar una folclórica expresión de esos años, se desgranaría el choclo del Partido Comunista, con fugas de una parte de la militancia hacia la insurgencia, y, de otra, hacia un escenario político con estrechísimos márgenes de acción: las inscripciones electorales y el plebiscito de 1988.¹⁵³ En el otro lado del espectro, un deslavado acto cívico militar anunciado con mucha anticipación para el 9 de septiembre, se había transformado en la primera proclamación del ileso Pinochet como caudillo indiscutido para el próximo período; ese era «el primer día del futuro», refrendado por una multitud fanatizada y enteramente convencida de encontrarse ante el hombre providencial, protegido nada menos

¹⁵³ La disidencia pública al interior del PC, cosa inusual en la tradición de ese partido, comenzó apenas un mes después del atentado. El ex senador Alejandro Toro declaró en octubre de 1986: «El pueblo no está para seguir a grupos aventureros con fines mesiánicos. Nuestro pueblo es sabio: se cruza de brazos y los mira por la ventana, pero no los sigue en la aventura» (véase también Nivaldo Fabrizio Mosciatti, «Pugna en el PC», revista *Apsi*, 18 al 24 de mayo de 1987; entrevista a María Maluenda, «El PC ha cometido errores», revista *Apsi*, 18 al 24 de mayo de 1987; entrevista a José Sanfuentes, «En el PC no hay dos sectores», revista *Apsi*, 25 al 31 de mayo de 1987; Ascanio Cavallo, *La historia oculta de la Transición*, Capítulo 10, «Los comandantes y la fase D», revista *Hoy*, 30 de marzo al 5 de abril de 1998).

que por la Virgen en medio del infierno en que perdieron la vida cinco de sus escoltas. Probablemente fue en esos días en que se decidió la suerte política del país para un largo período. Como refiere Otano, «cuando a las 18:44 horas de aquel anochecer del domingo 7 de septiembre se hizo el silencio de las balas y los bombazos, se abría un nuevo capítulo. Había reventado, hecha una inútil realidad, la fantasía magnicida de miles de chilenos: si antes se exigía cambiar las reglas del juego, ahora se aceptaba la cancha rayada por la Constitución del 80, con toda su ilegitimidad a cuestas. El dilema dictadura o democracia se transformaba en el de continuación del régimen o transición. Esta iba a ser la modesta y molesta batalla».¹⁵⁴

¹⁵⁴ Rafael Otano, *Crónica de la Transición*, op. cit., pág. 37.

¿Ganamos o perdimos? Cambios de paradigma

Previo al atentado a Pinochet, el 4 de septiembre la Asamblea de la Civi- lidad había convocado a una jornada nacional por la paz y la justicia, de un impacto francamente reducido, comparado con el paro de julio. En el caso de la CONFECH, se realizó la entrega de una carta a los reclutas del Ejército en sus cuarteles, acción difundida incluso en el canal de televi- sión de la Universidad Católica de Chile. La directiva de la FECH, que había sido objeto de varias detenciones durante el año,¹ procedió a es- conderse luego del día 4 por temor a un requerimiento, y tras el atentado a Pinochet, tanto Burotto como Rovira —así como muchos otros diri- gentes sociales y políticos de oposición— fueron objeto de seguimientos y amenazas, y debieron permanecer clandestinos varios días. De modo entonces que, al momento de decretarse el Estado de Sitio como conse- cuencia del atentado, la FECH se encontraba de facto descabezada y con un conflicto político mayor en su interior.

La evaluación de Rovira del papel de los comunistas en la tesis del año decisivo sostiene que «se cometieron errores en la aplicación de estrate- gias. En nuestra lectura, nosotros estábamos preparando el año decisivo, por lo tanto, todos los que no estuvieran de este lado eran enemigos. Y en ese predicamento se hicieron cosas atroces, como echar decanos a los que no había que echar o, al menos, que no había para qué echar en la forma en que se lo hizo, en una perspectiva más de futuro. Lo que pasa es que se estaba actuando con la inmediatez absoluta de que ese era el año decisivo

¹ Como era usual, aunque en las diversas acciones fueran detenidos en forma con- junta numerosos dirigentes, el gobierno insistía en requerir judicialmente sólo a Gon- zalo Rovira. Luego de la toma de la Casa Central, Rovira permaneció como único detenido, invocándose en su contra el haber infringido la Ley de Seguridad Interior del Estado. En esa ocasión, la rectoría incurrió en un grueso gazapo al afirmar que Rovira no era alumno regular de la universidad. Al día siguiente a esta afirmación, la directiva de la FECH acreditó que Rovira se encontraba al día en el pago de sus aranceles mensuales hasta el mes de julio inclusive, exhibiendo las boletas correspon- dientes (véase *La Tercera de la Hora*, 24 y 25 de julio de 1986).

y no el año siguiente. Por ejemplo, cuando estás en una guerra y te dicen que el desembarco es el día D y no el E, o el F o el que venga después, entonces tú te preocupas de neutralizar a todos los que sea posible antes del día D, porque los que estén activos en tu contra el día D, van a seguir así los días siguientes. Así es la guerra. Nosotros estábamos actuando con una política bastante clara y de hecho fue la política de los comunistas la que se aplicó en las facultades, sacando decanos, agudizando conflictos, generando una situación caótica. (...) El atentado (a Pinochet) fue una cosa muy impresionante para nosotros mismos dentro del PC (...) Desde luego, la realización del atentado no la conocíamos hasta que se efectuó. (...) Yo estaba seguro que el atentado había sido nuestro, era una opción enteramente válida. (...) Cuando el atentado ocurre, para todos, incluyendo los dirigentes demócratacristianos, la sensación que queda es la de decir “¡qué lástima, fallaron!”. Y en el fondo era una lástima, lo que nos iban a decir (las restantes fuerzas de oposición) a los comunistas era del tono “los vamos a tener que hacer pedazos, así es la vida, vamos a un acuerdo nacional sin ustedes, qué se le va a hacer”. (...) El atentado ordena todo en general, y el PDC por fin puede decir “estamos acá”, dejar la política de naufragio que estaba practicando y seguir una carta de navegación. Nosotros rápidamente entendemos eso y comenzamos a actuar en consonancia dentro de la Universidad de Chile, a tratar de ordenar el naípe ahí, procurando impedir que el movimiento estudiantil se desarticulara frente a una situación que la gente rápidamente iba a asociar a una derrota, porque en ese momento ya había una derrota, estábamos en bajada. Situación además peligrosa, porque en ese momento de baja se podía desatar una represión muy fuerte. En sentido estricto, nos jugábamos el pellejo tratando que la gente no se desactivara, que no se desanimara».²

Efectivamente, el atentado terminó de aclarar las cosas para el PDC, y, más vale tarde que nunca dice el refrán, acabó por dar razón al menos en

² Entrevista a Gonzalo Rovira, 24 de junio de 1997. En cuanto a los riesgos de la represión contra los estudiantes, corresponde recordar aquí la dolorosa muerte del dirigente estudiantil demócratacristiano de la FEUSACH, Mario Martínez, los primeros días de agosto de 1986. En momentos en que se encontraba desarrollando una investigación relacionada con los grupos de vigilancia y represión de la disidencia existentes al interior de la USACH, Mario Martínez fue encontrado muerto en la playa de Santo Domingo luego de algunos días sin noticias acerca de su paradero. Su caso figura entre las víctimas de agentes del Estado, o de particulares actuando a su servicio, en las conclusiones de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación y de la Corporación Nacional de Reparación y Reconciliación. Véase *Nunca más en Chile. Síntesis corregida y actualizada del Informe Rettig*, Comisión Chilena de Derechos Humanos, Santiago, Fundación Ideas-Lom, 1999, p. 155.

esto a la tesis de Burotto en 1985, en cuanto a la necesidad de acordar con claridad sólo una vía para enfrentar al régimen y, en caso contrario, romper con el PC. La política comunista de jugar a dos bandas terminó siendo por completo contraproducente, y el balance, nefasto: tanto la movilización social pacífica como la rebelión popular de masas estaban ahora en bancarota. Recuerda Burotto que, luego del atentado, «me mantuve escondido como diez días, y me hago presente en la Escuela de Derecho para algo importante, porque en esos diez días ya sabíamos cómo era la cuestión. Rovira estaba al tanto de lo que yo haría, (Gabriel) Valdés también. Llego a Derecho a la hora del recreo, me rodean montones de estudiantes y digo con todas sus letras: “Rechazamos, como FECH, el atentado del FPMR, rechazamos la política militar del Partido Comunista, en democracia vamos a reprimir el terrorismo con el apoyo del pueblo, este es el más grave atentado y la más grave traición a las fuerzas democráticas que puedan haber hecho quienes se dicen aliados de las fuerzas democráticas”. Aplauso total, los comunistas eran los más desubicados de todos. Y aquí viene la catástrofe del PC. Se me acercaban a pedirme explicaciones, y yo les decía que sobre esto no habría más discusiones, que se había acabado. Y los comunistas, o no sabían o no creían en lo que estaba su propio partido. Yo les decía: “Saca las conclusiones, tu partido te traicionó”. Luego viene un reflujo total, tras el atentado, y una verdadera carnicería contra la oposición: Estado de Sitio, Operación Albania, etcétera».³

La crisis del año decisivo venía a poner fin a la pretensión sostenida por muchos —sobre todo en la primera directiva de la FECH— de construir un referente generacional de amplitud política inédita en nuestra historia reciente, que señalara rumbos nuevos para la sociedad chilena al margen de los traumas del pasado de los políticos adultos. Aunque todavía hubo tiempo para discutir si la política militar del Partido Comunista era la causa de su aislamiento político o el efecto del mismo,⁴ de cualquier manera, en lo que al movimiento estudiantil se refería, llegaba el momento de separar definitivamente las aguas entre la Democracia Cristiana y el Partido Comunista.

³ Entrevista a Humberto Burotto, 24 de noviembre de 1996. La Operación Albania, en que la CNI dio muerte a doce miembros del FPMR, se verificó en junio de 1987. Cabe recordar que, en la noche del 7 al 8 de septiembre de 1986, horas después del atentado a Pinochet, fueron asesinados cuatro militantes de izquierda en manos de un grupo paramilitar de ultraderecha, en represalia por la muerte de los escoltas de Pinochet en la víspera.

⁴ Sobre el punto, véase Tomás Moulian, «La irracionalidad de la exclusión del PC», revista *Análisis*, 19 al 25 de agosto de 1986, y de Genaro Arriagada, «PC e infantilismo revolucionario: el espejismo de la vía violenta», revista *Hoy*, 15 al 21 de junio de 1987.

Pero todavía con esta constatación definitiva acerca de las relaciones entre los dos grandes bloques al interior del movimiento estudiantil, no estaba agotada la discusión acerca del porqué se había producido el fracaso de la oposición al régimen, ni de cuáles eran los caminos a seguir. En efecto, el camino violento de los comunistas y el año decisivo habían sufrido una derrota. Pero la vía pacífica del «imperativo nacional» tampoco había triunfado. En las universidades, el antiguo debate entre basistas y vanguardistas daría una nueva vuelta a la tuerca.

Ya en el primer semestre de 1986, comenzó a gestarse un planteamiento crítico del tipo de unidad que forzosamente se había alcanzado en la directiva de la federación, y de las tesis y prácticas políticas que la respaldaban. Como se recordará, el proceso electoral y la integración entre las candidaturas triunfantes en 1985 había dejado muchos heridos en la DCU, y de esa unidad formal se había restado, además, el Bloque Socialista tras su severo naufragio en las urnas. Ello abrió la posibilidad al inicio de una conversación entre estudiantes de ambos sectores que estaban relativamente al margen del conflicto mayor al interior de la directiva de la FECH, así como al surgimiento de fenómenos algo atípicos o descontextualizados respecto del modo predominante de actuación del movimiento estudiantil de entonces. Concretamente, los saldos del aparato de seguridad del MAPU, más algunos militantes y simpatizantes de la DCU, preferentemente ‘chascones’ y/o de la Facultad de Ingeniería, comenzaron informalmente una tertulia sin programa ni propósito específico. Quizás quien mejor caracterizaba la particularidad de este grupo era Gastón Suárez, entonces presidente del Centro de Estudiantes Ingeniería. Suárez había regresado a los estudios universitarios luego de algunos años como religioso marista; formaba parte del Movimiento Contra la Tortura Sebastián Acevedo; había obtenido un resonante triunfo en el CEI encabezando una lista unitaria de toda la oposición al régimen; mantenía una militancia bastante laxa en la DCU; había contribuido de manera importante a la formación de un grupo de no violencia activa que reunía estudiantes de la Universidad de Chile, la USACH y la UC, y en que participaban, al margen de estructuras políticas partidarias, militantes políticos junto a «gentes de cien mil raleas». En su lenguaje escaseaban las referencias políticas más trilladas, abundando, en cambio, los enrevesados trabalenguas de Humberto Maturana, que recitaba con fluidez («...son palabras sólo aquellos gestos, sonidos, conductas o posturas corporales, que participen como elementos consensuales en el fluir recursivo de coordinaciones conductuales consensuales que constituyen el lenguaje...», y otras cosas de esa laya). Estéticamente, Suárez estaba más cerca de Moisés en versión de Charlton Heston, que del Che Guevara, y su oratoria era más

bien meditabunda y susurrante que estridente. En el contexto del año decisivo —año de la patá y el combo— cabía preguntarse «¿de dónde salió este gallo?»; ¿cuáles eran las condiciones de posibilidad para un liderazgo así en un momento como ése?⁵ Otra de las participantes de esta iniciativa, Carolina Tohá, sostiene que se trataba de «un grupo antimáquina política Burotto-Rovira, esa alianza rabiosa y que decide todo en las mesas (políticas). Además, coincidíamos en un diagnóstico en orden a que se estaba debilitando el movimiento estudiantil. Las asambleas eran manejadas por gente que a través de ellas resolvía los problemas entre Burotto y Rovira, (además) se hacían llamados a acciones paralelas. Este grupo de reflexión no se armó con motivo de la próxima elección de la FECH, de hecho, Germán (Quintana) no era de ese grupo. Había mucha gente de Ingeniería y de Derecho. Pensábamos hacer una revista y teníamos la hipótesis, no sé qué tan cierta, de que había que comenzar a preocuparse más de las cuestiones universitarias, que había que tener propuestas para la universidad. El año decisivo había resultado ser decisivamente pésimo, la oposición estaba muy derrotada y radicalizada, y el Partido Comunista era el único actor que seguía siendo muy activo, pero muy pasado para la punta, de manera que desembocaba en movilizaciones poco masivas y muy violentas».⁶

Tal vez uno de los dramas del movimiento estudiantil de la Universidad de Chile, incluso ya en los años de la reforma universitaria, lo constituía la escasa presencia de grupos de derecha que hicieran de verdadero y exigente contrapunto al bloque de centro izquierda hegemónico. La derecha, sin vocación de participar en organizaciones; descomprometida con éstas; minoritaria; pusilánime frente al gobierno y la intervención militar de la universidad; acomplexada y apenas reactiva, no subía sino que bajaba la vara de las exigencias a la mayoría que gobernaba la federación.⁷

⁵ Revista *Giros Universitarios*, núm. 2, octubre de 1986; entrevista a Gastón Suárez: «La Universidad debe aportar desde su especificidad», págs. 8-10.

⁶ Entrevista a Carolina Tohá, 19 de octubre de 1996. Véase también artículo de Carolina Tohá, «Los estudiantes en crisis», en revista *Giros Universitarios*, núm. 2, octubre de 1986, págs. 6-7.

⁷ De hecho, las acciones de la derecha al margen de la federación eran inorgánicas y sin repercusiones. Tentativas de paralelismo estudiantil sólo las hubo, alentadas por la autoridad y fracasadas, en el Pedagógico, mientras que algunos estudiantes, que disentían del tipo de ingobernabilidad propiciada por las federaciones, iniciaban, a título personal, acciones judiciales para restablecer el orden en las aulas, de nuevo sin éxito. En las elecciones de federaciones estudiantiles a nivel nacional en 1985 habían votado 93 mil estudiantes, de los cuales el 82,9% apoyó posturas contrarias al gobierno militar. Véase Víctor Maldonado, *Evolución del movimiento estudiantil chileno*

Por lo tanto, el dinamismo de la FECH dependía de la capacidad de autocrítica de los propios grupos que la sostenían, autocrítica que no pocas veces se hacía en sordina o simplemente se inhibía para no dar «argumentos al enemigo» o para evitar «desmoralizar a las masas». Este riesgo de estancamiento en la organización universitaria era más dramático si se consideraba el empobrecimiento de las expresiones juveniles al interior de la universidad más allá del debate estrictamente político: la ACU había terminado en 1983 —sintomáticamente, muchos de los que habían sido comunistas de entre sus miembros, habían dejado ese partido disintiendo de la subordinación del arte a la política y, especialmente, del giro político del PC en 1980⁸—, y no existía un relevo que produjera acciones en el ámbito de la cultura y la academia. Los recursos de la FECH eran menguados como para potenciar otras iniciativas y, cada vez más, la postura de los activos políticos militantes era la de ejercer un control social tan intenso como fuera posible, copando las diversas instancias de la federación en desmedro de la participación masiva de estudiantes sin militancia política. Así, en no pocas ocasiones, y no sólo en la FECH, los dirigentes estudiantiles que luchaban contra el régimen dictatorial reproducían estilos marcadamente autoritarios. Para acentuar aún más la paradoja, la esforzada rearticulación de las organizaciones sociales en un ambiente de restricciones políticas había producido una creciente revalorización de la autonomía real de los grupos intermedios y de su pluralismo, hasta el extremo que el teólogo de la liberación Gustavo Gutiérrez se permitiría afirmar al cabo de todos esos años que «hay situaciones creadas por una dictadura que enriquecen otros momentos de la vida»: ⁹ numerosas minorías sociales —feministas, ecologistas, etnias, organizaciones económicas populares—, estaban actuando, bajo la dictadura, con una consistencia y una conciencia de sí y de su propio valor como organizaciones alternativas, de la que habían carecido en tiempos democráticos ya idos, y en la actualidad, su sojuzgamiento por los partidos políticos les resultaba sofocante. El modelo de organización reivindicativa, que había caracterizado a las organizaciones sociales durante el Estado de Compromiso has-

entre 1985 y 1987, *op. cit.*, págs. 125-126, y una jurisprudencia sobre un recurso de protección por el derecho a estudiar y para ordenar a la autoridad universitaria a hacer uso de la fuerza pública en caso de ocupaciones de recintos universitarios, *Revista de Derecho Procesal* núm. 14, Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de Chile, 1987. *Revista Cauce*, 24 al 30 de marzo de 1986.

⁸ Entrevista a Patricio Lanfranco, ex presidente de la ACU, 4 de diciembre de 1996.

⁹ Sacerdote Gustavo Gutiérrez, entrevista en *Revista Pastoral Popular*, núm. 186, marzo-abril de 1988.

ta la caída del régimen constitucional en 1973, suponía grandes organizaciones de masas que acumulaban el máximo de poder y fuerza posible para ejercer presión social sobre los poderes del Estado y así, con unidad de mando y disciplina vertical, obtener sus reivindicaciones sectoriales, mediadas de todos modos por los partidos políticos que ocupaban la titularidad del aparato estatal, en el gobierno y el congreso. La organización alternativa, por el contrario, surgida en una sociedad con partidos políticos al margen de la ley y que rivalizaba con el Estado dominado por los militares, en el contexto de una economía que marginaba a vastos sectores de la población hasta niveles críticos, era a la larga el fruto de una situación de exclusión que obligaba a los diversos grupos sociales a procesos organizativos que buscaban el autodesarrollo, el incremento del control de sus propias condiciones de vida: en otras palabras, las agudas condiciones de exclusión forzaban a los excluidos a ser progresivamente más libres, más autovalentes, a estar más lejos del asalto al palacio, más cerca de la microfísica del poder.¹⁰

Al cabo de casi dos años de haber reconstruido sus organizaciones estudiantiles, los jóvenes universitarios se encontraban ante una extraña situación creada por ellos mismos: las federaciones estudiantiles universitarias del país eran todas, sin excepción, gobernadas por «la oposición» y resistidas débilmente por «la oposición a la oposición». El modelo reivindicativo y de democracia representativa, la pedagogía de federaciones que demandaban pero no construían, amenazaba con vaciar de contenidos al movimiento estudiantil y paralizarlo. El año decisivo, a la larga, había tenido el involuntario resultado de entregar el protagonismo y la iniciativa al adversario y restaurarlo en la centralidad del imaginario y quehacer social: el presente más inmediato estaría marcado por la «proyección» del régimen y su líder hasta el año 1997, plebiscito mediante. El candente primer semestre de 1986 había quemado las energías de los estudiantes en una lucha que, mirada desde la subjetividad de la derrota, había sido inconducente. Tal como en 1973, era perceptible una cierta fatiga social ante un paisaje crecientemente anárquico. La condición humana tiene horror al vacío y, para bien o para mal, tiene inscrita un profundo anhelo de orden y estabilidad, que no pocas veces sirve de pretexto a versiones reaccionarias de organización de la vida social, incluso al precio de sacrificar algunas libertades. En el caso de la universidad, la estrate-

¹⁰ Una penetrante descripción de este dilema entre organizaciones reivindicativas y organizaciones alternativas se encuentra en Luis Razeto, *Economía popular de solidaridad*, Santiago, Área Pastoral Social de la Conferencia Episcopal de Chile, 1986, págs. 21-32.

gia de ingobernabilidad había traído consigo grandes avances en la recuperación de parámetros formales de autonomía (particularmente, en el modo de generar las autoridades a nivel de facultades), pero en la hora del enfrentamiento definitivo con el régimen, se percibía por muchos como mera agitación sin cambios sustanciales de la realidad universitaria: el gobierno se mantenía en sus trece y, de hecho, en la Universidad de Chile el año decisivo culminaría con la ratificación del rector Soto por un nuevo período de cuatro años. Entre los estudiantes, aún los que votaban por la oposición, se engrosaba la lista de los que no desdeñaban la posibilidad de terminar el año académico del modo más tranquilo posible, evitando un programa de desobediencia estudiantil que, mirado en esta nueva perspectiva, resultaba riesgoso y sin réditos. Se estaba configurando con ello un fenómeno que en los años noventa de la transición acuñaría su propio vocablo: la *desafección* de la base estudiantil respecto de su organización. Incluso inmediatamente después de la toma de la Casa Central esto se hizo visible. La movilización estudiantil en favor de los estudiantes detenidos —directiva de la FECH incluida— no tuvo masividad ni combatividad. A un acto central organizado en desagravio de la directiva en el campus Andrés Bello, «sólo acudieron 300 estudiantes, los que fueron llegando de a poco, más bien movidos por un sentimiento de deber patriótico hacia una organización que tiende a distanciarse de sus representados». ¹¹ En la ocasión, se había escuchado un patético llamado del presidente subrogante Rafael Sabat: la FECH reclamaba la solidaridad con los detenidos y pedía acciones concretas a los estudiantes. ¡Se estaba muy lejos de la mística y el ímpetu de nueve meses atrás, en la marcha de las manos limpias!¹² Brodsky ya lo había advertido un año antes: «Otro problema grave, es que a mi juicio le hemos regalado al gobierno y a la derecha algunas consignas que son nuestras, por ejemplo, la defensa de la universidad. Tú te acuerdas que el 80 nosotros defendíamos la universidad, contra los sapos, las exoneraciones, etcétera. Ahora, la derecha la defiende contra los agitadores, los violentistas y otros motes que le cuelgan al movimiento estudiantil. Eso es muy grave, porque por esa vía vamos a

¹¹ Programa lista «Fuerza de Cambio», mimeo, octubre de 1986. Véase «Comentario universitario: Universidad de Chile: Del año decisivo a la reconstrucción universitaria» en revista *Realidad universitaria*, Centro de Estudios de la Realidad Contemporánea (CERC), núm. 1, 1987, p. 5.

¹² *La Tercera de la Hora*, 11 de julio de 1986. Para agregar caos a la conducción de la FECH, a fines de ese mes de julio, desconocidos realizaron un atentado incendiario en contra del auto del fiscal sumariante en el proceso disciplinario contra los alumnos que participaron de la toma de la Casa Central, profesor Pierino Perazzo, acción delictual rechazada por Burotto. *La Tercera de la Hora*, 29 de julio de 1986.

llegar a que los rectores delegados son una garantía para que la universidad pueda funcionar. Como ves, otra vez hay aquí una enorme paradoja, pero una paradoja peligrosa». ¹³

La mayor visibilidad de este fenómeno de resignación y de creciente apatía entre los estudiantes fue entonces un asunto que comenzó a preocupar de manera preferente a la tertulia mantenida por socialistas renovados y demócratacristianos. Para todos era claro que el principal problema de la universidad era la intervención militar y que no se recuperaría la autonomía universitaria mientras hubiera dictadura. En eso, no había disenso posible al interior del movimiento estudiantil. Pero lo que emergía como nueva tesis era que nada de lo anterior se solucionaría si se carecía de un movimiento estudiantil suficientemente cohesionado y motivado, y que era improbable que un movimiento semejante se constituyera alrededor de una tesis de enfrentamiento directo con el régimen, enfrentamiento que dejaba como resultado una derrota estruendosa, tal como había ocurrido ese decisivo 1986. La tarea inmediata, por tanto, era proteger lo obtenido en términos de constitución de un movimiento universitario y proponerse la obtención de objetivos intermedios y alcanzables al interior de las universidades. En suma, un retorno a la pedagogía de la movilización social. ¹⁴

Con posterioridad al atentado a Pinochet, la única tarea en el horizonte de los líderes de la FECH era sacar adelante las elecciones para renovar directiva y consejo de vocales a pesar del Estado de Sitio, y resultó inevitable que dentro de la charla informal se planteara la posibilidad de postular una plataforma electoral. Las alternativas dentro de la DCU no eran muchas. Pese a su cohesión y consistencia teórica, el grupo 'pelado' que respaldaba a Burotto no contaba con una figura que lo sucediera y propusiera la continuidad de su tesis política. Así, el camino pareció despejado para los 'chascones' —que tampoco pasaban por un buen momento—, quienes coincidieron tempranamente en solicitar a Germán Quintana que fuera el candidato. Facilitó la aceptación de Quintana, renuente en un comienzo, el hecho que muchos de los integrantes de la tertulia —Gastón Suárez, Maurice Saintard, Hernán Saavedra, Guillermo Díaz—, eran estudiantes de ingeniería y habían colaborado con él en el CEI de 1985. Los 'pelados' objetaron el procedimiento por el que se había gestado la plataforma de Quintana, en una instancia extrapartidaria y con presencia de personas que no eran militantes DC. Sin embargo, al carecer de candidato

¹³ Ricardo Brodsky, entrevista en revista *Crítica*, marzo-mayo de 1985.

¹⁴ Véase, al respecto, la opinión del dirigente de la FEUC-V, Pablo Andueza, «Hacia una estrategia universitaria» en revista *Giros universitarios*, núm. 1, agosto de 1986, págs. 6-7.

propio, los seguidores de Burotto llamaron a votar en blanco en la interna demócratacristiana, pese a lo cual finalmente fue ratificado Quintana por una amplia mayoría. Lo que quedaba del aparato de seguridad del MAPU —partido que había sufrido, idiosincráticamente, una nueva mitosis dentro de la universidad ese año— y la FJS, designaron como candidata a Carolina Tohá, y se agregó a la lista el Partido Humanista. Pero todavía se intentaba configurar una lista más amplia que excluiría, de cualquier forma, al Partido Comunista.

Y es que la situación de los comunistas era extremadamente inconfortable. Como refiere Rovira, «ese año de 1986, los comunistas nos vimos en una situación muy complicada a la hora de formar una lista. En política, hay que aceptar las circunstancias, y en ese momento había que asumir que habíamos perdido esa batalla. El resto de la izquierda entró en la perspectiva de ver qué pedazo iba a agarrar cada uno, se estaban repartiendo un cadáver. La política es como el ajedrez, se lucha por espacios en el centro del tablero. Dejas un lugar ahí, y las restantes piezas comienzan a ocupar posiciones en ese ámbito. Es un error pretender que las cosas no van a ocurrir de esa manera. Y nosotros en ese momento perdimos dos o tres posiciones claves en el centro del tablero. ¿Quién iba a tomar esas posiciones? Dentro de la izquierda no comunista había dos tesis. Una, que había llegado el minuto de formar alianza con la Democracia Cristiana, que era una tesis que estaba pesando muy fuertemente. La segunda tesis, del Partido Socialista-Almeyda, postulaba que a la hora del fracaso de los comunistas, les había llegado el momento a ellos de asumir el protagonismo pero en una alianza de izquierda clásica, sí y sólo si Rovira no está. (...) La situación era complicada pero clara, y llegamos al minuto en que los socialistas-Almeyda dieron a entender claramente: “Vamos con los comunistas sin Rovira, o de lo contrario vamos con la Democracia Cristiana”, no había otra alternativa. Para ser justos, nunca se dijo explícitamente que ellos iban con la Democracia Cristiana, pero una lista sólo de los socialistas era inviable, y la posibilidad de buscar acuerdo con la DC, aunque tácita, era igualmente real».¹⁵

Precisamente, el papel de los diversos grupos socialistas sería principal en esta elección, por primera vez. Para los comunistas, lo primordial era evitar el aislamiento. Los socialistas de Almeйда, por su pertenencia al

¹⁵ Entrevista a Gonzalo Rovira, 24 de junio de 1997. A juicio de Burotto, Rovira habría sufrido un veto al interior del propio Partido Comunista, lo que no deja de ser plausible si se atiende a las declaraciones del mismo Rovira relativas a las difíciles relaciones suyas y de la DEC, con la dirección nacional del Partido Comunista en todos esos años. Entrevista a Humberto Burotto, 24 de noviembre de 1996.

MDP, no estaban en condiciones de distanciarse de los comunistas presentando lista aparte, con o sin la DC. Sin embargo, y pese a las diferencias objetivas entre almeydistas y comunistas, el bocado se le presentaba apetitoso a los primeros: el precio a pedir por no dejar aislados a los comunistas era obtener el veto de Rovira. Así, mientras que en una lista conjunta con la Democracia Cristiana, los almeydistas se habrían asegurado cómodamente la vicepresidencia, en una lista uniendo sus votos con el PC podían aspirar a la presidencia venciendo a la DC en una lista rival y al propio PC dentro de la alianza. De esta forma, y sin Rovira, el candidato almeydista podría transformarse en el más importante de toda la elección. En efecto, Jaime Andrade era el único sobreviviente de la primera y mítica primera directiva unitaria —que para muchos seguía siendo el ideal regulativo a seguir—, y se había mantenido como vocal vastamente conocido entre los estudiantes, considerado como un hombre sensato y articulador de acuerdos durante el año 1986, incontaminado por la polarización desatada al interior de la directiva y de la crisis del año decisivo: casi un estadista, una palmera en el pequeño macetero almeydista. Los comunistas presentaron a Patricio Varela, novato presidente de Filosofía y Humanidades, años luz distante del carisma y proyección nacional del experimentado Rovira. De todos modos, la constitución de la lista terminó siendo un éxito para el PC, dadas las circunstancias: contra los peores pronósticos de aislamiento, tendría como aliados al PS-Almeyda, la Izquierda Cristiana, un sector del MAPU, la Juventud Radical Revolucionaria y el MIR; la candidatura de izquierda a la FECH más incluyente desde la Unidad Popular. Pero la lista como tal carecía casi de todo proyecto y lógica política: con la resaca del año decisivo a cuestas, con los comunistas intentando no quedar a la deriva, y con las restantes fuerzas faenando la votación del PC, casi no quedaban tiempo ni ganas para el pensamiento. Para decirlo kantianamente, la nostálgica unidad de la izquierda modelo FRAP-modelo UP, corregida y aumentada, era un voluntarismo que permitía reunir votos pero no proyectar la federación: la intuición sin concepto es ciega. Manuel Pinto, candidato de la Izquierda Cristiana en esa lista de izquierda, sostiene que «nosotros nos metimos ahí para sumarnos a una ola ganadora y agarrar una parte del pastel», y especula respecto del futuro de esa candidatura de izquierda en el evento que hubiera triunfado: «Ya en esa ocasión lo que hoy es el tercerismo socialista, que entonces era la troika de Andrade, (Alejandro) Goic y (Jaime) Pérez de Arce, estaba en la onda de romper también con el PC. Habría habido una ruptura menos evidente, pero de facto se habría producido un ‘todos-contra-el-PC’ dentro de la directiva, y se habría intentado tender puentes e incorporar a la DC y al lote de la Carola (Tohá). Era una lista sin mucha propuesta, era “la

lucha de izquierda, compañeros”, y su propuesta era pelear, pelear, pelear hasta el final, porque peleando ganamos». ¹⁶

Originalmente, la candidatura Quintana-Tohá de la Fuerza de Cambio estaba por dar un giro copernicano al modo de interrogarse acerca de las prioridades de la federación de estudiantes, prescindiendo en lo inmediato de las referencias políticas nacionales para concentrarse en las dificultades que enfrentaba un sujeto social, el movimiento estudiantil. Pero las cabezas más lúcidas en esa candidatura entendían que no habían conseguido aislar al PC y que un eventual triunfo de la lista rival podía significar un retroceso terminal para el curso futuro de la política en el país, en la perspectiva de enfrentar al régimen en el nuevo escenario dispuesto por éste, y el tiro de gracia para la organización estudiantil herida en el ala tras la derrota del maximalismo. Brodsky define así el dilema: «¿Por qué participar en una lista con la DC? En ese momento la discusión que venía era respecto de cuál era el camino para terminar con la dictadura. Existían dos tesis, la tesis del PC, insurreccional al final de cuentas, y la tesis de la salida política. Todos los que éramos de la Convergencia Socialista y del Bloque estábamos embarcados en la tesis de la salida política, no en la salida insurreccional, de manera que nuestra alianza lógica estaba con quienes estaban con esa salida, aunque significara una ruptura cultural con el mundo al cual pertenecemos. Pero creo que era políticamente necesario derrotar políticamente al PC para terminar con la dictadura. (...) Veía que en la FECH había un intento por hacer renacer la Izquierda Unida, pero no para la FECH sino para el país. Por lo menos para mí, desde el punto de vista político, lo que estaba en juego era si íbamos a concurrir a un renacimiento de la Izquierda Unida o si íbamos a ir a una alianza más amplia con la Democracia Cristiana y un poco con lo que fue la Concertación tiempo después. Yo por lo menos me jugué por eso, contra la tesis de la Izquierda Unida, que consideraba nefasta, un error estratégico. Por lo demás, se trataba de una tesis que no iba a estar bajo la hegemonía nuestra, sino bajo la hegemonía del PC y funcional a su política de radicalización, del año decisivo y toda esa chiva. Eso fue lo que me decidí incluso a clausurar mi militancia de muchos años en el MAPU... Si se hubiera formado la lista de la Izquierda Unida contra una lista de la Democracia Cristiana sola, habría ganado claramente la Izquierda Unida, y de ahí a que se formara la Izquierda Unida en el país, era cuestión de días». ¹⁷

¹⁶ Entrevista a Manuel Pinto, ex presidente del Centro de Alumnos de Química y Farmacia en 1985 y ex vocal de la FECH 1985-1986, 27 de enero de 1999.

¹⁷ Entrevista a Ricardo Brodsky, 8 de abril de 1997. Brodsky arriesga la hipótesis que esta coyuntura fue muy relevante en la posterior formación de la Concertación de Partidos por el NO y luego por la democracia.

Se dio inicio entonces a una encarnizada campaña. La Fuerza de Cambio realizó un esfuerzo muy agudo de cambiar el lenguaje y estilo predominante en la FECH de entonces. El tema medular de su discurso fue que el principal asunto para la próxima gestión consistía en recrear y proteger el movimiento estudiantil y universitario, y el carisma del mensaje se apartó radicalmente del lenguaje flamígero de las campañas anteriores.¹⁸ La combativa estética de grupos como Sol y Lluvia fue sustituida esta vez por la imponente humanidad de un no vidente venido de la Nueva Ola y de Los Hornitos de Maipú, Lucho Zapata, que terminaba sus presentaciones en medio de un bailoteo al son de «y caerá como pera madura...», máxima concesión al puntudismo. La propaganda de la Fuerza de Cambio mostraba a un grupo sospechosamente parecido a una banda de rock con chaquetas de cuero y a Carolina Tohá como presumible vocalista. Este giro apenas era digerido por los propios partidarios de la lista. No pocos DC echaban de menos las camisetas azules y las falanges, y perdían el aliento cuando su mismo candidato Quintana pedía votos no para sí sino para la lista, lo que implicaba un desperfilamiento inaceptable del partido y sus pretensiones de control de la organización. Por el lado de los socialistas del Bloque, era evidente que, menos que nunca, era posible una alianza con los comunistas, pero, se preguntaban algunos, ¿no era renovarse demasiado ir con los DC, en lugar de intentar una nueva hegemonía al interior de la izquierda o, al menos, del socialismo? Concluye Tohá refiriéndose a las dificultades de la Fuerza de Cambio con sus propios adherentes: «Nuestra gran pelea era comunicar que nuestra lista no era un acuerdo partidario entre el PDC y los socialistas renovados adultos, sino que nacía de un encuentro entre gente que reflexionaba con independencia de su pertenencia a una estructura política. Frente a esta versión, mucha gente reaccionaba diciendo “sale pa allá”. (...) Pensábamos que había que respetar los procesos propios y autónomos del movimiento estudiantil. ¿Cuántos pescaron esto? En realidad, puede que no muchos, porque el otro discurso netamente político era mucho más entretenido».¹⁹

¹⁸ Esta nueva perspectiva estratégica fue resumida por partidarios y adversarios de la Fuerza de Cambio como una propuesta «cultural», aunque el lema del programa era más vasto: «La comunidad universitaria al rescate de la universidad». La respuesta del PC fue elocuente: «El mayor acto cultural de nuestros tiempos es terminar con la dictadura. Del mismo modo, el mayor acto universitario hoy es terminar con la tiranía, y es también la más rica experiencia juvenil» (Programa de la Fuerza de Cambio, mimeo, octubre de 1986; folleto de propaganda de la candidatura de Patricio Varela, J.J. CC., octubre de 1986).

¹⁹ Entrevista a Carolina Tohá, 19 de octubre de 1996.

Y así como Andrade polarizaba en un inicio la elección siendo el candidato de más prestigio, la campaña terminó por convertir la candidatura Tohá en la que radicalizó definitivamente el torneo. Ex presidente de la FECH de los años 40, ex ministro de Allende, y muerto mientras se encontraba detenido por el régimen militar en 1974, José Tohá fue una de las figuras más emblemáticas de la UP. ¿Cómo era posible entonces que su propia hija pactara contra la Izquierda Unida junto a la DC, responsable esta última, a juicio de sus detractores, de la muerte de su propio padre? Desde el inicio de los debates, los ataques contra Tohá arrojaron del modo más increíblemente soez e irracional, y si en un principio era el aparato de seguridad del MAPU el que ofrecía puñetes al término de cada foro, hacia el final de la campaña, los propios partidarios de la Izquierda Unida se retiraban en medio de peleas internas y recriminaciones mutuas por una conducta que oscilaba entre la torpeza política y la bajeza pura y simple. Por segundo año consecutivo, la elección definiría la primera mayoría relativa en un fallo fotográfico y, probablemente, la actitud de los partidarios de la Izquierda Unida determinó una transferencia de votos decisiva en favor de la Fuerza de Cambio. Manuel Pinto sostiene que «a mí, en lo personal, me cayó la teja que no íbamos a ganar promediando la campaña y se lo dije a mis compañeros, debido al factor Carola. Es decir, yo agarré a patadas en los foros a los que le gritaban tonterías a la Carola, y no porque ella me cayera especialmente bien en ese momento. Me parecía un profundo error, ni siquiera político, sino que electoral, porque yo, si soy mechón de una carrera cualquiera, que estoy en la duda entre esta lista y la de allá —que eran básicamente lo mismo porque éramos todos contrarios a Pinochet, eso era lo que nos definía, unos más intensos que otros—, y si estoy en esa duda, en medio del ímpetu juvenil, y veo a estos irracionales atacando a esta tipã que hablaba bien, era bonita y además muy inteligente, o sea, ¡yo voto por ella!». ²⁰ Y así parece haber sido.

Pero la Fuerza de Cambio no era sólo la invocación de una falacia *ad misericordiam*. Además, la dupla Quintana-Tohá evidenciaba una afinidad y un sentido de equipo que se había echado de menos en la relación entre Burotto y Rovira, y la filiación de esta candidatura con la unidad auténtica que reclamaban los estudiantes estaba garantizada por el decidido respaldo que tuvieron durante toda la campaña en Yerko Ljubetic y Ricardo Brodsky, de cuyo *pedigree* unitario era imposible hacer cuestión. A la larga, la Fuerza de Cambio parecía ser más coherente y progresivamente logró remontar la curva de indiferencia y escepticismo de sus partidarios para transformarse en protagonista, a la par de la poderosa apela-

²⁰ Entrevista a Manuel Pinto, 27 de enero de 1999.

ción emocional a la unidad de la izquierda con la que competía. A fin de cuentas, esta unidad de izquierda así invocada carecía de programa: la oferta de ganar junto al PC para después pasarle la factura era impresentable en público.

Al momento de votar, un nuevo elemento agregó dramatismo a los acontecimientos. Por considerar que la votación de la FECH violaba la autonomía universitaria, las autoridades del Pedagógico (UMCE) —su rector Héctor Herrera Cajas y el prorector Alejandro Guzmán— solicitaron el ingreso de Carabineros al recinto con el propósito de retirar las mesas de sufragio y la propaganda electoral, los mismos días en que se desarrollaban las votaciones, el 29 y 30 de octubre. En la ocasión, fueron detenidos alrededor de 150 estudiantes, entre los que figuraban Humberto Burotto, Germán Quintana, Carolina Tohá, y los candidatos Juan Pablo Scroggie, de una fracción socialista *comandante* que postulaba al margen de la lista de Izquierda Unida, y Alvaro Erazo, candidato del MIR en la lista de la Izquierda Unida. Evidentemente, el reconocimiento de la FECH era un punto de tope no sólo en la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación que encabezaba Herrera Cajas, sino también en la propia Universidad de Chile, lo que aparecía como un asunto sin solución para los propios estudiantes. Como contrapartida, ya que se trataba de una organización no admitida por las autoridades, no había por qué negarle su derecho constitucional de asociación, con quienes quisieran, a los estudiantes del Pedagógico. Las detenciones obligaron a suspender las votaciones y a reiniciarlas los días lunes 3 y martes 4 de noviembre. Los alumnos de Pedagógico culminarían el proceso electoral en la Facultad de Ciencias.²¹

Cerradas las mesas de votación el martes 4, los resultados fueron, tal como en 1985, nuevamente muy estrechos. La Fuerza de Cambio obtuvo 5.968 votos, con un 37,9%. La lista Con Unidad y Movilización, Vencemos (MDP, IC, sectores del MAPU y JRR), alcanzó 5.839 votos y el 37,08%. Más atrás, se ubicaron dos candidaturas de derecha, el Movimiento de Unión Nacional con 1.922 votos y el 12,2%, y el Frente Universitario, con 914 votos y el 5,8%. Cerrando los cómputos, la Social Democracia con 407 votos y el 2,58%, y la lista de la Fracción Socialista Comandante (Por un Frente del Pueblo para la Universidad Democrática y Popular), 147 votos, con el 0,9%.

Entre las consecuencias más interesantes, podían destacarse las siguientes: las fuerzas de derecha, que se presentaron divididas en esta ocasión, perdieron mil votos respecto del año anterior. Los comunistas perdieron mil

²¹ Revista *Hoy*, 3 al 9 de noviembre de 1986.

trescientos votos, mientras que los almeydistas aumentaron en quinientos votos su apoyo, con lo cual Andrade (2.156 votos) logró superar a Patricio Varela (1.990 votos) dentro de la lista. En la Fuerza de Cambio, los socialistas del Bloque obtenían respetables 1.335 votos, mucho más que sus cálculos más optimistas,²² y se producía un hecho sorprendente: otros 1.296 estudiantes le daban su voto a la lista, sin preferencia por ningún candidato. Germán Quintana, mientras tanto, obtenía una holgada primera mayoría personal dentro de la lista y en toda la elección, superando en más de 800 votos a Andrade, aunque disminuyendo la tradicional votación DC en beneficio de los votos a la lista.

Pese a que inmediatamente la candidatura encabezada por Andrade quiso presionar para obtener una integración que reestableciera la unidad nominal en la conducción de la FECH y evitara la segunda vuelta, la Fuerza de Cambio hizo valer su posición invariable durante la campaña: ni iba a ofrecer integración en caso de obtener la primera mayoría, ni iba a pedirla en caso de pasar a segunda vuelta teniendo segunda mayoría. Esta segunda hipótesis era el nudo górdico para la Fuerza de Cambio, aquejada del complejo antiderechista que ya había rondado el año anterior. Una derrota electoral en primera vuelta probablemente habría puesto a esta candidatura en el dilema de mantenerse en competencia o de renunciar a objeto de no tener que ganar la segunda vuelta con la votación de la derecha.²³ Esta vez, sin embargo, pese a que la elección estaba igualmente pareja que la vez anterior —en que se la consideró políticamente empatada—, la obtención de la primera mayoría tras una campaña con pronóstico muy incierto, permitió a la Fuerza de Cambio administrar simbólicamente el problema y endosárselo a la Izquierda Unida: era ésta —al igual que el año anterior— la que requería de la votación de derecha para derrotar a la primera mayoría en segunda vuelta. ¿Estaba dispuesto el MDP a pedir esos votos con tal de alcanzar la presidencia?²⁴ Antes que se

²² Carolina Tohá recuerda que «el día de la elección yo estaba aterrada, creía que podíamos perder como lista por un buen margen, o que el Bloque iba a sacar tres votos». Entrevista a Carolina Tohá, 19 de octubre de 1996.

²³ Entrevista a Germán Quintana y Carolina Tohá, 19 de octubre de 1996.

²⁴ Tal como se comentó a propósito de la elección anterior, estas disquisiciones revelaban un defecto profundamente antidemocrático en los estudiantes opositores al régimen militar. ¿Es que por votar —secretamente por lo demás— por la derecha, se inhabilitaba un estudiante de la FECH para ser llamado a elegir su directiva en conformidad con el estatuto? ¿Por recibir votos de estudiantes de derecha —imposibles de identificar en una votación secreta— un dirigente estudiantil se inhabilita como mandatario de los estudiantes? Increíblemente, incluso las primeras mayorías relativas vivían angustiosamente la posibilidad de tener que «pedir» los votos de derecha. Más

realizara la segunda vuelta ya convocada por el TRICEL, Andrade renunció a seguir compitiendo, con lo cual asumió finalmente una nueva directiva con Quintana a la cabeza y Tohá en la vicepresidencia. Así terminó la audaz apuesta de los almeydistas, sin pan ni pedazo, por apenas 129 votos.²⁵

Pero aún cabe observar otro hecho significativo de la votación, y que alertaba sobre el año que vendría: respecto de la elección anterior de 1985, la abstención electoral aumentó desde el 22% hasta el 30,7%, hecho que fue profusamente destacado por la prensa oficialista.²⁶ en un hecho inédito, el número de estudiantes que se mantuvo sin votar fue mayor que el que dio su respaldo a la lista ganadora. Este primer triunfo de la abstención —¡30%! *O tempora!, o mores!*²⁷— fue interpretado de manera pareja como una señal de advertencia ante una excesiva politización de la organización.

DESPIÉRTAME CUANDO PASE EL TEMBLOR

El inicio de la gestión de la nueva directiva se manifestó en la realización de las actividades estivales tradicionales de la federación, la Universidad de Verano y los Trabajos de Verano, que esta vez se verificaron en poblaciones de Santiago.²⁸ Simultáneamente, la directiva de la FECH emprendió una iniciativa bastante audaz, dadas las condiciones de entera precariedad e indigencia que habían caracterizado a la federación en sus dos primeros años. En efecto, la FECH no disponía de ningún recurso propio y operaba como allegada en el Centro de Estudiantes de la Facultad de Ingeniería. En estas circunstancias, se dio inicio a un preuniversitario de la federación, ubicado en plena Alameda, fundado y administrado por algunos de

increíblemente aún, los dirigentes estudiantiles de derecha parecían no tener mayores objeciones que formular a estas disquisiciones discriminatorias.

²⁵ Revista *Hoy*, 10 al 16 de noviembre de 1986 y 17 al 23 de noviembre de 1986.

²⁶ Véase *La Segunda*, 5 de noviembre de 1986.

²⁷ Hoy en día, en que las federaciones de estudiantes penosamente se empujan sobre el 50% de la participación electoral, se alude a que la abstención «histórica» era superior al 40%, sin especificar a que período se está haciendo alusión. Véase ejemplo de este autoengaño en revista *Rocinante* núm. 3, enero de 1999, p. 36, entrevista a Iván Mlynarz, presidente de la FECH 1998-1999: «En octubre del año pasado, los “Estudiantes de Izquierda”, como se autodenominan, se llevaron nuevamente la presidencia con el 44,7% de la votación, y se logró un índice de participación muy similar al de los años 60 (9.300 estudiantes fueron a la votación), para los que hablan de apatía universitaria (¡...!)». Hay que recordar que el universo electoral en la Universidad de Chile supera en la actualidad los veinte mil estudiantes.

²⁸ Revista *Hoy*, 19 al 25 de enero de 1987.

los primeros dirigentes de la FECH de 1984.²⁹ En el diagnóstico de la directiva, era imperioso que la federación destinara tiempo y energías a su propia institucionalización. Hasta ahora, «FECH» era poco más que una palabra con un formidable poder de apelación, y un puñado de dirigentes que operaba en condiciones de relativa informalidad, no obstante su alta exposición pública en los medios de comunicación. El preuniversitario, que perduró con los años, debía constituir un primer paso en el camino de una necesaria pero hasta ahora siempre postergada complejización institucional que garantizara estabilidad futura a la organización.³⁰

El regreso a las actividades académicas en marzo mostró algunos signos que parecían auspiciosos, particularmente una semana mechona sin conflictos serios con la autoridad, muy distendida, entusiasta y multitudinaria. Adicionalmente, a iniciativa de la propia federación, se realizó un ciclo de conciertos de música popular en distintas facultades, donde llamaron la atención algunos rasgos distintivos respecto de eventos públicos de los años inmediatamente anteriores: por ejemplo, el giro hacia expresiones musicales que se alejaban de la estricta raíz folclórica y se adentraban en el lenguaje del rock y la fusión, expresivos en conjuntos tales como Upa!, Compañeros de Viaje y, los más consagrados, Congreso y Fulano. Se registró una masiva participación juvenil como público de estos conciertos. Sin embargo, la presencia de los dirigentes de la FECH, organizadora de los mismos, no era del todo bienvenida por los asistentes. Algo parecía no estar funcionando...

Por otra parte, aunque el escenario político nacional había cambiado dramáticamente en 1986, de todos modos suscitaba preocupaciones urgentes, atendido el hecho del próximo plebiscito para la sucesión presidencial del año 1988. Una cosa era que el régimen militar se encontrara

²⁹ Entrevista a Maurice Saintard, 17 de septiembre de 1996. A Saintard le correspondió administrar el preuniversitario. En la formación del mismo cupo un papel muy determinante también a Ricardo Brodsky. Como la FECH carecía de personalidad jurídica, la directiva logró que ocho personas naturales benefactoras, de manera anónima, se comprometieran en un crédito para echar a andar el preuniversitario, asumiendo el riesgo del negocio si éste no resultaba finalmente rentable.

³⁰ Una observación acerca de la importancia de poner atención a este aspecto, en Carlos Huneeus, «El protagonismo político del movimiento estudiantil», revista *Realidad Universitaria*, CERC, núm. 3, 1987, págs. 51-52. Además, hay un interesante recuento relativo a los aspectos burocráticos de la FECH y a los procesos de su institucionalización, que encuentran su antecedente principal en la presidencia de la FECH de Felipe Herrera en la década de 1940 (Felipe Herrera, *Experiencia universitaria*, Santiago, Pehuén, 1986).

en un momento de fortaleza como no lo había tenido en los últimos cuatro años, y otra muy distinta era que debido a ello los opositores debieran sentarse a esperar a que ocurriera lo que Dios quisiera. La «modesta y molesta» expectativa opositora tras el atentado fallido a Pinochet igualmente obligaba a algún tipo de decisión. 1987 fue el año en que los movimientos y partidos de la oposición discutieron y resolvieron su ingreso a la institucionalidad vigente, con el propósito de derrotar a Pinochet en el plebiscito. Específicamente, al interior de la FECH se discutió la adhesión al Movimiento por las Elecciones Libres (MEL), iniciativa que procuraba persuadir al régimen para que en lugar de plebiscito con candidato único, hubiera una elección competitiva con varios candidatos civiles, en un proceso electoral que diera garantías de participación, probidad y transparencia. Esta iniciativa, encarnada en un grupo de personalidades de un amplio espectro de la vida nacional, fue sometida a la aprobación del pleno de la FECH, compuesto por el Consejo de Vocales y el Consejo de Presidentes de Centros de Alumnos. Ocurrieron un par de hechos curiosos, pues las organizaciones sociales consideraban que el MEL era algo tibio. Por ese motivo, la decisión mayoritaria del pleno de la federación respaldó al MEL pero sin llamar formalmente a la inscripción de la ciudadanía en los registros electorales, que era, finalmente, el meollo de la iniciativa. Sin embargo, un aspecto muy interesante fue que en la aprobación del voto de la FECH coincidieron las fuerzas que apoyaban a la directiva (DCU, bloque socialista y humanistas), junto con las distintas fuerzas socialistas con que se había antagonizado en la elección anterior: socialistas de Almeyda, MAPU, Izquierda Cristiana. En contra de la iniciativa, coincidieron esta vez los comunistas y la derecha agrupada en el Frente Universitario. A juicio de los comunistas, representados por el presidente del Centro de Alumnos de Arte, Franklin Santibáñez, la FECH no debía ocuparse de estos asuntos nacionales, sino de cuestiones universitarias como el crédito fiscal.³¹

En teoría, la Fuerza de Cambio no estaba en desacuerdo con dar prioridad a los asuntos locales, precisamente porque en su diagnóstico de la situación del movimiento estudiantil, era indispensable destinar las energías a recomponer un movimiento estudiantil ahora desgastado y escéptico. Esto no impedía deliberar al interior de la federación respecto de asuntos extrauniversitarios. Pero en esta oportunidad, difícilmente el respaldo a una iniciativa en ese ámbito pasaría de una declaración de intenciones. La hipótesis imperante esta vez era que los asuntos locales permi-

³¹ Víctor Maldonado, *Evolución del movimiento estudiantil chileno entre 1985 y 1987*, Santiago, ICHEH, 1987, p. 140.

tirían una pedagogía en la base universitaria con mayores perspectivas de reanimar a los estudiantes, tener logros en sus demandas y reiniciar una nueva fase de participación masiva y fuerte con miras a recuperar la autonomía universitaria y la democracia.

Sin embargo, en la práctica las cosas no ocurrieron así. Al cabo de un par de meses, toda la federación de estudiantes, de capitán a paje, transmitía una sensación de desorientación y de desmoralización, al igual que muchas otras en el conjunto del país. A pesar de las buenas intenciones de sus dirigentes, el «estudiante medio», en cuyo beneficio se había pretendido dar un giro de la organización en la última elección de directiva, no manifestaba mayor interés en ser ayudado por sus dirigentes. A juicio de un artículo aparecido en la revista *Giros Universitarios*,³² se estaba produciendo un mayor surgimiento de las preocupaciones individuales e incluso del individualismo, ganas de dedicarse a estudiar y desconfianza hacia los partidos políticos. Esta fue una manera de enfocar el asunto, sobre la que cabe aportar todavía algunos elementos de juicio.

Pero antes hay que decir además que en el estudiantado más vinculado a las organizaciones políticas había una extraordinaria incapacidad para entender (y acaso para interesarse) por lo que de diferente pudieran estar manifestando otros jóvenes dentro y fuera de la Universidad. Al respecto, es sintomática la siguiente opinión transcrita en el mismo artículo, correspondiente al dirigente estudiantil de sociología Dionisio Seissus: «No veo mucho a la directiva en este momento. La veo haciendo cosas hacia fuera, como el preuniversitario y otras iniciativas de ese tipo, que son positivas, pero que se han manifestado desde la federación hacia la opinión pública. Pero dentro del movimiento estudiantil no veo a la federación, a lo mejor a individualidades, Quintana o “la” Carolina en determinados lugares, haciendo cosas, pero no conduciendo». Consultado sobre si se trataba de un problema de la directiva o de un asunto más de raíz a la base de los estudiantes, Seissus estimaba que «puede ser que no pase nada por el lado de los estudiantes propiamente tales, pero la labor principal es de parte de los dirigentes que tienen que estar conduciendo ese movimiento estudiantil. Por supuesto en base a lo que ese movimiento estudiantil esté definiendo como tal».³³ Esta opinión dejaba de manifiesto la insuficiencia de una cierta cultura política al interior de la propia universidad para ubicarse en escenarios desconocidos. Evidentemente, había un

³² Fabiola Narváez y Mauricio Tolosa, «Movimiento Estudiantil, un renacimiento deseado: el caso de la Universidad de Chile» en revista *Giros Universitarios*, núm. 5, junio-julio, 1987, págs. 4-6.

³³ Fabiola Narváez y Mauricio Tolosa. *op. cit.*

fuerte prejuicio al calificar de «no pasa nada con los estudiantes» el que los estudiantes no respondieran a los llamados de sus dirigentes.³⁴ Pero en el caso que este «no pasa nada» fuera cierto, había una fe igualmente potente en la capacidad performativa del discurso político más tradicional. Algo así como un «dijo Dios: hágase el movimiento estudiantil y el movimiento estudiantil se hizo». Parecía radicar aquí, entonces, la responsabilidad de la directiva de Quintana y Tohá: no acertar en las «palabras mágicas» adecuadas para que los estudiantes se reencantaran. Hasta el momento, a nadie dentro de la militancia política de la universidad se le había ocurrido probar con la navaja de Occam aplicada a su propia discursividad. Otros eran aún más críticos de la Fuerza de Cambio: al fin y al cabo, no parecía más que una especulación intelectualoide, tal vez interesante y sutil, pero, prácticamente, metafísica o trasmundana. Tomándose la revancha, los criticados de entonces podían jactarse de afirmar ahora que «el concepto sin intuición es vacío».

Por cierto, los más cercanos a la Fuerza de Cambio no veían las cosas de ese modo y en lugar del «no pasa nada» había una cierta mayor apertura a considerar si acaso no estarían pasando «otras cosas». Después de todo, entre el «ni ahí» y el «en otra» hay un abismo de diferencia. No obstante, de todos modos por parte de la directiva no parecía haber una capacidad para encontrar la punta del hilo que permitiera desenrollar la madeja. El artículo de la revista *Giros Universitarios*, entre otras conclusiones, afirmaba que «críticos y criticados manejan un porcentaje ínfimo de los estudiantes. La mayoría observa, va a clase de buena o mala gana, rechaza a gobernantes y opositores. No hay a quien creerle».

Para tratar de entender el momento confuso, hay al menos un par de antecedentes disponibles al tiempo de esta crisis. El primero de ellos corresponde a una encuesta realizada por el CERC a los estudiantes universitarios en el mismo período de más alta movilización estudiantil universitaria, en el episodio de las «manos limpias».³⁵ Los resultados son sor-

³⁴ En la misma página donde termina el artículo que estamos citando, aparece una caricatura, que reproduce en parte esta incapacidad de la mentalidad de la vanguardia política para tolerar la diferencia e interrogarse acerca de si la propia vanguardia no debiera modificar su modo de acción antes de echarle la culpa al empedrado. Dos personas alrededor de una mesa conversan. Uno de ellos, sesudamente, sostiene que «las ideologías encajonan el sentimiento rebelde y libertario de la juventud incorporándola conservadoramente en un sistema...». El interlocutor, que escuchaba dando un enorme bostezo, contesta: «El problema es que a veces, debajo de una oveja, hay efectivamente eso: una oveja».

³⁵ Carlos Huneeus, «Los estudiantes y la política universitaria y nacional», en revista *Realidad Universitaria*, CERC, núm. 1, 1987, págs. 51-61.

prendentes. La encuesta fue realizada en las universidades de Chile, Católica de Chile y Católica de Valparaíso. La muestra incluyó a alrededor de 1.300 estudiantes, 540 de los cuales eran de la Universidad de Chile. En lo sucesivo nos referiremos sólo a los resultados obtenidos para estos últimos estudiantes. En efecto, un 71,2% de los encuestados consideraba que la situación del país era mala o muy mala, pero un 70,1% estaba satisfecho o muy satisfecho con su carrera. Un 73,2% estaba de acuerdo en que el rector debía ser elegido por la comunidad universitaria, al menos por los académicos; el 86% estimaba que los estudiantes debían tener algún nivel, mayor o menor, de participación en el gobierno universitario, por lo menos a nivel de escuela o facultad; el 78,7% consideraba al menos importante el rol de los universitarios en la política nacional; un 88,4% estimaba necesaria la concertación de estudiantes y académicos para luchar juntos para solucionar los problemas de la universidad. Sin embargo, menos del 50% apoyaba la movilización social multigremial; sólo el 29,3% reconocía un vivo interés por la política; apenas un 18,8% reconocía haber tenido una participación activa en la elección de la FECH de 1985; sólo un 23,7% participó activamente cuando fueron detenidos los dirigentes estudiantiles de la FECH, y el 57,7% estimó que la FECH representaba sólo parcialmente a los estudiantes. Considerando algunos otros datos de la encuesta, podía concluirse que las organizaciones estudiantiles gozaban de una alta legitimidad formal pero producían un involucramiento real sólo mediano por parte de estudiantes que, aunque consideraban difícil la situación del país, eran optimistas respecto de su propio futuro individualmente considerado.

Otro antecedente digno de consideración es un artículo escrito por el sociólogo Eduardo Valenzuela: «Estudiantes y democracia».³⁶ En él, Valenzuela aportaba elementos de juicio para afirmar que lo que se encontraba en una crisis radical era el iluminismo estudiantil, vale decir, la pretensión de los estudiantes universitarios de realizar un conjunto de valores a partir de una teoría racionalmente fundada, con la que se esperaba transformar la sociedad. Este iluminismo, que encontraba sus raíces en los movimientos universitarios latinoamericanos de la década de 1910, y que tuvo su segundo aire en los años de la reforma universitaria, había entrado en crisis precisamente debido a ciertos logros reformistas de tinte modernizador. En efecto, la expansión de la educación superior —bajo la inspiración democratizadora y universalista— había desembocado en una complejización de la institución universitaria y en una mesocratización

³⁶ Este artículo circuló informalmente el segundo semestre de 1986, pero fue finalmente publicado en 1987 por la revista *Realidad Universitaria*, CERC, núm. 3, págs. 28-36.

de sus integrantes. Tanto profesores como estudiantes dejaron de ser expresión de una élite ilustrada y con un discurso universalista, y comenzaron a encarnar lógicas corporativas y sindicales, a explicitar aspiraciones de movilidad social, etcétera. El radicalismo estudiantil empezó a retroceder y, con él, el fetichismo revolucionario, la sacralización de la política y la apelación al pueblo considerado de manera abstracta. Se estrechó con ello el espacio para un movimiento estudiantil capaz de encarnar un mesianismo popular.

Pero lo anterior no es todo. En el contexto de las reformas neoliberales en las que se encontraba el sistema universitario en esa década de 1980, la nueva universidad modernizada y mesocrática no dejaba de ser, de facto, elitista. Las condiciones para ser estudiante eran extraordinariamente difíciles y onerosas, y las garantías de un mejor futuro laboral debido a la educación no eran evidentes en contextos de fuerte precarización del empleo. Es así que para muchos jóvenes la confianza, en la educación y la ciencia —propias de la ilustración— se debilitaron.³⁷

Las reacciones frente a lo anterior podían desembocar en escepticismo, cinismo o incluso nihilismo.³⁸ Para esto podía haber versiones blan-

³⁷ Un estudio de esos años que analizó este fenómeno de pérdida de confianza en la educación como mecanismo de progreso social y personal fue el libro de Eduardo Valenzuela, *La rebelión de los jóvenes*, Santiago, Ediciones SUR, 1984. Aunque este trabajo estaba orientado a explicar los fenómenos de anomia en la juventud popular urbana que se hicieron explícitos con ocasión de los movimientos de protestas nacional a partir de 1983, su hipótesis de fondo resulta concordante con lo que se afirma acerca de los universitarios en el contexto neoliberal. La sociedad, al ofrecer la educación como vía de progreso personal y social, ha incurrido en una falacia simbólica: muchos jóvenes tienen más educación que sus padres pero, en su percepción, no les está garantizado un mejor porvenir. La expresión más recordada de esta sensibilidad frente al problema es *El baile de los que sobran* de Jorge González (Los Prisioneros).

³⁸ Por cierto, estos procesos tienen un desarrollo paulatino en el tiempo. El siguiente extracto de un diálogo entre Franklin Santibáñez, presidente del Centro de Alumnos de Arte, de militancia comunista, y Marcela González, artista gráfica de la Universidad Católica, ocurrido en julio de 1986, muestra como la lógica más iluminista y revolucionaria, en el momento de mayor frenesí del «año decisivo», empieza a ser enfrentada y desnudada por una mirada más distante y escéptica:

«Franklin: Yo quisiera comenzar con una frase de Allende que es “ser joven y no ser revolucionario es una contradicción hasta biológica”. La rebeldía está relacionada con el espíritu revolucionario inherente a cada joven... En este momento esa rebeldía es generalizada, la juventud es un volcán a punto de estallar, donde palpitan pasiones de diferente índole que hay que lanzar hacia fuera... La dictadura hace uso de su poderío, de todo su arsenal, para tapar con la mano este volcán que está a punto de estallar...

das, que Valenzuela identifica en el *new wave*, que combinaba sentimiento democrático con conducta política apática, o formas más duras, colindantes con expresiones de fascismo cultural. Una de las canciones de moda en esos años de auge del *rock latino* precisamente dio cuenta de estos sentimientos:

Estás cansado, cansado de luchar
Por la justicia, el hambre o la libertad
Sientes de pronto que no hay nada en qué creer
Y te cansaste de gritar y nunca ver
Se acabó el tiempo de los lindos ideales
No hay más que ver a esos tontos intelectuales
O te preparas a morir en la trinchera
O esperas en tu cuarto la tercera guerra
Se acabó el tiempo del paraíso soñado
No hay más que ver a esos locos almidonados

Aparato Raro, *Calibraciones*

Las observaciones de Valenzuela permitían mirar con otros ojos un conjunto de pequeños fenómenos, aunque cada vez más numerosos, que en un contexto de movilización política como el de 1985-1986 habrían sido incomprensibles y, quizás, hasta reprobados por los militantes políticos universitarios. Es así que en 1987 se multiplicaron situaciones que daban cuenta de otras lógicas, de otras maneras de ser universitario, muchas de ellas de índole experimental. Comienzan a surgir movimientos alternativos a los partidos políticos, normalmente contrarios al gobierno militar y a la intervención universitaria, en elecciones de centros de alumnos. En la politizada Facultad de Derecho, el Partido p'al Hueveo quedó a escasos ocho votos de acceder a la segunda vuelta en la elección del Centro de Alumnos. En Filosofía emerge el Partido Estrictamente Horizontal, PEHO, disputando la votación a las corrientes políticas convencionales. En Periodismo y Artes aparecen otras listas alternativas a las tradicionales, incluso tratándose de listas unitarias de la oposición al régimen (que se suponía era la situación óptima para el «estudiantado conciente»). En otras facultades, la abstención para elegir directivas de centro de alum-

Marcela: ¿Cuál volcán?

Franklin: Este volcán de pasiones que palpita en la juventud...

Marcela: Yo no lo veo tanto... por ejemplo con estos jóvenes que quemaron, que es horroroso, la mayoría de la gente que no está en los partidos tiene la conciencia, pero está familiarizada con la crueldad. Había un huevón haciendo huelga de hambre... y nadie lo pescó! Ya no existe eso de "¡qué injusticia!". Por eso no lo veo como un volcán» (revista *Giros Universitarios*, núm. 1, agosto de 1986, p. 20).

nos superaba el 50%, como ocurrió con escuelas de tanta tradición combativa como Ingeniería y el Pedagógico.³⁹ Un grupo de hinchas de la U, por su parte, decidió formar la barra FECH y consiguió, por la vía de colocar cada domingo en la reja de la tribuna un lienzo azul con la sigla FECH, que el nombre de la federación apareciera fugazmente en pantalla en los noticieros televisivos nocturnos cada vez que los jugadores de la U celebraban un gol junto con la hinchada, lo que de modo extraordinariamente simple rompía el ninguneo informativo a que había estado sometida la federación en todo el tiempo anterior, especialmemnte tratándose del canal de televisión de la propia universidad.⁴⁰ En algunos casos, estas manifestaciones autónomas de los estudiantes eran alentadas por la directiva de la federación, pero había otros casos en que eran expresión de hostilidad, o al menos de distancia, hacia las dirigencias políticas universitarias de las que la directiva de la FECH de todos modos formaba parte.

Esta ambivalencia, esta brecha entre la política y otras posibles expresiones de la vida universitaria, puede verse reflejada en el siguiente comentario hecho por uno de los organizadores de la jornada cultural A 13 del 2000, patrocinada por la FECH: «Probablemente la participación de los universitarios en la gestión de la muestra fue mínima. Lo sentimos, ese no es el punto. (...) A 13 del 2000 no es sectario. ¿Por qué no pensar que la masa universitaria es de lo más elemental, ignorante y ultra latera? ¿Cuántos han participado de la obra artística de Griffiero, Bororo...? ¿Quién conoce a Martín Hopenhayn y a los videístas Lavín y Requena? ¿Quién ha leído a Gaggero o a Gonzalo Muñoz? No estamos mencionando a una élite, simplemente a algunas de las propuestas jóvenes con mayores logros en la reconquista de nuevos espacios de representación cultural. Hablo de talento y de desinformación. Hablo de lo que debería interesar a la élite de la educación en Chile. A 13 del 2000 fue un esfuerzo por la cultura autónoma. A 13 del 2000 denota los problemas de la cultura cuando no es convocada desde la política. Ahora bien, es probable que esta muestra no

³⁹ Estas situaciones al principio difusas, luego de la rectoría de Federici adquirieron carta de ciudadanía y fue común referirse a ellas (véase Verónica Neumann, «El underground laico», en revista *Realidad Universitaria*, núm. 5, CERC, 1988, p. 100; Diego García, «1988: Final del movimiento estudiantil opositor en la Universidad de Chile», en revista *Realidad Universitaria*, núm, *op. cit.* p. 88; artículo «Los grupos autónomos», en revista *Giros Universitarios*, núm. 7, noviembre de 1987).

⁴⁰ Entrevista a Germán Quintana, 19 de octubre de 1996. Cristián Soto, «Ser un romántico viajero» en revista *Giros Universitarios*, núm 8, diciembre de 1987, págs. 12-13. De hecho, la barra FECH hará una importante contribución a la divulgación pública de la resistencia universitaria a la rectoría de Federici, exponiendo lienzos en los estadios durante los partidos de la U.

haya representado a nadie, sin embargo no es menos cierto que el empobrecimiento cultural de los universitarios es a toda Biafra». ⁴¹

Durante buena parte de ese primer semestre el estudiantado de la Universidad de Chile permanecería aparentemente en reposo, pero de todos modos indiferente a las convocatorias de la FECH. Así, fueron numerosas las ocasiones en que las iniciativas de la federación cayeron en el vacío o parecían ser expresión de desorientación antes que de otra cosa. Podría anotarse una seguidilla de acciones que engrosaban la cuenta del «debe» en el balance de la Fuerza de Cambio: una visita al rector Soto que fue interpretada como una toma fallida de la Casa Central en mayo y en la que participaron 18 miembros del pleno de la federación provocaba sorna en quienes discrepaban de la directiva y constataban que, al cabo, la Fuerza de Cambio era el mismo maximalismo del *imperativo nacional* —acciones vanguardistas y de enfrentamiento directo con la autoridad— aunque en este caso desprovistas de todos los atributos de una toma bien hecha. ⁴² Un llamado a paro de la FECH para el 11 de junio, con el objeto de obtener de rectoría respuesta a los problemas económicos de los estudiantes, fracasó incluso en facultades tradicionalmente activas como Arte, Filosofía, Ingeniería y el Pedagógico. Germán Quintana, al admitir el fracaso, reflexionó en términos que sonaban agónicos: «Queremos ser responsables con el movimiento estudiantil. Creémos que si tenemos que esperar seis meses para recuperar la capacidad de movilización y de convocatoria de la federación lo vamos a hacer. Estamos dispuestos a pasar no tan espectacularmente por la directiva de la federación si el precio que hay que pagar se ve compensado por muchos más estudiantes el próximo año». ⁴³ Una ambiciosa Universidad de Invierno, cuya

⁴¹ Artículo «Cuando los trece son doce y todo terminó», firmado por Boy Scout núm. 7 de la comisión organizadora (también universitario), revista *Giros Universitarios*, núm. 8, diciembre de 1987, págs. 28-29.

⁴² Este episodio, en rigor no correspondió a una toma. Los dirigentes estudiantiles se habían dirigido a la Casa Central de la universidad a solicitar audiencia con el rector para plantearle un petitorio con demandas relativas al financiamiento universitario y del crédito fiscal. Sin embargo, estando los estudiantes dentro de la Casa Central, las puertas de la misma fueron cerradas por funcionarios administrativos y los estudiantes permanecieron alrededor de tres horas sin poder salir de ahí (Víctor Maldonado, *Evolución del movimiento estudiantil chileno entre 1985 y 1987*, op. cit., p. 149; entrevista a Carolina Tohá, 19 de octubre de 1996).

⁴³ Víctor Maldonado, *Evolución del movimiento estudiantil chileno entre 1985 y 1987*, op. cit., págs. 154-155. Señala Carolina Tohá que «es cierto que, pensado en el largo plazo, el nuestro tenía que ser visto como un año de siembra, pero en la FECH, donde las gestiones se miden anualmente, siempre te piden siembra y cosecha inmediata».

preparación había sido cuidadosamente encabezada por el vocal Guido Girardi, y en la que se daría cabida a temas tradicionalmente ausentes de la universidad (ecología, feminismo, economía de la solidaridad, pacifismo, y otros), fracasaba luego de una torpeza periodística: Un profesional del diario *La Época*, luego de conversar de esto y aquello con Girardi, daba a entender en su crónica que el encuentro de Ecología y Nuevos Espacios de Esperanza, organizado por la FECH y el Centro El Canelo de Nos, a realizarse en la Facultad de Arquitectura, estaba inspirado en un movimiento anarquista y podría desembocar en la formación de un partido verde.⁴⁴ Evidentemente, tanto el decano de Arquitectura como el Centro El Canelo de Nos quitaron su apoyo al encuentro.

Sin embargo, la situación más penosa de todo ese semestre se produjo en el mes de junio, en que la CNI ejecutó la que se conoció como «Operación Albania» o «Matanza de Corpus Christi». Entre los días 15 y 16 de ese mes, la policía política del gobierno asesinó a doce jóvenes pertenecientes al FPMR, entre ellos, Ricardo Silva, alumno de la Facultad de Ciencias Químicas de la Universidad de Chile. Aunque la CNI alegó que se trató de enfrentamientos, desde muy temprano se conocieron antecedentes que comprobaban que se había tratado de una matanza sobre seguro de personas que se encontraban muchas de ellas detenidas y todas, indefensas.⁴⁵ Las honras fúnebres de Ricardo Silva tuvieron como protagonistas a académicos de la universidad, los máximos dirigentes de la FECH y la fugaz presencia de una guardia de honor de fusileros del FPMR.⁴⁶ En ese ambiente crispado por la tristeza, el dolor y el abatimiento, parecía cerrarse un período funesto de la FECH, en el que no existía claridad para

mente. Nosotros, por ejemplo, hicimos esfuerzos por institucionalizar la federación, echamos a andar el preuniversitario, pero esas cosas eran poco valoradas. Teníamos poco acompañamiento de nuestra gente, nuestras iniciativas carecían de masividad» (entrevista a Carolina Tohá, 19 de octubre de 1996).

⁴⁴ Diario *La Época*, 27 de julio de 1987. Uno de los aspectos que más ilusionaba a los organizadores del encuentro era la posibilidad de contar con Alejandro Rojas, ex presidente de la FECH durante la reforma universitaria, entre los profesores que dictarían los cursos.

⁴⁵ María Irene Soto, «Doce muertes cuestionadas» en revista *Hoy*, 22 al 28 de junio de 1987. Patricia Collyer, «La matanza de Corpus Cristi» (sic), en revista *Análisis*, 22 al 29 de junio de 1987. Paz Egaña, «La matanza de Corpus Christi» en revista *Apsi*, 22 al 28 de junio. Comisión Chilena de Derechos Humanos, «Antecedentes sobre las doce muertes acaecidas a raíz de operativos realizados por la Central Nacional de Informaciones entre el 15 y el 16 de junio de 1987» en revista *Apsi*, 3 al 9 de agosto de 1987.

⁴⁶ Sobre la presencia armada del FPMR en el velorio de Ricardo Silva, véase Fernando Valenzuela, *La rebelión de los decanos*, op. cit., p. 57.

saber si, al menos, alguna siembra había sido hecha. Mientras tanto parecían campear los versos de Nicanor Parra:⁴⁷

No creo en la vía pacífica
No creo en la vía violenta
Me gustaría creer
En algo —pero no creo
Creer es creer en Dios
Lo único que yo hago
Es encogerme de hombros
Perdónenme la franqueza
No creo ni en la Vía Láctea

EGRESADO, MAESTRO, ESTUDIANTE, VIBRÁ ENTERA LA UNIVERSIDAD...

En el panorama universitario de comienzos de 1987, el asunto más apremiante lo constituyó la situación financiera del sistema de educación superior. Como ya se indicó al hacer referencia a la Ley General de Universidades de 1981, la reforma al financiamiento de la educación superior había constituido uno de los pilares más importantes y novedosos de aquella nueva institucionalidad. La reforma en cuestión se proponía introducir mecanismos competitivos de asignación de recursos a las universidades a objeto de motivar una mayor eficiencia en el uso de los fondos fiscales sobre los que descansaba prácticamente la totalidad del financiamiento de las ocho universidades existentes a esa fecha, fueran públicas o privadas. Sin embargo, el diseño original del nuevo sistema no implicaba un menor aporte fiscal real a la educación superior, considerada en su conjunto. Más aún, adicionalmente al aporte fiscal a las universidades, que se mantendría constante respecto del año 1980 medido en moneda de igual valor,⁴⁸ el Estado se comprometía a aportar el Crédito Fiscal Universitario (CFU), a través del cual los estudiantes podrían financiar el arancel de sus carreras. En suma, se preveía que para 1986, el Estado aportaría una y media vez los recursos que aportaba en 1980 medidos en

⁴⁷ Nicanor Parra, *Antipoemas*, Seix Barral, Barcelona, 1972, p. 36

⁴⁸ Aunque ahora ese aporte estaría desglosado, por partes iguales para el año 1986, en el aporte fiscal directo (AFD) que financiaría la investigación y la extensión, y el aporte fiscal indirecto (AFI) que contribuiría a financiar la docencia y por el cual las universidades deberían competir intentando atraer a los alumnos con mejores puntajes de la prueba de selección universitaria.

moneda de igual valor, desglosados en partes iguales en el AFD, AFI y CFU.⁴⁹

Sin embargo, a poco de echarse a andar la reforma, las previsiones financieras de la misma se vinieron estrepitosamente al suelo, especialmente producto de la crisis económica de 1982 y 1983. En efecto, hacia 1986, el aporte fiscal a las instituciones de la educación superior, en términos de la suma de AFD y AFI, implicaba el equivalente nada más que a un 50,1% del aporte fiscal de 1980, medido en moneda de igual valor. Si a lo anterior se agregaba el CFU, el gasto fiscal total en el sistema de educación superior en 1986 era equivalente a sólo el 66,7% del gasto de 1980, es decir, menos de la mitad de los recursos que se había proyectado aportar para 1986. Para 1987, las previsiones no eran mejores. En efecto, aunque en términos nominales los recursos fiscales a la educación superior se reajustaban en un 8,3%, en realidad se producía una disminución neta de recursos por cuanto la variación anual del IPC había alcanzado al 17,4% en 1986.⁵⁰

El cuadro recién descrito se había traducido en una situación de deterioro persistente de las funciones universitarias, como asimismo de las condiciones de trabajo y de remuneraciones de sus trabajadores académicos y no académicos, y en severas dificultades de acceso a crédito fiscal para los estudiantes. Para centrarnos nada más que en la Universidad de Chile, su participación en el gasto fiscal en educación superior había descendido desde el 51,6% en 1974 al 43,1% en 1980, para caer al 28,1% a partir de 1981, porcentaje éste establecido por ley por concepto de AFD. Sin embargo, puesto que el aporte fiscal a la educación superior representaba en 1987 sólo un 50,1% del aporte fiscal del año 1980 medido en moneda de igual valor, cabía concluir que el fisco aportaba a la Universidad de Chile apenas un tercio de los recursos que le aportaba en 1980, y, lo que tal vez era más impactante, había que decir también que la Universidad de Chile, con sus persistentes reducciones presupuestarias, había absorbido el 96% del total de la reducción del aporte fiscal a las universidades.

Por otra parte, en la Universidad de Chile más del 90% del aporte fiscal directo se destinaba a financiar las remuneraciones de los profesores, y éstas habían experimentado una pérdida de poder adquisitivo del 45% desde el año 1981. En el caso de los funcionarios, la situación de remuneraciones era muy precaria, pues el sueldo promedio de los mismos era de 25 mil pesos de la época, equivalente a 7 UF aproximadamente. Hay que decir además que, al momento de producirse la separación de las

⁴⁹ Véase capítulo IV, p. XXX

⁵⁰ Revista *Análisis*, 27 de enero al 2 de febrero de 1987.

sedes regionales de la Universidad, así como del Instituto Pedagógico y del Instituto Politécnico, la Universidad de Chile había heredado todos los pasivos de sus antiguas sedes.

A pesar de todo esto, la Universidad de Chile realizaba, según estimaciones de CONICYT, más del 40% de las tareas de investigación del país, y prestaba servicios invaluableles en materia de extensión (Orquesta Sinfónica, Ballet, Teatro, Hospital Clínico José Joaquín Aguirre, etcétera).

En el caso de los estudiantes, no se conocían demasiadas cifras pero las que estaban disponibles ponían de manifiesto la gravedad de los problemas económicos en ese año 1987. Por ejemplo, en la Facultad de Ingeniería eran más de mil seiscientos los alumnos de pregrado, es decir, un tercio de la facultad, que por no haber suficiente disponibilidad de crédito fiscal, se encontraban en mora en el pago de sus aranceles. En la Facultad de Filosofía, Humanidades y Educación, el porcentaje de alumnos que no logró obtener crédito fiscal en el monto en que lo había solicitado era de 76% en Sociología, 72% en Antropología y 58% en Filosofía. En Veterinaria, la insuficiencia en los recursos para crédito fiscal forzó a quince estudiantes a abandonar sus estudios.⁵¹ El conjunto de las insuficiencias del sistema de financiamiento universitario desembocaba en un círculo vicioso, por cuanto las universidades, a objeto de incrementar sus ingresos, echaban mano al recurso de reajustar los aranceles de los alumnos nuevos por sobre el IPC y/o de aumentar las vacantes de manera inorgánica. Ante las menores disponibilidades de crédito fiscal, la posibilidad de los estudiantes de financiar a tiempo sus estudios en los montos requeridos se hacían más remotas.

No era de extrañar entonces que al regreso a clases en marzo de 1987, la preocupación por los aspectos económicos de la universidad estuviera en el centro del quehacer de todos los miembros de la universidad, desde el rector Soto hasta las asociaciones de funcionarios, estudiantes y académicos, agregando esta vez además a un nuevo actor, antes pasivo durante la intervención militar, y que en lo sucesivo alcanzaría altos niveles de asertividad en la deliberación de la situación del plantel: El Consejo Su-

⁵¹ La información sobre la situación económica de la Universidad y de sus miembros era fragmentada, y no se encontraba fácilmente accesible al público. Pese a todo, los datos disponibles ponían de relieve la magnitud del problema (revista *Realidad Universitaria*, núm 2, CERC, 1987, edición especial dedicada al Financiamiento Universitario; revista *Análisis*, 27 de enero al 2 de febrero de 1987; revista *Apsi*, 15 al 28 de diciembre de 1986; revista *Hoy*, 22 al 28 de junio de 1987; revista *Apsi*, 6 al 12 de julio de 1987; revista *Giros Universitarios* núm. 6, octubre de 1987, «¿El fin de la Universidad de Chile?»).

perior, compuesto por decanos elegidos en su casi totalidad por sus pares en procesos participativos tolerados por el rector, más algunos académicos de la más alta jerarquía.⁵²

El interés por este problema económico se hacía extensivo a la generalidad del sistema de educación del país. En marzo se había constituido el Consejo Nacional de Educación y Cultura, que reunía a las organizaciones gremiales de profesores (AGECH), de estudiantes secundarios (FESES) y la CONFECH. Por su parte, en esos mismos días el Comité Coordinador de Asociaciones de Académicos manifestaba preocupación por la exoneración de más de 130 académicos en todo el país, 35 de ellos dirigentes gremiales. En la generalidad de los casos se habían argüido razones presupuestarias para proceder a los despidos. Por este motivo, las asociaciones académicas del país decidieron coordinarse con la CONFECH para impedir que se consumara lo que diagnosticaban como la destrucción del sistema educacional, y dieron inicio a un proceso nacional de movilización por las remuneraciones.⁵³

En los meses siguientes, las acciones de las asociaciones estudiantiles y académicas a favor de sus demandas fueron persistentes. En ocasiones, la respuesta de los convocados a movilizarse fue débil, como ocurrió con la convocatoria a paro de la FECH del 11 de junio.⁵⁴ En otras, la respuesta era contundente, como fue el caso de la consulta de los académicos de la Universidad de Chile realizada entre los días 23 y 25 de junio. Con una participación superior al 90% del universo convocado (la totalidad de los profesores de jornada completa de la universidad), 2.541 académicos respaldaron la realización de un paro indefinido cuyo propósito era obtener del rector Soto una respuesta a sus demandas. Por la negativa, sólo lo hicieron 238 profesores.⁵⁵ Esta vez, y previo un proceso de consulta a los estudiantes, la FECH convocó a un nuevo paro simultáneo al de los académicos, a partir del 30 de junio, el que sí tuvo una respuesta favorable masiva.

Simultáneamente a todo lo anterior, el Consejo Superior, la generalidad de cuyos decanos había asumido sus funciones en el último año, desempeñó un rol articulador que, en la institucionalidad universitaria

⁵² No hay que olvidar que la designación y remoción de los decanos era atribución del rector, que podía ejercer discrecionalmente. Lo que el rector Soto se había limitado a hacer era a tolerar y consentir —en mucho menor medida promover— las manifestaciones de voluntad de los cuerpos académicos durante los años 1985 y 1986.

⁵³ Víctor Maldonado, *Evolución del movimiento estudiantil chileno entre 1985 y 1987*, op. cit., p. 143.

⁵⁴ *Ibid.*, págs. 154-155.

⁵⁵ Revista *Apsi*, 29 de junio al 5 de julio de 1987.

vigente, resultaba novedoso. En efecto, por primera vez desde que se inició la intervención militar de la Universidad, los decanos se constituyeron como Consejo Universitario convocándose de manera autónoma y sin la presencia del rector.⁵⁶ Por cierto, de estas reuniones no podían esperarse resoluciones que fueran vinculantes para la autoridad, pero ello implicaba de todos modos una circunstancia expectante: decanos elegidos por sus pares académicos asumían una actitud más proactiva en la gestión de los problemas de la Corporación y se constituían en un nuevo actor en medio de las relaciones entre la autoridad y la comunidad. Por otro lado, la mayor interacción entre los decanos fue sincrónica con una mayor apertura a los puntos de vista de académicos y estudiantes. En el caso de la FECH, desde el mes de mayo se realizaron reuniones periódicas y privadas de su directiva con miembros del Consejo Universitario en las cuales se avanzaba primero en la comprensión de los problemas económicos⁵⁷ y luego en concordar criterios respecto de cómo abordarlos. Como recuerda Carolina Tohá, «la relación con los decanos fue parte de nuestra estrategia de crear movimiento universitario. Aunque se nos criticaba que durante el año no habíamos hecho nada, cuando se produjo el conflicto con Federici, nosotros ya contábamos con una muy buena relación con

⁵⁶ Estas reuniones informales se celebraban en el Pueblito del Parque O'Higgins, y habían conseguido mantenerlas en reserva. Fernando Valenzuela, *La rebelión de los decanos*, *op. cit.*, p. 35.

⁵⁷ Es triste decirlo, pero hay que decirlo: A diferencia de los movimientos estudiantiles que dieron origen a las reformas universitarias de los años 60, que habían realizado durante los años previos sucesivas convenciones de reforma y con ello contaban con una comprensión incluso exhaustiva de la situación universitaria —más aún que las propias autoridades universitarias de la época en algunos casos—, en los 80, los miembros de la comunidad universitaria en todos sus niveles y estamentos adolecían de una pareja ignorancia en aspectos claves del quehacer universitario. Por ese motivo, sus acciones en este terreno corrían el riesgo de ser normalmente reactivas a situaciones de hechos consumados generadas por el gobierno. Consciente de este problema, la directiva de la FECH, en lo que se refería a la situación económica de la universidad, contaba con un grupo de apoyo que se había especializado en este tema, encabezado por dos estudiantes de Ingeniería, Mauricio Avaria y Rodrigo Sandoval. Ello contribuyó en gran medida a que los decanos pudieran comprender primero y hacer suyas después las reivindicaciones económicas de la comunidad universitaria (véase Mauricio Avaria y Rodrigo Sandoval, «Financiamiento Universitario: Efectos en los estudiantes», revista *Realidad Universitaria* núm. 2, CERC, 1997, págs. 49-61). La mayor o menor comprensión por la comunidad universitaria de la complejidad de la institución, será abordada con más precisión al evaluar el desenlace de la rectoría de Federici por Pablo Oyarzún, «La Universidad de Chile en crisis: Un par de consideraciones», revista *Realidad Universitaria* núm. 4, CERC, 1997, págs. 105-107.

los decanos. Nosotros no estábamos en la movida de tener un conflicto directamente con Soto». ⁵⁸ Y Germán Quintana agrega que «la estrategia de la FECH optó por apuntalar a los decanos, al Consejo Universitario, en la perspectiva de configurar un gobierno alternativo. La FECH proponía, en el fondo, un reordenamiento posicional de los estamentos que era bastante racional, porque ya no se trataba para nosotros de aparecer delante de los decanos, más a la punta y dejando la grande, sino concordando el proceso con ellos». ⁵⁹

De más está decir que la Asociación de Académicos también encontró oídos atentos y receptivos a sus preocupaciones en el Consejo Universitario. Pese a mantener ocasionales discrepancias respecto de la pertinencia y la forma de algunas movilizaciones gremiales de académicos y estudiantes, los decanos fueron haciendo suyos los planteamientos de la comunidad universitaria y los dirigieron al Rector Soto en un intento porque éste los suscribiera. Así, pese a estimar que el paro de los académicos aprobado en la consulta de fines de junio era inoportuno, el Consejo Universitario finalmente acogió lo sustancial de sus demandas. Con ello, los académicos suspendieron la paralización de sus actividades el 7 de julio, mientras que la FECH hizo lo propio el 10 de julio luego de reunirse con los decanos. Tanto Patricio Basso como Germán Quintana coincidieron en calificar al Consejo Universitario como su interlocutor válido por cuanto había asumido la defensa de la Universidad. Mario Mosquera, decano de la Facultad de Derecho, concluyó por su parte que «existía consenso en toda la dirección universitaria que el aporte estatal es insuficiente». ⁶⁰ Efectivamente, los decanos estimaron que para el año 1987 se requerían mil millones de pesos adicionales y que, en lo sucesivo, los presupuestos de la universidad debían suplementarse en dos mil millones de pesos por sobre la estimación presupuestaria hecha para 1987. ⁶¹ Este documento representó un amplio consenso del Consejo Universitario. Sin embargo, sólo un miembro del Consejo declinó suscribirlo: José Luis Federici, que subrogaba en el decanato de Economía a Sergio Melnick, nombrado hacía poco Ministro Director de Odeplan. Federici hizo llegar

⁵⁸ Entrevista Carolina Tohá, 19 de octubre de 1996.

⁵⁹ Entrevista a Germán Quintana, 19 de octubre de 1996.

⁶⁰ Víctor Maldonado, *Evolución del movimiento estudiantil chileno entre 1985 y 1987*, op. cit., p. 161.

⁶¹ El presupuesto de la Universidad para 1987 contemplaba originalmente un gasto cercano a los doce mil millones de pesos. «Carta del Decano Subrogante de Economía, Rodrigo de la Cuadra» en *El Mercurio*, 10 de septiembre de 1987.

al rector su punto de vista discrepante del parecer del Consejo en un documento aparte.⁶²

El rector Soto, reunido con la Junta Directiva el 14 de julio, analizó el documento preparado por el Consejo Universitario y algunos días más tarde hizo llegar al Ministro de Educación José Antonio Guzmán sus propias conclusiones. En dicho documento, el rector solicitaba del gobierno aportes presupuestarios adicionales para la Universidad. Por fin, el rector Soto, nada menos que la cuarta antigüedad dentro del Ejército, terminaba por hacer público un consenso creciente en toda la comunidad universitaria y se hacía parte de él: «Si comparamos hoy la Universidad de Chile con el resto de las principales universidades del país, tendremos que concluir que las remuneraciones promedio nuestras son las más bajas. Y hay una prueba muy clara: la mayoría de las universidades nos 'levantan' académicos porque pueden pagar más que nosotros».⁶³ Tras recibir el documento del rector, el gobierno permaneció en el mutismo por algunos días. El 30 de julio, Patricio Basso advirtió del reinicio de las movilizaciones académicas si no había respuesta satisfactoria, y el 6 de agosto se confirmó una convocatoria nacional de las asociaciones de académicos de 16 universidades a una nueva paralización de actividades para el día 25 de agosto, demandando un reajuste de remuneraciones de un 30%.

Aparentemente, el gobierno quiso congraciarse con los académicos y preparar el terreno para una próxima propuesta en respuesta a las solicitudes elevadas por el rector al ministro. El 5 de agosto, noventa académicos de la universidad concurren a un almuerzo con el general Pinochet, en el que estaba ausente el rector Soto. A la hora de los postres, Pinochet accedió a hablar. En su improvisación, indicó que había maneras de dirigir las instituciones universitarias que a él no le satisfacían en absoluto. Por ejemplo, había autoridades que, frente a cada problema sólo tenían imaginación para pedir más dinero al gobierno, con lo cual era muy sencillo ser autoridad. Continuó Pinochet señalando que «esto me recuerda un cuento muy popular en el Ejército: la historia del General que, enviado al frente de guerra para manejar una ofensiva, en la primera oportunidad que entra en contacto con el enemigo se siente rodeado por la tropa adversaria y reacciona de inmediato, tomando el teléfono de campaña pidiendo auxilio con urgencia. No señores, así no se gana la guerra, hay que arreglárselas con los medios que se dispone... En el Ejército nosotros tenemos lo que llamamos los generales tontos, que son aquellos

⁶² Fernando Valenzuela, *La rebelión de los decanos*, op. cit., p. 32.

⁶³ Revista *Realidad Universitaria* núm. 3, CERC, 1987. «Comentario universitario: La crisis de la Universidad de Chile», p. 18.

que cuando están perdiendo la batalla piden refuerzos». Al término de sus palabras, no hubo aplausos y, con parquedad, Pinochet invitó al bajativo.⁶⁴

El 12 de agosto, Pinochet pidió la renuncia al rector Soto y el 14 se comunicó la noticia a la opinión pública. Junto con ello, el Ministro de Educación dio a conocer las Bases para el Programa de Desarrollo del Sistema Universitario. No se anunció, sin embargo, el nombre de un nuevo rector ni medidas específicas para la Universidad de Chile. En estas circunstancias, el Consejo Universitario dirigió una carta al prorector Marino Pizarro. En ella, los decanos, con la sola excepción de Federici, proponían que, en conformidad con el estatuto, el Presidente de la República requiriera de la Junta Directiva de la Universidad una terna para elegir, de entre los nombres propuestos en ella, al nuevo rector. Sin embargo, el Consejo Universitario proponía una innovación no prevista en la normativa existente. En efecto, la carta sugería que la terna se formara tras una consulta a un claustro de los profesores de la más alta jerarquía de la Universidad. Los miembros del Consejo Universitario se permitían recordar además a Marino Pizarro que las peticiones de mayores recursos financieros para la universidad aún no recibían respuesta.⁶⁵

El 21 de agosto, y sin recurrir al mecanismo de la terna prevista en el estatuto de la universidad, Pinochet designó directamente a Federici rector de la universidad. Inmediatamente, el Consejo Universitario manifestó su disconformidad con la designación y lamentó que su propuesta no hubiera sido acogida. Entre los firmantes de la carta, y junto a los decanos, se incluyeron los consejeros académicos Fernando Monckeberg, Francisco Orrego y Fernando Riquelme.⁶⁶ El día lunes 24 de agosto los académicos y los estudiantes iniciaron un paro de actividades en rechazo a la designación del rector. Luego de un acto conjunto realizado en el ágora de la Facultad de Arquitectura, los estudiantes derribaron la reja que, al interior del campus Andrés Bello, mantenía aislada a la Facultad de Economía del resto de las unidades académicas del campus en una situación odiosa y que se había mantenido por años. El rechazo a la designación de Federici se entendía por varias razones: el proceso de salida del rector Soto implicaba por parte del gobierno un rechazo al planteamiento que había logrado unir a la casi totalidad de la comunidad universitaria en una exigencia de mayores recursos para la Universidad de Chile.

⁶⁴ Fernando Valenzuela, *La rebelión de los decanos*, op. cit., págs. 34-35. Revista *Apsi*, 24 al 30 de agosto de 1987.

⁶⁵ Revista *Realidad Universitaria*, núm. 4, CERC, 1997, dossier: «La crisis de la U», p. 16.

⁶⁶ Revista *Realidad Universitaria*, núm. 4, CERC, op. cit., p. 16.

Adicionalmente, implicaba un retroceso en el proceso de instauración de autoridades universitarias que respondieran a la voluntad de sus pares académicos. De hecho, el 20 de agosto, el ministro Guzmán había convocado a reunión de la Junta Directiva. En ella les había propuesto confeccionar una terna, siempre que incluyera el nombre de Federici. Sin embargo, no hubo acuerdo entre los miembros de la Junta Directiva y de hecho, entre los nombres sugeridos de manera espontánea en la reunión no figuró el de Federici. Sin embargo, el Gobierno estaba determinado a colocar a Federici en el cargo. Sin ir más lejos, tiempo después se supo que, en forma privada y con ocasión del almuerzo ofrecido a los académicos, Pinochet habló con Federici para ofrecerle el cargo. Al ver que el académico mostraba reticencia para aceptar por no estar cierto de poder realizar una gestión exitosa, Pinochet ironizó al respecto: «No sabía que usted, a medida que se hace más viejo, se pone más maricón». En esas condiciones Federici no disponía de mucho espacio para rechazar lo que Pinochet pedía. Cuando más tarde se le preguntara por las circunstancias de su designación, se limitaría a comentar, quizás respondiéndose a sí mismo en la búsqueda de una explicación a lo que le correspondería protagonizar en lo sucesivo: «He sido designado por el Presidente de la República. Y punto».⁶⁷

De ahí en más, se desató en la Universidad una polarización absoluta entre un rector colocado para llevar adelante un plan de racionalización de cuyos contenidos fue imposible enterarse a ciencia cierta,⁶⁸ y una comunidad universitaria que, con la sola excepción de la Facultad de Economía, resistió la designación del nuevo rector llevando la estrategia de ingobernabilidad hasta el paroxismo. El rechazo instintivo que producía Federici obedecía principalmente a dos razones. La primera de ellas, porque se estimaba que no era un profesor con los antecedentes académicos

⁶⁷ Fernando Valenzuela, *La rebelión de los decanos*, op. cit., págs. 34-46. Diario *La Época*, 31 de agosto de 1987.

⁶⁸ Dentro de la documentación disponible, existen algunas directrices oficiales tanto del gobierno, a través del MINEDUC, como de la propia rectoría. Sin embargo, se trata de documentos crípticos y/o muy vagos, que realizan nada más que la conjunción de un buen número de afirmaciones genéricas, o de buena crianza, y prácticamente tautológicas, acerca de la importancia de la autonomía universitaria, del gobierno universitario fundado en la jerarquía académica, y de la necesidad de emplear los recursos universitarios de manera eficiente. Véase, por ejemplo, Ministerio de Educación, *Bases para el Programa de Desarrollo del Sistema Universitario*, 15 de agosto de 1987 y *Declaración de Rectoría sobre el Plan de Desarrollo*, 1 de septiembre de 1987. Ambos documentos en revista *Realidad Universitaria*, núm. 4, 1987, CERC, dossier: «La crisis de la U», op. cit., págs. 12, 15 y 27.

que lo hicieran digno de ejercer el cargo de rector. Más aún, hubo quienes discutieron el que correspondiera considerarlo académico, por cuanto no realizaba labores de docencia ni investigación en la universidad, sino sólo prestaba servicios profesionales en la confección de encuestas para la Facultad de Economía. En el tiempo en que se desempeñó en el cargo de rector, dirigió un discurso televisado a través del canal de televisión de la universidad, y concedió algunas entrevistas en medios escritos. En todas esas ocasiones demostraba ser una persona que, más allá de sus competencias profesionales dentro del área de su especialidad, carecía de cualquier tipo de inquietudes intelectuales y de una visión más comprensiva de la complejidad de una institución preocupada del cultivo de valores espirituales superiores. Sin embargo, el rechazo más sustantivo que Federici despertó se fundaba en su anterior currículo como «racionalizador» de empresas públicas durante el régimen militar, las que habían sido jibarizadas una a una. En medio de la vaguedad con la que el rector y el gobierno enunciaban sus propósitos, de tanto en tanto figuraban enigmáticas menciones a ciertas medidas algo más concretas. Decía el propio Federici en su intervención por Canal 11: «Quiero insistir en que no existe un plan previamente concebido respecto de ninguno de estos temas (relativos al desarrollo de la universidad), sólo existe una decisión de llevar a cabo la descentralización y venta de activos prescindibles».⁶⁹ Por más que Federici insistiera que todo lo demás debía ser resuelto por los académicos en sus unidades, esta sola decisión manifestada con tanta amplitud, unido al currículo de quien la formulaba, producía los más negros augurios acerca del futuro de la universidad. En efecto, para muchos la racionalización bien podía traducirse en despidos masivos de miembros de la universidad y en la división de la universidad en varias instituciones más pequeñas agrupadas temáticamente: ese era el fin de la universidad de Chile, que había comenzado a ser despostada en 1981.⁷⁰

⁶⁹ Revista *Realidad Universitaria*, núm. 4, CERC, 1987, *op. cit.*, p. 33. Las cursivas son nuestras.

⁷⁰ Una vez más, no había nada explícito al respecto. Sin embargo, considerando la prepotencia con la que el gobierno había procedido a rechazar los planteamientos del Consejo Universitario hechos suyos por el rector Soto, y la total desconsideración hacia la comunidad académica con la que se había designado al nuevo rector, parecía no haber más alternativa que leer entre líneas y ser mal pensados cuando los partidarios de Federici emitían sus oráculos. Así, el mentor de Federici y sumo sacerdote del grupo llamado «Los Tucanes», Sergio Melnick, refiriéndose a la crisis desatada en la Universidad de Chile, sostenía: «En Chile, el problema de fondo está en el número y tamaño de las universidades. Hay muy pocas —especialmente privadas—, y algunas

Evidentemente, nadie se oponía al propósito de hacer un uso más eficiente de los recursos administrados por la universidad, y era también parte del inconsciente colectivo de los universitarios de la Universidad de Chile que en la estructura de la institución había necesidad de reestructurar unidades, funciones, cargos, evitar duplicidades, agilizar la gestión, etc. Sin embargo, semejantes afirmaciones tan genéricas no permitían por sí solas fundamentar ninguna medida específica. Lo que estaba en juego era la definición de lo que debería entenderse por «eficiencia en el uso de los recursos» tratándose de las funciones universitarias. Los pocos defensores de la designación de Federici miraban el problema sólo desde la perspectiva de las ciencias de la administración, y bajo ese prisma, parecía ser que el asunto debía estar sujeto al criterio de tener cifras azules al término del ejercicio. Por ese motivo, el Hospital José Joaquín Aguirre era ineficiente *per se* debido a sus crónicos déficits; o la relación de dieciséis mil estudiantes para cinco mil académicos era insatisfactoria por un motivo solamente aritmético; o la existencia de un Centro de Estudios Humanísticos en la Facultad de Ingeniería era injustificada por la sola razón de que ya existía una Facultad de Filosofía y Humanidades en otro lugar. Una vez más, no había disenso posible alrededor de la exigencia de hacer un uso eficiente de los recursos. Pero, ¿cómo se medía la eficiencia de la Orquesta Sinfónica, o del Ballet, o del Instituto de Nutrición y Tecnología en Alimentos, por nombrar sólo algunas de las dependencias de la universidad que no atendían alumnos ni realizaban docencia? El criterio contable como único estándar de eficiencia en la gestión, explicitado por los partidarios de Federici, era a todas luces superficial e insuficiente, y en el mejor de los casos, constituía una verdad a medias.⁷¹ Lo más probable es que transitando por este tipo de razonamientos, la Universidad de Chile tendría que confinarse en las funciones docentes y abandonar sus funciones de investigación y extensión, en las que tenía liderazgo nacional. Por

demasiado grandes para el tamaño relativo del país. Más aún, las más grandes operan con recursos del Estado y por ello son blanco predilecto de los movimientos políticos. Todo ello las convierte en objetivos políticos apetitosos». Sergio Melnick, «La Universidad, Chile y el futuro» en *El Mercurio*, 23 y 24 de agosto de 1987.

⁷¹ Para un desarrollo más extenso de esta discusión, véase Sergio Melnick, «La Universidad, Chile y el futuro», *El Mercurio*, 23 y 24 de agosto de 1987; «Carta del Decano Subrogante de Economía, Rodrigo de la Cuadra» en *El Mercurio*, 10 de septiembre de 1987; Jaime Lavados, «Conflicto Universitario» en *El Mercurio*, 14 de septiembre de 1987; Intervención por Canal 11 de televisión del Dr. Fernando Monckeberg», director del INTA, 17 de septiembre de 1987 (esta intervención sólo fue grabada pero no fue transmitida), transcrita en revista *Realidad Universitaria*, núm. 4, CERC, 1987, *op. cit.*, págs. 34-36.

lo demás, atendido el estrangulamiento económico a que había sido llevada por el propio gobierno, ¿no podía decirse tal vez que los académicos de la Universidad de Chile eran los más eficientes, de una eficiencia prácticamente heroica, si se comparaba su productividad en términos de su contribución a la investigación nacional, por ejemplo, con los sueldos que percibían, que eran los más bajos del sistema universitario y que iban en caída? Y por último, si se llegaba a establecer que efectivamente la Universidad de Chile constituía el paradigma de la ineficiencia, ¿no debían responder por eso quienes la habían administrado de ese modo durante el régimen militar, en lugar de responsabilizar a quienes habían padecido de esa administración? Alvaro Bardón, uno de los más tenaces defensores de Federici a lo largo de todo el conflicto, decía con toda crudeza: «Los académicos, con todo respeto, son empleados nuestros y tienen obligación de darnos cuenta». ⁷² ¿Y no debía dar cuenta el propio gobierno, que controlaba de manera omnímoda la institución desde hacía catorce años?

El enfrentamiento entre la rectoría y la comunidad no menguó durante dos meses. ⁷³ La desobediencia a los designios del rector fue absoluta. A una semana de haber asumido el cargo, la totalidad de la universidad, con la excepción de Economía, se encontraba paralizada. El 27 de agosto, más de dos mil estudiantes participaban de ocupaciones pacíficas en las facultades de Ingeniería, Derecho, Arquitectura, Ciencias, Artes, Filosofía y Medicina Veterinaria. El caricaturista Hervi publicó un dibujo en el que uno de sus personajes afirmaba que «Federici tiene todas sus facultades perturbadas». Frente a las tomas, el rector dispuso el desalojo de varias unidades académicas con el auxilio de la fuerza pública. Más aún, por estimar que no había obrado adecuadamente en el control de la situación en su facultad, Federici perdió la confianza en el decano de Derecho, Mario Mosquera, por lo que le solicitó su renuncia, a lo que Mosquera se negó. La FECH y la Asociación de Académicos declaraban reconocer como máxima autoridad de la Universidad al Consejo Universitario. A juicio de Germán Quintana, el Consejo Universitario debía asumir transitoriamente el gobierno de la universidad, y convocar a la comunidad académica a una elección directa del rector dentro del mes de septiembre, a objeto de completar el proceso de autonomía universitaria. ⁷⁴ El 6 de

⁷² Alvaro Bardón, «La excelencia pasa por el destape», en *El Mercurio*, 15 de septiembre de 1987.

⁷³ Una relación exhaustiva de los sucesos verificados durante la rectoría de Federici se encuentra en revista *Realidad Universitaria*, núm. 4, CERC, 1987, y revista *Giros Universitarios*, núm. 6, octubre de 1987 y núm., 7, noviembre de 1987.

⁷⁴ *El Mercurio*, 10 de septiembre de 1987.

septiembre, el rector cerró por ingobernables las Facultades de Filosofía y de Derecho. Sin embargo, los alumnos de ambas sedes desobedecieron la medida y mantuvieron ambas sedes abiertas. El 8 de septiembre se constituyó un Comité de defensa de la Universidad de Chile, encabezado por el ex rector Edgardo Boeninger, que durante todo el desarrollo del conflicto respaldó la acción del Consejo Superior.

Para el 9 de septiembre, el rector solicitó las renunciaciones a los decanos de Arquitectura, Hernán Montecinos; Ingeniería, Atilano Lamana, y Filosofía, Fernando Valenzuela. Al igual que Mosquera, los decanos afectados se negaron a presentar sus renunciaciones.⁷⁵ En contrapartida, los consejos de facultad de Ingeniería y de Química y Farmacia habían pedido la renuncia del rector. A través de la prensa, la opinión pública pudo enterarse que Federici había procedido a modificar la normativa universitaria y que la Contraloría había tomado razón del decreto 4.192, que le permitía nombrar vicedecanos sin requerir la opinión de los Consejos de Facultad y de la Junta Directiva. El 17 de septiembre se comunicó la exoneración de 35 académicos, todos ellos pertenecientes al Consejo Normativo de la Asociación de Académicos.⁷⁶ El Consejo Universitario solidarizó con los afectados, quienes anunciaron que se presentarían a trabajar al siguiente día hábil. Más allá de los límites de la universidad, distintas organizaciones sociales se movilizaban en respaldo de la comunidad universitaria que resistía al rector: colegios profesionales, asociaciones académicas de otras universidades, la masonería, y un largo etcétera. Federici anunciaba la reapertura de la universidad (¡que, pese a sus órdenes, de hecho nunca había estado cerrada!) y llamaba a reanudar las actividades. La imagen de estudiantes encaramados en la estatua de Andrés Bello y sacados de ahí por fuerzas especiales de Carabineros recorre el mundo. Miembros del Consejo Universitario y de la Junta Directiva realizaban gestiones o celebraban entrevistas informativas con miembros de la Junta de Gobierno, de la Conferencia Episcopal... la situación era febril y no se veía atisbo alguno de solución satisfactoria para ninguna de las partes.

En 24 de septiembre, la FECH convocó a la realización de un carnaval en el centro de la ciudad, a objeto de sensibilizar a la opinión pública con

⁷⁵ Vueltas que tiene la vida: los mismos estudiantes que habían querido defenestrarlo un año antes, ahora defendían al decano Valenzuela y lo instaban a resistir al rector permaneciendo en el cargo (revista *Realidad Universitaria*, núm. 4, CERC, *op. cit.*, p. 23).

⁷⁶ Simultáneamente, se estaban instruyendo sumarios a más de un centenar de estudiantes que habían sido objeto de detenciones en incidentes fuera de la Universidad, lo que ponía de manifiesto una estrecha coordinación entre la rectoría y el Ministerio del Interior. Mientras se sustanciaban los sumarios, los estudiantes afectados tenían prohibido su ingreso a los recintos universitarios.

los problemas de la universidad. La actividad, de carácter festivo, se desarrollaba pacíficamente frente al Teatro Municipal. Sin embargo, se vio interrumpida cuando un carabainero apostado en el sector disparó a la cabeza de la estudiante de piano María Paz Santibáñez, en los momentos en que ésta realizaba un rayado con pintura en un muro. Aunque las primeras versiones del gobierno y de carabineros insistían en que el funcionario policial había repelido un ataque de los estudiantes,⁷⁷ un video de la productora Tele Análisis desmentía concluyentemente esta hipótesis. En las imágenes no se captaba directamente el momento del disparo, pero algunos segundos más tarde la cámara lograba captar el cuerpo de María Paz Santibáñez atendido por un pequeño grupo de estudiantes mientras que, a un par de metros de ahí, el carabainero autor del disparo permanecía de pie, solo, sin que nadie se le acercara. Presumiblemente, la agresión a la estudiante se produjo fruto del descontrol del policía. Por precaución, y fin de evitar males mayores, el carabainero fue ingresado al interior del Teatro Municipal, donde se le facilitó ropa de civil. Sin embargo, al interior del Teatro se estaba realizando un ensayo de la Orquesta Filarmónica y del Coro del Teatro Municipal. María Paz Santibáñez era una persona conocida en ese círculo, en su condición de pianista, y al tenerse la noticia del ataque que había sufrido, muchos de los presentes en el ensayo enfrentaron al carabainero y lo golpearon. Esta golpiza fue atribuida a los estudiantes que se encontraban fuera del recinto.

Recuerda Carolina Tohá que «hubo un momento muy crítico, que fue cuando balearon a María Paz Santibáñez. Estábamos haciendo un acto muy festivo en las calles, por el centro. Al llegar al Municipal, se produjo este balazo y una reacción muy angustiada. Ví a la Pachi botada, sangrando, tiritando, algo siniestro. La llevamos al hospital, fue algo muy milagroso. Lo primero que nos dicen al llegar es que tenemos que dejar un cheque, no recuerdo cómo conseguimos uno. Y ella se internó y la dejamos ahí en buenas manos. Y a la noche nos llaman los de Tele Análisis para

⁷⁷ El comunicado de Carabineros afirma textualmente: «En circunstancias que un carabainero de la 32ª Comisaría de Tránsito regulaba la circulación vehicular en la intersección de Agustinas con San Antonio, fue rodeado por un grupo aproximado de 200 personas, que sin causa ni motivo justificado lo atacaron con golpes de pies, manos y objetos contundentes. Ante esta acción, el funcionario policial trató de retirarse hacia el Teatro Municipal. En ese lugar, y ante la persistencia de la agresión en contra de su integridad física, hizo uso de su revólver de servicio efectuando algunos disparos al aire con el objeto de amedrentar a los atacantes. Sin embargo, algunos sujetos trataron de arrebatarse el arma, en cuyo forcejeo un disparo hirió accidentalmente a la estudiante universitaria María Paz Santibáñez Viani, que participaba en los incidentes» (revista *Realidad Universitaria*, núm. 4, CERC, 1987, *op. cit.*, p. 39).

informarnos que tenían todo grabado. Fuimos a ver el video, y a las ocho de la mañana del día siguiente nos fuimos al Instituto de Estudios Internacionales, donde el Consejo Universitario estaba reunido. Nosotros les pedimos que nos recibieran. Los decanos se encontraban discutiendo acerca de la manera de bajarle la temperatura al conflicto, pero al ver el video, uno de ellos, no recuerdo quién, dice «Yo voy a conseguir que esto lo muestren en el Trece». No recuerdo si se dio el video por televisión, pero sí se supo que existía el video». ⁷⁸ En realidad, ese incidente marcaba un punto crítico. Hasta entonces, la movilización universitaria había mantenido un índice de disciplina, creatividad y coordinación bastante alto entre los diversos actores involucrados en la resistencia al rector. En general, se trataba de una desobediencia civil sin episodios de violencia física por parte de la comunidad universitaria. El disparo a María Paz Santibáñez, y la evidencia, obtenida gracias al video de Tele Análisis, de que el gobierno y Carabineros mentían, pudo haber significado el inicio de un espiral de violencia incontrolable a la que todos temían. No pocos pensaron que el episodio se parecía dramáticamente a los hechos que desembocaron en la caída del dictador Ibáñez en 1931, tras la muerte del estudiante de medicina Jaime Pinto Riesco, víctima de la represión policial. De hecho, el viernes 25 de septiembre, el centro de Santiago fue inundado de estudiantes que se enfrentaron a carabineros. Trágicamente, ambos bandos se sentían agredidos y reclamaban su derecho a la venganza. En los incidentes, hubo nueve estudiantes heridos por Carabineros, y la fuerza policial efectuó disparos en la Universidad de Santiago y en la Universidad de Concepción. Increíblemente, María Paz Santibáñez permanecía hospitalizada en calidad de detenida y con vigilancia policial.

El Consejo Universitario pudo reaccionar rápido, ayudado además por la tregua que ofrecía el fin de semana. Mientras se anunciaba por rectoría de la supresión de 50 cargos en las facultades de Odontología, Arquitectura y Filosofía, y se ofrecía un aumento de sueldo a los profesores que se reintegraran a sus actividades docentes, el Consejo Universitario procedió a convocar al primer claustro pleno de profesores titulares de la universidad desde los años de la reforma universitaria. El 29 de septiembre se reunieron más de 400 profesores, que representaban a más del 60% de los profesores titulares. Luego de catárquicas intervenciones de prohombres como Antonio Bascañan, Igor Saavedra, Lucía Invernizzi, Herman Niemeyer, Luis Izquierdo y Félix Schwartzmann, se concordó en una escueta resolución que daba su respaldo a lo obrado por el Consejo Universitario, apoyaba su propuesta de normalización de la Univer-

⁷⁸ Entrevista a Carolina Tohá, 19 de octubre de 1996.

sidad de Chile que consideraba la salida del cargo de rector de Federici, pedía la derogación de las medidas administrativas adoptadas en contra de decanos, académicos y estudiantes, y llamaba a la suspensión de actividades docentes de la universidad hasta que se obtuvieran los objetivos mencionados.⁷⁹

Por su parte, el rector seguía dando palos de ciego. El 1 de octubre exoneró al decano de Artes, Luis Merino, y a la vicedecano Gilda Hernández; al decano de Química y Farmacia, Hugo Zunino, y a la directora del Instituto de Estudios Internacionales, Pilar Armanet. Además, anunció un sumario en contra del dr. Fernando Monckeberg, que se había destacado como una de los voceros del Consejo Universitario. El 6 de octubre, se dicta un decreto de rectoría que quita a los decanos la atribución para decidir la contratación y remuneración de los docentes, concentrándola en el rector. El 9 de octubre, Federici solicitó la renuncia al vicedecano de Derecho, Juan Colombo, quien subrogaba a Mosquera pero que mantenía continuidad de ideas con él. Además, ese día fueron exonerados 36 académicos de la Facultad de Artes. El 13 de octubre, se ordenó la suspensión del pago de asignaciones a los académicos hasta no haberse comprobado que habían realizado sus obligaciones; el 14 se determinó realizar un control obligatorio de asistencia a clases. El día 17, rectoría amenaza con cerrar el año académico. El 21, el general Pinochet ratificó en el cargo a Federici. El 23, se exoneró a los decanos de Veterinaria, Hugo González, y a los vicedecanos de Odontología e Ingeniería, Antonio Aguirre y Francisco Brieba, respectivamente.

La resistencia se hizo cada vez más extendida al conjunto de la sociedad chilena. Las iniciativas se multiplicaban y se llevaban a cabo en una rara combinación de autonomía de quienes las realizaban y coordinación y armonía con el movimiento general: la barra FECH de la «U» protestaba contra Federici en los estadios; se realizaron dos multitudinarias maratones culturales en defensa de la Universidad, una de ellas además para reunir fondos en beneficio de María Paz Santibáñez; catorce estudiantes iniciaron el 29 de septiembre una huelga de hambre. Pese a que inicialmente se proponían realizar su ayuno hasta que Federici renunciara, gracias a la mediación del Cardenal Raúl Silva Henríquez finalizaron su acción 17 días después de haberla comenzado.⁸⁰

⁷⁹ «Acuerdo del Claustro de Profesores Titulares» en revista *Realidad Universitaria*, núm. 4, CERC, 1987, *op. cit.*, p. 40.

⁸⁰ Andrés Urruticoechea, «Por la Universidad y su futuro» en revista *Giros Universitario*, núm. 7, noviembre de 1987, p. 5.

Al cabo de dos meses de conflicto desde la designación de Federici en el cargo de rector, se estaba llegando a un punto muerto, un empate catastrófico. El rector no era obedecido por casi nadie en la universidad, pero permanecía ahí. El movimiento universitario estaba comenzando a manifestar señales de agotamiento. La solidaridad manifestada por el conjunto de la sociedad chilena no podía mantener la intensidad que había tenido hasta entonces. Mal que mal, fuera de la universidad todos tenían sus propios asuntos que atender. Un paro nacional de asociaciones de académicos acordado el 16 de octubre se suspendió el 19 por considerarse finalmente inconducente. Por su parte, un paro del CONFECH en apoyo de la Universidad de Chile fracasó el día 20. El día 17, un grupo de estudiantes, actuando por su propia iniciativa, rayó los muros del domicilio particular de Federici y el 23, la CNI informó de la presencia de un explosivo en el jardín de la casa del rector.

En este punto muerto, lo que podía inclinar la balanza era determinar si acaso sería posible terminar el año académico o si éste finalmente tendría que ser cerrado, dándolo por perdido. El 23 de octubre, haciendo uso de las facultades que le otorgaba el decreto 4.192 recientemente aprobado, Federici procedió a designar decano y vicedecano en la Facultad de Derecho. El académico designado para encabezar la facultad fue Jorge Iván Hübner. El 27 de octubre, un día después de asumir su cargo, más de doscientos estudiantes encararon a la nueva autoridad y procedieron a desalojar el mobiliario de la oficina del decanato, dejándolo en el patio del frontis de la facultad. Al día siguiente, la portada de *El Mercurio* publicó una foto en la que daba cuenta del episodio. Sintomáticamente, el estudiante que aparecía sentado en el sofá del decanato era un sobrino directo del propio decano recién asumido, Gaspar Hübner, alumno de cuarto año. En vistas que la nueva autoridad no inspiraba ningún respeto, el rector Federici decidió el cierre de la facultad hasta el 6 de diciembre. El 28 de octubre renunciaron los miembros de la Junta Directiva, mientras que el Consejo Universitario, reunido con casi trescientos académicos miembros de los consejos de facultades, concordaba en un plan de normalización de la universidad con el propósito de salvar el año académico. En la práctica, el gobierno real de la universidad se había radicado, por fin, en el Consejo Universitario.

Una de las mayores preocupaciones del gobierno militar consistía en que una derrota de Federici como rector en la Universidad de Chile se convirtiera en un precedente funesto para el año 1988, en el que Pinochet se proponía someter a plebiscito su permanencia en el poder por un nuevo período de ocho años. Alvaro Bardón había sincerado el punto de vista del gobierno algunas semanas atrás al señalar que «si Pinochet saca a

Federici, el próximo año lo voltean a él...».⁸¹ Sin embargo, la permanencia de Federici en el cargo se estaba convirtiendo en sinónimo de desgobernio, y se lo veía imposibilitado de encabezar la reanudación de actividades con lo que el año académico se encaminaba irremisiblemente a su cancelación. En un hecho quizás inédito en todo el período de intervención militar de las universidades, el 28 de octubre en la tarde y sin previo aviso, Pinochet se apersonó en un recinto universitario, en la Facultad de Derecho, y realizó un recorrido por sus dependencias, sorprendiendo a moros y cristianos. En el apuro, sólo pudo ser acompañado por el profesor de Derecho Administrativo Hugo Caldera. Luego de inspeccionar el lugar —lienzos y carteles contrarios al rector y al gobierno, ausentismo generalizado de estudiantes y profesores, parálisis de todas las actividades—, Pinochet se dirigió a Caldera y masculló, con humor bilioso, el compendio de lo que constituía su pensamiento universitario (¿su pensamiento en general?) en apretada síntesis de apenas dos palabras: «Quiero nombres».⁸²

A la mañana siguiente, Federici retiró sus pertenencias de la oficina de rectoría y se retiró por la puerta trasera de la universidad. DINACOS informó que había sido aceptada su renuncia y que se designaba como nuevo rector a Juan de Dios Vial Larraín, hasta ese momento decano de la Facultad de Filosofía de la Universidad Católica. Al conocerse la renuncia de Federici, un improvisado carnaval estudiantil se desató en el centro de Santiago, en las proximidades de la Casa Central de la Universidad, siendo disuelto, era que no, por el *huáscar*. La orquesta y coro sinfónicos suspendieron su ensayo de una sinfonía de Mahler y, bajo la dirección de Francisco Rettig, interpretaron el Himno de la Universidad: «En ti canta la vida su coro / nada muere pasando tu umbral / Juventud, como un río sonoro / agua fresca de la Eternidad / No eres sólo el hogar de la Ciencia / yunque nuevo de un nuevo metal / También eres la sangre y la fuerza / alas firmes de la libertad».

¿GANAMOS O PERDIMOS?

Al cabo de cinco meses de haber asumido como nuevo rector, de las ilusiones que se habían alcanzado a incubar respecto de la gestión de Juan de Dios Vial Larraín, ya no quedaba nada. El gobierno militar lo había

⁸¹ *La Época*, 12 de octubre de 1987.

⁸² A juicio de Pinochet, todo el problema se debía a la acción de agitadores que impedían, mediante coerción, que los alumnos asistieran a clases (revista *Realidad Universitaria*, núm. 4, CERC, 1987, p. 62).

dotado de atribuciones que ni siquiera los rectores militares tuvieron. Durante el primer año de su gestión, se suspendió el funcionamiento de todos los organismos colegiados contemplados en la estructura de la Universidad de Chile, y sus atribuciones se radicaron en la persona del rector, quien podría delegarlas en quienes él mismo designara.⁸³ Vial se había definido a sí mismo un «hombre libre» que llegaba a la universidad en «misión de paz». La comunidad universitaria, exhausta y preocupada por salvar el año académico, le extendió un cheque en blanco de confianza en el entendido que Vial representaría ante el gobierno los intereses que habían sido defendidos durante la resistencia a Federici. No obstante, el regreso a las actividades en el mes de marzo, cuando aún estaba en curso el año académico de 1987, sorprendió a todos con el hecho que la situación, en relación a cómo se encontraba al momento de renunciar Federici, permanecía en un *statu quo*, si es que derechamente no cabía calificarla de un retroceso. En efecto, el aporte fiscal a la Universidad de Chile era un 14,7% inferior al de 1987 y el alza de aranceles para los estudiantes nuevos era un 10% por sobre la variación del IPC. Los más de cien académicos que habían sido exonerados sin motivo alguno por Federici permanecían en una situación de indefinición, mientras que más de un centenar de alumnos seguían sumariados, aunque sin que pesara sobre ellos la condición de suspendidos de sus actividades académicas. Por su parte, y a pesar de haber nombrado dos comisiones (un Consejo Asesor y una Comisión Central de Estructura) compuestas por académicos de alto prestigio, con el propósito de discutir con ellas los criterios de la futura gestión universitaria, los integrantes de las mismas se mostraron enteramente sorprendidos cuando, por fin, el 25 de marzo Vial anunció una radical racionalización de la universidad, que en lo fundamental, reproducía los criterios impulsados por el mismo grupo que se empeñó en colocar a Federici a la cabeza de la corporación: los Tucanes, respaldados por el Ministro de Hacienda Hernán Büchi. Esto significaba menor financiamiento fiscal, reducción de las funciones de extensión artística de la universidad, jubilación anticipada de académicos, formación de nuevos campus temáticos con orientaciones más profesionalizantes.⁸⁴ El rector parecía faltar a la verdad cuando sostenía que este plan sí había sido objeto de consulta con sus dos organismos asesores. Fue desmentido por profesores como Igor Saavedra y Jaime Lavados. Este último renunció a seguir participando de la Comisión Central de Estructura, y otro tanto hizo el

⁸³ *La Época*, 31 de octubre de 1987.

⁸⁴ María Olivia Monckeberg, «¿Quién se mueve detrás de Vial?» en *La Época*, 3 de abril de 1988.

profesor Luis Izquierdo, quien en la carta en que comunicaba su decisión a Vial le reprochaba su «falta de respeto» al haberlos convocado a formar parte de una instancia en la que en la práctica, el propio rector demostraba no confiar.⁸⁵ El profesor Fernando Valenzuela, que a los pocos días de haber asumido el nuevo rector había llamado a apoyarlo, definiéndolo como un «hombre de honor, por lo que los decanos le entregamos el corazón y la cabeza»,⁸⁶ unos años más tarde evaluaba retrospectivamente que «en algunos aspectos (el rector Soto) fue más democrático y participativo que el rector Vial, que sucedió al profesor Federici en el solio de Bello. Los militares consideraban un error del rector dar participación a los universitarios («el hambre llega comiendo»). El rector Vial, que aprendió muy bien esta lección, fue más cauto que Soto Mackenney, no aceptando simplemente ninguna participación de elecciones en la Universidad».⁸⁷ Citando al decano Zunino, de Química y Farmacia, declara que «El rector que sucedió a Federici había dicho en noviembre de 1987 que venía a imponer la paz. La verdad es que impulso un sistema personalista, a través del cual el gobierno de la época disimuló, lo mejor que pudo, su derrota. La esperanza y confianza en una gestión de real nivel universitario —que se alojó en el alma de muchos miembros del Consejo Universitario que habían sido artífices de la victoria— se derrumbaba durante 1988, al compás de estrambóticas estrategias y medidas que dividían a los académicos».⁸⁸

En el fondo, lo que había ocurrido es que entre los actores universitarios había una deficiente comprensión de la complejidad de la institución y de sus problemas. Al evaluar el episodio de mancomunada resistencia al rector Federici, Pablo Oyarzún sostuvo que en esa ocasión se hizo perceptible «una suerte de memoria histórica latente depositada en sus miembros antiguos o nuevos: una memoria referida a sentido, funciones y prácticas de la universidad, no suprimida por los muchos años de intervención... No obstante, tal vez no sea erróneo decir que esa memoria no ha llegado a declararse en sus propios términos, a articularse y, sobre todo, a proyectarse atinadamente. Quizás no sea erróneo decir que en todo el tiempo de agudización de la crisis —durante todo el breve e intenso «lapso Federici»— no se establecieron, al par de la movilización sin duda fecunda, instancias de deliberación estructurada que se hicieran cargo de la historia de la Universidad de Chile, que acometiesen una evaluación

⁸⁵ *La Época*, 27 de marzo y 1 de abril de 1988.

⁸⁶ *La Época*, 17 de noviembre de 1987.

⁸⁷ Fernando Valenzuela, *La rebelión de los decanos*, *op. cit.*, p. 40.

⁸⁸ Citado por Fernando Valenzuela en *La rebelión de los decanos*, *op. cit.*, p. 187.

más profunda del presente, que ensayasen perspectivas cimentadas acerca de su futuro». ⁸⁹ La necesidad de una racionalización, que según una encuesta de *El Mercurio* era respaldada por un 80% de los académicos, no definía de modo inequívoco el prisma bajo el cual esa racionalización debía hacerse: si bajo la lógica de la racionalidad económica, teniendo a la eficacia en condición de ídolo supremo, o si bajo el principio de la deliberación realizada por la comunidad universitaria como cuerpo, concluía Oyarzún. Mientras la ausencia de comprensión de la situación universitaria en general y de la Universidad de Chile en particular campearan, difícilmente podría la comunidad universitaria, incluso unida, evitar dejarse confundir por la hábil muñeca del rector Vial, aunque se negara a aceptar la prepotencia de los tecnócratas. Más tarde, cuando en los años 90 haga explosión el sistema de universidades privadas, la desorientación al interior del conjunto del sistema de la educación superior será cada vez mayor, y las preguntas acerca de la función pública de la educación superior y de la necesidad o no de universidades estatales y, eventualmente, nacionales, se harán más difíciles de enfrentar. ⁹⁰

Los estudiantes de la FECH, por su parte, producido el derrumbe de Federici y con el propósito de salvar el año académico, resolvieron postergar las elecciones de directiva para el mes de mayo de 1988. En el intertanto, se designó un comité ejecutivo transitorio integrado por nueve personas: la consagrada dupla Quintana-Tohá, y siete miembros del Consejo de Vocales, que representaban al Frente Universitario y Renovación Nacional, desde la derecha, hasta los comunistas por la izquierda. Aunque las relaciones con Vial no fueron buenas, a decir verdad la Federación se desentendió relativamente temprano del filósofo-rey y su rectoría irrelevante, y se concentró en el siguiente proceso de renovación de directiva. Por cierto, hubo toda clase de especulaciones acerca de si la resistencia al rector Federici podía considerarse o no un triunfo o una derrota del movimiento universitario. Muchos afirmaron que de no ser

⁸⁹ Pablo Oyarzún, «La Universidad de Chile en crisis: Un par de consideraciones» en revista *Realidad Universitaria*, núm. 4, CERC, 1987, p. 105.

⁹⁰ Al cabo de veinte años de su puesta en marcha, se cuenta con un sistema de más de medio centenar de universidades. La evaluación del resultado alcanzado aún no se ha hecho. Una descripción del sistema se encuentra en Andrés Bernasconi y Fernando Rojas, *Informe sobre la educación superior en Chile: 1980-2003*, Editorial Universitaria, Santiago, 2004. Un enfoque crítico acerca del sistema, sus incoherencias, asimetrías, discriminaciones e incluso aberraciones, puede encontrarse en Rodrigo Alvaay (editor), *Universidades: La institución amenazada*, Ediciones Chile-América Cesoc, Santiago, 1998.

por Federici, la Fuerza de Cambio habría naufragado en las Galernas, y que el episodio de Federici no era más que el canto del cisne de la FECH. Concedido. Pero, puesto que la diosa fortuna había colocado en el camino de la Fuerza de Cambio a Federici, ¿cómo evaluar en ese momento estelar la gestión de la FECH? ¿No implicaba acaso que, aunque no acertaba a dar con la «solucionática» para el movimiento estudiantil, al menos sí se había asomado a sus verdaderas problemáticas presentes? Para decirlo en el extremo de la paradoja: ¿Fracasaba la Fuerza de Cambio por la misma causa que le daba la razón en su modo de ver el momento estudiantil universitario? Al cabo de dos meses de batalla contra el rector Federici, parecía que algo sí se había sembrado: una mayor sensibilidad para potenciar un movimiento universitario más diverso y creativo; vinculado y comprometido con los académicos y trabajadores de la Universidad, que valoraba la experiencia del pluralismo y el respeto hacia los otros miembros de una comunidad académica a los que antes miraba con desdén; que recreaba la amistad cívica entre los propios estudiantes y que dejaba la puerta abierta para numerosos aprendizajes, más allá del retroceso objetivo que significaba Vial en la rectoría. La discusión ha sido mantenida por años en numerosas sobremesas y se adentra derechamente en lo que Popper calificaría dentro de los dominios de la pseudociencia, proposiciones respecto de cuya verdad o falsedad no cabe verificación o falsación concluyente alguna. ¿Ganamos o perdimos?, se preguntaba el editorialista de la revista *Giros Universitarios*: crecimos, y eso es motivo de alegría, era su respuesta.⁹¹

Por cierto, nada de lo anterior podía ser suficiente garantía de que los aprendizajes fueran bien hechos, y siempre permanecerá abierta la posibilidad de desaprovechar las oportunidades que las circunstancias proporcionan. En la elección de mayo de 1988, el tema medular fue el de la participación de la FECH en el plebiscito de la sucesión presidencial, especialmente en lo concerniente a conseguir una masiva inscripción juvenil en los registros electorales. Formalmente, un retorno al Imperativo Nacional. La lista triunfante, «Por la democracia con unidad y movilización: NO a la dictadura», que anticipaba en la universidad lo que más tarde sería la Concertación de Partidos por el NO, y que estaba encabezada por el DC Andrés Lastra, obtuvo un holgado 61,5% de los votos válidamente emitidos, imponiéndose a la lista «Con Unidad y Movilización venceremos», de comunistas y miristas, encabezada por Gonzalo Rovira, que alcanzó un 28,1%. A pesar del llamado a la abstención del Frente Universitario, la participación electoral alcanzó al 66,8% del universo convocado. Entre

⁹¹ Revista *Giros Universitarios*, núm 7, noviembre de 1987.

los datos que merecían ser leídos con más finura, sobresalía la impactante votación de Carolina Tohá como candidata al Consejo de Vocales, con 1.062 votos, apenas doscientos votos menos que su votación obtenida a fines de 1986 cuando fue candidata a la directiva, y los 657 votos de Gastón Suárez, también candidato a vocal.⁹² Ambos candidatos se encontraban entre los estudiantes más identificados con la tesis de la Fuerza de Cambio.

Sin embargo, cuando un año más tarde, ya producido el triunfo del NO en octubre de 1988, se renovara la directiva de la FECH, el tema recurrente dentro de la campaña fue la necesidad de repensar la universidad en la perspectiva del retorno a la democracia, como asimismo el movimiento estudiantil, cuya crisis era admitida por casi todo el espectro de opiniones.⁹³ En aquella ocasión, las alianzas variaron sustancialmente respecto del año anterior. Entre gallos y medianoche, la intervención de las dirigencias políticas adultas de los diversos sectores del socialismo logró construir una lista de izquierda con el sólo propósito de presionar, en el mundo social, al Partido Demócrata Cristiano a objeto que aceptara formar una alianza política más abierta con miras a un primer gobierno democrático tras las elecciones que se realizarían en diciembre de 1989. Aunque la lista conjunta de la DCU y los socialistas se encontraba concordada con anticipación, finalmente, los socialistas —arriando las banderas del basismo que los habían caracterizado por años— consiguieron aislar a la DCU y estructuraron una lista cupular de izquierda en la que, a pesar de constituir por lejos la primera fuerza electoral dentro de la coalición, los comunistas sólo ocupaban el cuarto cargo de la directiva. Sin embargo, el detalle más significativo de estas elecciones resultaba de comparar las cifras con el año anterior.

	1988	1989
Universo de votantes	22.880	23.786
Total de votos emitidos	14.459	13.708
Abstención	8.431	10.078
DCU	3.519	3.526
Izquierda	8.312	6.077
Derecha	0	2.502

⁹² Revista *Giros Universitarios*, núm. 10, junio-julio de 1988, p. 3. A modo de comparación, hay que señalar que en la anterior elección de vocales de 1986, la primera mayoría individual la obtuvo Guido Girardi con una votación inferior a 350 votos.

⁹³ *La Época*, 19 y 21 de mayo de 1989.

A pesar de ganar con holgura la primera mayoría relativa, la lista de izquierda «Unidad por el Cambio y la Democracia» encabezada por el PPD Marco Núñez, no lograba la mayoría absoluta, contra todo pronóstico. Más aún, a pesar de tratarse de un universo electoral más amplio que el de 1988, era mayor la abstención en términos porcentuales y absolutos, superando el 40%. Y este dato era más grave considerando que, esta vez y a diferencia de 1988, sí se presentó una lista de derecha, «Trabajando por la Universidad», que obtuvo 2.502 votos con un 19,52%. ¿De dónde se había producido una fuga de votos para beneficiar a la derecha y a la mayor abstención? Al comparar las votaciones de vocales de 1988 con las votaciones de directiva de 1989,⁹⁴ se advertía que la DCU mantenía su votación en términos absolutos (3.519 votos en vocales en 1988 contra 3.526 votos a directiva en 1989), aunque la disminuía en términos porcentuales al tratarse de un universo electoral de mayor tamaño. Por su parte, las fuerzas de izquierda, en la votación de vocales de 1988 acumulaban 8.312 votos, mientras que en la elección de directiva de 1989 obtenían nada más que 6.077 votos.⁹⁵ Y esto era verdaderamente impresionante. Las fuerzas de izquierda, tradicionalmente entre las más activas de la universidad, experimentaban en sólo un año una sangría que, en términos porcentuales, implicaba una declinación superior al 10% del universo total de electores, en beneficio de la abstención y de la candidatura de derecha.

Aunque con la llegada de la democracia las federaciones estudiantiles parecieron tener un segundo aire en términos de representatividad y participación, en la medianía de los años 90 la crisis era aguda. Algunos años después del episodio de «Las manos limpias», la FECH se encontraba disuelta en 1994, tras situaciones escandalosas en materia financiera, y resurgía con dificultad y modestia un par de años más tarde.

⁹⁴ Por cierto que dicha comparación no es la óptima. Sin embargo, al haber listas a directiva de la FECH que eran con los cargos abiertos en unos casos, y cerrados en otros, tampoco era posible la comparación en una misma elección de un año a otro. Por lo mismo, la comparación que aquí se propone debe entenderse como una mirada gruesa a un hecho de fondo, con abstracción de una mayor precisión. Además, se omite el resultado de algunas listas de menor convocatoria y de adscripciones políticas o ideológicas menos tradicionales.

⁹⁵ Las cifras para el año 1989 están publicadas en *La Época*, 2 junio de 1989.

A modo de epílogo

El filósofo Jorge Millas mantuvo durante los años de la reforma universitaria una consistente oposición a las tesis del cogobierno estudiantil. En una ocasión, ante el argumento que la FECH de los 60 representaba más de 60 años de experiencia de luchas universitarias, él retrucaba fulminante: «Los sesenta años de una agrupación de adolescentes no convierten a sus miembros en sexagenarios, y si se pudiera echar sobre ellos el peso de tantos años, no podría ser otro que el de sesenta años de inexperiencia adolescente».⁹⁶ ¿Quiso significar con ello que los estudiantes nada fecundo tienen que decir acerca del devenir de las universidades de las que forman parte? Si así fuere, entonces tendríamos que discrepar de Millas. Por cierto, los estudiantes pueden cometer muchos errores en su pertenencia a la universidad y por diversos motivos su contribución a la misma no es comparable a la de los académicos. Sin embargo, en no pocos momentos de la historia de la universidad han sabido desempeñar papeles que han significado contribuciones sustantivas a la educación, la universidad y la sociedad chilena, incluso adelantándose a los propios académicos. En este recorrido hemos podido examinar muchos dilemas persistentes en las formas en las que los estudiantes de la universidad de Chile intentaron ser ciudadanos de su universidad. Los jóvenes de después del golpe de Estado no estaban en condiciones de decir «sólo ayer éramos dioses», como sí lo creyeron los jóvenes de los años sesenta.⁹⁷ Por más que los jóvenes de los setenta y ochenta intentáran mirarse en el espejo de sus predecesores, la imagen que recibían de regreso era irreconocible. Para los jóvenes que vivieron la universidad intervenida, el mundo resultó básicamente hostil y tuvieron que forjarse una situación en él no desde el privilegio de ser un grupo social mimado por la sociedad, sino desde la precariedad de quienes tuvieron que luchar por la defensa de la vida y la restauración de un mínimo de civilidad al interior de una institución que debía servir al cultivo del espíritu pero que los enfrentó de manera frontal con la muerte misma. En ese cambio de escenario los jóvenes que querían libertad en la universidad y democracia en Chile, muchas veces vacilaron: vanguardistas o basistas; militantes o culturalistas; políticos o gremialistas; heroicos o escépticos; apesadumbrados o joviales. Hasta el día de hoy, cuando ya han dejado la universidad, no pueden dejar de

⁹⁶ Jorge Millas, *Idea y defensa de la Universidad*, Santiago, Editorial del Pacífico, 1981, p. 48.

⁹⁷ Eugenio Tironi, *Sólo ayer éramos dioses*, Santiago, La Torre de Babel, Ediciones SUR, 1984, págs. 17 y siguientes.

interrogarse acerca de todo lo hecho, de si acaso tuvieron razón o no, cuándo y quiénes, y si de todo ello queda todavía algo. Mucho más aún al constatar que el sistema de las universidades chilenas, tras la explosión de instituciones privadas en los años 90, ha terminado por pulverizar nuestras antiguas concepciones y referencias sobre la Universidad de Chile y las universidades tradicionales: ¿Tiene sentido pretender una universidad nacional, o al menos pública? ¿Y qué hay respecto de la democracia y la contribución de una generación a ella? ¿Pueden las buenas causas a las que se adhirió en el pasado garantizar que en el futuro esta generación que vivió la universidad durante la intervención militar no transigirá en los mínimos de la decencia y el compromiso con la reconstrucción de un país incluyente y democrático? Una hipótesis formulada por un testigo de esos años, sostiene que «la generación de los 60, de tanto desilusionarse, ha terminado por abrazar el pragmatismo. En cambio, a nosotros, no habiendo abrigado ilusiones no nos ha cabido desilusionarnos. A lo más nos ha quedado la alternativa de guardar cierta honestidad con nosotros mismos. En el fondo, nos ha tocado como destino mirar al escepticismo cara a cara. Quizás, por lo mismo, la única claridad compensatoria de que entonces disponíamos y a la que ojalá todavía podamos recurrir, tiene que ver con la amistad.. El cinismo admitía éste su único límite».⁹⁸ Situado en una perspectiva muy distante, Gonzalo Rovira, tal vez uno de los dirigentes que más polarizó a los estudiantes de la Universidad de Chile en los 80 distinguiéndolos entre partidarios y adversarios furibundos, resume en la misma dirección su propia experiencia: «La FECH es algo glorioso, patrimonio de todo este país. Lo más increíble es que todos la defienden. Aunque no se crea, una de las cosas que permitió que la FECH sobreviviera en los ochenta fue que hasta los sectores de derecha la defendían, eran conscientes de esta condición de ser la FECH patrimonio de todos. Y aunque perdían en la FECH, los de derecha se sentían en la gloria de poder participar en ella. Una vez, después del atentado a Pinochet, estaba yo clandestino y me dirigía a una reunión. En el trayecto, me encuentro a boca de jarro con un dirigente de derecha de la Universidad de Chile: «¡Hola Gonzalo! ¿Estás bien? ¡Por favor, cuídate!...» y nos despedimos. El estaba en otro lado, en otras opciones, tal vez iría a reunirse con su gente y comentaría que había visto a Rovira, pero en ese minuto él tenía claro que éramos todos de la FECH y que seguiríamos siéndolo. ¡Esa es la FECH!».⁹⁹

⁹⁸ Alfredo Jocelyn-Holt, «Tras la lectura de Santiago Cero», posfacio a la novela de Carlos Franz, *Santiago cero*, Seix Barral, 1997, p. 164.

⁹⁹ Entrevista a Gonzalo Rovira, 24 de junio de 1997. En otra parte de la entrevista, Rovira testimonia cómo Yerko Ljubetic —con quien mantuvo fuertes diferencias en

Recordar, sin grandes expectativas, los episodios del pasado de una generación. Recordar sin el propósito de justificarse hacia el futuro, sino de mantenerlo abierto a posibilidades mejores. Freud realiza la distinción entre repetir y recordar. El paciente tiende a lo primero. Alguna cosa ha tomado el lugar del recuerdo esperado. Por lo mismo esta resistencia al recuerdo hace que éste aparezca como un verdadero trabajo. El terapeuta pide por tanto a su paciente que, dejando de gemir o de ocultarse a sí mismo su estado mórbido, «encuentre el coraje de fijar su atención sobre estas manifestaciones mórbidas, de mirar la enfermedad como un adversario digno de estima, como una parte de él mismo, como un fondo en el cual convendría que él tomara preciosos recuerdos para la vida ulterior».¹⁰⁰

Tener el valor de recordar, sin muchas esperanzas, a ver si en una de esas el resultado es la esperanza. Recordar sin condescendencia, sin autoelogios ni pretensiones estatuarías. Recordar sin mentirse a sí mismos, para tomarse con buen humor los momentos de grandeza y con simpatía la constatación de las pequeñeces. Recordar para imaginar, impidiendo que una nostalgia beata nos inmovilice. Narrar los recuerdos sin tanto afán de tener razón, para que la FECH, ya centenaria, tenga nuevas ocasiones de ir de hazaña en hazaña, de tumbo en tumbo, de inquietud en inquietud.

la primera directiva de la FECH— un año más tarde se comprometió personalmente con la seguridad de la familia de Rovira luego del atentado a Pinochet, momento en que por motivos de seguridad el propio Rovira debió permanecer escondido mientras era buscado por la CNI: «Para eso están los amigos», concluye Rovira.

¹⁰⁰ Sigmund Freud, «Recuerdo, repetición y elaboración» en *Obras Completas*, tomo II, Madrid, Biblioteca Nueva, 1996, págs. 1683-1688.

Índice onomástico

A

- Abarzúa, Eduardo 206, 229
Achondo, Manuel 280
Aguirre, Antonio 335
Aguirre Ballesteros, Juan Antonio 184
Alastuei, Isabel 36
Alessandri, Hernán 45
Álvarez, Héctor 155
Alvear, Ademar 158
Allamand, Andrés 162, 166, 239, 264
Allende, Salvador 11, 19, 34, 35, 101, 276, 315
Amarales, Claudia 155
Andrade, Jaime 184, 197, 228, 230, 247, 249, 251, 252, 303, 306, 308, 309
Andueza, Pablo 243-245
Angelini, Flavio 158, 162
Anguita, Claudio 161
Aránguiz, Horacio 162, 194, 206, 225
Araya, Bernardo 273
Arellano Stark, Sergio 25
Armanet, Pilar 335
Arriagada, Alvaro 284
Astete, Ignacio 62, 63
Auth, José 32, 78
Avaria, Mauricio 324
Aylwin, Patricio 178-183, 264

B

- Baeza, Cristián 155, 179, 184, 206, 228-230
Balmes, José 14
Ballas, Adolfo 238

- Barceló, Joaquín 125, 127, 129
Bardón, Alvaro 123, 331, 336
Barnes, Harry 275
Bartet, Daniel 36
Bascuñán, Antonio 42, 43, 152, 334
Basso, Patricio 207, 214, 215, 221, 231, 278, 325, 326
Boeninger, Edgardo 12, 14-17, 19, 35, 52, 53, 148, 161, 183, 332
Bombal, Carlos 149
Bravo, Ricardo 123, 132, 141
Brieba, Francisco 335
Brodsky, Ricardo 78, 168-170, 175-178, 184, 189, 191, 193, 196-198, 203, 206, 223, 225, 228-230, 242, 246, 249, 250-252, 269, 300, 304, 306, 310
Brodsky, Roberto 94, 96, 101, 245
Brugere, Elías 278
Büchi, Hernán 338
Bulnes Ripamonti, Francisco 110, 239
Burgos, Alfredo 194
Burgos, Jorge 233
Burotto, Humberto 165, 179-190, 239, 254, 265, 268, 271, 272, 274, 277, 285, 293, 295, 297, 302, 306, 307
Bustos, Manuel 228, 229

C

- Caldera, Hugo 337
Campusano, Raúl 147, 163, 257
Canales, Manuel 79, 85, 86
Cánovas, José 217

Castillo Velasco, Jaime 43, 179, 180,
240, 241

Castro, Berna 155

Claude, Jorge 68

Clericus, Guillermo 136, 277, 285

Cohen, Gregory 93, 140

Coloma, Fernando 220

Coloma, Juan Antonio 220

Coloma, Pablo 220

Colombo, Juan 208, 335

Contreras Maluje, Carlos 29

Contreras, Manuel 289

Cordua, Joaquín 212

Correa, Raquel 135

Corvalán, Luis 252

Cousiño, Luis 44

Croxatto, Héctor 45

Cruz, Rafael 148

Cuadra, Francisco Javier 191, 195, 224

Cubillos, Felipe 166

Cuevas, Alejandro 192

Cumsille, Elías 148

CH

Chanfreau, Alfonso 18

Chereau, René 36

D

Danyau, Hernán 26

de Gregorio, José 183

de la Maza, Gonzalo 79

de la Parra, Marco Antonio 28, 95

de Saint Pierre, Didier 198

D'Etigny, Enrique 16, 39

Devés, Raúl 226

Díaz Eterovic, Ramón 31

Díaz, Guillermo 301

Díaz Herrera, Eduardo 277

Domper, Ángel 236, 238, 265,
268-270

Donoso, Patricio 211

Duarte, Gonzalo 183

Dueñas, Rubén 184, 228-230

Durán, Juan Antonio 223

Duvallier 275, 281

E

Erazo, Alvaro 307

Escanilla, David 145, 149, 165, 285

Espina, Alberto 267

Espina, Fernando 169, 171, 173, 174,
177

Estay, Enrique 170, 174, 184

Estrada, Antonio 17

Etcheverry, Gastón 283

Eyzaguirre, José María 43

Eyzaguirre, Rafael 208

F

Fanta, Enrique 152

Fariña, Tatiana 224

Federici, José Luis 138, 285, 317, 324,
325, 327-330, 332, 335-338, 340,
341

Fernández, Mario 184

Fernández, Sergio 118, 127

Fillol, Jaime 52, 61

Fortunatti, Rodolfo 78, 142

Frei, Carmen 182

Frei Montalva, Eduardo 102

Fresno, Juan Francisco 181, 234, 239,
262

Friedman, Efraín 212

G

Gaete, Sergio 206, 225, 226, 232, 234,
271, 279, 280, 282, 283

Galilea, Víctor 154

Gallardo, Carlos 155

García, José Manuel 128

García, Pedro 250

García, Ricardo 233, 236

Garfías, Mario 127

Garretón, Manuel Antonio 58, 193

Garrido, José 111

Giannini, Humberto 34, 122

Girardi, Guido 236, 237, 319, 342

Goic, Alejandro 41, 303

Gómez, Galo 19
 Gómez Millas, Juan 45, 105
 Gómez Rojas, José Domingo 172
 González, Alejandro 160
 González Celis, Fernando
 124, 127, 129
 González, El Huaso 92
 González, Héctor 208
 González, Hugo 283, 335
 González, Jorge 315
 González, Juan Carlos 157
 González, Juan Luis 278
 González, Marcela 315
 González, Raúl 79
 González Rees, Guillermo 211
 González, Rodrigo 79
 Goñi, Julián 200
 Grandón, Gilberto 277
 Griffiero, Ramón 317
 Guerrero, Manuel 228
 Guevara, Che 296
 Gumucio, Rafael Agustín 273
 Gutiérrez, Gustavo 298
 Gutiérrez, Ignacio 191
 Guzmán, Alejandro 307
 Guzmán Errázuriz, Rosario 44
 Guzmán Errázuriz, Jaime
 48, 49, 61, 64, 122, 144, 235, 236
 Guzmán, José Antonio 326, 328

H

Haeberle, Mario 289
 Hales, Jaime 148
 Hamilton, Juan 183
 Hamilton, Juan 238
 Hernández, Gilda 335
 Hernández, Juvenal 52
 Herrera Cajas, Héctor 284, 307
 Herrera, Felipe 310
 Herrera, Ricardo
 157, 161, 162, 200, 216, 268, 271
 Hervi 331
 Hidalgo, José «Guayacán» 78, 82, 86
 Hopenhayn, Martín 317
 Hormazábal, Ricardo 30

Hübner, Gaspar 336
 Hübner, Iván 46, 47
 Hübner, Jorge Iván 336
 Hurtado, Alberto 36

I

Illanes Ríos, Claudio
 43, 63, 64, 65, 92, 123
 Insunza, Jaime 12, 24
 Invernizzi, Lucía 334
 Irureta, Narciso 179, 180, 183
 Izquierdo, Luis
 16, 136, 162, 334, 339

J

Jara, Cristián 200, 201
 Jara, Eduardo 115
 Jara, Víctor 96
 Jarlan, André 170, 228
 Jarpa, Sergio Onofre 191
 Jerez, Alberto 273
 Jeréz, César 192
 Jiménez, Mónica 234
 Jiménez, Tucapel 228
 Jocelyn-Holt, José Tomás
 206, 223, 226, 229
 Julio, Homero 273

K

Karzulovic, Juan 220, 221, 231
 König, Cristóbal 184

L

Lamana, Atilano 222, 332
 Lanfranco, Patricio 93, 100, 101, 104,
 140
 Lapóstol, El Comandante 17
 Larraín, Hernán 122, 194
 Larrea, Miguel Ángel 100
 Larrea, Rodolfo 221
 Larroulet, Cristián 67
 Lastra, Andrés 341
 Latorre, Juan Carlos 35
 Lavados, Jaime 278, 338

- Lavados, Pablo 270
Lecannellier, Sergio 211, 222
Lefevre, Osvaldo 236
Leigh, Gustavo 15, 24, 26, 54, 98
Leighton, Bernardo 239
Léniz, Fernando 122, 212, 263
León, Avelino 207
Letelier, Orlando 228
Lira, Rodrigo 79, 93, 97, 98
Lizama, Antonio 283
Ljubetic, Yerko 135, 140, 141, 147,
154, 162, 165, 167, 169, 172, 175,
178, 179, 182-185, 189, 193, 197,
198, 201, 202, 210, 218-221, 226,
229, 231, 237, 239, 240, 246, 248-
254, 264, 265, 268, 306, 345
Longueira, Pablo 132, 134-136, 142,
144, 149, 157, 162, 163, 174
Luna, Francisco 153, 154, 166
- M**
- Madariaga, Mónica 150, 156
Maira, Luis 238
Manzano, Irene 195
Manzano, Patricio 195, 196, 197
Marcos, Ferdinando 275, 281
Maroto, Rafael 238
Martínez Bonatti, Eduardo 36
Martínez, Fernando 147
Martínez, Gutenberg 30, 179, 180
Martínez, Mario 294
Martínez, René 13
Maturana, Carlos "Bororo" 317
Maturana, Humberto 296
Medina, Jorge 277
Medina Lois, Alejandro 124, 131, 132,
135-137, 147, 148, 160
Melero, Patricio 62
Melnick, Sergio 208, 325, 329
Menéndez, Ramón 13
Merino Castro, José Toribio 275
Merino, Luis 335
Micco, Sergio 238, 243-245, 253, 254,
285
Millas, Jorge 44-49, 51, 109, 118, 122,
343, 344
Millas, Orlando 273
Mira, Jorge 206
Mlynarz, Iván 309
Molina, Pilar 185, 222
Molina, Sergio 182
Monckeberg, Fernando 45, 335
Montecinos, Hernán 332
Morales Malva, Juan 16
Morel, Jorge 161
Moreno, Carlos 155
Mosquera, Mario 331, 332, 335
Muñoz, Gonzalo 317
- N**
- Nattino, Santiago 228
Neruda, Pablo 185
Niemeyer, Herman 334
Núñez, Marco 343
- O**
- Obando, Germán 281
Ochagavía, Fernando 264
Olivares, Roberto 37
Orellana, Mario 17, 34, 37
Orozco, René 40, 41, 162
Orpis, Jaimé 144
Ortiz, Fernando 11
Otano, Rafael 291
Otero, Edison 34, 35, 37
Oyarzún, Pablo 339, 340
- P**
- Pacheco, Máximo 42, 44
Palma, Andrea 148, 286
Parada, José Manuel 228
Paredes, José «Chico» 80
Parra, Nicanor 99, 320
Paya, Darío 223
Paz Santibáñez, María 333-335
Peña, Juan Carlos 101
Pérez, Carlos 27, 81, 82, 100, 101
Pérez de Arce, Jaime 303

Pérez, Juan 93, 94
 Pesce, Jorge 86, 127
 Pickering, Guillermo 147
 Piga, Domingo 14
 Pinochet, Augusto 37, 46, 53, 54, 59,
 65, 88, 109, 113, 115, 131, 135,
 151, 156, 159, 191, 236, 243-245,
 260, 263, 271, 275, 276, 281, 282,
 287-290, 293, 294, 301, 306, 311,
 326, 327, 328, 335, 337, 345
 Pinto, Manuel 285, 303, 306
 Pinto Riesco, Jaime 334
 Pinto, Silvia 127
 Pío XII 99
 Pizarro, Marino 22, 201, 327
 Pizarro, Ramiro 79
 Poblete, Juan Antonio 212, 213, 218,
 220-223
 Poblete, Martín 35, 36, 37
 Pradenas, Marcela 223
 Prats, Carlos 228
 Prieto, Alfredo 112, 134
 Puig, Tomás 267

Q

Quezada, Camilo 280
 Quintana, Carmen Gloria 287
 Quintana, Germán 190, 216, 218, 221,
 236, 297, 301, 302, 304-309, 312,
 313, 318, 325, 331, 340
 Quiñones, Cristián 223

R

Ramírez, Sergio 82
 Ramos, Remis 100
 Rayo, Gustavo 29, 84-86, 127
 Reagan, Ronald 275
 Recabarren, Jorge 17, 23, 24, 35, 37
 Rettig, Francisco 337
 Reyes, Tomás 182
 Reyes, Gustavo 36
 Reyes Román, Gustavo 27
 Reyes, Tomás 179, 180
 Rivano, Juan 34, 36, 37, 38

Rodríguez, Ambrosio 44
 Rodríguez Grez, Pablo 47, 54
 Rodríguez Pulgar, Agustín 33, 38, 39,
 47
 Rojas, Alejandro 11, 12, 102, 166, 168,
 172, 272, 273, 319
 Rojas Denegri, Rodrigo 287
 Rojas, Eduardo 149
 Rojo, Rodolfo 36
 Román, Enrique 84, 85
 Romero, Roberto 155
 Rosende, Hugo 41-44, 47, 74, 149,
 207
 Rovira, Gonzalo 146, 167, 169, 177,
 178, 183, 184, 189, 197, 200, 205,
 223, 227, 230, 236, 247, 248, 250,
 253, 254, 265, 266, 269, 271, 278,
 285, 293, 294, 295, 297, 302, 303,
 306, 341, 345
 Rubio, Armando 79, 88, 97
 Ruiz, Carlos 208
 Ruiz Danyau, César 19, 23, 42
 Ruiz di Giorgio, José 228, 229, 238

S

Saavedra, Hernán 301
 Saavedra, Igor 136, 212, 213, 215, 218,
 222, 334, 338
 Sabat Pietracaprina, Pedro 64
 Sabat, Rafael 300
 Sáez Iglesias, Roberto 160
 Sáez, Javier 88
 Sáez, Roberto 158
 Saffirio, Eduardo 152
 Saffirio, Carlos 182, 200, 252
 Saintard, Maurice 155, 217, 301, 310
 Salas, Eduardo 178, 179, 257
 Salas, Fabio 95
 Salas Wenzel, Hugo 280
 Salazar, Miguel 178
 Salcedo, Danilo 16, 51, 53, 162
 Sandoval, Felipe 77
 Sandoval, Rodrigo 324
 Santa Cruz, Vicente 153, 154

- Santibáñez, Franklin 127, 311, 315
Scroggie, Juan Pablo 307
Schaerer, Carlos 166, 174
Schneider, René 228
Schoerer, Carlos 184
Schwartzmann, Félix 334
Seguel, Rodolfo 141, 228, 229
Seissus, Dionisio 312
Sepúlveda, Manuel 137, 149, 151, 154,
157, 174
Sepúlveda, Pablo 237
Silva Bascuñán, Alejandro 226
Silva, Eduardo 76, 87, 99, 123
Silva, Fernando 49, 50
Silva Henríquez, Raúl 335
Silva, Ricardo 319
Solar, Miguel Ángel 185
Soto Mackeney, Roberto 137, 138,
150, 151, 194, 199, 208, 209, 212,
214, 282, 283, 300, 318, 323, 325,
326, 339
Spencer, Erich 66, 74, 75, 123, 125
Suárez, Gastón 296, 301, 342
Suárez, Jaime 273
Subercaseaux, Julio 238
Swett, Jorge 211, 234
- T**
- Tabensky, Romualdo 220
Tapia Falk, Julio 39-41, 44, 45, 47, 51-
54, 60, 61, 107
Teitelboim, Volodia 289
Tohá, Carolina 297, 302-307, 309, 312,
313, 318, 324, 333, 340, 342
Tohá, José 306
Tolosa, Mauricio 198, 274
Tomic, Radomiro 239
Toro, Alejandro 290
Toro Dávila, Agustín 54, 65, 74, 111-
113, 132
Torres, Emilio 141
Torres, Patricia 77, 88, 128
Trejo, Manuel 16
Troncoso, Arturo 36, 37, 107
Troncoso, Luis Tirso 80, 97
Troncoso, Raúl 179, 183
- U**
- Ulloa, Jaime 252
Uribe, Raúl 212
- V**
- Vacarezza, Ricardo 288
Vadell, Jaime 95
Valdés, Gabriel 178, 179, 182, 183,
238, 276, 295
Valenzuela, Eduardo 95, 314, 316
Valenzuela, Esteban 229
Valenzuela, Fernando 91, 284, 285,
332, 339
Valenzuela Patiño, Sergio 227, 228,
232, 233
Varela, Patricio 303, 308
Vargas Campos, Rodolfo 145
Vargas, Fernando 104
Vásquez, Miguel 281, 289
Velasco, Eugenio 42, 43, 44
Velo, Luis 195
Vergara, Roger 115
Vial, Aníbal 62, 63, 66, 74, 122
Vial Correa, Juan de Dios 50, 211, 233
Vial Larraín, Juan de Dios 337-341
Vial, Gonzalo 110, 112
Vial, Manuel Camilo 195
Vilarín, León 278
Villalobos, Sergio 34
Vodanovic, Antonio 61
Vodanovic, Pablo 16
Vogel, Ernesto 183
von Plessing, Carlos 18
- W**
- Weil, Andrés 155
Widow, Juan Antonio 21
Wood, Ronald 282
- Y**
- Yávar, Aldo 36

Yévenes, Simón 281

Z

Zapata, Lucho 305

Zara, José 282

Zunino, Hugo 208, 283, 335, 339

En plural y con minúsculas, estas «historias de la FECH» contienen la narración de las experiencias de los jóvenes de la Universidad de Chile durante los años de la dictadura militar. Desde la aparente inamovilidad de la fuente escrita —leyes, reglamentos, discursos solemnes, pero también pasquines semiclandestinos— hasta la oralidad fluyente de los protagonistas en reflexión retrospectiva, todas estas voces concurren a la formación de una trenza cuyo significado permanece abierto y por dilucidar desde nuestro presente. Cultura, academia, arte, política, sociedad: objetos polémicos para organizaciones estudiantiles que, optando mayoritariamente por la recuperación de la democracia y la autonomía universitaria, enfrentaron sus propias aporías con desigual éxito, dejando como herencia al lector de hoy una persistente inquietud.



UNIVERSIDAD
ALBERTO HURTADO